



Aviso Legal

Revista

Título de la obra: *Cuadernos Americanos*

Director: Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar: *Cuadernos Americanos.*
Primera época (1942-1985).
México. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

Datos de la revista:

Año XVII, Vol. C, Núm. 100 (julio-agosto, septiembre-octubre de 1958).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 1987 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

100

CUADERNOS AMERICANOS

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACION BIMESTRAL

Avenida Coyoacán No. 1035
Apartado Postal 965
Teléfono 23-34-08

DIRECTOR-GERENTE
JESUS SILVA HERZOG

EDICION AL CUIDADO DE
RAFAEL LOERA Y CHAVEZ

AÑO XVII

100

JULIO - AGOSTO
SEPTIEMBRE - OCTUBRE
1958

INDICE
Pág. 3



\$2.00
CAJETILLA

FILTRON

CON FILTRO... Y CON SABOR!

la Combinación Perfecta!



GASOLMEX Y PEMEX-SOL forman la COMBINACION PERFECTA

pues la unión de estos dos productos, que son orgullo y prestigio de la Industria Petrolera Nacional, permite obtener el máximo de eficiencia en los automóviles modernos.

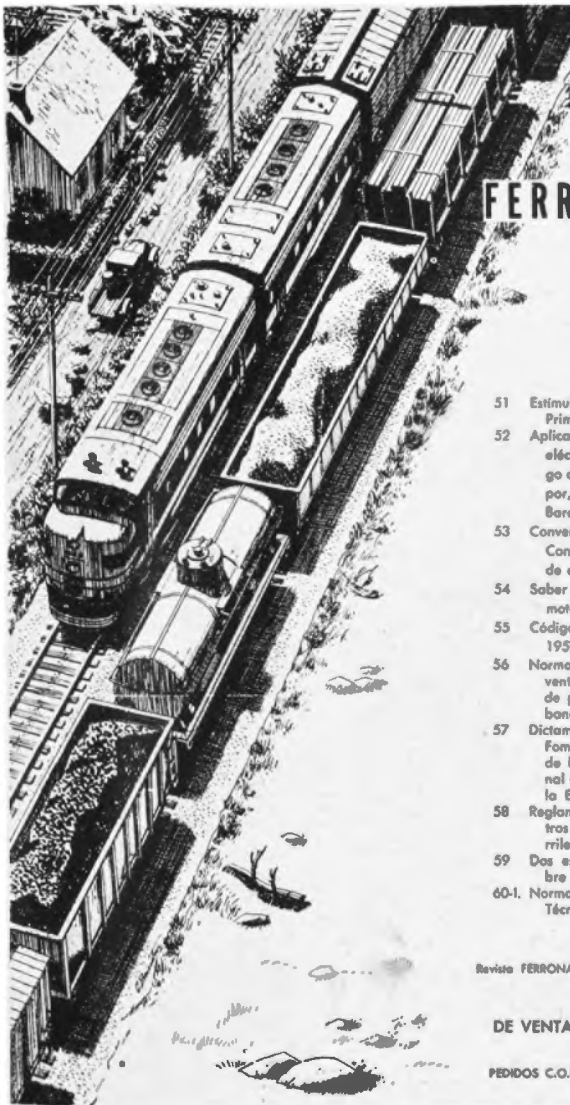


PORQUE Permite alcanzar la máxima potencia en los motores de alta compresión.

PORQUE con ella se hace un recorrido más cómodo, conservando todas las partes de su motor en magnificas condiciones.

PORQUE elimina el golpeteo y las averías mecánicas que de éste se derivan.

PETROLEOS MEXICANOS



BIBLIOTECA TECNICA FERROCARRILERA

ACABAN DE APARECER
DIEZ NUEVOS VOLUMENES
DE GRAN INTERES

	Precio del ejemplar
51 Estímulos y Recompensas. Primera promoción 1956	\$ 1.00
52 Aplicación de la soldadura eléctrica en cajas de fue- go de locomotoras de va- por, por el Ing. Francisco Barajas Bernal	8.00
53 Convenio de Revisión del Contrato de Trabajo (21 de enero de 1957)	1.00
54 Saber es poder en la lo- comotora Diesel eléctrica	10.00
55 Código de Reglas AAR- 1957	20.00
56 Normas para la compra- venta y arrendamiento de predios rústicos y ur- banos	1.00
57 Dictamen del Consejo de Fomento y Coordinación de la Producción Nacio- nal sobre la ubicación de la Estación de Pasajeros	2.00
58 Reglamento para los Cen- tros Deportivos Ferroca- rrileros	1.00
59 Dos estudios franceses so- bre la vía	2.00
60-1. Normas para el Consejo Técnico	1.00

Revista FERRONALES, número mensual \$ 3.00
Suscripción anual 18 00

DE VENTA EN BOLIVAR Núm. 19
MEXICO, D. F.

PEDIDOS C.O.D. al APARTADO POSTAL 8020

Agua... gracias al Acero...

EL VALOR DEL ACERO SE MANIFIESTA EN LA RESOLUCION DEL PROBLEMA VITAL DEL AGUA, DONDE EL PRECIOSO ELEMENTO ESCASEA.

LA ESTRUCTURACION DE LAS PRESAS GIGANTES Y DE LOS GRANDES DEPOSITOS, RECLAMAN LA PRESENCIA DEL ACERO COMO EL MATERIAL MAS SOLIDO PARA QUE LAS OBRAS HIDRAULICAS PERDUREN Y CUMPLAN SU MISION.

AHI ESTAN REPRESENTADOS NUESTRO ESFUERZO Y NUESTRA EXPERIENCIA, PROPICIANDO LA CONQUISTA DEL AGUA Y EL PROGRESO DE MEXICO.



"ACERO MEXICANO
PARA EL PROGRESO
DE MEXICO"



COMPANIA FUNDIDORA DE FIERRO Y ACERO DE MONTERREY, S. A.

OFICINA DE VENTAS: BALDERAS 68, MEXICO 1, D. F.
PLANTA: CALZ. ADOLFO PRIETO AL ORIENTE, MONTERREY, N. L.

Si un **DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO** ha sido siempre útil, éste es absolutamente necesario



DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO

UTEHA

Usted conoce perfectamente la utilidad cultural y pedagógica que en todo tiempo ha proporcionado un buen Diccionario Enciclopédico. Para hoy, en que la especialización se ha impuesto como norma, debido a los formidables progresos alcanzados en todas las disciplinas de la cultura, esa utilidad se ha convertido en necesidad indispensable. Necesidad para mantener al día los propios conocimientos y para que éstos se extiendan y se completen sin limitación de especialidad o tema.

El DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO UTEHA, que tanto ha de representar para la vida cultural de México y de toda Hispanoamérica, satisface con creces esta necesidad, ya que por la amplitud, precisión y rigurosa actualidad de su contenido es el único diccionario plenamente identificado con nuestro tiempo, tanto en lo que se refiere a los problemas y acontecimientos de última hora, como a la valoración crítica que el mundo de hoy tiene por los figuras y los sucesos de todos los épocas.

Usted, que desea caminar al unísono con la evolución de la vida moderna, necesita este diccionario. Y lo necesita sea cual fuere su profesión o actividad, porque toda tarea o trabajo, para que se realice con verdadera eficacia, requiere el auxilio de gran número de conocimientos con ella relacionados. Con el DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO UTEHA, tendrá resueltas todas sus dudas y consultas en el acto y a su entera satisfacción, porque en él encontrará minuciosamente descritos los más recientes descubrimientos de la técnica y de la ciencia; la biografía exacta y documentada de todos los figuras que la humanidad ha producido hasta nuestros días; los acontecimientos históricos, políticos, literarios, filosóficos y artísticos de todas las épocas y de todos los países; la información geográfica más extensa y precisa que figure en obra alguna de su género; y, en fin, cuanto pueda contribuir al enriquecimiento cultural de usted y de todos los suyos, proporcionándoles al mismo tiempo la más elevada satisfacción espiritual.



MÁS DE MEDIO MILLÓN DE VOCES
13000 PAGINAS - 20000 GRABADOS
400 MAPAS - 400 LAMINAS
10 TOMOS

En sus 500,000 entradas, se incluye la totalidad del léxico que figura en la última edición del Diccionario de la Academia Española, enriquecido con gran número de americanismos, vocablos técnicos de reciente creación y otras muchas palabras que el uso diario ha incorporado a nuestro idioma. Por otra parte, el contenido de sus 13,000 páginas se realiza con la belleza y el valor documental de sus 20,000 ilustraciones y cientos de láminas y mapas, en muchos casos a todo color, que contribuyen en gran medida a que las descripciones del texto adquieran máxima claridad, y permiten también que usted conozca, fielmente reproducidas, las maravillosas arquitectónicas creadas por la mano del hombre, las bellezas naturales y las obras maestras del arte que se hallan repartidas por todo el mundo.

SOLO \$50 AL MES

¡Jamás pudo sospechar usted que podría adquirir un DICCIONARIO de tal categoría con una cuota tan baja! Pero ya lo ve ahora, el milagro, que milagro parece, se ha convertido en tangible realidad, como usted mismo puede comprobar solicitando inmediatamente el lujoso folleto que se ofrece gratis.

EDITORIAL GONZALEZ PORTO

Avenida 148 - 9 - México, D. F.

Sirviente remitirle el folleto descriptivo del DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO UTEHA, dándole a conocer también sus condiciones de pago

Nombre _____

Domicilio _____

Localidad _____

Estado _____

DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS
EDITORIAL GONZALEZ PORTO

AV. INSURGENTES, 18 - APOC. 100-04 - TEL. 17-05-05, 13-30-30, 32-95-00 - MEXICO, D. F.

AYUDE A LA INDUSTRIA...

La industrialización de México es una tarea que requiere del esfuerzo de todos y cada uno de sus habitantes. Es menester construir plantas industriales y adquirir equipo y maquinaria, y para construir unas y adquirir otros es necesario que la población ahorre e invierta sus ahorros adecuadamente.

Contribuya al proceso industrial del país comprando CERTIFICADOS DE PARTICIPACION DE LA NACIONAL FINANCIERA, S. A. De esta manera entrará en posesión de títulos con amplio mercado y garantías de primera calidad.

NACIONAL FINANCIERA, S. A.

Venustiano Carranza Núm. 35

Apartado 353

México, D. F.



(Autorizado por la Comisión Nacional Bancaria en Oficio
Núm. 601-II-7399).

C E R V E Z A



SU VALOR ALIMENTICIO

“No hay que considerar la cerveza sólo como un alimento refrescante, sino por el contrario, como un alimento completo. Es un alimento “completo”, por sus dosis en materias hidrocarbonadas y nitrogenadas. Es un alimento vivo y rico porque encierra, gracias a su levadura, una cantidad enorme de vitaminas. Es un alimento energético, por que genera una cantidad considerable de calorías”.

M. BELLIN DU COTEAU,
Doctor en Medicina,
Paris, Francia.

Tomado del libro “CERVEZA Y SALUD”,
de Hubert Guilpin,
Universidad de Harvard, EE. UU.



ASOCIACION NACIONAL DE
FABRICANTES DE CERVEZA

**Presencia del
trópico ardiente
y generoso en el
aroma y sabor
de BATEY!**

Uno de los factores
determinantes
de la calidad máxima y el
rico sabor que
distingue a BATEY, es
el clima -cálido y húmedo-
climas tropical y ardiente
de Córdoba, Veracruz.

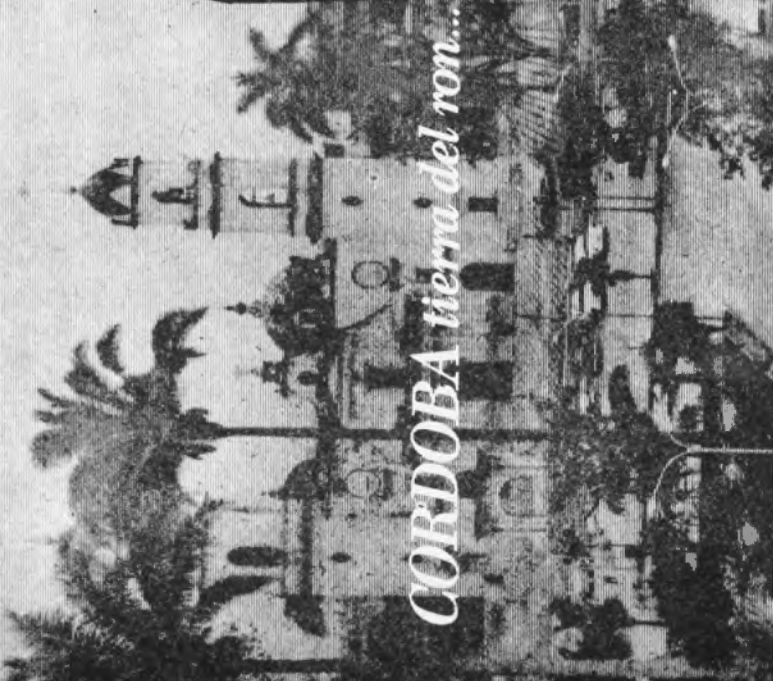
Este clima prodigioso
beneficia el proceso
de elaboración de BATEY,
desde su mismo origen,
en la caña,
hasta su subyugamiento
en la berrición...
¡dándole el sabor y la
calidad que lo hacen el
Ron Perfecto!



Nueva Planta de la Destiladora
Cordobesa en Córdoba, Veracruz.
Aquí se elabora BATEY,
el Mejor Ron del Mundo!

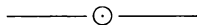


CORDOBA tierra del ron...



LA Unión Nacional de Productores de Azúcar, como lo hemos venido diciendo, invariablemente vende sus azúcares a los precios autorizados oficialmente, jamás usa de intermediarios para realizar estas operaciones mercantiles, sino que directamente va a los comerciantes en todo el país. La misma Unión ha estado invitando a todos los mexicanos para que colaboren con ella y no permitan que en su perjuicio se sobrecargue el precio de este indispensable complemento de la alimentación, pero físicamente es imposible para la Unión vigilar que este producto llegue al público a los precios autorizados, primero porque carece de autoridad para hacerlo, ya que constituye un simple organismo comercial de distribución en beneficio del consumidor y segundo porque requeriría, además de la autoridad delegada por el Gobierno, de una planta numerosísima de empleados que forzosamente tendría que recargar el costo del azúcar, en perjuicio del consumidor.

A pesar de esto, en aquellos lugares donde notoriamente se abusa en los precios del azúcar, esta Unión ha procedido a establecer expendios directos al menudeo para contrarrestar así el aumento en los precios más allá de los oficialmente autorizados. Nuevamente insistimos en hacer un llamado a todo el comercio, a fin de que haciéndose eco de nuestra labor y del deseo general del país, cumpla la alta misión que tiene encomendada en beneficio del pueblo consumidor.



**UNION NACIONAL DE PRODUCTORES
DE AZUCAR, S. A. de C. V.**

EDIFICIO INDUSTRIA Y COMERCIO.

Balderas No. 36—1er. piso.

México, D. F.

BANCO NACIONAL DE COMERCIO EXTERIOR

INSTITUCION DE DEPOSITO Y FIDUCIARIA

FUNDADA EL 2 DE JULIO DE 1937

•

CAPITAL Y RESERVAS: 244.999,121.58

•

ATIENDE AL DESARROLLO DEL COMERCIO
DE IMPORTACION Y EXPORTACION.

ORGANIZA LA PRODUCCION DE ARTICULOS
EXPORTABLES Y DE LAS EMPRESAS, DEDICA-
DAS AL MANEJO DE DICHS PRODUCTOS

FINANCIA LAS IMPORTACIONES ESENCIALES
PARA LA ECONOMIA DEL PAIS. - ESTUDIA E
INFORMA SOBRE LOS PROBLEMAS DEL
COMERCIO INTERNACIONAL

•

VENUSTIANO CARRANZA No. 32

MEXICO 1, D. F.

(Publicación autorizada por la H. Comisión Nacional Bancaria en
Oficio No. 601-11-15572).

PROBLEMAS AGRICOLAS E INDUSTRIALES DE MEXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

Bucareli 59

2o. Piso

Tel.: 21-11-01

Gerente:

ENRIQUE MARCUÉ PARDIÑAS

Director:

MANUEL MARCUÉ PARDIÑAS

Jefe de Redacción:

ANTONIO PÉREZ ELÍAS

VOLUMEN VIII Núm. 1 Enero-marzo 1956

La conquista de México, por Enrique Ramírez y Ramírez (Mural de Diego Rivera). Editorial. *La formación de los grandes latifundios en México* (tierra y sociedad en los siglos XVI y XVII), por François Chevalier. Comentado por Lucio Mendieta y Núñez, Robert Ricard y Mario Souza. Notas bibliográficas por Jan Bantz, Pierre Chaunu, Lucien Febvre, Lesley Byrd Simpson y Silvio Zavala.

VOLUMEN VIII Núm. 2 Abril-junio 1956

Carne de maíz, por Jorge Carrión. (Mural de Diego Rivera). *Raúl Sandoval Landázuri*, por Fernando Rosenzweig. Editorial. *Reforma agraria y democracia en la Comarca Lagunera*, por Clarence Senior. *Estructura de once pueblos de Michoacán*, por Dan Stanislawski. *La erosión del suelo y la población en el México central*, por Sherbourne F. Cook.

VOLUMEN VIII Núm. 3 Julio-septiembre 1956

La planeación industrial (Cuadro de David Alfaro Siqueiros, Nota de Jorge Carrión). Editorial. *Las inversiones extranjeras y el desarrollo económico de México*, por la Cámara Regional Textil del Norte. Comentado por Eustaquio Escandón, Gustavo R. Velasco, Federico Sánchez Fogarty, Gustavo P. Serrano y Jacobo Pérez Barroso. *Puntos de vista sobre inversiones extranjeras*, por el Círculo de Estudios Mexicanos, A. C., Héctor Hugo del Cueto, *Excelsior*, *El Popular*, Vicente Lombardo Toledano, Manuel Germán Parra, Medardo Tirado Arámburu y Honorato Carrasco. *Los créditos extranjeros en la economía mexicana*, Informe del Comité sobre Bancos y Moneda, presidido por Homer F. Capehart, al Senado de los Estados Unidos, 1954. *Un ejemplo de inversión norteamericana en México* (El caso de Sears Roebuck de México, S. A.), por Richardson Wood y Virginia Keyser. Comentarios y puntos de vista, por Gustavo R. Velasco, José Domingo Lavín y Samuel A. Hoyos. *Las inversiones extranjeras y el petróleo de México* (Polémica), por Eustaquio Escandón, Manuel Germán Parra y José Domingo Lavín. La política diplomática del Presidente Obregón (Carta a don Isidro Fabela). por Manuel González Ramírez.

DE VENTA EN LAS MEJORES LIBRERIAS

ACADEMIA HISPANO MEXICANA



**SECUNDARIA y
PREPARATORIA
Externos**

Abraham González 67
Tel.: 35-51-95

**KINDER-PRIMARIA
Medio Internado - Externos**

Reforma 950, Lomas
Tel.: 20-45-72

MEXICO, D. F.

CONSEJO - PATRONATO

PRESIDENTE; Lic. Aarón Sáenz. **VOCALES:** D. Ernesto J. Amescua, D. Jerónimo Arango, D. Jerónimo Bertrán Cusiné, D. Juan Casanellas, Lic. Daniel Coato Villegas, D. Pablo Díez, Ing. Marte R. Gómez, Arq. Carlos Obregón Santaella, Dr. Manuel Germán Parra, Ing. Gonzalo Robles. **SECRETARIO:** Dr. Ricardo Vinós.

S U R

REVISTA MENSUAL

S U M A R I O

JORGE LUIS BORGES
T. S. ELIOT
RENATA DONGHI
HALPERIN
VIRGILIO PIÑERA
DYLAN THOMAS
ELENA GARRO
ANTONIO PORCHIA
J. O. GIANNUZZI
LUIS DE ELIZALDE

Sonetos
Las fronteras de la crítica,
La reforma de Goldoni.
La gran escalera del Palacio
Legislativo.
Poemas
Un hogar sólido.
Voces.
Mortales días.
Lenin y el momento actual
argentino.

CRONICAS Y NOTAS

Ricardo Orozco: "Amargura y esperanza en Pio Baroja" • Gregorio Sapoznikow: "Scholem Asch, escritor judío" • LIBROS: por Jorge A. Patta, Eugenio Guasta, Eduardo González Lanuza, Carlos Mastrorandi, Alicia Jurado, Juan José Hernández, Virginia María Erhart, Jaime Rest y Oscar Hermes Villordo • TEATRO: por Ernesto Schúa • CINEMATOGRAFO: por E. S. y Mario A. Lancelotti • LIBROS RECIBIDOS.

251

MARZO Y ABRIL DE 1958
San Martín 689
BUENOS AIRES, ARGENTINA.

REVISTA DE HISTORIA DE AMERICA

Publicación semestral de la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia.

Un instrumento de trabajo indispensable para el historiador de América y el americanista por su Sección de Artículos, Noticias, Notas críticas, Reseñas y Bibliografía, con colaboraciones en los cuatro idiomas del Continente.

Director: **Silvio Zavala.**

Secretario: **Javier Malagón.**

Redactores: **Agustín Millares Carlo, J. Ignacio Rubio Mañé, Ernesto de la Torre y Susana Uribe.**

CONSEJO DIRECTIVO

José Torre Revello y Sara Sabor Vila (Argentina)—**Humberto Vázquez Machivado (Bolivia)**—**Guillermo Hernández de Alba (Colombia)**—**José María Chacón y Calvo y Fermín Peraza Sarauza (Cuba)**—**Ricardo Donoso (Chile)**—**José Honorio Rodríguez (Brasil)**—**Abel Romeo Castilla (Ecuador)**—**Merle E. Curti y Clement G. Motten (Estados Unidos de América)**—**Rafael Hellodoro Valle (Honduras)**—**Jorge Basadre y J. M. Vélez Picasso (Perú)**—**Emilio Rodríguez Demorizi (República Dominicana)**—**Juan E. Pivel Devoto (Uruguay)**.

Suscripción anual, 5 dols. o su equivalente en moneda mexicana.

Toda correspondencia relacionada con esta publicación debe dirigirse a: Comisión de Historia (R.H.A.) Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Ex-Arzobispado 29, Tacubaya, México 18. República Mexicana.

GEOGRAFIA GENERAL DE MEXICO

Por

JORGE L. TAMAYO

Cuadernos Americanos se ha hecho cargo, en forma exclusiva, de la distribución de esta interesante obra que consta de dos volúmenes de 628 y 582 páginas, con fotografías y mapas, y de un *Atlas Geográfico General de México* con 24 cartas a colores, formando un volumen en folio de 41 x 53½ cms., encuadernado en holandesa.

PRECIO DE LA OBRA:

	Pesos	Dlls.
Con los dos tomos, de texto a la rústica	100.00	9.00
Con los dos tomos, pasta percalina	125.00	10.50
Con los dos tomos, pasta española	145.00	12.00

DIRIJA SUS PEDIDOS A

CUADERNOS AMERICANOS

Av. Coyocacán 1035
México 12, D. F.

Apartado Postal No. 965
Tel. 23-34-68

Documento indispensable para
LA HISTORIA DE MEXICO
*y para el estudio y análisis crítico de la Matrícula de Atributos
y el Códice Mendocino*

**INFORMACIÓN SOBRE LOS TRIBUTOS QUE LOS
INDIOS PAGABAN A MOCTEZUMA, AÑO DE 1554**

Vol. IV de la Colección

Documentos para la Historia del México Colonial
publicados por

FRANCE V. SCHOLES

y

ELEANOR B. ADAMS

Interesantísima declaración de seis testigos, indios principales de Tlaltelolco, Cuautitlán, Azcapotzalco y Churubusco, quienes hicieron relación de:

Los tributos pagados a Moctezuma, valuados en pesos oro.

Fiestas principales de los aztecas.

Gobierno de los pueblos por caciques y señores naturales.

Así como otros aspectos de la vida prehispánica.

Edición numerada de 225 ejemplares en papel Córscian 240 pp.,
a la rústica, \$200.00.

•

ANTIGUA LIBRERIA ROBREDO

ESQ. ARGENTINA Y GUATEMALA
APARTADO POSTAL 8855

TELEFONO: 22-20-85
MEXICO 1, D. F.

HUMANISMO

Núm. 46

Noviembre - Diciembre 1957

S U M A R I O :

EDITORIAL:	La Sociedad Interamericana de Prensa.
ANDRÉS IDUARTE	Mi Hispanoamericanismo.
FÉLIX MONTIEL	Ensayo sobre la Libertad.
J. M. MACHIN	Elecciones en Alemania.
SILVIO JULIO	Precauciones y Equilibrios en la Práctica actual del Americanismo.
GILBERTO LOYO	La Economía Mexicana.
CÉSAR RONDÓN LOVERA	Oposición Democrática Organizada contra Reelección.
GERMÁN PARDO GARCÍA	Hallazgo de la Patria.
FERNANDO DÍEZ DE MEDINA	Misterio de la Máquina.
GUILLERMO DE TORRE	Se Necesitan Satíricos.
NICOLÁS GUILLÉN	Un Son a Portinari.
FEDRO GUILLÉN	Tres Libros de Lucha Latinoamericana.
MEXICO EN MARCHA: Un Gran Discurso del Lic. Antonio Armendáriz, <i>México y la Agricultura.</i>	

•

Pídala en las principales librerías de México y América,
o directamente a

H U M A N I S M O

San Juan de Letrán Núm. 13, Desp. 1704.

Teléfono 10-22-33. México, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

SERVIMOS SUSCRIPCIONES DIRECTAMENTE DENTRO
Y FUERA DEL PAIS

A las personas que se interesen por completar su colección les ofrecemos ejemplares de números atrasados de la revista, según detalle que aparece a continuación, con sus respectivos precios:

AÑO	Ejemplares disponibles	Precios por ejemplar	
		Pesos	Dólares
1943	Números 3, 5 y 6	20.00	2.00
1944	.. 2 al 6	20.00	2.00
1945	Los seis números	18.00	1.70
1946	18.00	1.70
1947	Números 1, 2, 3, 5 y 6	18.00	1.70
1948	.. 3, 4 y 6	15.00	1.55
1949	.. 2 y 3	15.00	1.55
1950	15.00	1.55
1951	Números 2, 3, 4 y 6	12.00	1.40
1952	.. 1, 2, 4, y 5	12.00	1.40
1953	.. 2, 4, 5 y 6	12.00	1.40
1954	.. 1, 4 y 6	12.00	1.40
1955	Los seis números	12.00	1.40
1956	Números 1 al 5	12.00	1.40
1957	.. 1 al 6	12.00	1.40

Los pedidos pueden hacerse a:
Av. Coyoteacán 1035 Apartado Postal 965
o por teléfono al 23-34-08

Véase en la solapa posterior los precios de nuestras publicaciones
extraordinarias.

COMPRAMOS EJEMPLARES DE LOS AÑOS DE 1942 Y 1943

ESTACIONES

REVISTA LITERARIA DE MEXICO

Aparecerá con el ritmo de las estaciones del año.

Editores:

ELIAS NANDINO y ALFREDO HURTADO

Dirección:

ALI CHUMACERO, ALFREDO HURTADO, JOSE LUIS MARTINEZ,
ENRIQUE MORENO DE TAGLE, ELIAS NANDINO, SALVADOR
REYES NEVARES y CARLOS PELLICER.

Suplemento "Ramona Nuevas", Coordinador: EMILIO PACHECO.

Distribuidores en la República Mexicana

PORRUA HERMANOS Y CIA., S. A.

Av. República Argentina y Justo Sierra

Teléfono 22-49-65

Y en su única sucursal

Av. Juárez 16,

Teléfono 46-57-40

Apartado Postal 7990

México, D. F.

Suscripciones y Canje:

(Correspondencia, giros por suscripción):

Dr. Elías Nandino, Calle Revillagigedo 108-202.

Apartado Postal 2848.

Tel.: 13-55-82

Precio por ejemplar	\$ 12.50
Suscripción por un año	40.00
Suscripciones del extranjero	Dls. 4.00

ASOMANTE

REVISTA TRIMESTRAL LITERARIA

La edita la Asociación de Graduadas de la Universidad
de Puerto Rico

DIRECTORA:
NILITA VIENTÓS GASTÓN.

Dirección:
Apartado 1142,
San Juan, P. R.

•

SUSCRIPCIONES:

Puerto Rico, Cuba y Estados Unidos	\$ 4.00
Otros países	3.50
Ejemplar suelto	1.25

REVISTA HISPANICA MODERNA

Se publica trimestralmente con el objeto de estudiar y difundir la cultura hispánica. Contiene artículos, reseñas de libros y noticias literarias; textos y documentos para la historia literaria moderna; estudios y materiales de folklore hispánico; una bibliografía hispanoamericana clasificada y noticias acerca del hispanismo en América.

•

Fundador: Federico de Onís

Director: Angel del Río

Subdirectores: Eugenio Florit y Andrés Idarte

•

6 dólares norteamericanos al año; números sueltos: 1.50

Hispanic Institute in the United States
Columbia University

435 West 117th Street.

New York.

EDITORIAL CVLTVRA
TALLERES GRAFICOS, S. A.



GUATEMALA No. 96. TELS: 22-46-41 y 22-08-32
MEXICO, D. F.

Ultima Novedad
de

C U A D E R N O S
A M E R I C A N O S



Incitaciones y
Valoraciones

POR

MANUEL MAPLES ARCE



De venta en las principales librerías

Av. Coyoacán 1035

Teléfono: 23-34-68

Apartado Postal 965

México, D. F.

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

Av. Universidad 975
México. D. F.



Apartado Postal 25975
Teléfono 24-89-33

La riqueza de las naciones

por

ADAM SMITH

(Edición Cannan. Nueva traducción de Gabriel Franco. Obras clásicas de Economía. Empastado en tela. 990 pp.).

El ensayo mexicano moderno

Selección, introducción y notas de

JOSE LUIS MARTINEZ

(Volúmenes 39 y 40, empastados en tela, de "Letras Mexicanas". 916 pp.).

El número, detective

por

E. WAGEMANN

(Breviario 136. 198 pp. Empastado en tela)

Psicología social de la industria

por

J. A. C. BROWN

(Breviario 137. 380 pp. Empastado en tela)

**Panorama de las ideas contemporáneas
en Estados Unidos**

por

ANGELICA MENDOZA

(Tierra Firme. —Historia de las ideas en América— 192 pp.)

Sirviéndole a Dios de hoguera

por

GUADALUPE AMOR

(Tezontle. Poesía. 64 pp.).

Confesiones profesionales

por

JOSE GAOS

(Tezontle. Empastado en tela. 184 pp.).

Tiene la noche un árbol

por

GUADALUPE DUEÑAS

(Volumen 41 de "Letras Mexicanas". (Cuentos. Empastado en tela. 128 pp.).

El Extrañado

(1948-1957)

por

JUAN JOSE DOMENCHINA

(Tezontle. Edición numerada de 500 ejemplares. 92 pp.).

CUADERNOS
AMERICANOS

AÑO XVII

VOL. C

100

JULIO - AGOSTO
SEPTIEMBRE - OCTUBRE
1958

MÉXICO, 1º DE JULIO DE 1958

REGISTRADO COMO ARTICULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.,
CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Pedro BOSCH-GIMPERA

Alfonso CASO

León FELIPE

José GAOS

Pablo GONZÁLEZ CASANOVA

Manuel MÁRQUEZ

Manuel MARTÍNEZ BÁEZ

Alfonso REYES

Manuel SANDOVAL VALLARTA

Jesús SILVA HERZOG

Director-Gerente
JESÚS SILVA HERZOG

Edición al cuidado de
R. LOERA Y CHÁVEZ

Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia.

CUADERNOS AMERICANOS

No. 100

Jul.-Ago.-Sept.-Oct. de 1958

Vol. C

ÍNDICE

NUESTRO TIEMPO

	<i>Pág.</i>
JESÚS SILVA HERZOG. El número 100	9
MANUEL MARTÍNEZ BÁEZ. La lluvia trágica	11
MANUEL SANDOVAL VALLARTA. Ciencia y política	23
JULIO ÁLVAREZ DEL VAYO. La conferencia en el ápice	32
PABLO GONZÁLEZ CASANOVA. Sobre la situación política de México y el desarrollo económico	49
BENJAMÍN CARRIÓN. Mis bodas de plata con México (1933-1958)	76
RAÚL ROA. México de mi destierro	94
LUIS REISSIG. Punto clave en la evolución política argentina	124
JUAN ROCAMORA. España sociedad anónima	133
LUIS E. VALCÁRCEL. Indigenismo en el Perú	151

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

ÁLVARO FERNÁNDEZ SUÁREZ. Infierno y Torre de Babel	161
ROBERT S. HARTMAN. Aspectos éticos de los sa-télites	183
ALFREDO L. PALACIOS. Socialismo ético	201
ALFONSO REYES. Génesis de la crítica	225
EMILIO SOSA LÓPEZ. Crisis de la literatura	242
EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA. Lo real y el rea-lismo	258
SERGIO BAGÚ. Realidad social y síntesis histórica	265
FELIPE COSSÍO DEL POMAR. Toynbee interpretado por Haya de la Torre	272

PRESENCIA DEL PASADO

	<i>Pág.</i>
ALFONSO CASO. El primer embajador conocido en América	285
KIYOSHI MIZUTANI. El enigma de la ornamentación del México antiguo	294
JUAN CUATRECASAS. Arnaldo de Vilanova, precursor del renacimiento	317
GERMÁN ARCINIEGAS. Cuauhtémoc	339
CARLOS MANUEL COX. La agonía del Inca Garcilaso	358
JAIME TORRES BODET. En torno de algunos venecianos	365
SILVIO ZAVALA. Las fronteras de hispanoamérica	374
DARDO CÚNEO. Aspectos económicos de la historia argentina	385
RICARDO DONOSO. José Joaquín de Mora y la Constitución Chilena de 1828	400

DIMENSIÓN IMAGINARIA

JORGE LUIS BORGES. Un sajón	417
ROBERTO IBÁÑEZ. Dos sonetos	419
VICTORIA OCAMPO. Paisaje	421
ANDRÉS IDUARTE. Gabriela Mistral, Santa a la Jineta	427
ANTONIO ALATORRE. En torno a creación y tradición	462
RAIMUNDO LIDA. Sobre las décimas de Jorge Guillén	476
SEGUNDO SERRANO PONCELA. El secreto de Melibea	488
MARÍA ALFARO. Una escritora española: Elena Soriano	511
ROMUALDO BRUGHETTI. Un mensaje plástico sudamericano	519
MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS. Kinkajú	528
RÓMULO GALLEGOS. La braza en el pico del cuervo	537
MAX AUB. Memo Tel	550
ALFREDO S. DUQUE. Niebla al amanecer	565
MARCEL SAPORTA. Carta de París	574

LIBROS

	Pág.
MAURICIO DE LA SELVA	581
LUIS NICOLAU D'OLWER	600
MANUEL MEJÍA VALERA	602
ARTHUR J. O. ANDERSON	605



ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

	Frente a la pág.
Giovanni Bellini, fragmento de "Triptico" de Santa María dei Frari, Venecia. (Foto Alinari-Viollet)	368
Giorgione, "La Tempestad", Academia de Venecia. (Foto Anderson-Viollet)	"
Tiziano, "Venus y la Música", Museo del Prado, Madrid. (Foto Anderson-Viollet)	"
Gabriela Mistral en 1929	432
Jorge Carrera Andrade y Andrés Iduarte en la casa de Gabriela en Bédarrides, Francia	"
Iduarte con el hijo adoptivo de Gabriela	"
Don Teodoro Aguilar, un acaudalado portorriqueño; su esposa y una amiga; Gabriela Mistral de negro, en el centro y Andrés Iduarte. En Vichy, Francia, julio 1929	448
Carlos Pellicer y Andrés Iduarte en el Panthéon. París, 1929	520
Gertrudis Chale	"
"Últimas casas" (1942)	"
"La espera" (Santiago del Estero), 1944	"
"Mercado" (Ecuador), 1948	"
"Domingo en la Pampa" (1948)	"
"Tejedoras" (1953)	"
Parte I. Ballet de las Llamas	576
Parte II. Surprise Party	"
Parte II. Surprise Party	"
Parte II. Ballet de la Seducción	"
Parte III. Ballet de las Sombras	"
Parte III. La Madrugada	"

Nuestro Tiempo

EL NÚMERO CIEN

DESPUÉS de no pocos esfuerzos y largos afanes llegamos al número 100 de la revista. Nos parece algo así como si hubiéramos alcanzado una meta difícil de conquistar.

No lo hubiéramos imaginado el 29 de diciembre de 1941, cuando celebramos la aparición del primer número de *Cuadernos Americanos* en cena ofrecida a medio centenar de amigos dilectos. Por supuesto que no nos envanecemos de lo que hemos realizado hasta la fecha, sencillamente porque sabemos bien que tenemos mucho más por hacer en los próximos años.

No vamos a repetir hoy lo que muchas veces hemos dicho en las páginas de la Revista. Los lectores ya conocen bien nuestras ideas y opiniones; nuestros propósitos y más caros anhelos. Sin embargo queremos repetir que soñamos en la unión y en la grandeza de los pueblos latinoamericanos y que luchamos sin tregua por su realización; queremos repetir una vez más, aun cuando resulte fastidioso, que para nosotros lo humano es el problema esencial y que nuestro ideal estriba en la implantación de la justicia económica, el goce de la libertad y la paz para todos los hombres sin distinción de razas ni de creencias, sin distinción del color de la piel.

Estamos de acuerdo con la Carta de las Naciones Unidas y la Carta de la Organización de los Estados Americanos firmada en Bogotá. En consecuencia tenemos la más honda convicción de que todos los países tienen derecho, un derecho inalienable a vaciarse en sus moldes propios, a realizar su propio destino de conformidad con sus experiencias y sus sueños de superación.

Afirmamos con el mayor énfasis, despacio y en voz alta, que ninguna nación por fuerte que sea tiene derecho a intervenir en otra nación por débil que ésta sea.

Por otra parte, deseamos insistir en que *Cuadernos Americanos* no ha sido revista de cenáculo, ni ha estado al servicio de un pequeño grupo de amigos. Sus cuatro secciones han estado a la disposición de todos aquellos que han tenido algo que decir y han sabido decirlo. Prueba de ello es que durante sus ya casi 17 años de vida han escrito humanistas y hombres de ciencia de todos los países de América, de varios de Europa y aún de Asia. Nos sentimos orgullosos de poder ofrecer las siguientes cifras: 2,018 ensayos y artículos publicados, escritos por 735 diferentes autores.

Hoy nos detenemos por un instante en un imaginario paradero. Mañana mismo continuaremos la marcha con el mismo interés desinteresado y la misma pasión fervorosa por servir a las más nobles causas. Nuestra ambición es que la Revista llegue a ser por su conducta insobornable, por sus sueños de paz y por su amor a la libertad y a la justicia, una pequeña lámpara encendida en medio de la noche cargada de angustias, mientras se aproxima la luz de un nuevo amanecer.

Jesús SILVA HERZOG.

LA LLUVIA TRÁGICA

Por Manuel MARTINEZ BAEZ

EN la madrugada del día primero de marzo de 1954, un barco pesquero japonés, *El Dragón Afortunado* N° 5, navegaba en aguas del Pacífico, en las cercanías de las Islas Marshall, no lejos del atolón de Bikini, cuando el maquinista de a bordo, Shinzo Suzuki, vio aparecer súbitamente un extraño meteoro en el cielo: una gran luz blancoamarillenta, semejante al sol, iluminó las nubes y el agua en una vasta extensión y ascendió sobre el horizonte cambiando de color hasta que desapareció completamente en unos cuantos minutos. Suzuki pensó que aquello era el sol, que inexplicablemente salía en ese día por el occidente. Unos cuantos minutos después el barco fue sacudido fuertemente y se escuchó un gran ruido, como el de un cañonazo. Un par de horas más tarde el aspecto del cielo cambió, como si se hubiese formado una neblina, y comenzó a caer una rara llovizna. Algo semejante a una ceniza blanquecina bajaba del cielo y se posaba sobre los objetos expuestos en el puente del barco, sobre los cuerpos de los tripulantes y entraba en los ojos, en las narices, en las bocas de éstos. Algunas horas después la tripulación comenzó a levantar el aparejo de pesca e inició el viaje de vuelta al puertecito de Yaizu, de donde el barco había zarpado una semana antes. En su viaje de regreso, los tripulantes supieron, primero como una mera sospecha y después con toda certidumbre, que aquel extraño meteoro que vieron en la madrugada del primero de marzo, fue la explosión de una bomba atómica, hecha sin que se hubiese dado una voz de alarma, sin el menor aviso, como que se trataba de algo que había que guardar secreto, con el rigor de un grave secreto militar.

Hacia el mediodía de aquel primero de marzo, algunos de los tripulantes de *El Dragón Afortunado* se quejaron de vago malestar y falta de apetito. Kuboyama, el radiooperador, el más animoso y el único de entre todo el grupo que te-

nía alguna instrucción que le permitiera tratar de explicarse lo que había pasado, quiso alentar a sus compañeros, ofreciéndoles un trago de sake, el aguardiente japonés de arroz. Por la noche el maquinista Suzuki se sintió mareado, con dolor de cabeza y malestar en el estómago; en los días siguientes uno por uno de los tripulantes fue sintiéndose enfermo; algunos, con trastornos intestinales; otros, con irritación en los ojos y en la piel que les causaba escozor y sensación de quemadura. Pronto se dieron cuenta de que su piel se había oscurecido como cuando ha estado expuesta por largo tiempo a la luz intensa del sol. Después notaron que el cabello se les caía a mechones.

La llegada a Yaizu del *Dragón Afortunado* causó sensación cuando se supo el estado en que se encontraba su tripulación. Un aprendiz de reportero sospechó que el caso era interesante. Algunos médicos locales intervinieron. Más tarde el personal del hospital de la Universidad de Tokio tomó cartas en el asunto y se inició la segunda etapa del calvario de aquellos marinos que un día fueron bañados por las cenizas radioactivas que esparció una explosión. No es posible seguir contando aquí los detalles de este caso, que se complicó cuando un físico japonés, el Dr. Nishiwaki, sospechó que el pescado que traía el barco podía estar contaminado con material radioactivo, lo cual fue comprobado poco después, con las consecuencias que es fácil imaginar. Los marinos enfermos fueron atendidos con gran esmero, en Yaizu algunos, otros en Tokio. Poco a poco sus males fueron aliviándose, menos los del radiooperador Kuboyama, quien, a pesar de su valor y su optimismo, cada día se sentía un poco peor. En las primeras horas de la noche del 23 de septiembre, casi siete meses después de aquel infortunado primero de marzo en que llovió ceniza sobre su barco, terminó la vida de Kuboyama. El Embajador norteamericano presentó al gobierno del Japón la condolencia oficial del gobierno de los Estados Unidos y envió una carta de pésame y un cheque por un millón de yens a la viuda de Kuboyama, reconociendo así la responsabilidad del Gobierno norteamericano en el accidente ocurrido a la tripulación de *El Dragón Afortunado* N° 5. Otra cantidad mayor de dinero fue entregada después para indemnizar a los demás marinos irradiados.

El examen de las cenizas que cayeron sobre *El Dragón Afortunado* N° 5, hecho por físicos japoneses, reveló que la

bomba que explotó el primero de marzo de 1954 no era una bomba atómica ordinaria; tenía la potencia explosiva equivalente a la de *quince millones de toneladas de trinitrotolueno*. Este dato fue confirmado más adelante por informes oficiales norteamericanos que hicieron saber que esa fue la primera bomba "H" que se ha hecho detonar.

El sábado 8 de febrero de 1958 era día del mercado en la aldea de Sakiet-Sidi-Yusseff, en Túnez, muy cerca de la frontera con Argelia. En las calles la gente circulaba entregada a sus corrientes menesteres; unos autobuses de la Cruz Roja Internacional distribuían ropa entre un grupo de refugiados argelinos; los niños estaban en las escuelas. La vida transcurría normalmente hasta que, al mediodía, veinticinco aviones de combate, de las fuerzas de Francia, y en su mayoría fabricados en los Estados Unidos, volaron en correcta formación arrojando bombas y disparando ametralladoras sobre la indefensa aldea que en unos minutos quedó hecha escombros, de entre los cuales fueron sacados ochenta cadáveres, de hombres y mujeres, de niños, adultos y ancianos, ninguno identificable como de soldado; todos, o al menos la gran mayoría, completamente inocentes de cualquiera culpa en contra del ejército francés de ocupación en Argelia. Ochenta muertos y otros tantos heridos; un hospital, varias escuelas y muchas casas pobres derruidas y un enorme problema para Francia, con violentas repercusiones internacionales, con la necesidad de indemnizar a la población maltrecha, con el empeoramiento de la situación política en la metrópoli, en el norte de África, en todo el mundo musulmán. Todo ello debido a que una enorme fuerza destructiva fue puesta al alcance de un coronel cualquiera, inestable emocionalmente, quien se dejó arrastrar por la desesperación que le causaba no poder impedir las actividades bélicas de los rebeldes argelinos y desató esa fuerza ciegame. Un impulso irreprimible hizo actuar así a ese coronel; un error, posiblemente, del alto mando francés; un accidente más, quizá, pero de magnitud enorme, realizado porque un cerebro ordinario fue incapaz de manejar correctamente una fuerza extraordinaria.

El día 11 de marzo de 1958, un avión B-47, del ejército norteamericano, dejó caer accidentalmente sobre la población de Florence, en Carolina del Sur, una bomba atómica que por fortuna no estaba preparada para estallar, y de la cual explotó sólo la carga inicial de trinitrotolueno, explosión que causó

daños en seis casas y en un templo; seis personas resultaron heridas, aunque ninguna lo fue de gravedad. El jefe de la División Aérea N° 38 presentó excusas a la población dañada y más tarde se indemnizó a los propietarios de las casas averiadas. Oficialmente se atribuyó el accidente a una posible equivocación de la tripulación del B-47, o a una revisión defectuosa de ese avión de retropropulsión, que dejó pasar inadvertido algún defecto, hecho patente sólo cuando el avión se había elevado ya.

El día 24 de abril de 1948, un avión de pasajeros que volaba por una ruta normal hacia el oriente, en los Estados Unidos, chocó con un avión militar de retroimpulso sobre un lugar cercano a Las Vegas, en el estado de Nevada. Perecieron las cuarenta y siete personas que iban a bordo del tetramotor DC-7 de la United Airlines y las siete que tripulaban el cazabombardero supersónico F-100-F responsable del choque. El Presidente de la Comisión de Comercio del Congreso de los Estados Unidos, el representante Harris, declaró que era "intolerable que los servicios militares menospreciasen completamente todas las reglas de seguridad".

Con lo anterior es bastante; hay que evitar la deplorable manía de coleccionar catástrofes. Los hechos que se han recordado antes son unos cuantos de los acaecidos recientemente, en varios lugares, de diversa naturaleza, todos ellos de carácter accidental, pero que tienen en común, en su origen, alguna imprevisión, cierta condenable torpeza, alguna omisión, defectos reveladores de una mucha mayor estimación de lo que se considera como necesidades de guerra que del valor de la vida y del bienestar del hombre. Accidentes que revelan cómo es posible y aun fácil que el hombre, poseedor de enormes capacidades de destrucción, por error, por imprevisión o por descuidos muy explicables dentro de la imperfección humana, pueda causar daños cuya magnitud es proporcional a la de las nuevas fuerzas que tiene entre las manos. Cada vez que el hombre ha logrado arrebatar de la naturaleza una nueva forma de energía ha tenido que pagar con víctimas inocentes los beneficios de esa conquista. Nunca se detendrá para servirse de los nuevos recursos que descubra sólo por la consideración de que el empleo de ellos pueda ser peligroso. Desgraciadamente, parece más fácil aprender a usar las nuevas fuerzas, las nuevas máquinas, que saber

cómo evitar los riesgos que trae aparejado el uso de las mismas. Sin embargo, la previsión conduce a la prevención. Conocimientos más vasto y preciso, mejores recursos de seguridad, mayor cuidado en las aplicaciones harían disminuir el riesgo que entraña el uso de nuevas fuerzas e impedirían muchos accidentes. Mayor aprecio de la vida humana, de la propia y de la ajena, por encima de todo.

No sabemos de alguien que haya llevado cuenta cabal de todos los que han muerto electrocutados accidentalmente, pero sí se sabe que por grande que sea ese número no aportaría argumento decisivo en contra del empleo de la electricidad para promover el bienestar del hombre; lo aporta, en cambio, para hacer que el hombre busque todo lo que pueda atenuar el riesgo de la electrocución y se ha logrado ya que en relación al gran número de personas cuya vida transcurre entre gran variedad de aparatos eléctricos, el de las que han sufrido por el efecto directo y accidental de la electricidad sea muy pequeño. La constante multiplicación de los vehículos automóviles se acompaña con el continuo incremento de los accidentes de tránsito. Cada año la cifra de los accidentes mortales causados por los automóviles es mayor que la del año anterior, por más esfuerzos que se hacen para lograr un resultado contrario. Es impresionante que esto suceda cuando las estadísticas cuentan el constante descenso de la mortalidad por enfermedades tales como las infecciosas, al grado que hoy no es insensato esperar que algunas de éstas desaparezcan pronto, totalmente, y resulta incongruente la idea de que muchas de las vidas que se salven por la reducción que se opera en la frecuencia de las enfermedades se perderán prematuramente por accidentes de automóvil. A pesar de ello, a nadie se le ocurre que la resolución de este problema se encuentre en disminuir la producción de los coches de motor o en estorbar en alguna forma el uso de estos vehículos. ¿Por qué? Porque todos saben que el uso de los automóviles contribuye positivamente, de muchas maneras, al mayor bienestar del hombre; porque sin necesidad de hacer cálculos cualquiera comprende que el beneficio que la humanidad recibiría evitando algunas muertes con la reducción del uso de los automóviles sería menor que el perjuicio que esa restricción traería como consecuencia.

No sin razón el hombre medio, el hombre de la calle, cada vez que se entera de que una nueva forma de energía

entra en uso, siente aprensión hacia ella y teme sus posibles efectos nocivos, con miedo más grande mientras menos sabe de la naturaleza y de los efectos reales de la nueva fuerza en uso. Ese miedo, por infundado que aparezca a los ojos abiertos de los que saben, es ya por sí solo factor nocivo para la humanidad, que debe ser tomado bien en cuenta por quienes se ocupan de aplicar nuevas fuerzas a necesidades reales o aparentes, actuales o potenciales, para que procuren atenuar el daño que el nuevo temor causa entre quienes lo padecen.

Así viene sucediendo, desde hace algunos años, con la energía radiante, particularmente con las radiaciones ionizantes, más conocidas como radiaciones atómicas. Las radiaciones emanan de fuentes naturales, que han existido siempre y que siempre existirán, por los siglos de los siglos, mientras el mundo rueda. Hay en la tierra, desigualmente repartidos por el mundo, minerales radioactivos, con magnitud variable en su radiación. En algunos lugares estos minerales forman parte de las rocas que se aprovechan como material de construcción. Por ello hay quienes viven en zonas del mundo donde la constitución geológica del suelo hace que exista en el ambiente mayor cantidad de radiación que en otros sitios. Las casas que el hombre habita pueden estar hechas con piedras que provienen de esas rocas con minerales radioactivos, lo que hará en tales casos que la habitación, hecha para proteger al hombre de elementos adversos del ambiente, exponga a quienes en ella moran a sufrir irradiación continua de mayor intensidad que quienes habitan en otros lugares y en casas hechas con otros materiales.

En la atmósfera misma, los rayos cósmicos actúan sobre todo lo que ella envuelve, hacen sentir su efecto sobre todos los seres y sobre todas las cosas. La magnitud de la radiación que emanada de las fuentes naturales recibe el hombre, la radioactividad ambiente, como se la suele llamar, es pequeña, o, si se quiere, se podría decir que el hombre está ya adaptado a vivir recibiendo esa dosis de radiación sin sufrir por ello de manera perceptible, aunque no se podría asegurar que las radiaciones naturales carezcan de acción en la génesis de ciertos padecimientos, de los cuales decimos que aparecen espontáneamente, tal vez sólo porque no se conoce su ver-

dadero origen. La radioactividad ambiente es susceptible de registro y de medida con aparatos especiales y hoy se tiene abundante información acerca de su magnitud en muchos lugares de la tierra.

El conocimiento científico que el hombre posee acerca de las radiaciones es todavía relativamente reciente. A fines del siglo pasado Roentgen descubrió los Rayos X; un año después Becquerel encontró la radioactividad de las sales de uranio; en 1898 Pedro y María Curie aislaron el radio. El conocimiento de las radiaciones fue creciendo rápidamente y con rapidez igual crecieron las aplicaciones de la forma de energía nuevamente descubierta. Pronto se hizo patente que aquella energía aplicable al mejor servicio de la humanidad, implicaba nuevos riesgos, que se realizaban de cuando en cuando hasta que en unos pocos años se registró más de un centenar de defunciones, originadas precisamente por la radioactividad. Estos riesgos fueron estudiados con todo cuidado y su estudio condujo a encontrar posibilidades para disminuirlos y aun, a veces, para anularlos. Sin embargo, los provechos que se pueden lograr de la aplicación de la radiación han sido de tal manera patentes que a menudo han hecho olvidar los riesgos inherentes a esa aplicación. La gran extensión del uso de los Rayos X ha sido causa de gran bien, pero muchas veces ha provocado daños cuantiosos e irreparables.

Cuando llegaron los aciagos días en que la humanidad se dividió en dos porciones, cada una de las cuales perseguía el mismo designio, de vencer al grupo contrario, en la II Guerra Mundial, muchos problemas importantes fueron apartados u olvidados para concentrar todas las capacidades disponibles en la resolución del vital problema del momento: ganar la guerra. Lo más importante era tener mejores armas que el contrario, más eficaces, más mortíferas, y el ingenio del hombre, acosado por el miedo a la derrota, estimulado por la esperanza del triunfo, aplicó todo su saber y empleó todos los recursos de la técnica a lograr el mayor efecto destructivo posible. Cuando la guerra estaba casi ganada, pero aún quedaba un baluarte por tomar, uno de los grupos contendientes resolvió emplear, como supremo y decisivo recurso, una arma nueva: la bomba atómica. Los estallidos de Nagasaki y de Hiroshima fueron los últimos de aquella guerra, o, cuando menos, de su fase aguda, ya que muchos

piensan, acaso con razón, que esa guerra perdura, con formas menos dramáticas y más insidiosas; con menor número de vidas perdidas pero con enorme daño a las vidas de todos, a la integridad de la capacidad humana, la cual necesita para realizarse plenamente, paz, tranquilidad y bienestar.

TODAVÍA no se conoce con suficiente precisión el mecanismo por el cual las radiaciones dañan a los seres vivos. Los estudios hechos hasta ahora revelan que las radiaciones actúan sobre los elementos que constituyen las células y alteran los procesos químicos, esenciales para la vida, que ocurren en las mismas. Cuando la irradiación alcanza cierta intensidad, producirá la muerte de la célula y esa intensidad letal ha sido medida, en relación con el hombre y con varias especies animales. No todas las células que forman los tejidos del cuerpo humano tienen igual sensibilidad a las radiaciones; las células muy jóvenes y las que están a punto de dividirse son más sensibles que las que están en reposo y las que han alcanzado cierta edad. Los elementos celulares de ciertos órganos, como los que en la médula ósea se transformarán en células de la sangre, los que forman la parte principal de los ganglios linfáticos, los que constituyen la membrana que cubre interiormente el intestino, por ejemplo, son mucho más sensibles que los que componen el sistema nervioso o los músculos.

Los efectos nocivos que la exposición a las radiaciones de gran intensidad produce en el organismo humano son conocidos desde hace varios años; muchos radiólogos los han sufrido en épocas en que no se tomaban las medidas apropiadas para la protección, pero los casos más ilustrativos al respecto los han dado las víctimas de las explosiones atómicas en Nagasaki e Hiroshima. Con ser tan graves, no son, sin embargo, estos efectos de la irradiación intensa, lo que causa inquietud, rayana a veces en angustia, en gran parte de la humanidad. Todos saben que si, por desgracia, llegara a haber una nueva guerra y en ella se emplearan las armas atómicas, las consecuencias de ello serían catastróficas para la humanidad entera y no solamente para quienes se encontrasen en los sitios donde ocurrieran las explosiones. Lo que ha creado y mantiene la alarma general es la continuación de las explosiones experimentales de bombas atómicas, que los

gobiernos de varios países hacen con el fin de conocer mejor esas armas, de hacerlas más poderosas, de aprender a usarlas mejor. Se trata, ante todo, de tener prontas para usarlas bombas de mayor potencia, de más grande capacidad de destrucción que las que pueda tener el adversario.

Desde hace siglos, desde que hay ejércitos y existe un arte de la guerra, ha sido usual que esos ejércitos se armen y se preparen como mejor puedan antes de que estallen las guerras, conforme al consejo clásico de algún romano escritor sobre temas militares: "Si vis pacem para bellum". Es posible, aunque difícil de creer, que quienes hoy gastan enormes cantidades de dinero en las pruebas experimentales de las armas atómicas, piensen de veras que logrando hacer bombas cada vez capaces de causar mayores desastres, estén trabajando por la paz. Pero entre los viejos simulacros de otros tiempos, incluyendo las espectaculares pruebas de artillería, y estos sórdidos simulacros atómicos de hoy, hay varias diferencias, una de las cuales trasciende a toda la humanidad. En los viejos simulacros espectaculares no faltaba uno que otro, soldado o espectador, que resultara herido o muerto, pero el daño era escaso y sus efectos se limitaban en el tiempo y en el espacio. Los ensayos de las bombas atómicas no son inofensivos y el daño que hacen es constante y alcanza no sólo a quienes están en el campo de pruebas, sino a toda la humanidad. La explosión de las bombas atómicas introduce en la atmósfera y en la estratósfera una cantidad enorme de materiales radioactivos que se diseminan ampliamente envolviendo a la tierra en ancha faja y que caen después, insensiblemente para nuestros sentidos, pero claramente perceptibles, por de pronto, para los aparatos que miden las radiaciones. No es ya la lluvia cenicienta que enfermó a los pescadores de "El Dragón Afortunado"; es más leve, más sutil, pero de más vasto alcance y más insidioso efecto. En México, el Instituto de Física de la Universidad Nacional ha estado midiendo la radioactividad ambiente, desde hace algunos años, por medio de varias estaciones diseminadas en el país, y registra enormes alzas en la magnitud de esa radiación cada vez que se realizan explosiones experimentales de bombas atómicas, bien sea en los campos de prueba en los Estados Unidos, o en islas del Pacífico del Sur, en donde se prueban los más poderosos artefactos, así como las que realizan la Gran Bretaña y la Unión de Repúblicas Socialistas

Soviéticas. Hasta la menos intensa y la más remota de esas explosiones se deja sentir en nuestro ambiente.

He aquí la causa de la inquietud que existe en todo el mundo, que crece a cada día y que se expresa con la voz de miles de hombres y de mujeres exigiendo que no se siga incrementando el contenido de material radioactivo de la estratósfera y que se reparte después encima de todo el mundo. Es cierto que la irradiación que recibe el ser humano, debida a la precipitación radioactiva emanada de las explosiones experimentales de bombas atómicas es muy pequeña, menor que la que recibe quien es objeto de un examen radiológico, o de la que suele alcanzar a trabajadores que manejan radiaciones. Pero lo que hoy se sabe acerca de los efectos de las radiaciones en los seres vivientes ha revelado que las células de los órganos de la reproducción, las que habrán de formar el huevo que se desarrolla en feto y nace como ser humano, son eminentemente susceptibles a las radiaciones; que éstas pueden causar cambios en el delicado material, contenido en tales células y encargado de transmitir de generación en generación los caracteres hereditarios y que esos cambios pueden originar mutaciones, o sea súbitos cambios irreversibles que se perpetúan por la herencia y que, en general, tienen efectos nocivos. Esas mutaciones pueden producir la leucemia, enfermedad que es como un cáncer de la sangre; o tumores cancerosos en los huesos, a pesar del adelanto de la medicina muchas veces incurables y mortales.

Los biólogos dedicados al estudio de los efectos que las radiaciones tienen en los seres vivientes, suelen dividir estos efectos en dos grupos: los efectos somáticos y los efectos genéticos. Los primeros son los que se manifiestan en las estructuras que componen la mayor parte del cuerpo; los segundos, los que se realizan en las muy sensibles células que darán origen a nuevos seres. Estos efectos genéticos se producen con cualquiera intensidad de radiación y no, como los otros, sólo a partir de cierta intensidad mínima, o "umbral". Esto quiere decir que por pequeña que sea la irradiación que reciba el hombre, siempre será posible que resienta daño en los elementos primordiales de su aparato reproductor, circunstancia que induce justamente a considerar como particularmente temibles los efectos de las radiaciones sobre el hombre.

Por otra parte, es indudable que se ha exagerado gran-

demente el daño que la especie humana pueda sufrir a causa de la radiación que la afecta como precipitación radioactiva originada en las explosiones experimentales de las bombas atómicas. No todos los que dan recias voces de alarma se inspiran en el bien de la humanidad, sino que atienden sobre todo a determinados móviles políticos. Tampoco es dudoso que algunas de las voces que se elevan tratando de restaurar la calma y que exhiben con cifras precisas la exigüidad del peligro que esas explosiones tiene para la humanidad obedezcan a otros móviles políticos y no a sinceras convicciones científicas, solamente. La razón nos dice que si es verdad que el hombre siempre ha estado expuesto a las radiaciones sin que por siglos se haya siquiera dado cuenta de que padece daño causado por ellas, si también lo es que la más sencilla exposición a los Rayos X hace actuar sobre el organismo expuesto mayor cantidad de radiación que la que reciben de las explosiones quienes viven lejos del sitio de éstas; que si los obreros de algunas minas o los habitantes de ciertos lugares están más irradiados naturalmente por la presencia en la tierra de minerales radioactivos; que si quienes trabajan con las máquinas que producen la energía atómica destinada a los muchos y muy valiosos usos pacíficos que la misma tiene, están más expuestos a sufrir el efecto nocivo de tales radiaciones, siempre será posible afirmar, primero: que la radiación natural es inevitable; segundo: que los usos médicos de las radiaciones y las aplicaciones de éstas en la industria se hacen con fines útiles, afectan sólo a reducido número de personas y es posible realizarlas con el máximo de seguridad que garantiza el mínimo de daño, mientras que, en cambio, la irradiación de los seres humanos que proviene de la precipitación radioactiva afecta sin remedio a la mayor parte de la humanidad, no es susceptible de ser dominada y no sirve a fin útil alguno.

En aquellos años en los que la Segunda Guerra Mundial estaba en todo su furor, cuando el futuro parecía incierto y no se disipaba todavía la amenaza que la locura nazi lanzó sobre la humanidad, nobles voces se alzaban, de vez en cuando, para decir palabras de esperanza y de consuelo. Esas voces prometieron alguna vez que la humanidad futura disfrutaría efectivamente de cuatro libertades, entre ellas una, la que quitaría de sobre todos los hombres la pesada carga del

miedo. Los años han pasado, pero la humanidad sigue padeciendo de miedo, del miedo sordo y frío que enturbia la tranquilidad y que mata la esperanza en el futuro.

Mientras llega el día en que los hombres que gobiernan a los pueblos se den cuenta de que nunca un gran conflicto fue verdadera y justamente resuelto por alguna guerra, mientras llegue el día en que comprendan que para conseguir la paz hay que prepararse para la paz, la humanidad entera descansaría grandemente del miedo con que se la viene fustigando desde hace años, si se concertara y se acatara entre las naciones el convenio que suprima, totalmente, las explosiones experimentales de las bombas atómicas. Hay que tener esperanza; tal vez no esté lejano ese día.

CIENCIA Y POLÍTICA

Por Manuel SANDOVAL VALLARTA

EN la colección de ensayos que bajo el título *Diferencias ideológicas y orden mundial* (New Haven, Yale University Press, 1949) recopiló F.S.C. Northrop, apareció uno mío bajo el rubro *El impacto de la política en la ciencia*. Estudié allí algunos de los aspectos de la intervención de la política en la ciencia y formulé, más bien provisionalmente, algunas conclusiones que parecían imponerse desde entonces. Han transcurrido casi diez años y ya ocurre preguntarse si todavía tienen validez mis puntos de vista. ¿Hanse acaso encontrado soluciones a los problemas planteados por la planificación de la investigación científica, por el secreto con que se han pretendido rodear a los resultados de la indagación, por el incremento desmesurado de la tecnología y el menosprecio de la ciencia pura? ¿Cuál es la verdadera responsabilidad social del hombre de ciencia? ¿Cómo puede compaginar su actividad científica con sus obligaciones y derechos frente a la sociedad de que forma parte? Me pongo a abordar aquí este complejo de graves problemas.

Tal vez el primer gran jefe que se dio cuenta clara de las relaciones entre la ciencia y la política fue Napoleón Bonaparte. En el *Memorial de Sainte Helene* por el Conde de Las Casas (Paris, Bossange Freres, 1824) se relata la amistad del personaje central del siglo XIX con las grandes figuras científicas francesas de su tiempo, Monge, Laplace, Lagrange, d'Alembert, Prony, que lo condujeron a aprovechar los conocimientos científicos tanto en la guerra como en la paz. Hay razones para pensar que no pocos éxitos, y también algunos fracasos, del gran comandante se debieron a la influencia de sus colegas y amigos del Instituto y la Academia.

Hasta el primer tercio de nuestro siglo era permitido, sin caer en contradicciones absurdas, considerar a la guerra como la continuación lógica de la política. Y como la guerra es en buena parte el uso eficaz de la materia y de la energía contra el ene-

migo, la influencia de los especialistas —químicos y físicos— se manifestó especialmente durante las luchas entre naciones de gran adelanto científico. Ya en la Primera Guerra Mundial, los militares y los políticos de ambos bandos se habían dado cuenta de que es imposible ganar una contienda con armas y recursos modernos sin el concurso activo de hombres de ciencia. A los químicos se les pidió entonces que prepararan mejores explosivos y mejores materiales sintéticos substitutos de los naturales, y a los físicos se les asignó la tarea de aprovechar sus conocimientos de las ondas sonoras en el agua para detener al mortal submarino. Mucho antes de la Primera Guerra Mundial habían utilizado ya su familiaridad con las leyes de la dinámica para averiguar lo que era necesario hacer para que un proyectil fuera a dar a su blanco.

Estos objetivos, más bien modestos, se ampliaron extraordinariamente durante la Segunda Guerra Mundial. No sólo se trataba de detener al submarino, sino de derribar al mortal bombardero, localizarlo, predecir su curso y atacarlo con artillería antiaérea. La terrible lucha entre el perito en aerodinámica, cuya ambición era calcular y construir aviones de pelea y de bombardeo cada vez más rápidos y cada vez con mayor facilidad y seguridad de maniobra, y el experto en electrodinámica, predicción, señales y servomecanismos, cuya meta era localizar el avión, predecir su trayectoria, alimentar con señales electromagnéticas debidamente interpretadas el mecanismo de puntería de los cañones antiaéreos y derribarlo, tiene todos los elementos del drama y de la tragedia. Y de allí pasaron los físicos a aumentar el alcance de los cohetes, a dirigirlos de modo que pudieran hacer blanco con precisión increíble, y a fabricar bombas siempre mayores —tarea que culminó con la bomba de fusión y de fisión y redujo al absurdo la guerra como continuación de la política.

Antes de la Segunda Guerra Mundial todavía podía tener validez la teoría de la torre de marfil, es decir, del hombre de ciencia que en el aislamiento de su gabinete desarrollaba pacientes investigaciones de las que podía resultar cualquier cosa desde la curación de la pulmonía hasta un gigante industrial. Al derumbe de la torre de marfil, no sólo los gobernantes comprendieron que las actividades de los hombres de ciencia eran de vitalísima importancia, sino que éstos adquirieron responsabilidades con las que antes no habían tenido que enfrentarse.

Toda una teoría de las relaciones entre la ciencia y la sociedad se vino abajo con estrépito, y sus repercusiones continúan aún.

El derrumbe ha acarreado una serie de problemas nuevos, la mayor parte aún sin solución; algunos, temo, insolubles. Para mayor claridad en su planteamiento es conveniente recordar algunas de las finalidades y de las características fundamentales de la ciencia. En primer lugar, la función primaria de la ciencia es el descubrimiento de la verdad objetiva. Esta definición, que merece aprobación casi unánime, significa que todas las demás finalidades de la investigación científica, cualesquiera que sean, son secundarias. Nótese que los objetivos secundarios tienen que ver, no con la función fundamental de la ciencia, sino con el problema totalmente distinto de cómo y para qué debe emplearse la ciencia. Claramente no puede usarse en modo alguno, bueno, malo o indiferente, antes de que exista.

En segundo lugar, la ciencia tiene carácter universal, en el sentido más amplio. Una ley científica tiene la misma validez y puede ser descubierta por los mismos métodos en cualquier región de nuestro planeta, y vale lo mismo en Júpiter que en Sirio o en Antares. La universalidad de la ciencia se deriva de su objetividad y explica por qué los hombres de ciencia sienten la absoluta necesidad de mantener relaciones con sus colegas en todo el mundo. Volveremos sobre este tema cuando, más abajo, estudiemos las contradicciones en que caen los razonamientos con que se pretenden justificar las investigaciones científicas secretas.

En tercer lugar, la ciencia exige de quienes la cultivan disciplina y absoluta integridad intelectual. Ni el simulador ni el falsificador pueden ser auténticos hombres de ciencia. Finalmente, en cuarto lugar, solamente los hombres de ciencia, y preferentemente los de la misma especialidad, pueden juzgar el trabajo científico de sus colegas. Estos cuatro principios, y algunos otros subsidiarios, forman la base teórica para abordar el estudio de los problemas que me he planteado aquí.

Comenzaré por estudiar la planificación de la investigación científica, problema multifacético del que solamente podré tocar algunos aspectos, que puede plantearse así: un grupo, no siempre de auténticos hombres de ciencia, pero sí relacionado con quienes ejercen el poder, decide de antemano qué problemas científicos son importantes y deben abordarse de inmediato, obtiene y administra los fondos necesarios. Dentro de este sistema

cabe la libertad de investigación siempre que forme parte del programa resuelto, es decir, que éste deje en libertad a los investigadores para abordar los problemas a que los conduzca su curiosidad o su trabajo anterior. Pero si el grupo planificador y administrador de la investigación científica resuelve que solamente los problemas indicados por él deben y pueden abordarse, entonces temo que si la historia de la ciencia puede servir de guía, el veredicto está en contra de quienes defienden la teoría de la investigación planificada. Los grandes adelantos científicos fundamentales y realmente inesperados surgen cuando un hombre de genio sigue un camino inexplorado del que nadie en su tiempo tenía idea. ¿Se puede suponer que una junta de investigación científica hubiera encargado a Faraday el descubrimiento de la inducción electromagnética, clave de la industria eléctrica de nuestros días? ¿O tal vez le hubiera encargado que concentrara su atención en el arco voltaico o en la pila eléctrica? ¿Hubiera encontrado Gibbs lugar en los planes de una junta para desarrollar su mecánica estadística? ¿O Lobachevsky para la geometría no euclidiana, o Planck para la teoría cuántica de la radiación? Claro que estas preguntas, y otras semejantes, son hipotéticas, pero creo sin vacilar que todo el ambiente científico del siglo XIX favorece la respuesta negativa.

Si se pretende entronizar a una teoría filosófica como guía de la planificación de la ciencia, se olvida que la verdad científica no puede encerrarse dentro de cajones de ideas *a priori* y se viola la función fundamental de la ciencia que mencioné arriba en primer lugar. Sospecho desde hace tiempo que una de las razones para que el progreso de las ciencias económicas, políticas y sociales no sea comparable con el de las ciencias físicas y matemáticas es que los economistas y los sociólogos se han preocupado más por defender ciertos puntos de vista engarzados en la tradición, que por descubrir la verdad objetiva. ¿Dónde estaría hoy la física si todavía se ocupara de defender las teorías aristotélicas? Nuestra civilización sería totalmente distinta y tal vez no por ello nuestra vida sería más fácil.

Todavía más grave es que la planificación de la investigación científica se dirija a las aplicaciones de la ciencia y desprecie la ciencia pura. Insisto en que es de la naturaleza de las cosas que no pueden preverse los descubrimientos científicos fundamentales y verdaderamente nuevos, ni pueden incluirse en un programa de investigación planificada que no deje en

libertad al investigador. A los políticos, a los militares y a los industriales les interesa generalmente el desarrollo del poder que ya poseen y, en consecuencia, no les importa mucho ni aprecian lo que significa la ciencia pura.

Confieso que no comparto las inquietudes de quienes creen que la aportación de fondos públicos para investigaciones científicas acarrea como consecuencia necesaria un programa objetable de planificación. La experiencia de algunos organismos gubernamentales e internacionales, entre los que descuella el CERN de Ginebra (Centro Europeo de Investigaciones Nucleares), administrado por auténticos hombres de ciencia con un alto sentido de responsabilidad científica, y aún la muy modesta de nuestra propia patria, está en contra de esta aseveración. El riesgo existe sin duda, y asume una forma particularmente in noble cuando algún simulador de la ciencia pretende asfixiarla al través de la asignación de fondos. El riesgo, sin embargo, no es inherente al sistema: es más bien circunstancial.

El secreto con que se ha pretendido cubrir los resultados de la investigación científica es uno de los males más insidiosos que resultan del impacto de la ciencia y la política. El procedimiento es reunir a los hombres de ciencia en una cofradía en la que los miembros juran comunicarse sólo entre ellos. Adviértase que siempre han tendido a asociarse, no para conservar en secreto sus trabajos, sino, al contrario, para discutirlos a la luz del día y aprovechar así los acontecimientos y el juicio crítico de sus colegas. De acuerdo con el principio de la universalidad de la ciencia, el libre cambio de ideas ha sido siempre una característica del trabajo científico y un eslabón vital en la cadena del progreso de la ciencia. Si los trabajos científicos no siempre son accesibles al público, no es por el deseo de conservarlos secretos, sino por la necesidad de usar un lenguaje técnico apropiado que los hace inaccesibles a los no iniciados.

Todos los días, sin embargo, se comprueba en multitud de formas diversas que los resultados de la investigación científica conceden a quien los posee inapreciables ventajas industriales, políticas y militares. De allí el deseo de conservar estas ventajas por medio del secreto, sin tomar en cuenta ni las características de la investigación científica ni el daño que se le causa. La idea del secreto, ajena a la ciencia, ha sido siempre agradable a los militares especialmente, y parece bien justificada en su aplicación a las operaciones militares ordinarias. Hay una diferencia esen-

cial, no siempre bien apreciada, entre los planes y las operaciones militares, que dependen de la voluntad de un hombre, o cuando más de un grupo pequeño, y la solución de un problema científico que depende del descubrimiento y de la aplicación de ciertas leyes de la naturaleza, accesibles y conocidas por todos los que tengan la inteligencia, la preparación y los conocimientos necesarios. En el primer caso el secreto puede conservarse, en principio, indefinidamente, en el segundo no. Sobran ejemplos recientes para comprobar la exactitud de esta aseveración y no me detendré a citarlos aquí. Sólo recordaré, con emoción, una sesión del congreso para los usos pacíficos de la energía atómica, convocado por las Naciones Unidas en Ginebra en agosto de 1955. Un dato fundamental para aprovechar la fisión del uranio, bien sea en el sentido pacífico o en el bélico, es el conocimiento de la *sección* del núcleo de uranio. En el lenguaje técnico de la física nuclear, esto significa en términos generales el tamaño del núcleo cuando se le bombardea con neutrones de diversas energías cinéticas. Durante la Segunda Guerra Mundial y los años siguientes los físicos de los Estados Unidos, por una parte, de la Unión Soviética, por otra, y de Inglaterra, por otra, habían medido cuidadosamente la variación de la sección del uranio cuando cambia la energía cinética del neutrón incidente, pero habían conservado en riguroso secreto sus resultados, ya que los militares y los políticos de cada país deseaban conservar en esa forma una ventaja que creían inapreciable. En una sesión memorable del congreso de Ginebra los físicos norteamericanos, los soviéticos y los británicos presentaron cada uno sus resultados. ¡Cuál sería la emoción de los presentes al comprobar que eran rigurosamente idénticos! Más allá de verificar que los físicos norteamericanos son tan competentes como sus colegas soviéticos y británicos, se demostró la futilidad de querer conservar en secreto un resultado científico fundamental. En este caso, como en todos los demás, el secreto sólo pudo retardar, pero no impedir, la divulgación general de un resultado científico.

La idea del secreto científico como medio de aumentar el poderío y el prestigio de una nación o de un grupo de naciones tendría sentido si una nación o un grupo de naciones tuviera el monopolio del talento científico del mundo. Pero la historia de la ciencia comprueba abundantemente que esta es una noción fútil y falsa, derivada de la soberbia humana. Algunos de los

descubrimientos científicos más revolucionarios y más importantes del pasado han sido hechos, en efecto, por personas que trabajan lejos de los grandes centros científicos y en condiciones de aislamiento casi absoluto. Piénsese en Lobachevsky en Kazan, en Ramanujan en Mysore, en Eliezer en Ceilán. El talento y el genio no son predecibles y pueden desarrollarse bruscamente en cualquier región del mundo. Pero aún el genio no puede contribuir al progreso de la ciencia si hay una cortina de secreto que le impida dar a conocer sus resultados y no le permita saber de los demás.

Se ha pretendido dar una solución al problema del secreto alrededor de las investigaciones científicas en el sentido de que la ciencia pura debe ser libre, en tanto que la aplicada puede ser secreta. Aparte de la dificultad de establecer una frontera bien definida entre las dos, el principal obstáculo es que la decisión se pone frecuentemente en manos de personas que solamente tienen un conocimiento sumario de la ciencia y no están esencialmente capacitadas para juzgar. La idea de esta solución es muy apreciada por los industriales, que han estado acostumbrados a ella en sus empresas por largo tiempo. Pero una empresa industrial raramente se ocupa de investigaciones fundamentales, y si alguna vez lo hace es más bien por casualidad que deliberadamente. Recuérdese a este propósito la historia del descubrimiento del transistor por Shockley en los laboratorios de la Compañía Telefónica Bell, resultado de profundos trabajos teóricos y experimentales sobre los semiconductores y el estado sólido.

Llegamos ahora a uno de los problemas más delicados y sutiles que ha planteado el impacto de la ciencia y la política: el de la responsabilidad moral del hombre de ciencia. Ante todo es preciso establecer una distinción tan clara como sea posible entre quien trabaja movido por la curiosidad intelectual sin motivos ulteriores y quien labora conscientemente en la solución de problemas específicos movido por impulsos que pueden ir desde la codicia hasta el patriotismo. El primero no es responsable del uso que otros hagan de sus descubrimientos, ni los puede prever nunca. ¿Podría hacerse responsable a Hertz del uso de las ondas electromagnéticas para precipitar una hecatombe mundial? Evidentemente que no. Me parece que este ejemplo, y otros muchos similares que se podrían aducir, exonera sin género de duda al primer tipo de hombre de ciencia, al

hombre de ciencia puro, de responsabilidad por el uso que otros hagan de sus descubrimientos. El caso hipotético del hombre de ciencia que descubre algo y puede prever inmediatamente que puede utilizarse en perjuicio de todos constituiría la excepción a esta regla. No hay en la historia de la ciencia, hasta donde yo sé, un ejemplo claro de este caso.

El problema es mucho más sutil y más complejo en el caso del hombre de ciencia que trabaja en la solución de un problema específico, que lo mismo puede ser un proyectil guiado para aniquilar de golpe millones de habitantes de una gran ciudad, que un nuevo antibiótico para curar una enfermedad rebelde que siega anualmente millones de vidas. Se podría proponer, en este caso, como criterio general, que la culpabilidad del hombre de ciencia que trabaja en la solución de problemas específicos cuya finalidad se puede prever con precisión, está en razón inversa del beneficio que su trabajo acarrea a la humanidad en general. La ambigüedad del concepto de beneficio se eliminaría al definir que se trata de beneficio general, no de beneficio de un grupo particular.

La sutileza del problema, sin embargo, aparece desde el momento en que se analiza más de cerca. En el ejemplo citado, el motor del cohete y el mecanismo de guía lo mismo pueden servir para un proyectil dirigido que para un satélite artificial, con la ayuda del cual se harían experimentos de importancia para el progreso de la ciencia y en beneficio de la humanidad. Los estudios sobre el nuevo antibiótico lo mismo podrían utilizarse para el fin proclamado que para inventar una nueva arma bacteriológica letal. La misma dificultad se presenta siempre que la creación científica, por una parte, y la decisión de cómo usarla, por la otra, están en distintas manos. ¿Dónde queda entonces el criterio de culpabilidad?

Es claro que los hombres de ciencia que trabajan específicamente en problemas bélicos no pueden escudarse tras el criterio clásico de que los progresos científicos son en esencia moralmente neutrales y que la responsabilidad corresponde a quien resuelve cómo deben usarse. El ejemplo anterior muestra que aún el trabajo científico realizado con intención bélica puede transformarse en benéfico, y recíprocamente. Pero sin duda hay una gran diferencia entre el caso de quien descubre accidentalmente algo importante para la guerra y el caso de quien, como resultado de su esfuerzo, inventa armas de destrucción en masa.

Otro tipo de solución a este problema, que se pierde en un laberinto de sutilezas, es el que parte del supuesto de que el fin justifica los medios. Carece de fuerza moral y no lo consideraré aquí.

Es evidente que la raíz de todos los problemas que he considerado aquí es la falsa noción, propaganda a través de los siglos, de que la guerra es una forma natural de la política y que cuando más se le puede reprobar como un mal necesario. Los acontecimientos de los últimos quince años han demostrado la falsedad de esta noción, pero desgraciadamente no parecen haber sido entendidos por los grandes dirigentes contemporáneos. Los físicos saben muy bien que no pueden emplearse los mismos métodos para analizar el movimiento de un planeta alrededor del sol que para estudiar el de un electrón alrededor del núcleo, porque el orden de magnitud de las dimensiones de una órbita planetaria es completamente distinto del de las de un átomo. Del mismo modo no se puede intentar la resolución de cualquier problema social o económico por medio de la guerra cuando el orden de magnitud de la energía puesta en juego por las armas de hoy es completamente distinta del de la de hace veinte años. Pero, repito, desgraciadamente esta verdad no ha penetrado bien todavía en la mente de los estadistas de hoy.

En tanto que la ciencia se use en apoyo principal del poderío militar y político no veo modo de evitar la intervención de la política en la ciencia, con las consecuencias que he intentado estudiar sumariamente aquí. En el mejor de los casos retardará el desarrollo de la ciencia, en el peor puede destruir la ciencia y la civilización. Como un modesto hombre de ciencia debo en consecuencia contribuir con mi grano de arena para que llegue el día en que ya no sea necesario pensar en la ciencia como un instrumento del poderío político y bélico.

LA CONFERENCIA EN EL APICE

Por *Julio ALVAREZ DEL VAYO*

A los seis meses de forcejeo diplomático alrededor de la Conferencia en el ápice—algunos expertos traductores de los servicios de la ONU prefieren llamarla Conferencia en las cumbres— la única predicción que parece llamada a tenerse en pie es la de su inevitabilidad. No tanto que se la desee por todos, sino que resulta casi imposible el oponerse a ella.

Si la presión popular en favor de su celebración ha cedido en algunos países, hay que atribuirlo principalmente a que se la da por descontada. Es el caso de Inglaterra donde ningún otro asunto logró en muchos años apasionar a la opinión pública de la misma manera. Todavía a fines de este mes de mayo salía de la Catedral de San Pablo de Londres una caravana femenina de paz, despedida oficialmente por el conocido eclesiástico Canon John Collins, y con Jane Wyatt, la pedagoga, de 79 años, como decana, a recorrer prácticamente cada país europeo de uno y otro lado de la "Cortina de Hierro".

En Italia pude comprobar durante la campaña electoral cómo el tema que arrancaba mayores aplausos era el de la oposición a la instalación en territorio nacional de rampas de lanzamiento para los proyectiles dirigidos de alcance intermedio fabricados en los Estados Unidos. La actitud más popular era la de la lucha contra la guerra atómica. Por algo un político tan atento al estado de ánimo público como el líder del PSDI (Partido Social Demócrata Italiano) Saragat, no obstante su posición pro atlántica y su hostilidad hacia todo lo que venga del Este, habló en la Cámara a favor de que el Plan Rapacki fuese tomado en consideración.

En los países escandinavos la corriente en pro de una pronta reunión de la Conferencia en el ápice bordea la unanimidad. Allí opinión pública y gobierno se hallan enteramente identificados en pedir que se realice un nuevo intento de acercamiento entre los dos bloques en conflicto.

En la propia Alemania Occidental la campaña contra "la muerte atómica" vigorosamente conducida por los socialistas tiene preocupado al gobierno Federal.

En Francia la oposición contra la instalación de rampas de lanzamiento y a favor de la Conferencia comenzaba a tomar un fuerte impulso cuando el alzamiento de los generales en Argelia y la preocupación por una posible vuelta al poder de De Gaulle apoyado por un movimiento militar y derechista, distrajo la atención del pueblo francés de toda otra cuestión.

Hasta en los Estados Unidos, donde la guerra fría hizo mayor mella que en ninguna otra parte y donde el temor de ser tachado de comunistoide detuvo durante largo tiempo a la intelectualidad y al americano medio, de sumarse al clamor general por un acuerdo Este-Oeste que eliminase el peligro de una conflagración atómica, se nota una mayor determinación en rechazar ese chantaje de la derecha. En el referéndum organizado por *The Saturday Review of Literature* entre sus lectores al fin de saber cuáles son los cuarenta hombres más grandes que ha producido el mundo, el que ocupaba el segundo lugar, siguiendo inmediatamente a Lincoln era el Dr. Albert Schweitzer que tanto se ha significado en la campaña por la suspensión de los experimentos de las armas termonucleares.

Y a la otra pregunta de quién era el hombre que no habiendo hecho de la política su profesión estaba contribuyendo más a sacar al mundo de su crisis, la respuesta fue "el filósofo inglés Bertrand Russell y el médico francés Albert Schweitzer". Pero, Lord Russell, más joven y dinámico a sus ochenta y cinco años que muchos a la mitad de su edad, viene conduciendo una acción muy intensa en favor de la Conferencia en el ápice que abra el camino a un acuerdo entre las potencias atómicas capaz de evitar a la humanidad una hecatombe sin precedente.

Aparte del aspecto moral de la lucha contra "la muerte atómica" el sentido práctico del americano le va llevando a la conclusión de la carencia de sentido de una carrera armamentista a base de las bombas de destrucción masiva. Antes podía aún imaginarse su seguridad garantizada por la superioridad industrial y técnica de su país respecto a Rusia. Hoy no tiene sino que leer para corregir su apreciación el texto de la conferencia pronunciada esta primavera por el señor Allen Dulles, hermano del jefe de la diplomacia americana, y que desde hace

cinco años dirige los servicios de Inteligencia de los Estados Unidos, ante la Cámara de Comercio americana.

"Despertados por el lanzamiento de los sputniks —ha dicho el señor Allen W. Dulles— debemos ahora seguir muy de cerca el progreso de la ciencia militar soviética, a fin de prevenir un cambio importante en el equilibrio de fuerzas". Considerando probable que "las próximas batallas decisivas de la guerra fría, sean libradas en la arena de la lucha económica y subversiva", recomienda fijar la mirada en la evolución de Rusia, el ritmo de su producción, su calidad, ya que de ello depende la amenaza implicada en su potencial militar.

"Hace treinta años —continúa el señor Dulles— la URSS era una nación insuficientemente desarrollada tanto desde el punto de vista industrial como desde el punto de vista agrícola. Hoy es la segunda potencia económica del mundo. Mientras que el producto nacional neto de la URSS no representa en 1950 más que el 33 por ciento del de los Estados Unidos, pasa al 40 por ciento de 1956 y podría muy bien alcanzar el 50 por ciento en 1962. Pero, ese porcentaje es bastante más elevado en el dominio de la industria pesada. Durante 1956 la producción soviética prosigue su rápida expansión. Durante el primer trimestre de 1958 excede en un 11 por ciento la del primer trimestre de 1957. Las cifras muestran que la producción de acero de la URSS ha alcanzado durante estos tres meses el 75 por ciento de la nuestra".

No es un partidario del sistema soviético el que habla. Es uno de los adversarios más serios de todo lo que significa la Rusia comunista quien se expresa así. Pero, al mismo tiempo el mejor informado, en razón de su cargo, de la Administración de los Estados Unidos.

En términos militares e independientemente de cuanto se ha escrito acerca de los sputniks y de los proyectiles intercontinentales soviéticos, estas observaciones del jefe de los Servicios de Inteligencia de los Estados Unidos, respaldadas por otras de generales y almirantes igualmente norteamericanos que podríamos citar aquí abundantemente, quieren decir que ha pasado ya el período en que cabía pensar en mantener a Rusia en una situación de inferioridad en la carrera armamentista atómica.

Del otro lado son los propios dirigentes soviéticos comenzando por Kruschev quienes han reconocido la capacidad de los Estados Unidos de construir armas igualmente poderosas

que las que pueda construir Rusia, siendo únicamente una cuestión de tiempo.

Para hacerlo bien claro: si en 1958 los rusos disponen de un tipo de arma nuclear o de proyectil intercontinental que los americanos no poseen, es lo más probable que para 1960 los americanos lo tengan. De cualquier manera y aunque no se diese la paridad absoluta, tanto Rusia como los Estados Unidos continuarían avanzando en la carrera armamentista en condiciones teóricas siempre de hacerse uno a otro la guerra y sin que la inferioridad transitoria en que uno de los dos adversarios potenciales fuese colocado, fuese tal que le permitiese al que de momento llevase la delantera al imponer al que se había quedado relativamente atrás un ultimátum.

Es decir, carrera armamentista atómica ilimitada y sin sentido, pero al mismo tiempo con un riesgo constante de que se produzca la catástrofe. La famosa teoría de la "deterrence" basada en el supuesto de que por sí mismo el propio horror de las armas de destrucción masiva ejerce de freno e impide al gobierno que las posea tomar la iniciativa de servirse de ellas, es de una fragilidad evidente. En las últimas semanas de su vida Albert Einstein que en cierto modo se consideraba casi responsable de la existencia de la bomba por haber abierto la ruta al desarrollo de la energía atómica no cesó de insistir en que si el carácter terrible de una guerra de ese tipo actuaba seguramente de contén en un tanto por ciento muy elevado, mientras hubiese otro tanto por ciento, por mínimum que fuese, de que alguien se sintiese tentado o justificado de arrojar la bomba, la única garantía de paz estaba en su prohibición.

El gobierno soviético al llevar ante el Consejo de Seguridad de la ONU la cuestión de los vuelos norteamericanos con aviones portadores de la bomba sobre el Ártico, llamó la atención acerca del peligro de una guerra atómica por Occidente. En la inquietud creada por las perspectivas de que el nuevo ejército alemán sea dotado de armas atómicas juega un papel muy importante el temor de que un día pasasen a manos de un régimen inspirado en las ideas de hegemonía y revanchistas que desencadenaron por dos veces la guerra mundial.

Así se explica cómo cada nueva proposición o sugestión susceptible de disminuir la tensión internacional, o considerada como tal, encuentre un tan gran eco popular. En la reciente reunión en Moscú del Consejo Consultivo de Asistencia Mutua

de los países comunistas (COMECON) dedicada a coordinar los planes económicos, estratégicos y diplomáticos de dichos países, la China naturalmente incluida, desde hoy a 1968, una especie de plan decenal de conjunto y de una importancia que es innecesario subrayar, la cuestión de reavivar la acción internacional, lo mismo en el campo de las relaciones entre estados que en el de la actividad de las masas, a favor de la Conferencia en el Ápice, recibió una atención particular.

Todo ello confirma la casi inevitabilidad de la Conferencia. Pasemos ahora a ver cuál podría ser su contenido y su posibilidad de éxito.

DE todas las proposiciones adelantadas hasta hoy para ser incluidas en el orden del día de la Conferencia, ha sido la proposición polaca de una zona desatomizada en la Europa Central, el Plan Rapski, la que más ha retenido la atención general. El hecho de que el Occidente, el Foreign Office y el Quai d'Orsay, siguiendo al Departamento de Estado, lo haya rechazado oficialmente no excluye el que se trate de él, en una forma u otra, en el encuentro Este-Oeste cuando tenga lugar.

Al principio la proposición polaca que había sido originariamente presentada por Polonia el 2 de octubre de 1957 en la Décima Asamblea de las Naciones Unidas tuvo al revestir la forma concreta de lo que se conoce ahora por el Plan Rapski, una acogida favorable del lado occidental. Llenaría un volumen de centenares de páginas los editoriales que le fueron dedicados en periódicos influyentes de los más diversos matices. Fue objeto de una brillante intervención parlamentaria en los Comunes de Aunerin Bevan, presentado para dirigir la diplomacia británica si las próximas elecciones generales en Inglaterra, como es bien probable, reintegran a los laboristas en el poder.

Los partidos socialistas escandinavos la dieron su adhesión de principio y en la Cámara italiana, como ya hemos indicado, suscitó la aprobación de Saragat que ese día —una de las raras ocasiones— coincidió con Nenni en señalar su valor constructivo.

En una serie de "interviews" organizada por el *Paese Sera* de Roma, a la que se me invitó a participar por tener también una voz republicana española, al ex presidente del Consejo de

Ministros francés Edgar Faure, actualmente Ministro de Hacienda en el gabinete Pflimlin, se pronunció por una discusión seria del Plan Rapacki.

La proposición polaca dio lugar a una viva polémica en la prensa de la Alemania Occidental, con los periódicos más cercanos a la Koblenzter strasse (la Secretaría de Relaciones de la República Federal) calificándola de "una forma complicada de suicidio" y la prensa socialista respondiendo que según el criterio particularmente autorizado de los dieciocho sabios de Goettingen, que incluyen varios premios Nobel, son las armas atómicas y las rampas de lanzamiento las que constituyen una forma de suicidio infinitamente más simplificado. Con la declaración de los científicos de Goettingen están de completo acuerdo los científicos de los Estados Unidos que en número impresionante han suscrito el documento preparado por el profesor Linus Pauling.

En su conferencia de prensa de 5 de febrero el Presidente Eisenhower dijo que el plan Rapacki—una alusión pues no lo citó expresamente—era uno de los puntos sobre los cuales las dos partes parecían querer discutir; después atenuó esta disposición conciliatoria al subrayar que nada podía ser decidido, ni aun discutido, sin el acuerdo de los principales interesados. Evidentemente pensaba en Bonn y en el cambio de tono del Canciller Adenauer que en la Conferencia de la OTAN en París había ejercido una acción más bien moderadora en la cuestión de las relaciones con el Este, pero a quien el plan Rapacki le ha sentado muy mal temiendo su repercusión sobre el rearme de Alemania y que debilitase su situación dentro de la OTAN.

La proposición polaca interesó en los medios occidentales no sólo en sí misma, sino como signo de la tendencia de Varsovia a seguir una acción diplomática propia. Entiéndase bien: nadie conocedor del verdadero estado de cosas en el mundo comunista, compartirá la teoría de un grupo influyente de Washington que especula desde hace tiempo con el agrietamiento de dicho bloque, Varsovia y Peking tirando por su lado y alejándose de Moscú. Pero, sí cabe aceptar, dentro de la solidaridad de los países comunistas, matices distintos de procedimiento, lo que los chinos llaman "el estilo de trabajo". La manera de presentar y de tratar su plan el Ministro de Relaciones de Polonia, Adam Rapacki, acusa esa diferencia de matiz. La diplomacia polaca cuenta hoy además con una media

docena de embajadores en puestos importantes particularmente adecuados para promover la labor de aproximación.

La proposición polaca responde a una auténtica preocupación ante la perspectiva de encontrarse un día frente a frente con una Alemania armada atómicamente. Hablando el 28 de noviembre de 1957 en la reunión de los Cuadros del Partido Obrero Unificado Polaco, su Secretario General Wladyslaw Gomulka dijo: "La puesta en aplicación de los planes destinados a equipar la Alemania Occidental con armas atómicas tendría como consecuencia hacer más profunda la división en Europa, cosa que no puede desear Polonia, ni nadie que aspire a una paz duradera. Es por eso que nosotros proponemos un camino diferente.

Nuestra iniciativa preconizando la creación de una zona sin armamentos atómicos ni en Alemania ni en Polonia, a cual se ha adherido Checoslovaquia, puede contribuir más que ninguna otra cosa a favorecer la normalización de las relaciones entre Polonia y la República Federal alemana a través de una acción común en beneficio de la paz".

En el comunicado conjunto publicado después de la entrevista Gromyko-Rapacki, asistidos de expertos de uno y otro lado y que tuvo lugar en Moscú por iniciativa del gobierno polaco del 28 de enero al 2 de febrero, los dos partidos se declaran convencidos de que "se presenta actualmente la posibilidad de la creación en el centro de Europa, en el lugar de encuentro de las fuerzas fundamentales de los dos grupos militares (adheridos al Pacto de Varsovia y los que forman la OTAN), de una zona desatomizada comprendiendo el territorio de cuatro Estados" y que conviene proseguir los esfuerzos con vistas a la realización de "esta proposición concreta", lo que "contribuiría a la solución de otros problemas litigiosos".

El ministro Rapacki obtuvo en esa reunión de los rusos una concesión notable: la Unión Soviética estaría dispuesta a discutir con los occidentales, sin compromiso de parte de éstos, un sistema de control eficaz de la "desnuclearización" proyectada. Y todo ello provocó el siguiente comentario de Sir John Slessor, el distinguido mariscal británico de la RAF: "Seríamos unos locos de no aprovechar esta oportunidad".

Polonia teme que de estallar una nueva guerra en Europa, el país se hallaría una vez más en el centro mismo del conflicto. Pesa constantemente sobre ella la existencia de corrientes

revisionistas en la República Federal que hacen de la recuperación de los territorios perdidos para Alemania como consecuencia de la derrota sufrida en la Segunda Guerra Mundial, un objetivo capital. Las declaraciones reiteradas del gobierno de Bonn contrarias a la recuperación de dichos territorios por la violencia, no constituyen una garantía suficiente para Varsovia. El hecho subsiste de que si la línea Oder-Neisse es considerada por Polonia como la reparación de una injusticia histórica, para la República Federal constituye un despojo. Si es verdad que el 30 de noviembre de 1956, hablando en Hamburgo, el Ministro de Relaciones de la República Federal, Herr von Brentano se declaraba contra todo empleo de la fuerza para el arreglo de dicha cuestión y afirmaba que su gobierno estaba dispuesto a garantizar al gobierno polaco que todo recurso a la fuerza estaba excluido, Polonia se teme que una vez Alemania transformada en una potencia atómica, con un ejército disponiendo de las armas norteamericanas más modernas y eventualmente bajo un gobierno distinto, todas esas buenas palabras podían evidenciarse simples promesas, como el país ha conocido ya varias en su historia.

En su ensayo tan completo sobre "Polonia y la Paz" publicado en el número especial consagrado a Polonia por la revista mensual belga *Synthèses*, E.N. Dzelepy, un comentarista muy versado en cuestiones internacionales observa: "Si la República Federal fuese sola en perseguir una política revisionista en el Este, sobre un plan estrechamente nacional, el mal no sería tan grande. En las circunstancias actuales una política semejante no constituiría sino un peligro relativo. El mundo y Europa han cambiado bastante desde el colapso del Reich hitleriano. Alemania sola, incluso rearmada, no presentaría el mismo peligro que sus vecinos han conocido a principios de este siglo y en los años treinta. De otra parte, una política revisionista alemana, desarrollada en un plano estrictamente nacional, tropezaría con la resistencia mayor o menor de todas las grandes potencias, como fue en dos ocasiones el caso en el pasado. Ahora bien, la política alemana evoluciona actualmente sobre un plan 'europeo', lo que quiere decir que sus ideas, sus tesis e incluso sus objetivos son compartidos por las potencias occidentales, cuyo entero apoyo le está asegurado. Es ahí donde radica el verdadero peligro. Alemania no está ya sola; forma parte de la gran alianza occidental".

Un argumento difícil de contratar. En todo caso toca al corazón mismo del problema de las relaciones entre el Este y el Oeste, a cuya mejoría la Conferencia en el Ápice ha de tender, si no se quiere que la reunión termine como la de jefes de gobierno en Ginebra en 1955, con una gran decepción siguiendo a una gran esperanza. No es únicamente la seguridad de Polonia la que un acuerdo a lo largo de las líneas generales del Plan Rapacki, susceptible en la intención misma del gobierno de Varsovia, anunciada y reiterada, de ser modificado y completado por las enmiendas occidentales que pudiesen presentarse en el curso de la Conferencia, la que quedaría salvaguardada. La cuestión va más allá hacia el norte y afecta fundamentalmente toda la actitud de Rusia en política exterior.

En mi última visita a Moscú —febrero de 1957— pude convencerme de cuán llena de realismo es la posición de los que sostienen que si sobre otros problemas y en otras áreas —trátese del Oriente Medio o de Asia— la Unión Soviética se mostraría dispuesta a hacer concesiones importantes, a los Estados Unidos y al Occidente en general, en lo del rearme de Alemania permanecerá inflexible.

No es ni siquiera cuestión de ideología, sino de interés nacional. Ningún gobierno ruso a condición de sentir de veras la nación, de preocuparse por la seguridad y la independencia del país, fuese comunista, socialista o monárquico, podría asistir con indiferencia al desarrollo de una alianza en la cual la capacidad potencial militar de Alemania y su disposición agresiva, tal como se ha manifestado en el pasado, de Federico Grande y Bismarck a Hitler, se halle respaldada por el poderío industrial y económico de los Estados Unidos. Una combinación de tal índole no existía ni en 1914, ni en 1939.

Así que de una manera o de otra, en la Conferencia en el Ápice se hablará de Alemania y del Plan Rapacki.

FIGURE o no en el orden del día en la Conferencia se hablará del Oriente Medio. En su conjunto los países árabes —es bien sabido— no representan una fuerza numérica importante. El mayor de ellos, el Egipto, 24 millones de habitantes a los que hay que añadir ahora los de Siria en la nueva formación de la Arabia Unida; los otros de 1,5 a 5 millones y en total, 60 millones. Pero, aparte de la riqueza petrolera de algunos su valor

estratégico es considerable y no menor su valor político al hallarse en el centro mismo del movimiento anticolonialista, cuyos ecos vienen repercutiendo tan fuertemente desde el final de la guerra sobre los cálculos y decisiones de las grandes potencias.

Fue en El Cairo donde se reunió en los últimos días de diciembre de 1957 la Conferencia de solidaridad de los países de África y de Asia. "Los ecos de esta manifestación" —comentaba *Le Monde* de París el 3 de enero— "resonarán durante largo tiempo en África y en Asia", y se vio enseguida que no se trataba de un acontecimiento transitorio ya que una de sus decisiones dejó establecido un organismo permanente con el nombre de "Comité de solidaridad de los pueblos afroasiáticos", con su secretariado en la capital egipcia hasta la próxima conferencia.

De la Conferencia surgió un programa común cuyos puntos principales son los siguientes: Adhesión a los diez principios de Bandung como guía en las relaciones internacionales; movilización de los esfuerzos de todos los países representados en la Conferencia en favor de la prohibición de las armas nucleares; afirmación del derecho de todos los pueblos a la libertad y a la independencia; ayuda mutua y cooperación económica y técnica a fin de fomentar el desarrollo social de los países de Asia y de África y sus intercambios culturales.

La prensa mejor informada del Occidente, según hemos visto a través del comentario de *Le Monde*, concedió a la Conferencia del Cairo la importancia que tenía, evitando el error de presentarla como una simple empresa comunista. Contra esta última interpretación se alzó el delegado de la India y diputado del Parlamento de su país, Dr. Anup Singh, quien en su conferencia de prensa precisó que más del 80 por ciento de los delegados no eran comunistas. El Japón había enviado en efecto una fuerte delegación no comunista presidida por un banquero. La delegación del Sudán era conducida por el Ministro del Interior y comprendía el Ministro de Asuntos Extranjeros, Muhammad Ahmed Mahgoub.

Es importante recordar la amplitud de esa manifestación que tuvo lugar en El Cairo como una prueba más de que lo que está ocurriendo en el Oriente Medio rebasa el marco de su área geográfica, para situarse en el centro del gran problema de reducir la tensión internacional favoreciendo una inteligencia donde actualmente prevalece el desacuerdo.

El choque de la política soviética y de la política occidental

en el Oriente Medio lo han convertido en uno de los lugares donde la crisis tiene un carácter casi permanente. A los pocos meses de una situación aguda con motivo de Jordania —la gente olvida pronto y seguramente muchos ya no recuerdan que la flota de los Estados Unidos de servicio en el Mediterráneo con barcos portaaviones provistos de la bomba atómica fue enviada allí— se produce el conflicto del Líbano que en el momento en que escribimos lleva su queja contra la República Árabe Unida ante el Consejo de Seguridad.

Es en todo el Oriente Medio una situación fluida de divisiones y contradicciones múltiples. No son sólo Rusia y el Occidente los que se enfrentan allí. Dentro de la propia coalición occidental los antagonismos de intereses, sobre todo en derredor del petróleo, han debilitado considerablemente su influencia con respecto a la influencia soviética que puede seguir una política más coherente.

La solidaridad un tanto artificial que unía a Estados Unidos, Inglaterra y Francia a través de la declaración tripartita de 1950, se quebró ostensiblemente en el momento decisivo del conflicto de Suez. Los Estados Unidos se negaron a identificarse con una línea de acción que al conducir a la ruptura con Nasser y a la intervención militar francobritánica les parecía que únicamente podía beneficiar a Rusia. Pero, tal como enfocó el Departamento de Estado su papel de "caballero solo" en el Oriente Medio difícilmente podía asegurarles las ventajas que esperaban.

Washington concentró su esfuerzo en dos países, Jordania y el Líbano. En el primero su influencia se afirmó y a través de él confía extenderla al Iraq después de la fusión de ambos en una monarquía bicéfala creada para hacer frente a la República Árabe Unida. En el Líbano tendrá todavía que probar en las semanas próximas que su acción allí es más fuerte que la del Cairo.

El Iraq mismo que por ser origen y piedra angular del Pacto de Bagdad parece ligado sólidamente al Occidente, es escenario de una intensa lucha interna entre pro occidentalistas, pro neutralistas y pro soviéticos en el sentido en que lo es El Cairo.

Hace muchos años que un sector de la clase dirigente en el Iraq ha tratado de apoyarse en una gran potencia para resistir la influencia imperialista de las otras. Antes de la Segunda Guerra Mundial su mirada se fijó en el Eje. Es el período de

cortejo del poderío hitleriano. Después la orientación se desdobra, unos mirando sobre todo a la Unión Soviética que se les presenta como el campeón contra el imperialismo, contra el sionismo y contra las maquinaciones del Occidente; otros pensando en que haciéndose los indispensables a los occidentales con el Pacto de Bagdad serán respetados en sus intereses nacionales, protegidos contra cualquier veleidad de hegemonía del Cairo y ayudados financieramente.

La tendencia neutralista sostenida por la mayoría de la élite iraquí pone como precio de una política de equidistancia entre los dos grandes bloques en pugna, el cese del apoyo a Israel, la disolución del Pacto de Bagdad, la renuncia a las bases estratégicas y a los derechos de las potencias coloniales.

Mientras no haya un acuerdo entre Rusia y el Occidente sobre el Oriente Medio, serán los occidentales los que lleven la partida más difícil. Los adversarios de Nasser en los demás países árabes lo ven cada día más como el ganador de la lucha de influencia que tiene lugar en dicha área.

Su regreso triunfal en el mes de mayo de su visita a la Unión Soviética, las atenciones de que fue objeto, el lenguaje altamente lisonjero de Kruschev, han engrandecido su prestigio en todo el mundo árabe. Es cierto que un análisis profundo de los resultados de las conversaciones rusoegipcias en Moscú justifican un juicio más moderado. En la cuestión de los refugiados árabes, por ejemplo, el gobierno soviético se mostró de una prudente reserva. Diríase que bien informado sobre la determinación de Israel, acerca de la cual sería peligroso abrigar ninguna duda, a defenderse si lo atacan poniendo en la lucha todas sus vidas, los hombres, las mujeres, los viejos y los niños, el gobierno ruso aún sosteniendo políticamente a Egipto se resiste a dejarse arrastrar a una aventura. Pero, entretanto no materialice el peligro de guerra, la Unión Soviética está en mejores condiciones de actuar en el Oriente Medio.

Frente a la política occidental que conserva siempre para el paladar árabe el gusto de la antigua preponderancia y les hace recelar de sus intenciones, los rusos acentúan su actitud de no-ingerencia. La diplomacia soviética ha puesto un particular empeño en disipar las inquietudes de los dirigentes árabes acerca del peligro de encontrarse un día con sus países "sovietizados". Gamal Abdel Nasser puede mantener al Partido Comunista egipcio en la ilegalidad sin que las relaciones entre

El Cairo y Moscú resulten afectadas. La Unión Soviética presentó sus acuerdos financieros con Egipto y Siria "como un modelo de cooperación entre países de regímenes políticos diferentes". El alineamiento ideológico con el mundo comunista no se plantea desde el lado ruso y le hubiese bastado a la Corte feudal de la Arabia Saudita haber adoptado en la lucha contra el colonialismo la misma posición que El Cairo, para ser aceptada igualmente en amiga. Por el contrario, la benevolencia occidental hacia cada uno de los países árabes aparece demasiada ligada a su adhesión a "la causa del mundo libre". Es una exigencia que entorpece considerablemente la movilidad de la diplomacia americana en el Oriente Medio.

Otra dificultad con que tropieza la diplomacia occidental es la rapidez con que las divisiones entre los países árabes se "deshielan" tan pronto uno de ellos es, o se juzga a sí mismo, amenazado desde fuera. El 2 de noviembre de 1957, el Consejo de la Liga Árabe que incluye el Egipto, Siria, Arabia Saudita, Iraq, Yemen, el Sudán, Libia, Líbano y Jordania, votó por unanimidad una resolución según la cual todos los países árabes se considerarían atacados si Siria era atacada. Y, sin embargo las relaciones entre Siria y Jordania, por ejemplo, no se habían distinguido en los meses anteriores por su cordialidad. Pero, cualquier intento de intimidación viniendo fuera de la familia árabe es unánimemente resentido.

En el terreno económico la competencia de influencia en el Oriente Medio constituye para el Occidente otro motivo de preocupación. La ayuda económica y técnica prestada por la Unión Soviética no puede ya ser desdeñada como un simple fenómeno pasajero. Tiende a aumentar en volumen y en continuidad. El acuerdo con Egipto prevee la construcción de cincuenta y cuatro importantes proyectos industriales, que, en la opinión de los expertos deben llevar a un aumento en la producción de acero, camiones y tractores y a la instalación de industrias como la azucarera y otras, todo por un valor de 100 millones de libras egipcias. En Siria los medios oficiales preveían como consecuencia del acuerdo soviético-sirio, negociado antes de la fusión con Egipto en la República Árabe Unida, un aumento dentro de siete años de un 60 por 100 en la renta nacional.

La diplomacia occidental trata de desacreditar esa ayuda diciendo que una buena parte de ella puede quedar en prome-

sas. Pero, en El Cairo se dicen que con que sólo una parte sea llevada a efecto, siempre será más que lo recibido para la presa de Aswan del lado occidental ya que el avance de 200 millones de dólares contemplado por el "International Bank for Reconstruction and Development" fue anulado cuando se comenzó a tener el sentimiento de que el Egipto se movía demasiado cerca de la órbita soviética —una anulación que desencadenó el proceso que condujo precisamente a la crisis de Suez.

Hasta hace un par de años los préstamos del mencionado Banco a los países del Oriente Medio que figuraban entre los menos desarrollados, apenas pasaban del tres por ciento de sus operaciones de ese tipo. Luego su política cambió y en 1956 el Líbano, por ejemplo, recibía del Banco Internacional un préstamo de 27 millones de dólares para el proyecto del río Litani.

Es en este escenario complejo, de múltiples aspectos económicos, políticos y psicológicos en que Rusia y el Occidente corren el riesgo de ser colocados por la vehemencia del nacionalismo árabe a dos pasos de la guerra. Y de ahí el interés de todos en que la Conferencia en el Apice sea aprovechada para una discusión a fondo de los problemas del Oriente Medio, algunos de los cuales, los relacionados con el nivel de vida de las masas árabes podían dar lugar a una acción conjunta de ayuda y asistencia técnica en la que participasen Rusia y el Occidente dentro del cuadro, por ejemplo, de las Naciones Unidas.

OTRO tema de discusión obligado en la Conferencia es el desarme. Recordemos rápidamente la evolución de dicho problema dentro de las Naciones Unidas hasta que en la última Asamblea, la URSS "convencida de la esterilidad de continuar la discusión allí", decidió retirarse de la Comisión.

El subcomité de la ONU llevaba mucho tiempo reuniéndose en Londres y en la sesión en la que reanudó sus trabajos el 18 de marzo de 1957, hizo concebir a muchos una cierta esperanza. El tono general de las intervenciones se distinguía favorablemente con respecto al pasado, con un aparente deseo por parte de todos de hacer avanzar una cuestión tantas veces detenida por la insistencia en defender posiciones irreconciliables.

Cuatro meses después se volvía al mismo punto muerto. La prensa soviética había señalado entretanto la contradicción entre las manifestaciones reiteradas occidentales sobre la necesidad

de entenderse en la cuestión del desarme, y el apoyo dado al gobierno de la República Federal Alemana que comenzaba a plantear la indispensabilidad de proveer al nuevo ejército alemán —contra lo estipulado en los Acuerdos de París— de las armas más modernas, incluidas las atómicas.

Fuera por lo que fuese, el 8 de julio el delegado soviético, señor Zorin, rechazó la última proposición occidental sobre una suspensión temporal de las explosiones nucleares, ligada a la suspensión de la producción de la bomba.

Los trabajos del subcomité con cerca de cinco años de reuniones —el 19 de abril de 1954 el subcomité fue creado; el Consejo de Seguridad había decidido ya en 1947 la constitución de una Comisión de Armamentos convencionales, y un año antes, en su primera sesión ordinaria la Asamblea había nombrado una Comisión para la Energía Atómica— se encontraron de pronto prácticamente paralizados. Era el preludio a la resolución de retirarse de la Unión Soviética, arriba mencionada.

Reducida a sus posiciones esenciales las diferencias que han separado en la cuestión del desarme al Oeste del Este, pueden ser a los efectos de mayor claridad, presentadas así: los occidentales han puesto siempre el énfasis en la seguridad. Para ellos todo gira alrededor del control. "Sin control no hay desarme", es la fórmula de Jules Moch que representó a Francia en el subcomité hasta ser nombrado, con motivo de la crisis de Argelia, para el cargo de Ministro del Interior. Y eso que sobre él los rusos se han expresado en la intinidad con mayor aprecio que el que les merecía sus colegas norteamericano, británico y canadiense.

Por lo tanto el Occidente ha venido reclamando la creación de un sistema de vigilancia lo suficientemente eficaz para descubrir sobre el terreno cualquier infracción seria de un acuerdo eventual sobre la limitación de armamentos.

Del otro lado la Unión Soviética ha juzgado siempre más importante el concentrar todo el esfuerzo en la cuestión de las armas nucleares, cuya prohibición incondicional e inmediata no ha cesado de reclamar en estos últimos años con un indiscutible efecto, según hemos visto, sobre la opinión pública. Y eso antes del establecimiento mismo de un sistema de control.

Hubo en el curso de esos años varios momentos de aproximación que permiten confiar en que algún día el problema capital que divide al Oeste y al Este entre en vías de solución, no

obstante sus dificultades innegables. Así en junio de 1954 un plan francobritánico previendo varias etapas sucesivas de desarme y que había sido rechazado al principio por la Unión Soviética fue aceptado por ésta como base de discusión.

Vino después la Conferencia de Ginebra de jefes de gobierno de 1955. En ella los occidentales hicieron un paso hacia atrás ya que pidieron que ante todo se estableciese un clima de confianza, ofreciendo como barómetro algunas proposiciones espectaculares, tal el plan Eisenhower de "abrir los espacios", de inspección aérea, pero declarando al mismo tiempo que "para prohibir el arma atómica era indispensable el descubrimiento por los técnicos de medios eficaces de control hasta entonces inexistentes".

En la cuestión de las relaciones Oeste-Este se tiende por lo general a subrayar las divergencias. Hubo, sin embargo, de nuevo entre el plan occidental y el plan soviético discutidos con anterioridad a la retirada de la URSS y de la suspensión para todos los efectos prácticos, de las tareas del subcomité de la ONU, puntos evidentes de acuerdo. Para ser bien concretos: la aceptación de una reducción inicial de los efectivos limitando a 2.500.000 hombres el ejército de los Estados Unidos y el de la Unión Soviética y a 750.000 hombres los de Francia y Gran Bretaña; la aceptación de una reducción de los armamentos clásicos mediante el intercambio de listas de armamentos sujetas a la vigilancia de un organismo internacional de control; la aceptación en principio de un sistema de inspección aérea para evitar todo ataque de sorpresa.

Debe de incluirse también entre los signos alentadores la carta dirigida a fines de mayo, es decir, en el momento mismo de terminar este artículo, por el Presidente Eisenhower al Primer Ministro soviético Krushchev y que parece abrir el camino a conversaciones entre el Oeste y el Este sobre la verificación de las explosiones nucleares. El Presidente de los Estados Unidos sugiere que los expertos que se encontrarán seguramente en Ginebra, hagan un primer informe a los treinta días después de reunirse, y traten de redactar un informe final antes de transcurrir los dos meses de su encuentro inicial. El Presidente Eisenhower propone igualmente "que las Naciones Unidas sean informadas del progreso de las discusiones a través de su Secretario General".

El Presidente precisa que los expertos occidentales serán

elegidos "sobre la base de su competencia", sabios americanos, británicos y eventualmente de otras nacionalidades "especializados en los medios de verificación y descubrimiento de los experimentos nucleares". "Estamos seguros—continúa el señor Eisenhower— que los expertos representando a la Unión Soviética serán elegidos de la misma manera, sobre la base de su competencia, de modo que sea factible llegar a conclusiones científicas y no políticas".

Es un modo de comenzar "despolitizando" problemas que aparte de su complejidad habían sido todavía más inabordables al encadenarlos a las incidencias de la guerra fría. Es un primer paso de nuevo hacia un diálogo de tipo constructivo.

Queda todavía bastante por andar hasta que la Conferencia en el Ápice tenga su fecha y un acuerdo sobre su composición y sobre su orden del día. Pero, la significación e importancia de este encuentro de expertos en Ginebra merecen ser retenidas.

Si el problema del desarme pudiese ser sacado del círculo vicioso en que se ha movido y librado de la rigidez de la fórmula "no hay desarme sin control" sustituyéndola por las más amplias "no hay desarme sin confianza recíproca", y si ve a ambas partes aproximarse a la Conferencia en el Ápice sinceramente convencidas de que ninguna de ellas puede imponer unilateralmente sus concepciones a la otra, que negociación es lo que la palabra dice y no ultimátum, la ensombrecida y peligrosa situación internacional de hoy comenzaría a despejarse.

SOBRE LA SITUACIÓN POLÍTICA DE MÉXICO Y EL DESARROLLO ECONÓMICO

Por *Pablo GONZALEZ CASANOVA*

EN política las ideas generales constituyen una fuerza. Suelen unir incluso lo opuesto. Señalan un límite a la lucha, un punto de conciliación, de tarea común. En México hay un acervo de ideas generales que reconoce la inmensa mayoría, en medio de sus diferencias ideológicas. Estas ideas se han venido acumulando a lo largo de nuestra historia y se han despojado de la agresividad absoluta, radical, que tuvieron en otros tiempos.

Hoy nadie se atrevería a negar que todo mexicano tiene el deber de luchar por la independencia de México, que todo mexicano debe luchar por la libertad de expresión, que la democracia o gobierno del pueblo es el régimen que más conviene en México, y que el federalismo es el sistema de gobierno más adecuado. Y aunque son ideas abstractas, generales, inútiles para explicar las luchas de nuestros días, y cuyo uso y abuso puede resultar desesperante y panglosiano constituyen, sin embargo, el supuesto de la vida política nacional. Su aceptación general, por lo menos en la expresión, distingue nuestra época de otras épocas, en que se desangraron los mexicanos que eran manifiestos partidarios de estas ideas y los que eran sus enemigos declarados. Hace un siglo y medio los partidos conservadores habrían objetado expresamente, habrían luchado encarnizadamente contra todos aquéllos que sostuvieron que México debía luchar por su independencia política y económica, por la democracia y la libertad de expresión, o por implantar un sistema federal de gobierno.

El proceso de enriquecimiento ideológico nacional ha continuado en nuestros días, alcanzando ideas menos abstractas que las anteriores, que hoy forman la opinión pública mayoritaria, que han ingresado a todos los partidos y plata-

formas, cuando hace apenas unos años, eran exclusivas de los grupos revolucionarios. La necesidad y conveniencia de la reforma agraria —base fundamental de la Revolución Mexicana—, la necesidad y conveniencia de la expropiación del petróleo —base fundamental de la independencia económica—, que hasta hace muy poco eran motivo de enconadas luchas, son actualmente reconocidas por todos como el origen del desarrollo excepcional de México. Y como estos, podrían citarse muchos ejemplos más, en que el ideario exclusivo de un grupo político ha ingresado a las ideologías de izquierda y de derecha, concretándose ambas, frecuentemente, a reclamar el cumplimiento de los ideales de la Revolución, traicionados unas veces y otras incumplidos. Con la reforma agraria y la expropiación del petróleo, la Constitución Mexicana y, en particular, los derechos sociales de agrupación, de huelga, que ayer fueran motivo de las más violentas luchas ideológicas y políticas, hoy son objeto de general reconocimiento. Todos los partidos critican a quienes no cumplen la Constitución, en lo jurídico o en lo moral, reparando apenas en este o aquel artículo, o buscando reformar tal o cual inciso para hacer más "constitucional" la Constitución, para hacerla más "liberal", más "demócrata". Y aunque en muchos casos se trate de artimañas, de justificaciones, de ardidés propios de la lucha, es indudable que han triunfado en el razonamiento político, la argumentación liberal y los valores de la Revolución. Hasta quienes quieren destruirlos se ven en obligación de simular que los respetan. Estos valores unen a la nación, atan incluso a sus enemigos. Ponen un límite a la lucha y mantienen la unidad. Constituyen la fuerza de una política nacional, de una unidad nacional. Integran la cultura política e ideológica de México como nación independiente, a pesar del sentido concreto que adquieren en cada grupo o partido.

EN estas condiciones, al analizar la situación política de México, cabe preguntarse qué ideas, qué conceptos nos unen hoy y cuáles nos dividen, y de éstos cuáles están destinados a unirnos mañana. Porque los mexicanos —fenómeno que nada tiene de singular— estamos de acuerdo en algunas metas y nos dividimos en cuanto proponemos los medios para alcanzarlas.

De estas metas hay una que todos aceptamos y que durante la última campaña electoral por la Presidencia de la República, formuló el candidato, Lic. Adolfo López Mateos, en las siguientes palabras: "El ascenso del nivel de vida de la población mayoritaria del país—dijo—constituye el propósito central de la Revolución y es nuestra meta invariable".

El pensamiento de la Revolución Mexicana, el propio candidato, los partidos políticos nacionalistas y progresistas, y los técnicos, han estudiado y han propuesto, con los más variados tonos—en discursos, manifiestos, artículos, investigaciones—las medidas capaces de alcanzar ese fin. En particular, los economistas mexicanos han hecho aportaciones muy valiosas, investigaciones sobre el desarrollo económico y la política más adecuada para alcanzarlo. Las conclusiones que han derivado de sus estudios han pasado a ser un lugar común de muchas observaciones sobre el desarrollo del país, lo cual no quiere decir que hayan unificado el criterio nacional. Las diferencias de opiniones y criterios subsisten en las más distintas formas. Para muchos las medidas nacionales propuestas aparecen desvinculadas del fin, no son necesarias, e incluso se oponen a alcanzarlo.

Por ello cualquier esfuerzo que se haga de relacionar en la conciencia de los mexicanos, la necesidad de las medidas que proponen los técnicos y los sectores revolucionarios para el incremento del nivel de vida y del desarrollo por todos anhelado, puede ser un ahorro de pasos en falso. Este esfuerzo es tanto más necesario cuanto que los economistas mexicanos están en las avanzadas del estudio del desarrollo y pocas son las investigaciones que aclaren la política social del desarrollo, los aspectos no económicos del desarrollo, y que permitan vincular conscientemente el partido, la opinión pública, la cultura, con las medidas de política económica que proponen nuestros expertos o nuestros pensadores para alcanzar la meta nacional. Es, pues, conveniente integrar las medidas concretas de un fin común; recoger en particular, lo que han dicho nuestros economistas, y buscar su relación política y su situación en la política nacional.

EN primer lugar, para lograr el ascenso del nivel de vida de la población mayoritaria de México, es conveniente—por

razones de método, y, sobre todo, porque el mundo está dividido en naciones— pensar en México como nación, y en la nacionalidad, en la soberanía, como instrumentos de que se vale la población mexicana, para defender su existencia, su economía, sus formas de vida política, su cultura.

La nación, en el ejercicio de la soberanía, puede luchar por el ascenso del nivel de vida de la población. Esta lucha nacional se concreta a buscar una mejoría en lo que llaman los economistas la relación de intercambio. México—nos dicen— necesita vender más caro en el extranjero lo que produce en el interior y comprar más barato lo que adquiere en el extranjero. Pero como México no fija los precios del mercado internacional, necesita diversificar su comercio, fomentar pactos comerciales y de trueque con las naciones que le ofrezcan mejores condiciones, independientemente de que estos pactos resulten o no agradables a los grandes consorcios que habitualmente controlan la compraventa internacional de México. Si hay un país que compre más caro a ese país debe venderse. Si hay un país que venda más barato a ese país hay que comprarle. Y este acto comercial es independiente de que se simpatice o no con los gobiernos que ofrezcan mejores condiciones económicas. México—concluyen con razón— necesita luchar por la expansión de su mercado exterior y por competir en un mundo de competencia, tanto más que en los últimos años las relaciones de intercambio se han venido sistemáticamente deteriorando, y seguirán deteriorándose de no hacerse la política económica indicada. Pero para hacer esa política se necesita hacer algo más que una política de comercio exterior y algo más que una política económica. Para diversificar sus fuentes de compra y sus canales de venta, para competir en un plano de igualdad, México necesita fortalecer su derecho de autodeterminación, su soberanía. En otra forma es imposible; los economistas o los nacionalistas pueden proponer esas medidas, que no se cumplirán.

Así aparece la necesidad de incrementar la soberanía: el poder político del Estado Mexicano y de los nacionales. En efecto, la soberanía de México está directamente ligada a la existencia nacional, y en particular, está ligada al ascenso del nivel de vida de la población que depende, en gran parte, de la forma en que se defienda el ingreso regional, y de la libertad que tenga el país para comerciar en los mejores términos posibles, tanto a la hora de comprar lo que necesita como

a la hora de vender sus productos. En México la soberanía no es un lujo y el nacionalismo no es una actitud agresiva. Emocionalmente la soberanía de México interesa a toda la población nacional. En el terreno político y económico también le interesa.

Pero el incremento y ejercicio de la soberanía nacional encuentra oposiciones y resistencias muy naturales en los grupos extranjeros y nacionales que se benefician de la situación actual, o que, incluso perjudicándose, no tienen una conciencia clara de la situación. Estas resistencias, que constituyen serios obstáculos, no pueden ser ignoradas, ni el país puede vencerlas con simples medidas comerciales. Implican —como ya se ha hecho ver— la aplicación de una política económica integral y, además, la solución de un problema político; el propio problema de la soberanía, de un mayor poder político de la nación. Sin ello, todo mexicano sensato sabe que no queda sino el oportunismo o el fatalismo ante los obstáculos, con resultados similares para el país, pues unos podrán acomodarse y otros lamentarse, que el país no se beneficiará.

Así, los obstáculos a una política mexicana de comercio exterior están vinculados a los obstáculos que encuentra el incremento de la soberanía nacional, y unos y otros están vinculados a las inversiones extranjeras. Concretamente los inversionistas extranjeros y sus socios nativos, que poseen industrias de exportación, o se dedican a la importación de mercancías en el extranjero, frecuentemente se ven obligados a vender los productos en su país de origen, aunque las condiciones del mercado sean más favorables en otros países, o a comprar las mercancías en su país de origen, no importándoles que las condiciones del mercado sean más favorables en otros países. Un vínculo de dependencia económica respecto a los consorcios extranjeros de que a menudo son agentes o sucursales, los induce a hacer la política económica de sus empresas —extranjeras— y a proponer como política nacional la vinculación única y dependiente del país frente al país en que radican sus matrices. En torno a ellos, los comerciantes, industriales y profesionales que obtienen utilidades de la instalación de empresas extranjeras en México, tienden a pedir el incremento irrestricto de estas empresas, sin reparar en los efectos que tienen las sucursales y agencias de los gran-

des consorcios, y en la presión que ejercen frente a la soberanía económica y política de México. En estas circunstancias no sólo presentan un serio obstáculo para una política mexicana —que entre otras cosas y entre otras fórmulas busque incrementar los niveles de vida— de comercio exterior, sino que sientan y afirman las bases para que el financiamiento del desarrollo de México no se realice con “el trabajo y el capital de México”, sino con el capital extranjero.

En efecto, cuando las empresas extranjeras de exportación-importación no reparan en las condiciones desfavorables del mercado exterior o no hacen nada para mejorarlas, buscan una compensación en el mercado nacional, abatiendo los precios de compra de las materias primas —lo cual redundará en un abatimiento de las utilidades y los salarios de los mexicanos— y aumentando los precios de venta de las mercancías importadas, una vez que eliminan a los competidores mediante acciones monopolísticas, lo cual tiene efectos deprimentes a corto plazo en los salarios reales y a largo plazo en las utilidades y la capitalización nacional. Con ello sientan las bases para que el financiamiento del desarrollo de México dependa más y más del capital extranjero —de las inversiones directas y los préstamos intergubernamentales— y para que se plantéen a mayor escala los efectos deprimentes para la soberanía económica y política de México y para un ascenso del nivel de vida de los mexicanos.

Los efectos son en cadena y los obstáculos también. Si convencionalmente hemos empezado por el eslabón que constituyen las empresas de importación-exportación, este eslabón se halla ligado al de las empresas extranjeras que vienen a producir en el país y a competir en el mercado interno. Lo que no se obtiene por un comercio exterior sano, libre, en condiciones económicas que permitan un aumento en los salarios de los mexicanos y un aumento en la capitalización nacional, se intenta suplir con la política de “pídele caridad a tu vecino” (como justamente la llaman algunos economistas norteamericanos), con solicitudes de ayuda al gobierno de Norteamérica, o con proposiciones para que el déficit de capital que exige el desarrollo del país se cubra abriendo las puertas, sin medida, al capital extranjero. Y se pinta a éste como el factor de progreso nacional, de industrialización nacional, sin reparar en que sus efectos contra la soberanía

y los niveles de vida del país pueden ser similares a los de las empresas extranjeras de importación-exportación.

Este camino, como política "nacional", conduce en realidad a aumentar los obstáculos al desarrollo nacional. Es cierto que el país necesita aumentar su producción, y es cierto que para ello necesita capital; es cierto que las inversiones extranjeras pueden suplir la falta de capital nacional, y aumentar la producción. Pero lo que no es cierto es que esta sea una fórmula nacional de obtener capital. La fórmula nacional de obtener capital sería, en primer término, defender los precios de venta de nuestros productos actuales que van al mercado exterior y también los pagos que hacemos por la compra de los artículos de consumo y producción que frecuentemente adquirimos en el extranjero a precios de monopolio y a sobrepuestos de país subdesarrollado. Y por lo que respecta a la inversión extranjera como solución para un incremento en la producción nacional, es también cierto que tiene tal efecto, pero es no menos cierto que sin una política mexicana de inversiones extranjeras éstas pueden desplazar al capital nacional, competir con él en condiciones monopolísticas y colocarlo en una situación de raquitismo o dependencia.

La solución al problema de los niveles de vida y el desarrollo, mediante inversiones extranjeras irrestrictas, lejos de allanar obstáculos los aumenta y fortalece. Resulta todavía más absurda cuando se piensa que las empresas productivas que se establecen en el país con capital extranjero, como agencias y sucursales de las matrices extranjeras, hacen la política de la matriz, en la misma forma que las empresas de importación y exportación, y son obviamente ajenas e incluso contrarias, a una política mexicana de desarrollo. No puede ser de otro modo. Su política es la política de las empresas centrales que se hallan en el extranjero. Es imposible que por su cuenta y gracia hagan una política mexicana de desarrollo. Si los mexicanos no la hacen con menos razón pueden hacerla ellas. Y cuando se colocan en puntos claves de la economía, sus efectos son aún mayores, y la influencia que pueden ejercer sobre el conjunto de la economía nacional todavía más grande que si son colocadas en puntos periféricos y dependientes. Por ello se requiere no sólo una ley mexicana que regule las inversiones extranjeras, ni tampoco la elimi-

nación de éstas, sino una política mexicana de inversiones extranjeras. Esta política es cada vez más y más solicitada por los distintos grupos de interés, que integran la economía nacional, lo cual —entre otras razones que veremos— hace esperar que se practicará en los próximos años, no obstante los grandes obstáculos que presenta. En efecto, del nacionalismo económico, hasta hace poco tiempo confinado a los políticos y los intelectuales progresistas y revolucionarios, se ha pasado, ante circunstancias evidentes, a un nacionalismo económico de las grandes organizaciones de la industria y el comercio. Primero la Cámara de la Industria de Transformación, últimamente la Confederación de Cámaras Industriales y la Confederación de Cámaras Nacionales de Comercio, han pedido restricciones a las inversiones extranjeras, ya en general, ya en el campo en que cada una de ellas no invierte. Así, los industriales parecen pedir que las inversiones extranjeras vayan al comercio y no a la industria y los comerciantes que vayan a la industria y no interfieran con el comercio. Todas estas solicitudes, hechas con más o menos constancia o fortaleza, nos hacen pensar que lo que hasta ahora han sido meras lamentaciones y buenos deseos puede convertirse en una política que cada vez se hace más necesaria, y parecen apuntar una posible solución al problema, o por lo menos una mayor tolerancia en que éste sea resuelto. Para ello se necesita pensar no sólo en prohibiciones legales, sino en una política nacional de inversiones que incluya entre sus renglones las inversiones extranjeras, de acuerdo con la política económica del país, y sin que aquéllas resulten contrarias a la soberanía nacional, que, como hemos dicho, es un medio de que se vale el país para aumentar sus niveles de vida.

Así —si hacemos una recapitación— vemos que para lograr un aumento en los niveles de vida es necesario mejorar nuestras relaciones de intercambio, y para ello es necesario incrementar nuestra soberanía. Ahora bien, para incrementar nuestra soberanía es necesario hacer una política mexicana de inversiones extranjeras, y para hacer una política mexicana de inversiones extranjeras es necesario alcanzar otra meta: contar con el pueblo mexicano. Ni este país ni los países más

militarizados de la tierra pueden hacer depender su soberanía de su ejército. El ejército y la marina, deben estar respaldados por las grandes masas del pueblo. Incrementar la conciencia nacional de estas masas es una tarea básica que implica una acción política integral.

Para incrementar nuestra soberanía necesitamos lograr que el pueblo mexicano participe cada vez más del poder y de la cultura nacionales y —también— del ingreso nacional. Mayor participación en el poder, mayor participación en la cultura, mayor participación en el ingreso, son metas inmediatas de la política nacional. Los tres millones y medio de indígenas que no saben o apenas saben el español son un reto a la soberanía nacional; los tres millones de niños que se quedan sin escuela son un reto a nuestra futura soberanía; los millares de estudiantes que en vano quieren seguir los cursos de enseñanza técnica y superior y todo lo que representa una tasa, un límite, al incremento y expansión de la cultura nacional, es una amenaza actual o futura a nuestra nacionalidad.

Por lo que respecta a la participación en la política nacional, todos los mexicanos que carecen de una información mínima —de prensa, radio, cine, televisión, libro— sobre la vida pública de México, y sobre la vida internacional, se encuentran al margen de la curiosidad y de la crítica, esto es, de la más elemental situación política y constituyen una resta a las fuerzas nacionales. Aumentar el número de los informados y los curiosos es un paso mínimo, el paso que puede gestar el comentario, avivar la curiosidad, alentar la acción en la cosa pública. Así, para incrementar su soberanía México necesita extender, ampliar su información. Es un paso elemental de expansión de la vida pública. Pero hay otros que es necesario dar. Las asambleas, las mesas redondas, los mítines, en los más distintos niveles, en las más distintas clases y grupos sociales son indispensables para fortalecer y vitalizar la conciencia y la acción política. Mítines y reuniones de agremiados y partidistas, y también mítines y reuniones de gobernantes y gobernados. Diálogo permanente, vivo, que fomente el gobernante o el pueblo, el presidente municipal o el municipio, el líder sindical o los obreros, el gobernador o los habitantes de un estado, el empresario y sus trabajadores, el técnico y los curiosos. Todos los mexicanos deben fomentar el diálogo. El diálogo debe ser una política del gobierno y del pueblo. Si uno queda a la zaga en el fomento del diálo-

go otro debe procurarlo. Este país necesita dialogar, razonar. En fin, para una mayor participación del pueblo en la política se hace necesario incrementar la organización vital no sólo de los grupos de interés, de los grupos de presión, sino de los grupos estudiosos, de los grupos campesinos, obreros, juveniles, que quieran informarse sobre la historia, la política, la economía de México y el mundo. Organizaciones para el estudio de los problemas y organizaciones para su solución, que salgan de todos los rincones del país, de todas las clases sociales, de todas las generaciones, de todos los grupos ideológicos. Esta es la tarea primordial que tiene México en la situación política que vive: fomentar la información, fomentar el diálogo, fomentar la organización de grupos de estudio y de acción política.

Sin embargo, a esta mayor participación en la cultura y en la política se enfrentan una serie de obstáculos, que es necesario analizar políticamente, para ver en qué medida son superables y hasta qué punto presentan una resistencia real, hasta qué punto convierten el deseo de una mayor participación en la cultura y en la política, en un mero deseo, en un "buen deseo". Entre estos obstáculos el principal es sin duda el de la injusta participación de grandes sectores de la población en el ingreso nacional.

La distribución del ingreso nacional—esto es, la forma en que los mexicanos participan de los frutos de la producción nacional— es cada vez más injusta, lo que tiene efectos desalentadores en muchísimos mexicanos, para los que la vida y la vida nacional no tiene sentido político o no puede tenerlo. En 1940 los salarios participaban casi del 30% del Ingreso Nacional, y hoy sólo participan del 24%, es decir, que en este terreno la parte que corresponde al trabajo es cada vez menor, proporcionalmente hablando. El desarrollo no beneficia a una gran parte del sector trabajo y no tiene sentido para ese sector. De otro lado, la agricultura que ocupa más de la mitad de la población activa, sólo percibe en cambio la quinta parte del ingreso nacional. En promedio cada mexicano que trabaja en el campo gana cinco veces menos que cada mexicano que trabaja en la ciudad; en el campo un hombre (promedio) gana \$2,700.00 al año, en la ciudad gana \$13,000, aquél gana por día \$7.00 éste \$35.00. En muchas regiones del agro mexicano el desarrollo no tiene sentido y no tiene

sentido político. Las diferencias son todavía más injustas cuando se compara al trabajador con el empresario. Según cálculos del profesor Manuel Germán Parra en 1955: "mientras el consumo medio estimado para cada empresario fue de \$363,000 los trabajadores consumieron en promedio \$2,770". Diferencias semejantes se pueden encontrar entre los habitantes de la capital y la provincia, entre los mexicanos que hablan y no hablan español, y entre unos y otros estados de la República Mexicana, e indefectiblemente afectan el sentido político del desarrollo y merman fuerzas a la acción política para el desarrollo.

Es cierto que en las revisiones de contratos colectivos de los últimos años, algunos sindicatos de trabajadores han obtenido aumentos que fluctúan entre el 15 y el 20%, así como mayores percepciones en servicios sociales, pero ni este tipo de aumentos se extiende a todos los trabajadores ni en los índices generales puede advertirse una mejoría en la injusta distribución del Ingreso.

La injusta distribución del ingreso nacional es uno de los más graves problemas que confronta México para su desarrollo económico, político y cultural y está contrarrestando el proceso mismo que dio lugar al desarrollo de México en las últimas décadas.

En efecto, en las últimas décadas los grupos de ingresos medios han ido aumentando, ha crecido lo que se denomina la clase media urbana y rural, y ha nacido un inmenso grupo de trabajadores relativamente privilegiados. Todos estos grupos explican el prodigioso desarrollo económico de México y son indispensables para explicar la situación política nacional y la forma en que "se hace" la política en México. Del incremento de estos grupos ha dependido el fortalecimiento de la empresa mexicana. La expansión de esos grupos ha estado y está vinculada a la expansión del mercado interno. Pequeños propietarios y ejidatarios con capacidad de compra, obreros sindicalizados con capacidad de compra, clase media baja y alta con capacidad de compra, funcionarios y empresarios con capacidad de compra, todos ellos son la base del mercado nacional y del incremento en el consumo y en la producción de las fábricas. Ellos son también los que participan más y más de los servicios sociales, de la cultura y del poder. Para ellos se hacen la mayoría de los servicios, para

ellos se hacen la mayoría de las escuelas y *con ellos* se hace la política nacional.

Este proceso ha sido sin embargo contrarrestado por una inmensa masa del pueblo mexicano que sigue siendo marginal al ingreso nacional, al mercado nacional, a la cultura nacional, a los servicios y a la política nacional. Esta masa sólo recibe una parte insignificante del ingreso y es una escasa consumidora de los productos económicos, sociales y culturales de la Nación. De ella una parte contribuye indirectamente a la producción, a la cultura y política nacionales, pero lo que produce económica, cultural y políticamente se le va de las manos y pasa a la gran masa consumidora que distribuye el producto dentro de sus distintas clases y grupos en la forma inequitativa que hemos visto. Y no sólo padece esta masa la enajenación de su producción. Una parte de ella ni siquiera produce para el país, para el mercado, la cultura y la política nacionales. Muchos son los mexicanos que no trabajan o que no trabajan para el país, o que están aislados de la cultura y el mercado nacionales, o que no participan en la política nacional. El país no toma de ellos nada, ni siquiera injustamente y ellos no reciben nada. El problema del desempleo total y oculto, el de los braceros y el problema de las comunidades de autoconsumo, de economía parroquial, son los casos extremos de esta masa inmensa de mexicanos marginales, que es como un saldo negativo de nuestro desarrollo económico y social.

Para comprender el desarrollo de México y el problema político nacional, resulta necesario comprender que existen estos dos grupos de mexicanos, unos que participan del desarrollo y otros que son marginales al desarrollo. No se trata de clases sociales, pues en el interior de quienes son partícipes del desarrollo se dan todas las clases sociales, y en formas arcaicas y menos variadas suelen darse también las distintas clases sociales en los mexicanos marginales, aunque predominen entre éstos los desechos del campesinado y de los obreros, los 3½ millones de indígenas mexicanos que no hablan español y los millones de trabajadores del campo y la ciudad no organizados en forma alguna. Estas dos categorías son tan importantes para comprender el problema nacional que sin ellas resulta ridículo hablar del notable desarrollo económico y social de México, o esbozar cualquier principio de política nacional interna o exterior. El desarrollo

económico de México es ciertamente notable, pero sólo para el grupo de mexicanos que no son marginales.

Ahora bien, el grupo de mexicanos que participan del desarrollo ha crecido considerablemente a lo largo de la evolución social de nuestro país, sobre todo después de la reforma agraria y en el proceso de industrialización, y si México quiere seguirse desarrollando y la política mexicana busca un desarrollo nacional, no sólo es necesaria una mejor distribución del ingreso en el grupo partícipe del desarrollo, sino también que cada vez crezca más y más, y que cada vez sean menos los mexicanos marginales. Para que la vida nacional cobre sentido entre millones y millones de mexicanos es necesario redistribuir el ingreso nacional en los grupos participantes de una manera más equitativa, y provocar una expansión de estos grupos. Ello dará salida al progreso de México, permitirá el incremento del mercado interno, tan necesario para nuestro desarrollo, satisfará metas de justicia social innegable, e incrementará la moral nacional en el interior y en la competencia con el exterior. El camino no es ciertamente fácil y cuando no se trata simplemente de hablar, las dificultades surgen de inmediato. ¿Cuáles son estas dificultades y hasta qué punto son superables?

La redistribución inequitativa del ingreso nacional no es un fenómeno que haya surgido por una simple arbitrariedad o por un afán de injusticia Nacional. En cierta forma obedece al proceso mismo del desarrollo de México. Si la reforma agraria creó el mercado interno, necesario para la expansión de la empresa, la capitalización nacional—también necesaria para el desarrollo—se ha logrado en varias formas, entre las cuales unas han provocado la injusta redistribución del ingreso y otras no. Entre estas últimas se encuentran la expropiación de capitales extranjeros que pasaron a ser nacionales, y que dieron lugar a la aparición de las grandes empresas nacionales, factor fundamental en el desarrollo ulterior de la empresa estatal y, sobre todo, de la empresa privada. Entre ellas también están las inversiones, la conversión en capitales, de los fondos que con anterioridad eran atesorados, es decir, que no eran invertidos en empresas privadas. La aparición del empresario mexicano—en escalas desconocidas antes—se ve ligada a la transformación del antiguo "rico de pueblo", "hacendado expropiado", "casateniente", en inversionista, en empresario. Estos dos tipos

de capitalización nacional, lejos de crear originalmente una injusta redistribución del ingreso, pusieron en movimiento para el país recursos que antes le eran enajenados o permanecían estáticos, y al margen de su desarrollo.

El segundo tipo de capitalización sí ha tenido efectos deprimentes para la distribución del ingreso. Uno, de menores efectos en la economía global, se halla ligado también al origen de la empresa privada. El peculado, el cohecho y muchas otras formas de deshonestidad en el manejo de los fondos públicos fueron hasta hace muy pocos años un fenómeno más de acumulación de capitales —que corresponde en los Estados Unidos a la época de Mrs. Parkington— y que convirtió a muchos de los antiguos generales y funcionarios de la revolución en empresarios privados, cuando éstos se resolvieron a no ser sólo "casatenientes" o "cuentahabientes" sino inversionistas, decisión que tomaron, como los demás, en vista de las perspectivas favorables del mercado interno y del relativo margen de seguridad que éste presentaba. El proceso —como fórmula muy generalizada de acumulación, se ha detenido en los últimos años, y hoy ya se puede decir, con razón, que "la probidad en la administración pública se ha incorporado indisolublemente al patrimonio ideológico de la Nación", aunque siga siendo cierto que el fenómeno subsiste pero no tanto como proceso general, sino como delito que cada vez será más perseguido por los empresarios y las autoridades, interesados particularmente en disponer de "funcionarios decentes". En fin, la acumulación de capitales, tan necesaria al desarrollo, se ha logrado mediante los procesos inflacionarios y las devaluaciones que han venido alterando de una manera persistente la estructura del ingreso nacional en detrimento de los grupos de ingresos bajos, y también mediante la política de salarios bajos que sólo hasta los últimos años ha sido parcialmente revisada.

Podría decirse que de todos los factores que influyen en la injusta redistribución del ingreso, estos últimos —las devaluaciones, la inflación, la política de salarios bajos— son los más constantes, y si uno de sus efectos consiste en provocar un proceso permanente de capitalización, no se puede decir que toda concentración del ingreso derive en este proceso: del dinero que se concentra sólo una parte favorece al empresario. La banca usuraria y un sistema comercial hipertrofiado — se benefician del proceso, sin participar, siquiera

en lo más mínimo, del aspecto positivo de la capitalización, del desarrollo de nuevas empresas, nuevas fuentes de trabajo y producción.

Al plantear pues el problema de una más equitativa distribución del ingreso, y de una mayor y más extensa participación del pueblo en la economía nacional, no se pueden ignorar todos estos fenómenos que se han dado y en parte se seguirán dando. Lo que cabe preguntarse es hasta qué punto ya no se pueden dar, ésto es, hasta qué punto es una necesidad que ya no se den para que México se siga desarrollando, y hasta qué punto una clara conciencia de esta necesidad puede hacer que México y los mexicanos actúen de una manera adecuada en la solución del problema.

La verdad es que todo este proceso ha llevado nuevamente a México a un problema de mercado y, digo nuevamente, porque México tuvo este problema—a un nivel obviamente más bajo—antes de la reforma agraria, es decir, antes de la repartición de la riqueza nacional básica, y hoy, con su capacidad incrementada de producción y el incremento de sus capitales, tiene un problema de mercado, en la medida en que no haya una mejor repartición del ingreso, de la cantidad con que anualmente se enriquece la nación. Para seguirse desarrollando, México no puede contar sólo con su mercado exterior, ni puede mantener el mercado interior dentro de sus actuales límites: es necesario aumentar el número de los consumidores finales y la capacidad de compra de los que actualmente existen. La ignorancia de este hecho, tan necesario para nuestro desarrollo, sólo puede darse y se da en el productor de artículos de lujo destinados a los grupos de altos ingresos y—provisionalmente—en el productor de artículos de producción, que venden lo que su fábrica produce a otra fábrica. Obviamente no se da, o por lo menos no se da en la misma medida, en los productores de artículos de consumo mayoritario, ni en los industriales que tienen conciencia de lo que es la industrialización nacional, como proceso económico global.

El reconocimiento de este hecho tiende así a predominar en la conciencia nacional. Se puede decir que hoy es un lugar común que México necesita provocar "una mejor distribución de su ingreso", "lograr una distribución más equitativa del ingreso", para "aumentar su mercado" y continuar su desarrollo. Estos conceptos, que ayer eran exclusivos de

algunos grupos ideológicos, de pensadores revolucionarios, y de intelectuales e industriales nacionalistas, así como de la inmensa mayoría de nuestros economistas, de nuestros técnicos, hoy son moneda corriente, que se usa en todos los discursos de todas las agrupaciones, de todos los partidos, y que se oye en boca de los técnicos y los profanos, con una que otra voz discordante que suena absurda y nadie escucha.

En esta forma nos encontramos con que la solución que se apunta para el desarrollo de México es otro de nuestros patrimonios ideológicos nacionales, otra de esas ideas generales que forman la riqueza política de México como nación y, por lo tanto, también, otra abstracción. Nuestra satisfacción encuentra un límite aunque las luchas concretas también lo encuentren. Pero es necesario analizar estas luchas, estos obstáculos concretos para la realización de un fin común, para la implantación de medidas que concretamente provoquen una redistribución del ingreso.

¿En qué consisten los obstáculos a una política concreta de redistribución del ingreso? Los obstáculos saltan a la vista en cuanto se piensa en las medidas concretas que se tienen que tomar si realmente se quiere redistribuir el ingreso. Algunas de ellas obviamente afectan grandes intereses económico-políticos, otras, las menos importantes, pueden quizá pasar desapercibidas.

Piénsese con claridad que para redistribuir el ingreso nacional, sin afectar el desarrollo del país, se tienen que tomar medidas que no sólo no afecten la capitalización nacional sino que incluso la alienten. No se trata nada más de distribuir el ingreso mejor—para resolver un problema, el del mercado interno—si al mismo tiempo no se resuelve otro problema, el de incrementar la capitalización, la inversión, la empresa nacional.

La mejor distribución del ingreso se puede lograr con medidas fiscales, haciendo que la carga fiscal sea más justa y que permita que el estado redistribuya en servicios y salarios públicos el ingreso, o aliente la capitalización privada con la empresa pública. La redistribución del ingreso se puede lograr con medidas anti-inflacionarias y antidevaluatorias, y sobre todo, se tiene que lograr con la medida que sigue siendo válida y que sigue siendo la mejor para lograr la redistribución, esto es con una política de salarios altos, nominales y reales, ligada a las dos anteriores. Ahora bien, cualquier

política de redistribución del ingreso afecta necesariamente a los grupos de ingresos altos, y entre ellos están los grupos de empresarios. Afecta por lo tanto la capitalización nacional y el desarrollo. Por sí sola no puede ser suficiente para resolver el problema nacional, que es también un problema de capitalización, de acumulación de capitales, de inversión de fondos en empresas ampliadas o nuevas. En esas circunstancias requiere una corrección, con medidas concretas alternativas que fomenten la capitalización nacional y que pueden ir desde la expropiación de empresas extranjeras hasta el control por expropiación o regulación de la banca usuraria que no favorece la capitalización nacional, o la regulación de un aparato comercial que está succionando la mayor parte del ingreso nacional y que no colabora, ni con mucho, en el desarrollo, como colabora la industria.

Cualquiera de las medidas concretas enunciadas con anterioridad da idea de las reacciones políticas nacionales e internacionales que pueden suscitar y de los obstáculos que pueden encontrar. Pensar en una política fiscal más justa e intentar aplicarla y suscitar una reacción política en los grupos de interés nacionales y extranjeros es todo uno; pensar en aplicar una política de salarios altos sin una reacción política de los empleadores es un absurdo; pensar en un control de cambios e importaciones que esté ligado al establecimiento de un impuesto único y acumulado, equivale a suscitar una reacción política de los comerciantes de compraventa, de los inversionistas extranjeros, y sus gobiernos; pensar y aplicar una política de expropiaciones y suscitar una reacción política y económica de los gobiernos y consorcios extranjeros es un hecho más que obvio; en fin, pensar en limitar el crédito como medida anti-inflacionaria y detener el ritmo de nuestro desarrollo y del desarrollo de la empresa nacional, o en hacer un plan de inversiones no inflacionarias, son medidas que pueden resolverse técnicamente, pero que se enfrentan a obstáculos políticos y a proyectos personales y de compañías que eliminarían el control del crédito y la planeación de la inversión. En cuanto se deja de hablar en forma abstracta de la necesidad de redistribuir el ingreso y se piensa en cualquier medida concreta que sea útil para ese fin, aparecen grandes dificultades político-económicas, que parecen insuperables. Creer que el gobierno por sí solo pueda resolverlas es un disparate. El factor de cambio nacional no es el

gobierno sino la empresa nacional y el trabajador. Aquél sólo puede reflejar y coordinar los intereses de unos y otros. Como empresario también puede fomentarlos. Pero los verdaderos factores de desarrollo nacional, los más representativos del interés de la nación como nación, son sin duda el empresario nacional —de la iniciativa privada y pública— no obstante las contradicciones y dificultades en que se encuentre, y el trabajador. En suma, los productores mexicanos son los factores más importantes de su desarrollo. Es necesario pues analizar su capacidad, su consistencia política, única fuerza que puede sacarnos del aparente círculo vicioso a que parecíamos haber llegado.

Los industriales mexicanos como grupo organizado, han venido pugnando desde hace varios años, por una política de salarios altos, con la justa razón de que sólo así puede continuar el desarrollo económico del país. Ello revela que como grupo los industriales constituyen una fuerza formidable para la solución de los problemas nacionales. Esta fuerza se ve limitada, sin embargo, porque cada industrial en lo particular, cada vez que se plantea el problema del contrato colectivo del trabajo en su propia empresa, lucha en contra del aumento de salarios por una razón obvia: para defender sus costos de producción, su capacidad de competencia y su margen de utilidades. Esta situación adquiere carices ideológicos cuando se dice y pregona a todos los vientos que la causa del alto costo de la vida es el aumento de salarios, lo cual es una de las más formidables mentiras que se hayan oído al explicar el proceso inflacionario de la economía nacional.

El industrial se encuentra así en dos posiciones antagónicas, una que corresponde al interés nacional —incluyendo su propio interés como grupo social empresario— cuando pugna por una política de salarios altos, y, otra que corresponde a su interés particular y a corto plazo —en que pugna en contra del aumento de salarios, cuando negocia el contrato colectivo de su empresa. A una y otra situación, propias del industrial, corresponden las manifestaciones ideológicas apuntadas, en que se afirma que el desarrollo de México depende de una política de salarios altos o en que se afirma que lo mejor es una política de salarios bajos. Como es natural, de estas dos versiones la que tiene una mayor y más amplia acogida es la primera, que convence y gana a los grupos de

asalariados. Por eso es la que triunfa en las manifestaciones políticas *nacionales*, la que impulsa a escoger de entre la clase gobernante a sus partidarios —como individuos o grupos—, que son los que pueden obtener más adeptos, y los que tenderán a salvaguardar los intereses de los empresarios, logrando el apoyo de los asalariados, y coordinando o canalizando las presiones de todos los demás grupos, incluyendo aquéllos que, a veces, en una falsa perspectiva, parecen ser los más fuertes, los dominantes, me refiero a los grupos aliados al inversionista extranjero y a los grandes consorcios económicos internacionales.

A esta posibilidad de representar el interés de los grupos más representativos del interés nacional y de conciliar a los grupos de interés y presión que obedecen a móviles particulares, no nacionales e incluso antinacionales, se debe el que en los períodos álgidos de la lucha política sean más vigorosos los grupos y algunas de las personalidades políticas, que sostienen las ideas correspondientes al interés general de la clase gobernante y al interés general de los gobernados. A eso se debe también que en los períodos álgidos de la lucha política los grupos políticos que tienen éxito y ganan más adeptos, son los que acentúan su pasión por este tipo de ideas. Pero pasada la coyuntura de la lucha política, el receso de las ideas generales es casi necesario, y en las luchas particulares y concretas los gobernantes se ven presionados para atender los intereses inmediatos y a corto plazo de los grupos que les dieron su apoyo, o a conciliar las fuerzas particulares, las presiones de grupos exclusivos, fuerzas y grupos que no pueden ignorar como gobernantes.

La etapa de la propaganda abunda en símbolos —hay personas e ideas que simbolizan los intereses nacionales— la etapa del gobierno abunda en fuerzas —el gobierno se hace con las personas que representan fuerzas, y sólo en la medida en que los grupos representativos de los intereses nacionales están orgánicamente constituidos y representan una fuerza participan en el gobierno. Pero los símbolos no siempre corresponden a fuerzas y así pueden ser eliminados o puestos, pueden quedar desvinculados del ejercicio mismo del poder; las ideas generales y radicales pueden pasar a un plano muy secundario e incluso ser archivadas, para actuar de acuerdo con ideas particulares, conciliadoras, conservadoras.

Acostumbrados a este proceso de "radicalización" provisional del pensamiento político, los mexicanos se han vuelto poco temerosos de las ideas radicales que surgen en los procesos electorales, y a menudo escépticos de todo lo que parece demasiado radical, incluyendo el pensamiento conservador, cuando es radical, fanático o extremista. Ello explica que los revolucionarios sean radicales con límite y que los conservadores procuren ser poco extremistas, conciliadores, liberales en el sentido lato del término y hasta un poco revolucionarios en su lenguaje y en algunas de sus ideas. En cierta forma ello explica las circunstancias de la democracia mexicana, de la tolerancia mexicana, de la libertad en el uso de la palabra y del proceso que han sufrido los principales partidos políticos en México, en que los revolucionarios se han ido volviendo revolucionarios moderados y los reaccionarios conservadores moderados, salvo en las etapas de crisis política.

La resultante del proceso tiene efectos que se prestan a múltiples y dispares interpretaciones. En México se puede ser más revolucionario que en otros países de Hispanoamérica, a sabiendas de que el lenguaje revolucionario no deriva nunca en una mengua del poder actual, y se puede ser más tolerante con las voces discordantes de los grupos políticos de oposición—sobre todo con las extremistas—a sabiendas de que sus propias voces son las que más los alejan del poder. En una forma negativa el mismo proceso se interpreta diciendo en forma peyorativa que "México conserva el derecho al pataleo" como único o exclusivo derecho, o, más seriamente, que estas circunstancias hacen de los partidos de oposición, grupos de opinantes y nada más, y del partido en el poder la negación misma de la democracia.

Pero para quien viva y estudie a fondo la política mexicana y la situación actual que atraviesa, estas conclusiones son penosamente superficiales. No se diga para quien como mexicano quiera derivar algo positivo.

La historia política de México ha conducido a este país a tener una conciencia nacional mucho más precisa que la conciencia de clase. La crítica política se ha hecho al través de aquélla, mediatizada por aquélla. La lucha interna se ha ligado a la lucha frente al exterior, en defensa de lo propio. La Revolución Mexicana se consolidó cuando Carranza tomó las dos banderas: la agrarista y la nacionalista, la de justicia

social y la de justicia nacional. Esta conciencia pesa y modela toda la política actual. Pero la política actual de radicalismos limitados corresponde también al inmenso grupo de interclase que participa y actúa en el desarrollo nacional y que siente la necesidad de luchar entre sí con un límite, con una tasa, en forma que no debilite su posición frente al exterior, la posición nacional, la fuerza nacional. La conciencia de esta necesidad de luchar con límite, con medida, sin llegar al extremo, está ampliamente difundida en el sector que participa del desarrollo. Es perceptible en los mítines de los pueblos más remotos, siempre que éstos sean copartícipes de la política y la economía nacionales. Suena a veces a oportunista, venga de la derecha o la izquierda, y los líderes de unos y otros grupos ideológicos pueden ser acusados fácilmente por los extremistas de oportunismo. Corresponde sin embargo a una realidad, a la necesidad de que la lucha entre los grupos y clases del país no merme la fuerza nacional. De una manera más concreta esta realidad deriva en la formación de un partido dominante, con una gama ideológica riquísima, con representantes de los más distintos sectores y clases. Caben en ese partido todos los grupos de interés y de ideología, salvo los extremos que forman sus propios partidos y se alejan del partido dominante y del poder.

Dentro del partido dominante se resienten todas las presiones de fuerzas y grupos particulares, y el carácter más o menos progresista de su ideología oscila con la coyuntura política, pero queda necesariamente disperso, difuso, abstracto, para poder comprender a todos los sectores en lo político. El partido, como la Nación, se ve obligado a escoger —en un régimen presidencialista como el mexicano— al hombre que pueda simbolizar las ideas generales, nacionales, y también que pueda conciliar las fuerzas políticas de grupos, clases e incluso caudillos. La organización que se dé al gobierno depende de la relación que guarden estas fuerzas al constituirlo y ejercerlo y de las coyunturas políticas. Entretanto se practica una política que al extranjero puede parecer un juego absurdo. Los partidos de oposición lanzan un candidato que está condenado a perder. Ellos lo saben y lo sabe el candidato o los candidatos. Y el partido que está destinado a ganar realiza una amplísima labor de propaganda para ganar adeptos, y de encuestas, jiras, entrevistas, sondeos para saber qué quiere el pueblo y cuáles son los anhelos de los distintos

grupos, regiones, clases del país. Esta política tiene un sentido lógico en ambos casos, en el de los partidos de oposición y en el del partido dominante. Aquéllos—que se ven obligados en el período de lucha electoral a renunciar de sus ideas más radicales y a mimetizarse con la ideología de la Revolución Mexicana—en lo particular libran luchas concretas, ejercen presiones que después canalizan en el momento de la conciliación, de la organización del gobierno y que les resultan útiles para defender a sus grupos de interés. El partido dominante por su parte busca y a veces—como en la presente sucesión—logra, la adhesión mayoritaria del pueblo, que incluso criticando al partido y al gobierno, acepta a su candidato, como símbolo que es de la vida nacional, y las ideas de su candidato que convergen hacia los símbolos nacionales. Por otra parte el sondeo y las jiras, mesas redondas, etc., están hechas para que el candidato conozca los anhelos populares y de los grupos económicos y políticos, están hechas para que conozca con más claridad los símbolos-fuerzas y las propias y particulares fuerzas que dominan en las distintas regiones y clases. Es un diálogo con el pueblo y las instituciones y una educación del gobernante, seguido de un fortalecimiento de su posición política futura, fortalecimiento que deriva de los contactos personales con los representantes de las fuerzas nacionales, regionales, estatales, y del conocimiento directo y personal que adquiere. Pero, además, el efecto de este juego político consiste, en que el país se va acostumbrando a la discusión, al ejercicio de sus derechos cívicos, a la organización de actos políticos, a la expresión y la organización política.

Tal es la forma en que se desarrolla la política mexicana en la situación actual. El empresario—en medio de sus contradicciones—como político, se ve inclinado a recurrir a las ideas generales y éstas lo radicalizan—lo hacen obrerista y nacionalista. Así entra como un formidable engranaje en la máquina política electoral y gubernamental. Pero sus contradicciones necesarias y su tendencia al paternalismo respecto del obrero, insuficiente siempre para hacer una política real de salarios altos y de justicia social, limitan su acción. Por su sola fuerza el equilibrio del gobierno no puede conducir a una política de justicia social y nacional. El concurso de otra gran fuerza se hace necesario: el concurso de los trabajadores como fuerza de grupo y como fuerza nacional. Los

trabajadores constituyen una fuerza potencial o efectiva que propende a luchar por un aumento en los salarios reales, y en esa medida, por un incremento del mercado interno, de la capitalización nacional, y del desarrollo nacional.

Por sí solos los trabajadores no pueden gobernar al país. Pero por sí solos los gobernantes mexicanos y los empresarios mexicanos tampoco pueden hacer una política mexicana sin el apoyo de los trabajadores del campo y la ciudad. Nunca han podido ni podrían ahora. El gobernante mexicano tiene dos aliados potenciales: los grandes consorcios extranjeros y el pueblo mexicano. Entre ellos puede oscilar su política. Pero para hacer una política mexicana el gobernante tiene que unirse a los trabajadores. Carranza destruyó a las facciones y logró hacer una política nacional cuando se unió a los campesinos que reclamaban tierras, a los obreros que pedían salarios y derechos. Cárdenas pudo hacer una política mexicana integral cuando se unió a los campesinos y los obreros, cuando entregó tierras, derechos y salarios. El problema, pues, radica en saber hasta qué punto los trabajadores constituyen hoy una fuerza potencial o real en la situación política del momento y en los años inmediatos, y hasta qué punto el gobierno tendrá que apoyarse y aliarse a esta fuerza.

En los últimos meses México ha visto reaparecer hechos ya casi olvidados: huelgas dirigidas por nuevos líderes, por líderes no reconocidos, huelgas frontales, y huelgas con éxito, sin traiciones, sin errores desastrosos, sin debilidades lamentables. Primero los telegrafistas, después los maestros de primaria, más tarde los ferrocarrileros. En estos movimientos los sindicatos reconocidos y los líderes "oficiales" quedaron al margen. De la masa, en organizaciones improvisadas, surgieron los líderes. Y los movimientos tuvieron éxito, cuajaron con un vigor y una fuerza que sorprendieron a los propios líderes. Algo habrían dado los partidos de oposición por recibir la centésima parte de la adhesión y el apoyo que recibieron los nuevos líderes, y sin embargo no encontraron sino una fría acogida, o una adhesión poco numerosa.

Todos nos preguntamos qué es lo que ocurre, cómo despertó la gente, cómo surgió esta oposición y este espíritu de lucha sindical al mismo tiempo que el candidato del partido dominante, que es el partido en el gobierno, obtenía la adhesión más espectacular, más vigorosa, una popularidad

que desde Francisco I. Madero no había tenido ningún candidato a la Presidencia que fuera a tomar el poder, y lograba unir en su torno en forma abrumadora a la inmensa mayoría de las fuerzas nacionales.

A nuestro entender dos cosas ocurren en México en la situación política actual. En primer lugar ha llegado un momento en que los niveles de vida de las clases trabajadoras que se encuentran dentro del grupo que participa del desarrollo nacional—de la política, la cultura y la economía nacional—, los niveles de estas clases participantes son tan bajos, que éstas se hallan a punto de ser expulsadas al sector de los mexicanos marginales. Y esto las ha hecho actuar. La miseria de los mexicanos marginales es obviamente mucho más grande que la de estos mexicanos que se encuentran en la periferia de la participación, que están al borde de ser marginados. Y no son los mexicanos marginales los que reaccionan original y enérgicamente, sino los mexicanos participes que se hallan al borde de ser eliminados, en los límites de la participación. Siempre ha sido así en la historia de México. Los mexicanos marginales sólo han participado en las luchas revolucionarias —armadas— a instancias de los miembros de las clases medias bajas y de los trabajadores que veían reducir sus ingresos y su participación en la política y la cultura en forma más y más angustiosa. Hoy se repite el fenómeno. Los mexicanos participes, de bajos ingresos, han reaccionado y obviamente no establecerán alianzas armadas con los mexicanos marginales salvo en el caso —muy remoto— de que sus problemas mínimos no fueran resueltos. Pero éstos han sido parcialmente resueltos y sus alianzas y atracción de los mexicanos marginales serán seguramente pacíficas. El gobierno reconoció la nueva situación, la situación-sorpresa de los trabajadores, que habían aprovechado un momento oportuno para exigir; el momento de la sucesión, del cambio de gobierno. Con ello impidió la anarquía o la dictadura y reinició el camino de la unidad, pues este enfoque que dieron los trabajadores al "momento oportuno" o que consideraron oportuno supone una clara conciencia de la necesidad de la unidad nacional. ¿Por qué consideraron los trabajadores este momento como oportuno? Porque pensaron que el gobierno no querría romper con ellos en vísperas de elecciones, y porque ellos tampoco querían romper con el gobierno, esto es porque ellos mismos son conscientes de la

necesidad que tiene el país de una unidad nacional en torno al gobierno, a la política, al candidato que es del pueblo y del partido en el gobierno.

La madurez de las circunstancias, de la cultura política y de la conciencia nacional de los trabajadores, hace prever pues que el fenómeno a que hemos asistido, el despertar de los trabajadores para exigir sus derechos sin romper la unidad nacional va a continuar en los próximos años, y se va a integrar a la necesaria alianza que buscarán los empresarios y el gobierno para defender la economía nacional.

Esta alianza será tanto más posible que la cultura política de los trabajadores del México contemporáneo es muy superior a la que tenían cuando Cárdenas llegó al poder. Puede ocurrir, así, algo semejante a lo que ocurrió en tiempos de Cárdenas —en cuanto que habrá una política *mexicana* integral— pero sin los desmanes ideológicos que entonces y aún antes existieron ni el cultivo desde arriba del movimiento obrero. Los trabajadores de hoy, por lo que se ha visto, parecen tener una conciencia muy clara de dos peligros: la demagogia y los líderes venales. El movimiento obrero que parece nacer desde la base, es un movimiento obrero que surge y actúa con un conocimiento muy claro de los peligros de la demagogia y de los peligros del líder venal, que, bien lo sabe, puede incluso convertirse en uno más de sus carceleros. Además sabe que romper la unidad nacional, que llegar al extremo de un rompimiento con el sistema económico actual y su gobierno e incluso su partido, no derivaría ni mucho menos, en el establecimiento de un nuevo sistema económico —socialista— como creyeron muchos trabajadores en los años treinta, ni en un gobierno de trabajadores, sino en un gobierno de dictadores aliado y lacayo de los monopolios extranjeros. A estas circunstancias se añaden otras más. En el México de hoy existe un grupo de empresarios muy numeroso, que constituye una fuerza nacional, y que, como hemos visto, tiene una conciencia nacional, y en el gobierno hay memoria de una experiencia histórica que también comparten los empresarios mexicanos: en los años de 34 a 40, cuando se llevó a cabo una intensa política de reforma agraria, de salarios altos, de movimientos obreros agresivos, no sólo se tuvo la más alta tasa de desarrollo de México, sino que se sentaron las bases del desarrollo actual que llama la atención del mundo. "Los censos industriales indican —escriben los eco-

nomistas Mújica y Echániz— que desde antes de 1940 se obtuvo un notable avance industrial, tanto en su diversificación como en su integración y en consecuencia, la Reforma Agraria y el movimiento obrero, lejos de frenar el desarrollo económico lo estimularon considerablemente”.

Hoy puede ocurrir algo semejante, a un nivel distinto, con un movimiento obrero que surge desde la base, y con una cultura política de los obreros, los empresarios y los gobernantes que puede ahorrar demagogia y claudicaciones. La unión consciente de estas fuerzas es la única que puede lograr a la vez redistribuir el ingreso, aumentar el mercado interno e incrementar la capitalización nacional, la empresa nacional, permitiendo que México se ostente como país realmente libre, que compite con los demás en un plano de igualdad, y en defensa de sus intereses. Así pues, el problema nacional, el problema que interesa y une a toda la nación, el problema de aumentar los niveles de vida del pueblo mexicano, el problema de aumentar los niveles de vida de la población mayoritaria de México, de los mexicanos marginales —sin escuelas, sin agua, sin trabajo, sin español, sin derechos—; el problema fundamental de México, que parecía conducirnos a una serie de pequeñas luchas parciales y privadas —no nacionales— y a un círculo vicioso, a un callejón sin salida, en que al resolver un problema parecía surgir otro, es un problema que tiene su propia dinámica y ésta lo supera. La solución ha entrado ya en movimiento; el sector de productores —empresarios y trabajadores— ha estado actuando o ha vuelto a actuar con una cultura política que lo capacita para librar una gran batalla por la soberanía nacional, que permitirá y exigirá una mayor participación en la economía, una mayor participación en la política, una mayor participación en la cultura, tanto nacionales como internacionales.

La unidad nacional con lucha política nacional es el camino de México, la única salida hacia metas más elevadas. Por eso, mantener la libertad de expresión, la libertad de crítica al gobierno, la libertad de agrupación política, el derecho de huelga y “las normas tutelares del trabajo” deben ser el motivo fundamental de la tarea política de todo mexicano bien nacido. Pero esta lucha deberá realizarse en los límites de la unidad nacional, sin afectar la unidad nacional. Así, en el supuesto de que la conciencia de clase se acentúe en los próximos años —como es previsible— ninguna clase o grupo social podrá

ignorar que el problema de la supervivencia y engrandecimiento del país dependerá siempre de la unidad de los mexicanos, de la conciencia que tengan de sí mismos como mexicanos y como nación.

MIS BODAS DE PLATA CON MÉXICO (1933-1958)

Por Benjamin CARRIÓN

FUÉ hace veinticinco años justos—marzo de 1933—mi primer encuentro con la tierra de México. Bodas de Plata, pues. Y fue con el viejo modo de viajar de los hombres, casi tan antiguo como el viaje a pie: por mar y en barco. Y mi entrada no fue por el lado de entrar de los conquistadores y piratas: el Golfo, sino por el gran mar indio, el mismo de mis tierras y mis costas punaes y huancavilcas, allá abajo, en la latitud o, o.o., donde la América del Sur saca la frente ancha, el Mar Pacífico. Desembarqué en Manzanillo.

Nuestra generación—días más días menos entre los siglos XIX y XX—tuvo su niñez y su adolescencia encandiladas, deslumbradas por la imagen de México. Méjico, como nos corregía el profesor de castellano. Pero México, con X, con una inmensa X para nosotros, que en ello encontramos fuerza y personalidad distinguidoras. México. El vals *Sobre las Olas*, envuelve—¿por qué?—la leyenda de la princesa loca, del príncipe de las barbas trigales, de los ajusticiados de Querétaro. Y gravemente, con dura y dominadora austeridad, la figura india, justiciera, tenaz, del gran indio Juárez, de Benito Juárez. Que nosotros identificábamos con las figuras creadoras de la nacionalidad ecuatoriana: el indio grande que anunció la independencia: Eugenio Espejo y el "indio Alfaro", Eloy Alfaro, que nos abrió las puertas del convento que era el Ecuador, para que entraran los aires del mundo, las "malas ideas" que eran ya nuestras ideas. . .

De Manzanillo a México, en ferrocarril. Nombres y nombres—que nunca supimos pronunciar en la escuela—y en la tardcecita, la belleza española de Guadalajara. Española y mexicana a la vez, pensábamos nosotros. Y al día siguiente—¿qué es eso: los Andes ecuatoriales, el Chimbo-

razo, el Cotopaxi de la patria lejana?—. Pues no, señor, aunque usted no lo crea: son el Popocatepetl y el Ixtaccíhuatl, con su bella leyenda de amor cósmico, nombres que jamás pudimos—ni podemos—pronunciar. Acogiéndonos a las contracciones populares que los mexicanos también usan, en son de amistosa familiaridad: el Popo y el Ixta.

Y ya, en Anáhuac, en México. Golpe duro: un amigo malaconsejador, nos sugirió un hotel. ¡Gringuísimo el condenado! Con un nombre equivocado de ciudad europea, y comidas igualitas a las del barco: cartón sazonado con petróleo... Ni enchiladas, ni mole, ni nada.

A pesar del cansancio del viaje, nos quisimos vengar, hasta buscar un hotel más mexicano, y como niños chiquitos, llamamos un automóvil—de esos de a "tostón dejada", que nunca volverán—y le ordenamos, con nuestra pequeña sabiduría: ¡al Zócalo!...

Por entre los cristales del coche, vamos viendo avenidas amplias, arboladas, de tráfico exasperado e intenso: villas y villas de construcción californiana, palacetes franceses, a los que no faltan ni las bohardillas ni el techo de pizarra... Nada aún que alimente la esperanza. Nada que satisfaga toda la literatura que sobre México llevamos dentro. Pero, de pronto, desembocamos en una gran avenida, tan bella como las más bellas del mundo. Ancha, como para que por ella pasen todas las multitudes de la tierra, y con jardines y estatuas, fuentes, glorietas y bancos para que allí se sienten las niñeras con sus enamorados, mientras en los prados juegan los niños: es la Reforma, gozo y júbilo de México, camino que va desde la monarquía española agonizante, simbolizada por "el Caballito", hasta la monarquía rechazada del archiduque austríaco, recordada por el Castillo de Chapultepec... Por la Reforma, entramos a la Avenida Juárez—la que aún no tenía los hotelazos de hoy—en la que desembocan los nombres de los virreyes progresistas: Revillagigedo, Bucareli. Y de pronto, frente a la Catedral, al Sagrario, al Palacio Nacional... Estamos en el Zócalo, una de las plazas más grandes y más bellas del mundo.

BUSCÁBAMOS México y su Revolución. A México, realidad geográfica e histórica, lo íbamos encontrando día tras día.

En los campos, en la ciudad provinciana, en todos los caminos. Procurábamos despojarnos de literatura, de prenociencias acumuladas, del *clisé* convencional, para tener los ojos bien lavados y poder ver así todas las realidades, las buenas y las malas. Las huellas de la superposición hispánica, de la fugaz dominación francesa, de la constante y resistida penetración yanqui.

Pero ¿y la Revolución? Inferioridad y superioridad es, para el intelectual viajero, la literatura de que hemos rellenado previamente la cabeza, respecto de los países que visitamos. Bella aunque vana pretensión, la de ser descubridores de continentes y de islas. La profesión de Cristóbal Colón y de Magallanes, se ralea cada vez más, tiene menos adeptos: todo está descubierto ya. El pie humano ha hollado todos los lugares. Y ha dejado ese residuo, esa resaca inevitable: la literatura, la estampa hecha, la prefiguración de paisajes y pueblos.

Con respecto al paisaje, la rectificación es más fácil y hacendera. Yo me llevé a Florencia la imagen literaria del Arno, en cuya límpida superficie se quedarían estampadas, a pesar de lo huidizo de sus aguas, las imágenes de Leonardo, de Maquiavelo, de Savonarola y de los Médicis. La imagen nariguda y pensativa del Dante. Pero me encontré con un río amarillento, opaco, removido constantemente por los sacadores de arena para las construcciones. E hice pronto la rectificación: el Arno visto por mí, derrotó fácilmente al Arno que me había prometido la literatura.

Pero con los pueblos y su historia, con el acontecer humano, la cosa es muy diversa. La literatura, como río poderoso al penetrar en el mar, se impone por mucho tiempo aún sobre la realidad observada. Fácil es decir —previa comprobación *in loco*— que un río que se nos dijo azul y transparente, es amarillo y lodoso. Pero no es lo mismo, respecto de la conducta humana a través de la historia. De años y de siglos de historia. La historia y la literatura nos hablan por caso, de un pueblo tranquilo y laborioso y lo encontramos insurrecto y en pleno descontento. ¿Podremos hacer prevalecer nuestra observación de un día o de un año, por sobre la experiencia de años y de siglos?

De allí que el testimonio del viajero es —no puede ser otra cosa— algo precario, sujeto a rectificaciones. Algo de

superficie, casi nunca de profundidad. Y entonces, la historia y la literatura, al mismo tiempo que son un guía precioso, pueden ser también un elemento seguro de desorientación. Y en efecto, así lo fueron en cierta medida: conjugado el impacto de la lectura con el del sueño revolucionario que entonces vivíamos en casi toda América los hombres jóvenes y libres, estábamos dispuestos a pedirle a la Revolución Mexicana todos los avances, todas las purezas, todos los heroísmos. Pretendíamos que la Revolución Mexicana hubiera sido hecha y continuara viviendo, "a imagen y semejanza" de nuestros deseos, de nuestras prefiguraciones. Y, claro: en mucho nos satisfizo la realidad, pero en mucho también nos desilusionó. La culpa no era del proceso humano revolucionario únicamente: era de nuestra imaginación forjadora de Dulcineas. . .

Ya todo esto, ¿qué es lo que encontramos, hace veinticinco años justos, en marzo de 1933, cuando por primera vez vinimos a México y en México vivimos por dos años seguidos?

Pues, francamente, encontramos una etapa proclive al más franco caudillismo político. Era el momento cumbre de lo que, luego, los rusos llamarían "el culto a la personalidad". El fanático León Toral, impulsado por el clericalismo rencoroso que operaba en la sombra, había destruido la bicefalía que imperaba en México entonces. Había cortado una de las dos cabezas al águila: la cabeza de Obregón. Y entonces, quedaba Calles solo. Con su gran estatura política y humana, con su larga y caudalosa trayectoria revolucionaria.

Ya se había acuñado el título caudillesco por esencia: el "Jefe Máximo de la Revolución". Desde su retiro de Cuernavaca, el poderoso caudillo lo ordenaba todo, lo veía todo. En él se centraba la vida nacional. Él había asumido el pontificado máximo de la Revolución. Y a nadie que no fuera un ingenuo, se le ocurría que el Poder residía en el Palacio Nacional, sede oficial del Presidente de la República. En todos los "acuerdos" entre el Presidente y los Secretarios de Estado, se hallaba presente, en espíritu, el Jefe Máximo. Y era desde Cuernavaca que se orientaba y dirigía la política de la República. El General Rodríguez, Presidente en ejercicio, hombre de la Revolución y gran hombre de caudal y

negocios, era un funcionario eficaz y cumplido. Pero Calles mandaba. ¿La verdad de todo esto? Habrá quien la desentrañe con autoridad y datos. Yo cuento lo que vi y oí. Lo que era convicción por nadie objetada en todo el país.

Pero el caudillismo del antiguo maestro de escuela sonorense, era distinto de todos los demás: era modesto, sin ostentaciones y sin fasto. El suntuarismo y el nuevo-riquismo, asomaban ya poderosamente, pero era en el Gabinete presidencial, en torno a algunas Secretarías de Estado, pocas todavía, y en los altos cargos administrativos. La F.I.U.S.A., una compañía de fomento y urbanización, muy complicada con hombres del gobierno y del callismo, era el blanco de todos los chistes y calambures de la calle. Se hablaba de empresas en las que mucho tenía que ver el propio Jefe Máximo: granjas avícolas como Santa Bárbara, ingenios azucareros en el Mante. Parece que de todo eso, quedó poco en pie.

En cambio, pienso yo que el ciudadano armado Plutarco Elías Calles, sabía cuál era la etapa aún por vencer, para consolidamiento de la Revolución: la etapa —que se quedó trunca— de lucha contra el fanatismo, de implantación de la efectiva libertad concienical, el ejercicio pleno del laicismo. Calles quería la liberación del pensamiento. Calles sabía que, mientras se deje en pie el apasionado fanatismo —que reventaba aquí y allá en los levantamientos cristeros, en las asonadas universitarias— la revolución profunda no se consolidaría, y que su defensa —la defensa de la Revolución— fatigaría los músculos, que tendrían que irse relajando un poco, de los nuevos afiliados.

Y Calles sabía también, amplias muestras dio de ello, que la esencia de la Revolución era económica, era de aumento de la renta nacional, de la riqueza pública; que acaso la política ejidal, de reparto y parcelación indiscriminadas, no era el mejor camino para ese incremento. Calles sabía también que el problema era de distribución y de consumo: problema básico de justicia social. Porque una revolución social tiene el derecho de sacrificar la primera generación revolucionaria a la obra militante y a la obra de afirmación política, con grandes sacrificios económicos; pero que las generaciones subsiguientes ya exigen frutos, resultados tangibles, en mejoramiento del nivel de vida popular, en sus tres aspectos: vivienda, nutrición y vestidos. Con sus aliadas de locomoción, salubridad y descanso.

La pelea por la emancipación de las conciencias, por la laicidad educacional la dio Calles directamente, cuando ejerció la Presidencia. Pero la siguió inspirando y dirigiendo cuando era Jefe Máximo de la Revolución, que es la época en que me hallaba en México, y pude presenciarla.

Dirigían la Secretaría de Educación Pública Narciso Bassols y Jesús Silva Herzog, como Ministro y Subsecretario, respectivamente. Y las bravas peleas que presencié, en los tres estadios educacionales, primario, secundario y universitario, fueron sonadas y tronadas.

EN sus relaciones con Latinoamérica, parecía como que México hubiese asumido una actitud de generosa atracción fraternal. Se daba cuenta de su "cara exterior", del prestigio insuperable que había llegado a conquistar en todos los pueblos de idiomas latinos dentro del Continente. En esos pueblos, es verdad, había soplado entonces una benéfica racha democrática, y todos volvían sus ojos hacia México, como hacia el norte verdadero de conducta, además de ser el norte geográfico de todos.

Era grande el cuidado que se ponía en las representaciones diplomáticas de México en Latinoamérica, hasta el punto que —todos lo recuerdan— en cada capital latinoamericana la Embajada o Legación mexicana, era el centro de atracción de trabajadores, estudiantes, intelectuales. Las Sociedades de "Amigos de México", se multiplicaban en todas partes. Y hasta algunas incidencias que llegaron en ciertos casos a la ruptura de relaciones, terminaron por enaltecer el prestigio de México, porque México en dichas incidencias, estuvo siempre valientemente, del lado de la justicia.

No hay que olvidar, eso sí, que el cuidado que entonces se ponía para seleccionar el personal mexicano de esas Embajadas y Legaciones, era grande. Mucho mayor que el que se ponía para las representaciones en Europa. Por Latinoamérica anduvieron entonces, engrandeciendo el prestigio de México, Alfonso Reyes, José Rubén Romero, Moisés Sáens, Alfonso Cravioto, Ramos Pedrueza, y gentes de tanta simpatía y actividad, dotadas de tan raro don comunicativo, como el General Juan G. Cabral, el General José D. Ramírez Garrido, el inolvidable amigo Romeo Ortega. Como he di-

cho: la Embajada o Legación mexicana en cualquier capital de Hispanoamérica, era la Embajada y Legación de todos los hombres libres, con inquietud de justicia o de cultura. A esas representaciones mexicanas—era entonces Secretario únicamente—debo una de las mayores amistades que haya hecho yo en el exterior: Gilberto Owen, el gran poeta recientemente desaparecido. El 16 de septiembre, se estaba convirtiendo en una fecha familiar de todos los países del hemisferio, junto con su fecha nacional respectiva. . .

Y hasta en las relaciones con el poderoso vecino, se produjo durante esa época un interludio de aproximación para el cual, es verdad, contribuyó no poco la presencia al otro lado del Bravo, de un estadista de larga mirada universal como Franklin D. Roosevelt, con sus anuncios halagadores de "política del buen vecino" y su sentido humano para el trato de los problemas políticos e internacionales. En México, donde no se borraba aún lo suficiente la sombra trágica de Henry Lane Wilson, el coautor de la Decena Trágica, un par de viejecitos sonrientes y abstemios—"agua" era la única palabra castellana que pronunciaban—el señor y la señora Josephus Daniels, con una serie de actitudes simpáticas dentro de su campechanería gringa, contribuyeron a que las asperezas se limaran y la convivencia fuera más cordial. (Nadie olvidaba, sin embargo, que este señor Daniels fue Ministro de la Marina en los Estados Unidos cuando el bombardeo y atraco de Veracruz, y que su principal colaborador de entonces, como Subsecretario, fue nada menos que el señor Franklin D. Roosevelt. Hasta el punto que el propio señor Daniels aseguraba que su correspondencia con el Presidente, comenzaba siempre con estas palabras: *My dear Franklin*. . .)

En la Conferencia Panamericana de Montevideo—la Séptima—México, representado por su Canciller Puig Casauranc, fue el capitán en la batalla por revisar la doctrina Monroe, quitándole aquello de "América para los americanos. . . del norte". Pocas veces una Delegación más numerosa y mejor preparada se ha presentado en certámenes internacionales. México hizo sentir, con su actitud latinoamericana integral, sin ser hostil a nadie, que tenía bien ganado el derecho a ejercer una cierta representación moral del espíritu latinoamericano. Su prestigio en las repúblicas frateras, creció en forma substancial.

He de decir finalmente, por no permitir análisis más pormenorizados la índole de este ensayo, que la obra y la intención revolucionarias del General Calles, o más propiamente, del callismo ha de ser cuidadosamente revisada. Y que, con las naturales reservas, el voto revolucionario de la posteridad, le ha de ser favorable.

SOLAMENTE me tocó asistir en esos momentos—1934, al final— a la elección y al comienzo del gobierno, muy pocos días, del General Lázaro Cárdenas. Seguí desde lejos, con interés muy vivo, la trayectoria radical, justiciera, efectivamente revolucionaria de esa etapa de la vida mexicana. No la presencié. Mi opinión es como la de otro cualquiera que desde un balcón latinoamericano asistía al drama mexicano. Sólo he de afirmar que, desde el principio, el General Cárdenas, ante nuestros ojos asombrados, asumió el papel histórico de abanderado de la Revolución, ya no sólo mexicana, sino latinoamericana. De la revolución que todos nuestros pueblos han menester, urgidamente. Sobre todo, los países que, como el mío, el Ecuador, tienen una caudalosa población indígena, no redimida aún sino en los campos de la literatura, de la sociología teórica o de la plástica.

Volví, por pocos días, cuando gobernaba el Presidente Ávila Camacho. En 1944, a los diez años justos. Pero la cosa había cambiado, sensiblemente. Por lo menos en lo que se podía ver en la capital, pues en esta vez no pude viajar por los Estados. Se respiraba otro ambiente. Acaso de mayor tolerancia. El clericalismo asomaba, abiertamente, su cabeza. Y, cosa muy interesante, habían ya viejos revolucionarios y gentes de nuevas promociones, que sostenían entonces que la Revolución Mexicana había cerrado su ciclo vital. Que ya no podía hablarse más de la Revolución como categoría político-social actuante.

Dos veces más, con días muy contados, he pasado por México. Y en cada una de ellas, el sentimiento de la "Revolución cancelada", lo encontré más acentuado, más vigente, con excepción de la literatura de los políticos, de la expresión oficial.

EN 1957, finales de agosto, atraído irresistiblemente por México, que para las gentes libres de Latinoamérica, se había convertido en la mejor y más segura "isla democrática" del Continente, me vine a pasar un año de vacaciones de cátedra. Y a escribir la vida del dictador García Moreno, que las absorbentes actividades de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, no me permitían terminar.

Y durante este tiempo —que desafortunadamente llega ya a su término— me he dedicado a ver, a oír. Es muy pedante el término "estudiar", aplicado a lo que yo he hecho: descendiente de los *chasquis* incaicos, que pegaban la oreja a la tierra, a la *Mama Paccha*, para saber si se acercaban animales u hombres, amigos o enemigos, yo he pegado las orejas a la tierra mexicana, para tratar de oír sus rumores profundos. Nada de estudio, en lo que esta palabra anuncia de sistema u organización de interrogantes. No. He seguido el sistema —si es que es uno— de la "pregunta suelta" o de la respuesta que se adelanta a la pregunta, que nos llega aún sin interrogar. En la calle, en los parques, en los viajes a los Estados, en el taxi, en el "camión". En las charlas con amigos, mexicanos o no. En la prensa. Y, pásense ustedes: ¡hasta en los libros!

Sin cargo ni comisión alguna, Juan de la Calle, yendo a todas partes: teatros, exposiciones y galerías, conferencias, conciertos al aire libre, deportes, hipódromo y toros. Donde está el hombre suelto, el pueblo, en sus diferentes estadios. Y también, Dios se lo pague, la Universidad.

EL pueblo "popular" —soy discípulo apasionado de mi maestro Pero Grullo— ha cambiado de cara, de ánimo, de apariencia. En 1933, México se hacía, con un no confesado sentido nacionalista, la propaganda *sui-géneris* de ser el país que mantiene el *record* mundial de los atracos urbanos, de los "encueramientos" en sus parques. Y se hacía, a tambor batiente, la más frenética campaña de "despistolización". Pues yo tengo que desilusionar a quienes a ese *record* aspiran; jamás he sufrido —ni entonces, menos hoy— la más pequeña pérdida, la mínima "peladez", en ningún sitio. Y, ¡oh fortuna! ni siquiera he sido víctima de lo que los mexicanos

presumen que es la costumbre nacional: la "mordida". Ni entonces, ni hoy.

Pero, entre entonces y hoy, he hallado una diferencia: el pueblo sabe que es el dueño de su país, de sus calles, de sus caminos, de sus parques. Y los usa y se pasea por ellos "como Pedro por su casa". Esto, comparado como lo de entonces y, sobre todo, con lo que ocurre en países "democráticos" como el mío, en los que la discriminación del indio es tan profunda que ni siquiera necesita llegar a la excesiva y espectacular violencia. El indio se sabe inferior, "conoce su puesto" y por motivo alguno aspira a entrar a un cine, a gozar de un parque, a entrar en un museo. Ha habido momentos en que hasta ciertas calles céntricas de las ciudades les han sido vedadas.

Compréndase bien: no afirmo que el pueblo mexicano sea feliz; que goce de comodidades mínimas generales. No. Hay pobreza, y mucha. Todavía la opulentísima capital de cerca de cinco millones de habitantes, está ensuciada por la miseria del *jacal* suburbano, yacija casi animal hecha con *detritus* urbanos: pedazos de tablas y de latas, adobes de desperdicio, en baldíos que son basureros públicos. Pero aún eso, en una proporción mucho menor que en 1933-34. La proliferación de las viviendas racionales, los "multifamiliares" es mayor que en ciudad alguna de América.

Pero un domingo del Bosque de Chapultepec y de todos los campos aledaños de la capital, es realmente edificante. Las familias modestas—que no tienen parques en Barrilaco, Polanco, El Pedregal, o residencias de veraneo en Acapulco o Cuernavaca—se la pasan todo el día en las umbrías maravillosas del "Bosque", de Contreras, de Coyoacán o San Ángel. Se trasladan íntegramente: los abuelos, los padres, los hijos. Con mesas plegables y sillas de baqueta, una hornilla de carbón para guisar. Y se instalan, unos a pocos metros de los otros, en una fraternidad humana tan conmovedora, pres-tándose pequeños favores y sintiéndose *gentes*, por mucho que se comprueben visibles diferencias sociales y económicas: clase media acomodada, pequeña burocracia, profesionales de mediano pasar y peones de obras, albañiles, obreros de fábricas...

¿Es esto concebible en nuestros países, sobre todo en

EN 1957, finales de agosto, atraído irresistiblemente por México, que para las gentes libres de Latinoamérica, se había convertido en la mejor y más segura "isla democrática" del Continente, me vine a pasar un año de vacaciones de cátedra. Y a escribir la vida del dictador García Moreno, que las absorbentes actividades de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, no me permitían terminar.

Y durante este tiempo —que desafortunadamente llega ya a su término— me he dedicado a ver, a oír. Es muy pedante el término "estudiar", aplicado a lo que yo he hecho: descendiente de los *chasquis* incaicos, que pegaban la oreja a la tierra, a la *Mama Paccha*, para saber si se acercaban animales u hombres, amigos o enemigos, yo he pegado las orejas a la tierra mexicana, para tratar de oír sus rumores profundos. Nada de estudio, en lo que esta palabra anuncia de sistema u organización de interrogantes. No. He seguido el sistema —si es que es uno— de la "pregunta suelta" o de la respuesta que se adelanta a la pregunta, que nos llega aún sin interrogar. En la calle, en los parques, en los viajes a los Estados, en el taxi, en el "camión". En las charlas con amigos, mexicanos o no. En la prensa. Y, pásmense ustedes: ¡hasta en los libros!

Sin cargo ni comisión alguna, Juan de la Calle, yendo a todas partes: teatros, exposiciones y galerías, conferencias, conciertos al aire libre, deportes, hipódromo y toros. Donde está el hombre suelto, el pueblo, en sus diferentes estadios. Y también, Dios se lo pague, la Universidad.

EL pueblo "popular" —soy discípulo apasionado de mi maestro Pero Grullo— ha cambiado de cara, de ánimo, de apariencia. En 1933, México se hacía, con un no confesado sentido nacionalista, la propaganda *sui-géneris* de ser el país que mantiene el *record* mundial de los atracos urbanos, de los "encueramientos" en sus parques. Y se hacía, a tambor batiente, la más frenética campaña de "despistolización". Pues yo tengo que desilusionar a quienes a ese *record* aspiran; jamás he sufrido —ni entonces, menos hoy— la más pequeña pérdida, la mínima "peladez", en ningún sitio. Y, ¡oh fortuna! ni siquiera he sido víctima de lo que los mexicanos

presumen que es la costumbre nacional: la "mordida". Ni entonces, ni hoy.

Pero, entre entonces y hoy, he hallado una diferencia: el pueblo sabe que es el dueño de su país, de sus calles, de sus caminos, de sus parques. Y los usa y se pasea por ellos "como Pedro por su casa". Esto, comparado como lo de entonces y, sobre todo, con lo que ocurre en países "democráticos" como el mío, en los que la discriminación del indio es tan profunda que ni siquiera necesita llegar a la excesiva y espectacular violencia. El indio se sabe inferior, "conoce su puesto" y por motivo alguno aspira a entrar a un cine, a gozar de un parque, a entrar en un museo. Ha habido momentos en que hasta ciertas calles céntricas de las ciudades les han sido vedadas.

Compréndase bien: no afirmo que el pueblo mexicano sea feliz; que goce de comodidades mínimas generales. No. Hay pobreza, y mucha. Todavía la opulentísima capital de cerca de cinco millones de habitantes, está ensuciada por la miseria del *jacal* suburbano, yacija casi animal hecha con *detritus* urbanos: pedazos de tablas y de latas, adobes de desperdicio, en baldíos que son basureros públicos. Pero aún eso, en una proporción mucho menor que en 1933-34. La proliferación de las viviendas racionales, los "multifamiliares" es mayor que en ciudad alguna de América.

Pero un domingo del Bosque de Chapultepec y de todos los campos aledaños de la capital, es realmente edificante. Las familias modestas —que no tienen parques en Barrilaco, Polanco, El Pedregal, o residencias de veraneo en Acapulco o Cuernavaca— se la pasan todo el día en las umbrías maravillosas del "Bosque", de Contreras, de Coyoacán o San Ángel. Se trasladan íntegramente: los abuelos, los padres, los hijos. Con mesas plegables y sillas de baqueta, una hornilla de carbón para guisar. Y se instalan, unos a pocos metros de los otros, en una fraternidad humana tan conmovedora, pres-tándose pequeños favores y sintiéndose *gentes*, por mucho que se comprueben visibles diferencias sociales y económicas: clase media acomodada, pequeña burocracia, profesionales de mediano pasar y peones de obras, albañiles, obreros de fábricas. . .

¿Es esto concebible en nuestros países, sobre todo en

aquellos de apreciable población indígena? ¿Era esto posible en el México de 1933-34, hace veinticinco años?

Los conciertos de música al aire libre, en la Alameda o en el Bosque, congregan un público sorprendente: pueblo —pueblo; asimismo integrado por gentes venidas de las capas más humildes de la población. Mucho más noble y sano es este público, que el que abarrota los cines, cuya entrada es —ahí está el detalle, como diría *Cantinflas*— el más barato del mundo. El máximo son cuatro pesos, en los cines de estreno, llegando hasta un peso en ciertos cines de ciertos barrios. ¡O sea desde treinta y cinco hasta ocho centavos de dólar! Y, sin mucho temor de ser desmentido, me atrevería a decir que las salas de cine de México son las más bellas del mundo que conozco. Y hasta las más baratas, que se piensa serán unos barracones inmundos, son salitas aceptables, cómodas, aireadas. La vigilancia municipal en este aspecto, es implacable. Salas que se han cerrado por vender unas entradas con exceso de la cabida real; por algún defecto de aireación o de circulación.

EL Auditorio Nacional, inmenso local cerrado con capacidad para veinte mil personas, es uno de los más efectivos factores de la popularización de los espectáculos artísticos. Situado en el centro del Bosque, y flanqueado por tres salas pequeñas para otros espectáculos: el Teatro del Bosque, el Granero y el Teatro de Orientación, en los cuales se dan alta comedia, nacional o extranjera, espectáculos musicales, revistas, etc. En el Auditorio propiamente dicho, se ofrecen grandes espectáculos de ballet principalmente retrospectivo, con bases de investigación histórico-estética. Grandes conciertos en las épocas frías. Y se ofrece, a precios verdaderamente populares, al alcance de todos, las más altas manifestaciones culturales del mundo: no hace ocho días, la Filarmónica de Nueva York ofreció un concierto dirigido por Dimitri Mitropoulos y con un programa en el cual constaban obras de los grandes maestros y cuyo *plato fuerte* fue la Segunda Sinfonía de Beethoven. Un derecho de entrada que comenzaba en quince centavos de dólar, congregó a una multitud absolutamente popular: trabajadores de fábrica, obreros de la construcción, pueblo-verdad. Y, por declara-

ciones del gran conductor griego Mitropolus, pocas veces ha tenido un auditorio más inteligentemente atento, comprensivo, culto.

En el Auditorio se realizan exposiciones industriales, de arquitectura e ingeniería; grandes exposiciones históricas como la del primer centenario de la Constitución de 1857 —la Constitución de la Reforma— y el cuadragésimo aniversario de la Carta vigente, de 1957 —la Constitución de la Revolución. Con el más alto decoro, sin propósitos de división de "la familia mexicana", se exaltaban en ese certamen los más altos hechos y las más grandes figuras de la Reforma y la Revolución. Una especie de anudarse de la historia mexicana libre, por encima del porfiriato: Juárez dándose la mano con Madero. La ilustración, el liberalismo, el positivismo, sirviendo de prólogo indispensable a la lucha por la tierra para todos y la justicia social.

Lo que quiero acentuar es la concurrencia del pueblo, cariñosa, ansiosa de comprender. Familias enteras campesinas, con huaraches y sombreroes, recordando la lección de la lejana escolita, en la que se habían oído por primera vez los nombres de estas gentes que habían luchado, trabajado, muerto, por la mejor vida y la justicia de todos. No solamente por los lejanos y heroicos libertadores que habían hecho el México de los mexicanos hace más de un siglo; sino por los más cercanos y más propios, los que se habían sacrificado por la igualdad de los hombres, primero ante la ley y luego, ante la vida misma. Y los nombres de Pancho Villa, más popular que nunca y de Emiliano Zapata, el peón que quiso tierra para todos los peones.

LA leyenda, anclada ya en los bajos fondos del *clissé* literario, del mexicano arisco, zahareño, difícil para darse en la amistad, merece ser cambiada. Hace veinticinco años, es verdad, las gentes de México se hallaban *achicopaladas*, un poco acomplejadas. Mucha bola y mucha balacera. Y, más que todo eso, la Revolución, en su etapa guerrera, había dejado muchos resentimientos, mucha dispersión de las gentes. Nada raro era saber de una familia en la que el padre y cada uno de los hermanos habían peleado en campos enemigos. En la capital, singularmente, se observaba un aire de

mutuos recelos, de poco conocimiento de unas gentes con otras: las viejas familias porfiristas habían emigrado o, por lo menos, se hallaban ocultas en una discreta penumbra. Los palacetes del Paseo de la Reforma —no invadidos aún por rascacielos como hoy— se encontraban clausurados. Y la vida bullente de las calzadas, tenía un marco melancólico de cementerio. La provincia, en cambio, se había volcado a México. El campo, sintiéndose inseguro en los tiempos de la bola, había llegado a la conclusión de que la capital era el sitio de mayor confianza para vivir y trabajar.

Veinticinco años han hecho muchísimo en ese aspecto. Son nuevas generaciones de gentes, ya nacidas en México, las que llenan las calles de la capital. No tienen motivos para odiarse. Eso de los *científicos* y del huertismo y la Decena Trágica y el embajador Lane Wilson, son cosas para leerse en los libros. Ya no resuenan, como hace veinticinco años aún, en las orejas del pueblo, los últimos disparos de la guerra civil. Ahora, en las calles, en los parques, en los camiones, los mexicanos se encuentran con los mexicanos. Y más aún: con los hombres. De eso ha surgido una bonhomía, una cordialidad, un gran espíritu comunicativo, que se lo encontraba en Europa —sobre todo en Bélgica, Holanda y Suiza, antes de la Segunda Guerra Mundial. Antes, preguntar por una dirección, un "rumbo", era exponerse a una respuesta fría, a un "pos quien sabe", un poco desabrido. Hoy, no solamente el policía —¡oh, la exquisita cortesía del policía mexicano!—, sino quienquiera en las calles, en su lenguaje simpáticamente *cantinflesco* le describe minuciosamente al viajero, con nombres localísimos, el sitio y la forma de llegar. Y, si es preciso, lo acompaña unos pasos, por lo menos hasta la próxima esquina, para poderle dar señales más precisas, según cree. Ya esto, que se va perdiendo en casi todas nuestras ciudades, ha resucitado hermosamente en México.

Y mientras tanto, ¿qué nos dice del progreso de la ciudad? Pregunta obvia que yo, aún con peligro de convertirme en agente de turismo, debo contestar así: las grandes y viejas ciudades de arte y de belleza, como México, corren mayor peligro de perder que de ganar con el progreso. La vecindad, además, es terrible en ese aspecto: los Estados Unidos. *Le*

pays des timides, como le llamó Le Corbusier en un célebre libro. Jacques Soustelle, el político francés de tan poco grata actualidad en este instante, pero que había vivido en México mucho tiempo y que lo amaba, en su última visita parece que dijo: "Hace veinte años dejé un pequeño París; hoy me he encontrado con un Dallas grande".

México era en 1933-34, una de las más bellas ciudades del mundo. Sin duda la más hermosa ciudad latinoamericana. Y México, en 1958, continúa siendo una de las más bellas ciudades del mundo y la más hermosa ciudad latinoamericana. Y es que, en lo fundamental, se la ha respetado. Y la zona "rascacielerá", si bien ha estropeado "tantito" la Avenida Juárez, no creo yo que haya hecho mayor daño al Paseo de la Reforma, que no tenía en realidad nada substancial mexicano: era una avenida bordeada de palacetes franceses, superposición realizada por el nuevo-riquismo posterior al imperio de Maximiliano, durante el porfirismo. En cambio, la calzada, ancha, generosa, parigual de los Campos Eliseos de París, ha sido respetada. Con sus prados, sus árboles, sus flores. Y allí están, sin faltar ninguno, los próceres nacionales, como haciendo guardia a la libertad del transeúnte. No habrá altura que la ensombrezca: así es de ancha y luminosa. Y, desde el "Caballito" hasta la "Diana", donde inicia su entrada en el Bosque, es una vía florida, alegre, poblada de gladiolas, de zinnias y de niños, además de los próceres, historia viva de la patria.

Me niego, definitivamente, a ser un cancerbero del pasado. Un cuidador envejecido de recuerdos y glorias. Pienso que cada generación, cada época, tienen que dejar dicho su pensamiento en las artes, en las ciencias, en la arquitectura y el vestido. Lo único que exijo es que lo digan bien. Con verdad de oficio y de real interpretación de época. Detesto a aquellos que, como cuenta Le Corbusier de los millonarios yanquis, exigen un poquito de similar clásico: "póngame un aliguito de gótico, un tantito de bizantino o de barroco", dice el genial escultor que le decían. Y se estremecían de las concepciones audaces del gran arquitecto.

México tiene que vivir su presente, y darle todo lo que tiene. Una sucesión de presentes realizados con autenticidad, van haciendo, por acumulación, los pasados gloriosos. El progreso humano está hecho por los empujes de los heresiari-

cas, de los heterodoxos, de los herejes. ¿Herejía? No me creo tan privilegiado como para cometerla. Si no puedo ser hereje, exijo por lo menos a ser admirador de herejes: y los herejes de mi tiempo han sido Rubén Darío, García Lorca, Vallejo en poesía; Picasso, Diego Rivera, Orozco, Klee en pintura; Le Corbusier, Wright, Niedmayer, en arquitectura...

De allí que no pueda unir al coro de ciertas gentes que abominan de la penetración de los nuevos estilos, de las nuevas formas de la casa del hombre. El imperativo económico tiene la palabra en estas cosas. Lo que se debe exigir es que no se destruya lo bello en beneficio de lo feo. Pero en eso, México ha sido tan respetuoso que, cuando un ensanche de vía hizo necesario afectar una iglesia de valor artístico, se numeraron cuidadosamente las piedras de la iglesia, y se la trasladó con sumo cuidado a su nuevo emplazamiento.

Nuevo Barón Haussman, el actual Regente de la Ciudad, señor Uruchurtu, con audacia y valor, ha dotado a México del mayor número de avenidas amplísimas, rompiendo los viejos barrios proletarios para darles más aire y vida; o los muy atiborrados sectores comerciales, de callejuelas estrechas y edificación vetusta. En este sentido, mi respuesta a si México ha prosperado, es rotundamente afirmativa. Y se ha hecho una gran ciudad limpia, llena de árboles, espacios verdes, flores. Y, sobre todo, de fuentes ornamentales, y agua surtiendo en mil formas, alegrando el ambiente y haciéndolo más grato. Después de Roma, es México la ciudad con más fuentes y surtidores que conozco.

SIEMPRE ha sido el mercado de comestibles, uno de los más difíciles problemas de las grandes ciudades. Su tremenda novela *El vientre de París*, dedica Emilio Zola a la descripción del drama de *les Grands Halles*, en cuyas vecindades, decía Oscar Wilde, se alimentan con el olfato los mendigos.

México ha hecho del mercado la catedral de la alimentación. Aquí ya no hay los regateadores y eufemísticos: una de las ciudades. No. Es la ciudad con más y mejores mercados en el mundo. Solamente que el mercado mexicano no debiera ser una dependencia del Distrito Federal, sino del Instituto Nacional de Bellas Artes, del dinámico y no siempre bien orientado I.M.B.A.

Los pueblos de Latinoamérica no comen bien. Quizás con la sola excepción de los de la zona del Río de la Plata. Aquel libro-informe, que todos debieran leer, *Geografía del Hambre*, del gran socio-investigador brasileño Josué de Castro, nos muestra con evidencia ese terrible flagelo: nuestros pueblos están subalimentados, desnutridos, hambrientos. Y México no es una excepción. Por eso, esta dedicación de la política económico-urbanística mexicana hacia la construcción de mercados modelos, al par que cumple su finalidad sanitaria, está creando una incitación a comer mejor: el mercado, suprime muchos gastos en la distribución alimenticia y, por lo mismo, puede abaratar considerablemente los artículos. La vigilancia de la autoridad está sobre los agiotistas y usureros más criminales: los que especulan con el hambre popular. El mercado mexicano, obra de arte y de salud al mismo tiempo, hace llegar alegremente, sanamente, los alimentos al consumidor, y por el más bajo precio posible.

ESTA parte turística de este ensayo, no puede cerrarse sin echar una mirada a la realización constructiva máxima de la Revolución Mexicana: la Ciudad Universitaria.

No se ha descuidado la edificación escolar para el servicio de los estadios inferiores de la educación, o sea la primaria y la secundaria. Sobre todo en calidad y adecuación de los locales. Falta mucho, pero mucho, para dar cupo a la niñez mexicana que, año tras año, concurre en busca de su escuela. Acaso el espectáculo más emocionante y más duro presenciado por mí en esta temporada de un año de permanencia en México, ha sido el de la espera penosa, de días y de noches enteras, de los padres con sus hijos en edad escolar, a la puerta de los locales, durmiendo en la calle. No era la cola consabida en otros sitios para el pan, el café, la mantequilla. Era la cola angustiadora para encontrar un lugar en una escuela. Los pobrecitos *chamacos*, vencidos por el cansancio y el sueño, acompañados por sus padres—por uno de ellos al menos—esperando el resultado, muchas veces negativo de su petición: inscribir los hijos en la escuela.

Se citaron cifras fabulosas en los primeros momentos. Pero la administración hizo esfuerzos increíbles para remediar el mal sobre la marcha. Remedios artificiosos y precarios,

que tendrán que ser consolidados en años sucesivos, ya que México no tiene derecho —con su bandera revolucionaria en la mano— de escatimar recursos para esa necesidad elemental: la inclusión del mexicano, de todos los mexicanos, en la categoría de hombres en plenitud, con las herramientas indispensables, leer y escribir, para ser parte de la humanidad.

México, que sentó las bases de su ser nacional efectivo, con la hazaña económica admirable de la nacionalización del petróleo —hace veinte años, justamente, y por la visión certera y valiente de Lázaro Cárdenas y sus colaboradores—; hazaña que es un ejemplo para todo el Continente y que, de día en día va convirtiéndose en realidad económica fundamental para el país. México, decimos, resolvió una coronación ejemplar, cimienta y cúpula a la vez de la obra revolucionaria: la edificación de la Ciudad Universitaria.

Sin regateos empequeñecedores, hemos de declarar que, entre todo lo que conocemos, que no es poco, en el mundo, la Ciudad Universitaria de México es el más generoso homenaje que se ha podido rendir a la cultura superior de un pueblo. Este grande y bello conjunto de edificios —con unidad de concepción y de realización— es no lo que se cree generalmente, un alarde de poder material y de capacidad constructiva. No. La Ciudad Universitaria de México es la expresión de un pensamiento neo-humanístico que trasciende lo aparente, lo externo, para convertirse en un dechado, una norma, un programa.

México no quiere, no debe aspirar a ser una gran potencia militar, una gran potencia política en el área de la gran disputa de los hombres por mantener las viejas sistemaciones capitalistas o por buscar un nuevo camino para ofrecer al hombre la justicia. México no elude la contienda. Es parte de ella, pero no por el camino de la fuerza, sino por la clara ruta del pensamiento, del estudio, de la investigación. México tiene, junto, al Norte, a uno de los dos más poderosos países de la tierra, jefe natural de uno de los dos modos de pensar en debate: los Estados Unidos. *Via crucis* doloroso el de sus mutuas relaciones. Jirones de la vida y el territorio mexicano se han quedado prendidos en ese *vía crucis*. Pero México quiere vivir en paz y trabajar en paz por su grandeza. México tiene, junto, al Sur, numerosas y pacíficas hermanas, hasta la punta de la Tierra del Fuego. Frente

al vecino del Norte, necesita hacer la defensa de su espíritu, de sus esencias históricas, de su verdad india y latina. Y para ello, no necesita de frágiles "líneas Maginot", que al primer impulso de la fuerza brutal se van al suelo. México necesita aflorar, afianzar, esclarecer, la gran fuerza vital de su cultura. ¿Tanques, cohetes, proyectiles mortíferos teledirigidos? Imanes para atraer sobre "su mutilado territorio", la lluvia de hierro y fuego de los poderes en contienda.

¿Frente al vecino del Sur, amigo, hermano? Pues asumir la capitanía cultural a que tiene derecho dentro de los ámbitos latinos del Continente. Y para ello, ha dispuesto los elementos necesarios: el sustentáculo físico de la cultura, los grandiosos edificios de la Ciudad Universitaria. No lo ha hecho aún, preciso es confesarlo. México no ha desarrollado —además de su generosidad acogedora— una política cultural con trascendencia hacia América Latina. No lo ha hecho. Hasta pudiéramos decir que ha perdido un poco del inmenso terreno ganado hace veinticinco años. ¿Duele un poco la franqueza? Pues más duele este ladear —que no voltear— de las espaldas de México hacia sus hermanas del sur del Río Bravo y del Caribe. Es una queja amistosa y dolida. Y al propio tiempo es una falla que puede ser fácilmente remediada por la bondad del terreno en que cualquier acción en ese sentido se intentara. Sin desembolso alguno: con invitación estimulante a la cooperación de los países. ¿No se han creado pabellones y bolsas en ciudades universitarias extranjeras: París, Madrid, por ejemplo? Eso que nuestros pueblos gastan en conseguir que nuestras juventudes se gradúen en falangismo, podría ser canalizado hacia México, con un poco de estímulo, de incitación.

Lo he dicho varias veces: México, con su Ciudad Universitaria, la mejor del mundo, podría asumir, a plenitud, su rol de avanzada en la cultura latinoamericana. Hay una corriente favorable ya. Y como México va a entrar a un período de gobierno en que su Jefe honra, invita y consulta a los intelectuales, todas las esperanzas en ese sentido reverdecen.

En próximos capítulos de este ensayo, a los veinticinco años de mi encuentro con México, intentaré interpretaciones y juicios sobre el contenido cultural de la vida mexicana. Hoy, son las impresiones primeras del turista.

MÉXICO DE MI DESTIERRO *

Por *Raúl ROA*

DOY satisfacción a irrefrenable impulso. La necesidad de expresarse es consubstancial a la naturaleza humana. Es una de las pocas constantes de su variable textura. Basta asomarse al mirador de la historia para comprobarlo. Incluso en las estructuras sociales más primitivas, puede ya advertirse ese ínsito afán del hombre de proyectar su ser fuera de sí. De esa objetivación individual y colectiva de su espíritu, que se complica y enriquece a medida que se va liberando de ataduras y supeditaciones, mana, precisamente, la cultura.

Pero esa necesidad de expresión se toma acuciante y angustiosa cuando se tiene por vocación y oficio dialogar con el pueblo. No creo que haya tormento moral más terrible para un escritor que verse impedido de "hablar y pensar sin hipocresía" o ser condenado al silencio por la arbitrariedad erigida en poder. Esa dramática alternativa —asaz frecuente en estos días tormentosos— ha puesto más de una vez a prueba el coraje y la responsabilidad de la inteligencia. Muchos escritores se han rebelado heroicamente contra la mordaza y el garrote. Otros han desertado de sus deberes y lamido, con vil deleite, el bozal y la fusta. Entre el yugo que engorda y degrada y la estrella que ilumina y salva, yo nunca he vacilado en abrazarme a la estrella.

Sencillamente soy un proscrito. No es nuevo el trance para mí, ni para muchos que lo comparten, sin que se dé por enterada la Comisión de Derechos Humanos de la ONU, tan celosa, en cambio, de cuanto acontece detrás de la cortina de hierro europea, como si la represión de las ideas y la supresión de las personas fuesen privativa del mundo comunista. El ostracismo político, por lo demás, es tan viejo como el hacha de piedra y sólo deshonra a quien lo impone. Duele, sí, por el descuaje vital y sentimental que implica; pero, mucho más por lo que significa y denuncia. Al cabo, el destierro ha venido a

* Fragmentos de un libro inédito.

ser, en esta coyuntura universal de "renquiciamiento y remodelado", una de las formas más altas de existencia de la dignidad humana.

Gran suerte, sin duda, la de haber podido levantar mi tienda rebelde en tierra tan entrañablemente vinculada a la nuestra. Ningún cubano ha sido jamás extranjero en México. Se le recibe con simpatía y calor; y, al calor y la simpatía, se adunan el respeto y la ayuda si lo trajo a sus costas la pasión por la libertad. Esa hospitalidad y efusión se remonta a la época en que los cubanos pugnaban por su independencia. Se cuentan por millares los que entonces emigraron a México para salvarse de la furia colonial. Numerosos echaron raíces y hoy sus descendientes son troncos de laboriosas y honorables familias en Veracruz, Campeche y Tabasco. Uno de aquellos emigrados fue José Martí. En México se hizo hombre, cuajó su visión, afianzó sus ideas, se encontró a sí mismo y nuestra América le fue revelada; y, a través de México, amó más a Cuba. La violenta resaca de la Revolución encabezada por Madero y Zapata, a su vez, volcaría en las playas cubanas oleadas de proscripciones; y, en las últimas décadas, México ha vuelto a ser, como antaño, refugio y bastión de los cubanos perseguidos.

Nada hay, sin embargo, que acerque más a la tierra natal que el alejamiento forzado. La imagen de su ondeante contorno se perfila en la añoranza con transparencia de cristal. El suave y monorrítmico paisaje adquiere sorprendentes matices e insospechados vigores. Y se sienten, como en carne viva, los dolores, afrentas y ansias de los que sufren y esperan. La patria—entidad abstracta en los libros— adviene sangre, canción, aroma y llama en la conciencia desvelada; y ya, únicamente, se anhela el recuerdo de esperanzas gloriosas y el triunfo definitivo de los sueños soñados por los muertos que demandan y guían.

Eurípides afirmó alguna vez "que el peor de los males es el destierro". Séneca, el estoico, mordido por la nostalgia, exclamó descompuesto: *¡Careve patria intolerabile est!* "A las penas que el destierro trae consigo—sentenció Juan Montalvo—añádese la indignación que causa la injusticia que la origina". Dijeron verdad. Pero mucho peor que la amputación, la soledad y la distancia, es afrontar la adversidad de rodillas. Cuando se vive de pie, el destierro cobra objeto y sentido y crece uno por dentro.

Morelia

HISTORIA y naturaleza se funden en México en síntesis a veces prodigiosas. Muestra singular de lo dicho es la capital de la República. La riqueza arquitectónica de Oaxaca, Puebla, Guadaluajara, Guanajuato y Morelia rivaliza con el esplendor de sus paisajes. El majestuoso escenario es digno de la ingente proeza.

Morelia es uno de los más bellos florones del Siglo de Oro de la arquitectura colonial mexicana. Está enclavada en el fértil valle de Guayángareo y le monta guardia de honor permanente un pelotón de cerros azules. Se llamó originariamente Valladolid y fue fundada el 23 de abril de 1541 por don Antonio de Mendoza, primer Virrey de la Nueva España. La rústica villa adquirió el rango de ciudad el 6 de febrero de 1545. El 12 de septiembre de 1828 el gobierno del estado la bautizó con su nombre actual, en homenaje a José María Morelos.

Excepcionalmente rápido fue el crecimiento de la villa de Valladolid. En 1580 era todavía "un ruín cortijo con ocho o diez casas españolas y los conventos de San Francisco y San Agustín". Al finalizar el siglo XVIII contaba ya con veinte mil habitantes y había adquirido la fisonomía que aún perdura en sus rasgos esenciales. Valladolid fue, sobre todo, una ciudad eclesiástica y campesina. Durante trescientos años figuró como cabeza del antiguo reino de Michoacán, feraz, verde y acuosa región habitada por los tarascos, indios de cabellos largos, dulce talante y sutil inteligencia. Del siglo XVI conservó los sombríos claustros de San Francisco, San Agustín y el Carmen. La Compañía, la Merced y la catedral fueron construidos en el siglo XVII.

Pero la Morelia que presurosamente visito es hija legítima del siglo XVIII. Sus más valiosos templos, conventos, palacios y casas se edificaron en esa época. El pingüe comercio con Pátzcuaro, Uruapan, Tiripetio, Puruándiro, Janitzio y Paracho y el cuantioso rendimiento de las artesanías enseñadas por don Vasco de Quiroga a los indígenas, contribuyeron, decisivamente, al desarrollo material y al progreso cultural de la ciudad.

Si bien este auge económico determinó la formación de una aristocracia provinciana sobremanera pagada de sus prerrogativas sociales y políticas, estimuló, al par, un creciente florecimiento de curiosidades, inquietudes y rebeldías en los criollos y, principalmente, en la juventud. Los enciclopedistas se leían furtivamente en los corredores del Colegio de San Nicolás y era tema predilecto de conversación en las tertulias el *Contrato*

Social de Rousseau. Hidalgo y Morelos predicaban, a diario, el evangelio y la emancipación. El Colegio de San Nicolás —hoy albergue de la Universidad de Michoacán— fue la fragua del espíritu revolucionario que desplegaría en Dolores la bandera de la redención nacional. De sus aulas brotarían, años después, algunas de las más egregias figuras del liberalismo mexicano. La tradición jacobina de Morelia corre pareja con su tradición colonial.

No hay ciudad en México, salvo Guanajuato, que mantenga tan presente el pasado como Morelia. Sus plazas, barrios, rincones y fuentes guardan el peculiar aroma de los días ya idos. Es fiel a sí misma en su estilo de vida y en la esencia de su carácter. El barroco infunde a sus edificios de piedra rosa una alada multiplicidad de formas. Los campanarios descuellan graciosamente por todas partes. El aire fino de Morelia parece dormirse en las imponentes torres de la catedral. La sonora voz de las campanas regula el moroso ritmo de la existencia. Sus ecos se dispersan por las calles en misterioso cuchicheo con las flores. De Michoacán es Lázaro Cárdenas, el más recio caudillo de la Revolución Mexicana; pero Morelia parece como coagulada en el flujo del tiempo.

Inolvidable es el crepúsculo en Morelia. Mil veces lo han cantado los poetas y reproducido los pintores. Es siempre igual y siempre nuevo. Las cosas empiezan a cobrar extrañas tonalidades. La mansedumbre y el recato de la gente se traduce en silencioso rezo a la luz, que huye, sigilosamente, por los rojos techados. Y, mientras las palomas se refugian en las cúpulas, la tarde se va disolviendo, tenuemente, en la penumbra y como un rumor de confidencias desciende de los balcones.

A mí me sorprendió este primer ocaso en Morelia frente a la estatua ecuestre de Morelos, en compañía de Rómulo Gallegos, el Presidente que supo "caer del lado de la honra". Y, ante la bronceína efigie del gran héroe civil de México, ambos renovamos nuestra fe en la libertad de Cuba y de Venezuela y en los destinos de nuestra América. No en balde la obra de los fundadores es todavía "pensamiento en marcha y voluntad en camino".

Pátzcuaro

EL empinado, solitario y frío pueblecito de Pátzcuaro es como un paréntesis de cristalina quietud en la revuelta superficie del

mundo. Parece que el tiempo se hubiese inmovilizado en sus callejuelas, balcones, tejados y fresnos. "No deje usted de ver Pátzcuaro —me advertía hace ya varios años Fernando de los Ríos—. Es un trozo del paraíso perdido de los utopistas del Renacimiento". "Tienes que ir a Pátzcuaro —me reiteraba ha poco Rómulo Gallegos en su refugio beligerante de Morelia—. Es un sitio inolvidable".

No echaría yo en saco roto el sabio consejo. Y héme aquí en Pátzcuaro, tras un maravilloso periplo por entre abruptos desfiladeros y majestuosas serranías. Inquiero por el pintoresco y renqueante tranvía de mulas de que me hablara, con melancólico regusto, don Fernando. Ya no existe. Pero aún su presencia traquetea en la memoria del vecindario. A mi mujer —infatigable trilladora de horizontes— la noticia la entristece un tanto; más, por otro lado, la alegra. Andar es, según ella, la mejor forma de conocer.

De la Posada de don Vasco —obligado albergue del transeúnte— a Pátzcuaro, el trecho es breve, aunque riscoso. La intermitencia del jadeo nos recuerda, a ratos, que somos gentes de la mera costa. La plaza principal se ha desperezado ya cuando hollamos sus plateadas baldosas. Es media mañana. Fulgura el sol en los verdes tejados de la amodorrada villa. El cielo intensamente azul semeja un mar invertido. Las campanas de las iglesias repican con isócrono tañido, barrenando el tupido silencio. Envueltos en sus policromos sarapes y tocados con graciosos sombreros, cruzan, como sombras, hombres y mujeres, caminos de la misa y del trabajo. El tremulante hilo de agua de las fuentes cae con lento rumor de letanía. Numerosos cafetines y hosterías circundan los umbrosos aledaños. Jamás vi árboles tan altos ni tan viejos. Sus raíces hinchadas y sus troncos rugosos delatan el paso de los siglos. Entre sus ramas esclerosadas pían, en prodigiosa sinfonía de colores, áureas calandrias, fúlgidos colibríes y canarios que parecen arco iris voladores.

Es día de mercado. Bajo la frondosa pelambre de los fresnos se apretujan, en abigarrada mescolanza, las ollas vidriadas, las cazuelas de cobre, las guitarras, las lacas, las tortillas, las coles, las tinajas, los tamales, los coralillos y el pescado blanco del lago. De los fogones brota el apetitoso olor de las mazorcas asadas. Los turistas gringos van y vienen por las tiendecillas y se detienen, a veces, como bajo un sortilegio. El cantarino hablar de los indios los subyuga. No creo yo que haya

lengua más dulce y musical que la de estos léperos sobrevivientes de las antiguas comunidades tarascas.

En Pátzcuaro suman más los templos que las escuelas; pero ninguno tiene la suficiente prestancia arquitectónica para figurar airoosamente en la rica historia colonial de México. Sin embargo, hay algunos que dejan grata impresión a la pupila, ya fatigada por los encajes de piedra y los refulgentes altares de Puebla, Morelia, Taxco, Guanajuato y Guadalajara. La iglesia de la Compañía descuella por su sobria belleza de líneas. Pequeña y limpia, como un dije bruñido, es la iglesia de La Colegiata. La portada plateresca del ruinoso convento de San Francisco—singular remedo de las arcaicas iglesias románicas de España—es una verdadera filigrana. Su claustro primitivo, asentado sobre pilares mudéjares, es deliciosamente ingenuo. Las patinadas arquerías del Colegio de San Nicolás—el más antiguo centro de cultura de América—incitan a la meditación y al reposo. Pero de la imponente catedral proyectada por Vasco de Quiroga, sólo resta una nave, que sirve hoy de estructura a la iglesia de Nuestra Señora de la Salud, pálida y desvencijada supervivencia de la inconclusa mole de tezontle, oro y luz.

El recoleto y gracioso pueblecito fue fundado hace más de cuatrocientos años por Vasco de Quiroga, típico varón del Renacimiento y primer obispo de Michoacán. Como fray Bartolomé de las Casas, el padre Vitoria y Juan Luis Vives, Vasco de Quiroga nutrió su espíritu y su ideario en el límpido abrevadero de la *philosophia Christi*, trasunto español del humanismo erasmista. Pero hasta las recientes investigaciones de Silvio Zavala sobre la influencia de la *Utopía* de Tomás Moro en la Nueva España, el apostolado social de Vasco de Quiroga se había estudiado, únicamente, en su aspecto externo. Zavala ha esclarecido, con rico acopio de datos y agudo sentido crítico, las recónditas raíces de su pensamiento y de su conducta y precisado las íntimas relaciones existentes entre sus *Ordenanzas* y la *Utopía* de Moro.

En el terreno de los hechos, Vasco de Quiroga no sólo dotó de templos, hospitales y granjas a los pueblos michoacanos; también les proporcionó agua abundante y provechosas artesanías. El estilo de sus edificios y el trazado de sus plazas fueron igualmente obra suya. Y, asimismo, sus fuentes y jardines. La huella de su báculo infatigable se encuentra en todas partes.

El paisaje de Pátzcuaro es como una acuarela múltiple.

Desde el cerro de El Estribo, se divisa un panorama prodigioso. No es tarea fácil escalar su cima. Llega uno arriba resoplante y sudoroso. Pero el espectáculo que desde allí se contempla compensa el tremendo esfuerzo. El lago domina, señeramente, la perspectiva. Las montañas negruzcas reflejan sus moles en las serenas aguas de tono ambarino. Sobre la espejeante superficie florecen canoas, redes y lirios. La isla de Janitzio emerge en el centro del lago, rematada por la imponente figura de Morelos, esculpida en piedra rosa. En la hondonada se yerguen, radiantes, las cúpulas y los tejados de Pátzcuaro y, por sobre todo, la soberbia mansión del Centro Regional de Educación Fundamental para la América Hispana, erigida en La Eréndira, preciosa finca donada por el general Lázaro Cárdenas. En su florido patio central hay un gran friso con bronce de Benito Juárez, Abraham Lincoln y José Martí, héroes predilectos, por su acusada dimensión civil, del militar que jamás clavó la Constitución en los ijares de su caballo. Es día de mercado; y, por los ásperos senderos y las suaves veredas, descienden, lentamente, los indios con sus huacales y cántaros y sus nostalgias y soledades a cuestras.

El tiempo se ha detenido en Pátzcuaro; pero los contrastes sociales, las sombras de la ignorancia y los andrajos de la miseria indican que la injusticia aún señorea por las feraces tierras de Michoacán. No en balde los indios más avispados suelen barruntar en los atardeceres que la misión de Tata Vasco quedó trunca; y, por eso, más de uno ha creído verlo, a la luz fantasmal del crepúsculo, cabalgando en su mula blanca por valles y cordilleras, en pos de su ciudad soñada, donde todos eran iguales, hacendosos y libres, como en los años ya idos de la Edad de Oro.

Aire transparente y paisaje ríscoso

MEDIABA casi la noche cuando Andrés Iduarte, su esposa y yo salíamos de la mera capital rumbo a San Luis Potosí. Dueño del volante y de nuestras vidas, iba Salvador Ramírez, el ayudante de Andrés, guarnecido de flamantes arreos. Sus insignias eran de teniente; de mariscal, su talante y atuendo.

Las luces de la metrópoli destellarían prontamente en la distancia como policromo gemario. Sombras y abismos. Misteriosa grandeza de Anáhuac bajo el leve fulgor de las estre-

llas. Atravesábamos, sin duda, "la región más transparente del aire". La carretera trepaba penosamente, bordeando desfiladeros y montañas, como sierpe de asfalto. Tosía el motor del automóvil y, a fuerza de sutil, el oxígeno se tornaba irrespirable. El estoico heroísmo de Cuauhtémoc y el épico coraje de Cortés se fundían en la nieve encendida del Popo y del Ixta.

No se trataba propiamente de un viaje turístico. Iduarte y yo habíamos sido invitados por don Jesús Silva Herzog, decano de la Escuela de Economía de la Universidad Nacional y director de la revista *Cuadernos Americanos*, a participar en los cursos de invierno que desde hace tres años vienen organizando, con éxito creciente, la Academia Potosina de Ciencias y Artes—que don Jesús preside—, y la Universidad de San Luis Potosí. En cierta forma, ambos íbamos en cumplimiento de deberes insoslayables. A difundir él, como Director del Instituto Nacional de Bellas Artes, su rico y cálido saber sobre próceres y letras de nuestra América y su acendrada fe en los destinos de México; a honrar yo a Cuba y a la Universidad de La Habana dondequiera que se me ofrezca la oportunidad de hacerlo en este obligado alejamiento de mi patria. Servir a ésta—como pueda y sea— es ahora mi única preocupación y desvelo. Al cabo, la voz de un proscrito, aunque teorice sobre los universales de Platón, es siempre la voz de la libertad.

La orografía de México presenta violentísimos contrastes. Valles tórridos y llanuras gélidas, ríos hirsutos y lagos falderos, selvas primigenias y jardines de lava, barrancas tenebrosas y picachos fulgentes. El altiplano constituye, sin embargo, la espina dorsal de la estructura física de México. Es lo que domina y da tono al país y le infunde su peculiar psicología a la mayor parte de sus habitantes, que se diferencian en actitud, expresión y temperamento del mexicano de Veracruz, Campeche, Tabasco y Yucatán—típico espécimen de cultura costeña— y del mexicano fronterizo o desértico.

Ruda y larga fue la primera jornada del trayecto a San Luis Potosí. Las curvas se sucedían vertiginosamente y las cuestas se empinaban cada vez más en los pintorescos alledaños de Toluca, una de las ciudades más altas y frías de la meseta central. El cruce de Toluca—silenciosa y solitaria a esa hora— me exacerbó la nostalgia al recordar versos de José María Heredia, que allí vivió y murió obsesionado por el dolor de su patria esclavizada.

Abismos y sombras. Desolados caseríos desfilaban, como espectros, en la sinuosa y arriscada ruta. La charla se trenzaría al dejar Querétaro —sepulcro del imperialismo europeo y cuna de la Constitución vigente— en torno al trasiego ilegal de braceros mexicanos a Estados Unidos y a la Conferencia Interamericana que se había inaugurado esa tarde en Caracas, con la ausencia de Simón Bolívar, Abraham Lincoln y José Martí. Salvo contadas excepciones, se juntaban esta vez, con la significativa abstención de Costa Rica, representantes de regímenes que les importa un comino el desarrollo de la economía nacional, la defensa de la democracia, el respeto a la dignidad humana y la propagación de la cultura. La decidida oposición del gobierno norteamericano a toda ingerencia comunista en el continente se daba de cachetes con su manifiesta determinación de ignorar la soberanía de México en el problema de los braceros. Esas incongruencias y otras de idéntico jaez —amén del singular tufillo a plátano johnson que exhala el polémico caso de Guatemala— nos permitían aventurar que la cacareada reunión pudiera disolverse, a la postre, en infecundo "caraqueo" sobre papeles mojados, con la consiguiente quiebra y descrédito del sistema interamericano, que tan óptimos frutos prometiera al establecerse la política del buen vecino.

En esas punzantes cavilaciones, nos sorprendería la llegada a León, nervio político y activo centro comercial del Estado de Guanajuato. Vencidos por el sueño y el cansancio, decidimos pernoctar en un destartado hotel que nos salió súbitamente al paso.

En el país de los chichimecas

LA distancia entre León y Guanajuato se recorre en poco tiempo. No parecía que anduviéramos al filo de las nubes y en sazón invernal. La carretera reberveraba como plata fundida y batía un viento caliginoso. Extraño fenómeno, en verdad, aquella temperatura de bochornoso verano a casi tres mil metros sobre el nivel del mar. La naturaleza gusta, a menudo, de tomarle el pelo a la lógica.

Ante los ojos ávidos se desplegaba un paisaje abrupto y una tierra volcánica. Entre los jugosos pastos y las lozanas huertas —ternura esmeralda que suavizaba la monástica adustez de la meseta—, cráteres dormidos y lavas petrificadas memoran

las frecuentes cóleras de Plutón en tiempos de los chichimecas. De entonces data el poético sobrenombre que se le dio a la región por sus primitivos habitantes: el país de las siete luminarias. La vasta, ríscosa y feraz comarca se conoce hoy con el apelativo de El Bajío, que igualmente alude a los declives y reajustes originados por las erupciones y terremotos.

Andrés Iduarte reanudó la plática en el mismo punto en que la dejamos la madrugada anterior. Es vieja manía suya esa de volver a empezar lo inconcluso. Sus amigos cubanos—esos que han conversado errabundamente con él en los cafés habaneros y en el muro del Malecón—lo saben por experiencia directa. Pero esta vez la charla se licuó rápidamente por haberle vencido la modorra y no tuve ya otra alternativa—su esposa también dormitaba y Salvador Ramírez enmudece cuando maneja—que ponerme a repasar mi fragmentario y parvo conocimiento de las extintas culturas indígenas de México. Suficiente, sin embargo, para no ignorar que nos adentrábamos en el antiguo reino de los chichimecas, codiciado ya en épocas remotas por los nahoas y los purépechas.

Patuxtlán—enclavada donde se alzan hoy las cúpulas barrocas y las murallas bermejas de Guanajuato—fue el principal asiento de los belicosos chichimecas. No alcanzarían éstos nunca los rancios prestigios de las altas culturas del valle de México, ni la deslumbrante madurez de la cultura maya. Su desarrollo social y espiritual fue muy discontinuo y sumamente precaria su estabilidad política y económica. En la mitad del siglo xv, ya urgida Europa de un camino más corto a las Indias y presagiado el misterioso retorno de Quetzalcoatl, los nahoas vencieron y expulsaron a los chichimecas de la falda de El Meco—rico venero de metales preciosos—intentando en vano reconquistarlo en sangrientas batallas. Sus ambiciosos y pujantes vecinos, los purépechas, se aprovecharían de esas derrotas y de la inferioridad militar de los nahoas para ensanchar la frontera del reino de Michoacán, anexándose, con relativa facilidad, primero Patuxtlán—que llamaron Quenaxhatua—y luego casi todo el territorio que ocupa actualmente el Estado de Guanajuato. Los nombres de Yuririhapándaro, Pénjamo, Acámbaro, Irapuato y Jerécuaro son inconfundibles sobrevivencias de la dominación tarasca.

Medio siglo más tarde, derrotada y uncida Tenochtitlán—faro y reducto del imperio azteca—las huestes de Hernán

Cortés invadieron y conquistaron el antiguo reino de los chichimecas y don Rodrigo Vázquez sentó sus reales en la espesa y despoblada sierra, que otrora había sido escenario de terribles choques entre sus moradores y las tribus rivales. En 1546 el Virrey don Antonio de Mendoza donó aquel sitio a don Rodrigo Vázquez, "como una recompensa otorgada al agraciado por sus servicios prestados en calidad de conquistador", denominándose Estancia de Quanashuata en el mandamiento expedido al efecto. Tiempo adelante, la rústica estancia se transformaría en una de las más preciadas y bruñidas joyas del florón colonial de España en América.

Las curvas se van pronunciando y empinándose los cerros a medida que nos acercamos al blasonado solar de don Lucas Alamán, el más buido, insidioso, erudito y pugnaz de los historiadores gachupines de México. Se apiñan, en alucinante desfile, rocas escarpadas y calvos desfiladeros, farallones imponentes y abismos insondables. La vía férrea parece desafiar, a veces, las leyes de la gravitación. A la vera de escabroso precipicio, una ciudad sumergida por un bostezo telúrico aflora sus retorcidos muñones. La bravía belleza del paisaje es un tónico para el espíritu.

¿Toledo a la vista? No; esas cúpulas, terrazas, galerías, almenas, barbancas y callejones que se nos enciman, constituyen la trama pétrea de la vetusta y castiza ciudad de Guanajuato. Un típico recodo de Castilla trasplantado al legendario país de las siete luminarias. Pero, aún aquí, siguen sangrantes los pies abrasados del joven y puro señor de Tenochtitlán. Cortés y Cuauhtémoc simbolizan, todavía, la discordancia radical entre el atropello y la justicia.

De eso, y de la síntesis futura, hablaré yo en mis conferencias—resume Andrés Iduarte, va despierto, y como su mujer, Salvador Ramírez y yo, preso del singular encanto que irradia aquel trozo vivo de España en el desconfiado corazón de México.

Bella patraña

EL proceso de transculturación originado por la conquista—fusión dialéctica de lo español y lo indígena—frutece en México en una de las más ricas y complejas culturas mestizas de todos los tiempos. Uno de sus más valiosos y brillantes

exponentes es, sin duda, el arte hispanomexicano de los siglos XVI, XVII y XVIII. Si España aporta estilos, tendencias y manifestaciones que poseen significado propio y peculiares matices, el indio deja su indeleble impronta en la arquitectura, pintura, escultura y artesanía de la época colonial.

La estructura y atmósfera de Guanajuato es típicamente española; pero el espíritu y la mano del indígena están presentes en sus fachadas, claustros, altares, retablos y edificios públicos. Es un Toledo en miniatura erigido por los conquistadores sobre el trabajo forzado del indio y habitado hoy mayormente por sus descendientes. El constante fluir y refluir por sus calles y aceras de sarapes y rebozos —extrañamente iluminados por ojos más negros que el capulín— permite verificarlo en seguida.

Igual acontece en Puebla, Taxco, Saltillo, Oaxaca o Morelia. El poder español venció y avasalló a los aborígenes. No pudo, sin embargo, secar las milenarias raíces de sus altas culturas, aún vivas no obstante haber sido violentamente arrancadas. El indio sigue siendo en el México actual —ya históricamente inserto en la órbita de la cultura hispanoamericana— la fuerza configurante y decisiva del país. No en balde constituye el trasfondo racial y social de la población. El culto nacional a Cuauhtémoc dista mucho de ser un extravío.

Esta clara y fría mañana de febrero he salido muy temprano con Salvador Ramírez, el ayudante de Andrés Iduarte, a "callejonear" un rato. El plástico bullicio de Guanajuato empieza al mediar la mañana. La gente de bolsa y copete se arrebuja ahorita en nítidas sábanas de hilo a la deleitosa lumbre de la chimenea. Los mercados y las tiendas —desbordantes de frutas, tortillas, pasteles, lacas, telas y lentejuelas— están casi desiertos. Cruzan, impasibles, rostros terrosos que se esfuman mágicamente en los atrios de las iglesias. Es domingo y las campanas tañen convocando a misa. Silenciosos y ariscos marchan, en rítmica fila, un grupo de arrieros, ocultándose a la pupila curiosa bajo el ala cómplice de sus sombreros de petate. Chicuelos tristes y andrajosos se ofrecen, por unos tostones, a servir de guía a unos gringos madrugadores. De la exigua suma que colectan diariamente, se nutren, de pura tortilla y picoso chile, familias enteras. La sórdida miseria de los estratos más humildes del pueblo contrasta, rudamente, con el esplendor y la molicie de los nietos de encomenderos. A veces cambia el lívido decorado humano al paso de una linda morena con boca

de mamey, de un alegre aguador jinete en dócil pollino, o de un charro jactancioso pavoneando su lujosa holganza en piafante corcel. Es un paisaje social que recuerda, a menudo, las rígidas jerarquías y agudos desniveles del virreinato. Diríase que la Revolución Mexicana se detuvo ante los torreones, almenas y barbacas de Guanajuato.

Los nombres de las calles, las plazuelas dormidas, las fuentes rumorosas, el humo de las oraciones, los umbrosos soportales y el embaldosado pavimento contribuyen a actualizar el pretérito. Tengo la rara sensación de que el río de la historia se ha rebalsado en esta ríscosa serranía asentada en pilares de plata. El centelleante surtidor del Baratillo llega a parecerme un coágulo de cristal. Aparentemente, al menos, Párménides ha vencido a Heráclito en este apacible rincón de una tierra perennemente encinta de volcanes y terremotos. Acaso en el subsuelo se estén cebando torrenteras de lava; pero nadie parece apercebido de ello. De aflorar el subterráneo tumulto, la sorpresa de los "patroncitos" será idéntica a la del intendente don Juan Antonio Riaño frente a la incontrastable arremetida del cura Hidalgo y de sus encrespadas huestes.

La hora propicia para saborear la romántica poesía de los callejones de Guanajuato es la medianoche. Salvador Ramírez me lo advierte, por centésima vez, al atravesar la soñolienta plazuela de La Paz; pero yo he decidido "callejonear" y desoigo su advertencia, a pesar de la razón que le asiste y también de la sinrazón. ¿No conocéis esta ingenua y conmovedora historieta de aparecidos?

Tejida con estambres de nieblas y agujas de estrellas, rueda por ahí una leyenda que evoca la misteriosa tragedia referida por José Asunción Silva en uno de sus *Nocturnos*. Ladran los perros y croan las ranas. Se derraman enervantes perfumes de los balcones y del cielo desciende leve música de alas. De la entrañada bruñida del cerro de El Meco ha surgido una luna de plata, hermana gemela de la que adoraron los aztecas; y, bajo la mansa caricia de sus míticos efluvios, los callejones se pueblan de fantasmas, se trenzan susurros y lágrimas y rasga el silencio el chasquido de los aceros en duelo a muerte por una dólcella pálida.

En mi primera visita a Guanajuato, durante el pasado verano, anduve toda una noche girovagando, como alma en pena, por los legendarios callejones de El Beso, de Los Olle-

ros, de Las Crucesitas y del Resbalón, apelando, vanamente, a todos los conjuros que atraen, en los cuentos de hadas, a los duendes del amor y de la muerte. Quizás no acudieron sabiéndome descreído. Salvador Ramírez insiste en la veracidad de la bella patraña; y, para que pueda yo comprobarlo con mis propios ojos, me invita a repetir el paseo a la hora propicia. Me limito a responderle:

—Lo más seguro es quién sabe. . .

Ahora hemos cruzado los pintorescos callejones de Guanajuato con la absoluta certeza de que no vendrían a escalofrarnos las sombras dolientes que cada noche, se citan y funden, entre susurros y lágrimas, en "una sola sombra larga", hasta que el renuevo del alba las separa y disuelve en el plebeyo milagro del día. El sol es enemigo implacable de la leyenda y los fantasmas huyen despavoridos ante sus lanzas de oro.

Teocallis y cúpulas

UNA de las vivencias más singulares que llevo enroscada en el subconsciente la debo a mi primer encuentro con el mundo petrificado de los aztecas. La sala del Museo Nacional en que se conservan y exhiben vestigios y restos de la más alta cultura del valle de México es tan crispante como una tragedia de Esquilo, un cuento de Hoffman o una novela de Poe. Es un mundo retorcido de pánico y entregado sádicamente a la fatalidad el que brota de las serpientes emplumadas, de los ídolos furentes, de las máscaras impasibles, de las quimeras descomunales, de los altares ensangrentados, de los colmillos de los jaguares y de los puñales de obsidiana. La vivencia de ese mundo sobrenatural y mítico se apoderó súbitamente de mí mientras contemplaba las torres resplandecientes de Guanajuato y de nuevo medité sobre la vieja pugna entre el *teocalli* y la cúpula y en el embestido y revuelto proceso histórico de México.

No creo yo que haya más dramática constante en la longeva vida de este enigmático y seductor país que esa lucha entre la cúpula y el *teocalli*. Sus implicaciones psicológicas son aún visibles en forma de traumas, ambivalencias y actos fallidos. No en vano se nutre de conflictivas posiciones de conciencia y de encontrados modos, ritmos y niveles del desarrollo social y cultural. El episodio inicial de ese titánico duelo entre teogonías y cosmovisiones distintas tuvo por teatro a Cholula. La

vetusta metrópoli olmeca, uno de los asientos sagrados de Anáhuac en vísperas de la conquista, era ya una tupida selva de *teocallis* y pirámides en la radiante plenitud del quinto sol. De sus aras impregnadas de sangre por las renovadas exigencias de insaciables deidades, surgían, como de un incensario de horrores, jaculatorias y oraciones propias de un culto prelógico y de una comunidad empavorecida por los torvos enigmas e implacables estragos de la naturaleza.

Los millares de vidas ofrendadas a los dioses por los aztecas han servido de pretexto para volcar oleadas de abominaciones sobre su innata sevicia y zoológica conducta. La "teoría" con que se pretende justificar los crímenes, despojos y atropellos de que fueron víctimas los aborígenes—elaborada por juristas y teólogos al servicio de los encomenderos— se alimenta en esa turbia torrentera. La óptica de los conquistadores y su tabla de valores resultan inadecuadas para juzgar la cuestión del "salvajismo" y de la "crueldad" de los aztecas. No se trata, en manera alguna, de legitimar lo ilegítimo, sino de comprender y explicar hechos que pertenecen a una determinada fase de la evolución social en que priva la relación mágica entre los hombres y los dioses. Salvaje era el estadio histórico en que vivían los aztecas y crueles y reprobables fueron, sin duda, sus métodos de aplacar y atraerse a los dioses. Pero no es menos cierto que el concepto sociológico de salvajismo carece de connotación ética y que dichos métodos son consustanciales a la índole y estructura de las sociedades primitivas y, asimismo, parece, a las de las sociedades dueñas de los secretos de la naturaleza y de los artilugios del pensamiento abstracto. Aquella orgía de sacrificios humanos—pálido antecedente de los campos de concentración y de las matanzas en masa de esta época supercientífica— era la brutal y patética expresión de una cultura aún poseída por el terror cósmico y entregada, en su desamparo material, al trágico arbitrio de númenes que sólo se mostraban propicios a cambio del dolor, la oblación y la muerte.

No era esta, sin embargo, la primera vez ni sería la última, que una religión, prelógica o abstracta, bárbara o civilizada, le rindiera tributo de corazones y cráneos a sordas e iracundas divinidades. Huitzilopochtli y Metecacihualt tienen pares condignos en todos los olimpos y en todos los cielos. Este problema, y el planteado en la esfera de la conciencia religiosa de indígenas y españoles por el impacto de la conquista y el

subsecuente proceso de transculturación y mestizaje, es únicamente inteligible, como suceder humano, desde el plano de la historia.

La conquista fue, por su naturaleza, móviles y objetivos, una empresa militar, política y económica; pero fue también una empresa eclesiástica y cultural. Último reducto del feudalismo en retirada, en militante discordancia con el capitalismo emergente, el humanismo renacentista y la reforma religiosa encabezada por Lutero y Calvino, el estado español —estructura cerrada a las corrientes del tiempo y pugnaz depositario del absolutismo teocrático— aspiraba entonces al imperio universal por medio de la espada, la cruz y la cultura. Imponer su autoridad política, su monopolio económico y su hegemonía espiritual y religiosa al mundo recién descubierto fueron sus cardinales propósitos y la trama subyacente de la legendaria aventura.

Juntas anduvieron la espada, la cruz y la cultura en la búsqueda de oro, en la explotación de los aborígenes, en la erección de los templos, en la fundación de las Universidades y en el fecundante abrazo de conquistados y conquistadores; pero la cruz siempre en la vanguardia y, a veces, en brazos de misioneros, como el jesuita Tata Vasco o el dominico Bartolomé de Las Casas, en apostólica brega por la redención social y la salvación espiritual del indio. De ahí que, desde un principio, la conquista adoptara en México —matriz de altas culturas primitivas, soberbio paraninfo de dioses, leyendas y mitos y fabuloso venero de codiciados metales— la forma de guerra religiosa, todavía latente a pesar de los siglos transcurridos. Nada tiene de extraño, por lo demás, este fenómeno al par psicológico y social. Es un arrastre histórico de la superposición y señorío de una fe radicalmente ajena a la mentalidad prelógica y a la religión mágica de los pueblos indígenas.

El indio se convirtió rápidamente al culto católico; pero no cabe duda de que fue una conversión resentida por su carácter compulsivo y sustitutiva, en gran parte, del vacío originado en su yo profundo al disolverse el cogollo metafísico de sus milenarias creencias y tradiciones. De esa resentida transferencia, nace la adoración a la sufrida, maternal y cobriza Virgen de Guadalupe.

Los conquistadores advirtieron, en seguida, que tenían que habérselas con pueblos profundamente religiosos. El fraile franciscano Toribio de Benavente —que cambiaría su apellido por

el de Motolinia— se muestra sorprendido y atemorizado ante el denso enjambre de grandes y diminutos *teocallis* que le salen al paso, en su corajudo y abnegado peregrinaje por los desfiladeros y valles de México. La estrategia de Hernán Cortés respondió, fundamentalmente, a la imperativa necesidad de abatir y destornar a los dioses indígenas, como medio de reducir y desmoralizar a los ejércitos de Moctezuma y de las tribus aliadas. No se escapó a la aguda percepción del hábil y audaz extremeño que, arredrados por el extraño retorno de Quetzalcoatl, los siniestros presagios de los augures y la inminencia de inexorable hecatombe anunciada por un cometa, los aztecas debían estar psicológicamente predispuestos a ver seres sobrenaturales en sus monstruos de cuatro patas y vicarios de fuerzas omnipotentes en sus arcabuceros. La ocupación de Cholula, por los españoles, tras espantosa masacre, no fue sólo una victoria política decisiva; fue también el inicio del crepúsculo de los dioses indígenas. Sobre cada *teocalli*, Cortés ordenó erigir una iglesia, como desafío y ultimátum a las deidades proscriptas.

El *teocalli* fue fácilmente derrotado por la cúpula y otra selva sagrada se sobrepuso a la antigua. Los terroríficos jaguares y las serpientes emplumadas que ornaban los frisos aztecas fueron sustituidos por cándidas Vírgenes, santos translúcidos y Cristos macerados. Sobre la cúspide misma de la secular pirámide del níveo y barbudo Quetzalcoatl se levantó el monasterio de Nuestra Señora de los Remedios. En los alledaños del que fuera inmenso adoratorio azteca, se edificaría en 1531 —precisamente a instancia de Motolinia— una terrenal mansión para los diplomáticos celestes, bautizándola con el poético nombre de Puebla de los Ángeles.

Ese fue el comienzo. Un siglo después toda la Nueva España estaría sembrada de catedrales, iglesias y conventos; pero presente el espíritu y la mano del indio en los bordados de piedras de las fachadas, en la policromía de los retablos, en la profusión del tezontle rojo y en el fascinante esplendor de los altares.

Los pueblos indígenas se batieron, desesperadamente, con los invasores. Emperadores y caciques arrojaron la humillación, el suplicio y la derrota con dignidad y heroísmo. Los españoles fatigaron la hazaña, la crueldad y la codicia en la epopeya de la conquista. Vencidos y aherrojados por un poder material superior y por una cultura en trance de madurez y

ecuménica proyección, los aborígenes de México se quedaron sin tierras, sin minas y sin dioses. Labrarían la tierra como siervos, extraerían los metales preciosos como esclavos y aplacarían su nostalgia en la adoración de los Cristos atormentados y exangües de las iglesias rurales.

Pero, como movidos por una fuerza ancestral, se vengaban inconscientemente de los invasores incrustando, en los atrios y muros de las catedrales y templos, simbólicas piedras de sus enterrados *teocallis* y pirámides. La ordenanza para escultores dictada en el siglo XVII y la dictada para pintores en la centuria siguiente, prohibiendo a los indígenas esculpir o pintar imágenes religiosas, se debieron a esa su irreprimible tendencia a transfigurarlas en máscaras de sus derrocadas deidades. Es frecuente encontrarse con cúpulas y atrios paganamente arrebujados en coruscantes sarapes y rebozos de azulejos. No es insólito advertir, empotrados en los atrios y muros de las iglesias y conventos, numerosas cabezas de serpientes y mitológicas figuras en bajorrelieve. En el dintel de la parroquia de Tlalnepantla, construida en 1532 junto a la pirámide de Tenayuca, puede leerse, esculpida en lengua azteca, la palabra *tecalbyiaca*, que significa Casa de Dios. Se podrían multiplicar los ejemplos.

La cúpula venció al *teocalli* y el México de hoy los ha transfundido a su espíritu y a su sangre sin optar por ninguno; pero el resentimiento, la ambivalencia y los actos fallidos subsisten todavía, como aluvión histórico, en considerables zonas del pueblo mexicano. No es difícil tropezarse con indios y mestizos que siguen invocando a Quetzalcoatl en el Padre Nuestro, o adorando al sol en la penumbra de solitarios altares. Es una aberrante sobrevivencia de los tiempos en que la pugnaz interpretación de los contrarios se traducía, subjetivamente, en una batalla de teogonías y cosmovisiones excluyentes. El curso objetivo de los hechos se confundía a menudo, con su proyección subjetiva. Ya no cabe equivocarse al respecto. El proceso histórico de México ha sido casi totalmente desentrañado y reconstruido por la arqueología, la antropología y la sociología. La fusión dialéctica de lo español y lo indígena comenzó tempranamente y la síntesis de los elementos constitutivos de México está ya en franca temperatura de cuajo.

La victoria de la cúpula sobre el *teocalli*, no fue, exclusivamente, la victoria de una religión abstracta sobre una religión mágica. Significó también, y ante todo, la incorporación de

México a la historia universal, y trasciende, por eso, la esfera de la conciencia religiosa. Clausura un proceso y abre otro, que a su vez, por la confluencia de factores puramente temporales, genera las bases de la nacionalidad mexicana y plantea el problema de su emancipación de España, quebrándose así el absolutismo teocrático y la jerárquica estructura social y cultural del virreinato. A lo largo de ese turbulento y, a veces, oscuro desarrollo, México se va transformando en un país mestizo y el indio se anuda con ímpetu creciente a la forja de un destino nacional, en el que estará presente su pasado en función de futuro.

Acaso algún día Hernán Cortés será un héroe de México. Nunca dejará de serlo Cuauhtémoc.

La Universidad de Guanajuato

HABÍAMOS convenido en reunirnos esta tarde con don Jesús Silva Herzog en San Luis Potosí. Apremiados por el compromiso, era nuestro propósito partir de Guanajuato a los rubios despuntes del alba; pero hubimos de desistir ya con un pie en el estribo del pisicorre.

¿Cómo irnos de Guanajuato sin haber visitado la Universidad y la Alhóndiga de Granaditas? ¿Cómo abandonar el antiguo asiento de los chichimecas sin rendirle tributo a un símbolo de la cultura republicana y a la memoria de los insurgentes y del impar centinela de la soberanía mexicana?

Camino de la Universidad, fue tema de mi plática con Andrés Iduarte la intensa vida cultural de Guanajuato durante el siglo XVIII. No había sido únicamente tierra de medro y aventura aquella prodigiosa cuenca mineral. España llevó, donde quiera que fue, junto con la cruz y la espada, la luz de su espíritu y la quijotesca rebeldía de su pueblo. Encomenderos sin entrañas y ayunos de libros abundaron en Guanajuato; pero también hidalgos de plata y letras, que le dieron lustre y prez a la dominación colonial. Ninguno, sin embargo, de tan claros timbres y nobles afanes como el intendente don Juan Antonio de Riaño y Bárcena. De París era su esposa y él hombre de fino espíritu y ancha erudición, muy devoto de los clásicos latinos y españoles y de la lengua francesa y de los subversivos escritores de la Enciclopedia. Aquel típico espécimen del despotismo ilustrado solía encontrarse, de vez en vez, en las tierras esclavizadas de América.

Quizás tuvo alguna vaga vislumbre de su papel. Acaso jamás se percató de ello. Es lo más probable. Pero si alguien contribuyó en la Nueva España a acelerar el proceso de descomposición del virreinato fue Juan Antonio Riaño y Bárcena. En sus concurridas tertulias, que compartía un cura de misa y olla llamado Miguel Hidalgo, se mezclaban las explosivas ideas de Rousseau con las odas de Horacio, los autos sacramentales de Calderón y las comedias de Molière. No se contrajo a "reducir a sus justos límites las sutilezas de los escolásticos", según prescribía una pragmática del conde de Aranda. El progresista intendente batió el huerro verbalismo y la estéril memorización en la enseñanza elemental y trató de imprimirle una orientación a tono con la época a la enseñanza secundaria y superior, intensificando el estudio de las matemáticas, la física y la química en el antiguo Colegio de los jesuitas. Su preocupación por el bien público plasmó en acertadas medidas, que promovieron mejores condiciones de vida a las capas sociales más necesitadas y abrieron nuevos horizontes a la agricultura, al comercio y la minería. En algunos aspectos de su constructiva gestión, don Juan Antonio de Riaño y Bárcena recuerda al ilustre benefactor de la isla de Cuba, don Luis de las Casas. Ambos despertaron en el pueblo el apetito de reformas administrativas, económicas y sociales y un ansia, todavía difusa, de participar en la conducción de sus propios destinos.

El Colegio de los jesuitas se fundó en 1732, en solariega casona donada por doña Josefa Teresa de Busto y Moya. Al ser expulsada de México la Compañía de Jesús por real gana de Carlos III, el Colegio quedó por disposición del intendente Riaño y Bárcena, bajo la regencia de los felipenses. Los estragos de la guerra de independencia lo convirtieron en un montón de ruinas. Fue reconstruido en 1828, abriendo sus puertas, técnica y materialmente remozado, y con bien nutrida biblioteca, como Colegio del Estado. Ahincada y próspera fue su labor a lo largo del tiempo, transformándose en un centro de altos estudios, hasta serle otorgado el título de Universidad en 1946.

La Universidad de Guanajuato es, pues, una institución apenas nacida; pero de larga y fecunda tradición. Su flamante albergue —especie de templo mestizo al cual se asciende por una escalinata que imita a la de los adoratorios indígenas— está ya a punto de concluirse. La Universidad cuenta con Facultades de Filosofía y Letras, Medicina, Derecho, Educación y Mine-

ría, considerada esta última como la de más alto nivel técnico de México. Su Escuela de Artes Dramáticas, a cargo de Enrique Ruelas Espinosa, es modelo en su género. Las más destacadas figuras del profesorado y de la inteligencia del país suelen ocupar su tribuna en los cursos de extensión universitaria. Goza de autonomía administrativa, académica y docente. El gobierno federal se limita a proveerla de gran parte de sus recursos, sin inmiscuirse en su organización y actividades. La libertad de cátedra es la clase de bóveda de su *corpus* espiritual.

Era día festivo y un rumoroso silencio de colmena en asueto inundaba sus aulas y galerías, que Andrés Iduarte y yo recorrimos sin cruzar palabra, acaso obsesidos por el trágico destino de tantas Universidades sometidas a humillantes supeditaciones, a selváticos desmanes o a clausuras indefinidas, por el poder público en autoridad omnimoda y ergástula de la conciencia.

Héroes vivos sobre piedras muertas

EN los anales de la independencia de México, la opulenta y señorial intendencia de Guanajuato ocupa la página liminar. Fue cuna de la insurgencia y cuna de Miguel Hidalgo. Hémos aquí, tras rápido bojeo de la plaza mayor, ante la Alhóndiga de Granaditas, ya definitivamente ligada al nombre del padre de la patria. Se comenzó a construir este "almacén de semillas" el 5 de enero de 1798 y terminóse el 7 de noviembre de 1809, en las vísperas del grito de Dolores.

La Alhóndiga de Granaditas descuella entre las más valiosas creaciones de la arquitectura civil hispanomexicana del período neoclásico. Alguna vez he oído hablar de su semejanza con El Escorial. Su adusto aire y su imperial masa pétreo inducen, efectivamente, a recordarlo. Es un vasto y sólido edificio de mampostería en forma de cuadrilongo. La fachada es de estilo toscano y la cornisa superior, en que rutilan, confundidas, las lozas verdes y rojas de las canteras de Guanajuato, muestra vagas reminiscencias barrocas en sus combos triglifos. La puerta principal es también de estilo toscano. Las ascéticas columnas y las severas galerías que rodean el inmenso patio le infunden al interior grave prestancia. Las escaleras que dan acceso al piso alto y los techos son de maciza piedra labrada.

El valor histórico de "el palacio del maíz" sobrepasa, con todo, a su valor plástico. La Alhóndiga de Granaditas fue el

centro de la resistencia española al irrumpir en Guanajuato el ejército revolucionario del cura Hidalgo.

Sangriento y brutal fue el combate por la posesión de la Alhóndiga. El fiero empuje de los indios y mestizos de Hidalgo, secundados por los mineros y numerosos criollos de Guanajuato, quebró en pocas horas la corajuda resistencia. Si bien sitiadores y sitiados rivalizaron en intrepidez y contumacia, dos momentos hubo, durante la encarnizada porfía, dignos de un cantar de una gesta. De uno fue protagonista Juan José de los Reyes Martínez Amaro, conocido popularmente por *El Pipila*. En épico arranque, abrió, con su muerte, la puerta principal a los insurgentes. Protagonista del otro fue don Juan Antonio de Riaño y Bárcena. Tinta en sangre su espada toledana, cayó quijotesca al cerrarle el paso a los asaltantes. Una ola escarlata de excesos siguió al tremendo descalabro de los españoles. Dueños ya de la ciudad y restablecido el orden, Hidalgo dictó sus primeros nombramientos y los primeros decretos de la revolución.

Desde todos los ámbitos de México, el pueblo, respondió a la voz y al ejemplo del teólogo jacobino y torrentes de lanzas, garrotes y piedras descendieron impetuosamente de las serranías al encuentro de los españoles. En sucesivas y relampagueantes victorias los insurgentes llegaron hasta las proximidades de la capital del virreinato; pero en vez de atacarla y reducirla por sorpresa, Hidalgo vaciló y dio tiempo a que el virrey organizara un nuevo y poderoso ejército.

A partir de ese instante, su estrella comenzó a declinar. Santa Fe de Guanajuato fue reconquistada y la mayoría de su población brutalmente pasada a cuchillo por las fuerzas del brigadier Félix María Calleja. Derrotado en los llanos de Aculco y diezmadas sus huestes en el puente de Calderón, cerca de Guadalajara, Hidalgo huyó hacia el norte con sus más fieles y capaces oficiales, en titánico intento de reunir sus tropas dispersas y volver a la carga. Fue capturado en las inmediaciones de Monclova y conducido a Chihuahua, donde se le encarceló, juzgó y fusiló. Igual suerte corrieron Ignacio Allende, Juan Aldama y Mariano Jiménez. Sus cabezas fueron traídas a Guanajuato e irreverentemente expuestas, en jaulas de hierro, en los cuatro ángulos de la azotea de la Alhóndiga de Granaditas. Allí permanecieron, como macabros trofeos, hasta el 28 de marzo de 1821, en que de nuevo en poder de los revolucionarios la ciudad

y sus aldeaños, se les dio solemne sepultura en el cementerio de San Sebastián. El 21 de agosto de 1827 fueron trasladadas aquellas reliquias a la catedral de México y desde el 16 de septiembre de 1925 reposan en la Columna de la Independencia. "Al cadáver de Hidalgo —escribió José Martí— lo enterraron descabezado; ¡pero México es libre!".

En 1858 los poderes constitucionales de la República tuvieron en Guanajuato sede y baluarte y los añosos sobrevivientes, aún recuerdan, estremecidos, la imponente figura de Benito Juárez.

Sombras iluminadas en prócer desfile, memorias de sueños todavía en camino, héroes vivos sobre piedras muertas. . .

Ya podíamos abandonar los primores castizos y los encantos virreinales de Guanajuato sin desgarros de conciencia ni remordidos desvelos.

Aquel indio egregio y soberano

GRANDE fue Benito Juárez por héroe, por revolucionario y por indio. Nacido en una extraviada aldea de Oaxaca, ascendió, sin más ayuda que su inteligencia, su voluntad y su corazón, de la oscuridad de la cuna humilde a la más alta y esplendente cima de la historia.

Su vida, como ha escrito Andrés Bduarte —otro mexicano ejemplar— "es una lección de energía". Juárez se forjó en la pobreza, se endureció en el sacrificio, se creció en la lucha, se magnificó en la ofrenda y se consagró en el poder. Casi solo inició su magno duelo con el virreinato sobreviviente y la intervención extranjera. Se fue a la montaña con treinta "locos", y tras cinco años de fatigar proezas, reveses y abnegaciones, salió, al fin, victorioso, juntando a los débiles, deshaciendo intrigas, resistiendo a pie firme, erguido siempre, intacta la fe, imparable e implacable. Hidalgo y Morelos hicieron libres a México. Benito Juárez consolidó su independencia, abatió la Colonia, levantó al indio, emancipó la conciencia y enseñó a nuestros pueblos cómo defenderse de sus enemigos internos y de sus enemigos externos. Fue el triunfo del derecho sobre la fuerza, de la libertad sobre la coyunda, de la luz sobre la tiniebla. "El respeto al derecho ajeno —afirmó lapidariamente— es la paz". Quien entonces habló por su voz no fue sólo México, mutilado y agredido; fue el espíritu mestizo de nuestra

América irredenta. No en balde le llamamos el Benemérito. Para decirlo con palabras de José Martí, a ningún título es más acreedor "aquel indio egregio y soberano, que se sentará perpetuamente a los ojos de los hombres, al lado de Simón Bolívar y en quien el alma humana tomó el temple y el brillo del bronce".

Héroe puro y terrible —héroe verdadero— fue Benito Juárez. Ni impurezas, ni ambiciones, ni desmanes —tan comunes en libertadores y guerreros— afearon su conducta. Supo arros-trar, como pocos, tentaciones y adversidades. Se irguió contra la violencia sin dejarse arrebatar por ella. Luchó por la libertad sin uncirla ni mermarla. Aún en la batalla, mandó como civil. Practicó la democracia que predicaba y por ella, y por la des-dicha ajena, padeció sin exhalar una queja.

Su sed de justicia, su amor a los desvalidos y su espíritu revolucionario plasmaron en las leyes de la Reforma, que removieron la estructura social, económica y espiritual de México y sentaron las bases del ulterior desarrollo de la nacionalidad, ya en proceso de fragua. Héroe en la más noble acepción del vocablo, campeón del derecho de la autodeterminación de los pueblos, Benito Juárez fue también apóstol de los oprimidos y paladín de las libertades humanas. Antes que indio fue mexicano, y antes que mexicano hombre y, precisamente por ello, trasciende su sangre, su comarca y su escenario y alcanza dimen-sión universal.

En estos dramáticos tiempos, en que nuestra América siente otra vez gravitar sobre sí tremendos peligros y desafortadas co-dicias y andan haciendo de las suyas espadones, mercaderes y demagogos, la figura de Benito Juárez se alza de nuevo y se apresta a la brega. No sólo México necesita hoy, como nunca acaso, su coraje, su brazo y su espíritu; desde el río Bravo hasta el cabo de Hornos necesitamos todos al héroe, al revolucionario y al indio que simboliza a la América erecta, generosa y unida.

El Paseo de la Reforma

EL lujo de los espacios vacíos en este mundo cicatero de pers-pectivas, ya sólo se lo permiten París y Roma. Son las únicas metrópolis en que todavía cuentan los ojos, los pulmones y las rosas. Sobre el tópicó departí una vez con Jorge Mañach junto a la torre Eiffel. Era una suave tarde de otoño y la luminosa

ciudad —marmórea primavera de encantos— se abría a nuestra vista como verde abanico de plumas.

Si La Habana ha sucumbido ya a la aberración de respirarse a sí misma y freírse alegremente al sol, México aún puede salvarse de ese apretujamiento monstruoso que ha convertido a Londres y New York, a pesar de Trafalgar Square y del Central Park, en hoscas selvas de cemento y acero. Pero si al cabo se perdiese en la tupida fronda de hormigón armado, siempre le quedarían, como balón de oxígeno y lírico refugio el Paseo de la Reforma y el Bosque de Chapultepec.

El Paseo de la Reforma descuella entre los más hermosos en su género. No hay otro parecido en América. En Europa son muy pocos los que pueden comparársele. (Como nuestro Malecón, ya sé, no hay dos; pero téngase presente que me estoy refiriendo a paseos de tierra adentro. Valga el paréntesis como profesión de fe patriótica y saludable catarsis).

Fue la pálida mano de un emperador postizo la que trazó, con melancólico regodeo, la vía que es hoy orgullo de México y patidifusa admiración de los turistas. Paseo de la Emperatriz se llamó hasta 1867. Sus placas refulgentes fueron derribadas por las tropas republicanas y Benito Juárez lo denominó sencillamente Calzada. Su rótulo actual —en memoria y homenaje a las leyes de la Reforma— es posterior a la muerte del Benemérito de las Américas.

Vagar por esta avenida de nombre revolucionario es uno de mis pasatiempos favoritos. Mil veces la he recorrido de un extremo a otro y a todas horas, corazón en ristre bajo sus altos y rugosos ahuehuetes y sus ágiles y melódicos pinos. Frecuentemente me he sentado, ora solo, ya en compañía de mi mujer e hijo, a solazarme con las maromas de las lagartijas, las diabluras de los chamacos y, sobre todo, con los esquinados chistes de los transeúntes. El filo del humor popular supera al de los cuchillos de obsidiana. En ocasiones el verdor del césped, el piar de los pajarillos y la levedad del aire me han sosegado el ánimo y diluido la morriña. Verdadera delicia es atravesar los floridos andenes después que la lluvia ha lavado los árboles y nutrido la tierra. El olor a humedad tierna que emana de los relucientes canteros renueva los ímpetus y tonifica los músculos. En las noches de luna el Paseo de la Reforma es una trampa romántica. Su espeso y fragante follaje se destrenza al viento como cabellera de plata y el silencio se puebla de melosos cuchicheos. Pero

nunca es más bella la espléndida avenida que los días en que el pueblo la invade, en pintoresca avalancha, para rendirle tributo a los héroes o festejar las glorias de la patria.

México es una ciudad repleta de monumentos y estatuas. El Paseo de la Reforma alberga más de un centenar. Se levantan a uno y otro lado de la vía formando una vasta galería de próceres de todas clases. Pero las más valiosas desde el punto de vista estético se encuentran emplazadas en las rotondas. Abre el desfile la de Carlos IV —popularmente conocida por "El Caballito"— y le siguen las de Cristóbal Colón, Cuauhtémoc, los titanes de la independencia y el másculo símbolo de la nacionalización del petróleo. La historia entera de México palpita y clama en este tramo del Paseo de la Reforma. Es un libro abierto para quien sepa ver, oír, entender y prever.

El Paseo de la Reforma ha amanecido esta límpida mañana —las testas nevadas de los volcanes se asoman resplandecientes en la distancia— ornado de banderas y cuajado de rebozos y sarapes. Es 15 de septiembre. Vísperas del Grito de Dolores. El bullicio y el fervor sobrepasan a los de costumbre. Esta vez a las conmemoraciones tradicionales se asocia la del centenario del himno nacional.

Estampa de un Centenario

NO conozco Pascuas más reconcentradas, hurañas y tristes que las del altiplano en que otrora centelleara el plumaje imperial de los aztecas. Son de color morado, huelen a incienso y saben a ceniza. Las verdaderas Pascuas de México son en septiembre. En este tibio, dorado, florido y acuoso mes se rasgan todos los velos del subconsciente colectivo y emergen, saltarines y bulluciosos, reprimidos júbilos y ocultos fervores. En septiembre son las fiestas patrias y con ellas México renace en candoroso y violento desfogue, como el niño Jesús simbólicamente en diciembre.

Tres veces he asistido yo a los actos conmemorativos del Grito de Dolores. En ninguna la sacudida fue tan profunda como en ésta, en que a la gloriosa efemérides se aunaba el centenario de las "mañanitas" revolucionarias de México. Navidades dobles en tiempos apocalípticos.

Las fiestas patrias suelen comenzar a las once en punto de la noche del 15 de septiembre. A esa hora, y ante una muchedumbre enfebrecida y compacta, el Presidente de la República

tañe once veces el grave esquilón de la independencia y repite, a toda vez, lábaro en ristre, la conocida y elocuente arenga del cura Hidalgo. Pero este año las fiestas patrias se iniciaron la mañana del propio 15 con impresionante ceremonia en la Plaza de la Constitución, en homenaje al himno nacional en su primer cumpleaños.

No pudo escogerse mejor escenario que el patinado y vasto recinto. Asiento de la orgullosa Tenochtitlán, altar de Huitzilopochtli, proscenio de Moctezuma, retablo de Hernán Cortés, atrio de la catedral, plaza mayor de la Nueva España, teatro de dramáticos sucesos durante el virreinato, la insurgencia, la invasión francesa, la reforma y la revolución, es hoy el centro cívico de la república. Sólo que su genuino nombre de pila no es el que se le da oficialmente. Confundido quedaría un chofer de "libre" si se le dijera:

—Lléveme, por favor, a la Plaza de la Constitución.

Bastan dos palabras para alumbrarle la ruta:

—Al Zócalo.

No madrugué en vano la mañana de marras. El Zócalo estaba ya a punto de rebosar y no tardaría en desbordarse. La láctea blancura del cerrado nuberrío fungía de dosel al policromado y ondeante mural que se ofrecía a mis ojos. De todas las bocacalles afluían sarapes, rebozos y banderas en bullente revoltijo con levitas, gabardinas y jackets. Andrajos y lentejuelas, hedores y arrugas, en patética fraternidad con casimires y terciopelos, perfumes y lozanías. Los desniveles más chocantes de México —raíz y espuela de su borrascoso proceso social— milagrosamente fundidos en el amor entrañable a la patria. Unidad soterrada de tradición, conciencia y destino. La nación triunfante sobre las jerarquías, las clases y los partidos. El pueblo en esencia, potencia y presencia.

En la hormigueante explanada, soldados con cascos de acero y una compañía de cadetes del Heroico Colegio Militar montaban guardia de honor. Frente a la glorietta presidencial —encintada con los colores de Iguala y florecida de gardenias y claveles— doce mil escolares en formación de masa coral. Sobre ellos —ariete y esperanza de la justicia soñada en los jacales y las milpas— convergían todas las miradas. La luz que irradiaban sus morenos rostros lampiños era la misma luz que irradió de la frente de Juárez.

Selva de cabezas y estruendo de mar semejaba el Zócalo

cuando irrumpió en la glorieta el Presidente de la República. Apenas don Adolfo Ruiz Cortines ocupó el estrado, compartido con su Gabinete, el cuerpo diplomático y una misión militar norteamericana encabezada por el general Mathew Bunker Ridgway, fulgieron las bayonetas al rendirse en supremo acatamiento al poder civil y redoblaron los tambores. Se hizo un silencio tan hondo que ponía los nervios de punta. Y, con majestuosa lentitud, empezó la marcha de las banderas veteranas de la República. Las llevaban orgullosamente en alto encanecidos supervivientes de las heroicas jornadas de 1910, compañeros de sacrificios y proezas de Madero, Zapata y Carranza. Era el espíritu mismo de México el que desfilaba en aquellas reliquias tiznadas de pólvora y teñidas de sangre. Aplausos, vítores y lágrimas saludaron su paso.

Pero el momento en que la tensión amenazó estallar fue aquel en que, al vibrante toque de un clarín, doce mil voces, maravillosamente acordadas, comenzaron a entonar el himno nacional. La multitud se puso en atención y las tropas presentaron armas. El rítmico caudal de voces se fue ensanchando velozmente y de súbito la plaza entera cantaba las marciales estrofas de Francisco González Bocanegra y de Jaime Nunó, difundidas por las emisoras en cadena a los más remotos parajes del país. Y, mientras ascendían al cielo en llamaradas rojas, blancas y verdes, me pareció advertir que de aquella fragua encendida y de aquel gigantesco corazón sonoro se alzaba, como antaño se irguiera la lanza de Cuauhtémoc, la firme determinación de preservar el ser, la dignidad y el albedrío de México.

La noche sin noche

LA noche del 15 de septiembre el Zócalo semejaba deslumbrante joyel. Irradiaban, como piedras preciosas, los añosos edificios que circundan la plaza. El verde, el blanco y el rojo de la bandera mexicana fulgían en las fachadas con destellos de esmeraldas, diamantes y rubíes. La soberbia mole de la catedral era un encaje de luces y esplendente diadema el frontis del Palacio Nacional. Y, coronando el miliunochesco espectáculo, racimos de estrellas reverberaban, como uvas maduras al sol, en los prados celestes.

Era la noche del Grito. Una noche siempre igual cada año y cada año siempre nueva. La noche en que los bronceos tañi-

dos del esquilón de Dolores convoca a los héroes y el pueblo los honra en frenética ofrenda de pulque, clamor, pólvora y júbilo.

La noche del Grito es la noche única de las noches de México. Y allí estaba yo, confundido, perdido, zarandeado, apretujado en la enorme, hirviente, sonora y gesticulante multitud. Uno más que iba esa noche a gritar con todos el Grito que hizo libre a la sobrepatria de nuestra América, a la tierra que más amó José Martí después de a su isla mulata. Ya lo había yo gritado desde arriba, en sordina y de smoking, casi junto al Presidente de la República, entre casacas rameadas y nítidas pecheras, fragancias exquisitas y leves abanicos. Era huésped del gobierno y había venido especialmente invitado a las fiestas de la independencia, por obra y gracia de Benito Coquet, a la sazón embajador de México en Cuba. Esta vez —otras las circunstancias y distinto mi estatus— iba yo a gritar el Grito desde abajo, con el pueblo y entre el pueblo; a gritarlo entre sombreros de petate, rebozos maltrechos y sarapes rotos, entre gente que olía a frijol refrito, a elote cocido y a chile crudo; a gritarlo con voz entera y amarga, voz de proscripto fundida en la vasta, tormentosa y unánime voz innominada de los que aran, siembran y cosechan y cantan para otros.

A la hora de siempre —siempre la misma y siempre nueva— salió al balcón principal don Adolfo Ruiz Cortines, tremolando orgullosamente la enseña tricolor. Un largo, hondo, ensordecedor griterío, se irguió de la muchedumbre saludando al abanderado supremo de la nación. Pero a este ensordecedor, hondo, largo griterío, siguió un silencio denso, sofocante, total. Lo rasgó dramáticamente un épico resonar de campana. Y, una vez más, la transfiguración se produjo. El pasado advino presente y un extraño escalofrío sacudió la plaza entera, como si sobre ella cruzara un torrente de indios en relampagueantes corceles, con un cura dulce y rebelde a la cabeza en fongozo bridón. No se habían aún apagado los ecos de la simbólica galopada cuando estallaron en el aire encendido las palabras rituales que tocaron a rebato en mi corazón: "¡Mexicanos: Viva nuestra independencia! ¡Vivan los héroes que nos dieron patria y libertad! ¡Viva México!" . . .

Entonces fue el Grito. El viva a México pareció hincharse, expandirse, multiplicarse y ascender en ondas llameantes. El Zócalo se inflamó de punta a punta y el vocerío se trocó en estampido. Se "encuetó" el Grito y ya todo fue puro cohete y

fuegos de artificio. La magia de la pirotecnia campeó por sus fueros. El mexicano le da punto y raya al chino en la cerámica y en la orfebrería de la pólvora. Era aquel un fabuloso derroche de ingenio ígneo y cromático. Rehiletos y buscapiés, chinampas y castillos, escupidores y velas romanas en estruendosa y ofuscante erupción. Las luces de Bengala y los cipreses de luces se deshacían en surtidores de oro y saltos de plata. Una sola —estremecedora, compacta— la millonaria explosión de los cohetes. Ardía la tierra y ardía el cielo. Todo México —el de la sierra y el de la costa, el de la selva y el del páramo— debió arder al unísono. La luz fue grito y el Grito luz.

Aquella noche fue noche sin noche. La noche en que los gallos cantaron toda la noche. No en balde vino del alba y hacia el alba va.

PUNTO CLAVE EN LA EVOLUCIÓN POLÍTICA ARGENTINA

Por *Luis REISSIG*

LA impresionante —aunque previsible— frustración de la oligarquía argentina en su propósito de recuperar el control de la vida nacional* (que Juan Domingo Perón había debilitado en su superestructura más que en su base) caracteriza la victoria popular lograda en los comicios nacionales del 23 de febrero de este año, en los que fueron elegidos Arturo Frondizi, Presidente de la República, y Alejandro Gómez, Vicepresidente.

Las principales consecuencias de este hecho podrían enumerarse así:

a) Terminación del ciclo ganadero y latifundista, o ciclo de la oligarquía;

b) Apertura de un nuevo ciclo: el de la industria, la minería, la agricultura y la ganadería, pero ésta ya sin los privilegios de que antes disfrutó;

c) Posibilidad de transformar en fuerza política constructiva una fuerza con latente contenido subversivo: el partido peronista;

d) Progreso constante y notorio de la clase obrera en su preparación para participar en la orientación y evolución de la vida política nacional;

e) Posibilidad de que la mayoría de la población coincida en una acción política para el cumplimiento de un programa de paz, de adelanto, de elevación de todos los niveles de vida —materiales y morales— que asegure, a la vez, la constitución de una serie de gobiernos populares y progresistas.

Tales consecuencias configuran una situación diametralmente opuesta a la que vivió el país, con breves pausas, durante los últimos 50 años; pues de un régimen político basado en la

* Ver L. REISSIG, *Fin de un ciclo histórico en Argentina*. "Cuadernos Americanos", N° 4, 1956.

división y dispersión de los sectores populares, se ha pasado a un proceso de integración de los mismos.

La oligarquía, ayudada con frecuencia por monopolios internacionales, ha sido el *factotum* del régimen de división y dispersión.

I. *La labor divisionista de la oligarquía*

LA oligarquía jamás aceptó el valor y significado político del obrero; es decir que para ella un obrero tiene que ser menos que un miembro de la oligarquía; y como en el campo político democrático uno es igual a uno, y no a más, ella ha hecho todo lo que ha podido para perpetuar el absurdo aritmético de ser minoría en el voto y resultar mayoría en el poder. Por eso en la Argentina oligarquía y fraude son sinónimos. En cambio, en países donde los sectores populares están muy lejos de participar de alguna manera en el gobierno, las oligarquías no necesitan hacer fraude, pues el poder se distribuye o se disputa entre las familias o grupos que las integran; y así aparecen gobiernos "surgidos" del voto popular, pero constituidos y ejercidos por los enemigos del pueblo.

La oligarquía argentina vio el cielo abierto con la caída de Perón. Al fin podía recobrase de su drástico y humillante alejamiento del poder. Logró, de inmediato, posiciones estratégicas en el gobierno revolucionario, desde las cuales influyó en su política, alentándolo a favorecer el retorno de la economía argentina a sus viejas bases esencialmente agropecuarias, y al sistema del predominio indirecto de las minorías.

La revolución que derrocó a Perón, como la que 27 años antes había derrocado a Hipólito Irigoyen, significaron, aparte sus fines específicos, la reincorporación de la oligarquía al poder.

Para afirmar derechos a esta reincorporación invocó su sólida y ventajosa posición antiperonista. Perón fue para ella, también, un pretexto para intentar luego quedarse: "si nos vamos, vuelve". Si hubiera tenido que pasar de una actitud negativa, meramente antiperonista, a una actitud positiva con un programa de reconstrucción nacional, hubiera tenido que declararse facción reaccionaria; pues reconstrucción nacional es sinónimo para la oligarquía de reconstrucción oligárquica.

Pero, además de utilizarlo como pretexto, trató de utilizarlo

como instrumento, para mantener divididas a las clases populares, pues una parte de las mismas estaba con él, y otra parte no.

Cuando se realizaron las elecciones del 28 de julio de 1957 para la reforma de la Constitución, en las que la Unión Cívica Radical del Pueblo sacó más votos que cada uno de los demás partidos, y se vio que Perón había frustrado, con su orden de votar en blanco, las aspiraciones de la Unión Cívica Radical Intransigente de contar con el voto peronista, la oligarquía vio más claro todavía que, de repetirse eso mismo en las elecciones de presidente, Perón, sin quererlo, iba a hacerle un favor impagable. Tenía, pues, que tratar con toda la cautela posible, que "la oposición" continuara tan tremendamente dividida como estaba —o si fuera posible, más— a fin de que ella, la oligarquía, llegara al poder en hombros de una clase media unida, por sobre una clase obrera dividida.

Si la oligarquía hubiera tenido del todo las manos libres no habiéramos salido del proceso en que nos encontrábamos, por una elección sino por otra revolución. Por fortuna, jugaron factores que hicieron imposible esa salida monstruosa.

La oligarquía utilizó todos los recursos de que disponía para lograr sus designios. Enemiga de las clases populares, sacó a relucir la tesis de que antes de llamar a elecciones había que educar al pueblo; dividió a los argentinos, en réprobos y elegidos; colocó a obreros y empleados en incómodas situaciones gremiales, al borde de actos de violencia, que hubieran echado por tierra, en cualquier momento, las fundadas esperanzas de tener un gobierno surgido del voto popular; y acuciada por un fingido interés de hacer las cosas "perfectas", propuso colocar a los partidos en "estado de asamblea", lo que hubiera equivalido a deshacerlos y a manejar luego sus fracciones.

Pero su principal punto de mira fue la división de la Unión Cívica Radical.

Oligarquía y radicalismo son desde hace más de medio siglo en la Argentina términos absolutamente contrapuestos. Por eso fue políticamente posible que se unieran los votos de los radicales intransigentes con los de los partidarios de Perón, por ser ambos de tendencia antioligárquica.

La oligarquía advirtió que si había elecciones el radicalismo triunfaría por gran mayoría de votos, ya que estaba fuera de la ley el partido peronista; y aunque procuraba retardar todo lo posible las elecciones, sabía que la corriente más fuerte condu-

cía a ellas. Había, pues, que prepararse para esa fatalidad y asegurarse lugares de dirección en el futuro gobierno, y de ser posible, la dirección total.

Su plan consistió en la tarea inobjetable de hacer que las agrupaciones políticas llegaran al gobierno por medio de la representación proporcional —o sea la democracia hasta el milígramo— y en la tarea inconfesable de unir luego a todas las porciones y proporciones resultantes de la votación, actuando como agente de enlace, para salvar lo mejor posible sus derechos hereditarios al poder.

La idea del voto proporcional produjo su natural impacto favorable en todas las fuerzas políticamente minoritarias. No podía ser de otra manera; cada una tenía derecho a aspirar a un sitio en el gobierno; pero, urgidas por esa aspiración legítima, no vieron entonces la falacia oligárquica de abogar aparentemente por los derechos de todas, para llegar a la postre al gobierno de ninguna, y dominar ella sola.

Pero, aunque hubiera triunfado la idea del voto proporcional, la oligarquía no hubiera quedado tranquila. Necesitaba que el radicalismo se dividiera de alguna manera, como ya se había dividido entre 1922 y 1928, al fomentar la segregación "antiperonalista" contra Hipólito Irigoyen.

El radicalismo ha sido siempre la muestra política del país, y por lo tanto de sus tendencias y conflictos. Si en algún partido era posible una división con efectiva repercusión nacional era en él. Y allí vio su filón la oligarquía. Pero tuvo que esperar a que llegara el momento propicio de una aguda disensión interna, que se produjo antes de las elecciones para Constituyentes, de julio de 1957, al proclamarse las candidaturas de Frondizi y de Gómez. De esa división nació como fracción segregada la Unión Cívica Radical Pueblo, que más tarde eligió a Ricardo Balbín como su candidato a presidente.

La división del radicalismo fue celebrada con júbilo por todas las fuerzas antirradicales, y muy particularmente por la oligarquía, que no permaneció neutral ni ociosa un solo momento. Pero, contrariamente a sus esperanzas y cálculos, y desgraciadamente para ella, en lugar del debilitamiento de un gran partido se consumó un hecho histórico: la consolidación de la actual Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI), a tono con la marcha del tiempo; sin infiltraciones oligárquicas; sin caudillos; con un programa nacional y popular; con el apoyo de la

juventud, que se puso en gran parte de su lado; y con miras a conquistar la atención y el apoyo de los independientes, y en particular de los obreros. Un partido, en verdad, que, a la postre y por su clara posición antioligárquica, había de recibir el apoyo de la mayoría del pueblo.

Pero la oligarquía no se dio clara cuenta de que esto último iba a ocurrir, hasta la medianoche del 23 de febrero, en que ya era tarde para pretender torcer o anular el triunfo de la UCRI. Y cuando esa misma medianoche se tuvo la certidumbre de que ésta había logrado mayoría absoluta (todos los poderes ejecutivos y legislativos de la nación y provincias), surgió en la oligarquía la idea firme de "esto no puede ser". Pero, era tan imposible esperar la suspensión o supresión del escrutinio, que no tuvo más remedio que contenerse. Pero se contuvo sin ceder en un ápice en su propósito de volver un día al poder, por infiltración o por confabulación, que para sus fuerzas, sus mañas y sus años es lo apropiado. Su última —hasta ahora— tramoya divisionista se volvió, pues, en febrero, contra ella.

II. *El voto peronista*

DESPUÉS del error capital del Partido Socialista de la Argentina, al terminar la I Guerra Mundial, de ir alejándose de la clase obrera, ésta quedó realmente sin cauce político. El "obrerismo" de Hipólito Irigoyen, a tono más o menos con el clima de mejoras populares creado por aquella guerra, se había tornado inadecuado para las nuevas condiciones económicas y sociales que produjo la II. Fue entonces cuando Perón levantó su bandera "justicialista", que sugestionó y, en cierto modo, satisfizo a la mayoría de los trabajadores de la ciudad y del campo.

Su "justicialismo" fue, naturalmente, demagógico. Para cumplir de verdad su programa "justicialista" se hubieran necesitado reformas sociales y económicas de fondo; y esto no entraba en las cuentas de la jerarquía peronista; pero eso que el "justicialismo" no podía sino diluirse, como se diluyó, en desorden, en inflación incontrolada y en producción baja y cara.

Pero, el punto clave del ascendiente de Perón sobre los obreros de la ciudad y del campo fue el status social y político que les dio.

En 1945, en un recorrido por algunos Ingenios de la provincia de Tucumán, me decía un dirigente político radical: "Han

cambiado mucho los tiempos. Antes, cuando un capataz quería llamar a un peón, daba un silbido; y si llegaba el caso, lo cacheteaba. Ahora es el capataz quien va donde está el peón para hablarle”.

Conviene fijar la atención en esto: *la oligarquía se levantó contra Perón no tanto por ser éste un dictador, como por ser un hábil conductor popular que interfería sus intereses*. Nunca puso ella mala cara a la disminución o ausencia de libertades; las más severas y durables leyes y organismos de represión provienen de gobiernos que tuteló. Lo que nunca le perdonará a Perón es que haya dado a los obreros una oportunidad de acción gremial y política de primer plano.

Constreñida a reconocer que en tanto Perón estuviera en el gobierno no se podía pensar en una disociación política entre él y los obreros, puso su esperanza en que el derrocamiento de aquél produciría una fatal e inmediata escisión en el bloque obrero-peronista. No comprendió que cualquiera que fuese en el presente o en el futuro su relación con Perón, lo que le interesaba realmente a la clase obrera era no dividirse; y que si para mantener su unidad tenía que coincidir en un hombre, lo haría.

La oligarquía puso todo el peso de su influencia para que se mantuviera a los obreros en estado de interdicción gremial. Cumplía así su amenaza de “hacérselas pagar”. Dentro de ese clima se manejó con torpeza increíble la relación con los obreros.

Su plan para “terminar” con el peronismo y desintegrar la unidad obrera, consistió en lo siguiente:

- a) Separar del peronismo a la clase obrera;
- b) Dividir luego a ésta en el mayor número posible de sindicatos y “subsindicatos”;
- c) Mantener en interdicción *sine die* al peronismo, hasta agotarlo;
- d) Como alternativa, y por si el tiempo exigido para lograr lo precedente fuera desmesuradamente largo, fomentar la creación de pequeños partidos neoperonistas, a fin de debilitar la corriente peronista.

Estas proposiciones tuvieron la aprobación de la mayoría de los partidos y de muchos grupos de “independientes”. Tendían a prolongar en el país una situación de zozobra y de caos, propicia para afirmar o instaurar cualquier régimen de fuerza.

La posición contraria más clara fue la de la UCRI. Se basó en lo siguiente:

a) Que era utópico esperar que sin mediar causa iban a separarse de Perón los obreros que lo seguían, dadas las condiciones y circunstancias que habían determinado su unión;

b) Que tal separación sólo podía ocurrir si los obreros peronistas se decidían por un mejor cauce político;

c) Que la creación de condiciones para un mejor encauzamiento político, económico y social, y no la represión o la exclusión era el camino adecuado para que el peronismo pudiera disminuir su contenido subversivo o liberarse de él;

d) Que debía dejarse a los obreros organizarse tal como lo querían, en una sola central gremial.

Frente a estos dos planteos era obvio que la destinataria natural del voto obrero-peronista afirmativo tenía que ser la UCRI.

La orden de Perón de votar por la UCRI se ajustó, pues, a condiciones y situaciones que no podían dejarse de tener en cuenta. A la vez, jugó un papel importante la certidumbre de que una segunda orden de votar en blanco o de abstenerse de votar, no hubiera sido acatada del mismo modo que la primera. Pero esto no ha de impedir ver que los obreros peronistas, simultáneamente con su acatamiento a la orden de votar, ayudaron por cuenta propia a abatir una vez más a la oligarquía y a que hubiera un gobierno popular.

III. *El punto clave*

EL partido peronista está considerado, en general, como una fuerza subversiva y caótica, de la cual nada bueno puede esperarse. Cabe señalar, sin embargo, que el grueso del partido está constituido por obreros, que no actúan en forma subversiva y caótica en sus sindicatos. Por consiguiente, no debe perderse de vista lo que tiene contenido popular; ni tampoco que por repudiar a sus dirigentes o desaprobando su política, se lleve, sin quererlo, agua al molino de la oligarquía; como ocurrió, por ejemplo, durante el gobierno de Perón, en que el peronismo y el antiperonismo abrieron simultáneamente una peligrosa fisura entre la clase media y la clase obrera.

El voto obrero-peronista favoreció el acercamiento político de ambas clases, iniciándose así el cierre de esa fisura.

La oligarquía, en su nuevo plan, procura perturbar, y si es posible, anular ese acercamiento.

Entre sus medios de acción para intentar lograrlo figuran:

a) Evitar toda posibilidad de coincidencia de propósitos, aun para fines concretos de bienestar público, entre la UCRI y los que la apoyaron y votaron por sus candidatos, fomentando entre ellos toda clase de disensiones;

b) Fomentar una actitud de vigilante recelo respecto de la política gremial de las organizaciones obreras. No dejar pasar una sola oportunidad en que los obreros "se extralimiten" en sus planteos, para destacarlo y desaprobarlo;

c) Mantener con firmeza la idea de que el interés económico nacional no tiene por qué coincidir obligadamente con el interés económico popular. La tesis oligárquica de que el obrero tiene que ser el primero en "ajustarse el cinturón" es, todavía, ciento por ciento válida para ella;

d) Difundir la tesis de que no es ventajoso ni apropiado para la UCRI interesarse por el apoyo obrero;

e) Fomentar, sin discriminación, recelo y repudio hacia el peronismo, cualesquiera que sean su programa, sus formas, sus líderes, su conducta actual y su promesa de futuro;

f) Tratar de separar lo más posible a los empleados de los obreros, destacando sus diferencias sociales y culturales.

El obrero y el empleado tienen derecho a mejores condiciones para actuar no solamente en la vida política y gremial, a través de sus partidos y organizaciones, sino también en el campo económico y social. Una mera mejora política o política-social no les atrae ni la creen suficiente para resolver sus más importantes problemas, que son, a la vez, problemas nacionales. A lo que sabían por experiencia como miembros natos de sus clases, se han añadido en los últimos diez años sus conocimientos y experiencias sobre la vida económica, a la que consideran, sin la menor vacilación, como la base de toda posibilidad política y social.

El desarrollo de un nuevo ciclo económico implícito en el programa de la UCRI, y que es hoy del gobierno, trasladado a su tiempo al campo político y social, puede proporcionar mejores bases de acción para las fuerzas políticas populares. La solución de los problemas políticos argentinos requiere, previamente, una solución económica. El cuadro de profundas e inquietantes tensiones, que ha caracterizado a la vida política argentina en los últimos veinte años, y que todavía se mantiene, se debe a un estado económico de general insatisfacción y de profundas e in-

quietantes tensiones, también. El peronismo no hubiera tenido un solo cliente si la economía argentina —y en consecuencia la política argentina— no hubiera continuado más de la cuenta en manos de la oligarquía vacuna y latifundista, y al servicio de ésta.

La clase media, y en particular la clase obrera, no están en la Argentina en el lugar político que podrían y deberían ocupar. Para ocuparlo necesitan tener, primero, su lugar económico correlativo.

La industrialización del país, la explotación amplia de sus riquezas naturales y la tecnificación de su economía, son el medio apropiado para que puedan ocupar ese lugar y para que asuman su parte de responsabilidad en el planeamiento de la economía nacional y en su realización. Este conjunto de factores es indivisible, y de su debido ajuste y funcionamiento dependen la salud, la paz y la prosperidad nacionales.

El resonante triunfo político del 23 de febrero necesita para consolidarse un triunfo económico también resonante; lo que podrá lograrse si al voto popular se agrega el esfuerzo nacional para cumplir el programa prometido. La evolución política argentina está implícita como punto clave en ese esfuerzo y en la realización de ese programa. Lo contrario sería la quiebra y la esterilización de la base popular que le dio la victoria, como lo fomenta y lo espera la oligarquía.

ESPAÑA, SOCIEDAD ANÓNIMA

Por *Juan ROCAMORA*

¿De qué parte de España es Ud.?
—Soy catalán.

—¡Ah! ¡Entonces será Ud. separatista!

Con pequeñas variantes en la fórmula y la respuesta, los catalanes hemos iniciado muchísimas veces esta conversación. El fenómeno curioso se repite en todas las latitudes, especialmente en la América de habla castellana, asociando siempre el espíritu secesionista a los oriundos del pequeño país levantino. No obstante, señalaba hace poco un patriota catalán residente en Estados Unidos, que el pleito catalán ha surgido a la palestra internacional muy pocas veces y con escaso brillo. Desde la época del renacimiento literario a mediados del siglo pasado, el mundo ha conocido escasos actos de resonancia suficiente para conmover a la prensa o a las cancellerías. Quiere decir que el conocimiento del carácter individualista y diferenciado de los catalanes y su deseo de autodeterminación, han adquirido popularidad a través de manifestaciones individuales, seguramente repetidas y persistentes de los catalanes esparcidos por el mundo.

Quiere decir que se trata de algo muy entrañablemente unido a la manera de pensar de una cantidad suficientemente grande de individuos; de unas vivencias comunes a una gran mayoría del pueblo catalán, que lo hacen sentir incómodo ante la fórmula centralista a ultranza impuesta a España por las dinastías que la rigieron, deformando unas veces, e intentando deformar otras, la personalidad de las nacionalidades que la integran. Quiere decir que hemos tomado un ejemplo aparentemente superficial, que podría ampliarse con tantas y tantas pruebas de orden histórico, sociológico, político o cultural, para plantear un hecho que nos parece incontrovertible: la existencia de una noción suficientemente extendida entre la población, por la cual los catalanes consideran —sea

ello cierto o no— que constituyen una nación con características propias bien definidas, y que tienen pleno derecho a la autodeterminación, como cualquier otro pueblo diferenciado del globo.

Quiere decir, finalmente, que esta noción está a flor de piel, y que, según las palabras del Presidente Mártir, Luis Companys, "está en carne viva". Que el cuerpo social y político de Cataluña está como él decía "llagado" y los tratamientos procurados hasta el presente con mejor o peor intención, no han mejorado en nada, sino al contrario, el estado de tales heridas. No debemos olvidar por otra parte, sin pretender ahondar en la actitud psicológica que adoptan frente al problema catalán los demás pueblos de España, que en el primer plano de las afirmaciones falangistas del franquismo figuraba desde los días iniciales del pronunciamiento, esgrimida como motivo del mismo, la lucha contra el separatismo. La herejía separatista fue convertida en mística fervorosa de la Cruzada Azul. Y al cabo de tantos años de dominio sin paz y de triunfo sin gloria, aquel fantasma del rojo-separatismo sigue esgrimiéndose con diversa suerte. Lo evidente es que para unos y otros, el problema sigue angustiosamente en pie.

En política, y de eso tratamos los españoles que gozamos la libertad de expresión del exilio y las páginas de revistas tan beneméritas como *Cuadernos*, deben contar en primer término las realidades y las necesidades de todo orden de los pueblos a quienes se pretende gobernar y orientar. Para ello es preciso conocer a estos pueblos íntimamente. Por esto creemos urgente que los hombres liberales de la España democrática del mañana, se vayan poniendo al día respecto a estas realidades a las que tan poca atención se ha prestado. Quizá enfrentar el problema con la cabeza alta y la mente limpia de ortodoxias nacionalistas, ayude un poco a aclarar el horizonte hoy todavía tan oscuro, de la convivencia española.

Por parte de los políticos españoles en general hay dos errores en el planteo del catalanismo como problema; el primero consiste en negar su existencia y el segundo en arbitrar falsas soluciones cuando dicha existencia es reconocida implícita o explícitamente. F. Ayala en sus notas sobre la cultura

nacional, se preguntaba: ¿Qué es una nación? Y afirmaba que los esfuerzos para dar contenido a la definición por parte de la teoría política resultan de una futilidad patética. El máximo a que se habría llegado en el sentido definidor pertenecería a Renán y sería un conjunto brillante de vaguedades. Coincide así Ayala en sus apreciaciones con Salvador de Madariaga quien en su polémica con el historiador catalán desaparecido, Rovira Virgili, basa su negativa a la existencia de la nacionalidad catalana, en razones parecidas. Se afirma que variedades culturales pueden encontrarse en el seno de cualquier sociedad humana, entre unas y otras regiones, entre ciudades y hasta entre distintos barrios de una misma ciudad, o entre las distintas clases sociales, los grupos profesionales y hasta los individuos. Se dice también que "el concepto de nación es concepto político; está constituido mediante una voluntad política; cuando se la desnuda de perspectivas políticas actuales o potenciales la nación se evapora" (Ayala).

Desde el punto de vista catalán el problema se plantea inicialmente en estos términos: existe una noción política colectiva entre los habitantes de Cataluña que responde ciertamente a la afirmación de Ayala y que hacen suya la definición del historiador Rovira Virgili: "Cataluña es geográficamente un país, históricamente es una tradición, lingüísticamente es un idioma, espiritualmente es una cultura y biológicamente es una nación". Esta noción al hacerse sentimiento cristalizaría en un movimiento nacionalista, en una conjunción de circunstancias, desde intereses económicos, a costumbres, factores étnicos, geográficos y fundamentalmente el hecho idiomático; pero por encima de todo se necesitaba el conocimiento y la *intención* nacionales, de acuerdo a lo que MacDougall exige para definir una nación, pues según el psicólogo norteamericano, aquella "sólo posee realidad y vitalidad en proporción a la plenitud y claridad de conciencia que tiene de sí misma", es decir, que las nacionalidades adquieren personalidad a partir del momento que se dan realmente cuenta de su anhelo de *vivir juntos* mientras adquieren conciencia de sí mismos. Vivir juntos, en cuanto significa el cultivo más amplio de unas formas de vida especiales, substanciales con cada pueblo. Este descubrimiento no sería otra cosa que la afloración a los estratos de la conciencia de los instintos sociales colectivos que desde la Edad de Piedra

han llevado a los individuos hacia la asociación formativa: desde el clan familiar, la tribu, las ciudades-estado de la antigüedad, al imperio romano o la utopía napoleónica. Pero hasta que los pueblos adquieren noción de sí mismos, y con ella el sentimiento y la práctica democrática da forma orgánica al primitivo instinto de asociación, la Nación no encuentra su razón de existir.

Este sentido de la nacionalidad, que se ha pretendido estratificar, con el resultado catastrófico de las dos últimas guerras mundiales, no era nada más que un paso, un hito en el camino, un trampolín para que los pueblos pudieran alcanzar una posibilidad de unión supranacional, universal, y con ella el establecimiento de un solo mundo—el mundo que Wilkie pedía hace unos años— el mundo que tan angustiada como infructuosamente solicitan los grandes cerebros de la humanidad.

Según los historiadores, sociólogos y políticos, tanto los teóricos como los prácticos del catalanismo contemporáneo coinciden en que el país ha superado todas las etapas consideradas válidas en historia, para la mayoría de los países europeos que gozan de un "status" definido de personalidad nacional. "Status" que ha sido aceptado implícitamente por encima de esporádicas ocupaciones político-militares en aquellos países. El proceso histórico-evolutivo de Cataluña sería parecido al de las naciones europeas consolidadas a raíz del tratado de Viena de 1820, en el que la Santa Alianza sentó las bases para la recuperación y definición estabilizada de las nacionalidades europeas que se habían difundido bajo la oleada napoleónica. Algunas entre ellas no conseguirían hasta mucho tiempo después conformar las respectivas entidades nacionales, como Italia o Alemania. A su vez, Cataluña, con tanto sedimento y derecho como cualquier otra, no estaba en aquel momento en condiciones de manifestarse como ente político, ya que se veía sumergida en el provincialismo decadente, fruto del tratamiento castrador impuesto por el Decreto de Nueva Planta.¹

¹ Decreto de Nueva Planta. Dictado por Felipe V el 16 de enero de 1716 estableciendo la forma autoritaria para el gobierno de Cataluña; en su preámbulo el Rey decía tener el derecho de establecer libremente su propio gobierno en Cataluña, por la *conquista* y la *pacificación* impuesta por sus armas, sometiéndola a un régimen de ocupación militar. El Virrey fue substituido por el Capitán General

El Dr. José Trueta afirma que el intento de amalgamar los pueblos, esfuerzo que triunfara en Francia con el Rey Felipe Augusto, fracasó en España con Fernando, cuando intentaba la unión de castellanos, catalanes y vascos. Aparte de las distintas etapas de evolución nacional de los grupos humanos, en uno y otro caso, considera Trueta la "desproporción entre la extensión de las zonas de la Península habitadas por los catalanes y aquéllas en que se habían establecido los castellanos. La considerable preponderancia de estos últimos hizo más difícil a los catalanes infiltrar sus formas de vida a Castilla, que a los provenzales perpetuar sus características en los franceses modernos. Por otra parte, su estructura social más avanzada protegía a los catalanes contra los intentos de asimilación de Castilla. Es posible que la exclusión de los catalanes del comercio con América, en los primeros tiempos, anulara la oportunidad de formar el compuesto español o ibérico que podría haber heredado las características de castellanos, catalanes y vascos, a los que se podrían haber sumado los portugueses".

"Aquella mística y aquel espíritu admirables caracterizados por la ilimitada disposición para el sacrificio, la adhesión a ideas abstractas, el espíritu de cruzado y el desdén por las ventajas económicas o las limitaciones de la *vida media* se impusieron a los atributos característicos de los catalanes: la eficacia mercantil, naval e industrial, su sentido de la proporción, la digna reserva y el pactismo". Y termina Trueta: "Después de los siglos transcurridos los elementos básicos de los catalanes y de la mayoría de los castellanos de hoy, son —con los cambios favorables producidos por la época que vivimos— los mismos que los de aquellos días en que fracasó el intento de Fernando".²

Podríamos añadir nosotros, que en el intervalo, aquel espíritu de mística y expansión pasaron por una etapa destruc-

asistido a su vez por la Real Audiencia. Se prohibió el uso del idioma catalán en los pleitos y se recomendó su separación de las escuelas. Se suprimieron todas las Universidades creando para sustituirlas la de Cervera, lejos de los centros importantes de ciudadanía, destinada a servir a los fines asimilistas del Decreto (F. SOLDEVILA y P. BOSCH GIMPERA, *Historia de Catalunya*, México, 1946). Es famosa la ordenanza del mismo que obliga a los catalanes a tener atado con una cadena, a la mesa, el cuchillo para cortar el pan.

² J. TRUETA, *The Spirit of Catalonia*, Oxford, 1946.

tiva, en la que se transformaron y redujeron a sus más negativas características; la gloria de la conquista, olvidada entre el papeleo burocrático. La santidad de la expansión mística, traducida en rezos monótonos y ritual estratificado e incomprensible. La grandeza de la creación de un nuevo mundo de pueblos, en la desesperada ruindad de mantener con falsos oropeles los restos de un esplendor colonial que escapaba por momentos de las manos. Mientras tanto, los catalanes durante estos doscientos años de coloniaje aparentemente convertidos en un pedazo más del imperio metropolitano, iban surgiendo al plano reivindicativo en lo literario y folklórico primero y en lo político después.

Que todo ello haya sido hipertrofiado, debido a una sensibilidad política de fácil emotividad, semilla oportuna en un campo fértil para la propaganda patriótica, lo cierto es que la idea política nacional ha penetrado profundamente en los estratos más variados de la sociedad catalana, y se ha hecho carne en una gran mayoría de su pueblo. Tan es así, que hasta los catalanes de primera generación, es decir, hijos de inmigrantes del resto de España, alimentan las huestes de los más denodados defensores del nacionalismo catalán. Pero sólo esporádicamente este sentimiento se ha manifestado de la manera cruenta y revolucionaria que estamos acostumbrados a presenciar en otros movimientos reivindicativos como el irlandés o el de Chipre. O con fórmulas de resistencia pasiva colectiva como en la India. Aunque estas últimas quizá encuentren un eco incipiente en las espontáneas y colectivas manifestaciones de solidaridad en la no utilización de los servicios del transporte público, como ha ocurrido en varias oportunidades en Barcelona. Como decía al principio, el catalanismo se ha hecho presente en el campo de la política internacional, con alguna protesta jurídica ante la Sociedad de las Naciones (Ginebra), algunos documentos y manifiestos sin resonancia publicitaria, y el conato subversivo del patriarca catalán, Francisco Maciá, con su intentona revolucionaria de Prats de Molló en la frontera franco-catalana; conato sin ninguna trascendencia militar, donde no llegó a producirse ni una batalla ni un encuentro, ya que fue interceptado por la gendarmería francesa antes de disparar un solo tiro. No obstante, aquella intentona de acción militar revolucionaria y genuinamente separatista, resultó —a pesar de ser descabe-

llada— una útil plataforma para elevar fugazmente al primer plano internacional el pleito catalán, en la figura romántica, señorial e ingenua del coronel Maciá, defendido en la Corte francesa de manera tan magistral como apasionada por Henry Torrès. Era también la época —no lo olvidemos— en que estos gestos heroicos de apostolado tenían repercusión y pesaban en el ánimo de gobernantes y pueblos. No había llegado el gran anestésico del nazifascismo para provocar la ataraxia de los hombres con sus técnicas mayoritarias de la criminalidad. El miedo, el estupor y finalmente la indiferencia por la suerte de los demás fueron el fruto de aquella epidemia totalitaria, dejando un sedimento que todavía perdura.

El triunfo de Maciá y su partido mayoritario en las elecciones de abril de 1931, que trajo de la mano la proclamación por el mismo de la República Catalana y el de la República en el resto de España, dio estado jurídico al problema político catalán. Bajo el signo tolerante de la República Española, se desenvolvía con mayor o menor amplitud un Gobierno Autónomo en Cataluña. Finalmente la guerra civil con eficaz colaboración internacional trajo el triunfo del franquismo. Bajo el mismo, algunas acciones violentas y esporádicas acalladas por el aparato policial franquista, y lo que es lamentable, acalladas también por la indiferencia periodística de las grandes agencias, interesadas en agrandar a los poderosos amigos y sostenedores del totalitarismo hispano, significaron la persistencia del espíritu de lucha. Una de las más importantes entre estas acciones de reacción patriótica fue la colocación de una bomba al pie del monumento a la victoria de Franco, en Barcelona, con octavillas de tono exaltado en las que se afirma el sentido nacional y reivindicativo del atentado, firmadas por la organización Resistencia Catalana. Posiblemente olvide algunas acciones más —aparte las que ignoramos por las razones enunciadas— en la lucha independentista de Cataluña. No obstante ello no modificaría el concepto expresado inicialmente. El conocimiento general del carácter diferenciado en lo nacional, de la personalidad colectiva que distingue a los catalanes, es evidentemente obra de la manifestación de dicho sentimiento, hecho de manera individual, sin coordinación o dirección política superior, por

los catalanes en expresión coincidente de un íntimo sentimiento de libertad no sólo como hombres sino como pueblo.

Por esto insistimos en la necesidad de estudiar el problema y aportar soluciones positivas, con prescindencia de fraseología ampulosa basada en la fantasmal soberanía, en la anónima unidad nacional, y en otros conceptos más o menos huecos que nutren la formación nacionalista cuartelaria, y que han impedido a través de los tiempos la realización de España como entidad respetada por sus integrantes, superior y armónica, verdadera unidad en la variedad. Unión sin amalgama, ideal de los pueblos peninsulares que se mantiene como tal en el utópico plan de lo irrealizable.

Recuerdo que un político notable de la democracia española, ante el planteo de las realidades reivindicativas de los catalanes, aconsejaba emprender una cruzada de *evangelización* catalanista a través de España, para convencer a los habitantes de los demás pueblos de la misma, de nuestra buena fe, nuestra razón y nuestro derecho. Después aquéllos reflexionarían y seguramente accederían a nuestros deseos. Esta fórmula no resulta tan cruda como la que decía "el catalanismo es sólo un problema de Guardia Civil", gemela de la de "palo y tente tieso", pero ambas son dilatorias, soslayan o empeoran el problema. No puede la primera tener sentido político de realización práctica, ni se encuadra en la más elemental norma de justicia. Si los catalanes tienen derecho a la autodeterminación, y sobre todo si han decidido reclamar este derecho y declarado su incompatibilidad a cualquier fórmula que no contemple tal solución, no es justo que por toda salida se les aconseje —en el mejor de los casos— ir a convencer a sus vecinos del oeste de la bondad de sus intenciones y programas. Como sería absurdo plantear seriamente en política el consejo a los chipriotas de emprender una campaña de difusión de sus ideales de libertad, por todos los pueblos y ciudades de Inglaterra. Evidentemente este no es el camino. Puede ser la expresión de un buen deseo y nada más. Muestra eso sí un desconocimiento fundamental de toda la cuestión; una ceguera voluntaria ante el problema crónico que se arrastra a través de los años sin esperanza para nadie y esterilizando toda posibilidad de acción. Los catalanes no pueden ir a convencer a nadie, porque ello significaría *pedir*, y por tanto admitir la existencia de autoridad moral para

negar o conceder a quienes se aconseja que convenzamos. Se trata de reclamar unas libertades políticas detentadas por dinastías primero, dictaduras y tiranías totalitarias después. Se trata de reclamar un bien colectivo y sagrado; unas libertades arrancadas militarmente que nunca fueron devueltas; sacudir una ocupación militar que fue transformándose a través del tiempo, sin perder sus características cuarteleras, en ocupación y genocidio culturales. Y el fracaso secular para resolver no sólo éste, sino todos los problemas generales y especiales del estado español, demuestra que debe cambiarse el rumbo y enderezar las actividades para conseguir —si es posible— que España se realice alguna vez.

Cuando los catalanes afirmamos nuestra personalidad nacional y exigimos en política el derecho a la autodeterminación, como una de las premisas del cambio de rumbo positivo de que hablamos, los estudiosos e historiadores, aun los que pertenecen a las más respetables ramas del liberalismo y la democracia hispanas se apresuran a desdibujar la posibilidad de dar límites determinados al ser nacional, pretendiendo demostrar nuestra inexistencia como tales. En esto coinciden directa o indirectamente personalidades relevantes y tan distintas como Salvador de Madariaga y Julián Marías. Este último, tan cauto, aparentemente superficial y alejado de los bajos menesteres de la política no emite afirmaciones contundentes como el primero. Se limita a pasar por encima las raíces y la trama emocional y viva del problema de las nacionalidades peninsulares, para reducirlo a una conversación inteligente de sobremesa, en la que se asombra de pronto ante el hecho de haber pasado veinte años sin haber sentido la necesidad de visitar nuestro país, provincia o ciudad — a la que por supuesto no concede más diferenciación que la idiomática, y está fácilmente superable con sólo añadir un vocabulario al final de cada libro publicado en catalán.³

Pero el moderno pensador español reconoce que en esta "Cataluña veinte años después" no existe ninguna trabazón espiritual con el resto de España. Y que en el resto de España se desconoce también en la dimensión cultural más profunda y extensa que imaginarse pueda, a la lejana Cataluña. Marías sintetiza el problema con el ejemplo del intercambio entre

³ JULIÁN MARÍAS, *Ensayos de convivencia*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1955, p. 137.

Madrid y Barcelona, para resumir así toda la situación en forma didáctica. "De hecho Madrid y Barcelona cuentan muy poco la una con la otra". "Aparte la industria y la administración, hay por lo visto muy pocos motivos para que los vecinos de Madrid y los de Barcelona franqueen el espacio que los separa". "¿Por qué los libros impresos en Madrid se leen mucho menos en esta ciudad que en Barcelona? ¿Por qué no se lee catalán en el resto de España? Es increíblemente escaso el número de lectores que tiene, fuera de Cataluña, un libro catalán. Es absolutamente improbable encontrar un libro catalán fuera de la *región*". En realidad este panorama sagazmente captado por Marías, es definidor y coloca la separación espiritual de estos pueblos a un nivel mucho más alto que el existente entre catalanes y franceses o entre éstos y los italianos, pongamos por caso. ¿Quién tendrá la responsabilidad de tal estado de cosas? Será nuestro sentido limitado de la responsabilidad, como dice con gracia Marías, nuestro sentido de sociedad parcial "de sociedad de responsabilidad limitada?" ¿O será que los catalanes no quieren diluirse en el anonimato y pasar a ser simples *acciones* —que no accionistas— en una monstruosa, incolora y ambigua sociedad anónima, gobernada por gentes lejanas, inmovibles y desconocidas que los encasillen como números del fichero policiaco monumental que constituye el estado español contemporáneo?

Hasta el presente, desde hace más de doscientos años, se trata por una parte de transformar al pueblo catalán (y a los demás pueblos diferenciados como el vasco o el gallego) en rebaño uniforme de esta *sociedad anónima* que las dinastías primero y las tiranías después, han querido construir con las ruinas del imperio de Felipe II. Pero la sociedad anónima "Estado Español" ha actuado, como dice Hemingway, cual "elefante muerto sobre un pueblo vivo" sin poder impedir la supervivencia de los núcleos que dan vida y razón de ser al conjunto español. *Voluntad de unión, imposibilidad de amalgama*. Voluntad que se ha malogrado a lo largo de los años creando enconos, celos y disputas para llegar finalmente al marasmo de lejanías que comenta Marías en su libro.

Por su parte Madariaga en su libro⁴ afirma que cuanto

⁴ SALVADOR DE MADARIAGA, *De la angustia a la Libertad*, Buenos Aires, 1955.

más intentemos los catalanes, vascos y gallegos, hacer práctica nuestra diferenciación, más estaremos demostrando nuestro profundo españolismo, ya que el separatismo parece demostrado que es un sentimiento innato a todos los españoles y quizá el que más les caracteriza como tales. Pero nosotros ante estos razonamientos nos planteamos el caso de Portugal en la comunidad ibérica. ¿Por qué no se afirma a los portugueses que no pertenecen a una nacionalidad, que Portugal no existe como ente diferenciado y que todos son españoles? Quizá porque Portugal, además de sus características diferenciales, cualitativa y cuantitativamente tan paralelas a las de los catalanes, tiene un estado político independiente. Invirtamos pues los términos, y veamos qué habría sucedido, si en lugar de ocupar militarmente a la Cataluña decadente de 1714, consiguiendo destruirla como entidad política independiente, y perder casi simultáneamente la guerra con Portugal haciendo posible la independencia actual de este último, la suerte de las armas hubiera sido inversa dando la libertad a Cataluña y sometiendo Portugal al yugo centralista. Nos atrevemos a afirmar que hoy día los portugueses estarían clamando por su autodeterminación y los estudiosos, los políticos y los historiadores peninsulares considerarían caso aparte el de Cataluña, reservado para utópicos deseos imposibles de llevar al programa político; y en las conversaciones más o menos eruditas quizá sería contemplado su status de independencia como el de un estado *tampon* entre Europa y los demás países peninsulares. Simultáneamente se discutiría y escribiría largamente del problema portugués o galaico-portugués y de su inquieto e irritante separatismo. Cuanto más reclamaran más les querrían hacer entender que así sólo se demuestra su profundo españolismo. Y del problema catalán no se diría ni una palabra porque no existiría.

Así las cosas, seguramente Julián Marías se daría cuenta que en veinte años no hubiere sentido la necesidad de viajar a Lisboa, pediría un aumento del intercambio de personas y libros entre Madrid y la capital del Tajo. Y propondría tomar *medidas activas* para integrar de una buena vez, la *región* portuguesa a la cultura *nacional*. Invitaría a unos y otros a *pensar en*. A tenerse en cuenta. A establecer entre Lisboa y Madrid "hilos imaginarios de alusiones y referencias... Y un buen día, inesperadamente, nos encontraríamos ligados

con fuertes vínculos reales, que nos llevarían por fuerza de una ciudad a la otra". Estos deseos intelectuales son magníficos y debemos procurar entre todos desarrollarlos intensamente. Con sinceridad pero también en múltiples direcciones. A todos los vientos por todas las latitudes. Unos y otros tender estos hilos no ya de Madrid a Barcelona o de Lisboa a Madrid, sino entre toda Europa, de una a otra ciudad, creando la red de amistades, intereses espirituales y conocimientos que deben sernos comunes. Porque lo evidente y real por el momento, es que ante la ausencia de trabazón cultural y afectiva entre los pueblos peninsulares que tan exactamente denuncia Marías, sólo permanece atándolos el esqueleto de la burocracia estatal, y la "anarquía con orden público" del régimen policial español, heredero desafortunado de la tradición unitaria antiespañola impuesta por Austrias y Borbones.

Por esto cualquier planteo sincero de las realidades peninsulares debe tomar en cuenta como punto de referencia, el problema de la integración de Portugal al conjunto de pueblos hispánicos, para una futura confederación peninsular. Para que tan vieja aspiración común pueda realizarse debe ofrecerse a Portugal unas condiciones aceptables para esta nación como estado libre y soberano. Es decir que habrá de tratarse con Portugal de tú a tú, y no como en graciosa concesión. Pues bien, estas son las mismas condiciones que reclaman los catalanes, las mismas que exigen vascos y gallegos. Son en realidad las mismas que explicaba Pi Margall en el siglo pasado. Y son las únicas viables, para esfumar el problema de los separatismos, que tanto preocupa a los políticos del estado español, que tanto ha envenenado la vida peninsular hasta llevarla al callejón sin salida de nuestros días. Un pacto entre iguales, ya que esto somos a fin de cuentas: iguales. Que Portugal con una suerte política—envidiable o no—pudiera definirse estatalmente de acuerdo a la personalidad nacional, es tan sólo esto: una suerte. Que Cataluña no tuviera en su historia política y militar contemporánea tal suerte física y haya permanecido aplastada bajo el peso del elefante muerto de la parábola de Hemingway, también es cierto. Pero en el fondo de la suprema razón vital de los pueblos hay algo más que una victoria momentánea de la fuerza, algo más que la ocupación física de un territorio

por el ejército, las leyes o el idioma del vencedor. Existe aquella definición de Renan que se completa explícitamente con la que dedicara a sus compatriotas el ilustre tribuno Nicolau d'Olwer:

“¿Qué somos los catalanes? ¿Qué es Cataluña? Ni el ángulo facial ni la forma del cráneo, ni el color de los ojos o del cabello, caracterizan al catalán. No somos —¡gracias a Dios!—, no somos una raza. No somos un producto de la naturaleza sino de la cultura. Somos una formación histórica y la historia es un devenir perpetuo. Nuestra característica es la lengua, con todo lo que ella representa. Catalán es aquél que siente, piensa y habla en catalán, venga de donde venga. Cualquiera sea la talla de su esqueleto o el pigmento de su epidermis. Y si un catalán pierde su idioma, ya ha perdido todo lo que tenía de catalán. Por esto conservamos nuestra lengua con tanto celo y tanta reverencia.

Defendiendo los derechos de la lengua catalana, defendemos nuestra libertad como hombres y nuestra cultura como pueblo”.

Si fuera verdad que la nación como creación política, es algo indefinido, creación artificial, nacionalista en el sentido peyorativo de la palabra, una entelequia conjunto de vaguedades, nosotros consideramos que el concepto debe aplicarse en todo caso al título artificialmente impuesto al estado español, cuando se dedica a tal sociedad anónima, como Nación Española. Es ahí donde reside el artificio nacionalista: negar la existencia de las nacionalidades claramente definidas que integran el proteiforme mosaico peninsular, y afirmar en cambio la existencia de la nación española. No quisiéramos que los demócratas peninsulares y americanos que nos lean, piensen que nos estamos declarando separatistas *a la irlandesa* como decíamos antes. Al contrario, estamos convencidos que solamente hablando claro y descubriendo en toda su extensión nuestros problemas, podremos conformar un conjunto de pueblos suficientemente orgánico como para que integre a su vez el conglomerado civilizado de la Europa que se está preparando. Queremos levantar de la cábila y el zoco españoles unas Españas Diversas, libres y hermanas en lo hondo.

A ello puede contribuir eficazmente señalar que en lo democrático y social los catalanes militan en líneas paralelas a los demás pueblos de España; aunque la solidaridad popu-

lar con las masas oprimidas por las tiranías que se suceden en la meseta castellana, no significan el abandono de la realidad nacional, así como tal solidaridad o la comunidad de finalidades reivindicativas, no eliminan aquella especie de *pecado original* de coloniaje, que permanece como virulento reactivo de la voluntad de lucha. Pero el replanteo ante el mundo de tan crucial problema, desde sus profundas raíces nacionales; mostrar los aspectos evidentemente coloniales de la ocupación de nuestro territorio cultural, choca con demasiada frecuencia con el desconocimiento del derecho natural de la nación catalana a ser considerada como tal. Y a fe que pocas verdades tan prístinas como la de la ocupación de Cataluña por el estado policial español, y como el genocidio cultural de proporciones desorbitadas que planean sobre aquel rincón de tierra levantina, de tanta belleza geográfica como malhadada suerte política.

Es cierto que los catalanes compartimos con los demás pueblos peninsulares el estado policial. Es cierto que todos juntos *gozamos las ventajas* de un régimen providencial teocrático y fascista, como si la península ibérica fuera el museo político del mundo donde se conservara el franquismo para que los habitantes de las democracias lo contemplen cómodamente desde el mirador lejano de sus libertades, entre la compasión y el menosprecio ante nuestro atraso político. Es cierto que este sistema anacrónico y vergonzoso domina casi por igual todos los pueblos y naciones ibéricas. Pero esta uniformidad en la desgracia no nos uniformiza ni mezcla más que superficialmente. Porque sumada a la tiranía policial teocrática, existe la ocupación colonial y su corolario: el genocidio cultural de Cataluña. Por esto los catalanes procuramos en Cataluña y fuera de ella mantener la fidelidad esencial a nuestra cultura y a nuestro idioma. Queremos resaltar donde podemos nuestras características diferenciales como una reacción biológica defensiva, ante el intento de atomización desnacionalizadora. Solamente sintiéndonos integrantes de la comunión catalana podremos plasmar en plenitud con los demás pueblos de España y del mundo. Por esto repetimos las palabras del maestro Pablo Casals: "Nos sentimos fieles a nuestro idioma y a nuestra cultura... sencillamente porque para participar en el concierto de los pueblos libres necesitamos escuchar los latidos de nuestra alma y de la pro-

pía voz. No es que queramos aislarnos, encerrarnos en mequinos horizontes; muy al contrario, sabemos que la vida del espíritu no tiene fronteras, que el espíritu creador vuela de un pueblo a otro y se nutre de los más heterogéneos elementos. La *Renaixensa* catalana, ha perseguido siempre un sentido de universalidad; se ha querido abierta a los cuatro vientos, a todas las influencias, vinieran de donde viniesen, mientras representaran una aportación provechosa. En verdad, como decía Goethe, es profundizando en lo particular, que se alcanza lo general. ¿Por qué deberíamos renunciar a nuestro idioma, si este idioma en el siglo XIII sirvió a Raimundo Lulio para escribir sus libros inmortales?"

La mentalidad del movimiento político catalán se ha visto impulsada entre dos tendencias aparentemente opuestas: el sentido nacionalista diferenciador que trae insensiblemente a la introversión y el deseo de integración en esferas culturales superiores de orientación universalista supranacional como insinúa Casals. El momento histórico de nuestro renacimiento ocurre en un instante en que los hombres representativos están empapados del sentido cultural universalista supranacional. ¡Y en buena hora! Este sentido se difundió entre el elemento joven de las promociones de principios de siglo y prácticamente podríamos decir que ha formado el substractum ideativo del catalanismo hasta nuestros días. Embanderados en unas u otras teorías políticas y sociales, producto de la sedimentación crucial de nuestra cultura, el universalismo ha sido un fruto abundante y maduro en nuestro país. Mucho antes que la vida atómica de esta postguerra hiciera imprescindible la unión supranacional que se planea, los catalanes habían palpitado en el deseo de su realización, aun soñándola utópica. El hombre de Cataluña ha latido fraternalmente al lado de todos los oprimidos del mundo, ha sentido como propia su desventura, desde el coloniaje hindú, hasta la ocupación fascista de Abisinia. Como dice Manuel Serra Moret:⁵ "En nuestros hogares se rogaba por los naufragos del Pacífico, por los hindúes diezmadados, por el cólera, por los armenios ultrajados y deportados, por los negros de las colonias forzados a trabajos agotadores, por los indígenas vendidos en mercado público —como hoy— por sus caídas y

⁵ M. SERRA MORET, "Reflexiones sobre el futuro de Cataluña", *Rev. Germanor*, Núm. 567, octubre 1951, Santiago de Chile.

emires protectores. Todo, en acto o en pensamiento se reunía alrededor nuestro. Y así hacíamos una sola llama de los placeres y los dolores de todos".

El retrato de Rizal, el héroe filipino fusilado en Montjuic por la ignorancia enciclopédica del colonialismo agónico, adornaría como muda protesta los hogares catalanes, donde se leía con entusiasmo la prosa de Pi Margall defendiendo la emancipación cubana; muestras de este espíritu de universalidad que recordaba hace poco el maestro Nicolau d'Olwer.⁶ La cultura catalana como verdadera y consolidada forma de la vida de nuestro pueblo, estaba en un plano universal, en una superestructura que miraba más allá de sus fronteras. Más allá del folklorismo, hacia una comunidad ideal con otros pueblos cercanos o lejanos, en realización del ideal "ciudadano del mundo", máxima condecoración individual del progreso humano. Y este avance indudable, que consideramos superior al estéril nacionalismo españolista que aún impregna amplios sectores de la cultura peninsular, se ha encontrado imbricado en el sentido reivindicativo de la nacionalidad catalana, por cuanto esta nacionalidad ha sido forzada a estancarse en el estadio colonial, sin poder plasmar en sí mismo la realización plena de aquel *vivir juntos* y de aquella *voluntad de valorar la herencia que se ha recibido indivisa*, de Renán.

Si por un lado se nos acusan características de introversión, *cuando pretendemos mantenernos en compartimientos estanco con nuestra propia escala de valores*, sin intercambio ni comunicación con los demás sectores de la península en aquella mencionada "sociedad de responsabilidad limitada", por otra parte se afirma que nuestra permanente protesta reivindicativa en lo nacional y nuestra avanzada en todas las manifestaciones progresivas en lo social, político, económico, resultarían *irritantes* (Madariaga) para los demás españoles, "Impidiéndoles conocer la justicia de nuestra causa". Es decir que el estado de protesta permanente en que vive el catalán, y que produce aquella conversación con que iniciábamos estas meditaciones, sería causa de antipatía para el resto de España, especialmente en lo que a reivindicación nacional se refiere. Este argumento fue esgrimido también en anteriores oportu-

⁶ NICOLAU D'OLWER, *Caliu*, Recuerdos de maestros y amigos, México, 1958, p. 72.

tunidades; cuando la República abrió las ventanas de la tolerancia, y el espíritu a la comprensión, aunque en dosis muy moderadas, el "espíritu irritante" del catalanismo estaba disminuyendo rápidamente. Pero aún en aquellos añorados momentos de euforia democrática, se discutió agriamente y se retaceó con injusticia notoria el estatuto de autonomía que el pueblo catalán se había dado libremente, después de la histórica renuncia de Francisco Maciá a la República Catalana que acababa de proclamar, el 14 de abril de 1931. Lástima que mientras las Cortes españolas discutían, regateaban y recordaban aquel sistema de convivencia, tímido ensayo de auténtica unión, los verdaderos traidores a la "unidad nacional" estaban preparando el golpe de estado internacional que nos llevaría a la segunda etapa de nuestra vida colonial, bajo el imperio franquista.

La dominación de Franco encuentra a los catalanes en mucho mejores condiciones de preparación, recuperados tanto de la decadencia como de la provincialización fruto del Decreto de Nueva Planta. El franquismo ha tenido que poner a prueba las más complicadas experiencias psicológicas de la propaganda para disminuir el sentimiento de la personalidad nacional, que vive en Cataluña como pueblo en conjunto, en cada clase social y en cada individuo.

La personalidad nacional catalana es un hecho; en plena manifestación política como en el pasado o subterránea y clandestina, como en el presente. Porque *estuvo ricamente vestida de perspectivas políticas en el pasado lejano*, y en otro más próximo del que salimos llenos de fe templada en lucha desigual: porque estamos llenos de perspectivas políticas potenciales para el futuro de nuestra patria. No queremos estancarla sino adaptarla y hacerla habitable para una colaboración en la expansión de la libertad humana, no sólo en Cataluña sino en toda la península, para que como hombres libres podamos aportar nuestro grano de arena a la liberalización del mundo moderno.

Luchamos contra la estereotipia nacional del estado español, creación monárquica, artificial, burocrática, nacionalista, que destruye la personalidad viva de los pueblos, sin crear nada dinámico para sustituirla. Y que se mantiene por la inercia. Declaramos solemnemente la quiebra total del régimen imperante en España con todas sus variantes, hasta

la actualidad en que forma una sociedad anónima en la insolvencia, o mejor aún una sociedad de irresponsabilidad ilimitada.

Comprometemos a los grandes jueces de la historia y a todos los hombres de buena voluntad, a declarar la nulidad absoluta de aquel sistema. Los pueblos sometidos al yugo habrán de levantar sobre sus ruinas la unión en el amor entre los individuos. No somos separatistas porque nunca estuvimos juntos; hemos vivido uncidos y el yugo no une: esteriliza. Queremos realizar la verdadera fraternidad entre las personalidades nacionales del ruedo ibérico, para integrar en plenitud el mundo libre del mañana.

INDIGENISMO EN EL PERÚ

Por *Luis E. VALCARCEL*

HA entrado el Perú en una nueva etapa en su política indigenista. Concurren a la iniciación de este período que se caracteriza por realizaciones: el Estado, los Servicios y Agencias de Ayuda Técnica Internacional y los institutos especializados, con el consciente apoyo de los directamente beneficiados: los pueblos campesinos.

Han influido poderosamente en el cambio de orientación los estudios de Antropología Social que han enfocado el asunto no en el terreno abstracto ("el problema indígena") sino en el de las soluciones concretas —allí y ahora. Se han realizado investigaciones previas en sectores de importancia demográfica y han podido precisarse con la mayor aproximación los desajustes productores de conflictos. Se está enmendando el error de aplicar la ayuda técnica a ciegas, sin el auxilio del antropólogo, omisión que malgastó recursos y tiempo. Las propias agencias internacionales, algunas alérgicas al consejo científico, han rectificado el procedimiento, y hoy tenemos al servicio de los principales proyectos a jóvenes egresados del Instituto de Etnología de la Universidad Mayor de San Marcos.

La presencia del conocedor de hombres y de pueblos ha resultado muy eficaz no sólo para orientar los proyectos sino para establecer un trato conveniente con los campesinos, la mayoría de los cuales poseen una cultura que no es la nacional u oficial. Se comenzó, desde tiempo atrás, en el campo de la Educación Sanitaria con resultados tan convincentes que los médicos han requerido tan valiosa cooperación.

Más de cuarenta monografías de comunidades indígenas, de aldeas andinas y costeñas, de grupos insulares en el lago Titicaca, de poblados de haciendas, de tribus amazónicas, de barriadas urbanas que se improvisan por la inmigración de campesinos, aparte de estudios especiales sobre la vivienda rural, sobre la formación de nuevos núcleos campesinos, etc., han constituido

los frutos de una labor ininterrumpida de diez años a cargo del Instituto de Etnología que funciona como integrante de la Facultad de Letras de la vieja universidad limeña. Una experiencia valiosa alcanzaron los alumnos al convivir con las gentes humildes del campo por largos meses, durante los cuales aprendieron no sólo a conocer sus modos de vida como meros sujetos de pasiva observación sino que se adiestraron en el arte de ayudar a quienes han menester de consejo y guía. Un grupo de estudiantes fundaron en la provincia de Huarochiri el primer colegio de educación secundaria sostenido por las propias comunidades campesinas. Auxiliaron a los comunarios en la resolución de sus problemas en forma tan eficaz que fue verdaderamente ejemplar y mereció emocionadas expresiones de gratitud.

Las prácticas de estadística realizadas en censos como el de los barrios marginales de Lima, Arequipa y Chimbote o el del alumnado de la Universidad de San Marcos familiarizaron a los futuros antropólogos con los métodos demográficos y múltiples contactos, planeados, con urbanistas, arquitectos, médicos psiquiatras, geógrafos, economistas, educadores, asistentes sociales, etc., ampliaron el horizonte de la investigación, recibiendo incitaciones provechosas que iban a ser devueltas en forma de atracción hacia los estudios antropológicos de todos esos profesionales. Todavía sectores considerables quedan fuera del radio de influencia del antropólogo, como el vasto campo de la burocracia administrativa; pero aun dentro de él se han abierto brechas promisoras, como en el caso del Ministerio de Agricultura cada vez más interesado en relacionarse con las actividades de investigación antropológica, principalmente al experimentar el buen éxito del Crédito Agrícola Supervisado allí donde el antropólogo interviene.

El Ministerio de Educación Pública, para sus planes de Educación Fundamental y del Adulto, ha solicitado el concurso de antropólogos, quienes han actuado en estos últimos meses sobre todo en la organización de las Escuelas Bilingües establecidas con notable éxito entre algunas de las tribus de la Región Amazónica.

Tres proyectos de ayuda técnica y promoción cultural se desarrollan actualmente en el Perú. El primero es el denominado Proyecto Vicos que tienen a su cargo el Instituto Indigenista Peruano y la Universidad de Cornell; el segundo es el Proyecto Puno-Tambopata que es uno de los que desenvuelve la

Misión Andina que actúa en Perú, Ecuador y Bolivia bajo la responsabilidad de la O. I. T. (Organización Internacional del Trabajo) y casi todas las agencias de las Naciones Unidas; por último, el Plan del Sur que patrocina el Punto Cuarto (Gobierno de los Estados Unidos) de acuerdo con el Estado peruano. En el primero y en el segundo tiene directa intervención el citado Instituto Indigenista.

En los tres tienen participación antropólogos norteamericanos y egresados de universidades peruanas (Lima y Cusco).

El más antiguo es el de Vicos que ha cumplido cinco años y ha tenido por objeto operar un cambio a fondo de carácter social entre el poblado indígena (quechua) de una hacienda. Comenzó la labor por una investigación antropológica dirigida por profesores y egresados de la Universidad de Cornell (Ithaca, N. Y.). Siguió después el desarrollo de un programa de Antropología Aplicada.

Después de cinco años, son muy notables los éxitos alcanzados, a punto tal que las 397 familias indígenas, ayudadas por el Crédito Agrícola Supervisado, han conseguido adquirir la hacienda de que eran siervos. Vicos cuenta hoy con escuelas para 400 niños (antes sólo había una para 15), servicio médico, consejo agrícola, organización comunal, etc.

Este Proyecto Piloto ha logrado levantar considerablemente el prestigio del antropólogo, pues se reconoce unánimemente que gracias a su directa y continua intervención el proceso tuvo una constante línea ascensional, lo que no ha ocurrido en casos similares, como el de la Misión Andina que inició sus labores sin la asistencia de orientadores sociales, tropezando con graves obstáculos que han significado pérdida de tiempo y dinero. Felizmente, se han enmendado rumbos y hoy el Proyecto se desenvuelve en condiciones mucho mejores, bajo el control de cinco antropólogos. Esta Misión, en el Perú, busca tres objetivos: dirigir una migración espontánea de los pobladores del Altiplano hacia los valles intertropicales; mejorar las condiciones de vida en el Antiplano mismo; y, por último, tender a la formación de promotores o líderes de comunidad. Programa tan vasto que comprende una extensa zona y no menos de un millón de habitantes ha requerido una conjunción de esfuerzos que se produce por primera vez en el Perú; pues, aparte de las agencias internacionales, intervienen los Ministerios de Agricultura, Salud Pública, Educación, Trabajo y Asuntos Indígenas, cuyos jefes titu-

lares, los ministros, integran un Alto Consejo Consultivo, asesorado por el Comité Técnico del Instituto Indigenista Peruano. Este Comité está constituido por personalidades científicas y técnicas familiarizadas con los problemas del indígena. Gracias a su constante intervención, están cada vez mejor orientados los proyectos en marcha.

El tercer proyecto es conocido bajo el nombre de Plan del Sur, está a cargo del Punto Cuarto, agencia del gobierno de Estados Unidos, y comprende un estudio exhaustivo de una de las regiones más importantes del Perú que cuenta con numerosa población indígena. La investigación va dirigida a una planificación que conduzca al desarrollo económico. La parte principal del proyecto está a cargo de especialistas en diversas disciplinas sociales, distinguiéndose un núcleo de antropólogos encabezado por un profesor norteamericano que ha vivido algunos años en el país.

Por lo hasta aquí expuesto se ve, pues, que la antropología social ha ingresado definitivamente en el campo de la política peruana, rompiendo con la inveterada tendencia empírica que tan malos resultados ha tenido. La orientación hacia el estudio de casos y hacia la solución concreta está alejando las generalizaciones, los utopismos y las panaceas.

Quizá sí este es el mejor servicio que los antropólogos están prestando. Los nuevos procedimientos no carecen de obstáculos y dificultades que procede de distintos sectores: unas veces la resistencia de los propios técnicos (el agrónomo, el ingeniero, el economista, etc.) que consideran innecesario y hasta perturbador que intervenga el etnólogo.

Otras veces la oposición surge en las esferas burocráticas que consideran que la ciencia no tiene cabida en las funciones administrativas o en los menesteres gubernativos. Mas, la experiencia demostró el error y pronto técnicos y burócratas han comenzado a darse cuenta que está bien que haya guías y consejeros que ven más largo y más a fondo en los hombres y en las sociedades. Así, la ayuda técnica resulta eficaz, la escuela mejor organizada, la asistencia sanitaria más aceptada, etc.

Si hay problemas de índole exterior, por decirlo así, que se refieren a las relaciones del antropólogo con los demás, existen otros que son subjetivos, como si fueran "problemas de conciencia". ¿Estamos procediendo bien? se pregunta el investigador social cuando la ayuda técnica introduce ciertos cambios que re-

percuten ya no sólo en el orden material sino también en la esfera de la espiritualidad (creencias, tradiciones, vínculos colectivos, intimidad individual, etc.) La pregunta se formula cuando se percibe que hay un profundo vacío después de haberse cumplido con enseñar mejores hábitos higiénicos, mejores procedimientos técnicos, nuevas verdades útiles, la lectura y la escritura, las nociones mínimas en fin. Se suele comprobar que todo eso no afecta el "yo profundo" sino en un sentido: en el desajuste de la vida individual y colectiva. La nueva generación que alcanza un estándar distinto al de sus antecesores adquiere una invencible tendencia a la evasión: se marcha de la comunidad, se avergüenza de los suyos y trata de no ser más un campesino. Su inserción en la vida urbana podrá producirse sin mayores dificultades, aunque son muchos los casos de tremendo fracaso. El desertor de su medio cultural originario no llega a incorporarse como miembro consciente a la nueva sociedad: quedará marginal, con todas las consecuencias de frustración y resentimiento.

Todo lo que constituía "su mundo" se ha esfumado, pero nada lo sustituye. Carece del apoyo de los suyos, del calor familiar, de la protección de sus dioses lares, del amor a su paisaje. Su alma añora los bienes perdidos y se sumerge en la nostalgia y la melancolía que suelen hallar su forma de expresión en la música: el "serranito" canta quedamente o si le alegra el alcohol lo hará en alta voz, bordoneando su guitarra o su "charango". La emigración campesina se acentúa con la ayuda técnica. Los campos están cada vez más deshabitados y la producción disminuye alarmantemente. Lima, en diez años, ha duplicado su población a expensas de la población rural del Perú. Otras ciudades como Arequipa y Cusco atraen en proporción algo menor, pero de todos modos considerable.

Los programas de promoción campesina no contemplan con suficiente hondura la necesidad de desarrollar la técnica en forma tal que arraigue y no aleje al hombre de campo. Sólo una política que proteja al agricultor, asegurándole buenos precios a sus productos, así como salarios que remuneren al trabajador en forma justa, puede ser eficaz en cuanto a alcanzarse el objetivo de mantener y aun incrementar la población campesina. Se hace imperativa tal política sobre todo en relación con los habitantes de la región trasandina si se considera un hecho capital: su adaptación inmemorial a la vida en la altitud. Es insustituible

el trabajo de las minas o del campo y cada defección importa un empobrecimiento de funestísimas consecuencias del factor humano en el dominio de la naturaleza andina. Sería verdaderamente mortal para el Perú la despoblación de la sierra que no podría ser remediada con colonizadores de otros climas. De otro lado, la inmigración masiva a las ciudades produce trastornos de gran magnitud como los que sufre Lima con más de 150 mil habitantes que viven en barriadas clandestinas, en condiciones infrahumanas. El crecimiento artificial y desbocado crea problemas de vivienda, de servicios públicos, de tránsito, de desempleo, etc., que no pueden ser resueltos sino con ingentes gastos que se hallan en imposibilidad de afrontar el Estado o las municipalidades. Se aglomeran multitudes de gentes impreparadas para el trabajo industrial, en tanto que la concentración de fábricas y talleres en la metrópoli las atraen por los mejores salarios. El proletariado urbano sufre la competencia de quienes venden a vil precio su trabajo. Huelgas y paros agitan el ambiente social.

La respuesta a los antropólogos no puede ser otra que la de recomendarles un mayor énfasis en estudiar los medios más adecuados para impedir el desajuste de la vida del campesino, evitando su abandono del campo y de la vida comunal. Un mejor estudio de las repercusiones de los cambios que introduce la ayuda técnica en el integro de la cultura del grupo debe ser objetivo primordial del antropólogo. Una orientación educativa que contemple la personalidad individual integrada en el grupo y no sustraída de él. Una extensión de la obra de la escuela a los adultos (hombres y mujeres). Una gradual y progresiva adopción de los nuevos patrones. Una visión amplia que comprenda no sólo a la pequeña agrupación sino a todas las similares y más próximas y a todo el conjunto en relación con la sociedad nacional y con el Estado. Todo eso permitiría hacer más eficiente y menos peligrosa la promoción de un estado de cultura simple a otro más complejo. Una muestra de procedimiento acertado es el método de enseñanza en el idioma materno para dar los pasos iniciales y seguir después con el aprendizaje de la lengua oficial no como una imposición sino como un deseo del propio estudiante que llega a comprender la necesidad de usar de un instrumento que le permite comunicarse con mayor número de personas, con quienes debe tratar en la vida diaria. Otro procedimiento que señala un acierto es el sistema de introducir

la medicina moderna, tomando no como enemigo sino como aliado al mago o curandero de la aldea, el cual se convierte en un buen auxiliar del facultativo.

Muchas equivocaciones se han producido en la política de ayuda técnica. Unas veces en la orientación, otras en el empleo de medios. Por ejemplo, el uso de films educativos preparados en Estados Unidos u otros países no tiene el valor que se les reconoce en los lugares de procedencia. En la mayoría de los casos "no se entiende" o se interpreta equivocadamente lo que se ve. El material didáctico debería ser preparado tomando en cuenta las peculiaridades de los pueblos en que va a ser empleado. Una gran conquista en el camino de la promoción cultural del campesino peruano ha significado la intervención del antropólogo. En el Perú se ha ratificado el buen éxito que ya México alcanzó bajo la sabia dirección de Alfonso Caso.

Aventura del Pensamiento

INFIERNO Y TORRE DE BABEL

Por *Alvaro* FERNÁNDEZ SUÁREZ

JHERONYMUS van Aken tuvo tratos con el Diablo. Jheronymus van Aken era el verdadero nombre de Hieronymus Bosch, llamado El Bosco, que pintó obsesionado por el Maligno y sus tentaciones. ¿Pero dejarse poseer por el miedo a la tentación, no es, también, complacerse en ella? La complacencia se advierte con sólo echarle una ojeada al *Jardín de las Delicias*, del Museo del Prado, delicias pictóricas —y, con seguridad, otras también— que lo fueron, asimismo, de Felipe II, probablemente, un tipo de intelectual neurótico, atormentado por íntimos conflictos, combatido de dudas, y de tentaciones sensuales. muy admirador —y se comprende— de la pintura de El Bosco.

El *Jardín de las Delicias* es, ciertamente, delicioso, ante todo por su color, y también, a extramuros del arte, por los temas tratados (orgías inconfesables, sobre todo, de la imaginación), donde se insinúa un variado deleite, a menudo aberrante, en medio de un paisaje de prados, fuentes, ríos de aguas azules, bosques y vergeles. Pero en estas delicias se inserta lo monstruoso, es decir, el ayuntamiento de formas incongruentes, de desazonadores disparates, y aquí está lo diabólico, porque el Diablo es el gran descuartizador de formas, el enemigo del orden de Dios.

El Diablo de El Bosco, el Diablo de la Edad Media —pues no era otro— hacía incursiones en este mundo, y además, tenía en él ciertos títulos de posesión permanente en cuanto promotor de la caída, deformador de la creación divina. Porque el pecado de Adán no sólo había afectado al hombre sino al mundo, a los animales, a las cosas, había adulterado la gran obra. Con todo, esta obra era aún, fundamentalmente, buena, como salida de la mano del Creador. El Diablo podía adulterar la creación, pero no pervertirla radicalmente, en cuanto a su orden básico, a lo que llamamos "naturaleza". La "naturaleza", en los tiempos de El Bosco, más que siniestra, era un espectáculo

apto para el apólogo moral. Pese a la caída y a la perturbación y deformación parcial de la admirable máquina, en lo profundo, en lo esencial, estaba lejos de ser horrible. La cosmogénesis cristiana y el orden cristiano, rechazaban, obviamente, cualquier malignidad radical, al revés de la concepción de los neoplatónicos que veían, en el mal del mundo, el sello, la marca de un autor inteligente y estúpido al mismo tiempo, no limpio de malignidad, el Demiurgo.

El Diablo no podía atacar en sus fundamentos la creación que era divinamente invulnerable. Y el caso es que esta intuición es igualmente válida en el plano del discurso racionalista.

En efecto, el Diablo es —como dejamos dicho— el gran ministro del desorden y el enemigo de la divina proporción. Sin embargo, para acabar, profundamente, con el orden universal, en sus bases, sería preciso nada menos que aniquilar la realidad, y esto no está al alcance de cualquier diablo. Decimos que algo existe porque dura en el tiempo, y si dura es porque reitera su ser cualificable, en suma, porque tiene un ritmo, un orden. Los conceptos de tiempo, orden y ser, son, en el fondo, exactamente, la misma cosa. Con mayor motivo aún si concebimos toda realidad material como movimiento, pues entonces las cosas existen porque este movimiento se produce con ritmo, armonía o música, música de las esferas. Si esta música que es el ser mismo de las cosas, desapareciese, fuese destruida, sería la nada, y el Diablo no es capaz de crear la nada: todas sus invenciones tienen un orden musical oculto, necesario. Si admitimos, pues que el orden es divino y el desorden, diabólico (la Edad Media creía en un Dios ordenador y Newton en un Dios matemático), resultará que el Diablo no pasa de ser un modesto fabricante de máscaras, y un mundo verdadera y profundamente demoníaco es imposible, y debe ser identificado, justamente, con la nada.

Así, pues, no había motivo, aun desde un ángulo de intuición de la realidad, sin interferencia de creencias, para atribuir al mundo de la materia, a este mundo, una malignidad esencial, menos aún, por definición, si aquel mundo estaba, como estaba, amparado por las concepciones cristianas. El Infierno, por tanto, sólo tenía un acceso superficial a la creación terrena. El Infierno permanecía encapsulado en el lugar que le asignara la arquitectura dantesca de *La Divina Comedia*, en el sistema total del Imperio divino. Por lo demás, este modo de ver concordaba con la mente medieval, aun en sus experiencias ordinarias más inme-

diatas. También en los castillos, los horrores quedaban relegados al sótano. Efectivamente, en los pisos altos de las mansiones señoriales, se gozaban las delicias de la danza, la música, el amor, los placeres de la opulencia; en las plantas bajas estaban las cocinas y los servicios; más abajo las bodegas y las despensas; y aún más abajo, en el húmedo subsuelo, las mazmorras, donde, próximo y lejano, gemía enterrado el dolor, sin que sus voces alcanzasen las alturas, y era como si el dolor no existiera, pues no perturbaba la vida gozosa de los afortunados habitantes del paraíso superior.

Sin embargo, había dolencia, miseria y suciedad en el mundo de los hombres. Pero no era un infierno sino un "valle de lágrimas" donde habitaba la esperanza, y no afectaba, por cierto, al fundamental optimismo de la Edad Media, ni siquiera a la avidez de placeres y glorias mundanas que la misma prohibición y el mismo pecado sobrevalorizaban.

El racionalismo posterior liquidó o procuró liquidar los horrores y pesadillas del subsuelo trascendental del Infierno. Se comprende sin ninguna dificultad. Lo que no se comprende ya, tan bien, es que el racionalismo consiguiese prescindir, apartar de la conciencia, olvidar, el mal ínsito en el mundo, el mal de base —dolor, muerte, crueldad— que es la ley misma de la vida. Nunca se habló tanto de "naturaleza" como en el siglo XVIII y nunca se habló de algo con menos conocimiento de su realidad. La "naturaleza" del siglo XVIII se despreocupó, increíblemente, de la realidad natural, para suplantarla por una imagen bucólica, otro Paraíso, donde el hombre podía habitar apaciblemente con sólo deshacerse de telarañas mentales y viejas suciedades acumuladas por la tradición y los prejuicios. Este naturalismo pastoril procedía, sin duda, de la vieja nostalgia del Edén perdido y de las elaboraciones construidas, sobre este mito, por los poetas latinos, en particular Virgilio. Era una imagen de rebaños que balan por los campos, de felicidad rústica, de salud agraria, en contraste con las cavilaciones y la malicia social de la ciudad y de la corte. Empero registremos, en el propio siglo XVIII, dos importantes excepciones, que no son únicas: una, el pesimismo del *Candide*, de Voltaire; otra, mucho más profunda y trágica, la del Marqués de Sade, tan actual, porque agotó de golpe, prodigiosamente, las consecuencias del racionalismo de su tiempo, para alcanzar la desesperación, una desesperación frenética y rencorosa.

Pero volvamos al sentimiento optimista de la naturaleza que caracteriza más el festival de la Razón, en su etapa de juventud. Hay también, debe haber, suponemos, en la actitud optimista de la Ilustración, algo más profundo y más verdadero que una simple beatería bucólica. Sospechamos que influyó en aquella sorprendente disposición del pensamiento europeo, la intuición, válida entonces y válida ahora, de que el mundo, en cuanto paisaje, es decir, en percepción sintéticoestética, es bello, enigmáticamente bello. ¿Por qué es tan bello? Se trata de lo que Northrop llamó "continuum estético del universo" atribuyéndolo, con valor específico, a las culturas del Extremo Oriente. Es un cristal sereno de pureza y sonrisa, campana final de la realidad contemplada a distancia. Sin duda, más acá de ese fondo remoto, entre el cristal del horizonte y el contemplador, está el mundo de los hombres—que ya no es paisaje sino vida—, están los hogares de los hombres, el sufrimiento, la deformidad, la abyección, el hedor, la muerte, y están las feroces luchas de los animales por la vida, y el miedo universal, dueño del mundo. La posición más ajustada a la verdad consistiría en ver, simultáneamente, la belleza pura y distante del universo y la fealdad y la miseria de las bestias sensibles y de los hombres. Pero es el caso que el racionalismo del siglo XVIII y su heredero de los siglos posteriores, prescindieron de la realidad próxima e identificaron el paisaje bucólico con la vida campestre y con cualquier vida liberada de errores, prejuicios e insensateces.

La felicidad era asequible con sólo modificar, bien sea la actitud y el modo de vivir del hombre individual o la convivencia de unos hombres con otros y ambas esferas podían alcanzar tan dichoso estado por acción recíproca. Así, hay un humanismo optimista que apunta a la modificación del hombre, de cada hombre, para alcanzar la felicidad posible del "sabio", y otro humanismo que opera con la entidad abstracta "hombre" para, mediante cierto condicionamiento social, conseguir un orden afortunado para todos.

Cualquiera de estos procedimientos de salvación por vía racional parte del supuesto de que el orden básico del mundo y de la vida es, en sí, bueno. Una peculiar ceguera suprime la realidad, independiente de todo artificio—ya sea de sabiduría o de reforma social— de que la carne es dolorosa, perecedera, corruptible, y la vida se despliega en una agonal de ferocidad,

a menudo grotesca, monstruosa, y no en todos los casos concretos idealmente necesaria.

Confirma este inexplicable olvido del mecanismo de la vida, el uso de la palabra "felicidad" en una etapa histórica que llega casi hasta nuestro tiempo. Los simples reformadores políticos de los siglos XVIII y XIX querían "hacer la felicidad de los pueblos". Esta palabra, "felicidad", hoy, en nuestro tiempo, no tiene más que un uso erótico, a cargo de las muchachas enamoradas, que la identifican con un buen mozo, robusto, cariñoso y satisfactorio. Nadie, fuera de este sector de la humanidad, se atrevería, hoy, a hablarnos de "felicidad", y queremos llamar la atención sobre este hecho, tan sencillo, y tan extrañamente poco advertido.

El ideal de una vida armoniosa para el "sabio", para el individuo capaz de acotar su jardín, ya no existe o, cuando menos, no existe en el estado mayor dirigente de la cultura. La vida de un Goethe, por ejemplo, tal como se ha supuesto que fue, una vida bella y sensual a la vez, aun cuando fuese posible, parecería, no como esquema asequible al hombre en general sino, más bien, como escándalo y excepción aberrante. Ya no tenemos derecho a ser felices. ¿Y no hay en la "felicidad", efectivamente, algo de escándalo, de insano prodigio? Por cierto que esta felicidad en recinto, aunque el recinto sea una vida de hombre metido en el mundo, nos evoca, por eso mismo, las delicias de El Bosco, esas parejas amorosas o músicas o contemplativas que el pintor encerró en bolas de cristal para hacerlas volar sobre sus infiernos. La bola transparente de la dicha aislada tiene mucho de inquietante y de diabólico, no menos infernal que los monstruos, representados al lado mismo del globo delicioso, monstruos de forma y, también, en ciertos casos, de crueldad, dados a infligir y a sufrir torturas y muerte. Sabemos que, en los cuadros de El Bosco, esas pompas transparentes donde habita una dicha —o meramente, una armonía—, efímera, artificiosa, son una ironía, una burla, un sarcasmo.

Está claro, pues, que una vida feliz o sólo armoniosa, proporcionada, bella, puede ser, para la conciencia de nuestra época, a lo sumo, una excepción prodigiosa y no un arquetipo o molde abierto al hombre en general. ¿Y en el aspecto colectivo, qué sucede? ¿Se cree en alguna "felicidad" posible? No. El ideal de las doctrinas, los sistemas sociales, es más modesto. En vez de "felicidad" se habla de prosperidad, y prosperidad significa que

las estadísticas de producción registran altos guarismos y el "desarrollo" de la nación es elevado. Esto produce orgullo en los beneficiarios: sensación de superioridad, complacencia en haber ganado un campeonato, y también tranquilidad de conciencia, porque la pobreza es vergonzosa, el atraso abochorna, pero en modo alguno se cree que riqueza y adelanto equivalgan a cierta manera de armonía musical y apacible.

Y sin embargo, en tiempos recientísimos, la utopía, no sólo social o técnica, sino vital y completa —trascendida secretamente— gozaba de plena vigencia. La felicidad había penetrado en el socialismo "científico", pues sin ese factor místico, sin ese ensueño poético, la doctrina de Marx no hubiera podido enamorarse a las muchedumbres. Los pueblos no se mueven para alcanzar resultados puramente técnicos, por evidentes y ventajosos que sean. El hombre quiere el paraíso, quiere la salvación. En cuanto al anarquismo, la imagen paradisiaca está patente en él. ¿Qué es sino el sueño de una humanidad fraternal, sana y alegre, que baila al sol bajo un cielo azul, en una pradera florida, a orillas de un río de aguas clarísimas?

Por eso mismo, todo ideal socialista o de gran reforma de la convivencia y de las relaciones humanas, en cuanto se trata, en lo profundo, de una visión del Paraíso, supone, implícitamente, la convicción de que no existe, en el mundo, un mal de base, el mal como condición misma de la vida y del orden de la naturaleza. La base es buena. De otro modo no bastaría, para eliminar el mal, suprimir ciertos errores de organización. O bien, se supone que ese mal de base es superable por la acción del hombre y puede ser superado, digamos, en una segunda etapa, después de haber reformado la sociedad, lo que, para el caso, equivale a negar el mal de base, al menos en cuanto condición necesaria de la vida.

Si se admite que el mal está en la estructura misma de la naturaleza y de la vida, los ideales sociales pierden mucho de su atractivo, y hasta cierto punto puede decirse que no valen la pena. Si valen realmente la pena es porque apuntan más allá de su objeto declarado, apuntan a la redención, a la salvación del hombre y aun a la salvación del mundo que no es exactamente lo mismo. De otro modo su magnetismo cautivador no sería tan grande. En este sentido, los ideales —en particular los ideales generosos— son expresiones de la batalla contra el Diablo, contra el Mal y en pro del Bien. Es, justamente, la causa

de que el Diablo se meta en ellos (el Diablo es muy amigo de las sacristías y aún de los altares más puros), en forma de fanatismo, de ferocidad destructora y de horror.

Pero veamos a quién se quiere redimir. Desde luego, al hombre. Está claro, pero algunos seres más sensibles saben que no sólo el hombre sufre. Sufre la carne, toda la carne, y el mundo tiene en la vida un necesario infierno, un campo de monstruosos aquelarres. Empero, por el momento, aparte individuos y pequeños grupos, y algunas religiones, como el budismo, el hombre piensa sólo en sí propio y aspira a instalar su paraíso sobre el pedestal de una vida que es ya horrorosa por ser vida. O bien pone el hombre la mirada absorta en lo alto, en la lejanía celeste y, también salvo excepciones, prescinde del soporte viviente de aquí abajo o lo deja en el olvido.

Entiendo que uno de los rasgos de nuestro tiempo es la conciencia de que el soporte natural, donde la humanidad habita, no está hecho para los ideales del hombre, no se parece a un jardín de delicias sino en cuanto lejanía y paisaje. Hay, por un lado, la sonrisa estética del mundo, como una promesa de serenidad dichosa y hay también la inadecuación de la realidad a las aspiraciones del hombre, y de ahí un perpetuo conflicto. Pero hay más aún: una percepción—no siempre explícita, sin embargo—de que la realidad es diabólica, tiene un aspecto terrorífico, es un laberinto de horror, como un mal sueño. Por supuesto, esta visión de la realidad, tiene antecedentes en muchas grandes individualidades del pasado, místicos, artistas y escritores, desde Buda, Lucrecio, y seguramente desde otros muchos más remotos, pasando por Shakespeare, hasta los actuales especialistas en horror laberíntico.

¿PERO hay, realmente, algo torvo, maligno o diabólico en la naturaleza? ¿Y dónde está?

Por de pronto, no parece que haya algo diabólico, maligno ni malintencionado, en la naturaleza inorgánica. Tal malignidad sólo cabe concebirla atribuyendo a los fenómenos naturales un "animus", como los demonios que han cabalgado siempre en las tempestades, ululando en los vientos, navegado en las grandes riadas y fulgurado en las conmociones volcánicas. Pero, hoy, estos demonios están desterrados.

En las estrellas que arden tempestuosamente, donde esta-

llan deflagraciones que no podemos imaginar, tremendas iras cósmicas, no advertimos, sin embargo, ningún infierno. El mal ha sido expulsado de esos hechos por su consideración como automatismos legales de la ciencia. Son cosas grandes, tremendas, pero, por un lado, limpias, de una decencia irreprochable—no hay nada más decente que las piedras—y, en conjunto, son acontecimientos de gran belleza. Las mayores catástrofes geológicas, anteriores a la vida, serían un admirable espectáculo... si tuvieran espectador. Son y podemos imaginar que hayan sido, un bello juego. El estallido de un astro, la destrucción misma de todo el universo, producirían los más encantadores efectos de luz y de color, una orgía cósmica que valdría la pena contemplar.

Imaginemos ahora un mundo donde existiera materia inorgánica, claro está, y además vida, pero sólo una vida insensible, como la de los vegetales. Ciertamente los vegetales se comportan, en su lucha por prevalecer, con una ferocidad implacable. Cabe representarse un infierno vegetal de tartáreos retorcimientos y avidez gigante de espacio, de luz, de materia. La vida—ya desde el comienzo—tiene una alusión, atroz y lasciva, a la maldad. Esto se nos oculta cuando contemplamos a los vegetales como paisaje, sin descender al detalle de sus procesos, aunque, sin embargo, a veces, nos sorprende e inquieta un hecho hasta entonces inadvertido: por ejemplo, el pujar lujurioso y desgarrador de las yemas en primavera o los movimientos, casi animales, de una simiente. La vegetación demasiado espesa, o confusa, se nos hace sospechosa. La intimidad de los árboles y de las plantas es una intimidad inconfesable, siniestra. El vegetal nace, se reproduce, muere... Mata. Es vida. Sin embargo, vista en panorama, esta vida parece encantadora y a menudo sorprendemos a Dios en un árbol y nuestro corazón rebosa de dicha y agradecimiento porque el mundo es tan bello. Y hay ternura, también, en la vida vegetal, sobre todo en los árboles de hojas caedizas, porque estas criaturas tienen el privilegio de ser niñas todas las primaveras, de vestirse con el verde tierno, delicadísimo, verde translúcido, estremecido, que pasa de una rápida niñez a la juventud y luego a la plenitud viril, y luego a la muerte lánguida de las hojas otoñales y al sueño largo del invierno. ¡Qué viejas son estas metáforas! ¡Pero qué verdaderas, qué constantes y auténticas siguen siendo! Por algo el Edén y el jardín o el bosque han ido siempre juntos.

Pero detrás de esta pantalla, y con no menos validez que

ella, está la insinuación diabólica de la monstruosidad cruel y formal de los vegetales. Es una alusión, nada más. Nada más que alusión. Y esto porque al mundo de los vegetales le faltan dos elementos decisivos para ser diabólico o siniestro: sensibilidad (creemos que le falta) e intencionalidad.

Por tanto, en el bosque, en el jardín, estamos, efectivamente, aún, en el Paraíso primordial, en la inocencia, sean cuales fueren las aparentes crueldades y feroces avideces de la vida vegetal.

Ya no sucede lo mismo con los animales. La vida de los animales no nos era conocida, hasta tiempos muy recientes. Tal desconocimiento es, a nuestro juicio, una de las causas del optimismo fundamental del pensamiento de ciertas épocas y, de modo indirecto, soslayado, podía alimentar secretamente, como el canal subterráneo de una fuente, cuyas aguas vinieran de lejos, por venillas ocultas y enredadas, la ilusión de felicidad, propia de las utopías vitales, oculta siempre en las utopías sociales.

En la vida de los animales hay cuadros que evocan, irresistiblemente, las imágenes infernales de El Bosco, es decir, combinaciones de la ferocidad, el dolor y lo grotesco. Por de pronto, ya la carne, en sí, carece de la consistencia y de la definición en sus tejidos que encontramos en el reino vegetal y, sobre todo, en los árboles. Es una materia blanda, confusa, cálida o fría, inquietante, que inspira repugnancia y, al producirse la muerte, se resuelve en hedor y se derrama en inmundos humores. En cuanto al comportamiento de los vivientes, en su lucha por afirmarse, tiene el aspecto de un aquelarre de ferocidades, expresado, a menudo, en formas monstruosas. Fabre, aquel sabio paciente—¿quién no ha leído sus *Recuerdos Entomológicos*?—, descubridor de estos secretos infames, deja escapar, frecuentemente, en sus escritos, expresiones nada científicas, de asombro y de ira, ante las fechorías que se perpetran, como ley y norma, en este infierno. Así, cuando nos cuenta aquella tremenda historia, de estúpida y espeluznante voracidad, en que la *mantis religiosa* ataca a una abeja llena de miel, y antes de engullir su carne, la oprime para gustar la golosina; entretanto, otro enemigo ataca al primer bandido y se lo come, sin que éste abandone, mientras lo están devorando, su propio banquete.

Empero, cabe considerar estas orgías, desde un punto de vista neutro, sin contaminación de valores humanos, como un mecanismo necesario de la vida, una necesidad de la organiza-

ción. El sufrimiento infligido a los vivientes vendría a ser, en esta actitud, un estímulo indispensable para que funcione la gran máquina de los instintos. Pero se puede objetar que si la naturaleza ha resuelto sus problemas de estímulo, en muchos casos, con un dolor menos violento y con recursos más sobrios, sin espectáculos de un grotesco infernal, ¿porqué existen ciertas formas refinadas, y al parecer no indispensables, de crueldad y de dolor? Hay, en la vida, efectivamente, mucha ferocidad que parece inútil, gratuita, y por eso presenta un aspecto de juego perverso, intencionado. Sin embargo, aun estos mecanismos especialmente crueles y complicados podrían ser tenidos por manifestaciones, meramente casuales, de la adaptación, carentes de intencionalidad, y por tanto, en modo alguno "diabólicos", es decir, malignos. Así sería, ciertamente, si estuviese probado, de modo indudable, que el ajuste de los instintos y la mecánica general de las relaciones entre las especies animales es un producto automático y, por así decirlo, mecánico y casual. Ahora bien: la duda, en cuanto a la validez de esta concepción, es muy legítima, y de nuevo tenemos que acudir a Fabre.

El cercérido cazador de buprestos y otros insectos de sus mismos hábitos tienen la habilidad de asestar una certera puñalada a su víctima, en pleno vuelo, en plena lucha, justamente en el ganglio que preside al sistema motor, con prodigiosa exactitud. El animal atacado queda inmóvil, vivo pero incapaz de moverse, y en esta situación habrá de servir de pasto a las larvas del raptor que deberán comerlo sin matarlo, durante quince largos días (durante toda una larga vida de insecto), pues si comieran tejidos muertos, perecerían. Éstas y tantas otras crueldades de la naturaleza desconciertan, pero asombra más que, por mera adaptación casual, conforme a la teoría de Darwin, se hayan podido crear estos ajustes, tan complicados y precisos, del instinto. Fabre reflexiona: "La demostración es decisiva; los cercéridos, raptos de coleópteros, se confirman en su elección con lo que solamente podría enseñarles la fisiología más sabia y más sutil anatomía. Sería vano empeño esforzarse en ver aquí únicamente concordancias fortuitas. Tales armonías no se explican por medio del azar". Tal vez, en un futuro próximo, las máquinas calculadoras, conocida la edad del universo, y la edad de la vida, nos digan qué probabilidad matemática existe de que se hayan producido, espontáneamente, mecánicamente, estos ajustes del instinto. Para los neo-darwinistas ha sido el azar

quien produjo estas adaptaciones; para los neo-lamarckianos, el azar también, si bien gobernado por un principio de *self organisation* interno. Pero ninguna de estas explicaciones parece satisfactoria. La Biología opera con hechos que superan los presupuestos mecanicistas de nuestro pensamiento, y por eso no debe sorprendernos, sino al revés, que se haya abierto paso la metafísica entre los biólogos. Nosotros, con nuestra evidente incompetencia en la materia, y sólo a modo de juego, para demostrar, precisamente, el vasto campo que se ofrece aquí a la hipótesis, hemos imaginado, alguna vez, una teoría para explicar estos enigmáticos procesos de la vida, una teoría "ab absurdo", sin embargo, no del todo inútil. Podemos imaginar, en efecto, que ciertas especies animales de hoy descienden de otros seres que, por la vía de la inteligencia hubiesen logrado una adaptación óptima. Semejante éxito insuperable, hizo que la razón se hiciera regla, la regla rutina y la rutina, cuajada ya biológicamente, se convirtiese en "instinto", a expensas de la inteligencia, atrofiada por inutilidad y desuso. La especie había alcanzado la "felicidad" y por eso regresó al Paraíso, es decir, a la condición animal.

Pero volvamos a nuestro asunto principal, al asunto de la crueldad, la ferocidad, la malignidad —posible— de la vida. A veces, en efecto, intuimos, a la vista de los espectáculos de la lucha por la vida, la presencia de una intencionalidad, la reaparición del Demiurgo de los neoplatónicos, y de las explicaciones religiosas del mundo, en las que el necesario dolor y el mal adquieran un sentido trascendente y una justificación. En todo caso, y por de pronto, sea cual fuere la interpretación de los hechos de la vida animal, se impone el carácter no edénico del basamento natural donde se asienta la condición humana. Cuando este "infierno" se hace perceptible, enferma las actitudes optimistas del humanismo y de las utopías sociales. ¿Qué de bueno puede hacerse si la base de la felicidad humana, a que se aspira o puede aspirarse, es un aquelarre de monstruosos y grotescos festivos?

Digo *grotescos* porque, ciertamente, hay en estas orgías un aspecto sarcástico, un sarcasmo zoológico, a la manera de las pinturas de El Bosco. He sido bastante frecuentador de los parques zoológicos, donde se respira la infinita tristeza de la vida animal. La bestia ociosa, es decir, ni dormida ni despierta por el apetito, es de una melancolía abrumadora. Sólo el hombre

puede tener alegría en la ociosidad, porque es una criatura esencialmente juguetona, la menos seria de las criaturas, capaz de sueños, artífice de mundos propios. El hombre se escapa de su jaula o sabe adornarla con brujerías y entretenimientos. Es uno de sus privilegios. Pues bien: una vez presencié un espectáculo, digno de un pintor de locuras infernales, en una jaula de serpientes. Habían dado a los ofidios su espaciada comida de ranas vivas, en la urna de vidrio donde habitaban. Las serpientes, con su extraña inapetencia, no tocaban a las ranas. Las pequeñas bestezuelas se apelotonaban, ateridas de miedo, en un rincón de la jaula, lo más lejos posible de los monstruos. Pero una rana papuda se había encaramado a lomos de un gran ofidio, y éste reptaba lentamente por la jaula, con su jinete montado. El Bosco no podía haber inventado nada mejor. . . Pronto iba a empezar, repentinamente, el banquete de las serpientes.

Sin embargo, tuve entonces la intuición vivísima de que había en todo esto, por otro lado, cierta sensualidad, no sólo de parte de los devoradores sino también de parte de los devorados. Comprendí la unidad de la vida, como si fuera un solo ser que intercambia una misma materia en un ciclo perfecto. El dolor y el miedo de las ranas y de otros animales es un dolor que se ignora como tal, reducido a sensación, y que la carne de la rana se incorpore a la carne de la serpiente, no constituye, es verdad, una tragedia. En época más reciente, una película documental de América del Sur me ofreció la escena de un novillo herido que entregan a la voracidad de las pirañas en el vado de un río. Un espectáculo atroz. Las pirañas se introducían en el vientre de la víctima y hervían debajo de los tejidos y las entrañas devoradas. El novillo se entregó muy pronto, casi sin resistencia, y había en los ojos parpadeantes del tierno animal una dulzura que yo llamaría voluptuosa en el horror, más acá del horror. Creí sorprender, en esta escena, un extraño misterio, precisamente el misterio de esa voluptuosa mansedumbre, de ese total renunciamiento a la vida, como una cópula con la muerte, como si la dulce bestia fuese poseída por un terrible amante, y obedeciese, en aquella espantosa entrega, a un instinto, el instinto de morir, de darse en pasto, de revivir indiferentemente bajo otra forma, en el ciclo universal de la vida; y al someterse a esa vocación instintiva, parecía que la víctima gozase, experimentase una atroz delicia. Pensé en los lobos que trotan hambrientos, días y días, por los campos nevados, y al fin ceban sus fauces

ávidas en el cordero vivo y debe ser un goce enorme este calor reconfortante de la sangre pero también debe haber el goce del cordero mismo, de la víctima sacrificada a la fiera, contra cuyo poder no hay defensa posible ni resistencia imaginable. A partir de ese instante, en que ya el manso animal no puede defenderse, debe aparecer el instinto de la muerte como un canto de invitación.

No sin escrúpulos podemos contemplar estos hechos como parte de un mecanismo, de un juego de instintos admirablemente ajustado. Pero esto vale —si es que vale— sólo hasta que aparece el hombre. Con el hombre irrumpe otra cosa, el dolor consciente, la muerte-muerte, ya no sólo la muerte-vida del cordero-lobo, de la rana-serpiente, del novillo-piraña. También para el hombre rige este ciclo, este juego, pero ya no es lo mismo, porque el hombre no acepta, como acepta el animal, la ley de la muerte-vida. La rebelión del hombre contra el mecanismo general de la vida hace brotar el Mal como entidad aparte, como epifanía del espíritu en el juego ferocísimo de la materia viviente. El hombre es individuo también en el sentido espiritual de la palabra, y no sólo en el sentido biológico. El hombre se coloca en secesión respecto al mundo y lo juzga sometándolo a sus medidas de valor. Y entonces, las formas y los hechos vitales, adquieren su sentido infernal inevitable, si no son transcendidos por una concepción metafísica o religiosa que los interprete como necesidad o prueba para otra vida.

Sospecho que este conocimiento, ya no bucólico, de la realidad, de la naturaleza, basamento del hombre, ha influido en la manera moderna, y hasta cierto punto ya popular, hoy, de una visión neo-diabólica del mundo. Donde esto se percibe, mejor que en cualquier otro escritor o artista, es en Kafka. Kafka añade a la posición pesimista y angustiosa de algunas corrientes del existencialismo de nuestra época, un ingrediente significativo, la percepción de la vida del hombre como laberinto habitado por una intencionalidad malévola, cruel e invisible. Esta visión laberíntica, cargada de acechos intencionales, no hubiera sido posible en el sentimiento de la naturaleza como rústica armonía, propia del siglo XVIII y aun del Renacimiento. Tampoco, desde luego, bajo el amparo del orden cristiano, salvo en cuanto presencia de la malignidad en la creación, permitida por Dios, justificada, y ya no laberíntica por tanto.

Entiendo que la conciencia de la vida humana y de la vida

en general, soporte necesario del hombre, como laberinto angustioso y cruel, zapa en sus posibilidades la utopía y ejerce una influencia disolvente sobre la actitud que yo he llamado *fe subideal*. El hombre moderno ya no siente sus ideales —sociales, políticos— como instrumentos de redención, de salvación. El salvacionismo implícito en ellos, se ha perdido, aun cuando puedan subsistir sus aspectos, digamos, técnicos, como recursos para fines concretos, por ejemplo de mejoramiento económico y de ampliación del campo vital del hombre. El hombre de hoy no cree en ninguna esperanza con la fuerza y la evidencia con que creyeron sus antepasados y aun las generaciones de ayer mismo, aún vivas.

Sin embargo, la creencia en alguna forma de salvación, si no es una necesidad imperativa para todos los individuos, me parece una necesidad suscitada por la vida misma en las comunidades, y en general, en la especie humana. Se es hombre en cuanto uno no se resigna al destino natural. Por eso el hombre vive, relativamente a los demás seres, una supervida, una vida que se afirma más allá de sí misma. Considerado desde el ángulo de una biología integral, que abarque el psiquismo y, más aún, al espíritu, recibido tal como se ofrece —¿y por qué no acoger al espíritu de este modo, por lo mismo que resiste a otros análisis?— el hombre se nos presenta como una criatura dotada de una especie particular de vida, una vida en pugna por afirmarse trascendentalmente, quizá de crearse. Esta vida pretende, necesariamente, escapar del cuadro de la naturaleza. En su conjunto —aparte del suicidio, posible en los individuos y acaso, una forma de expresión vital desesperada— la vida humana no puede elegir más rumbo que la afirmación de otra vida, más allá y contra la mecánica de su base biológica. Dicho de otro modo: el hombre necesita una plenitud de vida, vencedora del tiempo, de la miseria, del dolor y de la muerte. Quizá pueda explicarse esta aspiración, sencillamente, como la puja de la vida elemental, de la vida de la naturaleza, tal cual aparece, en los vegetales y animales, pasada por ese algo que es la conciencia. Al pasar por la conciencia, la vida se afirma más allá de su naturaleza elemental, sin que el hombre pueda ni siquiera evitarlo. Por tanto, se trata, supuesta la conciencia, de otro destino decretado por el modo de ser de las cosas, si bien no legislado estrictamente, para todos los casos, tal vez, pero sí para la es-

pecie en su conjunto. Es, pues, hasta cierto punto, un "hecho" de la naturaleza, también, o de una supernaturalidad.

De aquí nos atrevemos a deducir que el hombre actual no permanecerá mucho tiempo en su laberinto infernal, y si una cultura pretendiera instalarse definitivamente en el laberinto inhabitable, desaparecería barrida por otras culturas más vitales, es decir, capaces aún de gestar o de aferrarse a los mitos de salvación.

LA percepción de lado infernal del mundo, es decir, no una percepción neutra de la condición humana y de la naturaleza, suscita necesariamente los mitos salvadores. Los espíritus más sensibles y más fecundos construyen sus refugios trascendentales, como Buda después de haber pasado por la visión de la pobreza, la enfermedad y la muerte. En este sentido puede decirse que el gran revelador de Dios es el Diablo. Sin el sentimiento infernal del mundo y de la vida, el hombre no buscaría a Dios, porque no le haría falta. Por tanto, en una concepción religiosa, el dolor adquiere sentido, se justifica: es la espuela, el acicate, el látigo para un modo de ver y de entender más profundo, más despierto. El Diablo es el despertador de Dios. Y, efectivamente, el hombre es inconcebible sin dolor, pues sin dolor sería otro ser, degeneraría su conciencia, hasta sumirse en la animalidad y, seguramente, más abajo, en la existencia vegetal, indolora. La ausencia de dolor produce algo parecido al dolor excesivo, insoportable: produce la estupefacción. Una vida indolora sería una vida estupefacta.

El dolor suscita el ansia de salvación fuera del orden donde el dolor, el miedo, la incertidumbre y el vértigo, gobiernan y dominan. Es la pugna hacia un paraíso trascendente. El dolor es, igualmente, el padre de los otros mitos, más modestos y menos razonables, de evasión bucólica hacia un paraíso campesino, de que hemos hablado aquí tantas veces. O el refugio, puro y simple, en la muerte: "Quisiera morirme si tal fuere la voluntad de Dios —dice el rey Enrique VI, de Shakespeare, decepcionado. Porque, ¿qué hay en el mundo sino dolor y duelo?" Y enseguida brota el evasivo mito bucólico: "¡Oh, Dios! Me parece que sería más feliz con llevar la vida de simple pastor. . ."

¿Pero se agotan las vías de salvación en la trascendencia

religiosa y en el imaginado paraíso utópico social y en el modesto paraíso bucólico?

No se agotan. Hay una vía más a la que queremos prestar aquí una atención especial, entre otros motivos, porque no tuvo suficiente literatura y puede alcanzar, muy pronto, una insospechada vigencia. Esta tercera vía ha producido también sus propios mitos salvadores.

Tales mitos aspiran, ya no a un paraíso trascendente, en otra vida, ni tampoco a un retorno a la naturaleza. Lo que intentan es más atrevido: se proponen modificar, por medio de la industria humana, la naturaleza misma, la base en que se asienta la vida. El mundo no es adecuado al hombre. Se trata de adecuarlo. Pero—esto es de suma importancia—tal adecuación no consiste sólo en modificar levemente, dentro del mismo orden establecido, el habitáculo, sino de cambiar las estructuras formales. No sólo el orden social, por supuesto, sino el orden natural. En suma: se intenta rehacer la creación. Este propósito ambicioso no se manifiesta con claridad, pero subyace en determinados mitos, de que es un ejemplo la historia de Prometeo. ¿Por qué habría de ser tan cruelmente castigado Prometeo sino por esta enorme ambición? No porque hubiera robado el fuego con el modesto fin de calentarse o de cocer sus alimentos. Este uso del fuego está permitido. Lo que no permiten los dioses es lo otro. . .

En el *Génesis* encontramos otra historia de la misma clase, exactamente idéntica a la de Prometeo, pero más profunda y más posible, porque no se trata de la aventura de un semidiós pasado al enemigo, sino de la especie humana en conjunto como protagonista, obrando de concierto (seguramente después de haber encontrado una integración social afortunada y eficazísima). Sorprende que esta actitud—una de las actitudes fundamentales del hombre, aunque no haya tenido conciencia clara de ella—sea tan vieja. Estamos aludiendo, como habrá adivinado el lector, a ese extraño asunto de la Torre de Babel. Lo singular de tal empresa es que los hombres, desconfiados de los diluvios y calamidades que podrían sobrevenirles, resolvieron contar, no ya con Dios, para salvarse, sino con sus propios recursos. "Y dijeron: Vamos, edifiquemos una ciudad y una torre cuya cúspide llegue al cielo. . . Y descendió Jehová para ver la ciudad y la torre que edificaban los hijos de los hombres. Y dijo Jehová: He aquí que el pueblo es uno, y todos éstos tienen

un lenguaje: y han empezado a obrar, y nada les retraerá ahora de lo que han pensado hacer" (*Génesis*, 11, 4,5,6). Fue entonces cuando confundió las lenguas, es decir, el logos, los recursos de entendimiento y los poderosos mecanismos del discurso, e hizo fracasar el plan.

Hay mucho que decir sobre este extraño asunto de la Torre de Babel. Ante todo, Jehová lo toma perfectamente en serio. Cree que el proyecto es posible, realizable. Concede un valor decisivo a dos factores: el de la unión del pueblo ("el pueblo es uno") y el del lenguaje común. Con esos dos instrumentos se puede fabricar una torre que alcance al cielo. La unión del pueblo no es sólo la suma de las fuerzas naturales de los hombres obrando de concierto. Es, también, el "logos", es decir, la inteligencia de la comunidad humana. La inteligencia del "hombre", de una entidad gigantesca formada por la cooperación que es un hecho patente en la ciencia. En realidad, los formidables logros humanos en el terreno de la ciencia y de la técnica no han sido alcanzados por ninguna inteligencia individual sino por un mecanismo, en gran parte de funcionamiento mecánico, precisamente, en el que entra, sobre todo, la matemática. La matemática supera las posibilidades de la inteligencia desnuda. La matemática es, ya, una máquina de calcular, un proceso formal que da sus frutos aun cuando no sea inteligible para quien la maneje. No existe ningún ser humano concreto capaz de entender todo lo que el hombre ha fabricado, inventado, el mundo de nuestras ideas y artificios. Por tanto, la *inteligencia colectiva* es, en cierto aspecto, sobrehumana, y capaz de acciones inimaginables. Por eso el hombre puede realizar lo que ni siquiera ha soñado y, desde luego, realiza, en cuanto especie, todos sus sueños.

Que ha realizado ya, el hombre, sueños, inverosímiles cuando fueron soñados, no parece dudoso. Por eso algunos mitos que carecían de sentido, como posibilidades, en el pasado, de pronto, se nos revelan ahora como hechos efectivos, si bien consumados de un modo diferente que la imagen creada por la ilusión del deseo. La aspiración a volar, la de comunicarse a distancia sin ningún medio material y continuo visible, hasta el mito de Tiresias que cambió de sexo, el transformismo de las razas. . . Los mitos aparecen, así, no como añejas fábulas sino, más bien, como profecías, anuncios de lo que mañana será realidad. Para esto es necesario que el campo de la posibilidad sea

más amplio que el de la imaginación humana. El hombre concibe sus deseos en virtud de necesidades vitales muy concretas. Pero es el caso que, en alguna parte del universo, hay siempre una tecla merced a la cual se puede suscitar, pulsándola, la aparición del Genio de Aladino. ¿Quién hubiera imaginado que existiría, en las altas regiones de la atmósfera, un techo donde rebotarían unas ondas invisibles y, gracias a esto, el hombre podría lanzar su voz en el espacio y hacerla llegar al otro lado del mundo? Pues la tecla existía y estaba ahí, como si aguardase a quien la pulsara. ¿Cuántas más teclas ocultas existen aún?

Jehová tomó en serio las más inverosímiles posibilidades humanas, e hizo fracasar el empeño de construir la Torre cuya cúspide llegaría al cielo. ¿Pero qué debemos entender por "llegar al cielo"? No, desde luego, el mero alcanzar altura, por encima de la cumbre de las montañas. Esta ascensión no tendría importancia ni, en rigor, conduciría a ninguna parte. Alcanzar el cielo es lograr la salvación, o evadirse de la condición humana. Si la Torre de Babel no significa esto, es una fábula de mero entretenimiento. No se trata de ganar altura, en el sentido espacial, sino de ganar otro mundo, es decir, cambiar el orden del universo y sustituirlo por otro orden más conveniente a los intereses humanos. Si se tratara sólo de ganar espacio o de mejorar el habitáculo natural humano, sin más, Jehová no hubiese intervenido. Un pájaro puede subirse al techo de su jaula, pero no por eso se escapará de la jaula. Algo de esto quiso decir, nos parece, Kafka, cuando supone que si se hubiera intentado sólo construir la Torre, esto habría sido permitido, con tal que la Torre no fuese escalada.

A pesar de la prohibición, de hecho, el hombre no ha renunciado nunca a construir la Torre de Babel. Está en ello. La actitud de aquellos arquitectos míticos no es sino una de las constantes del hombre: junto a la constante religiosa, esta otra constante de la modificación del orden básico material, para salvarse.

Las posibilidades reales de edificar la Torre han sido, hasta hoy, prácticamente nulas. Hoy empiezan a volverse serias, positivas. ¿Cabe imaginar un cambio artificial y radical de la base de sustentación de la vida humana, es decir, una reforma del orden en que se asienta la vida? Al comienzo y con referencia a las posibilidades de "infernar" la creación, pusimos claros e

infranqueables límites. Hay un orden profundo que es el mismo ser y ese orden no es modificable, en modo alguno. Desde luego. Pero a partir de este límite todo puede emprenderse y lograrse, teóricamente. El hombre empieza a vislumbrar ahora la Torre de Babel, incluso —sobre todo— en cuanto se refiere a sí mismo, a la posibilidad de intervenir en su propia construcción como viviente, como especie. Teilhard de Chardin, místico y hombre de ciencia, concibe una etapa de desarrollo de la especie en la que comienza "la evolución reflexiva", de una *segunda especie*, "el segundo cohete que arranca de nuevo, para el cual el cero es la velocidad adquirida por el primero".¹ Suponemos que el P. Teilhard de Chardin concibe esta evolución en términos del biologismo físico-químico. Esta intuición ha sido confirmada por la Biología actual con intervenciones positivas tan desconcertantes, pavorosas, como los experimentos de Briggs y King que consisten en extraer de un huevo de rana el núcleo, y por tanto los cromosomas, sustituyéndolo por otro núcleo, sacado de una célula embrionaria cualquiera de otro individuo que toma el mando del desarrollo y *reproduce* al individuo donante. Este experimento autoriza a concebir la posibilidad de repetir un ser humano "tirado" a un número indefinido de ejemplares, todos gemelos verdaderos, es decir, idénticos.

Pues bien: entendemos que se puede ir mucho más allá. Estos trabajos, en efecto, operan aún dentro del sistema establecido de la naturaleza, dentro de la biología natural. ¿Pero no se podrían encontrar comportamientos *vitales* de la materia con otros procedimientos, no usados por la vida conocida? Esto es mucho más atrevido pero no imposible por definición.

La vida, en último extremo, parece ser un producto de la energía que se descarga, al final de un largo proceso de cambios químicos. Estos cambios químicos previos, sin embargo, no parecen ser el factor esencial de la vida. El factor esencial es una descarga de energía, en último extremo, un fenómeno "físico". Se parte de la Física y se vuelve a la Física a través de complicaciones químicas y de transporte, en gran parte desconocidas. Pues bien: se podría concebir una forma de "vida" que prescindiese de la cadena química y operase sólo con procesos físicos. Esta forma de vida estaría en condiciones de existir en medios, por ejemplo, anhidros, donde la vida "química" no es posible. Los cuerpos de estos seres liberados de los procesos

¹ Le groupe zoologique humain. *Albin Michel*, 1956, pág. 148.

químicos serían muy sencillos y, prácticamente, de duración ilimitada; estos seres, aunque destructibles, no serían propiamente mortales. Los animales mecánicos, movidos por electricidad y provistos de sentidos y cerebro electrónico que construyen los cibernéticos son la metáfora grosera de esta posibilidad.

¿Y no podría instalarse la conciencia en seres de esta suerte? Nosotros hemos imaginado e intentado vislumbrar tal posibilidad de la instalación de la conciencia en un soporte material cuyos procesos serían físicos y no químicos, en una invención titulada *Mañana existirán las hadas* (en *La Nación* de Buenos Aires—no tenemos a mano la fecha—y, en otra versión del tema, en "Papeles literarios" de *El Nacional* de Caracas). Las viejas fábulas de las hadas y demás "espíritus elementales", expresan el anhelo del hombre de poseer un cuerpo bello, luminoso, incorruptible, capaz de habitar los elementos más sutiles o, si se quiere, la disconformidad del hombre con su propio cuerpo, pesado, sujeto a la vejez, al dolor, a la enfermedad y a la muerte. Es el ideal de la conciencia instalada en un soporte de luz o de otra materia "pura", es decir, leve y no afectado—el soporte—por cualquier forma de degeneración y de corrupción.

Las hadas y los elementales habitan en los bosques, en el aire, en el fuego, en las aguas (ondinas) y también, bajo una forma más material, en el mar (las sirenas) y gozan de un paraíso... y no tienen un alma inmortal. Pero si los mitos se realizan en el futuro, si otros mitos o ensueños de la especie se han realizado ya, también existirán las hadas algún día.

Esta graciosa creación del folklore es la empresa posible de la Torre de Babel. Es decir, una modificación profunda, aunque nunca esencial, por supuesto, de la disposición y estructura de la materia viva, para fugarse del condicionamiento biológico a que el hombre está sujeto, junto con los animales. Es la secesión respecto a la línea de vivientes a que el hombre pertenece por sus procesos biológicos. En suma: algo mucho más atrevido que la "evolución reflexiva", en cuanto la evolución supone modificar, pero no cambiar en sus bases, los mecanismos de la vida.

Ahora bien: esta Torre de Babel tiene la cúspide más allá de los límites definitorios del hombre. Es decir, implica, en suma, bajo una aparente superación, que el hombre sería aniquilado, suplantado. La Torre de Babel, en este sentido, con-

duce a una salida, pero a una salida destructora de aquel que osa escalarla. La alternativa de la Torre es la confusión de lenguas, del logos, es decir, una impotencia intelectual o moral que impide construirla, un accidente, que puede ser el trauma catastrófico, la destrucción, acaso, el retroceso de la especie incapacitada de administrar su poder sobre la materia; o bien el éxito que implica la sustitución del hombre por otro ser aun cuando sea el hombre mismo quien opera tal sustitución.

¿Pero aun suponiendo que el hombre persistiese —y todo indica que no persistiría en la escalada— podrá ser, la Torre, una verdadera salvación? Kierkegaard responde, en cierto modo, a esta pregunta, diciendo que los hijos de Caín se aburrían y resolvieron edificar la gigantesca obra. El empeño, pues, con toda su grandeza, vendría a ser, para Kierkegaard, a la postre, frívolo. El hombre no se libraría, con su audaz ascensión, y aun suponiendo que no se aniquilase, como tal hombre, perdido en la Torre, del vértigo y de la angustia. La Torre no daría ninguna respuesta a las preguntas radicales y en su cúspide no reinaría la paz. Ciertamente —es apenas posible dudarlo— una conciencia "salvada" de las miserias humanas, por tanto también inmortal, digamos, pero en un mundo limitado —necesariamente— y sin sentido —quiere decirse sin Dios—, produciría alguna otra especie de infierno, otro laberinto de horrores, más espeluznante; abriría campo a posibilidades de espanto, a un mal de término más remoto y más resistente que el mal terrestre que se habría intentado eludir. Afortunadamente, y por ahora, siempre se muere. La muerte es el fusible que corta, en un punto fijo, el mal, y señala una frontera infranqueable a la aventura de la posibilidad.

Así, pues, la Torre no puede ser un sustitutivo de la salvación religiosa, pues continúa manteniendo al hombre en un universo material cualquiera, y sin acceso al Ser. Este acceso, evidentemente, no es posible por ninguna vía operativa e intelectual, y sólo lo es por el amor, más allá de la razón. De alguna manera, por cierto, Teilhard de Chardin estableció una suerte de compromiso entre la Torre de Babel y Dios. La "evolución reflexiva" (es decir, babélica) es la marcha hacia el punto *Omega* del universo, pero este punto *Omega* se encuentra en otro *Centro* más profundo, el único verdadero *Omega*. "Es en este punto, si no me equivoco —escribe— donde... se inserta

el problema de Dios-Motor, Colector y Consolidador, adelantado, de la Evolución".²

Tiene un rico significado la epifanía de estas ideas en nuestro tiempo. Parecen anunciar un nuevo arranque de la capacidad de esperanza y de propósitos de la humanidad, en un período de crisis y de vacío. Tienen la novedad —muy importante— de que, por vez primera, los mitos de salvación, y aun las utopías vitales, pueden asociarse con posibilidades de realización material superiores al imaginado poder de la magia antigua. En verdad lo que el hombre puede hacer es un abismo sólo comparable con lo que no puede hacer. Y esta apertura de horizonte se ha producido en muy pocos años, apenas seis mil años, desde el comienzo de las civilizaciones, un ayer muy próximo, un tiempo brevísimo, apenas un parpadeo infantil, comparado con los millones de años que tiene la especie por delante, aun cuando hubiera de permanecer sujeta a los límites estrictos de su actual legalidad biológica. Asusta tanto futuro, porque parece demasiado futuro para una especie tan veloz en sus realizaciones, y tan largo tiempo se nos aparece como un vacío vertiginoso, donde el hombre, incapaz de llenarlo poco a poco, en un dejarse llevar, podría aniquilarse en el ilimitado torbellino de sus obras.

Sin embargo, y aun cuando nos turbe la amplitud de la posibilidad, abierta a la aniquilación, o lo que es peor, a los horrores laberínticos, esta misma posibilidad, cada vez más ancha, debiera ensancharnos el pecho, en vez de apretarlo. Porque la aventura de la especie es tan rica, vale la pena de embarcarse en ella, sean cuales fueren sus peripecias. Vale la pena de vivir.

² *Ob. cit.*, pág. 162.

ASPECTOS ÉTICOS DE LOS SATÉLITES

Por Robert S. HARTMAN

Los satélites representan para la humanidad el reto más grande y definitivo de la historia: equilibrar el conocimiento técnico con el moral, o hundirse en un final holocausto. Pues las naciones que ahora se divierten con los letales juguetes de la energía atómica no pueden continuar haciéndolo por tiempo indefinido. Este juego debe terminar o en la aniquilación de la raza humana, o en la comprensión de la inutilidad de un pasatiempo que más bien que internacional es interaniquilante, y en la canalización de las nuevas energías disponibles hacia trabajos cósmicos de la humanidad, que conduzcan a una unión del espíritu moral y de la conquista cósmica, en que la humanidad actúe al unísono.

Así, la ética, que en la actualidad es algo tan arcaico todavía como la física aristotélica, debe salvar de un gran salto la distancia que la separa de la edad moderna, e ir más allá, hacia la era del humanismo planetario. Aunque los moralistas no hayan podido definir todavía la naturaleza del bien, ni influir—no hablemos de guiar—sobre la fraternidad humana sobre la tierra, deberán crear, con todo, los instrumentos para construir una ética planetaria. Por primera vez en la historia, el filósofo—considerado en el *Estado de Platón* como un lunático que pretende dirigir el curso de su navío por medio de las estrellas—ha sido llamado, por la lógica de los acontecimientos, a señalar el rumbo a la humanidad.

El filósofo no está del todo a oscuras. Platón y otros han trazado el camino; George E. Moore enfocó la definición, y Bergson, en *Las dos Fuentes de la Moralidad y de la Religión*, elaboró el programa cósmico. Lo que resta por hacer es atar los cabos sueltos y crear una ciencia ética tan precisa y universal como la física. La tarea está en vías de realización, si bien es tan muda e inconspicua como los saté-

lites son ruidosos y sensoriales. Pero la esencia real de los satélites no es ruido y sensación, sino algo apacible y nada ostentoso. Su esencia es lo hecho hace unos cincuenta años por un joven en Berna, Suiza, al escribir sobre un papel la fórmula " $E = mc^2$ ", que determinó la convertibilidad de la masa y la energía. Los satélites no son sino la confirmación más contundente de éstas y otras fórmulas similares de Einstein y sus colegas, desde Galileo hasta Fermi. . . La esencia de los hechos gigantescos es el trabajo silencioso y profundo del espíritu.

Lo necesario, actualmente, en el campo moral, no es una acción gigantesca y heroica, sino la tarea apacible, sencilla, cumplida por los científicos a través de los siglos; labor de la cual pueden surgir consecuencias gigantescas y heroicas, como lo ha señalado Bergson incluso en el orden moral. Existen en la actualidad algunas personas que han estado elaborando pensamientos y fórmulas, no sobre la naturaleza física, sino sobre la naturaleza moral. Es posible que algún día estas fórmulas produzcan, en el futuro *moral* de la humanidad, lo que las de Einstein han producido en el presente *material*. En los Estados Unidos ha sido planeado un *Instituto para Estudios Avanzados de Valoración*, cuya misión es resolver los problemas éticos provocados por las fórmulas de Einstein —los de la vida y la muerte en la tierra— para lo cual cuenta con medios potencialmente tan poderosos como los de Einstein.

No es utópico afirmar que es posible encontrar un camino para armonizar el desequilibrio moral e intelectual de que estamos aquejados, si un grupo de personas se dedica al problema del valor con la misma intensidad con que los científicos de la naturaleza se dedicaron a los problemas de la energía. De no ocurrir esto, es fácil predecir lo que sucedería. Para ello basta leer el libro de mayor venta en la actualidad. *En la Playa (On the Beach)*, de Nevil Shute. La playa es la del océano del tiempo, cuyas últimas oleadas bañan su orilla y mueren lentamente en la arena. Más concretamente, es la playa de Melbourne, Australia, de la ciudad más meridional del mundo, donde las gentes viven las últimas semanas y meses de sus vidas —y de la existencia terrenal—; pues la atmósfera envenenada del hemisferio norte, devastado ya tras la breve guerra atómica de 1961, va derivando gradual-

mente hacia el sur, llevada por vientos y corrientes. De latitud tras latitud, de ciudad tras ciudad, va desapareciendo la vida al ser atacados hombres y animales por la enfermedad producida por la radiación; una especie de cólera que se inicia con náuseas, vómitos, diarrea, espasmos cada vez más y más violentos y, finalmente, sobreviene la muerte por agotamiento. Como los gobiernos de otras naciones meridionales, el australiano proporciona píldoras de cianuro a quienes quieran usarlas; de modo que, cuando llegue el fin, las gentes mueran pulcramente en sus camas. El mundo entero se va quedando dormido y, como dice T.S. Eliot, en el epígrafe del libro, la humanidad termina no estentóreamente, sino con un quejido apagado. . . Hay quienes se preguntan, tal como nosotros podríamos hacerlo, por qué el término de la vida sobre la tierra ha de ser tan ridículo; la única contestación es "porque hemos sido demasiado tontos para merecer un mundo como éste". Después de envenenar a su bebé, y a punto de ingerir sus respectivas pastillas de cianuro, el Teniente Holmes y su esposa María se preguntan si alguien hubiera podido detener el curso de los acontecimientos. . . y el Teniente dice: "No sé; fue una especie de tontería que no pudo ser detenida. Cuando doscientos millones de seres deciden que el honor nacional les exige arrojar bombas de cobalto sobre su vecino, es muy poco lo que tú o yo podemos hacer para evitarlo. La única salvación posible hubiera sido darles una educación capaz de curar su insensatez".

Y así, la vida sobre la tierra termina en una paradoja: una raza que ha alcanzado la cima del desarrollo en el orden intelectual se destruye voluntariamente, hundida en su estupidez abismal. Esta paradoja, convertida en misterio, intriga a los futuros visitantes del planeta. Por una especie de magia espacio-temporal el informe redactado por esos visitantes, "La Misión Exploradora Selecta", 45,000 años después de la catástrofe, recogido en seis volúmenes que ostentan el título "Culminación y Aniquilamiento de la Vida en la Tierra", cae en manos del editor del *Washington Post and Times Herald*, Alfred Friendly, quien hace una reseña del mismo en el número de la revista que corresponde al 26 de junio de 1955, donde puede ser leído . . . "La tierra en prados y campos y hasta las áreas otrora devastadas están ocultas por un follaje espeso. En algunos aspectos es un planeta singu-

larmente bello, pero en otros más impresionantes produce un horror máximo; pues no hay vida animada alguna sobre la faz de ese paraíso terrestre; no existen ojos, oídos, manos ni huellas... ni cosa alguna inteligente. Mayor que el horror resulta el misterio; pues mientras la Misión Exploradora Selecta adelanta más en sus descubrimientos, acerca de la vida en la tierra, menos y menos se explica su desaparición. Cada descubrimiento registrado, cada deducción comprobada, cada pieza del rompecabezas puesta en su lugar, sirven sólo para hacer más profundo el misterio. Se encuentra ante una civilización, que da signos de un gran adelanto provocado por el deseo vehemente de vivir, como debe serlo todo en la vida; perfecta en su ingeniería, con conocimientos científicos muy vastos; civilización que tenía en gran estima los niveles filosóficos más elevados y que a pesar de todo se destruyó a sabiendas... La expresión 'a sabiendas' —continúa el informe— se usa intencionalmente. Está en el fondo del enigma. Un grupo encabezado por el Jefe de la Misión prueba de manera brillante e irrefutable (Tomo II, págs. 560-719) que el terrícola no podía haber ignorado que la emisión de neutrones provocada por más de 240 reacciones de macro-fisión o fusión envenenaría en forma fatal toda vida existente sobre la tierra. Prueba de ello es que el conocimiento y la técnica indispensables para crear una reacción gigantesca, fisión o fusión, incluyen necesariamente el conocimiento del grado de radioactividad resultante, y de sus efectos sobre las formas vivas"... Hasta aquí el informe. La Misión Exploradora Selecta no pudo comprender por qué el hombre de la tierra, tan elevado en su desarrollo técnico, fue lo suficientemente tonto en el campo moral como para jugar con los elementos cósmicos al igual que un niño con sus juguetes. Sin embargo, esto fue lo que ocurrió...

Seamos claros; la situación real en este momento es la misma. La razón es que existen dos tipos de conocimiento completamente diferentes: el conocimiento material y el moral. Hasta ahora hemos desarrollado sólo el primero y descuidado el segundo. La solución, para nosotros hombres de la tierra, dueños todavía de nuestro destino, con un futuro todavía vastísimo, ahora que la tierra nos invita todavía a continuar la gran aventura de la vida que compartimos con nuestros hermanos en todo el universo, la solución consiste

en remediar el retraso del conocimiento moral frente al material, desarrollándolo como hemos hecho con el primero. Creo que la mayoría de nosotros conviene en que esto puede hacerse si aplicamos al valor el tipo de pensamiento preciso y adecuado que hemos aplicado a la naturaleza. Supongamos que esto se hubiera logrado —en parte lo ha sido; basta leer lo escrito sobre filosofía del valor— y supongamos que la nueva ciencia hubiera conquistado la mente humana, como lo ha hecho la ciencia natural, ¿cuál sería la apariencia de nuestro mundo? Permitidme ahora mostraros mi panorama futurista, que podréis poner junto al de Nevil Shute y al de la Misión Exploradora Selecta, para elegir después.

Así como la ciencia natural describe los hechos espacio-temporales, la del valor describe el *significado* de esos hechos, e incrementa nuestra sensibilidad frente al significado del mundo, en un grado actualmente inconcebible. La pintura de Nevil Shute muestra un mundo de igualdad horrible, sin vida bullente, con ciudades y pueblos muertos, con restos fantasmagóricos de una traición cósmica, escenario de una obra terminada y no obstante bañada por los rayos del sol de Dios, pintada con los colores de las estaciones alternantes, sin un solo ser sensible que pueda percibir la belleza de la tierra. . . El mundo que trato de conjurar ante vosotros es el reverso del anterior; un mundo vibrante de vida, lleno de colorido, rico, infinitamente variado, tanto más pleno de sentido que el actual, cuanto menos tiene el de Shute. . . Un mundo de riqueza cualitativa, en vez de la cuantitativa actual, en el que todos los pueblos están unidos por el común denominador de una sensibilidad infinita para valorar cada ser humano. . . Escuelas, colegios, institutos y universidades enseñan a alcanzar la plena sensibilidad frente al valor, tal como ahora los institutos tecnológicos enseñan cómo obtener la plenitud de la sensibilidad física de los aparatos medidores. En razón de la naturaleza de la ciencia axiológica o del valor —que emplea cualidades secundarias como si fueran primarias—, los sentidos del hombre son los detectores más sensibles de significados de valor. La vida, en todos sus aspectos, se ha vuelto más refinada, más sutil, más perceptiva, acelerada por un espíritu nuevo —similar a la era del Renacimiento, tras la crudeza y oscuridad del medievo. Así como la teoría física agudizó nuestro intelecto, la nueva ciencia

ha estructurado nuestro sentimiento; estamos más abiertos a la plenitud del mundo; somos más receptivos frente a los milagros de la vida cotidiana. Nos hemos liberado de la existencia mecánica, monótona, maquinal, que ahora llamamos vida, y que en realidad no es sino lucha por ella. Hemos caído en la cuenta de las cosas que realmente valen: la belleza del mundo de Dios, la risa infantil y el sufrimiento humano, en vez de percibir únicamente el círculo insípido de trivialidades que encierra lo que hoy llamamos vida, con capa tras capa de cosas, artículos, aparatos, adminículos—incluyendo los proyectiles intercontinentales, las bombas atómicas y los satélites en el sentido militar en que muchos hoy piensan en ellos. El espíritu contemporáneo está enclaustrado en un materialismo espeso como niebla densa—basta leer cualquier diario dominical o escuchar la radio o ver a la televisión durante una hora para comprobarlo—; sólo nos queda tiempo para respirar, quizá, una vez a la semana, entre 11 y 12 los domingos, o esporádicamente, durante las vacaciones, cuando podemos ver un crepúsculo o detenernos a escuchar el canto de los pájaros en los árboles. . . para luego sumergirnos otra vez en la selva de cosas y dejar que Dios y su mundo pasen a nuestro lado, sin verlos. Puede decirse que estamos ya muertos, si bien no caemos porque la enfermedad del espíritu analizada por Kierkegaard no nos deja morir, y nos condena a una pseudovida cuyo único paso lógico inmediato es la extinción física.

La nueva era que yo veo abrirá nuestras almas al significado del valor, como la anterior abrió el intelecto a la medida de las cosas; nos hará realmente seres vivos y dignos de este mundo tan bello. Imaginad cómo la ciencia natural ha cambiado la tierra, y lo inmensamente refinado de nuestro medio ambiente actual: a partir de una multitud dispersa de aldeas separadas y de ciudades amuralladas de la Edad Media nuestro mundo se ha convertido en una unidad comunicada, ligada por teléfonos y cables, vías férreas y carreteras, caminos aéreos y marítimos, ondas sonoras y luminosas. . . En forma igual a nueva ciencia cambiará el panorama interior de nuestras almas. En el vastísimo paisaje interno, que se despliega dentro del hombre y entre los hombres, queda por realizar el trabajo de cultivo, falta desbrozar y arar, construir carreteras y líneas de comunicación; hay campos por segar,

cosechas por levantar, tesoros por descubrir, recursos por movilizar y energías que esperan ser liberadas y que pueden ser tan poderosas como las de la naturaleza material. La nueva ciencia dará el espíritu a la tecnología, añadirá valor a la energía, sensibilidad humana a la sensibilidad de los instrumentos, desarrollando al hombre como la ciencia natural a la materia. . . Nos enseñará las leyes de nuestra naturaleza interna en la forma simbólica de la ciencia, única forma de conocimiento exacto que poseemos. Hay también otra predicción para esta nueva era. En un dictado hecho a su hija Anastasia en 1910, Tolstoi predijo el advenimiento de guerras mundiales, la aparición de "un nuevo Napoleón" en el norte y, finalmente, una "Federación de Estados Unidos de las Naciones" —prácticamente le dio el nombre de Naciones Unidas". Después de ello dijo: "veo un cambio en el sentido religioso. La idea ética ha casi desaparecido. . . la humanidad está sin sentido moral, pero. . . a mitad de este siglo veo la iniciación pacífica de una era ética en que *la luz del simbolismo* opacará a la antorcha del *comercialismo*". La función simbólica de la mente humana, racionalidad verdadera del hombre, será quien restaure el sentido moral y rompa con el dominio de las cosas y las máquinas.

La paradoja que confundió a la Misión Exploradora Selecta, la tontería que condujo a la muerte al Teniente Holmes, a su esposa y a su bebé—junto con todos los hombres, mujeres y niños del mundo, rusos, americanos, chinos y de todas las razas, y junto, finalmente con los pingüinos del Antártico—: esa nuestra estupidez letal, será superada cuando la sensibilidad ante los símbolos sea puesta al servicio de la vida. La paradoja de la existencia humana y la enfermedad de que hemos padecido a lo largo de la historia puede definirse como *nuestra insensibilidad ante la vida, asociada con nuestra sensibilidad frente al pensamiento*. La razón de este fenómeno es muy sutil; está basada en la misma racionalidad que nos ha llevado a la cima de las realizaciones tecnológicas, y sus raíces son las mismas de nuestra filosofía. El hombre, el animal racional, considera que su pensamiento es el valor supremo. El dios de Aristóteles estaba ocupado en pensar, en pensar su pensamiento —y se consideraba que la ocupación más elevada del hombre era pensar acerca del pensador divino que pensaba sus pensamientos. Tomado

literalmente, el término aristotélico "teoría" significa "ver a Dios". Si valuamos nuestro pensamiento como lo más elevado, desde el momento que encierre una incorrección, valuaremos como lo más alto algo que es defectuoso. En tales condiciones, toda vuestra valoración, *toda nuestra historia*, resultará equivocada. Ocurre que siempre ha habido, y sigue habiendo, una incorrección fatal en el pensamiento humano: el no ser capaz de pensar válidamente sobre la cosa más importante, sobre la vida del ser humano individual. Por eso no ha podido estimarla en forma correcta, como parte de su ser interior, de su misma racionalidad humana, o como objeto supremo y meta de su historia. Y la razón de tal incapacidad —razón de muchas de las estupideces de la historia humana— es una de las falacias de Aristóteles, repetidas por generaciones innumerables de filósofos, como tantas otras semiverdades aristotélicas. La falacia es la siguiente: si la razón actúa por abstracción y generalización entonces "lo único" —que por definición no es ni abstracto ni general— no puede ser captado por la razón. Este argumento ha sido conservado como dogma filosófico hasta nuestros días, gracias a su plausibilidad superficial; pues ¿qué posibilidad hay de que las *cosas únicas* tengan algo en común? Si algo tienen en común dejan de ser únicas, y si nada tienen en común no pueden ser conocidas por un concepto genérico. . . Este argumento deriva de una falacia lógica muy sencilla, descubierta por Bertrand Russell, la de la confusión de distintos niveles de pensamiento.

La ciencia axiológica resuelve la paradoja del conocimiento de lo único, como resuelve la paradoja de Moore sobre el conocimiento de la "bondad"; el concepto de lo único está en un nivel lógico superior al de las propiedades de la cosa llamada única. La cosa es única porque tiene todas las propiedades que tiene; pero la propiedad de "tener todas las propiedades que tiene" no es, en sí, una de las propiedades que según se dice tiene aquella cosa. Así, pues, las cosas pueden tener en común el ser únicas, sin por ello dejar de ser diferentes, o sea tener conjuntos distintos de propiedades. . . Pueden, por ejemplo, tener bondad en común, y, no obstante tener cada una su propio tipo diferente de bondad. En otras palabras, ser único no es una propiedad de las cosas, es propiedad de las propiedades de las cosas.

Esta falacia lógica ingenua ha impedido el avance de la ética humana, como otras no menos ingenuas detuvieron en otros tiempos el adelanto de la ciencia. Hay algo cierto, y no poco, en el juicio de Russell y de otros que consideran a Aristóteles como una de las grandes calamidades de la raza humana. Debido a esa falacia aristotélica la vida humana individual nunca ha tenido una posición intelectual respetable en el pensamiento del hombre. La paradoja de la historia intelectual del ser humano *es que el hombre ha valorado su pensamiento defectuoso como superior a su propia vida*. Mientras más se comprende esto más increíble aparece, a semejanza del misterio que intrigaba a la Misión Exploradora Selecta.

Nuestra historia está llena de exhortaciones y de ejemplos de hombres que han sacrificado su vida por alguna idea; pero no hay ejemplo alguno de hombres que hayan dejado a un lado sus prejuicios en beneficio de la vida —excepto en el Evangelio y en la literatura existencialista. Racionalizaciones, sistemas e ideas han sido los gobernantes supremos; los seres humanos han sido sus víctimas. Si examinamos la historia encontraremos que todos los grandes crímenes, que todas las carnicerías colectivas e individuales cometidas legalmente por hombres y naciones civilizadas han sido ejecutados en nombre de alguna abstracción, de un concepto, la "nación", "Dios" o la "raza", y ahora —esto es el colmo— en nombre de "sistemas económicos". En todos los casos se ha elevado la protesta individual, como sucedió al ser quemado Servetus por Calvino, cuando Castellio dijo: "Quemar a un hombre no es defender la fe, sino asesinar a un hombre". En forma parecida podemos y debemos decir ahora: "Pulverizar hombres, mujeres y niños con bombas atómicas no es defender la patria, es asesinar hombres, mujeres y niños". La Biblia lo dice en palabras antiguas y pocas veces comprendidas: "Vencer el mal con el bien", no con otro mal.

La ciencia de los valores humanos nos hará comprender estas palabras en sus ramificaciones infinitas, como la ciencia natural nos ha hecho comprender las de Euclides y Arquímedes, y hará que el valor supremo del ser humano individual sea una realidad viva que capturemos en todos sus detalles. Nuestro medio ambiente será entonces la Familia Humana, en vez del dictado de los sistemas. Las relaciones internacionales serán relaciones interhumanas. Las Secretarías de Go-

bierno y de la Guerra serán reemplazadas por Secretarías de la Paz, y en vez de alinear proyectiles atómicos destinados contra todos, las Secretarías de la Paz combinarán en todo el mundo los recursos de sus países para ayudar a todos. Dejará de pensarse en las esferas de influencia y se pensará en los seres humanos. En vez de pensar en petróleo se pensará en leche para niños hambrientos; en lugar de pensar en máquinas bélicas, en tractores y en semillas; en vez de pensar en gases venenosos en medicinas y en lugar de propaganda, en educación. El Secretario de la Paz de cada nación grande canalizará todos los recursos de su país—destinados ahora a hacer padecer a la gente los horrores de la guerra—para ayudar a quienes sufren. Sus agregados serán enfermeras y médicos, maestros y constructores; su poder será compasión y ayuda, y en vez de concesiones petrolíferas y bases de aterrizaje tendrá como recompensa cuerpos y almas salvados para disfrutar del mundo de Dios.

El globo entero estará lleno de institutos que difundirán la nueva ciencia del hombre, desde Boston hasta Vladivostok, desde Melbourne hasta Montreal. Por razones múltiples, históricas, ideológicas, éticas y económicas, también los rusos serán arrastrados por esta revolución espiritual. Son grandes imitadores, como sabemos por su historia. Tomaron primero la civilización occidental, el santo y la limosna; después el socialismo de Karl Marx, originado en la dialéctica de Hegel—que a su vez se remonta a las raíces heraclitianas de la filosofía occidental—y adaptaron a él su forma de vida. Son, además, grandes eliminadores y desechan lo que ya no les sirve: primero el Zar, después le tocará a Marx. Afortunadamente, el esquema marxista es tan elástico que prácticamente cualquier cosa es justificable en su nombre; dialécticamente, hasta su propia negación. Ya ahora vemos cómo Milovan Djilas condena al comunismo en nombre del marxismo. Menos radical, pero probablemente más eficiente, oímos a Krushev tronar contra la ortodoxia marxista, contra los "testarudos", "talmudistas", "loros", que "aprendieron de memoria" frases viejas, teóricas, que "no valen un kopek". "Si Marx, Engels y Lenin se levantaran de sus tumbas ridiculizarían a estos ratones de biblioteca y comentaristas que en vez de estudiar la sociedad moderna y desarrollar teorías en forma creadora tratan de encontrar en los clásicos una cita

sobre lo que debe hacerse en una central de tractores". Exilia a la Mongolia Exterior a los grandes sacerdotes de esta ortodoxia para que, después de una vida de elevada política marxista, aprendan lo relativo a estas centrales. Llegamos al elemento ético, y vemos que la humanidad empieza a despertar en todos los países de la cortina de hierro. Vemos otra vez a Kruschév al frente del espíritu nuevo: "Todos somos humanos"; "en la tina nos vemos todos iguales"; "vivir y dejar vivir"; "el único hecho capital es que tenemos que vivir juntos sobre este planeta"; "lo único que Rusia quiere exportar es su tremenda alegría". En lo económico, lo vemos fragmentar las industrias nacionalizadas y formar unidades descentralizadas, revolución verdadera que rinde al capitalismo la lisonja de una imitación parcial. Lo vemos concentrarse en las necesidades del individuo, en la producción lechera y de mantequilla y en la ambición de superar la producción agrícola de los Estados Unidos en 1961, como ha superado ya a este país en aviones de retropropulsión, proyectiles guiados, equipo para perforación petrolera y número de ingenieros. En Polonia vemos la ruptura de las colectividades agrícolas, el retorno al cultivo individual y el aumento de un 50% en la producción agrícola. Para 1960 el proceso de individualización en Rusia —iniciado ya en Polonia y Yugoslavia— puede ir tan lejos en agricultura e industria que el gobierno se vea obligado a dar a los trabajadores acciones en sus plantas respectivas; los nuevos accionistas, o socios, elegirán su propio gerente, consocio también y, como lo pidieron los revolucionarios húngaros, los trabajadores se convertirán en propietarios, en vez de que el dueño de las plantas sea ese sistema que llamamos Estado. Esta situación será capitalismo de un nuevo tipo, que en forma extraña se asemeja al capitalismo que está tomando forma en los viejos países de Europa y en Estados Unidos, el llamado capitalismo popular, de utilidades compartidas, o capitalismo de sociedad. Este tipo de capitalismo está convirtiéndose en síntesis de los sistemas económicos de Oriente y Occidente. Desde direcciones opuestas ambos sistemas se están acercando mutuamente, y el resultado será, en una y otra parte, una tremenda liberación de energía humana, como ya sucede en Polonia.

En este nuevo clima la aceptación de una teoría de valores humanos no será un milagro, sino algo del todo natural,

tan normal como poner los guiones sobre las tes y los puntos sobre las íes. A un experto agrícola americano le preguntaron unos campesinos en Polonia por qué América no enviaba a "alguien capaz de enseñarnos un nuevo sistema de pensamiento", en vez de enviar expertos en agricultura. El hambre espiritual en los países comunistas es tan grande como en Occidente. Tal vez mayor. Al platicar con estudiantes de la Universidad comunista de Berlín Oriental, hace algunos años, me dijeron que estaban casi desesperados por lo que llamaban "falta de ética en el marxismo". Permittedme recordaros que el libro de Milovan Djilas, *La Clase Nueva* prevé el desenvolvimiento de un tipo de comunismo como el descrito. También es pertinente citar en este punto la lucha entre Krushev y Shukov, que terminó con el poderío de otro sistema inhumano en Rusia, el militarismo.

Si tomáis en consideración todo lo expuesto, estaréis de acuerdo en que no es utopía, sino predicción sólida, decir que en 1961 el mundo estará cubierto de institutos de investigación sobre valores humanos —si es que entonces hay un mundo. Me refiero a institutos científicos cuyo tema básico será la naturaleza humana; y si los institutos actuales técnicos, como el Tecnológico de Massachusetts, tienen un departamento de matemáticas, los nuevos tendrán un Departamento de Teoría del Valor, o Axiología. Si los tecnológicos tienen departamento de matemáticas aplicadas, los futuros tendrán departamentos de axiología aplicada, y así como los institutos técnicos tienen departamentos de física, química e ingeniería eléctrica, los institutos venideros tendrán departamentos de ética, estética, metafísica, ciencia del valor político, y similares.

Al igual que el conocimiento físico ha refinado la naturaleza hasta hacerla que nos sirva en sus partículas más etéreas, nuestro conocimiento de la estimativa humana refinará en grado inconcebible nuestra capacidad para valorar. La objeción de que el conocimiento sobre el valor destruye la experiencia del valor es tan inteligente como decir que conocer la partitura de una sinfonía destruye la experiencia musical. En la base de esa objeción hay tres cosas: Primera, la suspicacia de la gente moralmente sensible ante la especie de racionalidad que produjo la bomba atómica, y su escape consecuente hacia lo irracional. Segunda, la ingenuidad de la mente humana al pensar que los

problemas concretos deben ser resueltos con ideas concretas, cuando en realidad las ideas más abstractas son las que dan las soluciones más concretas. En la obra *La Ciencia y el Mundo Moderno (Science and the Modern World)* Whitehead dice: "No hay nada tan impresionante como el hecho de que al ascender la matemática más y más a regiones superiores y a extremos cada vez más altos de pensamiento abstracto vuelve a la tierra con una autoridad correspondiente para analizar los hechos concretos". En otras palabras, la esencia misma de lo concreto estriba en lo más abstracto. Lo mismo sucede con el valor, su esencia está en el pensamiento más abstracto, o sea en los símbolos de la axiología. . . y no es posible llegar a la esencia del valor si sólo se toca lo concreto de los fenómenos del valor. La tercera razón que motiva la objeción de que el conocimiento del valor destruye la experiencia de éste es confundir sentimiento y valoración. La valoración no es más ni menos asunto de sentimiento que, por ejemplo, la música. Es asunto de los sentimientos *estructurados por leyes*, o sentimientos que obedecen a leyes definidas. Las de la música son las de la armonía, las del valor son las axiológicas. El sentimiento del valor no es arbitrario. Según el gran axiólogo alemán Nicolai Hartmann: "El sentimiento del valor no es libre; una vez captado el sentido de un valor no se puede sentir en forma diferente. No se puede considerar la buena fe como malvada ni creer que el engaño o la mentira sean honorables. Se puede ser ciego al valor, pero este es un asunto distinto por completo; en tal caso no se responde en absoluto a los valores y no los comprende" — como quien carece de sentido musical, o es ciego al color.

Lo que vamos a enseñar, pues, son las leyes que estructuran nuestro sentimiento del valor. Y estas leyes, no serán nada si no son universales, absolutas, válidas para cualquier ser racional, hombre, mujer, o niño europeo, americano, asiático, o habitante de este o de otro planeta del universo. Dondequiera que haya seres racionales estas leyes tendrán que ser válidas. En la actualidad tenemos leyes universales en la ciencia natural, como la de la gravedad y las demás del universo que hemos formulado y que serán tan inteligibles para los marcianos como para nosotros. Otro tipo de leyes universales es el de las leyes de la música. Si tuviera que ir a Marte llevaría conmigo algunos discos de Mozart y de Bach, que seguramente serían compren-

didados como le ocurrió al antropólogo Alain Gheerbrant cuando llevó música de Mozart a unos caníbales de Brasil, quienes se sintieron fascinados. Mozart tiene un atractivo universal, y es seguro que los marcianos, presumiblemente muy inteligentes y cuya evolución nos llevaría unos cientos o millones de años de ventaja, debido a la mayor antigüedad de su planeta y a la mayor longitud de su día laborable, lo comprenderían de inmediato.

Tanto la ciencia física cuanto la música son matemáticas aplicadas, y los principios de la ciencia física, como sabéis, están contenidos en un libro que trata de armonías musicales, *De Harmonice Mundi*, de Kepler, del año 1619. La matemática es, pues, una estructura más universal que la ciencia física o que la música. Es indudable que los marcianos comprenderían nuestras ecuaciones una vez explicada su base decimal, cosa que podemos hacer fácilmente mostrando nuestros diez dedos. Si ellos tienen también diez dedos todo sería muy sencillo, pues con toda probabilidad utilizarían el mismo sistema numérico. Si tuvieran 16 dedos, u otro número diferente a diez, sería labor fácil hacer la transformación de un sistema a otro. A pesar de su universalidad el sistema matemático no es el más universal posible. El sistema más elevado y absoluto es el sistema del pensamiento racional mismo; la lógica. Así como la ciencia física y la música son matemáticas aplicadas, del mismo modo la matemática es lógica aplicada. Así en el nivel más elevado y absoluto los seres racionales pueden comunicarse por ese mismo sistema lógico. La relación central y fundamental de la lógica es la misma de la racionalidad, la relación entre conceptos y objetos. Es decir, si hay seres que combinan los conceptos de sus mentes con los objetos del mundo tendremos seres racionales. Esta capacidad de relacionar significados conceptuales con objetos es la *definición* de la racionalidad, cosa expuesta con claridad por Ernst Cassirer entre otros.

Si la teoría del valor, de la bondad y de la moralidad, estuviera basada sobre esta relación fundamental de racionalidad, la ética sería comprendida por los seres racionales de todo el universo, como lo es la lógica. La ética nueva en que estamos trabajando algunos de nosotros está basada, precisamente, sobre esta relación central de racionalidad, o sea la existente entre significado conceptual y objeto. Permitidme que en unas cuantas palabras os muestre como ello es posible.

Dijimos antes que valor es sentido. Al decir que la vida está llena de sentido indicamos que tiene valor. Si decimos que la vida no tiene ya sentido queremos decir que ya no tiene valor. Sabemos también que el problema fundamental de la ética universal es encontrar una medida absoluta, o pauta para toda clase de valores. La solución obvia sería entonces *utilizar el sentido como medida de valor*, cosa que estamos haciendo en forma relativamente fácil, ya que lógicamente el sentido—el significado—tiene la forma de una medida. ¿Y qué es una medida? La pauta de toda medida es un conjunto de unidades, elegidas arbitrariamente y aplicables a ciertos fenómenos que al ser comparados con esas unidades pueden determinarse numéricamente. Así, el patrón de longitud es el metro, compuesto por centímetros como unidades. Medimos la longitud de los fenómenos viendo cuántas veces caben en un metro, o cuántas veces cabe el metro en ellos. Si pudiéramos medir el valor por medio del significado tendríamos que utilizar el significado como una vara de medir que aplicamos a las cosas y en la que leeríamos el número, por así decirlo, de un valor. Sucede que el significado no *es* sólo una medida, sino que el valor es de naturaleza tal que puede ser medido por el significado. Es evidente que sólo puede medirse algo con una unidad apropiada para ello; no podemos medir el peso de algo con metros, ni la virtud por segundos. ¿Cómo entonces el significado es la unidad adecuada para medir el valor? En la forma siguiente, muy sencilla, exactamente análoga a como el metro es base genérica de longitud, o el kilogramo unidad de peso. En sentido lógico, significado es un conjunto de palabras que indica las propiedades de algo. Cuando un niño pregunta ¿qué es eso? y señala, digamos, una silla, le explicamos que es una silla, le decimos el nombre del objeto y su significado, que sirve para sentarse sobre ella. Le decimos además que todas las sillas tienen una altura aproximadamente igual a la de la rodilla, que tiene un asiento y un respaldo. Si el niño comprende el significado de las palabras empleadas sabrá el significado de lo que es una silla. Si no ha entendido las palabras utilizadas por nosotros seguirá haciendo preguntas hasta comprender. Creemos y aprendemos el significado de las cosas haciendo preguntas, hasta que comprendemos. En sentido lógico significado es llamado "comprensión" o "intención", y es nada más que un conjunto de palabras, reducidas a tres en nuestro ejemplo: "altura", "asiento", "res-

paldo". Y todo conjunto puede ser utilizado como medida, pues conjunto es algo que puede ser numerado, "1, 2, 3. . .", y como hemos visto ya, la medida es sólo el instrumento que empleamos para aplicar números a algo, y contar las unidades del patrón. Si las unidades de cualquier significado son las palabras o predicados contenidos en él, una silla completa, una "silla verdadera" medida por un significado completo, es aquélla que tiene todas las propiedades contenidas en el significado de la palabra "silla", así como la longitud del metro completo es de 100 centímetros. Tal silla "completa" o "verdadera" es lo que llamamos una "buena silla". O sea, una cosa es buena cuando cumple su significado, cuando corresponde totalmente a la medida de su valor. Si no corresponde a ella no es tan buena, o es mala, como lo sería la silla carente de asiento, de respaldo, o de ambos. "Bueno", "malo", etc., entonces son *palabras para medir significados* y lógicamente no difieren de las palabras "metro", "milla", "docena", "veintena", u otras palabras empleadas para medir. En ocasiones, tales palabras valorativas son utilizadas para medir números, como cuando decimos "la ciudad está plagada de turistas". Con ello queremos decir que hay muchos turistas en la ciudad, y en este caso utilizamos "plagada", palabra valorativa con significado de "muy malo" para indicar "muchos".

La teoría del valor entonces es estrictamente lógica, tanto como la misma lógica, como la matemática o la física. En realidad el significado como medida del valor es un patrón mucho *más* universal que el metro, que cualquiera medida física, y que el número mismo, ya que el número está basado sobre nuestros diez dedos, y el metro sobre la circunferencia del planeta tierra. De donde debería ser explicado con abundancia de detalles por el marciano, cuya base de longitud puede ser mucho más universal que la nuestra, por haberla tomado, quizá, del radio del universo, o por lo menos del sistema solar. El patrón de valor sería explicado con mucha facilidad, pues él emplearía exactamente el mismo, llamando bueno, o su equivalente, a lo que cumple su significado, y malo o su equivalente a lo que no lo realiza. Es posible que en su planeta haya cosas muy distintas de las terrestres; pero cuando el marciano diga "*przik* tiene todo" sabremos que quiere decir: "*przik* es bueno", porque tiene todo lo que debe tener. Cuando diga que todos los marcianos tratan de ser buenos, sabremos con exactitud que

los marcianos tratan de ser todo lo que pueden llegar a ser, de desarrollarse al máximo y vivir a la altura de su propia medida. Ya que la medida ética es mucho más universal que las medidas físicas, es posible que podamos comunicarnos con los marcianos por lo que toca a lo ético mucho antes de poder hacerlo en relación a lo científico. El desenvolvimiento de la nueva ciencia ética puede ser una condición previa de la comunicación cósmica, como lo es ya de la sobrevivencia cósmica.

La nueva ciencia ha iniciado su camino y está siendo enseñada ya. Hemos encontrado que cambia el carácter de la gente joven, que la hace más lúcida, más despierta y más sensible. Hemos visto también que cambia familias enteras y las llena de felicidad y comprensión. De haber tiempo suficiente os contaría algunos casos en detalle. Permittedme contaros uno de ellos por lo menos. Una o dos semanas antes de que los trabajos escolares debieran ser presentados, uno de mis discípulos me dijo que escribir su composición era "lo más importante de su vida". El título de la misma era *Regreso de un hijo al hogar*. Sucintamente, el tema describía que al comprender las diversas dimensiones del valor había descubierto que no había amado a sus padres... Se había sentido avergonzado de ellos por ser obreros. Al entender los valores reales y saber que el valor intrínseco no tiene relación con lo que *hace* una persona, sino únicamente con lo que *es*, había sentido la injusticia cometida con sus progenitores. Quiso corregirla y tuvo que enfrentarse al problema de cómo hacerlo sin mostrarles que antes nunca había sentido amor por ellos. La composición mostraba el método que había elaborado para superar esta dificultad, cómo les había mostrado su amor, y cómo ésto había cambiado la atmósfera total de la casa, que de indiferencia y tensión pasó a ser de cariño, en el que prevalecían, "armonía y risas constantes". Hizo esto durante las vacaciones navideñas y redactó su composición al mismo tiempo que ponía en práctica su contenido. Leerla fue una experiencia emocionante, algo como la lectura de un milagro realizado conscientemente. Unas dos semanas después vino a verme, con una carta que le había escrito su madre. En ella le decía que durante las vacaciones habían sucedido cosas tan extrañas y maravillosas que junto con su esposo había estado pensando y platicando al respecto hasta llegar a la conclusión de que, en realidad, nunca lo habían querido. "Durante años sentí que en algunos aspectos tu padre

y yo no te habíamos dado lo que te correspondía. . . Es curiosa la vida, pasan los años, creemos hacer lo que debe ser hecho, somos como ciegos frente a lo que ocurre realmente en torno de nosotros. . . y la vida pasa a nuestro lado sin que nos percatemos de ella”.

Me parece que esta es una descripción perfecta de nuestra situación presente: somos ciegos frente a los valores reales que nos rodean y que están en nosotros. . . Si el mundo entero pudiera aprender los valores verdaderos, como los aprendieron este muchacho y su familia, nuestras dificultades terminarían en gran parte, el equilibrio de los asuntos humanos sería restaurado, y la escena de las playas de Melbourne jamás podría ocurrir.

Dos aspectos del mundo del futuro han sido expuestos ante vosotros: un mundo de vida y amor, y un mundo de muerte y desolación. . . Uno u otro tendrá que ser el nuestro. . . O lo dicho por mí es fantasía y lo descrito por Nevil Shute predicción, o bien lo descrito por Nevil Shute es imaginación —y continuará siéndolo— y lo que yo dije es predicción.

Tenemos en nuestras manos una oportunidad extraordinaria: podemos continuar gastando dinero en perfeccionar bombas de hidrógeno y de cobalto para hacer realidad la escena de Melbourne, dando así al hombre del Espacio Exterior oportunidad para escribir su informe, contenido en seis volúmenes, o podemos emplear parte de ese dinero —algo más que el costo de alguno de los adminículos diminutos que forman parte de un proyectil intercontinental— para concentrar las energías de doce o más personas en la supervivencia humana. . . La elección depende de nosotros y puede ser definitiva.

Los satélites que giran sobre nosotros en estos momentos presagian o nuestra destrucción o nuestro destino cósmico.

SOCIALISMO ÉTICO

Por Alfredo L. PALACIOS

HE dicho, alguna vez, que no deseaba ser llamado *izquierdista*, pues para mí esa palabra carece de significado. Soy *socialista* con un *sentido* constructivo y limpio de nacionalismo iberoamericano, y con un sentimiento profundo de idealismo militante. No quiero, pues, solidarizarme con nada que no esté dentro de ese concepto, el cual arraigará en nuestra América con una democracia de contenido social que vaya ampliándose y ennobleciéndose en la trayectoria marcada por el *leader* de la *Asociación de Mayo*, cuya es, ésta insuperada definición de la democracia: *régimen de la libertad basado sobre la igualdad de clases*.

I.—¿Qué es el socialismo ético?

EL socialismo es primordialmente una *aspiración ideal hacia un orden jurídico más justo*, que reemplazará al capitalismo, mediante condiciones económicas, pero sobre la base de postulados éticos. Reclama, por eso, una honda transformación en el sentido de la *socialización de la propiedad de los medios de producción*, orientada por las ideas de libertad y de justicia, valores absolutos superiores a todo valor económico y aun a la vida. Se trata, en realidad, de fortalecer la personalidad del trabajador, como ciudadano y como productor.

No considero al movimiento social como un proceso natural gobernado por leyes, independientes de la voluntad, de la conciencia y de la intención, sino, por el contrario, determinado en gran parte, por la voluntad, la conciencia y la intención. Para el materialismo histórico el mundo es una masa de hombres y cosas movidos y moldeados por fuerzas tan regulares como las que *mueven el sistema solar y han moldeado la corteza terrestre*. De acuerdo con eso, los fenómenos históricos son también lógicos y necesarios, consecuencia fatal de combinaciones dadas

de circunstancias. Una neoformación social, una revolución, la expansión o la decadencia de una raza deberían producirse en condiciones tan regulares y determinables como "*la cristalización de un mineral, una descarga eléctrica* o la evolución de una especie".¹

Para el determinismo económico la historia carece de sentido y finalidad. No admite teleología, sino la inflexibilidad del encadenamiento de causa a efecto, descartando el espíritu libre. Así el derecho, como todas las ideologías, formaría parte de la superestructura y variaría de acuerdo con las modificaciones que se producen en la estructura económica, lo cual es erróneo, aun cuando frecuentemente, el derecho —norma reguladora de la convivencia social—, y la economía, están vinculadas estrechamente. Los ortodoxos de la doctrina admiten la mecanicidad de los hechos históricos, pero a veces rompen con la exageración y dejan un sitio, aunque pequeño, a la voluntad. Pero eso demuestra la impotencia del sistema.

Estoy con los que creen que el fenómeno económico no es simple, pues tiene una raíz psíquica; es la resultante de tendencias, sentimientos y necesidades de la naturaleza humana y por lo tanto, subjetivo. Además, no siempre hay antagonismo o relación entre el derecho y la economía; así las libertades individuales y el sufragio son instituciones que carecen de contenido económico, pues la libertad es ingénita en el hombre.

Es claro que sería absurdo desconocer la importancia de los valores materiales, mas es menester afirmar en primer término los valores ideales.

¿Es eso metafísica? No importa. . . *Cuando la humanidad se mueve no es sólo por la forma mecánica de los modos de producción, sino bajo la influencia de un ideal de justicia.*

¹ JUAN B. JUSTO, *Teoría y Práctica de la Historia* (pág. 5, 1ª edición, 1909, Buenos Aires). En mi libro *Estadistas y poetas*—Cap. J. B. Justo, *el fundador ilustre*—he dicho: "Cuando aparecen los primeros síntomas de la lucha de clases (en la Argentina) con las primeras asociaciones de trabajadores para resistir al capitalismo naciente, resurte la noción de justicia social ahogada por los intereses materiales en el afán de construir y eso permitió superar el positivismo. Había que reconocer el valor de la persona humana, avanzando más allá de la posición alberdiana. Justo es el *hombre de transición* que facilita el paso de uno a otro momento histórico. De ahí algunas contradicciones, sólo explicables en un *hombre de frontera*."

La idea debe tener un ritmo idealista. Es el principio de la acción.

Creo —*sin rechazar la base económica de la historia*— en las ideas como principio creador y constructivo. Me agrada marchar por senderos espirituales requiriendo su valorización positiva. Por eso hablo de socialismo ético y siento simpatía por el Marx joven y humanista, inspirado en la filosofía idealista alemana.

Admito los fines humanos al lado del mero conocer causal y trabajo para que los obreros desarrollen un querer consciente de sus finalidades. Así se resuelve la contradicción aparente entre las normas superhistóricas constantes y su realización histórica variable.

Cuando presenciamos el actual régimen económico frente a la miseria y el dolor —y pensamos en el acervo cultural acumulado, de normas morales y sentimientos de justicia— surge la *idea socialista* con la misma fuerza mental —según expresión de un humanista— que en un naufragio la idea de salvación, o entre cautivos, la de liberación.

La idea socialista es una idea directriz de justicia que orienta el interés hacia una noble finalidad concreta; es una realidad psicológica que determina la acción. *Transforma las energías espirituales en actividades productivas y creadoras.*

La concepción materialista explica la conciencia del hombre por su existencia y no ésta por su conciencia que era lo tradicional.

II.—El socialismo marxista

Así el *socialismo* aparece como el *producto necesario de la lucha* entre dos clases formadas históricamente: el proletariado y la burguesía. Y este socialismo es para Engels incompatible con el utópico, porque éste criticaba al régimen capitalista sin poder explicarlo. Cree Engels que con los descubrimientos del *materialismo histórico* y la *supervalía* —debidos a Marx—, el socialismo se convierte en una ciencia.²

² ENGELS, FEDERICO, *Del Socialismo Utópico al Socialismo Científico* (págs. 83 y 84). Dice: "El descubrimiento de la *plusvalía* vino a revelar que el régimen capitalista de producción y la explotación del obrero que de él deriva, tenía por forma fundamental la apropiación del trabajo no retribuido; que el capitalista, aun suponiendo que com-

Eso no es exacto. Insisto en los conceptos. El colaborador de Marx incurre en una evidente unilateralidad que muchos años después tuvo que rectificar.

Sin duda Marx realizó un análisis genial del régimen capitalista, reaccionando contra la interpretación de la historia, a la manera de Carlyle. Dio al factor económico la jerarquía que le correspondía en el desenvolvimiento histórico y cuya trascendencia nadie desconoce, pero incurrió en lamentable exageración.

Aparece el marxismo en el apogeo de la filosofía materialista, cuando el universo, el hombre y la historia se explicaban por procesos materiales. Esa época, estudiada por el ilustre humanista español Fernando de los Ríos, estaba dominada por la idea de que sólo hay fundamento científico basándose en las mal llamadas ciencias exactas o naturales. Marx, de acuerdo con su tiempo, cree hallar una interpretación científica del desarrollo de la cultura en los fenómenos económicos, a los cuales atribuye el carácter de causa eficiente de la realidad social, agentes generadores de las formas, e instituciones culturales, siendo, a su vez, los fenómenos económicos originados primordialmente por razones mecánico-biológicas, immanentes al propio proceso de la técnica de la producción. La historia de la cultura, formaría así parte de la historia natural.

Kautsky y Bernstein se han trabado en interminable, estéril polémica escrutando las palabras de Marx. Discuten si el maestro se refirió a las *leyes naturales de la producción capitalista* —leyes, concepto rígido—, o si se refiere a *tendencias*, concepto más elástico.

Discuten sobre los conceptos de *determinismo y mecanismo*. No es *mecánico*, dice Kautsky, pero es *necesario*.

Podrá atenuarse y se ha atenuado, en realidad, la unilateralidad de Marx en muchas de sus obras, pero lo cierto es que en la *Crítica de la Economía Política* afirma que *el modo de producción de la vida material determina de un modo general el proceso social, político o intelectual de la vida y que —y esto es lo grave—, no es la conciencia del hombre la que determina*

prase la fuerza de trabajo del obrero por todo su valor, por todo el valor que representa como mercancía en el mercado, saca siempre de ella más valor que lo que le cuesta y que esta *plusvalía* es, en última instancia, la suma de valor de donde proviene. . . el capital acumulado en manos de las clases poseedoras. El proceso de la producción capitalista y el de la producción del capital quedaban ya explicados.

su modo de existencia social, sino su modo de existencia social el que determina su conciencia. Tal afirmación implica considerar al hombre como a un medio sin parar mientes en su voluntad libre. Todo esto ha sido confundido hasta el extremo, después de una tentativa de aclaración hecha por Engels en 1890.

La verdad es que existen contradicciones muy notables, que no amenguan, sin embargo, la importancia de la obra de Marx al establecer la categoría del factor económico.

Kautsky, en el capítulo sobre la evolución hacia la sociedad futura, de su libro *El Camino del Poder*, defiende a Marx hasta en sus exageraciones, y expresa que si la voluntad fuera libre y si pudiera dar a los objetos formas diversas, podría dar también a la evolución económica direcciones distintas, y sería entonces, nótese bien, *completamente imposible saber qué seguridad tenemos de evolucionar hacia el socialismo*, y hasta imposible discernir una evolución cualquiera de la sociedad. Habría que renunciar a todo conocimiento *científico* de los fenómenos sociales.

Y cuando se le advierte que Marx hace depender la historia de una evolución económica necesaria y mecánica, lo que no le impide ejercitar su voluntad vigorosa, al tiempo que hace llamamientos a la voluntad del proletariado, Kautsky niega la contradicción y dice que el error nace de identificar la *voluntad* con la *voluntad libre*, que Marx niega. Cree que la ciencia económica se reduciría a escolástica vacía si no se partiera del hecho de que en todo fenómeno económico la fuerza motora es la voluntad humana, pero no una voluntad libre, una voluntad en sí, sino una voluntad determinada. Y agrega que la *voluntad de vivir* es lo que constituye el fundamento de todo fenómeno económico, y que las condiciones de existencia de un organismo determinan las modalidades de su voluntad, las formas y los resultados de su actividad.

No nos interesa seguir a Kautsky en el desarrollo de sus sutiles razonamientos sobre la *voluntad de vivir* y la *voluntad de vivir mejor*. . .

Creemos en el determinismo como base de la ciencia que estudia fenómenos en los cuales no interviene la voluntad libre del hombre; mas en la historia, sólo admitimos la misión de constatación y la posibilidad de su previsión colectiva, porque existen causas uniformes y permanentes. Pero creemos que,

también, existe la voluntad humana, la alta dignidad del hombre y la ardiente aspiración del espíritu hacia la verdad y la justicia; el anhelo de penetrar el misterio del universo, la certidumbre de encontrarlos —como lo dice Spencer— ante la fuerza única y eterna de donde provienen las cosas, palabras que no son una reacción del filósofo considerado el Aristóteles moderno, sino una consecuencia de sus *primeros principios*. Y eso no puede expresarse en una fórmula económica, materialista y fría.

Sabemos que los ortodoxos nos repudiarán, pero los ortodoxos limitan el pensamiento y desvitalizan las ideas. Admirémos al pensador ya superado, y con el formidable propagandista tratemos de despertar la conciencia del proletariado para que ejercite su voluntad, su *voluntad libre* incidiendo sobre la economía a objeto de conseguir su redención.

El socialismo aspira a fundar una sociedad basada en la libertad. Parte de un juicio moral sobre la injusticia del régimen capitalista actual, y considera a la justicia un imperativo moral.

Lo económico debe estar subordinado a lo espiritual. Así como el capitalismo ha exaltado la idea de *libertad* aplicada a los objetos económicos, a las cosas, lo cual ha permitido el sometimiento de los hombres; el socialismo significa el desarrollo armónico de las facultades del hombre dentro de la libertad, subyugando a la economía.

Esta ampliación de la vida, sobre la base de la libertad y la justicia social, es lo que constituye el *socialismo ético*, que respeta la dignidad de la persona humana.

III.—El régimen económico condujo a la guerra

LA socialización de los medios de producción no es un fin sino un medio para alcanzar una ordenación social más justa y más libre.

Soy partidario de esta hipótesis fecunda que he comentado en el libro, en la cátedra y en el Parlamento. Constituye un ideal de justicia en esta hora angustiosa de la humanidad, cuando comprobamos que en la quiebra de valores de la economía mundial amenaza naufragar nuestra riqueza, y en el vuelco operado en los rumbos del espíritu ya no son faros definitivos las luces que nos guiaban. Es urgente instituir ante todo en la socialización de la tierra y de los grandes capitales para que las naciones sean dueñas de sí mismas y se constituya una socie-

dad de hombres libres e iguales que embellezca y dignifique la vida.

Quien haya seguido sin apasionamientos perturbadores el proceso de la historia, antes de la primera gran guerra, comprenderá cómo se desenvolvían las viejas y claudicantes sociedades europeas.

La guerra produjo la crisis mundial, y frente al desastre, los estadistas tenían la honda preocupación de reconstruir el mundo en su economía, sin advertir la gravitación de los factores morales.

Antes que lucharan los ejércitos, antes que los soldados se enterraran en sus trincheras, antes que las máquinas de guerra destruyeran las ciudades y devastaran los campos, se había producido la agresión en el terreno económico, la guerra sin cuartel, apasionada y violenta. En los *trusts* y en los *cartells* y en el procedimiento desleal del *dumping*, las luchas industriales se transformaron en contiendas nacionales.

Había un *remedio transitorio*, imposible de aplicar en un ambiente corrompido por el ansia de lucro: disciplinar las concentraciones industriales, invitarles a inteligencias internacionales, orientar al mundo de los negocios hacia la unidad económica de Europa, haciendo que la banca, guiada por los gobiernos, fuera, lo que quería *Saint Simón*: el órgano regulador de la producción internacional.

Jaurés, el gran tribuno, mártir de la paz, demostraba con Hildenberg, que la gran banca, organizando los capitales, permitiría por una acción internacional el reparto de los mercados consumidores entre los diversos países productores, proporcionalmente a su producción y a su potencia de trabajo. Eso hubiera sido el principio de una expansión económica sin monopolio territorial, industrial o de aduana. Era la gran puerta abierta por la que hubieran podido pasar los negocios, pero por la que también era preciso que pasara la paz.

No fue posible.

Había grandes existencias de manufacturas y sólo podía darles salida una guerra.

Europa unificada industrialmente, iría sin duda, al libre cambio o por lo menos a las tarifas aduaneras reducidas y los beneficios de los fabricantes hubieran disminuido enormemente.

Sobre esa estructura económica actuaron los estadistas de

la vieja Europa, moviéndose entre egoísmos y pasiones subalternas.

Y todo eso trajo el derrumbe y la desarticulación de la economía.

Después de las dos guerras perdidas para la redención humana, nadie cree en la posibilidad de continuar con el régimen económico actual. Todos hablan de un orden nuevo para reconstruir el mundo y las doctrinas que fueran tachadas de utópicas comienzan a ponerse en contacto con la realidad.

Las fuerzas productivas rebasan la estructura económica y no sirven ya para robustecer la situación de la propiedad burguesa. Por el contrario su inmenso desarrollo ha sobrepasado el estrecho límite de esa propiedad lo cual es un obstáculo para su expansión.

La burguesía, para atenuar el efecto de las crisis, aniquiló por la violencia gran parte de las fuerzas productivas y trató de conquistar nuevos mercados y explotar mejor los existentes. El resultado fue preparar crisis en mayor número de industrias. Además, el capitalismo que perfecciona constantemente su técnica, y la organización del trabajo, con la racionalización moderna, arrojaba en la desocupación forzosa a millones de hombres. Por un lado se eliminaba una fracción casi infinitesimal de pérdida de tiempo en el proceso del trabajo; mientras por otro se revelaba la incapacidad del régimen para aprovechar toda la energía productiva que existe. La *banda sin fin* ha producido la degeneración de trabajadores y ha lanzado a miles y miles de obreros a la miseria. He ahí la contradicción del sistema capitalista.

Así como fue abatida la propiedad feudal, será también abatida la propiedad burguesa, siguiendo un proceso histórico, que en parte se realiza de acuerdo a una *ley mecánica* y en parte por una *aspiración humana a la justicia*.

IV.—*Los medios revolucionarios*

CREO sinceramente que, cuando un fenómeno marcha hacia su destrucción es porque algo nuevo se está formando para reemplazarle.

Para suprimir la contradicción entre el modo de producción de las mercancías y el modo de su reparto, deben emplearse *medios revolucionarios*. Y aquí se plantea una cuestión intere-

sante porque no todos entienden de la misma manera esos medios. Conozco hombres que se dicen de la extrema "izquierda" y de la extrema "derecha" partidarios de la violencia, quienes consideran que la acción revolucionaria sólo comienza cuando se desacatan las leyes, con la sublevación, con la rebelión.

Medios revolucionarios son los que nos acercan a la finalidad transformadora. De donde se deduce que una acción puede ser revolucionaria, aun cuando tenga la más lejana semejanza con la sublevación. Y que la sublevación, es siempre anti-revolucionaria, cuando en vez de acercarnos a nuestro fin, nos aleja de él.

Nuestro fin revolucionario es un alto ideal: queremos una sociedad en la que el trabajo sea soberano; donde se armonicen libremente los esfuerzos de todos y la propiedad social sea el fundamento y la garantía del desarrollo individual.

Los cambios se efectúan después de una larga evolución histórica al fin de la cual se produce un período crítico en el que se proclaman fórmulas jurídicas revolucionarias que surgiendo de la acción de los trabajadores, cristalizan, en un nuevo derecho, las ventajas obtenidas por los obreros en una lucha incesante.

La *evolución* y la *revolución* no se contradicen. Se suceden y se complementan. La primera significa la culminación de un proceso sin el cual no habría revolución.

La *evolución* y la *revolución* en nuestra doctrina integran el mismo proceso; de manera que es bizantinismo discutir si somos evolucionistas o revolucionarios.

Considerar el derecho, sólo como un elemento de conservación y afianzamiento de situaciones adquiridas, a la manera de los juristas que tienen la superstición de la ley, porque creen que el derecho es la ley escrita, me parece absurdo.

Podemos concretar jurídicamente el socialismo valiéndonos del propio derecho para transformar el derecho en vigor, sin conmociones intensas, que perturben fundamentalmente la vida de los pueblos.

Es claro que tal cosa no se desprende del pensamiento de Marx, que no consideró el problema del punto de vista del derecho, sino, exclusivamente en su aspecto económico, lo que no ha impedido que los fanáticos—que en Marx quieren encontrarlo todo—, hayan descubierto un "contenido jurídico" en la obra del maestro.

La predicción de Marx respecto a la catástrofe inevitable debe ser mirada con desconfianza.

Se ha dicho que Marx se representa el movimiento moderno de emancipación bajo una trasposición hegeliana del cristianismo. Así como el Dios cristiano descendió hasta lo más hondo y sufrió infinitamente por salvar a la humanidad, siendo ese descenso y el "renunciamento" la condición de la exaltación del hombre, así en la dialéctica de Marx, el proletariado será sumido en lo más profundo para engrandecerse, enaltecendo a toda la humanidad.

El símil es falso, pues Jesús exaltó la vida. Y, aunque parezca absurdo, entre Nietzsche y Jesús se ha encontrado un punto de contacto: la necesidad, que proclaman, de superarse a sí mismos, el afán de elevación espiritual.

Parece más lógico, y vuelvo a Marx, que la redención se produzca, no por el renunciamento, sino por la elevación de las condiciones de vida, por la intensificación del espíritu revolucionario que no nace de la miseria y de la abyección, donde despierta el instinto sino de la satisfacción de las necesidades materiales y espirituales, que determinan la reflexión y la fuerza.

Y aumentando la fuerza de los trabajadores desarrollamos su conciencia. La fuerza no es la violencia y aun cuando sea necesario emplear ésta, alguna vez, de acuerdo con las circunstancias, lo que es absolutamente indispensable, es *la fuerza*. Un famoso escritor ha dicho que no hay un militar de mediana cultura que ignore la completa diferencia que existe entre la fuerza de un ejército y los medios violentos que emplea, y que no sepa, además, que los actos de violencia usados fuera de tiempo, son perjudiciales para la fuerza de los que los ejecuten.

V.—*La evolución de la propiedad*

ES un error lamentable creer en la inmovilidad de la propiedad. Conocemos todas las modificaciones por ella sufridas, desde la prehistoria, estudiada magistralmente por Morgan. Conocemos las transformaciones, desde la propiedad quiritaria; desde antes; desde el jubileo bíblico hasta el mayorazgo inglés. Conocemos las agitaciones de la plebe romana que pedía la participación en el *ager publicus*, patrimonio de la República. Conocemos la unión indisoluble del poder y la propiedad para establecer el feudalismo. Conocemos cómo fueron después abo-

lidos los derechos señoriales y los bienes del clero, cuya propiedad era *sagrada* por la ley. Y se invocó para ello, sólo el *interés colectivo*.

Los constituyentes de Francia introdujeron la propiedad en el Art. 2º de la *Declaración de los Derechos del Hombre*, que dice así:

“El objeto de toda asociación política es la conservación de los derechos naturales e imprescriptibles. Ellos son: la libertad, la *propiedad*, la *seguridad* y la *resistencia a la opresión*”.

¡La propiedad! . . . Todos los conflictos sociales giran a su alrededor.

Pero la palabra propiedad es imprecisa; tiene diversas formas y las que ayer eran legítimas, son hoy repudiadas por la ley.

Jaurés, que ha estudiado magistralmente la revolución, explica cómo se incorporó la propiedad a los derechos naturales e imprescriptibles.

La revolución era el triunfo resonante de la burguesía que dignificaba el trabajo. Antes había sido perseguida con saña porque pretendía abatir los privilegios que, entonces como ahora, parecían sagrados.

La burguesía revolucionaria, para combatir desde lo alto, dice Jaurés, tenía que elevarse hasta la humanidad a riesgo de rebasar su propio derecho y llamar en lotanza la atención de derechos nuevos. Aquella intrepidez de clase, aquella audacia para forjar armas soberanas, aunque la historia las volviera algún día contra el vencedor, constituyeron la grandeza de la burguesía revolucionaria. Por eso fue universal. Los revolucionarios quisieron relacionar su constitución con una idea eterna.

He ahí los derechos imprescriptibles, imperecederos del hombre. Eso no es metafísica —dice Jaurés— sino táctica elevada de pensamiento y preocupación vital para dar a la obra revolucionaria una señal de eternidad, oponiendo al derecho real y feudal fundado en la tradición y en la antigüedad, un derecho más antiguo todavía. A quienes reclamaban para cubrir sus privilegios, la autoridad de los siglos, opuso el estado llano el derecho humano contemporáneo del hombre y de la misma humanidad, la más antigua de las instituciones. Y así se expulsaba el privilegio, de la fortaleza donde pretendía atrincherarse y transfería a la libertad nueva, la fuerza de los siglos.

El estado llano garantizó el respeto de la nueva propiedad,

y con razón, pues la fuerza de la propiedad burguesa preparaba la revolución.

Y eso era obra revolucionaria porque así se rechazaba la arbitrariedad real que decretando impuestos ilegales, expropiaba violentamente a las clases productoras. Pero no quería consagrar la propiedad feudal.

Los privilegiados afirmaban y exigían el respeto a todas las propiedades y en nombre del derecho en vigor, no sólo pretendían conservar sus privilegios contra toda tentativa de expropiación, sino hasta de oponerse al rescate obligatorio de las servidumbres feudales.

La propiedad burguesa se oponía a la feudal porque se creía conforme con el derecho natural, pues procedía de la libre actividad humana y respondía a un objeto, que era dar forma concreta y garantía a la libertad individual.

La burguesía invocó el derecho natural para justificar y fundamentar su propiedad. Por una ilusión singular —dice Jaurés—, creía en la propiedad *eterna*. Aquella ilusión dio a los revolucionarios del 93 fuerza para abolir la propiedad feudal, separada de la propiedad burguesa por toda la distancia que media entre la fuerza bárbara y el derecho natural.

Toda forma de propiedad es precaria.

Las condiciones de la propiedad actual no son leyes eternas de la naturaleza, ni de la razón. Han sido determinadas históricamente.

La legitimidad de su concepto es discutida por todos los publicistas.

La forma que debe adoptar es materia de debates en los Parlamentos y dentro de nuestra legislación, la propiedad individual está a merced del poder público en virtud de la noción de utilidad social.

VI. *La propiedad y la Iglesia Católica*

EN la Encíclica *Rerum Novarum*, el Papa León XIII niega el derecho a la propiedad privada, si no está basada en el derecho a la vida, e innumerables autores sostienen que, cuando existe conflicto entre el derecho a la vida y la propiedad, debe primar el derecho a la existencia.

Julio Meinvielle, sacerdote argentino, ha escrito un libro titulado *Concepción Católica de la Economía*, dedicado a Jacques

Maritain, y según reza en la primera página, publicado con las licencias necesarias de la autoridad eclesiástica.

Expresa el sacerdote, que el uso común de los bienes exteriores, es lo que funda y justifica la propiedad, y cita en su apoyo la palabra de Pío X en la Encíclica *Cuadragesimo Anno*.

Dice el Papa:

“Todos (es decir, León XIII y los teólogos que enseñaron guiados por la Iglesia), unánimemente, afirmaron siempre que el derecho de propiedad privada fue otorgado por la Naturaleza, o sea por el mismo Creador, a los hombres, ya para que cada uno pueda atender a las necesidades propias y de su familia, ya para que por medio de esta institución, *los bienes que el Creador destinó a todo el género humano*, sirvan en realidad para tal fin, todo lo cual no es posible lograr, de modo alguno, sin el mantenimiento de un cierto y determinado orden”.

Y comenta Meinvielle:

“Si se quiere comprender el problema de la propiedad privada, es necesario comprender antes el uso común de los bienes, o lo que es lo mismo, el derecho a la existencia que cabe a todo miembro de la familia humana.

El derecho de la propiedad privada es un *medio* necesario, pero *medio*, que tiene como fin asegurar el uso común de los bienes exteriores”. (*Uso común*, que no quiere decir que todos hayan de usar cualquier cosa, sino que a nadie le ha de faltar aquel mínimo que necesita para vivir).

“No se puede evitar eficazmente el liberalismo económico, que hace omnímodo el derecho de propiedad, si no se hace derivar a ésta del uso común de los bienes. En esta doctrina se funda además la doctrina de los teólogos católicos sobre el derecho que tiene todo aquel que se encuentra en extrema necesidad de tomar lo que es indispensable para sí y su familia. En ese caso —dice Tomás de Aquino en su obra famosa (II. II. 66. VII)— puede cualquiera, *licitamente, socorrer su necesidad con las cosas ajenas, quitándolas, ya manifiesta, ya ocultamente, y esto no tiene propiamente carácter de hurto ni de rapiña*.

“En la misma doctrina se funda el derecho que compete al Estado de limitar y regular la propiedad privada, de suerte que alcance su destinación común. Porque, si la propiedad privada

es para asegurar el uso común de los bienes exteriores, el Estado, que tiene por misión promover el bien común, debe regularlo para tal fin”.

Ya León XIII había expresado ante el asombro de los reaccionarios que:

“Dios dejó a la actividad de los hombres y a las instituciones de los pueblos la delimitación de la posesión privada. La historia demuestra que el dominio no es una cosa del todo inmutable, como tampoco lo son otros elementos sociales y aún nos pronunciamos, en otra ocasión, estas palabras: Qué distintas han sido las formas de la propiedad privada, desde la primitiva forma de los pueblos salvajes de la que aún hoy quedan muestras en algunas regiones, hasta la que luego revistió la forma patriarcal, y más tarde en las diversas formas tiránicas (usando esa palabra en su sentido clásico) y así sucesivamente en las formas feudales, y en todas las demás que se han sucedido hasta los tiempos modernos”.

“En esta determinación de la propiedad, la acción del Estado debe ser tal que, lejos de abolir la propiedad privada, tienda a garantizarla y hacerla efectiva; para que toda familia, en la medida de lo posible, posea el propio solar estable, que se perpetúe de generación en generación”.

Esto significaba la propiedad como derecho natural. Agrega León XIII:

“En virtud de esta destinación común de los bienes exteriores, lo superfluo que algunas personas poseen —dice Tomás de Aquino— es debido, por *derecho natural*, al sostenimiento de los pobres, por lo que dice S. Ambrosio (sermón 64): “*De los hambrientos es el pan que tú tienes detenido; de los desnudos las ropas que tienes encerradas; de los desgraciados es el dinero que tienes enterrado*”. (II. II. 66. VII. S. T.).

VII. *Toda forma de propiedad es precaria*

TODO miembro de la sociedad tiene derecho a que los bienes y los servicios necesarios para la conservación de su existencia, le sean proporcionados antes de que satisfagan las necesidades menos urgentes de los demás.

La *Declaración de los Derechos del Hombre* incluye entre

los derechos individuales, ya lo hemos visto, y como derecho natural, a la propiedad.

Vaz Ferreyra, profesor de la Universidad de Montevideo, estudiando este asunto, anota que hay que distinguir en la propiedad de la tierra, la *propiedad de la tierra-vivienda* y la *propiedad de la tierra-explotación*. La primera constituye un derecho natural; la segunda un derecho social. La *tierra-vivienda* es una de las condiciones necesarias para la vida. El derecho de habitar, *derecho de estar cada individuo en su planeta y en su nación, sin precio ni permiso, es un minimum de derecho humano*.

Toda forma de propiedad es precaria. La propiedad colectiva de las épocas primitivas desapareció porque no permitía, entonces, la expansión del individuo; la propiedad feudal fue abolida porque no respondía ni a la justicia ni a las exigencias del modo de producir. Será también abatida la forma actual para dar paso a otra que encarne mejor el interés colectivo.

Lo anunciaba claramente la *Constitución Alemana*, inspirada en los tratadistas. Allí se afirma "*que la propiedad obliga*"; que "su uso tiene que ser, al mismo tiempo, *servicio del bien común*"; que "*el trabajo, la utilización del suelo, es una obligación del propietario con relación a la comunidad*". Y por último: "*que las expropiaciones en beneficio de aquélla, pueden efectuarse sin indemnización cuando así lo disponga la ley*".

Algunos juriconsultos afirman categóricamente que el concepto de la propiedad romana, derecho absoluto, exclusivo, *plenam in re potestatem*, ha pasado íntegramente a la legislación argentina, donde el legislador, al hablar de la tradición traslativa del dominio, sostiene que la propiedad es por su esencia un derecho absoluto.

VIII. La propiedad y los Códigos Civiles

HE demostrado en mi libro *El Nuevo Derecho*, cómo dentro de los códigos, está el germen de la descomposición de la propiedad privada.

El artículo 960 del *Código Francés*, dice :

"Toda clase de donaciones entre vivos, hecha por personas que no tuviesen hijos o descendientes vivos en el tiempo de la do-

nación, de cualquier valor que sean estas donaciones y con cualquier título que hayan sido hechas y aún cuando fuesen mutuas y remunerativas, como aquellas que hubieran sido hechas a favor del matrimonio por otros que no sean los ascendientes de los cónyuges, o por los cónyuges uno a otro, quedarán revocados de pleno derecho al sobrevenir un hijo legítimo del donante o por la legitimación de un hijo natural, por matrimonio subsiguiente si ha nacido después de la donación”.

Nuestro Código no ha llegado a tanto, pues el artículo 1868 establece que las donaciones no pueden ser revocadas por supervenencia de hijos al donante después de la donación, si expresamente no estuviese estipulada esa condición.

Se ha considerado que la prescripción del artículo 960 del Código Francés implica la proclamación del derecho del hijo, preludio de la magnífica proclamación colectivista. Antes de nacer o antes de ser concebido; antes de que el matrimonio de que ha de nacer esté contratado, el hijo—dice Jaurés—tiene el derecho pre-existente y superior a todo otro; tiene derecho sobre la propiedad de aquél de quien un día ha de nacer, y todos los actos por los cuales aún antes de su nacimiento, ha sido cedida la propiedad, son nulos. El hijo al nacer rompe la voluntad de aquél que todavía no era su padre y que queda reducido de repente, al papel extraño de administrador desaprobado de una fortuna cuyo verdadero propietario no ha sido aún concebido.

La propiedad no es pues, privada, es familiar. Hay un derecho pre-existente del hijo de la familia.

Y ampliando la propiedad familiar hasta la propiedad colectiva, ese derecho pasará a todo hijo del hombre, como derecho sobre el conjunto de los medios de vida y de trabajo, proclamándose así y reafirmandose, de esta manera, la justicia, base de la futura organización social.

No se concibe el derecho patrimonial como inherente a la naturaleza humana, si se consagra el privilegio de unos pocos; no puede admitirse como inmanente a la personalidad si no sanciona la propiedad de todos a los medios de existencia.

Este concepto está en la esencia de la argentinidad, como lo demostró con su acción y su pensamiento, *Rivadavia*, quien quiso que la tierra de nuestro país fuese para todos los argentinos.

IX. *La propiedad es una institución social*

UN escritor francés, ex-Ministro de Hacienda, hablando de Julio Ferry, dice que carecía de todo prejuicio metafísico y dogmático sobre la propiedad. He asistido —agrega— a una breve controversia entre él y Allein Targé. Éste expresaba que la propiedad es una institución social y con ello quería significar que no era posible sino por la sociedad; que ésta tenía el derecho de regular y disciplinar por las leyes una fuerza que procedía de la sociedad misma. Es, ante todo, respondió Julio Ferry, "*una institución política*", es decir, un medio de prevenir entre los hombres las competencias que nacerían de la indeterminación de la vida económica y también un medio de constituir una clase dirigente capaz de comunicar a la vida pública la estabilidad de los intereses consolidados.

El escritor francés observaba, sin embargo, que Julio Ferry se detenía en el umbral del problema social. No era que creyese —señala— que la vida humana quedará para siempre dentro de las normas económicas presentes. No; tenía el sentido de la evolución de la historia. Contra la utopía retrógrada de la corporación y el pequeño oficio, había defendido la gran industria moderna, la maquinaria con una amplitud de pensamiento en que se proveía la posibilidad de nuevas transformaciones. Las corporaciones habían sido útiles en su tiempo, pero su papel había terminado y "*las instituciones sucesivas quedaron desperdigadas a lo largo de la ruta del pasado*".

Para aquel que no se detenga bajo los dinteles del edificio social, se plantea hoy —según se ha expresado— la cuestión de saber si ha llegado la hora en que la propiedad individual ha de convertirse en una de las instituciones que queden a lo largo de la ruta del pasado.

Los autores enemigos del socialismo están generalmente de acuerdo, en que el derecho de propiedad no ha sido fundado por el Estado sino que preexiste al Estado mismo, el cual no puede hacer más que reconocerlo, garantizarlo, demandarle ciertos sacrificios en interés público, sin que le sea permitido organizar ni distribuir la propiedad; y tan extendida se halla esta doctrina que muchos se sienten impulsados a creer que ha sido reconocida siempre, y *que los que la niegan, y admiten un derecho de la comunidad sobre la propiedad, son innovadores subversivos que desconocen las condiciones eternas de la sociedad*. Es todo lo contrario.

Lo que sostiene el socialismo, en este caso, coincide con los principios admitidos por los jurisconsultos, los teólogos y los filósofos; en cambio, la doctrina que sustenta la existencia del derecho de propiedad anterior y superior a la voluntad soberana del Estado es revolucionaria.³

Aristóteles admite la propiedad, desde el punto de vista de la *utilidad social*, y reconoce al Estado el derecho de reglamentarla según le convenga y no aprecia las leyes sociales en las diversas constituciones, sino según su relación con la utilidad política.

Los padres de la Iglesia enseñan que la *propiedad privada tiene por origen la usurpación y se irritan contra los ricos. Se inspiran en el Evangelio.*

X. La propiedad y el cristianismo

MUERTO Jesús, sus discípulos siguieron las prescripciones del Maestro. Vendieron todo lo que tenían y el producto fue colocado en el fondo común, con lo que se subvenía a las necesidades de los asociados. Esos cristianos habían llegado casi a la perfección moral.

"Y todos los que creían estaban juntos; y tenían todas las cosas comunes". (Los Hechos, XI, 34). *"Que ningún necesitado había entre ellos porque todos los que poseían heredades y cosas, vendiéndolas traían el precio de lo vendido. Y lo ponían a los pies de los apóstoles, y era repartido a cada uno según que había menester.* (Los Hechos, IV, 34, 35).

Según que había menester. Se recibía pues, no de acuerdo con el aporte, sino de las necesidades. Realizaban entre ellos el ideal que parece inalcanzable en la humanidad y que fue considerado inmoral por el Senado Romano.

En el cristiano primitivo existía una sociedad de pobres, un esfuerzo heroico contra el egoísmo, fundado en la idea de que nadie tiene derecho sino a lo que necesita.

Permítaseme, en una breve síntesis, señalar ahora mi posición de socialista frente al cristianismo, para evitar equívocos, que son siempre funestos.

³ Véase JANET, *Historia de la Ciencia Política*, 1910, Madrid, Jorro, pág. 624, T. II.

Aunque pretendan ignorarlo los sostenedores de dogmas estacionados y los que aspiran a contener y retardar la evolución humana, es imposible negar que los ideales de justicia, de libertad del espíritu y de fraternidad esencial del hombre, proceden de Jesús. Él ha sido el revolucionario más abnegado y profundo que ha tenido hasta hoy la humanidad. Y toda secta o doctrina que autorice a esclavizar al hombre, despojarle de su dignidad, mancillarle en su soberanía, o envenenar su alma con el odio, es una doctrina anti-cristiana. Nadie podrá negar esto, y ello es la mejor defensa que pueda hacerse del cristianismo.

Es tan inmenso el aliento renovador contenido en las palabras de Jesús hombre, desprovista de toda tendencia teológica, que aquellos que se proponen combatirlas, únicamente consiguen corroborarlas. Tal es el caso de Nietzsche, quien a pesar de considerarse el anti-cristo, se acerca, con su doctrina de superación del hombre, al precepto que impone como ideal, la perfección.

¿Qué otra cosa se propone el socialismo sino acercanos al reinado de la fraternidad y la justicia sobre la tierra, de acuerdo con los principales contenidos en las enseñanzas éticas y espirituales de Jesús?

Y la democracia social, la libertad del espíritu, la fraternidad humana, son fuerzas irrefrenables que avanzan sobre el mundo y no existe poder capaz de contenerlas. Todo aquello que pretenda detener su paso será barrido en definitiva por ellos, como lo fue antiguamente el orgulloso imperio de los Césares.

XI. *El socialismo heredero del humanismo*

EL socialismo, que aspira a la comunidad de hombres libres en una sociedad disciplinada, es el heredero del humanismo.

El Renacimiento sustrajo al hombre de la acción mecánica de la naturaleza, y lo elevó por la libertad.

La tesis humanista del siglo XVI, vierte su espíritu en la ciencia política del siglo XVIII y determina la *Declaración de Derechos* de Virginia, y después —de la Revolución Francesa.

En ella aparece la eminente dignidad de la personalidad humana del *Renacimiento*. Por último, el socialismo humaniza el derecho.

Si el socialismo fuera exclusivamente económico, si él no

tuviera más objeto que una nueva organización de la economía, nada tendría que ver con el espíritu.

Si la interpretación económica de la historia se aceptara unilateralmente, considerando sólo una línea de desenvolvimiento, habríamos rebajado la dignidad del hombre.

Pero es que al lado del proceso semimecánico, hay una aspiración ideal que nace de la voluntad y entra en el campo del espíritu.

Y el socialismo, que propugna una transformación en el organismo social para extender la libertad, ha de fundamentarse, no sólo en la sociedad, sino también en la vida interior del hombre.

El fin es la libertad, lo que significa proclamar el principio ético de Kant, de que cada hombre debe ser considerado como un fin en sí mismo; carácter absoluto que no corresponde a las cosas materiales, pues éstas son siempre medios, y pueden, por eso, ser usados arbitrariamente; tienen un valor condicional y relativo.

El hombre posee una personalidad individual y una colectiva, y el socialismo aspira a realizar la síntesis entre la libertad del individuo y la actividad social.

El capitalismo ha hecho del hombre un objeto de mercado, un medio para la adquisición de riqueza; ha degradado la existencia.

El socialismo, con un sentimiento religioso de la vida, exalta al hombre y enciende el espíritu.

El trabajo no debe ser una mercancía, pues el hombre, repito, es un fin en sí. La fuerza motriz del trabajador es un alma, dijo Ruskin, y la potencia de este agente particular interviene como cantidad desconocida en todas las ecuaciones de los economistas, a despecho suyo y haciendo errar todos los resultados.

Mi concepto del socialismo es, pues, humanista.

Para mí, la colectividad y la cultura, el derecho, el arte, la ciencia, el Estado, deben converger hacia el hombre; son medios que han de estar permanentemente al servicio de los valores de la personalidad moral.

XII. *El hombre no es un medio al servicio de valores objetivos*

REPUDIO toda doctrina que hace del hombre un instrumento para determinados fines, al servicio de valores objetivos; mi con-

cepto filosófico, es antagónico del transpersonalismo culturalista o político que ha estudiado magistralmente Rambrusch.

Aspiro a que dentro de la comunidad se desarrolle la vida del individuo como un valor.

Se me dirá que soy individualista. No importa. El antagonismo en este caso, ya lo ha hecho notar Recaséns Siches, comentando a Hartmann y Scheler; el antagonismo es entre personalismo, en el sentido filosófico a que he aludido, y transpersonalismo, y no entre individualismo y socialismo, pues estos dos, coinciden en un fondo personalista; coinciden en concebir el derecho y el Estado, al servicio de los valores de la personalidad humana; en cambio los comunistas y los fascistas no consideran a la personalidad moral del hombre como la suprema dimensión del valor, ya que la subordinan a fines que no le son propios.

El socialismo ha superado la ortodoxa concepción materialista de la historia, ya lo he dicho, y es hoy una doctrina normativa; no propugna un suceso que se realizará, por la simple fuerza de las cosas, mecánicamente, por el juego dialéctico de las fuerzas económicas; propugna un ideal basado en la justicia y realizado por el esfuerzo y la voluntad de los hombres, sobre la base de las relaciones materiales.

Pero, en el orden económico y partiendo siempre del principio de justicia, no del splengleriano azar, sin sentido, que gravita según el filósofo pesimista sobre la historia, el socialismo quiere que el Estado, que no es un fin, sino un medio, no se cruce de brazos frente a la anarquía de la producción y la injusticia de la distribución que destrozan la dignidad, y desespitaliza al hombre en su trágica lucha contra la miseria.

Aquí reside la diferencia con el liberalismo: es decir, en lo que respecta a la estructuración de la vida económica.

XIII. *El sistema capitalista y la deshumanización del hombre*

Es la exacerbación del capitalismo—combatido por el socialismo y el cristianismo— lo que determinó en Europa el avance del comunismo y del fascismo que aspiraba a transformar violentamente la sociedad haciendo del hombre un medio, como el capitalismo.

Combatimos al capitalismo exacerbado que ha destruido la

ética del trabajo de la burguesía de la Edad Media, contrariando con su exagerado egoísmo económico la naturaleza humana y descristianizando la vida social. El valor humano nada significa para él.

El capitalismo ha traído un impulso invasor y expansivo de las cosas; el impulso brutal de la cantidad y de la máquina que debe ser abatido para restablecer la primacía de la calidad, restituyendo el valor jerárquico de las personas sobre las cosas.

Hay que establecer lo humano, frente a la hostilidad del régimen económico que exalta a las cosas y que exterioriza "*la pasión irreprimible por la ganancia*", *el auri sacra fammi*.

Así se ha llegado a la deshumanización del trabajo, al desprecio del espíritu y la vida del obrero por el método de Taylor, el ingeniero norteamericano que compara a cierto tipo del hombre con el buey que no opone resistencia; método de racionalización que conduce al automatismo porque elimina todos los elementos psicológicos y morales.

El mundo se deshumaniza; y ahí está la gravedad del problema que erige en poder desconcertante a la técnica. El poderío casi irreprimible que ha logrado el maquinismo marca el último acto del drama epopéyico de la lucha que sostiene el hambre para conquistar a la naturaleza.

La lucha está planteada en términos perentorios y con caracteres implacables. Si resultase el hombre incapaz de someter a la máquina, ésta aumentaría cada vez más su poderío y lo arrastraría a su propia ruina, realizándose así el destino trágico anunciado por *Spengler* en *El Hombre y la Técnica*.

Frente a esa situación, *Spengler* cree que *el optimismo es cobardía, que es nuestro deber permanecer sin esperanza, sin salvación en el puesto ya perdido*.

Rechazo el absurdo pesimismo, recordando que *Spengler*, más que pensador es un técnico científico.

No me preocupa, tampoco, la tesis ingeniosa propuesta por *Samuel Buttler*, quien supone que la máquina puede llegar a tener conciencia, trocándonos en esclavos.

Pero reconozcamos que la máquina ha desencadenado la codicia y la sed de poderío; aumenta el dominio de cada hombre, a la vez que lo somete y por fin, lo desplaza y lo elimina.

Emerson dijo: "El maquinismo moderno se parece a un globo sin dirección que se ha elevado con el aeronauta".

Pero destruir la máquina sería insensato. Lo repudiable es el empleo que se hace de ella. Destruir la máquina significaría

la derrota del poder creador del hombre, la confesión de nuestra impotencia para administrarla y dirigirla.

Por otra parte, la vida humana es una acumulación creciente de problemas y dificultades, y la grandeza de ella consiste en la constante necesidad de superarse.

Todo paso regresivo en la senda de nuestro progreso efectivo, es una cobarde decepción.

XIV. *El régimen implacable*

LA técnica lo ha transformado todo al crear las nuevas condiciones de producción. Pero el sistema económico se asemeja al mago que no puede dominar el influjo sobrenatural que él mismo evocó, según la conocida expresión.

La desocupación y la miseria, cuando no la "*banda sin fin*" en el sistema de racionalización, son el resultado en que culmina el régimen económico.

En *Citroen*, Eremburg habla de la cadena. Leamos:

"Largas filas de obreros. Unos ponen una tuerca, otros aprietan un tornillo, los terceros cuentan aletas, los cuartos pintan llantas, los quintos estampan ejes. El hombre levanta la mano y la baja luego. Para esta clavija que tiene delante se le conceden cuarenta segundos justos. La máquina tiene prisa. Con ella no hay conversación que valga.

"Los *chassis* reptan a lo largo del taller sin fin. Las ruedas le salen al paso. Las ruedas dan vueltas en el aire. Las ruedas se precipitan hacia los *chassis*. Un hombre coge una rueda, y la pone en su sitio. Una rueda, otra. Su misión en la vida es simple y solemne. Este hombre coloca la rueda izquierda del juego trasero, y siempre la izquierda, siempre en el juego trasero. Está acostumbrado a doblar la pierna derecha: la izquierda permanece inmóvil. Está acostumbrado a volver la cabeza sólo del lado derecho: del lado izquierdo nunca mira. Este obrero ya no es un hombre: no es más que una rueda, la rueda izquierda del juego trasero. Y la cadena va más lejos. En la cadena inferior circulan los *chassis*: en la superior las *carrocerías*. Con una precisión angustiosa, la carrocería pasa por una trampa para venir a situarse sobre el *chassis*. Esto se llama el "*casamiento*". El "*casamiento*" dura minuto y medio. El hombre se inclina: tuerca, clavija. La cadena se va".

"Es una maravilla de la técnica, es un triunfo de la razón, es la subida de los dividendos y es una cadena ordinaria, una cadena de hierro, a la que se hallan atornillados aquí, 25,000 presidiarios. ¿Y no nos explicaremos todavía el comunismo en régimen tan implacable?"

XV. *Hay que socializar la máquina*

¿HABRÁ, entonces, que desandar el camino? No; habrá que subordinar la máquina al espíritu. Habrá que socializarla. Sólo así será superada y dirigida por el espíritu. Sólo así no destruirá a sus propios creadores.

Y esa socialización se realizará en nombre de la justicia. La justicia ha de ser la idea directriz.

GÉNESIS DE LA CRÍTICA

Por Alfonso REYES

I. *El desprendimiento de la Crítica*

1. *El problema.* No se trata aquí del problema que resuelve o procura resolver la Crítica cuando se enfrenta con la obra, asunto sobre el cual ya se ha dicho por ahí todo lo que importaba. Pero veamos cómo apareció la Crítica, más en el concepto que en la historia real de su advenimiento y desarrollo. La Literatura es disfrute. La mente no se conformó con el ingenuo disfrute. La Literatura brota como realidad condicionante; la Crítica, como realidad condicionada. Puede haber Literatura sin Crítica, nunca Crítica sin Literatura. El astro, suficiente en sí mismo, ha echado de su seno un satélite para contemplar en él, como en un espejo, la reflexión de sus fulgores. Este desdoblamiento nos recuerda fenómenos a que ya nos tienen habituados la Astrofísica y la Biología. Pero a la Astrofísica, aunque le hacemos cuentas puesto que se expresa por los números, no le pedimos cuentas porque no le atribuimos —ya— personalidad antropomórfica: nos conformamos con llevar constancia de lo que en ese orden sucede. A la Biología tampoco le pedimos cuentas cuando vemos que la célula se fracciona. La célula es anterior a nosotros, no hemos sido consultados por ella; ella nos acarrea: no escrutamos —ya— en sus propósitos. En cambio, las cosas propiamente humanas, las cosas del espíritu, en cuanto alcanzan un clima de conciencia, son llamadas —como se dice en Derecho— a absolver posiciones. Ahora bien, el germen de la Crítica puede definirse como un albor de conciencia en la creación y la Crítica ya madura, como una conciencia en mediodía. Nos sentimos, pues, impelidos a exigirle que responda por sus intenciones, diga lo que quiera y nos confiese a lo que ha venido. Cierto, la raíz del espíritu se hunde en el magma antropológico; y ya sabemos que, en aquellos primeros tanteos de la conciencia, el instinto dialéctico tiende a desdoblar las concepciones, a distribuir

en partes las dificultades que él mismo se fabrica, para así mejor dominarlas; y este es el origen del método. Si, por ejemplo, hemos concebido una deidad, tarde se nos hace para repartirla en dos principios antitéticos y relativos: Vida y Muerte, Bien y Mal; Shiva y Vishnú, Ormuz y Arimán, Dios y Luzbel. Porque el maniqueísmo es la herejía connatural del espíritu. Si contemplamos al primer Hombre, tarde se nos hace para imaginar que su costilla florece, imitando los modelos vegetativos.

Se dirá que, por aquí, nos perdemos en explicaciones alegóricas. Pero la alegoría no es más que el comienzo de toda exégesis y —para decirlo de una vez— de toda crítica. Ella es un sondeo incipiente hacia lo que hay detrás de las apariencias, hacia los sentidos ocultos. Se dirá que, por aquí, nos perdemos en explicaciones demasiado vagas y generales, o bien en descripciones metafóricas que todavía explican muy poco o pueden explicar a medias muchas cosas indiferentemente. Pero es que apenas hemos comenzado a cerrar el cerco. Por el momento, hemos llegado ya a la sospecha de que esta bifurcación entre la Literatura y su contraste —ese contraste se llama Crítica— es un caso particular de una ley muy vasta, la cual tanto rige las evoluciones del universo como las inclinaciones de nuestra mente. Y para plantear el problema, para perspectiva de ataque, esto nos basta. (Ver mi "Anatomía de la Crítica" en *La experiencia literaria*).

2. *El desprendimiento de la Literatura.* La Literatura condiciona el ser de la Crítica. Sin Literatura no hay Crítica. Pero ¿cuándo hay Literatura? La Literatura no surge de la nada, no cae de repente en la cabeza del hombre a modo de fecundación cósmica a semilla telúrica, como cuenta Dante que la cayó encima la inspiración de la *Vita Nuova*. Está, a su vez, condicionada por un "complejo fenomenal" previo (con permiso del buen estilo) y nace mezclada con la ganga de otras materias que no tienen su condición de oro. Por aquí podemos retroceder hasta el Logos, y ya veremos más adelante que la presencia del Logos tampoco es ociosa en nuestra hipótesis. La Literatura germina en la entraña de la tribu como una necesidad; y, cuando puede ya percibirse, no es más que una subsidiaria de la magia, de la creencia, la mitología, la historia narrada, las instituciones. Aun admitiendo que el valor estético palpita ya en esos embriones, sólo gradualmente se emancipa de ellos la Literatura como fin

en sí. Además, este servicio de la tribu no tiene más dueño legítimo que la tribu. Hay todavía un ancho margen de indecisión entre las funciones del individuo y las funciones del grupo. El descubridor de la fórmula verbal ha sido mero instrumento de la voluntad colectiva. La fórmula es una secreción del coro en boca del héroe, y está dotada de virtud intangible. Mal podría el inventor, que ni siquiera está seguro de serlo, permitirse la menor ingerencia a posteriori (esto sería ya la Crítica), en palabras destinadas a propiciar a los dioses, que acaso hablaron por su boca, destinadas a invocar la lluvia, a facilitar las labores de la agricultura, a ahuyentar la peste, a rememorar hazañas del jefe, a establecer el misterioso vínculo del contrato. Y puesto que la Literatura comienza por ser un servicio, desde ese momento es objeto de estimación y, además, de conservación necesaria. Tal es el origen lejano del Archivo y la Biblioteca, propios instrumentos de la Crítica.

Hay otra etapa todavía: el poeta refiere ya la fórmula a su persona, pero no se sabe poeta. Se siente criatura sacudida, poseída. La fórmula verbal es parte de su propio ser o función continua de sí mismo; no cosa inmediata, no producto emanado, externo. Caso semejante al del niño que poco a poco delimita los miembros de su propio cuerpo, de los que no puede desahacerse, y los objetos desligados que lo rodean. Al despego de la tribu tiene que suceder ahora el despego del yo.

Finalmente, aparece la última etapa: la propiedad del yo, la mano tendida sobre el producto. Estas etapas sólo se distinguen teóricamente y bien pueden andar confundidas. Pero fácilmente se advierte que hoy un grado mínimo de evolución para llegar a este despego de la tribu, a este despego del yo, y más aún a este despego del "complejo fenomenal" en que viene implícita la Literatura. Más tarde, muy tarde, la Literatura habrá de desprenderse a su vez como hecho autonómico, destinado a la emoción del esparcimiento y la belleza, y como continente verbal de la "experiencia pura", purgada de otras intenciones y todo propósito de "literatura aplicada". Así fue que el infalible Robert Louis Stevenson haya podido ya afirmar, en su "Carta a un joven caballero", que el arte no es más que *the tasting and recording of experience*. (De aquí que los fenomenólogos de hoy en día tengan que valerse de la Literatura y aun imitarla hasta donde pueden en sus descripciones y análisis). Y si el instrumento de este arte es la palabra, ya tenemos la Literatura.

3. *El yo ante la obra.* Para mayor claridad, supongamos ahora que ya, por su parte, la tribu no se atreve con el poeta, al que considera investido con las fórmulas sacramentales. Pero el poeta ha comenzado a atreverse consigo mismo. Ya se sabe artífice. Ha perdido ya el candor primitivo. Siente que puede hacerlo mejor o peor. Su ánimo se sobresalta con dudas y afanes: dudas, en cuanto a la propia aptitud; afanes de superación. Aquí el corregimiento, aquí la autocrítica; aquí la primera confrontación entre el yo y la obra. Aquí, aun cuando la Literatura no se ha emancipado totalmente de su servidumbre (difícil, lentamente vendrá en las sociedades el prescindir de un auxilio tan precioso, de que todavía quedan vestigios, bien los ritos sacramentales o los del derecho formulario—, se da ya la tempestad en un cráneo: —Si el pueblo no se atreve a juzgarme, yo sí me juzgo. Este acoso de la propia conciencia acompañará ya siempre al poeta. Duda y afán, ora simultáneo, ora posteriores a la creación, ellos lo guían secretamente como una preceptiva infusa. Más o menos turbios, más o menos nítidos según sean los temperamentos, crían músculo con la experiencia y vienen a ser, teóricamente, la base de toda Arte Poética. La Musa ya no sólo empuja, también sujeta. La deidad acompaña los furores de Aquiles, pero tira de su cabellera para que no dé un paso en falso. Ya se entiende ahora: cuando la Literatura llega a madurar como mero objeto de belleza, también la Crítica habrá madurado lo bastante para enfrentársele. (Siquiera la Crítica interior).

4. *El "otro" ante la obra.* Y, por fin, el desdoblamiento se desdobra. La Crítica interior da de manos a boca con un huésped inesperado, que es la Crítica exterior. Así como el poeta logró objetivarse ante su poema, proyectándolo fuera de su persona cual si fuera engendro de mente extraña, he aquí que ahora irrumpe en su reino sagrado el "otro", el extranjero, el "rompedor del Cielo" en la frase incomparable del chino. El otro, a su vez, se avalanza sobre el poema que no ha compuesto y dispone de él, en cierto modo, cual si fuere ahora su propiedad. Nuevo grado de la evolución, nuevo peldaño de conciencia, desde donde el otro osa decir: —Yo lo hubiera hecho mejor. (Pues si simplemente lo admira, ha dejado de ser el "otro"). Es la censura, propia operación de la Crítica. Aristarco se perfila en la nebulosa. Su presencia incomoda, y con ella aumenta la duda,

forma inconfundible del método. Dije en la "Anatomía de la Crítica":

... La Crítica, personaje aparte, emprende ahora, frente a la Creación, su largo diálogo intermitente.

5. *La facultad crítica.* No era de esperarse otra cosa. La Crítica literaria no es más que la inserción en la Literatura de la facultad crítica del alma. La cuestión se resume en otra más profunda: ¿Puede el hombre permanecer pasivo ante el mundo? Prescindamos del problema filosófico, que está todavía en averiguaciones si la realidad existe por sí o es una creación del espíritu que cree contemplarla, etcétera. Berkeley se pregunta todavía si él produce el mundo con los ojos. Pero concedamos realidad a la realidad. Si "la vida es sueño", el sueño es la realidad del que sueña. Plantemos al hombre ante su mundo. Desde que lo percibe, ya no es pasivo: obra sobre él para adquirirlo, para dejarlo entrar en su ser. Y aquí comienza el debate epistemológico. ¿Percibe el hombre la realidad tal como ella es, o la transforma para adquirirla? Las más elementales noticias sobre el trabajo de los sentidos nos convencen de que la transforma y que construye sensaciones y objetos, y todo lo que viene con ellos, tejiendo a su modo los inefables haces de energía que se le ofrecen. Para la Filosofía, el hombre no puede ser pasivo ante la realidad.

Adelante: concedamos crédito a la realidad percibida, sea un residuo o una ilusión, pues dentro de ella se desarrolla lo humano, y—olvidando ahora la realidad profunda—llamaremos realidad a esta limosna que nos queda. Pues bien, ¿alguna vez se resignó el hombre a recibir tal limosna pasivamente? Nunca: su mente siempre agita la mole. Si los hechos fueren adversos, los examina, e interviene para reducirlos a su imperio, para domeñarlos. Si son favorables, los examina, e interviene para asegurarse su disfrute, para disponer a su arbitrio del tesoro encontrado. De aquí nacen Civilización y Cultura, órdenes condicionados entre sí, aunque de muy diversas maneras. De aquí nacen Hermes y Atenea.

6. *Civilización y Cultura.* La Civilización (o lo que de momento así llamo) se refiere a hechos de la naturaleza. Éstos, con respecto al hombre, pueden ser mediatos o inmediatos. En-

tiendo por mediatos los exteriores a nuestro organismo; por inmediatos, los que estructuran nuestro ser físico. Entre ambos, ya se sabe, corre la ecología como tema de relación. En los mediatos, los límites de la intervención humana quedan determinados por la resistencia que nos ataja y por el avance de la técnica. La construcción de un puente o la apertura de un túnel se llevan o no se llevan a cabo según la dificultad y en instrumento. Se interviene el hecho favorable, cuando se aprovecha una caída de agua para instalar la planta eléctrica. Se interviene el hecho adverso, cuando se canalizan las inundaciones del Nilo. Todas las ciencias y artes aplicadas entran en este cuadro. En cuanto a los hechos inmediatos, los límites de la intervención humana quedan determinados por la mayor o menos necesidad que ofrezca el hecho. La mayor necesidad significa el máximo respeto. El hombre juega con su fisiología, pero sólo hasta cierto punto. Puede inventar la gastronomía o el arte de adornar alimentos, pero ni puede comer incesantemente ni puede dejar de comer. A pesar de lo que nos cuenten las comedias, sí hay, sí hay burlas con el amor, pero dentro de inquebrantables normas. Cabe el fraude a la concepción, caben los intentos eugenéticos, caben las figuras eróticas que los eruditos apenas se arriesgan a explicar en latín. Pero ni se puede amar incesantemente, ni privarse indefinidamente de amor. Éstos son ejemplos de intervención en el hecho favorable. ¿Ejemplos de intervención en el hecho adverso? La Medicina, la Cirujía.

La Cultura¹ (o lo que de momento así llamo) se refiere a los hechos mismos del espíritu y a los productos del espíritu, en aquel proceso de "deificación" que estudia Max Scheler y que se inicia donde el hombre animal comienza a ser el hombre humano. Si hemos visto al hombre intervenir hasta donde puede en cosas de la naturaleza, ¿qué mucho si no se resigna a recibir pasivamente los hechos del espíritu? Si allá la intervención fue acto práctico, aquí es un acto intelectual, y éste se reduce al conocer. Por cuanto la Literatura es producto, no sólo hecho del espíritu, mayor es la posibilidad y mayor es la tentación de desmontar su relojería escondida, porque el hombre nunca se está quieto. Por cuanto la Literatura representa un disfrute, mayor es el ansia de investigar su secreto para asegurar su posesión.

¹ Ya se entiende que no confundimos la Cultura con la Ciencia Cultural de Rickert, o "puesta en valor" de los productos culturales, y que se resuelve en las ciencias aplicadas. Mi definición es sumaria, provisional y sólo adecuada a mi argumento.

7. *El Logos y la Crítica.* Hasta aquí la Crítica es muda, parece una interna facultad, una callada apreciación, una rumia del conocimiento. Para entender por qué se expresa (pero ¿es que no se entiende de suyo?), por qué sale afuera y se comunica, basta con decir que, reconocida su utilidad y reconocido su atractivo, conviene fijarla en palabras y guardarla. (¡Qué magia, la palabra!). Pero, además, el hombre es esencialmente Logos: necesita hablar y decir, *hablar con palabras* de cuanto ve y entiende, de cuanto no ve y no entiende, decírselo a sí mismo y al prójimo. Si nunca puede estarse quieto, tampoco puede estarse callado. El comentar es su función específica, en cuanto percibe objetivamente su función creadora. La determinante literaria y la determinada crítica se ligan por íntima necesidad. Si el hombre habló para hacer el poema, hablará para hacer la crítica: no la dejará en las moradas interiores a modo de Bella Durmiente; no podría, es parte de su bien divino. ¿Oímos algo, recibimos algo? Al disfrute del recibir responde el disfrute de contarlo. La Ninfa Eco grita y se escucha, y si canta para sí, quiere oírse. De aquí que se desdoble en su voz. Al Verbo poético ha de acompañar el verbo crítico. Hasta en el amor, que es tan recatado, ya decía 'Celestina' que el gusto sólo se acabala cuando se cuenta. Tal es la indiscreción del secreto. Vive de urgencia, corre el riesgo de depositarse en cualquiera oreja que lo escuche. Alto parlante, el hombre; o, como dice el *Diálogo de la lengua*, incorregible "hablistán".

II. Los estímulos de la Crítica

1. *El creciente imperio de la Crítica.* Ya hemos llegado a la Literatura como cosa autónoma, cosa inmediata. Lo bastante para que, perdido ya el candor primitivo como creo que dije hace rato, el espíritu la contemple. Entonces, en movimiento inverso, el espíritu vuelve sobre ella, la instaura en objeto del conocer. Si antes, teóricamente al menos, sólo alargaba hasta ella el hilo eléctrico de la emoción, ahora interpone un filtro para ver cómo se dibuja el proceso de la emoción. Vuelve lo mediato aún más mediato con la nueva operación que inventa: la Crítica, a su vez, se erige en actividad independiente. "¿Haces versos? —propone Sócrates al poeta. Pues explica ahora lo que dices. Búscales el segundo fondo a tu arca". Y conforme aumenta el aprecio que se conceda a la Literatura, se va estímu-

lando la Crítica. La Crítica galopa a horcajadas de la Poesía. Los estímulos que reciba la Crítica serán la repercusión simpática de la estimación que vaya alcanzando la Poesía. Hasta que, condicionada como era, la Crítica se siente un día con arrestos para tantear un "pronunciamiento" y pretende, a su turno, alzarse como realidad condicionante. Hace decretar por pregones que ella es la Maestra de las Artes. La Crítica, para conocer, denomina. Ya sabemos que la denominación se carga al instante de intenciones. Esto acontece con la Crítica. No conforme ahora con conocer y explicar, quiere dirigir, dictar códigos. ¿Pues no le está acaso confiada la misión más preciosa, la guarda y la administración del tesoro? Héla ya ataviada en Perceptiva, en dómine de birrete y palmeta y hasta en Temis de libra y daga. A esto he llamado alguna vez el golpe de Estado, el "cuartelazo" de la Crítica.

2. *El alma, no la Historia.* ¿Cuáles, pues, han sido las necesidades estimativas de la Literatura que así han embriagado a la Crítica, estimulándola hasta los extremos de la suficiencia y desmesura? Habría que rastrear, para historiarlo, los orígenes de las opiniones sobre la misma Literatura, y poco a poco su desarrollo y crecimiento. Vano empeño en que se enredaba Théry (*Histoire des Opinions Littéraires*, 2ª ed., París, 1849), viéndose en el paso, sin duda por falta de documentos, de despacharse en una página y hasta en un párrafo la exposición de la crítica en algunos pueblos orientales. Sólo podemos dominar esta historia a partir de cierto ciclo helénico, cuando ya la nebulosa está mucho más que resuelta. Y luego, ¿con qué derecho confundimos los orígenes de un fenómeno espiritual con los orígenes de nuestro actual conocimiento histórico sobre la China o la India? La antigüedad en el tiempo histórico no es lo mismo que la antigüedad en el espíritu. Y mucho menos si se reconoce que, a veces —y es lo más general— las diferentes culturas van naciendo unas después de otras. Hoy en día hay tribus primitivas, y la evolución mental de que dejan muestra los imperios asiáticos y africanos todavía nos asombra. Puesto que exploramos la calígine, es mejor interrogar el alma y no la historia, ejemplificándolo —eso sí— con tal cual motivo de la vetusta historia que fertilice un tanto y dé fisonomía a las vaguedades del discurso.

En este orden, algo habíamos ya adelantado. Recojamos los haces y juntemos otras cuantas espigas.

3. *Motivos de la estimación literaria.* Ya dijimos, ante todo, que la Literatura ha nacido como un servicio social. De aquí que importara recogerla y, en cierto modo, venerarla. Ya dijimos que la Literatura, conforme descubre su fin propio de esparcimiento, belleza, saludable expresión del ánimo, nos "aumenta", nos hace un bien; cumple, diría el biólogo, una función "teleokina". De aquí otro motivo para recogerla cuidadosamente y, en cierto modo, venerarla. De esta doble base estimativa—servicio y disfrute—parten el afán de conservación y el sentido de la reverencia. Si este afán y este sentimiento se aplican inmediatamente a los textos, de ello se aprovecha también la Crítica, resguardo e ilustración de las Letras.

4. *La Biblioteca y la Escuela.* El afán de conservación asume dos formas: la recopilación y la transmisión: la Biblioteca y la Escuela. La Biblioteca obedece a la necesidad de preservar en lugares sagrados ciertos textos tan indispensables a la vida del grupo como las transacciones religiosas y las políticas (aun las comerciales). También los fastos del monarca, cosa no sólo del orgullo, sino más aún, enriquecimiento y adquisición espiritual para el pueblo. Tales fueron seguramente la colección de los medos en Ecbatana, de los persas en Susa y las jeroglíficas de Cnoso, todas ellas contemporáneas de la XII dinastía egipcia; acaso también la del caldeo Sargón, primero de este nombre, en aquella lejana Uruc (Warkah) que mereció llamarse la Ciudad de los Libros (c. 3800 A.C.). Sobre los comisionados viajeros que aquellos monarcas encargaban de adquirir y copiar reliquias, nos informa cierta carta dirigida por un rey asirio a alguno de sus oficiales (s. VII A.C.). Asurbanípal o Sardanápalo—del siguiente siglo—reúne en su palacio de Nínive diez mil tabletas cuneiformes, que estaban catalogadas y ordenadas y a las que el público tenía acceso. Babilonia conoció sistemas para la circulación de los textos por todos sus dominios. Rival de Babilonia en cultura, la egipcia Heliópolis mantiene un colegio de escribas donde se custodian los textos sacros de Tot y los numerosos comentarios que datan de 6000 A.C., todo lo cual constituye como una primera Enciclopedia. Diodoro Sículo describe las famosas colecciones de Osimandías, que acaso sea el orgulloso Ramsés II cuyas glorias canta Pentaur. Esta biblioteca, la mayor que conoció el Oriente, data de los siglos XIII y XII A.C. La inscripción que se leía en sus

puertas—"Tesoro de los Remedios del Alma"—es un expresivo testimonio. Y cuenta una leyenda, posterior en unos cuatro siglos, que el mago y humanista Setna, hijo de Ramsés II, no vaciló, para apoderarse de un manuscrito del dios Tot, en violar una sepultura, con ser lo más respetado entre los egipcios.

Si no estáis cansados de seguirme en esta excursión que sólo he emprendido para mi deleite, todavía podemos llegar al imperio chino, época del rey Kao-Ti, fundador de la dinastía Han, año 202 A.C., quien logró reunir no menos de diez mil manuscritos, que sus herederos aumentaron con creces. Tras la invasión del budismo en el primer siglo de nuestra Era, la manía antológica alcanza en China los límites del delirio. Hay obras que por sí solas constituyen una biblioteca. Uno de los Tolomeos, hambriento de lecturas, negaba el trigo a los atenienses mientras no le entregaran los manuscritos originales de Esquilo, Sófocles, Eurípides. Pasan seis centurias, y el persa Cosroes consiente en gastar una fortuna para que su médico Berzuyet sustraiga de la India aquel ejemplar de las fábulas budistas—el *Panchatantra*—, después traducidas y conocidas bajo los títulos sucesivos de *Fábulas de Bidpay*, en Persia, y *Calila y Dimna* entre los árabes. Valía una fortuna, en efecto, el acercar por las escalas de Oriente a aquellos dos lobos cervales que, con su carga novelística a cuestras, habían de recorrer el tiempo y el espacio, de modo que su paso se deja sentir lo mismo en la Europa medieval que en los *novellieri* renacentistas, en el teatro isabelino, en La Fontaine, en Samaniego e Iriarte, en los cuentistas infantiles de nuestros días. La afición de los libros pára al fin en aquella manía que Hoebrook Jackson analiza con más erudición que gusto (*The Anatomy of Bibliomania*). La Biblioteca, a su vez, dará origen a nuevas técnicas auxiliares del método: la Biblioteconomía y la Bibliografía.

5. *La Escuela*. Si la Biblioteca representa la forma estática de conservación a la vez que la forma externa, la Escuela trata de injertar en el ser vivo todo el acervo literario. Este instinto de tradición o transmisión es común a los animales y empieza a ejercerse en la familia. La cadena enlaza a las generaciones—de Amina a Mahoma, de Mahoma a Fátima—, mientras no aparecen aquellas catástrofes incubadas al calor del misticismo entre los proletariados exteriores a las culturas. De tales catástrofes (Toynbee) nacen las civilizaciones nuevas, tras una

interregno de disturbios. La primera pedagogía, y su perenne técnica mínima, es la memoria, que tan apegadamente imita, para la continuidad del espíritu, la continuidad biológica del individuo y las especies: aquellos "caminos que andan" en la descendencia material de padres a hijos. La interrupción, pues, de las culturas puede representarse como una dolencia escolar, colapso de Mnemósine — que una que otra vez llega al ilapso. A veces, las rupturas logran remendarse, como junta Isis, después del *sparagmós*, los dispersos miembros de Osiris. En la India, es de creer que los compendios budistas se establecieron sobre documentos del recuerdo. De igual manera, en la Grecia de los Pisistrátidas, los *diaskevastas* fijan y coordinan los Poemas Homéricos, que amenazaban desgarrarse en el ímpetu de la difusión, como hoy rehace el folklorista los ciclos de romances viejos, recogiendo en boca del pueblo los trozos conservados. Así, en la China del siglo II A.C., después de la Destrucción de los Libros a que se entrega el furioso Shi-Wang-Ti, los letrados consiguen restaurar —sacándola más o menos intacta de su pecho— la sabiduría de los mayores. El esfuerzo por suturar los colapsos de la memoria asume frecuentemente, en la historia, un aspecto que corresponde a la superstición antropológica, según la cual el matador absorbe las virtudes del enemigo muerto. Roma, vencedora de Grecia, se pone a la escuela de la cultura helénica. El Califa Omar, en 642 D.C., destruye el tesoro de la antigua ciencia, conservado en la Biblioteca de Alejandría (aunque se le adelantaron y lo secundaron activamente los monjes salvajes que venían de los desiertos de la Tebaida y abominaban de la diabólica letra escrita). Y, poco después, vemos a los árabes mismos, en Bagdad, en El Cairo, en Córdoba, esforzándose por dar nuevo aliento a todo el saber aniquilado. Memoria es continuidad y tradición. Conforme crece la confianza en el signo gráfico, se va abandonando el cultivo de la memoria viva. Se comprende la utilidad del saludable ejercicio menmónico para los pueblos que conservaban en versículos toda su sabiduría y sus reglas prácticas. Sólo la memoria, escuela mínima, incorpora efectivamente la cultura en la vida. La pedagogía que descuida la memoria tiene que esperar demasiado a que las especies sean comprensibles por la pura razón. ¡Era tan fácil depositarlas a tiempo entre las reservas interiores, en tanto que asoma el entendimiento! Cuando volvemos la cara, ya es tarde. ¡Pedagogía de las "mangas verdes"! ¡A buena hora quiere convalecer el árbol torcido! Mal empieza el niño que no

asimila su docena de fábulas; mal empezó el joven que no asimiló su veintena de poemas clásicos.

Ahora bien, esta incorporación viva de la memoria, que permite movilizar en cualquier instante y a lo largo de una existencia las especies del conocimiento transmitido, es el fundamento de toda educación y todo humanismo. En efecto, se educa en primer término para poder improvisar, y sólo en segundo término para saber dónde están los textos de consulta. Y en semejante poder de improvisar reside el verdadero humanismo, o servicio inmediato y constante de la inteligencia en la vida. ¿Queréis un símbolo, una imagen de muy grata recordación? Evocad a Erasmo que, en las jornadas de un viaje entre Italia e Inglaterra, para no perder el tiempo en conversaciones insípidas, escribe el *Elogio de la Locura*, verdadero alarde de la memoria, insigne caso de "actualización" de toda una herencia cultural, convertida en propia naturaleza. (Es verdad que la erudición advierte, en este ameno opúsculo—lo advierte con una sonrisa—que Erasmo, "en el calor de la improvisación" como se acostumbra decir, atribuye a Sócrates la idea de las dos Venus, la Urania y la Terrestre, y las dos naturalezas del Amor, todo lo cual el *Simposio* lo ponía en boca de *Pausanias*).²

En los ejemplos referidos se advierte cómo la Crítica ha alcanzado técnicas propias, emparejadas al empeño de conservación y comprensión de la cultura. El caso de la Pedagogía es impresionante. Al punto que algunos escépticos se preguntan si la Crítica misma no será una exacerbación didáctica, una fisonomía hipertrofiada bajo el creciente empeño de transmitir a los hijos el repertorio de la experiencia. El último grado de exaltación que se ha concedido a la Crítica—sin duda para evitar las confusiones con el sentido vulgar de la palabra y con el ejercicio meramente impresionista, ornamental y desordenado de la función—es concederle las charreteras científicas y el derecho a una metodología estricta, seca, sistemática: a esto se llama la Ciencia de la Literatura, la cual naturalmente debe aprovechar y respetar en lo suyo las demás manifestaciones críticas, independientes y caprichosas, de que al fin y al cabo se alimenta como el río recibe las contribuciones de los torrentes y regatos.

² He abogado ya antes por la memoria y su cultivo metódico: "Domingo Siete" (*El Cazador*); "La improvisación" (*Calendario*); "Hermes o de la comunicación humana" (*La experiencia literaria*), y en las páginas sobre Quintiliano de *La antigua retórica*, págs. 68 y 70.

6. *La aristocracia letrada.* Otro testimonio de la estimación a las letras, que determina un ensanche del dominio crítico, es —como dijimos ha poco— el sentido de la reverencia. La reverencia al guardián y al transmisor del tesoro, al letrado, al maestro, al que entiende de libros, al que echa las cuentas; no sólo al poeta o creador. Es conocido el orgullo de los sacerdotes egipcios, celosos administradores del conocimiento, poseedores del signo para medir el nivel del Nilo y predecir sus crecientes, embajadores del meteoro y del eclipse. Aun el famoso Escriba Haremhab, que empieza en cuclillas y con el rollo de papiro en la mano, manejará pronto los ejércitos de Tutanjamun y al cabo será Faraón. Aun los amanuenses tienen derecho a cierta altivez. Aquel pueblo, fascinado por la ultratumba, necesitaba del conocimiento literario hasta para morir. El *Libro de los Muertos* es su guía para el viaje final. Nos ha dejado también una *Sátira de los Oficios* que data de la XII dinastía, donde un padre hace ver a su hijo la triste condición de los trabajadores manuales, metalistas, albañiles, bateleros, agricultores, tejedores, carreros, calzadores, lavaderos, pescadores. De esta postergación no escapaban siquiera los embalsamadores, aunque prestaban los auxilios más indispensables a la inmortalidad, pero de cuyo contacto la gente se alejaba con repugnancia porque hundían las manos en los cadáveres. (Algo dijo de esto en las últimas páginas de *El Suicida*). En cambio, aconseja el padre a su hijo mientras lo conduce a la escuela, ¡feliz el escriba! "Se codea con los grandes, es el capataz de los manuales, lleva la cuenta y razón de las despensas, asiste a las asambleas, come de la mesa del rey, sus padres bendicen al cielo". Un funcionario de la VI dinastía, próximo a morir, deja encargo de que se inscriba en su tumba el más honroso de sus títulos: "Gobernador de la Casa de los Libros", Director de la Escuela.

Nadie ignora el caso de China. El largo predominio de los letrados en el gobierno es prueba de la estimación a la cultura. Nótese la diferencia entre este respeto general para el hombre de conocimientos teóricos —manera de crítico— y la veleidosa predilección del monarca para su poeta, que de ente sagrado en la tribu pasa a ser entretenimiento cortesano. Para no salir del Oriente, nótese la diferencia entre la situación oficial concedida a la casta letrada, y la volubilidad de los reyes persas con sus poetas, verdaderos hombres de placer: ya los enriquecen, ya los persiguen, ya se arrepienten y los colman de

dones, ya los dejan de su privanza. Tal es la historia de Nasir Ahmed con Rudagi, o la de Mahamud con el paradisiaco Firdusi.

7. *La Crítica enmarañada.* Cuenta Goethe que, cuando empezaron a instruirlo, de niño, en la Filosofía y en la Religión, él no veía bien el objeto de estas enseñanzas separadas, cuando ambas se le presentaban ya implícitas en la Poesía. La misma unidad del espíritu dificulta a veces el discernimiento de órdenes divergentes que arrancan de fuentes comunes. Desde luego, no todos los pueblos sintieron la necesidad de separarlos tan nítidamente como lo han hecho los europeos. Toscamente, pero no con falsedad, se ha dicho que en Egipto, en la India, en ese Oriente flotante de los hebreos, predomina el saber de salvación, y en China y en Grecia, el de cultura (Max Scheler). El de dominio físico llegará a su más alto extremo entre los pueblos occidentales. (La pólvora, que pudo haber sido objeto de adoración en el Oriente próximo, era diversión y fiesta para el Lejano Oriente, y vino a ser para los europeos máquina de guerra e instrumento de ingeniería). Tal generalización ha de tomarse, naturalmente, con las indispensables reservas. No encajan en ella los astrónomos y matemáticos caldeos y egipcios, que ya aplicaban su ciencia a los intereses prácticos de la nación. Platón no quiere que la geometría se prostituya en la mecánica, pero ¿hasta qué punto? Y el mismo Arquímedes, que por una parte se entrega al estudio angélico de las secciones del cono, por otra fabrica artilugios de combate. Este "complejo fenomenal" del saber, aun no deslindada del todo la Literatura, engendra una manera de Crítica prematura, encaminada ya a la conservación de fórmulas y experiencias, y así lo hemos visto en los fundamentos de la Biblioteca, la Escuela y la Aristocracia Intelectual. El pueblo hebreo, movido por su nacionalismo religioso, emprende una larga y tormentosa elaboración de textos sagrados y semihistóricos, que necesita de la facultad crítica, quieras que no: tradición y traducción, textología y exégesis. Esta ingente labor, arrastrada presurosamente por sus fines trascendentales, llena de sobresaltos proféticos, parece ignorarse a sí misma en cuanto al método, y nunca se detuvo a aislar y a codificar sus principios. La Literatura, permeable por naturaleza a todos los motivos humanos, es capaz, así, de quedar ayuna —si no de Crítica— sí de conciencia crítica. O,

por otro lado, la Crítica puede desprenderse en suerte de extrañas hipertrofias, según las inclinaciones de cada cultura. Mañas, hipertrofias, desvíos, desde el punto de vista en que nos hallamos (la mente occidental), claro está; no porque ellas signifiquen una inferioridad necesaria. Los distintos grupos humanos se las han arreglado siempre para seguir adelante usando de sus propios recursos, y el acento dominante puede caer de un lado o de otro: aquí, la milicia; allá, el comercio; o la religión, o la ceremonia política, la poesía, la ciencia, etc.

8. *El caso de la India.* En la India, por ejemplo, encontramos el afán de crear una teodicea y, desde el Buda, el de llegar cuanto antes al aniquilamiento de las reencarnaciones, mediante el empleo de técnicas psíquicas especiales. Estos afanes se vierten en forma poética: el Buda predica —digamos— en verso, se le ataca en verso, y en verso también se defiende. Esta aspiración de la Literatura hacia los ideales místicos y filosóficos, no impide sin embargo, el florecimiento de la literatura independiente: la Épica, la Fábula, la poesía Kavya. Y la Crítica, la Prosodia, la Gramática llegan también a un completo desarrollo —teñidas, claro está, por el matiz étnico. Es difícil, en aquella selva feraz, establecer atribuciones y fechas, ya mezcladas con la mitología, ya simplemente descuidadas. Aun las demarcaciones entre la era vedanta y la era clásica son indecisas: la vacilación a veces comprende un compás que va de los siglos VII o VI A.C. —la fijación de los grandes sistemas— hasta la invasión de Alejandro y aun hasta los primeros siglos cristianos. Los nombres de autores y aun de obras suelen tener un sentido meramente simbólico: se dice Pingala para la Métrica y la Prosodia; Panini para la Fonética y la Gramática; Yaska, para la Etimología. A Bharata se atribuye la Dramaturgia, asignándole una antigüedad fabulosa como inventor del Teatro, cuando es sabido que el Teatro indio data de la Era Cristiana y acaso, a lo sumo, llegó a recibir influencias de la Nueva Comedia ateniense y de la latina. Hay una Preceptiva (*Kama-sastra*) que en parte es erótica literaria y en parte dibuja un ideal caballescresco parecido al del Cortesano de Castiglione en la Europa renacentista. Hay una Ciencia de la Poesía (*Alamkara-sastra*) que evoluciona hacia un cuerpo de convenciones fijas, sólo respetadas por los poetas secundarios, los bardos de corte que se

sometían al juicio de los expertos y maestros del gusto (los *rasika* o *sharidaya*).³

9. *El caso de China.* Tampoco deja de ser confuso el espectáculo de la antigua China. Aquí se debe ello más bien a la superabundancia del material y al tratamiento desesperantemente minucioso que se le aplica. Pero, en general, las tradiciones chinas ofrecen continuidad, exactitud y pureza. En este concepto, sólo habría que exceptuar los textos falsificados para suplir los documentos y reliquias perdidos cuando la Destrucción de los Libros por Shi-Wang-Ti. Las normas de orientación dividen el material en grupos: 1) Canon de Confucio y comentarios filológicos y léxicos; 2) Historia, Biografía y Bibliografía; 3) Textos budistas, Arte, Enciclopedia; 4) Poesía y Poética. A pesar de la invasión del budismo religioso, la filosofía fundamental se mantiene. Las inclinaciones de aquellos pueblos fácilmente convierten al humanista en funcionario, por donde la crítica deriva más bien a la ética y a la filosofía política. Pero, amén de estas preocupaciones de fondo, el estudio de las apariencias formales llega al vicio. Las etiquetas adquieren categoría ontológica, y esto determina una modalidad ceremonial en la Crítica (*Li-Ki*, 1150 A.C.). Inmensas lejanías de alma nos impiden representarnos a las claras la mentalidad de aquella gente que —como su misma escritura— parece proceder por jeroglifos visuales más que por ideas. Algo posterior al *Li-Ki*, el *Yi-King* atribuido a Wong-Wang da idea del preciocismo a que se pudo llegar en aquellos tiempos remotísimos. El sistema consta de sesenta y cuatro hexagramas con inscripciones expigramáticas. Confucio, al editarlo en el siglo VI A.C., pedía otros cincuenta años más de vida para descifrar sus oráculos. Suponemos que, entre hombres que se desvivían por atribuir sentido a todos los rasgos de la costumbre, no pudo ser posible la transformación de un metro poético sin provocar un torbellino de explicaciones. Creemos que así aconteció cuando, ya en el siglo VI de nuestra Era, el tema del vino —honor de la poesía persa— llegó a China y determinó la sustitución del verso lírico tradicional de cuatro o cinco sílabas por el gallardo heptasílabo. Para colmo, la índole misma de lengua, lengua llena de acentos melódicos que influyen en los significados, complica singular-

³ P. C. LAHIN, *Sanskrit Kavya Literature*, en *The Heritage of India: Sri Ramakrishna Centenary Memorial*, Calcuta, vol. III.

mente la crítica prosódica. Aquella literatura avanza como mar espeso desde unos 2,000 años A.C., entre islotes de comentarios. La artificiosa poesía se complace en disimular enigmas bajo disfraces que afectan transparencia, y los enigmas exacerban el prurito alegórico e interpretativo. Los léxicos llegan al primor de establecer asociaciones de ideas o alguna técnica equivalente. La estilística pasa sobre la estética. Cada estrofa puede merecer varios volúmenes de crítica. De una crítica que, a nuestros ojos, es más bien una "paracrítica".

10. *Anábasis*. Hemos acompañado a la Crítica desde el estado de larva hasta las alotropías orientales. Un rápido vistazo hacia el Occidente nos llevaría como meta a la Ciencia de la Literatura. ¿Cruzamos el Mediterráneo Oriental? Entonces volvemos —*Thálassa!*— a la patria de nuestra cultura.

CRISIS DE LA LITERATURA

Por *Emilio SOSA LÓPEZ*

EL concepto de crisis de la literatura, propuesto hace algunos años por Julien Benda, ha servido para evidenciar, más allá de la polémica que lo originó, la situación de encierro en que se encontraban los investigadores y críticos con respecto a la comprensión de la función y los fines de la literatura. De ahí esa atmósfera enrarecida de ideas y valoraciones prontas a provocar angustia y decepción entre las conciencias creadoras de este siglo. Pocas veces el mundo de la imaginación se vio más viciado de enclaustramiento y falta de perspectiva.

En primer lugar, se tenía únicamente en cuenta el problema de la literatura europea, la quiebra de su tradición intelectualista, y, sobre todo, el fenómeno de fragmentación que se había producido, a partir del Romanticismo, en los grandes géneros literarios, para dar lugar al imperio de tendencias o escuelas esteticistas, muchas de las cuales tenían un carácter exclusivamente experimental. La literatura se convertía así en una actividad por de pronto subjetiva, cerrada o librada al capricho de una satisfacción egoísta, con leyes y fines condicionados al humor o a la ambición de cada autor. Cada especie literaria venía a configurar un mundo aparte y privativo de experiencias individuales. Se temía, por tanto, que la literatura hubiese perdido su valor como elemento de integración cultural. En segundo lugar, a causa de esta fragmentación, se hacía cada vez más difícil la empresa de reconstruir una imagen de la literatura que revalidara su importancia y su necesidad dentro de la sociedad moderna. Los escritores y poetas parecían complacerse en la actitud de una rebeldía solitaria. Algunos de ellos, movidos circunstancialmente por sentimientos de irritación o de despecho, se impusieron la tarea de desenmascarar al mundo actual, acusándolo de torpe y vulgar. Las ventajas de la inteligencia sólo cristalizaban en las formas más exacerbadas del disconformismo. A cuarenta años de la declaración de Rimbaud, de que "il faut être abso-

lument moderne", la agudización de la conciencia europea había llegado a una incandescencia cegadora, a una *nada* luminosa e insensible. En el límite de ese modernismo de la Europa de 1914, según decía Paul Valéry en su ensayo *La crise de l'esprit*, "cada cerebro de cierta categoría era una encrucijada para todo linaje de opiniones; todo pensador, una exposición universal de pensamientos. Había creaciones del espíritu cuya riqueza en contrastes y en impulsiones contradictorias hacía pensar en los efectos del alumbrado insensato de las capitales de aquel tiempo: los ojos arden y se hastían..." En suma, aun entre las conciencias más lúcidas había arraigado la convicción de estar asistiendo, no sólo al derrumbe de las grandes tradiciones literarias, sino al desfallecimiento de la civilización moderna, cristalizada en un perfecto *desorden*.

Muchos fueron los que desertaron de las filas avanzadas de la modernidad, en procura de un arte eterno y consagrado. Pero la verdad es que en el fondo existía una unánime desconfianza ante la idea de que un arte renaciente y serio pudiera convalidar por sí mismo, aun en permanente trance evolutivo, los valores estilísticos del pasado. Esta inseguridad que se imponía sobre las ruinas de la esperanza de algunos, que no dejaron de sentir, pese a sus esfuerzos integradores, la incredulidad natural del ser frente a las previsiones precisas del espíritu, acabó siendo el malestar endémico del siglo. Pero como acontece en momentos de extrema gravedad, la misma enfermedad engendró el heroísmo. La ruptura con la tradición artística del siglo XIX, se dio como una necesidad de acabar con los usos de expresión convencionales. Esta lucha sistemática comienza en 1916, con el dadaísmo, que no fue sólo un fenómeno literario cuanto un fenómeno de descontento social, típico de una época de guerra, una protesta contra la civilización que había arrastrado a las juventudes a un conflicto bélico. A partir de ese momento, para superar un derrotismo generalizado, los individuos creadores se pusieron tácitamente de acuerdo en lograr una expresión directa, que reflejara la contradicción de la época y la naturaleza fluyente y libre de la vida. Los versos de Ezra Pound, en su poema *Pour l'élection de son sépulchre*, al tiempo que expresan la protesta ante el derramamiento inútil de tanta sangre joven, "*por una vieja ramera desdentada / por una civilización remendada*", dan la medida de una urgencia, si se quiere, antiestética:

La época exigía una imagen
De su mueca acelerada,
Algo para el escenario moderno;
No, a ningún precio, una gracia ática.

La búsqueda, pues, de "*un molde de yeso / hecho sin pérdida de tiempo*", que se exige en ese poema, no sólo reflejaba una tremenda responsabilidad histórica, sino la única manera de romper con la *seriedad* del pasado. El surrealismo vino a ser la forma más elevada y positiva de esta ansia de renovación, que tanto implicaba un retorno a los usos primordiales de la imaginación, como la restitución de la vida a una nueva realidad. Pero en sus aspectos formales la lucha ya contaba con más de un siglo de duración. Desde el Romanticismo, señala Arnold Hauser en su *Historia social de la literatura y el arte*, "toda la evolución de la literatura ha consistido en una controversia con las formas de lenguaje tradicionales y convencionales, de manera que la historia literaria del último siglo es en cierta medida la historia de la renovación del lenguaje mismo". Sin embargo, la importancia que adquirió el problema en nuestro siglo fue hacer de él no una cuestión exclusivamente literaria, cuanto vital, una cuestión de conducta y de defensa de la potencialidad creadora del hombre. Por este motivo otorgaron al porvenir las posibilidades de una nueva supervivencia espiritual, basada primordialmente esta vez en el imperio de la imaginación, puesta por encima de la lógica, del intelecto o del racionalismo. Ésta fue la gran victoria sobre las limitaciones ideológicas del siglo. Para los surrealistas la superación, en vista al futuro, de los estados contradictorios en que vive el hombre, entre el sueño y la realidad, entre su libertad interior y su sojuzgamiento a los intereses mediocres de la época, estaría dada por la conquista de una nueva forma de vida, por una suerte de realidad absoluta, de *superrealidad*, como Breton atinó a llamarla. Más que nunca los métodos de creación poética o literaria, se convirtieron en experiencias reales con el ser total de la vida. Podía decirse que con ellos se aclimataba ya definitivamente el principio romántico de "cambiar la vida". Y si el ideal estético (o antiestético) de "romper las formas" podía resultar todavía precario a los adoradores del "gran arte", aquel molde de yeso no dejaba de ser, aunque provisorio, el único receptáculo a mano para contener la violencia de un drama sin estilo.

De allí el acuerdo solitario entre los autores de mantener por lo menos vivo el incentivo del disconformismo con la época, la necesidad de crear *a tout prix* formas nuevas, para derivar de ellas una tradición más ajustada a las inquietudes del hombre de nuestro tiempo. La experiencia del *desastre* de la guerra dio, a pesar de sus exigencias perentorias, frutos magníficos, justamente por la extraordinaria fidelidad a sus preceptos renovadores y su confianza en el futuro. La responsabilidad asumida ante el valor de una libertad creadora y progresiva, los salvaba de la estrechez del presente. Pero cuando se buscan las explicaciones de las causas profundas que motivaron esta perturbación de las conciencias, que como crisis no ha sido más que una de las tantas que periódicamente acosan al espíritu de Occidente, no es fácil encontrarlas en las críticas literarias que han estudiado este fenómeno. Y no es que en ellas hayan faltado conceptos sociológicos que agudizaran la visión de conjunto. Lo que ha sucedido es que los acontecimientos más próximos han actuado como los árboles que impiden ver el bosque. Los contenidos de esta gran crisis han sido referidos casi con exclusividad al presente, sin aspirar a rendir el aspecto cultural del problema. La razón de esta limitación ha radicado en que todos los críticos e investigadores estaban a su vez afectados del mismo espejismo de la *modernidad*, que les impedía ver que ese exceso de modernidad con que ellos representaban la raíz del compromiso histórico y la responsabilidad ante el porvenir, era en sí mismo la expresión traumática de la crisis que querían resolver. Las causas, en todo caso, estaban en la naturaleza misma de la civilización, para lo cual era imprescindible comprenderla en su comportamiento de origen, en su sentido histórico.

Tal limitación no debe hoy inducirnos a un parejo error. Contamos con nuevos métodos de investigación, con puntos de vista más apropiados para comprender qué es una cultura, para saber cuál es, en el fondo, la actitud más relevante de nuestra civilización en comparación con otras, y, por consiguiente, cuáles son sus callejones sin salida, sus fracasos y sus posibilidades de perpetuación. Todos estos elementos de juicio con que hoy contamos se reconocen actualmente como provenientes de las modernas ciencias del hombre y, en su conjunto, sirven de manera eficaz para abarcar cultural y sociológicamente el fenómeno literario. Por ello, al proponernos una vez más el tema de la crisis de la literatura, no podemos menos que situarnos en una

perspectiva que abarque evolutivamente las características radicales de nuestro mundo moderno.

Pero antes que nada conviene afirmar que la crisis que padece el hombre de hoy, al decir de algunos la más grave de toda su historia, se debe doblemente a la agudización de su conciencia temporal y a un encierro histórico. La explicación de tan extraña situación, donde el efecto se convierte en causa, hay que buscarla en un hecho, al parecer ya habitual y paradigmático, que domina nuestra cultura occidental: su excesiva y obsesiva preocupación por el hombre y su destino. Tan arraigada está esta actitud que ni siquiera la técnica deshumanizadora, la burocratización de la vida, ni las ideologías absorbentes de los Estados, han logrado desviar de los espíritus más representativos, la reflexión en torno a este centro. Por el contrario, en los momentos de máxima tensión, se hace crítica la necesidad de volver a la defensa de sus ideales humanísticos. Pero el hombre europeo ha acabado sensibilizándose en tanta expectación, ha terminado por concebirse a sí mismo como un ser problemático, incierto, que tiene que hacerse a sí mismo para sobrevivir en los niveles de la historia. En otras palabras, ha acabado por verse como producto de una realidad temporal. Mircea Eliade es una de las personalidades de este siglo que más se ha mostrado preocupado por las derivaciones de esta concepción. Así puede leerse en el prólogo de su obra, *Yoga, inmortalidad y libertad*, la formulación del problema: "Durante más de un siglo la parte mejor del esfuerzo científico y filosófico europeo estuvo consagrado al análisis de los factores que 'condicionan' al ser humano: se pudo demostrar cuánto y hasta qué punto el hombre está condicionado por su fisiología, por sus factores hereditarios, por su medio social, la ideología cultural de la que participa, por su subconsciente, y, sobre todo, por la Historia, por su momento histórico y por su propia historia personal. Este último descubrimiento del pensamiento occidental, a saber, que el hombre es esencialmente un ser temporal e histórico, que no es —ni puede dejar de ser— un producto de la historia, domina aún la filosofía europea. Algunas corrientes filosóficas llegan a la conclusión de que la única tarea digna y valiosa ofrecida al hombre, es la de asumir franca y plenamente esta temporalidad y esta historicidad; cualquier otra elección equivaldría a una evasión hacia lo abstracto y lo falso y se pagaría con la esterilidad y la muerte, que castigan en forma inexorable la traición hecha a

la Historia". De esta convicción nacen los compromisos actuales. El temor de una frustración en el tiempo lo mantiene al hombre de hoy en un constante disconformismo con su situación actual, que no deja de ser, a su juicio, más que una consecuencia irremediable del pasado, que él debe modificar para no ser devorado por una existencia anónima, como resultado de una prostración demoníaca en el ejercicio de su responsabilidad de ser. La angustia de encontrarse en el mundo lo mueve a actos decisivos, a veces, desesperados. Así cae en el encierro del "situacionismo" existencialista, en la consumación de su libertad comprometida a una opción, por temor de encontrarse con la *nada*, con ese fantasma que acucia a las conciencias con su promesa de esterilidad y muerte ante cualquier acto que no sea de entrega irrefrenable al drama de su época. Pero el resultado sensible de esta angustia exacerbada por el existencialismo, ha sido hacerle perder al hombre su ligazón con el pasado, la memoria de crisis anteriores que bien pudieran servirle como razones aleccionadoras para sus nuevas decisiones. Igualmente, al caer en el exclusivo compromiso con su tiempo, el existencialismo le hizo perder sus vínculos con el futuro. Contradictoriamente el hombre de nuestros días se volvió ahistórico.

La crisis, pues, que viene padeciendo es un estado de turbación de su propia conciencia, acrecentado ahora por una urgente necesidad de resolver su destino. El presente lo absorbe y lo predispone a un total replanteamiento de su situación y a una conducta extrema que le parece irrenunciable. Y todo esto depara al fin una consecuencia sorprendente. Por ese sentido historicista y temporal que le da a su vida, a este hombre moderno ya no le es posible superar los límites de sus perspectivas más inmediatas. Vive encerrado en ellas. Y la causa por la que no puede salirse de su contorno vital estriba en que él va adquiriendo conciencia crítica de su actualidad mediante grandes rompimientos con el pasado, mediante hechos tumultuosos, revoluciones técnicas, políticas, económicas, que en un plano social son correlativas a lo que le acontece individualmente y que lo desvinculan periódicamente de su propia trayectoria temporal. Incluso llega a perder el sentido de su evolución.

Está aprisionado en su idea de la Historia, y esta historia no cuenta para él sino en pocos años, los de su modernidad. Y esta situación no sólo pasa con el hombre europeo de hoy. Pasa con todos los hombres a quienes alcanza la urgencia de tal

conciencia crítica. El espíritu europeo, con su tendencia a alcanzar siempre el punto de máxima tensión en las circunstancias o problemas donde se aplica, se ha universalizado, ha sido absorbido de manera tan absoluta por los diversos pueblos de América y Oriente, que sus características actuales, por lo menos después de la Segunda Guerra Mundial, no vienen a demostrar tanto la hegemonía del pensamiento europeo, cuanto su poder para igualar los problemas internos de cada pueblo, haciéndolos participar de los intereses generales del mundo. Así pues, cualquiera sea la situación tecnológica o cultural de una región, cualquiera sea su procedencia étnica, en cuanto la alcanza el giro de este espíritu moderno entra en el ciclo de un devenir histórico que agudiza la conciencia del presente. Frente a este proceso de maduración los hombres tienen que adecuarse a las nuevas circunstancias y entonces tienen que reconocer que sus intereses vitales han cambiado de hecho, y están, a partir de ese momento, *condicionados* a nuevas estructuras sociales y económicas, a apariencias externas, a necesidades creadas por el progreso que los invade o las nuevas ideologías que se les imponen. El proceso de acostumbramiento a estas nuevas realidades los hace entrar a su vez en una crisis de sus valores tradicionales. Y esto no le ocurre sólo al hombre colonial. Es también condición imperativa para el hombre que vive dentro de la civilización. Las reacciones que estos cambios producen pueden ser, por supuesto, extremas y negativas, como lo fueron sin duda las expresiones del existencialismo europeo. Lo que sucede es que el individuo, ante el aceleramiento de la vida actual, debe someterse constantemente a transformaciones repentinas que deparan trastornos internos, quebrantos en sus concepciones tradicionales, despersonalización en el orden de las virtudes y creencias. Y el mayor peligro está en que el hombre moderno o modernizado cae reiteradamente en la prisión de un tiempo histórico que termina por destruir toda idea acerca de su destinación como criatura espiritual.

Tal es el drama que en alguna medida padecemos todos y que nos lleva a pensar que nos hallamos al borde de una quiebra colectiva. Por falta de comprensión de nuestra idiosincracia cultural caemos en el desaliento o en la angustia premonitoria de un fracaso universal, por falta de salida. Pero nuestro encierro en el presente histórico no tiene un carácter irredimible. Hay que entenderlo como una forma periclitada de un

proceso cuya duración no data de muchos siglos como para ser una valla insuperable. El punto de partida de esta desviación hacia la historicidad de parte de nuestra civilización, hasta fines de la Edad Media comprendida dentro de un sistema procesional y alegórico, lo encontramos en el Renacimiento como consecuencia de un cambio de visión de la realidad y de la nueva concepción del hombre como un ser natural, con derecho a poseer su propia historia. Pero a estas valoraciones que pusieron en libertad la capacidad de acción del individuo como réplica a la actitud contemplativa y hierática del hombre medieval, se habría de sumar más tarde, en el período del Iluminismo, las ideas provenientes de una concepción mecanicista y racional de la vida, dentro de las cuales el individuo aparece como miembro integrante de una sociedad que lo domina y lo limita en su acción con sus normas jurídicas. La sociedad, legitimada por el derecho racional, surgía de este modo como una entidad jerárquica, cuya autoridad máxima, el Estado, era de hecho el sujeto soberano y conductor del orden público. Esta preeminencia absolutista del Estado vino incluso a transformar el concepto de "naturaleza" en el hombre. Lo individualizó como ente social; lo convirtió en sujeto de una libertad jurídica, llena de responsabilidades, lo situó en un plano ético, confiriéndole obligaciones y deberes que, en muchos casos, no contemplaban sus necesidades más elementales de sentimiento o de creación. Al comprenderlo de tal manera, como ente ideal y regirlo desde un orden de valores autónomos, fue ahondando en el hombre, al privarlo de otros derechos inalienables, el conflicto de su soledad. Lo convirtió en un solitario dentro de la sociedad. Así es cómo el Estado ha crecido históricamente por encima del hombre. Y no hay que indagar mucho en nuestro tiempo para ver cómo una sociedad controlada en demasía por el celo institucional del Estado, ha acabado por erigirse en una enemiga de la persona humana, y no sólo de ella, sino inclusive de esa "libertad jurídica" sobre la cual el Estado se fundó para protegerla.

Visto el problema de esta perspectiva podemos deducir que el clima de encierro que padece el hombre actual está más bien referido a un complejo de humillación frente a un mundo estabilizado y demasiado controlado. Su decisión a pertenecer a la historia de su tiempo entraña una secreta ambición de ser salvado por la historia, es decir, por una fuerza que por su

propia naturaleza no se encuentre a sí misma sojuzgada, sino abierta, libre en sus decisiones, refractaria a todo fracaso. De ahí la tendencia a mitificar la historia, a convertirla en una realidad autónoma.

· Pero el origen de nuestra crisis actual tiene también otro sesgo aún más significativo, que se refiere, ya no a lo externo, sino a lo interno, a esos conflictos individuales que el hombre padece frente a sus representaciones de la vida. Una de las causas más importantes que llevó al Estado moderno a tal absoluta preeminencia sobre el individuo, fue el haberse identificado finalmente con el ideal de la nueva "conciencia burguesa", surgida tras la gran crisis religiosa del siglo XVIII, como réplica a la concepción católica del mundo. Esta nueva conciencia frente a la ponderación de una existencia de trasmundo, aspiró a hacer el "Reino de Dios" en la tierra. El burgués, en este sentido, superando ideológicamente el horror de la muerte y el fantasma de un castigo eterno, a que lo proyectaba la doctrina tradicional en pago de sus errores, se hizo dueño de su destino en la tierra con prescindencia de su relación con Dios. Bernhard Groethuysen que ha estudiado magistralmente este problema en su obra *La formación de la conciencia burguesa*, dice al respecto: "Sólo en una concepción autónoma del mundo y de la vida podía hallar (el burgués) una interpretación y justificación de su destino. Aquí está asimismo la profunda raíz de la incredulidad moderna. El desarrollo entero de la vida burguesa se produce sobre la base de una progresiva eliminación de factores tradicionales que no podían menos de oponérsele. Cabe decir en este sentido que la incredulidad del burgués pertenece a los fundamentos mismos de su tipo social". El ateísmo burgués ha sido uno de los elementos constituyentes del Estado moderno. Por ello el Estado actual, al apoyarse en estructuras absolutistas, acabó por asumir la intemporalidad del "Reino de Dios" que había sido desplazado. Perdió, en último término, su sentido histórico y se convirtió en totalitario, en un régimen que sólo evoluciona, por exclusión de la temporalidad, en un orden de tecnificación. A tal razón se debe principalmente que en la actualidad haya perdido su contacto vivo con la persona humana. Por una parte, el Estado moderno ha dejado de hacerse eco de esa necesidad intrínseca del hombre de buscar su salvación en un plano espiritual, y, por la otra, tampoco está ya en condiciones de reconocer que en el hombre hay "una estructura básica de la personalidad" que tiene que

trascender en actos de creación, realizarse plenamente en la comunicación para recién ser encauzada o "cosificada" en un orden social.

El Estado moderno ha olvidado los problemas que depara este principio de la personalidad, que en sus fundamentos psicológicos y culturales entraña un proceso de adecuación al medio social a que arriba el individuo. No compensa, pues, estas necesidades. Lo toma al hombre como ya hecho, cuando en verdad el hombre tiene que cumplir, para entrar en los intereses generales de la sociedad, un proceso previo, ese proceso que M.J. Herskovits ha llamado de *enculturation*, es decir, "un consciente o inconsciente condicionamiento, que tiene lugar dentro de los límites sancionados por un determinado haz de costumbres". Según expresa este eminente antropólogo en su libro *El hombre y sus obras*, "cada ser humano atraviesa un proceso de endoculturación, pues sin las adaptaciones que implica no podría vivir como miembro de la sociedad". Esto es una ley universal de la vida y corresponde a todos los momentos de la historia y la evolución humanas. Pero el curioso contraste que depara nuestro mundo contemporáneo, con sus regímenes absolutistas, es que lejos de facilitar la adaptación mediante el máximo desarrollo de la personalidad, impide su realización y constriñe al individuo a un papel insignificante. Las nuevas ideas, incluso aquellas de naturaleza estética que carecen de la menor resonancia política o ideológica, encuentran por esta razón gran resistencia para explayarse y cuando surgen lo hacen dramáticamente porque vienen a recordar, en un medio que aspira a la inmovilidad, la capacidad evolutiva y crítica del hombre. Y no sólo por esto son recusadas, sino porque ellas nacen como una réplica en contra de las formas consagradas y convencionales, en contra de esos clichés artísticos o lingüísticos que en su estancamiento son los últimos patrimonios culturales de una masa afectada por la frustración. Además, esas nuevas ideas, por el exceso de originalidad y de disconformismo que traen, parecen carecer de tradiciones que las justifiquen. Deben librar así una lucha tenaz contra lo *venerable* y lo *serio*.

La mediocridad del mundo moderno sojuzgado e incrédulo no es sino la supervivencia de los gustos burgueses, los restos de aquella ilusión que aspiraba a vivir la vida en planos inmutables, que resguardaran al hombre de los conflictos de su temporalidad y su evolución. El totalitarismo es, por ello, la forma última, inveterada, del gran mito burgués del Estado.

Para romper este velo opresivo, esta forma de demencia esperanzada, algunos pensadores han tenido que hablar, a veces, con una trágica y sobrecogedora claridad. Ortega y Gasset en uno de sus ensayos recogido más tarde en su libro póstumo *El hombre y las gentes*, decía: "No hay adquisición humana que sea firme. Aun lo que nos parezca más logrado y consolidado puede desaparecer en pocas generaciones. Eso que llamamos 'civilización' —todas esas comodidades físicas y morales, todos esos descansos, todos esos cobijos, todas esas virtudes y disciplinas habitualizadas ya, con que solemos contar y que en efecto constituyen un repertorio o sistema de seguridades que el hombre se fabricó como una balsa, en el naufragio inicial que es siempre vivir—, todas esas seguridades son seguridades inseguras que en un dos por tres, al menor descuido, escapan de entre las manos de los hombres y se desvanecen como fantasmas. La historia nos cuenta de innumerables retrocesos, de decadencias y degeneraciones. Pero no está dicho que no sean posibles retrocesos mucho más radicales que todos los conocidos, incluso el más radical de todos: la total volatilización del hombre como hombre y su taciturno reingreso en la escala animal, en la plena y definitiva alteración. La suerte de la cultura, el destino del hombre, depende de que en el fondo de nuestro ser mantenemos siempre vivaz esta dramática conciencia y, como un contrapunto murmurante en nuestras entrañas, sintamos bien que sólo nos es segura la inseguridad". También, en un orden existencial, está la opinión soslayante de Heidegger de que el hombre puede morir en cualquier instante.

Estos juicios tan contundentes y reales han revertido los sueños de perennidad del hombre, hasta vaciarlo, presa de la inquietud y la angustia. Aparentemente a este hombre de hoy no le quedaba otra posibilidad que la de entregarse al goce irrefrenable de sus instantes o asumir franca y resueltamente su temporalidad y su historicidad, con grave pérdida en ambos casos del sentido de su unidad cultural como supervivencia espiritual.

En verdad, la agudización de la conciencia de la crisis ha afectado la visión integral de nuestra cultura. Sus integrantes ya no la ven en su conjunto unívoco, sino parcialmente, en función de las especialidades. En literatura, por ejemplo, el problema de las formas se agota en una cuestión de temperamentos o de escuelas. No se tiene en cuenta la realidad de un desarrollo progresivo y continuo. Así sucede que pese al es-

fuerzo sostenido por hombres, como Valéry, T.S. Eliot o Rilke, en defensa de un principio de continuidad dentro del arte actual de la poesía, la idea de la tradición no ha conseguido cimentarse como un valor consagratorio de las formas. El imperativo categórico de *lo nuevo* aún rige casi como un requisito ético del artista. Los poetas se ven por ello impulsados a esgrimir novedades puramente externas en la obligación de aparecer como modernos. Esta obsesión resiente la capacidad comunicativa y la poesía, en consecuencia, se vuelve cada día más innecesaria, con peligro de arrastrar al olvido o al desprestigio a toda la anterior poesía escrita.

Por otra parte, la intención imaginativa de ciertos novelistas actuales como Kafka, Faulkner o Graham Greene, que han querido dar, mediante una visión atormentada de la realidad, un análisis crítico del mundo actual, no han conseguido sino aguzar en sus lectores la sensación de un encierro. Ellos que han sido maestros en pulsar el clima de la depresión general, han logrado despertar finalmente, al mostrar los fondos de la irracionalidad y el caos de las pasiones humanas, un deseo de salvación por el amor como única salida para un mundo sofocado por el odio. Han hecho del fracaso de la vida contemporánea algo tan intolerable que merced a ellos es posible observar en la actualidad una tendencia de los lectores a recuperar el mensaje de viejos libros sagrados, justamente en los cuales ellos mismos han nutrido su imaginación, como cura para el espíritu enfermo de realismo del hombre occidental. Después de una literatura novelística tan cargada de imágenes torturantes se vuelve, en muchos casos, a la lectura de nuestras *Escrituras*, al fervor de los himnos védicos, a los *Upanishad*, al *Tao-Te-King*, a todas aquellas fuentes de purificación que puedan restituirles al hombre algunos fragmentos de su fe perdida, o bien, una visión más consoladora de su destino espiritual por relación a un redescubrimiento de la eternidad.

Son fenómenos, por cierto, que describen el hartazgo de un hombre colmado de acontecimientos, a quien le falta sin embargo tomar conciencia de que su medida debe ser siempre más. La falta de esta convicción los lleva a la apatía ante las nuevas realizaciones del arte o bien a retornos desesperados a formas antiguas de redención. Lo que no se dice es que el hombre debe rehacerse en función de todo lo dado. No se habla de la necesidad de ser completado. Pero cualquiera sea la reacción que produzcan estos testimonios de la creación mo-

derna, la verdad es que todo ello demuestra que el hombre actual no está satisfecho de sí mismo ni de lo que recibe. Esta es otra característica de la crisis. La solución está en hacerle comprender que él es el único depositario de una cultura en plenitud. Pero la literatura del encierro, que se problematiza y se devora a sí misma por falta de perspectivas culturales, acaba por aturdir y lacerar. Así pues la crisis que en un comienzo da a los hombres una cierta grandeza trágica, al agudizar sus percepciones, se convierte en el gran impedimento de toda vocación. Y se llega al final en que la excesiva conciencia histórica dificulta la determinación a reedificarse, porque los excesos que actualmente alcanza la sociedad, con sus soluciones provisionarias y sus sistemas en permanente estado de transición, hacen del hombre una cosa arrojadiza, un hueco donde se apaga toda exaltación de libertad y de fe.

El hombre actual carece ya de una religión firme y esta falta de valores trascendentes agudiza aún más el trauma de su condición moderna, dado que su capacidad crítica, por falta de un equilibrio interior, apenas si le sirve para destruir y no para revelar un nuevo sentido de la vida. Por ello se muestra indeciso en la oportunidad extraordinaria de asumir el papel que culturalmente le corresponde. Se muestra débil por falta de perspectivas sociológicas y culturales que lo liberen de su presente. Vive, en realidad, enmarañado todavía en ancestrales sueños, en juegos ilusorios con la realidad. No tiene una visión unitiva de la propia civilización a que pertenece. No ve su sentido; solamente padece sus efectos en su falta de adecuación. Y es que nuestra civilización, como ha dicho Karl R. Popper en su libro *La sociedad abierta y sus enemigos*, "no se ha recobrado todavía completamente de la conmoción de su nacimiento, de la transición de la sociedad tribal 'cerrada', con su sometimiento a las fuerzas mágicas, a la 'sociedad abierta' que pone en libertad las facultades críticas del hombre". La crisis de nuestra época puede ser entendida como un retardo del hombre en su adecuación a estas facultades.

Nuestra inseguridad o inquietud, nuestra conciencia de la tensión mundial, incluso nuestra angustia personal, no serían sino los efectos de un lento trance de adaptación, o de *homeostasis* como llaman los psicólogos, a un mundo de ideas que no dominamos totalmente y que nos fuerza a adoptar una conducta extrema, contradictoria y lacerante. Inmaturo en su propia plenitud, el hombre moderno aparece todavía constreñido en el

habitáculo de su presente histórico. Sus facultades críticas, a falta de un mayor desarrollo de su personalidad, sólo están aplicadas a comprender la "situación actual". Le falta hacerse cargo de toda la herencia del pasado, con sus logros, fracasos y vicisitudes, para recién asomarse al porvenir que ya no podrá ser sino su máxima creación.

La readaptación a una condición de vida más elevada y valiosa será fruto de un proceso evolutivo, a través del cual habrán de modificarse las estructuras básicas de nuestra vida psíquica y también las condiciones naturales de nuestra existencia. Mientras tanto, el proceso se presenta bajo el común denominador de una crisis permanente que hace caer a algunos en la inquietud de ver una quiebra allí donde se opera una transformación. Esto es, en alguna medida, lo que le pasaba a Benda. No obstante su extraordinaria agudeza, no dejaba de ver sino como un defecto la escisión que se había producido en las letras, entre lo intelectual y lo puramente literario, como si la búsqueda de un nuevo instrumento verbal fuese prohibitivo a la voluntad creadora del artista. Por otra parte, el que hubiese reconocido entre los escritores de la primera mitad del siglo una "manía de totalidad", donde ya todo era significativo o de igual significación y donde el hombre, como ser pensante, perdía su preeminencia y la psicología su autoridad, revelaba más bien el recelo de la incompreensión, pues es justamente ese afán de totalidad el signo más propicio del crecimiento de nuestra civilización. Benda ha hecho de su racionalismo la medida del mundo y, por eso, cualquier renovación artística que rompiera la tiranía de la razón, asumía para él el giro de una disgregación. Según su juicio, se iba así al puro bizantinismo literario cuando lo que en verdad estaba ocurriendo era una nueva adecuación de la conciencia creadora, un nuevo modo de ver la realidad, el más portentoso quizá de cuantos al hombre ha sido capaz de alcanzar, una visión del mundo como irradiación de la subjetividad humana y que todavía no ha alcanzado a realizar su fin supremo de *cambiar la vida*. En este sentido, el Romanticismo que aspiró "llevar a la conciencia los altos intereses del espíritu", como dijo Hegel, sigue siendo la "buena nueva" de la literatura del mundo.

El concepto de "crisis de la literatura" no puede tener otra significación, dentro de su órbita, que el de una inadecuación a la realidad de las exigencias actuales; no puede ser concebida sino como el drama de un retardo en la asimilación del sentido

plenario de nuestra cultura y nuestra vida. En último término, esta crisis no sería sino producto de una falta de madurez, el resultado de una contradicción interna, creada por imperativos estéticos en detrimento del ser de cada uno, negación del sentido de la libertad en el plano ético de una razón autoritaria.

A esta altura se hace imprescindible señalar que la literatura no es solamente una cuestión de imperativos, sino, en el fondo, algo referido al conocimiento de la realidad en que vive el hombre, una forma de objetivación de las relaciones de la criatura con el mundo, que sirve además a la necesidad de alcanzar en él un cierto grado de perennidad, mediante la transformación de sus fenómenos y acontecimientos en símbolos y éstos en vehículos integradores de un orden superior de vida. En este aspecto la literatura no ha reconocido otro fin que el de objetivar y espiritualizar la vida, ayudándola a su transformación. Pero ha ocurrido que en el juego de demandas e intereses, ajenos a los sentimientos o anhelos de supervivencia espiritual que son los que determinan la literatura, se la ha estimado como patrimonio de la vida racional, negándosele de esta suerte su raíz esencial, la de pertenecer al mundo de la imaginación, a ese mundo de la libertad creadora que lo lleva al hombre a concebir el universo como un instrumento de su ser espiritual. Se ha pretendido y aún se pretende ponerla al servicio de circunstancias externas, de exigencias morales o políticas, de fines que escapan a sus rendimientos formales. Nada más acusatorio para estas tentativas de absorción, que las palabras de Max Bense contenidas en las páginas iniciales de su *Estética*: "Las épocas que se interesan en escasa medida por el arte se complacen en transformar las condiciones en fines, porque, en general, necesitan de una indicación sobre el sentido, el fin o el resultado de las actividades humanas. Esas épocas relegaron a segundo término o perdieron del todo el gusto por el arte, porque, según es de suponer, tuvieron un motivo para hacerse morales y ocultar las debilidades de sus decisiones, los eclipses de su razón, las fealdades de su ánimo y los calabozos en que encierran su imaginación".

En gran parte, en lo que a nuestro siglo toca, ha existido también una "moralización del gusto" y a ello se debe que se hayan incriminado las nuevas realizaciones del arte y la literatura. A esta "moralización", disfrazada en ocasiones de pedantería teórica, también se debe que no se haya visto el fondo cultural del que nace la literatura, es decir, ese sedimento colec-

tivo de imágenes y experiencias que constituye la imaginación y del que los mejores artistas, los más grandes poetas y escritores, han extraído o extraerán sus formas primigenias para llevarlas al nivel de la conciencia y ofrecerlas *desinteresadamente* como elementos integradores de vida y de cultura.

Al no comprender este hecho primordial, la habitual crítica literaria de este siglo, se ha movido en un terreno limitado y oficioso: el de creer que las imágenes, las metáforas, los símbolos de las nuevas literaturas eran únicamente elementos privativos de determinados temperamentos o escuelas y no formas culturales que reflejan la *interioridad* esencial del hombre en su trance de perpetuación. Había, eso sí, una especie de actitud fetichista por todo lo que significaba novedad, como si se tratara de por sí de algo prestigioso, cotizable o aristocrático de la persona humana, pero faltaba una fe en el hombre. Por carencia de este contenido, los críticos se aplicaron a medir las relaciones entre las expresiones formales de la sensibilidad y la teoría que las interpreta y las justifica. Así los procesos de creación cultural quedaron excluidos de la crítica estilística o meramente estimativa. Ellas padecieron del mismo encierro de la época y no vieron más que las cosas que estaban demasiado próximas. Así contribuyeron a la asfixia de los talentos jóvenes, a la decadencia que hoy parece padecer la literatura, por hacerles creer que ella era sólo patrimonio del temperamento sensible, un producto de excepcionales cualidades personales, o, en el peor de los casos, meras realizaciones de un juego de estilos. Les faltó transmitir y practicar el don de la humildad; les faltó también amplitud y profundidad para ver la literatura como un hecho cultural. Por ello no supieron inculcarles a las juventudes la necesidad de obrar con grandes concepciones que les permitirían, más allá de las circunstancias exteriores o históricas, proyectar y enaltecer al hombre en la plenitud de su destino.

LO REAL Y EL REALISMO

Por Ezequiel MARTINEZ ESTRADA

EN Moscú pedí que me permitieran conversar con estudiantes de alguna Facultad de Letras. Una mañana el intérprete me llevó al "Instituto de Literatura 'Gorki' ". Sólo sabía de mi visita el rector. Pasamos a una aula de primer año, donde dictaba clase el profesor de Filología. Comentaba un poema anónimo del siglo XI. Después de sentarnos los tres entre los alumnos, el director explica el motivo de encontrarnos ahí. El profesor cede la cátedra y el intérprete y yo pasamos al frente. Los estudiantes denotan curiosidad, pues para ellos el hecho es insólito. Las dos horas que duró el debate mantuvieron ejemplar compostura; y aunque en ciertos momentos se exaltaron, o nos exaltamos, jamás advertí la menor intención de empañar el noble y agudísimo interés que me demostraron. Parecióme estar con mis alumnos, diez años atrás, y llegué a tener la impresión de que el intérprete era innecesario. Debo señalar que me impresionó el apasionamiento, la comprensión y la juvenil extrañeza por mis puntos de vista, para ellos muy fuera del sentido común, o del sentido comúnmente de curso legal. Digo:

Yo: —Sé que tienen ustedes vocación por la literatura, pues hacen un curso de cinco años, siendo ya bachilleres, sin que ello les otorgue título habilitante. De modo que me agradaría que me dijese si están satisfechos con las obras literarias, sobre todo las narrativas, que se producen y publican en la Unión Soviética.

Ellos: —Naturalmente, sí.

Yo: —O si advierten que en ellas falta algo que contuvieron las del siglo XIX; y si su ausencia es sensible.

Ellos: —Estamos satisfechos. —No creemos que falte nada indispensable. Lo que tenía de valioso la novela del siglo XIX se ha incorporado a la actual.

Yo: —¿No creen que falta a esta literatura algo de irreal, de imaginario, de fantástico, o de extravagante?

Ellos: —No comprendemos que pueda interesar lo irreal, o lo fantástico, ni lo extravagante.

Yo: —Quiero decir si el respeto a la realidad concreta les permite gozar de las obras utópicas o inverosímiles.

Ellos: —Esencialmente, los temas que nos interesan son los de la realidad concreta, del mundo en que vivimos.

Yo: —Son dos frases que tendremos que desglosar más adelante: realidad concreta y mundo en que vivimos. Antes, otra pregunta: ¿conceden ustedes importancia a la forma (el estilo, la técnica, la habilidad del artista) o sólo les interesa en cuanto tiene un contenido (no diré un contenido utilitario).

Cambian miradas entre sí. Sorpresa.

Ellos: —Para nosotros, la forma en sí significa muy poco. No entendemos qué quiere decir el arte por el arte. Para nosotros la vida y lo real son lo fundamental. Queremos expresar lo que representa fielmente la vida.

Yo: —Bien; pero yo me refiero a la obra de arte y no a la crónica periodística ni al objeto de bazar.

Ellos: —Obra de arte y crónica periodística deben tener una misma fuente.

Yo: —Sí; y teniendo una misma fuente pueden resultar dos ríos divergentes. Por ejemplo: Mme. Bovary nació de una noticia de policía. Sólo cuando Flaubert hace de esa noticia una novela, el drama de una burguesita rural interesa a todo el mundo.

Ellos (aclaran que quisieron decir que la forma como valor independiente del contenido, carece de interés en la sensibilidad de los jóvenes soviéticos).

Yo: —No me negarán ustedes que en arte por lo general lo que vale e interesa es la forma, aunque no contenga nada cierto. Pienso en las ánforas y en los vasos tallados. El vaso no contiene nada, y vale precisamente porque es para no contener nada. ¿O me dirán ustedes que vale porque es de porcelana o de oro?

Ellos: —Hemos entendido que usted se refería a la obra literaria y no a las otras artes.

Yo: —Es que me parece que todas deben tener un fundamento único. Lo que importa es "el" arte y no las artes. Al menos era la opinión de los grandes maestros: Lessing, Goethe, Ruskin, Pater, Tolstoi. En fin, plantearé mi cuestión en otros términos; una obra literaria, ¿puede tener valor si se refiere a lo irreal y hasta a lo absurdo?

Ellos: —Se tratará de un pasatiempo ocioso, propio de la sociedad occidental.

Yo: —Gracias. Yo soy un occidental impenitente. Pregunto si las obras maestras de la literatura se mantienen a través de los siglos por lo que contuvieron de verdadero e histórico, o por el arte que las preservó del deterioro y del aniquilamiento. Quiero saber si la historia es más realista que la novela.

Ellos: —Contéstelo usted. ¿Son realistas Proust, Joyce, Sartre?

Yo: —Sin ninguna duda. Todos. No fotografías sino radiógrafos. Fotografiaban las vísceras y las emociones. Pues el cine y la radiografía, ¿no son fotografías? El cine, ¿no es una realidad? ¿O yo voy al cine a ver la máquina de proyecciones?

Ellos: —Ponga usted ejemplos concretos para entendernos.

Yo: —Las tragedias de Sófocles o, mejor, las de Esquilo. *La Odisea*, y hasta *La Guerra del Peloponeso*. Elijan ustedes.

Ellos: —*La Iliada*. *La Guerra y la Paz*. *El Don apacible*.

Yo: —No. Vayamos más atrás. Las obras recientes viven porque no han muerto. Las otras viven porque son inmortales. Tomo *La Iliada*. ¿Creen ustedes en la verdad histórica de *La Iliada*, como los arqueólogos? ¿En los dioses, en Agamenón, los caballos que profetizan, en Príamo, en Aquiles?

Hablan tumultuosamente. Discuten entre ellos.

Yo (*para agravar la contienda*): —Hamlet, *La Divina Comedia*, Werther, Nietochka Nezvanova.

Ellos: —Esas obras no se volverán a escribir.

Yo: —Sería una gran desgracia. ¿Qué creen ustedes que contiene más verdad, más realidad, *La Iliada* o *Las Fábulas de Esopo*?

Varios alumnos levantan la mano al mismo tiempo.

Yo: —La verdad es que los animales no hablan ni razonan como moralistas.

La opinión predominante queda en pro de Esopo.

Yo: —Entonces tendremos que modificar nuestro concepto del realismo. Les propongo pensar esta sentencia de Proust: "El fondo de las ideas es siempre la apariencia en un escritor, y la forma, la realidad".

Ellos: —Es un sofisma.

Yo: —Una paradoja. ¿Es que las paradojas son desatinos? A veces es el camino más corto hacia una verdad incógnita.

Evidentemente, los he perturbado. En este punto el diálogo alcanza su máxima tensión.

Yo: —Vamos a considerar otros aspectos. Para el escultor, digamos Fidias, Miguel Ángel o Rodín, ¿qué importancia tuvo el modelo? Suponiendo que la hubiera tenido, no como modelo, sino como cuerpo humano de carne y hueso, que fue el cuerpo verdadero, ¿qué se ha perpetuado de ellos? Han desaparecido; eso material que ustedes llaman lo positivo y cierto, ha desaparecido; pero queda la escultura, la forma, que es la misma realidad en el plano del arte.

Ellos: —¿Por qué nos salimos de la literatura?

Yo: —Por la necesidad de ejemplos tangibles. Acepto no escaparme de la literatura. Vuelvo a Mme. Bovary. Suponiendo que veinte autores hayan tomado por asunto una noticia policial como la del suicidio de esa mujer —seis líneas, pocas más—, ¿no habrían resultado veinte novelas realistas distintas? ¿Y estamos seguros de que precisamente la vigesimaprimer, la que no se escribiera, no era la auténtica? ¿Qué hubiera dicho Mme. Bovary si hubiera podido leer las veintiuna novelas? ¿Que todas eran falsas? Planteemos casos más concretos; de acuerdo. Esta clase, ahora, con ustedes y yo; ¿les parece lógico, o más bien increíble y absurdo, que ustedes y yo estemos conversando, sin entendernos unos y otros, yo venido de la Argentina y ustedes de diversos lugares de Rusia; hablando diferentes idiomas, y a pesar de los setenta mil millones de probabilidades de que este momento no se hubiera dado jamás jugándolo a los dados?

Silencio.

Yo: —Vamos a otra situación más comprensible porque la ignoramos más. Entremos en una fábrica. ¿Quién podrá novelarla mejor, con más fidelidad?

Una muchacha pelirroja, muy vivaz, responde con brío:

Ellos: —Una fábrica puede ser conocida de diferentes maneras y todas correctas: por el operario, por el ingeniero de máquinas, por el director y por el peón de limpieza. Todas las versiones serán igualmente valiosas si son exactas.

Yo: —Puede haber otro que cuenta una mentira: que la máquina le llevó los dedos a una mujer. También la fábrica puede ser descrita por un turista que la visita por mera curiosidad; y por el que nunca la ha visto, sino que tiene vagas noticias de ella por libros o revistas. Para las letras bien puede ser ésta la más importante, quiero decir la más verídica de las versiones. No creo que Engels haya asistido a las fábricas de

Manchester, y, sin embargo, su denuncia es infinitamente más veraz que los informes del señor Ure. En la fábrica hay elementos integrantes de ella que pasan inadvertidos al que la frecuenta: olores de gases, aceites, metales; ruidos que serían insoportables si se los oyese; que los obreros no hablan durante horas y parecen estar en estado hipnótico; que el capataz los vigila y no como un hermano sino como un guardián, que alguien puede tener dolor de cabeza, etc. A otro se le puede ocurrir que la fábrica es una jaula y que los obreros son prisioneros que hacen algo sin sentido (o por lo menos distinto a regar una planta o curar la pata al perro).

La discusión aquí se enardece. Termino yo, autoritariamente:

Yo: —A Leonardo, que era realista y positivista, le encantaba dibujar aparatos de volar (algunos decían que estaba loco) y monstruos fantásticos. Yo una vez encontré en el campo un insecto más increíble que sus dragones. (Tenía poca imaginación.) Empero, reconozco que dibujaba con escrupuloso realismo los pelos, las uñas, los ojos ígneos, las escamas del dragón. Y el aparato de volar de Leonardo, ¿era más irreal que la Gioconda?

Pequeña pausa.

Yo: —¿Por qué los autores soviéticos eligen las fábricas y las historias de obreros laboriosos y otras gentes que yo jamás he conocido?

Se levantan varios alumnos y agitan las manos. En resumen, dicen: —Porque el trabajo es, antes que tema literario, asunto de la vida de todos. —Esta es la república de los trabajadores. —El trabajo, etc., etc.

Yo: —Ahora me explico por qué no les interesa Dostoi-evski. Era el novelista de los que conversan y no trabajan. A mí me interesa más el problema de Ivan Karamazov o Dolgoruki, que el coloquio de cuatro tractoristas. Aún admitiendo que la fábrica sea el hogar del trabajador soviético, ¿quién está en mejores condiciones para describirla: el tornero o yo que la visito por primera vez?

Ellos (*con verdadera estupefacción*): —El tornero. Usted no puede conocerla.

Yo: —No dije conocerla sino describirla.

La muchacha pelirroja: —Si yo voy a Buenos Aires, ¿quién hablará de esa ciudad con más autoridad, usted o yo?

Yo: —No puedo contestarle de inmediato. Es posible que usted, al desembarcar, vea muchas cosas, oiga muchos ruidos y perciba muchos olores (el olor de Buenos Aires) que yo no percibo ya. Una comparación: Existe un cuento popular alemán, que Kafka utilizó en una carta. Dice: un joven, Hans, parte de su pueblo al extranjero. Allá permanece veinte años. Al volver, nadie lo reconoce; nadie excepto la madre. La madre descubre en el acto, mejor dicho siente que ése es su hijo. Kafka comenta: si hubiese permanecido junto a ella todo ese largo tiempo, la madre habría perdido también la noción de que era su hijo. Fue preciso perderlo para encontrarlo. Yo comento ahora: la costumbre embota, aletarga, encallece. ¿Estamos de acuerdo?

Ellos: —Nos interesaría que ahora nos dijera usted cómo es que considera cierto lo que para nosotros no lo es, o es lo contrario.

Yo: —Con mucho gusto. Yo también, durante muchos años, creí que la realidad se me ofrecía candorosamente a los sentidos. Yo era un fotógrafo que me conformaba con la imagen fotográfica de las cosas, y la Naturaleza se complacía en engañarme. ¡Ni siquiera era yo un cinematografista! Pero un día, leyendo una novela de Franz Kafka (¿conocen ustedes a Kafka? La respuesta es que no), percibí que la manera de tratar él la realidad como algo declaradamente absurdo, estaba más cerca de la realidad que la de otros autores, Zola, por ejemplo. Descubrí que los escritores realistas, siendo ingenuos, habían ocultado, adulterado, la realidad con su realismo. Que la realidad era infinitamente más complicada y hasta diré más incomprendible de lo que creían esos autores. Diré, además de Zola, Flaubert y Balzac; y con perdón de ustedes y del Instituto, Gorki. Más verídico —Kafka— y más patético. Lo que equivale a decir que además de ocultarme la verdad con el pretexto de un fiel retrato, me tapaban lo más dramático con otro ropaje —dramático— y con la prosa con que se cuentan las cosas de la vida diaria. La prosa era ésa, pero no las cosas de la vida diaria. Éstas se les habían escapado en muchas ocasiones, casi tenían el hábito de dejarlas escapar. Y lo que me conmovía como terrible era —aparte algunas truculencias— un disfraz de lo verdaderamente horrible. Entonces reconocí que Sófocles y Eurípides estaban más en la verdad, y que Shakespeare era un historiador más fiel que todos los escritores documentales juntos.

Me piden que les dé una idea de la novela de Kafka. Me limito a trazarles un esquema:

K. es funcionario de un Banco. Una mañana le notifican que está detenido, porque se le ha entablado un proceso. La novela termina con el ajusticiamiento, en plena calle, de K. Pero lo importante no es el final, ni siquiera el proceso como tal —acaso tampoco la novela. Nunca llega a saber K. qué proceso es ése, ni por qué. Consulta a abogados y acude a personas influyentes. Los episodios que se traban al argumento principal, van demorando el desenlace, y hubiera podido proseguir indefinidamente. El proceso hubiera podido durar toda la vida de K. No dura, pero a muchas otras personas que vinieron a encontrarse en "su situación de procesadas", sí les duró toda la vida; y hasta se prolongó en los hijos.

Ellos: —Necesariamente en esa novela tiene que haber una base de realidad.

Yo: —Sí; absolutamente real, pero no está en la novela. Pues lo que es absolutamente racional, lo absolutamente real es lo absurdo.

Mis últimas palabras, con el encargo de que alguna vez vuelvan a pensar en ellas y en mí:

Yo: —Todo, el mundo, la vida, la sociedad, nosotros, es infinitamente más complicado de lo que creemos. Lo es, si uno observa bien, este movimiento de mi mano. Hemos simplificado todo, abstrayéndolo, para ir entendiéndonos; y, sobre todo, para hacernos llevadera la vida. La tragedia de vivir (y morir) no puede sino paliarse. Profundizar es no entender y desesperar. Lo mejor es mirar y pasar, como aconsejaba Virgilio a Dante en el Infierno. Dostoiéwski es, me parece, el primero que se detiene a observar con lupa y que demora el tiempo para observar mejor. Y lo que se ve con la lupa es lo que no se ve con los ojos. Les digo esto porque nada hay más cruel que ignorar lo que es cruel. Podemos incurrir en ello.

El timbre nos anuncia otra realidad: el fin de las clases. Parece un sueño. Son las 12, y nos decimos adiós con grande emoción, una de las más grandes de mi vida en mis conversaciones con estudiantes.

REALIDAD SOCIAL Y SÍNTESIS HISTÓRICA

Por Sergio BAGU

1. *Lo histórico y su interpretación*

EXCLUYENTEMENTE humano es el sentido de continuidad que tiene la existencia del hombre en el medio social. Gran parte de toda la arquitectura material dentro de la cual vive una generación, así como de sus instituciones y conceptos —implícitos y explícitos—, la hereda de las anteriores. Gran parte de lo que esa generación ha heredado y de lo que ella crea la trasmite a las generaciones que le siguen. Aún en lo incesante de la mutación hay un sustrato de permanencia, el cual, bien que sujeto también al cambio, imprime a las generaciones sucesivas el mismo sello de parentesco cultural, la misma clave para la identificación de la especie.

De lejos, pues, le llega al hombre una fracción considerable de su instrumental y de su tabla de valores, pero no pasa un día sin que algunos de los elementos integrantes de uno y otra caigan en la obsolescencia. El vacío se llena con una nueva creación, que entra en seguida a formar parte del haber transmisible. Este esquema que trazamos es sólo válido, sin embargo, en cuanto se aplique a la especie humana a lo largo de toda su trayectoria desde el momento en que se inicia la coexistencia organizada. La transmisibilidad de lo adquirido y lo creado se ha interrumpido, a veces, de modo absoluto en ciertas regiones, cuando toda una civilización ha desaparecido sin que sus obras perduren en el alma ni en las herramientas de otros grupos sociales.

Hay, pues, en lo humano de este día de hoy —una palabra, un invento, una melodía— algo que le vincula con lo humano de ayer y otro algo también que lleva en germen lo humano de mañana. No es un elemento pasivo, ni mecánico, ni está poseído por un sopro metafísico o determinista. Es un

sustrato en ebullición en el cual se concilia lo que la mentalidad lógico-formal reputa inconciliable: el cambio incesante y lo permanente. Ese hilo de la secuencia dentro de la coexistencia humana organizada, ha sido llamado historia. Como escribió John Elof Boodin, "es el cambio acumulativo, con el orden que le es inherente, lo que constituye la historia".

No sólo nos liga ese vínculo a nosotros, los contemporáneos, sino que todo lo que nosotros hoy hacemos tiende a extender ese vínculo para ligarnos a las generaciones futuras. Es en tal sentido que lo histórico abarca todos aquellos elementos que el hombre recibe de las generaciones anteriores, que asimila a su experiencia o agrega a sus instituciones o a su instrumental y que le ligan inevitablemente a lo acontecido y a lo por acontecer. Lo que él agrega de su propia inspiración y logra transmitir a quienes le continúan pasa, asimismo, a formar parte de lo histórico. Criatura es el hombre, en efecto, que construye siempre sobre lo heredado, pero que, a su vez, jamás construye sin tener en cuenta lo que ha de ocurrir.

Lo histórico, pues, no pertenece sólo al orden intelectual. Forma parte de la vida diaria de todos los seres humanos; integra la realidad de cada instante. Cuando el hombre comienza a relacionar su realidad actual con el pasado y el futuro, cuando descubre su parentesco con lo ya extinguido y se esfuerza por imaginarlo con lo aún no nacido es que atraviesa el umbral que le conduce al criterio histórico. Por el camino del conocimiento práctico va llegando a él, pero no termina de llegar sin un mínimo de abstracción mental, que da coherencia y aplicabilidad a su experiencia de individuo social. Lo histórico —fragmento de la realidad— obliga al hombre a desarrollar su criterio histórico, que es el instrumento lógico con el cual el hombre trata de explicar el *cómo fue* y el *para qué es esto de ahora*.

El criterio histórico es tan universal que su ausencia absoluta puede considerarse síntoma inequívoco de decadencia mental. Se aplica al pasado, al presente y al futuro. De todos ellos hace una sola unidad continua y no admite que se le interponga el escrúpulo profesional del historiador especializado, que prefiere reducir los temas históricos a lo ya definitivamente acaecido.

La necesidad de conocer el pasado ha ido creando una especialidad con técnicas de investigación y escuelas de inter-

pretación propias de su carácter científico. De allí surge el conocimiento histórico, cuya forma erudita es la historiografía. A menudo, historiografía e historia se toman por sinónimos, en cuyo caso este segundo vocablo se aplica en un sentido más restringido que como lo hemos usado en los párrafos anteriores.

La historiografía, con ser excepcionalmente vasta en sus perspectivas, tiende a aceptar como límite cronológico de sus temas el pasado inmediato. Historiadores hay—modelos de timidez profesional—que no se ocupan de investigar procesos que se hayan registrado en el decurso de las últimas generaciones. Es una forma de no comprometer opiniones personales sobre los problemas de la actualidad. Pero cualquiera sea el límite cronológico que se imponga a la historiografía, ésta no se divorcia jamás de aquel criterio histórico, esencialmente pragmático y universal, del que hablábamos. En un país de elevado nivel cultural, la historiografía estimula la madurez crítica del criterio histórico. En los lugares de mayor indigencia cultural, es probable que el criterio histórico se encuentre intensamente mezclado con el folklore, los mitos y las tradiciones orales. A la inversa, el criterio histórico tiene alguna gravitación sobre la historiografía y, en particular, sobre los historiadores profesionales, cuya lógica, concepción de la vida y sentido de lo social influyen sobre su manera de narrar e interpretar los acontecimientos del pasado.

Ni el criterio histórico se mueve, pues, exclusivamente dentro del ámbito de lo pragmático y lo no profesional, ni la historiografía dentro de lo estrictamente especializado. Al uno y a la otra le alimentan una sola realidad humana, a cuyo encuentro van dirigidos ambos.

Historiografía—la del profesional de la historia—y criterio histórico—esa lógica de la continuidad de los procesos que tienen todos, inclusive el analfabeto—son los extremos de una serie. Entre ambos se encuentran esas historias especializadas que ubican al especialista dentro del gran proceso del tiempo—la historia del arte plástico, de la literatura, de la técnica, del derecho, de la biología, de la medicina, de la arquitectura, de la economía, del deporte, de la moda. En la medida en que cada actividad, disciplina o arte adquiere proyección social inmediata y que el especialista va ahondando su conocimiento, le apremia a éste la necesidad de buscar los an-

tededentes de su materia, que le permitirán ampliar su panorama y asentar su concepción general.

En cuanto a los métodos de investigación y de interpretación, las historias especiales se nutren de la historiografía general. Así como el historiador general descubre, en cierto momento, que una revolución política sólo puede interpretarse cabalmente cuando se ha adquirido conocimiento claro de ciertos procesos económicos, sociales y técnicos anteriores y contemporáneos, también el historiador de la medicina y el de la pintura logran arrojar un haz potente de luz sobre un período cuando han adquirido un conocimiento panorámico coherente y racional de su estructura económico-social, de la arquitectura política, de sus instituciones religiosas y legales.

2. *La interpretación histórica y la realidad social*

LA historiografía general, las historiografías especiales y el criterio histórico tienen, también, su historia. Heredan, en cada generación, un conjunto de conocimientos y conceptos lógico-técnicos, y a ellos agregan el fruto del propio esfuerzo; a veces, se hacen unilaterales, dogmáticos e insuficientes; a veces, asimilan admirablemente las adquisiciones de otros campos y logran formular una síntesis conceptual que les permite avanzar, en cinco lustros, lo que antes no pudieron en dos siglos. El clima histórico les explica y de él dependen, como cualquier otra actividad humana.

En el fondo, toda historia escrita y todo criterio histórico no son más que el esfuerzo del hombre por captar la dinámica de una realidad social, que se le aparece extraordinariamente compleja. Esa apetencia nunca saciada, esa eterna sed de conocimiento de lo social nacen de la misma índole social de la criatura humana y está dirigida a satisfacer una necesidad tan real como es la de readecuar incesantemente las formas de organización y acción colectivas con finalidades de protección y defensa comunes. Aunque, como en toda actividad del hombre, la necesidad real e inmediata se transforme y sublime, para dar lugar a la especulación teórica y al conocimiento que se supone explicable por sí mismo.

El esfuerzo por captar la realidad social es incesante, aunque a veces haya parecido aletargado. El éxito de esa empresa secular se traduce en el descubrimiento de nuevos elementos

integrantes de esa realidad y de una mejor comprensión de la forma en que esos elementos actúan los unos en función de los otros. Implica, en síntesis, la individualización de los factores históricos y el análisis de la dinámica de la correlación de esos factores.

La posibilidad de individualizar factores hasta entonces ignorados, de comprender mejor la índole de los ya conocidos y de analizar con lucidez su dinámica se encuentra también en función del clima histórico, de las condiciones en que se vive, se actúa y se piensa. Vive el hombre, en alta proporción, de experiencia acumulada y que no cesa de acumular más experiencia a la que ha adquirido ya; pero el tipo de experiencia acumulable y el grado de eficacia de su aplicación dependen en forma directa de las condiciones inmediatas en que viva y actúe. Hay períodos y circunstancias en que el individuo parece incapaz de leer en ese gran libro de la vida; otras, en que todo lo que el hombre percibe se transforma de inmediato en conocimiento acumulable y transmisible, del cual extrae consecuencias múltiples, como un mecanismo que multiplicara hasta el infinito la energía que le pusiera en movimiento.

Como nunca antes, tiene esta época que vivimos fecundas posibilidades creadoras de todo orden. Vivimos la etapa del tránsito de la sociedad individualista a la sociedad de masas. Del conocimiento especializado, suficiente por sí mismo para satisfacer una necesidad inmediata, estamos pasando a la integración y la síntesis del conocimiento, no ya como especulación teórica explicable de por sí, sino como necesidad práctica para captar lo concreto e inmediato. No sólo comprendemos mejor muchos procesos parciales, sino que cada vez estamos más convencidos de que no hay nada que deje de actuar en unión de algo.

"Jamás antes —observa H.J. Bhabha, la máxima autoridad india en física atómica— se ha logrado unificar una cantidad tan inmensa de fenómenos naturales dentro de una esquema lógico coherente".

Estamos, pues, frente a la necesidad de una estructuración, de una sistematización del conocimiento, como condición elemental de la comprensión de la realidad actual y pasada.

3. *La realidad social y la síntesis histórica*

SON esas condiciones históricas, sin duda, las que han despertado en el hombre de nuestro tiempo la excepcional apetencia que pone de manifiesto por aprehender lo histórico. Jamás se ha producido tanto en materia historiográfica, a punto tal que la estadística que pudiera hacerse sobre el particular ocasionaría auténtico asombro. Pero la fecundidad no se manifiesta sólo en el sector profesional. Se la encuentra asimismo en el terreno de las historiografías especializadas y, más allá de todo lo que se define como historia escrita, en multitud de estudios impregnados de preocupación histórica.

Si alguna característica puede señalarse a esta época dentro de la materia que tratamos es la de que la mejor y más abundante producción historiográfica ha desbordado los límites, no ya de lo estrictamente académico —siempre en retardo— sino de lo profesional. Las corrientes más originales y fecundas en materia historiográfica pueden hoy encontrarse tanto en las obras de los historiógrafos profesionales como en los trabajos de otros especialistas, o de autores que jamás han escrito una monografía del tipo histórico tradicional. Es, por ejemplo, en el prólogo de *Space, Time and Architecture*, la gran obra de Siegfried Giedion, donde hemos leído párrafos de excepcional lucidez sobre la relación del historiador con la época en que vive.

Estamos hoy, no nos quepa duda, frente a un hecho cierto y de las más fecundas proyecciones: el conocimiento sistemático de lo histórico ha desbordado amplia e irremisiblemente los límites profesionales e impregna todo el pensamiento y la actividad contemporáneos. Es esta la mejor prueba de la necesidad que siente el hombre de nuestros días de ubicarse y comprenderse como parte de un proceso incesante; de captar el sentido de esa secuencia que constituye la columna vertebral de la coexistencia organizada; de replantear aquel eterno *de dónde venimos y adónde vamos*, pero no ya en su contexto poético o metafísico tradicional, sino sobre la más concreta e inmediata realidad social.

Hay en estos hechos, que estamos reconociendo como característicos de nuestra época, una contradicción intrínseca. La excepcional abundancia de la producción historiográfica y la apetencia de ubicación histórica que siente el hombre contemporáneo requieren, para conciliarse, un esfuerzo que conduzca

de la una a la otra por vías lógicas. Si el hombre tuviera que internarse en la selva de los datos que le ofrece la producción histórica contemporánea no haría más que caer en la desesperación que produce la superabundancia de lo inaprovechable.

Es necesario, pues, encontrar un camino que conduzca hacia la síntesis. A esta altura de la evolución cultural, no parece el más adecuado el que parte de la metafísica o de la filosofía, porque ni una ni otra nos entregan los instrumentos de valoración para internarnos con éxito en la selva de los datos concretos. Hay, en cambio, en numerosas disciplinas científicas contemporáneas elementos de juicio cuya incorporación a la historiografía puede resultar de mucho valor, así como todo un instrumental lógico y conceptual que no puede dejar de impregnar el pensamiento histórico, como impregna también el pensamiento científico contemporáneo.

Esa gran faena de síntesis, necesidad de nuestro tiempo, no ha de ser, por lo demás, sino un capítulo en el colosal esfuerzo por establecer una adecuación entre el conocimiento, en incesante progresión, y las formas de organización social. Saber y hacer, comprender y vivir no son, al fin y al cabo, más que manifestaciones de una sola realidad universal.

TOYNBEE INTERPRETADO POR HAYA DE LA TORRE

Por F. COSSIO DEL POMAR

LA incansable actividad intelectual de Víctor Raúl Haya de la Torre, después de darnos *Treinta Años de Aprismo*, donde revela la teoría y praxis de esta concepción socio-económica y política, la doctrina más original que ha aparecido en la América Latina —según opiniones de Carleton Beals, John Gunther, André Breton, y según se desprende del exhaustivo análisis del profesor Harry Kantor, *Ideology and Program of the Aprista Movement*—, nos da ahora otra obra fundamental: *Toynbee frente a los Panoramas de la Historia*.¹ Un libro-guion para entender al grande y discutido historicista británico de los 13 apretados volúmenes de *A Study of History*, cuya tesis sobre la génesis de las civilizaciones Haya de la Torre explora y analiza presentándola al margen de la retórica de los libros de historia, en una obra que por su fondo y por su estilo es una proeza de síntesis brillantemente lograda. Inapreciable para el estudioso de las teorías toynbeanas y para el hombre culto preocupado por las nuevas ideas relativistas, y la mejor exégesis del grandioso esquema del historiólogo de Oxford, quien según Haya de la Torre, *desnacionaliza, deseuropeiza, desindustrializa y democratiza* la historia.

...vista como él la ve, confrontada como él la confronta, adquiere dimensiones sin limitación. Porque su primer hallazgo es el de la inmensidad del universo histórico, que se expande continuamente ante sus ojos, como el cosmos de los físicos relativistas. Toynbee, cual ellos, ensaya intrépidamente la adopción de un nuevo dispositivo geométrico. La historia alineada en procesos constantes, o la paralelada en ciclos, o la desplegada en planos yuxtapuestos o coextensos —cuyos ejes de coordenadas se

¹ Editorial Copea, Buenos Aires, 1958.

refieren siempre a puntos prefijados— queda, pues, excedida, superada. Esa es la historia, cuya *continuidad*—de acuerdo con sus textuales palabras— ha sido ideada por analogía con la ciencia física occidental clásica, por historiadores occidentales... En resolución, Toynbee rechaza una *continuidad absoluta*; acepta una relativa, y compara la *continuidad* dentro de cada Sociedad con la orgánica y mental de una persona dada (Cap. 11).

UNA cita de Toynbee—que no es ya de su obra magna, sino de un libro posterior de 1948, *Civilization on Trial*— explica el interés de Haya de la Torre en las concepciones del sabio británico. Éste, nos da la clave de su filosofía relativista de la historia cuando se pregunta: "*¿No es la historia en sí misma y en último análisis, una visión de todo el universo en movimiento dentro del marco cuatri-dimensional del Espacio-Tiempo?*" De su lado Haya de la Torre, desde 1928, plantea la misma tesis. En su libro *El Antimperialismo y el Apra*, de aquel año—capítulo VIII—enuncia la tesis de nuestro "espacio y nuestro tiempo económicos", diferentes de los del viejo mundo. Ya en 1930, critica al simplismo de los que universalizan teorías socio-económicas y las aplican a todas las latitudes, con estas palabras precursoras:

Olvidan que Europa es Europa y América es América, y que en estas épocas de relativismo los conceptos de Tiempo y Espacio, y el nuevo de Espacio-Tiempo están revolucionando todas las concepciones, partiendo de la concepción misma del universo.²

Cuatro años antes de la aparición del primer volumen de la obra central de Toynbee, Haya de la Torre se adelanta a formular su esquema de los "campos gravitacionales históricos". Que son, los que Toynbee llama "campos inteligibles del estudio de la historia", de la cual dice que son "los átomos que hay que estudiar", o sea las sociedades y no los estados. Cada sociedad tiene un escenario que rebasa el de las naciones o grupos y abarca áreas extensas. Cada área sobre la que surge una sociedad o civilización tiene así su propio espacio y su propio tiempo o ritmo de evolución intransferibles. Y es la conciencia social de este espacio-tiempo el que la tipifica, caracteriza e impulsa. Cuando esa conciencia aparece y se define emerge la civiliza-

² Del libro *Construyendo el Aprismo*, Buenos Aires, 1933, p. 133.

ción. Cuando ella se pierde, decae y perece una sociedad civilizada.

Haya de la Torre cita a Hegen. Afirma el filósofo alemán que "la historia propiamente dicha comienza cuando un pueblo se eleva a su conciencia". ¿A la conciencia de qué? Toynbee responde que es en este punto en que surge el "elan" milagroso que moviliza a una sociedad "en la dinámica de una civilización". Haya de la Torre completa el pensamiento hegeliano y responde que esa conciencia a la cual un pueblo *se eleva* para comenzar su historia, es la conciencia de su espacio-tiempo histórico. Pero ésta no es uniforme, no es idéntica a otras civilizaciones. Es sólo equipolente con ellos. La conciencia espacio-temporal que mueve la dinámica de una civilización tiene ritmos diferentes en cada sociedad. De esta suerte, hay velocidades distintas en el proceso de las civilizaciones. Así puede compararse el ritmo acelerado de la Civilización Islámica con el lento de su coeva la Civilización Occidental Cristiana, en la misma etapa cronológica —siglos VI al XIII de nuestra era— y, al revés, el aletargamiento de la civilización Islámica frente al dinamismo de su rival, cuando tras la frustración del primer intento expansivo de la civilización Cristiana con las Cruzadas, ella expande su espacio-tiempo con los ulteriores descubrimientos geográficos de los siglos XV y XVI mientras la sociedad islámica se detiene y cesa.

Haya de la Torre coincide con Toynbee en la tesis de los retos-respuestas. Las civilizaciones no surgen en escenarios propicios. Todas emergen respondiendo al desafío geo-climático de áreas reacias u hostiles. En muchos casos el espacio es indómito y los intentos civilizadores "abortan" o se detienen. Así se frustran la Cristiana del Extremo Occidente o céltica, la Cristiana del Extremo Oriente o Nestoriana y la Escandinava. Así se "detienen" la Polinesia, la Esquimal, la de los Nómadas, Espartanos, Osmalines y Otomanos. Pero otras civilizaciones "se fosilizan"; como los judíos y los parsis "fósiles de la Sociedad Siríaca"; como los cristianos monofisitas y nestorianos y "similáramente los jainas de la India y los budistas hinayanianos de Ceilán, Birmania y Thailandia que son fósiles de la Civilización Indica".

Mas, cuando la sociedad triunfa en el duelo con el espacio geográfico que la reta se produce primero un *condominio* entre el hombre y su escenario. Y por la inter-acción de factores múl-

tiples—reto geo-climático y retos humanos— ese condominio, que puede ser relativamente rudimentario y estático en las sociedades primitivas, se convierte y eleva a una conciencia espacio-temporal creadora del cinético *elan* civilizador. De la relativa quietud—estado "Ying"—de las sociedades primitivas sólo han realizado el tránsito triunfante a la dinámica de las civilizaciones—estado "Yang"—las que llevan en la clasificación toynbeana los nombres de Civilizaciones Egipciaca, Andina, Sínica, Minoica, Sumérica, Maya e Índica. Otras, como queda dicho, han abortado o se han detenido. Pero con excepción de la Egipciaca y la Andina—sin "parentesco anterior o posterior"—todas han dado origen a nuevas civilizaciones: La del Extremo Oriente, sucesora de la Sínica de la que se secesiona la de Corea y el Japón; La Helénica, procedente de la Minoica, de la que se desprenden, a su vez, las Cristianas Occidental y Oriental o Bizantina y de ésta, por trasplante, la Ortodoxa Rusa; la Siríaca, proveniente también de la Minoica, y antecesora—por fusión de la Arábrica con la Iránica—de la Civilización Islámica; la Hitita y la Babilónica, vástagos de la Sumérica; la Yucateca, sucesora de la Maya, de la que proviene la Meicana, y la Hindú, cuya progenitora es la Índica. Según las características de su procedencia Toynbee adopta una clasificación complicada: las llama filiales, infra-filiales o supra-filiales de las siete primeras.

Haya de la Torre acepta esta distribución y nomenclatura que *democratiza* la Historia. Según el esquema toynbeano no hay pueblos ni razas superiores o inferiores. Civilizaciones han surgido con nombres de blancos, amarillos y cobrizos. Tampoco hay climas propicios o inhóspitos—que no sean los polares—que no hayan sido escenario de una civilización. Las sociedades americanas son *tan civilizadas* como las del Viejo Mundo. Cada una ha alcanzado logros admirables de dominación de *su* naturaleza—de su espacio—y desarrollos victoriosos de altos conocimientos revelados en alguna tecnología superior.

Asimismo, Toynbee *desmaterializa* y *desindustrializa* la historia. Demuestra que ella no se mueve solamente por determinadores económicos—como sostiene el marxismo—con una probanza científicamente irrefutable: Sólo siete sociedades primitivas logran el tránsito de su relativo estatismo tribal a la situación dinámica de las civilizaciones propiamente dichas. Y, sin embargo, la ciencia antropológica social registra más de 600 comunidades primitivas que aún subsisten, a través de los tiem-

pos, las cuales tienen necesidades económicas y elementales formas de organización social, pero que, no han podido realizar el "salto" cualitativo de su vida rudimentaria y monorrítmica a la dinámica espiral de las civilizaciones. Esta objeción científica al materialismo histórico, al determinismo económico, es una de las más resaltantes tesis argumentales de Toynbee en favor de su teoría sobre la génesis de las civilizaciones. Éstas, no surgen movidas por un *exclusivo* determinante, sino por la "interacción" de factores múltiples. En ellos predomina la raza y el contorno, el "encuentro" de ambas; el reto geoclimático y humano a los cuales responde la sociedad para definirse como civilización.

El Capítulo V del apretado y sugerente libro de Haya de la Torre, es, sin duda uno de los más brillantes de su análisis. Es el que descifra la filosofía y la poesía que forman la profunda trama de la obra de Toynbee. Aquí la exposición del autor inglés es enriquecida con citas esclarecedoras de Aristóteles, de San Agustín, de Shakespeare y de Hegel, ilustrativa de la teoría del "encuentro" del que surge "el poder creador" de las sociedades civilizadas cuya capacidad de irradiar y atraer es característica de su *elan vita*. Y Haya de la Torre se pregunta:

¿En qué estriba ese "poder creador", cuya es la capacidad de influir y atraer? De él sabemos que es un don infrecuente y como tal de ventura, peregrino beneficio deparado a muy contadas comunidades en dispares espacio-tiempo. Por unas conservado, acrecentado e impartido; en otras amenguado y precozmente efímero, y, en todas, tarde o temprano, fugitivo: bien que de ciertas de ellas se reproduzca y prolongue eventualmente en vástagos y sucesores. Mas, ¿porqué aparece así esporádico y por qué se pierde? Disparo de Dios, del Diablo, o de ambos—si nos atenemos a la simbología fáustica tan preferida por Toynbee— aquí y acullá fecundo, cual semilla arrojada sobre diversos suelos, aunque no por todos devuelta en brotes. Con Banquo a las brujas cabría inquirir:

*If you can look into the seeds of time
and say which grain will grow and which will not...*

Como Toynbee no responde todavía, Haya de la Torre cierra allí su recensión y comentario para abrir el capítulo terminal de su libro. Y en él aparece una vez más su actitud americanista por tantos años mantenida, con su doctrina política y su tesis

historiológica sobre la unicidad del proceso social de este hemisferio y sobre el alto destino de una América unida. Discrepando de Toynbee en su enfoque del "encuentro" de la Civilización Cristiana occidental con los "retos" de las dos Américas, el creador de la doctrina aprista, sostiene que cuando Hegel dice que la América del Norte fue *colonizada* en tanto que Indoamérica fue sólo *conquistada*, esta diferenciación puede explicarse porque en la zona septentrional de nuestro hemisferio se cumple a cabalidad el *reto-respuesta*, mientras que en la zona indoamericana queda en suspenso y aún no se realiza. Según Haya de la Torre el reto norteamericano que el europeo confronta es *espacial*, el de la extensión. Norteamérica es como una Europa expandida, vacía, o habitada por tribus primitivas que nunca crearon una civilización. El europeo al arrostrar aquel desafío adquiere la conciencia espacio-temporal de su nuevo escenario. Y su verdadero "destino manifiesto" es el de dominar, dinamizar y mantener el gran espacio por medio de una tecnología caracterizada por la *velocidad*—distinto ritmo del más lento de la Civilización occidental europea— para señorear la extensión: Todos los inventos norteamericanos tienden a ese gran objetivo: dominar el espacio abreviando el tiempo. Así el perfeccionamiento de las invenciones decimonónicas: ferrocarril, navegación a vapor, aceleración de los métodos mecánicos de la producción, como los descubrimientos propios: automovilismo, telégrafo, teléfono, alumbrado y propulsión eléctrica, vías asfaltadas, arquitectura vertical, aviación, cinematógrafo, radio y televisión, etc. Frente a la lentitud y acabado del trabajo europeo cuyo símbolo son catedrales y castillos, en arquitectura, que tardan siglos en construirse, frente al lento preciosismo del arte y los pausados progresos de la ciencia y de la técnica, aparecen en Norteamérica el "rascacielos" de construcción vertiginosa, la producción "en masa y en serie", la aceleración total. La hélice de los barcos de John Ericsson, desdeñada en Suecia es aprovechada en Estados Unidos; como años después la persona y obra de Einstein que sin culminación en Europa halla su escenario creador en suelo norteamericano. Así aparece frente a frente la dicotomía de dos interpretaciones científicas y de dos conceptos tecnológicos, de dos velocidades civilizadoras, de dos ritmos espacio-temporales.

Inserta aquí Haya de la Torre su tesis del espacio-tiempo-histórico no sólo como perspectiva—tal lo estimó unilateralmente Ortega y Gasset— sino como subjetividad. Recoge las

palabras de Einstein: "*el Espacio y el Tiempo son formas de intuición que no pueden divorciarse de la conciencia, al igual que nuestros conceptos de color, forma y dimensión*". Y aplica este principio a la conciencia histórica como fenómeno de intuición colectiva. Esa intuición —como en el proceso de etapas ascendentes de la evolución del lenguaje que estudia Cassirer— alcanza "las formas más eminentes de relación" y es el *elan* de las civilizaciones. Y así como Einstein enseña que "*El Espacio no tiene realidad objetiva, excepto como un orden y arreglo de los objetos que nosotros percibimos en él, y el Tiempo no tiene existencia independiente aparte del orden de los acontecimientos por los cuales nosotros los medimos*", así en la historia —sustenta Haya de la Torre— el orden de las realidades espaciales y de los acontecimientos temporales determina la conciencia social del Espacio-Tiempo histórico, y el ritmo dispar de la dinámica de las civilizaciones.

Pero en el caso americano, Haya de la Torre no cree en una civilización exclusiva *norteamericana*. Su aportación científico-tecnológica no es suficiente para generarla. A la conciencia espacio-temporal norteamericana le falta *pasado*. Es sólo la desembocadura de la Civilización occidental cristiana, cuyo pretérito está en Europa. Haya de la Torre sostiene que para el surgimiento de una Civilización americana —que él llama *Novomúndica*— por secesión de la Occidental (así como han surgido la Ortodoxa rusa y la de Corea y el Japón por desprendimiento y trasplante de la Bizantina y de la del Lejano Oriente) es necesario como ingrediente de integración la aportación indoamericana. Ésta significa un escenario espacial mucho mayor, una población creciente (más de 600 millones para el año 2,000 cuando EE. UU. y Canadá sólo tendrán 300) una fusión étnica que están forjando lo que en sus días lúcidos llamó Vasconcelos "la raza cósmica", y un profundo y brillante pasado cuyas expresiones organizativas y culturales culminan con dos Civilizaciones *paternas*, la Andina y la Maya, y dos sucesoras, la Yucateca y la Mexicana.

Este pasado, según Haya de la Torre no es un "tronco muerto", estático y sin vigencia. El pasado americano está vivo en la raza —y aún en las formas de trabajo supérstites— que lo protagonizó. En Europa se suceden las etapas históricas negándose y suplantándose unas a otras. La dialéctica hegeliana de los procesos de evolución social que Marx adopta para su teoría, es inaplicable al proceso histórico indoamericano. En el viejo mundo

las razas que construyeron las pirámides, o los palacios de Knossos, o la Acrópolis de Atenas han sido reemplazadas por otras. En América los constructores del templo de Chavin, de Palenque, de Macchu-Picchu, de Tiahuanaco, del Palacio de las Mil Columnas de Chichen-Itzá, o de las Pirámides de Teotihuacán, están presentes en los descendientes de su raza apenas mezclada. Y conservan en mucho los mismos métodos de trabajo con los cuales emergieron las grandiosas civilizaciones americanas. En Europa no quedan rastros de la esclavocracia romana, ni de la servidumbre y economía feudal, ni del mercantilismo pre-industrial. En Indoamérica coexiste y se yuxtaponen —tesis de Haya de la Torre en su libro de 1928— todas las formas de asociación humana y de organización del trabajo: desde las tribus "pre-históricas" de la inmensa cuenca amazónica, que se suman demográficamente con siete cifras, hasta las formas capitalistas de la primera etapa del industrialismo pre-siderúrgico, pasando por las comunidades aborígenes, por el feudalismo colonial, por el latifundismo semi-tecnificado décimo-nónico, y por el industrialismo extractivo de materias primas y medio elaboradas que implanta el imperialismo económico *como primera etapa de la economía capitalista en nuestros países*. Así, la negación de la negación marxista aplicada a la evolución histórica indoamericana es inaplicable. Y esta característica peculiar de nuestro continente aparece como una paradójica *presencia del pasado*.

De esta suerte Haya de la Torre que durante 30 años ha sostenido que los problemas sociológicos y económicos de nuestra América son diferentes de los del Viejo Mundo y, por tanto, las soluciones deben también ser diferentes, y que "hay que descubrir nuestra realidad económico-social y no inventarla", propone, en resolución, que está surgiendo una nueva *civilización novomúndica* por secesión de la Occidental Cristiana europea. Que esta nueva civilización no será sólo norteamericana y que, consecuentemente, rechaza la postura derrotista "acerca de nuestra fatal norteamericanización". Y escribe:

... allende todo lo perecedero o cambiante en los prolongados derroteros de la historia —sistemas económicos, regímenes políticos, prevalencias militares, imperialismos, etc.— y sin dejar de reconocer la relativa validez de las más temibles conjeturas, es posible pensar, filosóficamente, con menos pesimismo: Las presionantes influencias culturales tienen un sentido y un radio más profundos. Y si Indoamérica, dividida y desorientada, sólo está

en vías de lograr la coordinación de sus fuerzas espirituales, conformantes de una personalidad colectiva, el aumento incesante de su población —comparativamente mucho mayor que el de Norteamérica— y la creciente fusión de sus elementos étnicos componentes, anunciadora de lo que en concepto feliz ha llamado José Vasconcelos "la raza cósmica", autorizan el intento de otros pronósticos. No es desdeñable que, póngase por ejemplo, en aquellos ya definidos testimonios de nuestros valores estético-sociales —folklore, música, danzas populares, estilizaciones de nuestro pasado artístico, o en las superiores creaciones del renovador movimiento pictórico indoamericano comenzado en México— sean evidentes ya las corrientes de influencia proyectadas ya desde nuestros ámbitos hacia Norteamérica. Ni puede olvidarse que en ambas Américas, a diferencia de la super-poblada Europa, cuyo poderío siempre se alimentó de los necesitados recursos del colonialismo, el vasto y ubérrimo espacio geográfico es la aún vacía tierra prometida de centenares de millones de hombres por venir. Los de hoy, a uno y otro lado de nuestros presentes linderos culturales, sólo seremos los precursores distantes de aquel mundo de veras nuevo y para nosotros insospechado.

Haya de la Torre, desde 1928 sostiene que en materia económica, "los Estados Unidos necesita tanto de Indoamérica como ésta de ellos". Afirma así su tesis anti-imperialista y combate en nosotros el complejo de inferioridad colectivo que sólo genera o el vasallo sometimiento o la arrogancia demagógica y odiosa, pero no el sereno confrontamiento constructivo del problema de la hegemonía de los "Estados Unidos del Norte frente a los estados Desunidos del Sur", y traslada su enunciado económico-político a los altos planos de la formulación historiológica:

Accepta como categoría de premisa esa recíproca necesidad de relaciones, y elevada a la jerarquía cultural, inalienable para la génesis de una nueva civilización, no es incongruente considerar los decisivos factores distinguibles de una y otra aportación de las Américas. Ni lo es aseverar que la predominancia tecnológica, positiva, material, del gigante y veloz *tour de force* civilizador norteamericano es insuficiente para producir lo que Toynbee llama "el milagro" de una sociedad nueva, autónoma, entera, universal. Las esencias que a ella le faltan se hallan fuera de su dimensión y aparecen tangibles en la nuestra. *La Civilización Americana o Novomúndica*, si ha de ser, deberá conjuncionar los profundos

valores conceptuales del "pronto" y del "mañana"—acción y laxitud, celeridad y reposo—pero también, las hondas raíces del "ayer". Deberá columbrar y enfrentarse a las cimas del futuro, sin dejar de atender a las múltiples vertientes del pasado que nutren de savias eternas las "mutaciones bruscas" de la "dinámica de las civilizaciones".

Y así, "la interrogante y la esperanza quedan en pie". Con ellas, en la actitud humilde que Toynbee enseña a los exploradores del historicismo, queda su brillante comentarista, repitiendo sin duda aquellas otras advertidoras palabras del gran hermenauta inglés cuando dice: "esperen y verán". Haya de la Torre en su apretado y apasionante libro abre así las grandes puertas de la expectativa y enseña al lector los innumerables caminos de las sugerencia.

Presencia del Pasado

EL PRIMER EMBAJADOR CONOCIDO EN AMÉRICA

Por Alfonso CASO

MÚLTIPLES noticias importantes, o simplemente curiosas nos ha entregado la lectura que hemos podido hacer de los manuscritos que pintaron los indígenas mixtecos antes de la Conquista española.

En esta misma Revista pudimos ofrecer hace años las primicias de esta investigación¹ y en el presente año la Sociedad Mexicana de Antropología va a publicar nuestra interpretación del Códice Bodley, que es el más importante repertorio histórico y genealógico que se nos ha conservado de esta región de Oaxaca, y el que nos permite ampliar nuestros conocimientos históricos, fundados en la lectura de documentos, hasta el año 692 de Cristo, es decir, más de ocho siglos antes de que los europeos pisaran por primera vez las tierras de México.

Precisamente de este Códice Bodley² vamos a sacar la presente noticia del que creo es el primer embajador del que tenemos informes en la historia del Continente Americano.

Pero antes de relatar el hecho conviene advertir que los mixtecos tenían la costumbre común en toda Mesoamérica, de nombrar al recién nacido por el nombre del día de su nacimiento, y los nombres de los días se formaban por la combinación de 13 números y 20 signos, que eran animales, como el lagarto, el tigre, el conejo, el mono, el águila y el zopilote; o vegetales, como la hierba, la caña, la flor; o fenómenos naturales, como la lluvia, el viento, el temblor, el agua, la muerte, o cosas, como la casa y el cuchillo de pedernal.

La combinación de estos 20 signos con los 13 números, daba un período de $20 \times 13 = 260$ días con nombres diferen-

¹ CASO, A., *El Mapa de Teozacoalco*, "Cuadernos Americanos", Año VIII-5, México, 1949.

² Códice Bodley, en Kingsborough, *Mexican Antiquities*, Vol. I, London, 1830.

tes, y este período, base de todas las combinaciones astrológicas y astronómicas, y base también del año civil, religioso y fiscal, se designaba por los mexicanos con el nombre de *tonalpohualli* "cuenta de los días" y se escribía en libros que llevaban el nombre de *Tonalamatl*, "libro de los días".

Los mixtecos, además de estos libros en los que pintaban su calendario ritual, tenían otros de carácter histórico (*naandeye*), algunos de los cuales se nos han conservado, y fundados en ellos podemos obtener una abundante información histórica y etnográfica, mucho más abundante que la que poseemos de las otras naciones indígenas de este Continente.

La orografía de la Mixteca, explica en gran parte su organización política. En toda la región del norte y del centro cadenas de montañas se entrecruzan formando pequeños valles fértiles, pero rodeados de ásperos montes en los que predominan las plantas *xerofilas* en el norte, o bosques de encinos y coníferas en el centro y el este.

La falta de tierra laborable se hizo sentir desde época muy remota y obligó a los habitantes a formar terrazas de cultivo en las faldas de los montes en los que tenían establecidas sus acrópolis.

Así en Monte Negro cerca de Tilantongo, que floreció en el siglo VI antes de Cristo, encontramos en nuestras exploraciones que todo el cerro había sido transformado por la construcción de estas terrazas.

La formación orográfica, obligó a los mixtecos a establecerse en comunidades que vivían en los valles y estaban separadas de las otras por montañas inhabitables y, en gran parte, inutilizables para labores agrícolas.

El alejamiento entre los pueblos es propicio para fomentar la independencia, y aunque poseedores los mixtecos de una lengua común (con variaciones dialectales) y una cultura única, no llegaron sin embargo, como sus vecinos los zapotecos, a formar un gran reino y a tener unidad política, como tenían unidad cultural.

Solamente en forma esporádica, por uniones dinásticas, por anficionías, o por caer en manos de un gran conquistador, las ciudades mixtecas quedaban reunidas, temporalmente, dentro de un solo mando.

Los santuarios venerados por todos como Achiutla y Apoala, seguramente servirían como en Grecia, Olimpia o Delfos,

para reunir durante ciertos días a los mixtecos, pero la independencia de las ciudades era guardada celosamente y las guerras locales podemos decir que fueron la regla, cuando la II^a Dinastía de Tilantongo no mantuvo la supremacía.

Un estado constante de guerra, real o posible, es un buen terreno para que florezca la diplomacia. Como en Grecia o en la Italia del Renacimiento, los pueblos han confiado primero en sus hombres hábiles para conseguir sus fines, y sólo cuando éstos fallan tienen la palabra los guerreros.

A veces estos diplomáticos conciertan alianzas estrechando los lazos entre dos casas reinantes por el matrimonio de los príncipes pero sabemos por documentos que han llegado hasta nosotros, que tales alianzas se hacían determinando con toda precisión que los hijos primero y segundo de la pareja, habían de reinar en una y otra de las dos ciudades, lo que destruía la unión de ellas desde la segunda generación.

Muy al principio de las historias que se nos han conservado de la nación mixteca, a tal punto que se confunden con el mito, ya tenemos la mención del primer embajador. Los mixtecos llamaban a estos funcionarios genéricamente *taysanahadzahaya*.

Pero para contar la historia desde el principio, tenemos que remontarnos al Cielo, lugar del asiento de los dioses, para ver cómo los reyes son sus descendientes y tienen derecho a reinar por ser hijos de la divinidad. El señorío en la Mixteca no era el producto de la conquista y la fuerza; aquel que no tuviera sangre real no podía reinar; aunque frecuentemente pelearan entre sí estos hijos de dioses, como según la leyenda, lo hacían sus padres divinos.

Quetzalcoatl, el dios del viento y de la vida, había nacido en un día llamado 9 Viento de un año 10 Casa,³ que correspondería en nuestro cómputo al año 697. Pero en otra fuente⁴ más bien parece que su nacimiento sería en el año 8 ó 9 Caña, es decir, en 695 ó 683. Todas estas fechas son de la Era Cristiana.

El dios tiene un hijo que se llamó 4 Movimiento "Águila gris" y que casó con la señora 6 Águila "Papagayo-flor de maíz", que venía de un lugar representado por el baño de vapor indígena o *temazcal*. Estos reyes de Temazcal a su vez tuvieron un hijo, que se llamó 5 Viento, por el día de su nacimiento, y tuvo por sobrenombre "Lluvia que cae". Pero "lluvia" se dice en

³ Codex Vindobonensis, Mex., I, Viena, pág. 49-IV.

⁴ BODLEY, 40-I.

mixteco *dzahui* y "caer de lo alto" es *ndanda*, por lo que podemos traducir el sobrenombre de este rey por *Dzahuindanda*.

Según la tradición recogida por Burgoa⁵ este es el nombre del legendario héroe mixteco, señor de Achiutla, que tenía una bolsa mágica de la que sacaba multitud de guerreros, que ya aparecían armados con todas sus armas, y encabezándolos se lanzaba a la conquista de las ciudades que no le estaban sometidas. En lo que yerra Burgoa o el que lo informó, quizá el anciano de Silva descendiente de los viejos señores, es en creer que este legendario héroe vivió en tiempos de Motecuhzoma.

Este rey, todavía semidivino, está caracterizado por usar la máscara del dios de la lluvia—que los mexicanos llamaban Tlaloc—y que está formada por la nube de color azul. En la figura 1 tenemos una representación de este rey, y se ve su rostro



Fig. 1.—El rey 5. Viento "Dzahuindanda". Vind. 28.

cubierto con la máscara, mientras que su sobrenombre está formado por una faja de cielo, con las estrellas representadas como ojos, de la que baja o cae de cabeza una figurilla masculina, con el rostro cubierto con la máscara de Tlaloc (*Dzahuindanda*). Todavía más abajo está el signo "viento", representado por la máscara del dios de este elemento, acompañado por 5 puntos

⁵ BURGOA, FRAY FRANCISCO, *Geográfica Descripción*, Pub. Archivo Gral. de la Nación, XXV, México, 1934, Vol. I, pág. 319.

numerales, lo que nos da el nombre calendárico del personaje: 5 Viento.

5 Viento *Dzahuindanda*, casó también con una semidiosa llamada 9 Lagarto "Lluvia-Serpiente de quetzal" (Fig. 2), que era hija de los dioses viejos 1 Flor "Faisán" y 13 Flor "Quetzal", de un lugar que se representa en los manuscritos con un objeto verde anudado, probablemente una pluma de quetzal, que según el Códice Nuttall⁶ era el lugar de la Cuna del dios de la lluvia, y se hacen señores de un lugar representado por una mano que empuña unas plumas de quetzal, probablemente



Fig. 2.—La reina. 9 Lagarto "Serpiente de plumas".

Apoala, el célebre santuario que era una especie de *Meca* para toda la nación Mixteca.

Pero el matrimonio de estos reyes, según relatan los Códices Vindobonensis y Bodley, se hizo después de una entrevista en la que el dios Quetzalcoatl, pidió a los padres de la princesa que la dieran por esposa a su nieto *Dzahuindanda*.⁷

Dzahuindanda y su esposa "Serpiente de quetzal" tuvieron un hijo que se llamó, por el día de su nacimiento, 5 Caña y tenía por sobrenombre "Lluvia-flechas". No se nos ha conservado el año del nacimiento de este príncipe, pero debe haber sido alrededor de 810 (Fig. 3).

⁶ Codex Nuttall, publicado por el Peabody Museum, Cambridge, 1902, pág. 37.

⁷ Vind. 35; Bod. 39.

En otro lugar de la Mixteca que tiene un nombre toponímico muy complejo (Fig. 4) reinaban 7 Movimiento "Lluvia-tigre-zapo" y su esposa 7 Hierba "Lluvia-maíz" (Fig. 5) y tenían una hija llamada 3 serpiente "Flor de Xolotl" (Fig. 6).

Los padres de "Flor de Xolotl" decidieron casarla y seguramente no encontraron mejor partido que el príncipe "Lluvia-flechas", bisnieto de Quetzalcoatl, por lo que para que hiciera la petición nombraron a un embajador, al que se refiere esta historia, para que se acercara a los padres de la princesa. Este embajador, que seguramente era una persona de alcurnia, se llamaba 1 Lagarto, por el día de su nacimiento, y tenía por sobrenombre "Sol de Lluvia". Se hizo acompañar por un sacer-

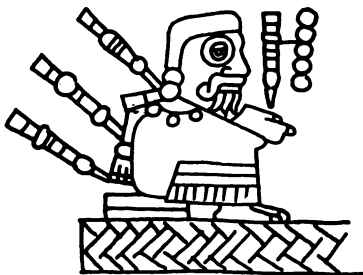


Fig. 3.—El príncipe 5 Caña "Flechas"

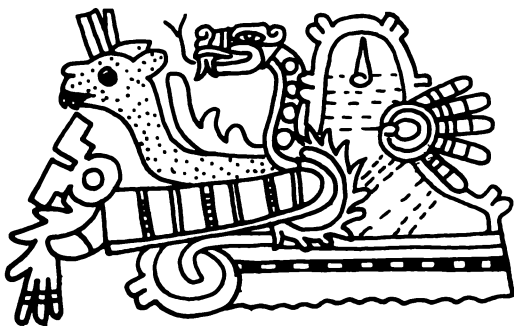


Fig. 4.—El pueblo de la princesa.



Fig. 5.—Los padres de la princesa.



Fig. 6.—La princesa 3 Serpiente "Flor de Xolotl".

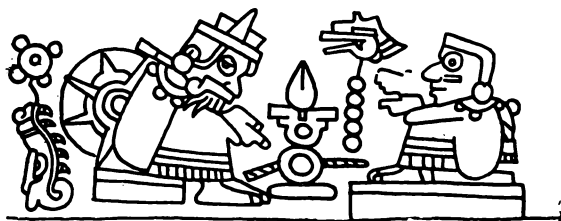


Fig. 7.—La embajada. El embajador 1 Lagarto entrega los regalos al rey "Dzahuindanda".

dote llamado 1 Viento y se presentó ante los padres del príncipe, dando humildemente su embajada y entregando como presente, un pectoral de oro y un adorno de jade (Fig. 7).⁸

Dzahuindanda acepta los regalos y consiente en que su hijo vaya al lugar donde vive la princesa, para fundar en él una dinastía en la que los reyes serán descendientes de Quetzalcoatl.

El príncipe sería muy pequeño pues sale de *Apoala* cargado por el sacerdote 1 Viento, que lleva en la mano un incensario, pues seguramente se consideraba un *teomama*, es decir un "portador de la divinidad" (Fig. 8).



Fig. 8.—Un sacerdote llamado 1 Viento, carga al príncipe 5 Caña.
El año es 5 Conejo y el día 7 Tigre.

Emprenden el viaje en el día 7 Tigre del año 5 Conejo que correspondería probablemente a 822 de Cristo y después de algunos años se casan el príncipe 5 Caña "Lluvia-flechas" y la princesa 3 Serpiente "Lluvia-flor de Xolotl".

Nótese que todos los personajes que hemos mencionado tienen como sobrenombre la palabra *Lluvia*. ¿Vocación al dios del agua, o distintivo tribal?

Para concluir deberíamos terminar como en todos los cuentos de príncipes y princesas, diciendo que se casaron, vivieron muy felices y tuvieron muchos hijos; pero la historia no menciona sino una hija, 13 Águila, "Lluvia quetzal", que en el año

⁸ No es ésta la única embajada con propósitos matrimoniales que reciben 5 Viento "Dzahuindanda" y su esposa. Otro códice mixteco, el llamado Selden II, dice que lo van a ver dos viejos para pedirle a otro de sus hijos, el llamado 2 Hierba "Serpiente de muerte" para casarlo con la princesa 8 Conejo "Tocado de sol" y el hijo de ellos funda la dinastía de un lugar, que es el más importante en el Códice Selden II y al que llamamos *Montaña que escupe*.

8 Casa y en el día 12 Venado (877) se casó con un señor llamado 5 Lagarto "Lluvia-gorro cónico" que era rey de la *Montaña de discos blancos*, y en los códices continúa la descendencia con la mención de numerosos reyes y reinas, príncipes y princesas.

Pero esa es otra historia.



Fig. 9.—La hija 13 Águila "Lluvia-quetzal".

EL ENIGMA DE LA ORNAMENTACIÓN DEL MÉXICO ANTIGUO

Por *Kiyoshi MIZUTANI*

1. *El arte de México y la crítica mundial*

DESDE que en 1955 se presentó por primera vez en Tokio la gran exposición de arte mexicano, no he podido olvidar la sorpresa y emoción que me produjo. Creo que difícilmente volveré a recibir impresiones tan gratas como las de aquella vez. Desde entonces me hice grandes ilusiones para ir a México y ver de cerca el arte mexicano, visitando personalmente regiones como Yucatán y Oaxaca. En cuanto tuve oportunidad de ir a São Paulo como representante del Japón a la Exposición Biental que allí se efectuó en otoño del año pasado, hice escala, camino a Brasil, en México, en donde permanecí un mes, viviendo y observando todo aquello que me atraía. Pero como pronto se terminó el plazo que tenía previsto para mi estancia en México, tuve que marchar al Brasil.

Durante mi permanencia en Brasil, sólo pensaba en que pronto se terminaría mi comisión allí para regresar cuanto antes a México. Cuando por fin retorné a mediados de octubre y pude contemplar nuevamente el cielo de México, que tanto añoraba, mi corazón empezó a latir como el de un joven de veinte años. ¡Con qué alegría contemplé la ciudad de México desde el avión! A partir de entonces, a medida que me lo permitía el tiempo, estuve visitando algunas provincias mexicanas como Michoacán, Yucatán, Chiapas, Oaxaca y Guanajuato. Hoy día mi carpeta de apuntes está repleta de motivos mexicanos, cada vez más numerosos y atractivos para mí por lo que hace a sus tierras, gentes y arte. Creo que el mes de que todavía dispongo para permanecer en México, no me alcanzará para hacer nada. Sin embargo, siento que mi criterio para apreciar en lo fundamental el arte antiguo de México, está ya formado.

Apoyándome en el hecho de que actualmente tengo a mi

cargo clases de arte en general en la Universidad de Kanazawa, en mi país, últimamente he llegado a tener la convicción de que el arte mexicano más antiguo, no ha sido aún debidamente valorizado. Dentro de la historia del arte universal, las páginas que a México se le han dedicado son bien pocas y no corresponden a la importancia que este país debiera tener al lado de otros en este terreno. Por esta razón me siento obligado, dada la responsabilidad contraída al darme cuenta de esta importancia, a tratar de modificar el criterio que hasta ahora ha prevalecido. El criterio vigente ahora más que nunca, me parece limitado y falto de ecuanimidad, por cuanto se ha dado una desmesurada importancia al arte de Egipto, Grecia, Roma u Occidente en relación al de México. Este modo de pensar ha prevalecido durante años y por lo tanto creo que es mi deber tratar de empezar a cambiarlo. La conciencia que tengo del alto valor del arte mexicano, me ha dado suficiente confianza y seguridad como para decir, con cierta autoridad, que esta manera de pensar debe someterse a revisión y tratar de reformarse. Me parece que una justa valoración del arte mexicano se logrará quizás en un futuro relativamente cercano.

2. *Mis experiencias en el campo arqueológico*

EN fin, mi opinión crítica, que es únicamente de pintor, la baso en la siguiente tesis: lo que no pueda yo percibir a través de mis ojos de pintor, no me inspirará tanta confianza como lo que pueda descubrir por medio de ellos. Esta forma de percepción me da mayor seguridad y confianza en mí mismo. Mi observación a veces me conduce a interesantes descubrimientos que de otra manera jamás sospecharía. Sin embargo, a veces me resulta molesto tal método, pues me presenta un verdadero alud de cosas apasionantes que quisiera investigar de inmediato, seria y profundamente, y me encuentro limitado para hacerlo por falta de tiempo.

Así, últimamente descubrí dos temas de acusado interés, entre la abundancia de material que aquí uno puede encontrar sobre la ornamentación mexicana: el que se refiere al origen de ciertos motivos del arte prehispánico y el de algunas formas decorativas fundamentales de Xochicalco. De estos dos temas, que me puse a estudiar en seguida, uno de ellos prácticamente lo he resuelto, pero el otro me ha presentado cierta dificultad,

que más que duda irresoluble se refiere a la limitación perceptiva a la que he aludido antes: mis ojos de pintor. Por lo tanto, al presentar el segundo de estos temas, una vez expuesto el primero, quiero someterlo a la benévola consideración de los investigadores mexicanos, para que lo estudien dando sus propios puntos de vista.

3. *La vitalidad de los motivos ornamentales*

Al tratar el primer tema, que versa sobre la morfología y simbología del antiguo diseño mexicano, deseo aclarar que cuando hablo de diseño mexicano, quiero dar a entender con ello las formas ornamentales expresadas por medio de la pintura, la cerámica, la escultura y las artes aplicadas de los antiguos mexicanos. Según he observado, el diseño arábigo o islámico, que para mí es el príncipe de todos, sigue básicamente un ritmo de enredadera cuyos motivos se van encadenando, por lo que su espléndida expresión y refinada forma me parecen admirables. Comparando la ornamentación de la Europa occidental, la que se desarrolló inspirándose en gran parte en el diseño islámico, y la del Oriente, como la de China, Corea y Japón —que es delicada y elegante—, con la de México, resulta que ésta aunque también es estilización, sin embargo no es un diseño muerto, sino que está dotado de gran vida. Es por eso que la belleza que se desprende de él, nos atrae fuertemente. Esa misma atracción estética existe, por lo general, en las obras de los pueblos primitivos y arcaicos, lo cual nos hace pensar que la palabra "vida" se deriva de un término que denota fundamentalmente: "cruda realidad y sencillez". Entre esas obras que logran cautivar nuestra admiración y producir tan intensa emoción estética, las de México son absolutamente distinguidas y superiores.

Teniendo el México antiguo muchos grupos étnicos, cada época de su historia y de su arte precolonial puede representarse por el auge de alguno de estos grupos, como el azteca, el maya, el zapoteca, etc., pero por lo general siempre hubo mucha imaginación figurativa y un gran sentido del color, peculiares a cada grupo. Dentro de este concepto de la belleza de la vida, me parece que está el espíritu genuino de la raza.

El hecho de haberme puesto a considerar el alto valor artístico del antiguo diseño mexicano, fue lo que dio origen al

presente trabajo. En varias ocasiones, al visitar la Sala de Arte Prehispánico del Palacio de Bellas Artes o las del Museo Nacional de Antropología e Historia, mis ojos descubrieron el motivo de donde se deriva la sorprendente marcha del arte mexicano contemporáneo —que tanto ha llamado la atención del mundo— hacia el gran arte universal. Esto no es producto de una mera casualidad, sino de un motivo perfectamente claro que mis ojos habían entrevistado en las propias salas. Pero estas consideraciones sobre el arte actual las dejaremos para otra ocasión.

4. *El origen de los dibujos en espiral*

Lo que me llamó grandemente la atención fueron las innumerables piezas de cerámica en donde se encuentra, predominantemente como decoración, el motivo de la espiral. Al encontrar tal cantidad de estos motivos, tanto en la cerámica como en la escultura, determiné dedicarme al estudio de ellos para saber el porqué de su importancia en el arte antiguo de México. La forma de la espiral en el arte, es quizás el diseño más antiguo que se conoce y uno de los primeros en difundirse. Las diferentes épocas y razas de la humanidad han derivado de él mil formas. Creo que después de haberse dedicado uno a estudiar profundamente el motivo de la espiral en otras culturas semejantes, se puede llegar a comprender mejor el significado de la antigua ornamentación mexicana. Desde el momento en que fijé mi interés por este tema, me pareció que el extenso repertorio de la espiral se podía resumir en tres tipos fundamentales, que serían los siguientes:

1. El de la espiral que se deriva de las formas del mundo vegetal.
2. El que se deriva de la astronomía y de los fenómenos atmosféricos y que es imagen y símbolo de la divinidad.
3. El que se deriva principalmente de la serpiente y de otros animales, y que es imagen y símbolo de estos animales.

Después de este intento de clasificación de la espiral, quiero presentar una serie de gráficas que ilustran el tema.

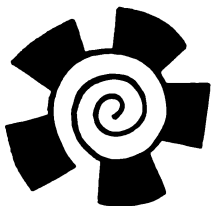


fig. A

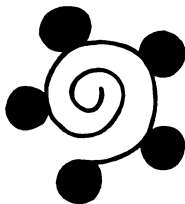


fig. B



fig. C

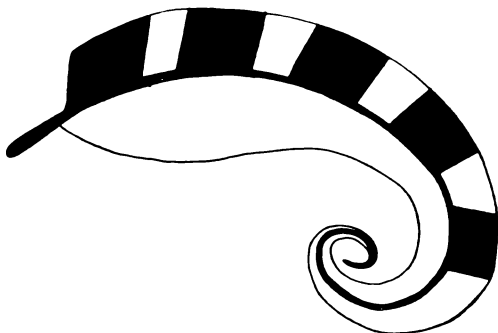
LÁMINA I

Las ilustraciones de la lámina 1, corresponden a los motivos de espiral que se derivan de las plantas. El origen del diseño (A) se muestra claramente expresado en la lámina 2.

Cualquiera que observe el dibujo de la lámina 2, así lo comprenderá fácilmente. El dibujo resultante de la estilización de cualquier hoja vegetal del tipo del platanillo, a la que se le practiquen los cortes indicados en negro en la lámina 2, dará origen al diseño (A). En un juego infantil, por ejemplo, puede surgir este interesante diseño provisto por la naturaleza, si los que juegan se aplican a recortar una hoja en la forma que se ha señalado.

Consecuencia de lo que sugiere el dibujo (A), fácilmente se comprenderá que (B) nos hace imaginar una rama o tallo cargado de hojas, flores o frutos, repartidos espaciadamente

a lo largo de éste o aquélla. Por lo tanto, vemos que (C) puede derivarse de una enredadera, o bien, suprimiendo las hojas, flores o frutos de las figuras (A) y (B), nos queda la forma más simplificada de este diseño; lo cual nos facilita la comprensión de que de estas formas nace la de (C).



LAMINA 2

Las figuras de la lámina 3 son también dibujos derivados de las plantas. He escogido para este caso formas de más fácil comprensión. El dibujo (A) probablemente ha surgido de la planta del helecho. Pero si observamos, desde el punto de vista del nacimiento de este motivo, las figuras (A), (B) y (C), entonces veremos que (C) se ha mantenido con las características de un facsimil. Debido a esto, en la figura (C) se siente que la forma está más estrechamente ligada a eso que llamé "vitalidad" del diseño mexicano, y por eso nos parece más interesante esta variante. La figura (B) tiene el sabor de un ornamento más elemental; en cambio, (A) es una estilización completa, de la cual podemos derivar muchas otras variantes, como las que se pueden observar en las cenefas, formadas por la repetición de este motivo, que decoran horizontalmente algunas vasijas prehispánicas. Estos diseños que he citado anteriormente como ejemplos, los he tomado de algunas piezas de cerámica existentes en varios museos de México.



fig. A



fig. B



fig. C

LAMINA 3

Los diseños de la lámina 4 tienen su origen en el caracol marino; sin embargo, no tienen el número de variantes que tienen los que se derivan de las plantas.

5. *Las espirales japonesas y mexicanas*

DESEO nuevamente referirme a eso que antes llamé "vida". Para ilustrar esta idea, si comparamos la forma clásica de la espiral mexicana con la forma establecida de la espiral japonesa, fácilmente comprenderemos lo que queremos dar a en-

tender por "vida". La espiral japonesa tiene su origen, como lo indica su nombre: "usumaki", en el remolino de agua. Japón es un archipiélago totalmente circundado por las aguas marinas; tiene muchas montañas densamente pobladas de bosques, y por dondequiera hay ríos y cascadas; de manera que la vida del hombre está profundamente relacionada con el agua. Se cree por esto, que el diseño de la espiral japonesa tiene un origen



fig. A



fig. B

LAMINA 4

muy remoto, por lo que la forma (A) de la lámina 5 quedó establecida desde un principio sin sufrir ningún cambio. En la India, también aparece este hermoso diseño de la espiral japonesa en la gran puerta de Sanchi, que data de hace 2.000 años.



fig. A



fig. B

LAMINA 5

Aun cuando el diseño (A) es una forma refinada y hermosa plásticamente hablando, sin embargo no expresa una emoción tan íntima y directa como el motivo (B), que corresponde a la espiral mexicana. Este carácter tan especial de (B), es lo que precisamente quiero dar a entender por "vida". Una sorprendente cualidad vital, hace que este diseño se pueda equiparar con cualquier otro dotado de las mejores cualidades plásticas. México tiene hermosos trazos ornamentales de los cuales puede enorgullecerse.

6. *Espirales de origen atmosférico*

AHORA, para volver a nuestro tema principal de los diseños de espirales derivados de los fenómenos atmosféricos—los cuales, como dijimos, representan la imagen y el símbolo de la divinidad—, quiero presentar cinco ejemplos tomados de las decoraciones murales existentes en los vestigios arqueológicos de Mitla y Uxmal.

En el dibujo (A) de la lámina 6, los elementos cuadriformes representan al relámpago, y los triángulos unidos son la estilización geométrica del rayo. Estos mismos elementos al ser transformados en (B), adquieren mayor formalidad como diseño. En el dibujo (C), la estilización cuadriforme del relámpago, al torcerse con movimiento concéntrico, adquiere la forma del espiral. En la figura (D), estos elementos adquieren en forma muy clara e interesante, el movimiento del rayo. Cuando estos mismos elementos se transforman en (E), entonces podemos prever que este diseño tomará caminos muy variados. En la lámina 7, por ejemplo, podemos advertir que el motivo del relámpago y del rayo han tomado formas muy diversas.

Aunque podemos encontrar muchos otros ejemplos de este motivo en la cerámica del México antiguo, sin embargo he seleccionado éstos del último arte prehispánico para ilustrar lo que acabo de decir, por ser de épocas más recientes y conocidas, como se puede ver en el diseño (A), que corresponde a un vaso de Texcoco; en el de (B), de un vaso de Tacuba, y en el de (C), que se encuentra en un malacate de Azcapotzalco. La gran variedad de diseños que encontramos ornando vivamente a la cerámica prehispánica de cada lugar, nos proporciona comprobaciones sumamente interesantes.

Quiero ahora referirme especialmente a los diseños que se derivan de la nube.

El dibujo de la lámina 8, corresponde a las formas que se derivan de la nube y que se encuentran en las cresterías que decoran los antiguos edificios prehispánicos de Tula, en el Es-

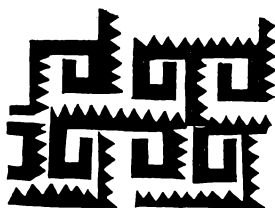


fig. A

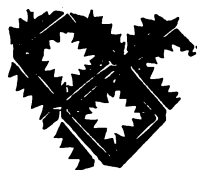


fig. B.

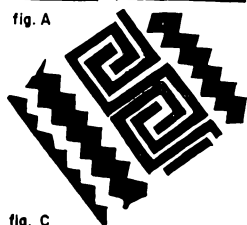


fig. C



fig. D

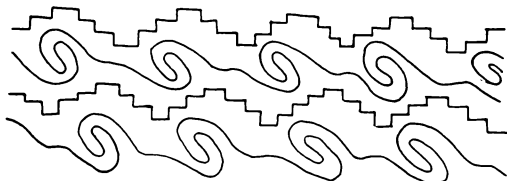


fig. E

LAMINA 6

tado de Hidalgo. Los constructores y artistas de Tula recurrieron intencionalmente al empleo de una piedra de color blanco, a fin de lograr el verdadero efecto de las nubes en las cresterías, toda vez que si uno observa desde abajo el cielo intensamente azul que se transparenta a través de las partes caladas de las

mismas, se percata fácilmente de que en esta forma consiguieron dar un verdadero efecto de nubes.

Se ha pensado que estas cresterías representan cortes de caracol, pero mi opinión es que más bien representan a las nubes, por su forma y por encontrarse rematando partes altas del

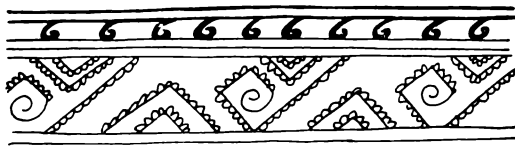


fig. A DE UN VASO DE TEXCOCO

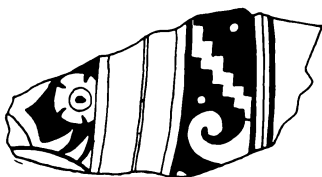


fig. B DE UN VASO DE TACUBA



fig. C DE UN MALACATE DE ATZCAPOTZALCO

LAMINA 7

edificio. Aunque tenemos noticias de que en Teotihuacán había caracoles coronando como almenas algunos edificios, sin embargo, el color blanco de la piedra empleada en las cresterías de Tula, sus elementos calados, sus formas redondeadas, etc., todo hace suponer que más bien se trataba de nubes.

Sabemos que Quetzalcóatl, como dios del viento, tiene como símbolo al caracol marino. En el presente trabajo he omitido referirme a la representación de esta deidad, pero diré de paso que algunas veces se le ve sobre sus espaldas, una especie de bolsa del viento; este aditamento probablemente se deriva del

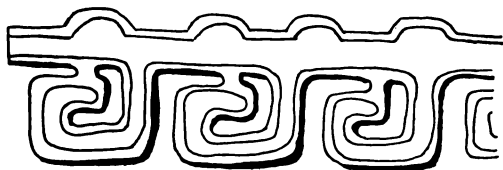


LÁMINA 8

caracol. Pero es indudable que para expresar mejor la fuerza del viento, se buscó una mayor estilización del caracol por medio de su corte seccional, que forma una espiral perfecta a partir de su arranque, simbolizando un remolino de aire.

7. *Espirales derivadas de la serpiente*

AHORA voy a tratar el tema de la espiral, que tiene su origen en la forma de la serpiente y de otros animales.

La figura (A) de la lámina 9, representa una deidad maya de Yaxchilán, Chiapas. Aparte de la espiral que en sí constituye la forma de la serpiente, de cuyas fauces emerge un personaje; me parece ver en esta figura la representación de cuatro extremidades, que vendrían a ser las de la deidad representada, las cuales parecen estar expresadas por medio de espirales. Aparte de esta concepción tan particular de la serpiente, dotada de extremidades, existen en el arte maya algunas otras representaciones de serpientes con dos cabezas o dragones bicéfalos, con sus cuatro extremidades representadas en forma realista. Esta fantasía artística de los mayas, sin embargo, no llegó a desarrollarse en el Altiplano mexicano y me parece que incluso se perdió todo vestigio de ella.

La figura (B), lámina 9, es un pilar de piedra de sección cuadrangular, que se encuentra en Chichén Itzá, Yucatán. En

esta figura, a fin de expresar vigorosamente en líneas rectas el efecto decorativo del ritmo circular de la serpiente, véase cómo éste ha sido adaptado a los elementos rectilíneos de la arquitectura.

La figura C, de la misma lámina 9, representa la cabeza de una de las grandes serpientes que flanquean el "coatepan-tli" de la pirámide de Tenayuca. Me parece que la cabeza de esta serpiente, aparte de coronar su propio cuerpo, sugiere también la forma del rayo, porque seguramente está relacionada



fig. A

con el calendario, debido a que una de estas culebras mira durante el solsticio de verano, exactamente hacia donde nace el sol, y durante el solsticio de invierno, la cabeza que se encuentra en el lado opuesto de la pirámide, mira también exactamente hacia donde salen los rayos solares.

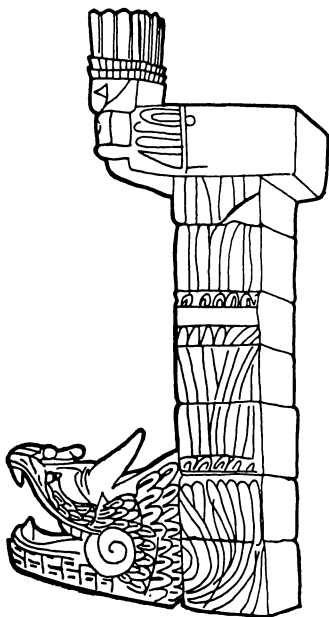


fig. B

LAMINA 9

Las figuras de la lámina 10, corresponden a la decoración en relieve del sitio arqueológico de Mitla, Oaxaca, y a otras decoraciones prehispánicas. Creo que este diseño tiene su origen en el motivo de la serpiente combinado con el rayo. Por lo que

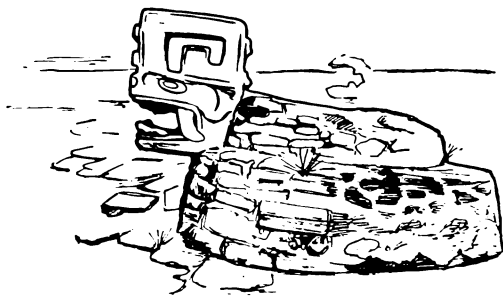


fig. C

LAMINA 9

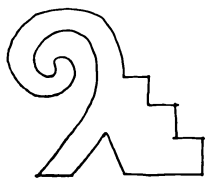


fig. A

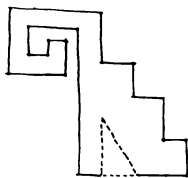


fig. B



fig. C

LAMINA 10

se refiere al elemento rayo en estas figuras, ya me he referido a él anteriormente, en el capítulo que trata de los diseños derivados de los fenómenos atmosféricos. Por otra parte, que este diseño se deriva de la serpiente, no cabe la menor duda; pues basta colocarlo horizontalmente o bien ponerle provisionalmente un ojo, para darnos cuenta de su significado. Es casi seguro que este tipo de diseño que combina las imágenes del rayo y la serpiente, llamado greca escalonada, fue utilizado por los arquitectos de Mitla para decorar las tumbas, por ser símbolo de Quetzalcóatl, cuya presencia ahí nos parece indicar que actúa como divinidad protectora de sepulcros.



LAMINA II

La lámina II representa a un teponaxtle, y aunque he visto muchos otros teponaxtles, sin embargo, presento éste por parecerme que es una de las obras maestras del arte de la talla en madera. ¡Con qué sensibilidad y finura han sido tratados los detalles del pelo, estilizados en forma de espiral, así como las orejas del animal! ¡Y con qué armonía han sido conjugados estos elementos con la forma del cuerpo! Todo el conjunto ha sido admirablemente concebido y nos subyuga por completo.

Desde luego, creo que estas breves consideraciones y apuntes sobre la espiral, no son suficientes para el estudio que merece tan interesante tema. Sin embargo, creo que después de todo no hay un desajuste muy grande en el ordenamiento de estas cosas que fui encontrando mediante la observación. Así, a fin de poder comunicar mejor al lector las ideas surgidas mediante el estudio de estos diseños, he procurado la mayoría de las veces, ilustrarlas por medio de la presentación de los dibujos correspondientes.

8. *Similitud ornamental de México y China: Xochicalco y Han*

EL siguiente tema que voy a tratar se refiere a la decoración de la pirámide principal de Xochicalco, en el Estado de Morelos. Cuando vi por primera vez fotografías de este monumento, tuve grandes deseos de visitarlo personalmente. Recientemente tuve esta oportunidad, y cuando vi "in situ" la ornamentación de la pirámide principal, fue tanta mi alegría, asombro y emoción que tuve que hacer un verdadero esfuerzo de contención para no manifestar tan fuertes impresiones, pues de otra manera mis amigos acompañantes me hubieran tomado por loco.

Al contemplar esta asombrosa decoración tuve la impresión de estar, no en México, sino en China, frente a un monumento construido por un gran artista chino. Los motivos decorativos me recordaron, en el acto, las formas que ornamentan los espejos y campanas de bronce de la Dinastía Han. En Xochicalco, el tema principal de la decoración es la serpiente emplumada. Si comparamos la manera como ha sido tratado este motivo del dios Quetzalcóatl, en Xochicalco, con las soluciones plásticas que han dado a este mismo tema las culturas maya, zapoteca y azteca, nos daremos cuenta de que ninguna de estas últimas formas, tiene tanta semejanza con la representación del dragón chino como la que se utilizó en Xochicalco, para representar a la serpiente emplumada.

El estilo plástico de los artistas de Xochicalco coincide asombrosamente, en la forma de expresar lo fantástico, con la representación del dragón chino. ¿Qué significa esto? Podemos ver que en el sentido más alto, la serpiente mexicana y el dragón chino tienen el mismo significado como deidades. La una tiene plumas y el otro, en lugar de plumas, tiene cuatro extremidades que se apoyan en nubes, para poder volar por las regiones celestes. Se dice que el dragón llama a las nubes y al elevarse éstas, hacen que aquél se levante. Véase cómo estas mismas nubes se encuentran en los frisos de Xochicalco; no una tras otra, sino repartidas aquí y allá en toda la composición. Y aún más, hay aquí dos clases de nubes: las nubes comunes y las nubes de agua, como se puede ver en la lámina 12.

Algunos dicen que estas formas son estilizaciones que representan el corte del caracol; pero creo que esta interpretación no es adecuada. En la lámina 12, la figura (A) es la nube común y la figura (B) representa la nube de agua o de lluvia.

Al lado de ciertas nubes de lluvia, que se ven en la decoración de Xochicalco, se encuentran alguna que otra vez círculos que sugieren gotas de agua. Yo creo que todas estas formas simbolizan a las nubes: nubes comunes y nubes de lluvia. Mi respetable y estimado amigo Jorge Olvera, dice que una de estas formas es quizá una estilización derivada de la representación de un ojo que llora, como en la figura (C), de la cual se derivaría la forma (B), que representa la nube de lluvia: ojo de agua u ojo que llora. Esto me parece muy acertado.

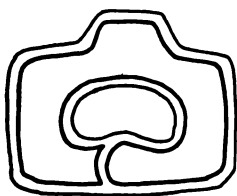


fig. A

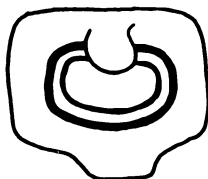


fig. B



fig. C

LAMINA 12

Cuando uno observa la serie de pequeños círculos que se encuentran en la ornamentación de Xochicalco, a primera vista parecen ser todos iguales. Pero considerados bajo un examen más minucioso, se ve que son distintos, como puede apreciarse en las figuras (A) y (B) de la lámina 13. Los círculos que corresponden al tipo de la figura (A), representan gotas de agua, pero los de la figura (B) corresponden más bien a signos numéricos.

En los jeroglíficos mexicanos para expresar un lugar en donde hay una fuente o un río, se usan estos círculos que representan gotas de agua. El círculo de la figura (B) corres-



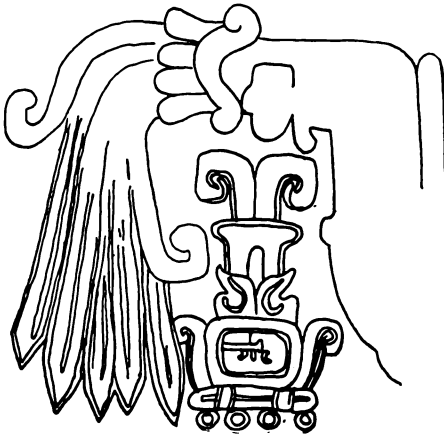
fig. A



fig. B

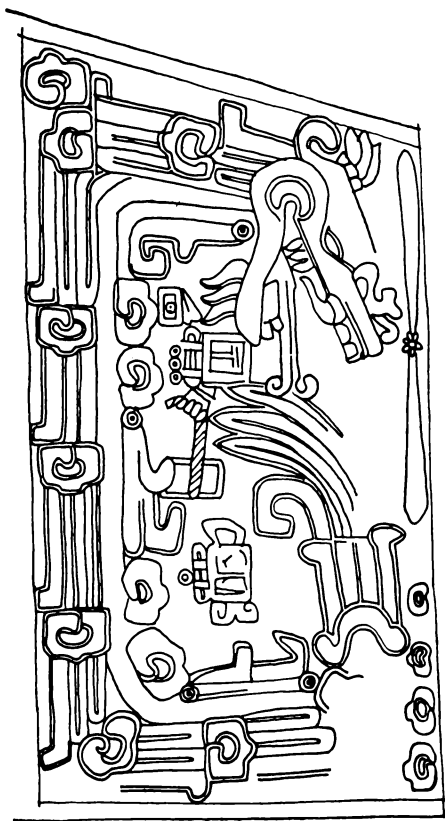
LAMINA 13

ponde a un signo numeral, como se puede apreciar en la lámina 14, en donde se ven cuatro círculos que significan el año cuatro caña. Otra de las cosas importantes que se puede observar, es que el conjunto de la ornamentación general que cubre al monumento de Xochicalco, está concebida en forma irregular y asimétrica. Por su gran vigor y por el profundo efecto dinámico que expresa, esta decoración se parece asombrosamente, como ya dijimos, a la de los espejos y campanas de bronce de la dinastía Han, por tener las mismas características. La composición está tratada siguiendo la forma de espiral, forma sinfónica



LAMINA 14

que aprovecha el enlace perfecto de sus elementos sobresalientes, los que se van conjugando temporalmente como en una composición musical. Por eso notamos una gran semejanza con la distribución ornamental del antiguo arte chino.



9. *Un enigma en busca de solución*

SI nos remontamos a la época a que pertenece Xochicalco, veremos que es casi contemporáneo de la cultura china de la Dinastía Han — de hace más de dos mil años. Suponiendo que no hubiera habido ninguna influencia mutua entre México y China, es sin embargo sumamente interesante observar la asombrosa coincidencia de conceptos y formas en los ejemplos estudiados, de dos regiones tan lejanas pertenecientes a estas épocas artísticas. Por el contrario, si aceptamos la posibilidad histórica de influencias mutuas, entonces tenemos que modificar el criterio que hasta ahora hemos tenido con respecto al arte antiguo de China. Este tema encierra un gran enigma.

Hasta aquí llegan los conocimientos que he podido obtener por medio de los ojos, es decir, por medio de mi observación como pintor. Por lo tanto, quiero poner la presente hipótesis implícita en este estudio, a consideración de antropólogos, arqueólogos y etnólogos, para que ellos, mejor preparados que el que esto escribe en sus respectivas disciplinas, traten de darle una solución científica estudiando el problema a fondo.

Cuando comencé a trabajar en este pequeño estudio, escribí desde México a Japón a fin de que me enviaran reproducciones fotográficas de los motivos ornamentales que decoran los bronces chinos de la época Han. Empero, me mandaron entonces reproducciones de dibujos ornamentales de la época Chou, resultando que estas fotografías tienen esencialmente mayor semejanza con las decoraciones de Xochicalco, que las recordadas por mí cuando contemplé por primera vez los bajorrelieves de este sitio arqueológico y que parecían pertenecer a la dinastía Han.

La figura (A) de la lámina 16, es una obra china de composición asimétrica. ¡Qué bien expresado está el efecto dinámico de esta disposición! Véase qué extraordinario parecido tiene por su composición, por la forma en que está resuelta la cabeza y el cuerpo, del animal representado, con la serpiente que decora los taludes de la pirámide principal de Xochicalco! En la figura (B), también de la época Chou, parece que se estableció un límite en el cual la forma del dragón se independiza de la familia de los saurios, para convertirse en el símbolo de la divinidad. En esta figura, el motivo ya comienza a tener la forma de un dragón imaginario. Las figuras (C) y (D) no



fig. A



fig. B



fig. C



fig. D

nos hacen pensar en la serpiente, pero sí en un ser perteneciente a la familia de los saurios, cuyas formas en aquella época se decoraban y se combinaban de mil maneras. Pero además de esto, comparando estos diseños con la decoración de Xochicalco, puede verse cómo se logró un efecto ornamental por medio de espirales que representaban nubes y agua, para llenar los espacios vacíos.

ARNALDO DE VILANOVA, PRECURSOR DEL RENACIMIENTO

Por Juan CUATRECASES

EN un libro reciente (*Problemes de l'heure; 1957*), Georges Duhamel intenta lanzar una clasificación de los pueblos en tres o cuatro categorías según la elevación de su cultura. En el primer grupo se hallan los pueblos incultos, analfabetos, incapaces de la invención. En los dos grupos siguientes, los pueblos que conocen y viven de acuerdo a los adelantos técnicos, que gozan del carácter de pueblos civilizados. Mas hay un cuarto tipo de grupos humanos que alcanzan la facultad creadora, engendrando filósofos de la ciencia e inventores técnicos que contribuyen al progreso general de la humanidad. Actualmente, que el mundo entero se niega a reconocer a los pueblos ibéricos el derecho de autodeterminación y que un silencio mortal se cierne sobre la misma existencia de estos pueblos, negándoles toda jerarquía, mientras dan la mano a su tirano, es oportuno recordar que desde hace siglos la cultura de tales grupos humanos estaba bien diferenciada y que algunos de ellos, como los que ya empleaban el idioma catalán, en el siglo XIII, crearon escuelas filosóficas y técnicas originales que hoy podemos valorar como precursoras de algunos descubrimientos modernos. La significación de las dos figuras de la medicina catalana, Ramón Llull y Arnaldo de Vilanova (y especialmente de este último) en el proceso de la evolución científica del siglo XIII es de un interés considerable y por ello me atrevo a recordar y a destacar los aspectos que considero más trascendentes de su obra.

Los traductores y reivindicadores de la obra aristotélica formaron la plana mayor de los sabios ilustres que en plena Edad Media intentaron hacer florecer las ciencias y las artes. Mas entre todos estos esfuerzos, la vida de Arnaldo de Vilanova representa una resurrección del método hipocrático en medicina, así como la aplicación de los entonces nuevos progresos de la alquimia. Vida azarosa y luchadora la de Arnaldo; viajero de

Nápoles a Sicilia, España, Francia e Italia; médico de la corte pontificia y filósofo de la herejía; influyente en la política y maestro de la escuela médica más importante de su tiempo, supo crear doctrinas médicas y filosóficas propias, así como practicar métodos terapéuticos también originales. Dentro del difícil equilibrio entre la teoría y la experiencia, era uno de estos grandes espíritus que hacen de su vida y de su dedicación científica una aventura intuitiva fructífera.

El panorama cultural del Siglo XIII

EL siglo XIII parece tener una significación peculiar en la historia de la Medicina. Moulton, Schiffers, lo empotran en lo más profundo de aquel largo período durante el cual la *ciencia dormía*. Augusto Comte lo califica de edad orgánica por excelencia que realizaba la unidad espiritual del mundo de la cultura. La cohesión mental colectiva basada en la inhibición de las iniciativas intelectuales no tiene mucho de orgánica; más bien tiene de inorgánica. Diríase mejor coherente, porque, como escribe Emile Brehier, no existe otra época en la que "los cuadros de la vida hayan sido más sólidos y definidos". Y precisamente en este momento es cuando los pocos hombres de gran vigor intelectual creaban los cimientos de un próximo resurgimiento científico, de un despertar luminoso que fue el llamado Renacimiento.

Moulton y Schiffers definen en pocas palabras lo que significaba para el progreso humano el dorado sueño de la Edad Media: "Cogido en las redes de las supersticiones del siglo XIII cualquier hombre que conociese la pólvora, manipulara hornos, alambiques y otros aparatos propios de un *elaboratorio* químico, profetizase el advenimiento de *carros sin caballo* y de barcos capaces de moverse sin velas ni remos, fácilmente podía verse acusado de practicar las *artes negras* (o sea la *magia*) y de escribir herejías merecedoras de cárcel". Tal fue la suerte de los pocos sabios que dio este siglo. El siglo de Rogerio Bacon y de Miguel Scott, aparentemente antagonicos y que por caminos distintos pugnaban por salir del encharcamiento cultural en que el mundo se hallaba. Mientras Rogerio Bacon criticaba severamente las obras de Scott, este maestro de la magia negra que conocía bien el árabe y el hebreo propagaba y revitalizaba la

biología aristotélica y sus conceptos asimilados por los médicos árabes.

Esta paradójica asociación de nigromancia y de sentido crítico que aspira el análisis científico es quizás la característica más sutil de los grandes espíritus de la Edad Media; una modalidad *sui generis* de la rebelión intelectual frente al obscurantismo. Mejor diríase de la evolución del pensamiento filosófico que caminaba hacia el Renacimiento. Los historiadores de la cultura señalan la paradoja de que el triunfo místico que culminaba hacia el siglo XII sea acompañado por el entusiasmo y el vigor filosófico con que el siglo XIII se lanza hacia la ciencia. La Edad de las Tinieblas se va acercando a otra edad más luminosa con un amanecer misterioso en el que la luz y la obscuridad no pueden disociarse, y determinan una especial forma de vida, que todavía gravita subconscientemente en nuestra moderna civilización y que por eso mismo tiene un específico interés social y psicológico para nosotros.

El siglo XIII es una etapa de precursores. En el firmamento oscuro de una concepción teísta del mundo brillaron como salpicaduras de fugaces luces, hombres geniales que intentaban abrir surcos en el camino del saber. Y esto ocurría en los más variados campos del conocimiento. Un benedictino llamado Jordanus Nemorarius se anticipaba a las ideas de Newton. La brújula fue descrita (por primera vez) en 1269 por Petrus Peregrinus en la "Epístola de magnete". La química se hallaba envuelta con el ropaje misterioso de la Alquimia, pero alimentaba la noción de la transmutación de los metales, del elixir de larga vida y de la piedra filosofal. La Iglesia llegó a condenar a la Alquimia como arte diabólico, precisamente cuando empezaba a alborear dentro de ella el espíritu de investigación que pocos siglos después debería transformarla en la química científica. Para escapar a la persecución teológica muchos autores del siglo XIII publicaron sus obras de Alquimia bajo el pseudónimo musulmán Gebir. La destilación del alcohol, la preparación de los ácidos minerales y la de la pólvora (1270) por Marcus Grecus son también hechos de importancia.

G. Zilboorg recuerda que "la llamada Edad del Obscurantismo no es una edad de muerte y descomposición; es una edad de inquietud y tumulto fecunda en tentativas incipientes y ejercicios agudos cuando no azorados de la imaginación". La curiosidad del pensamiento humano flotaba sobre el inmenso

mar de la demonología y de la ignorancia pero sus producciones eran ahogadas durante varios siglos. En un mundo dominado por la espada y la teología los amantes de la verdad tuvieron que refugiarse en los conventos. La vida intelectual florecía en los monasterios, abandonada a la influencia nihilista de los sistemas teológicos. Pero éstos fueron al fin y al cabo tamices que sólo dejaron prosperar a los espíritus excepcionales. Y lo hubo porque la vida humana supone curiosidad, aventura y problemática continuada. Durante los diez siglos de *niebla cultural* una lucha incesante mantenía el recuerdo de los conocimientos helénicos y de la Medicina de Hipócrates y Galeno, así como de la obra aristotélica, en la que se inspiraron los más brillantes médicos y naturalistas de la Edad Media. Y la misma Iglesia que luchó con su fanatismo contra el progreso de la medicina era el baluarte de los fugitivos transmisores de los conocimientos de Galeno y de Hipócrates. Pero no todo era tradición. Una dispersa pléyade de hombres ignorados iba sembrando las semillas de lo que culminó después en el llamado Renacimiento.

El panorama del siglo XIII ofrece este singular contraste. Mientras se había consolidado la filosofía escolástica en todo el Occidente y la humanidad había llegado al apogeo del signo de la fe, una lucha desigual y aguda azotaba al mundo intelectual de Europa. El escepticismo, el panteísmo y el ateísmo se desarrollaban en distintos focos por el contacto entre las poblaciones de religión distinta. No podía ocultarse indefinidamente a los cristianos que los musulmanes tenían filósofos eminentes como Avicena y Auerroes. El Papa Alejandro IV encargó a Alberto El Grande la redacción de un "Tratado sobre la unidad de la Inteligencia contra los averroístas" (1252). El averroísmo era defendido en la Universidad de París por Siger de Brabant (1166-1276) y representó una fuerte lucha contra el catolicismo hasta que Siger fue condenado por la Inquisición y asesinado. Alfonso X El Sabio se daba cuenta de que los cristianos de su reino no todos creían en la inmortalidad del alma. Algunos clérigos franceses negaban la transsubstanciación y muchos cristianos dudaban de la resurrección. En 1200 el filósofo francés David de Dinan defendió un panteísmo trinitario en un libro titulado *Quaternuli*, quemado por la Inquisición. La Universidad de Bologna se significaba por su escepticismo.

El siglo XIII vio instalarse la Inquisición por *Gregorio IX*

y después por *Inocencio IV*. Se iniciaba una lucha de cuatro siglos contra el espíritu científico en el preciso momento histórico en que la pujanza de este espíritu era ya indomable. Quizás lograra aletargar durante siglo y medio el progreso iniciado por la inteligencia retrasando la eclosión fecunda que había de llevar a la humanidad a la moderna era científica. Creyeron los papas que con la persecución implacable de la herejía acabarían con la ola de anticlericalismo que floreció en el siglo XII y con las innumerables sectas que se propagaban por toda Europa. Mas no fue así. A pesar de la brutalidad y de la intolerancia y quizás por compensación vital el siglo XIII fue una mezcla informe de teocracia y herejía de ascetismo y libertinaje, de austeridad y sensualismo. Si bien triunfó doctrinariamente la fe, la vitalidad humana superó aquella tétrica solemnidad que San Juan Crisóstomo había resumido en estas amenazantes palabras: "¿Puedes tú reír si Jesucristo está crucificado?"

En el sur de Italia floreció el pensamiento libre bajo la protección de *Federico II* cuya corte representaba un oasis cultural. La Universidad de Padua se convirtió también (a fines del siglo XIII) en un centro de irradiación del averroísmo. Se ha dicho que el Cardenal Ubaldini, amigo del Emperador Federico II, profesaba el materialismo. Sicilia fue tierra privilegiada en la negrura de la Edad Media. Encrucijada de diversas civilizaciones, isla abierta a todos los vientos, sirvió de amalgama a las ideas más opuestas, haciéndose poco permeable a la imposición inquisitorial. En este medio surgió la figura política más interesante de la Europa medieval y típicamente representativa del siglo XIII, el Emperador Federico II, Rey de Sicilia y Emperador de Alemania. Educado por el Papa Inocencio III, fue un escéptico y un revolucionario. Filósofo y hombre de ciencia, amante de las artes y protector de todos los valores humanos de su época. Fundador de la Universidad de Nápoles sin la sanción del Papado, defensor de la libertad de cultos dentro de la corte, por paradoja dio pleno apoyo legal a la Inquisición.

Este extraordinario propulsor de las ciencias y las artes era el *estupor mundi* del siglo XIII, que pudo hacer y decir muchas cosas nuevas gracias a su poder imperial aun cuando tuvo que luchar denodadamente contra la Iglesia. Robinson advierte que fue el único en el siglo XIII que tuvo la audacia de transportar camellos a través de los Alpes, de bañarse en un día domingo y de someter un cuestionario científico a los sabios más califi-

cados de su tiempo. Fue también Federico quien posteriormente llamó a Sicilia a Arnaldo de Vilanova y le brindó su protección.

Pero Rogerio Bacon, el hipercrítico del siglo XIII, que propugnaba la ciencia experimental, tampoco podía sustraerse al ambiente y a muchas creencias de su tiempo. Y así, por ejemplo, en su tratado *Erroribus medicorum* escribe: "un médico que no sepa tomar nota de la posición y aspecto de los planetas no puede hacer nada en el arte de curar excepto confiar en el azar y la buena suerte". Y aunque no aceptables muchas afirmaciones que no pudieran demostrarse, quedaban tantas otras que eran como axiomáticas en el ambiente cultural del siglo que sólo ahora, desde lejos, nos asombran. Y así Rogerio Bacon podía creer que los sabios etíopes cabalgan dragones por los aires a toda velocidad y consumen su carne, "pues ninguna educación que el hombre pueda dar, otorga la sabiduría que da el comer carne de dragón" (citado por V. Robinson). No se hallaban pues tan distantes los dos hombres de ciencia que rompían la monotonía mental de la entrada del siglo XIII. Tanto Bacon como Scott, amaban la verdad experimental y al propio tiempo concebían la sabiduría como una realidad que se encuentra en el arcano "de potencias maravillosas" que sólo la intuición de ciertos espíritus privilegiados puede encontrar. Y esta profunda convicción la expresaban en un distinto lenguaje.

Rogerio Bacon, en su *Espejo de astronomía* hacía una defensa de la Astrología, porque para él la ciencia experimental se basa en el conocimiento de los fenómenos de la naturaleza. Y este universo físico que intentan desentrañar y analizar, "era un conjunto de fuerzas que se entrecruzan: fascinación, palabras mágicas, fuerzas emanadas de los astros, a las que se está sometiendo, aún sin saberlo". Se le considera, a pesar de esto, como el iniciador de la filosofía moderna y el que dio el primer golpe a las doctrinas tomistas. Porque el panorama intelectual del siglo XIII se hallaba saturado por la filosofía teológica matizada por numerosas personalidades eruditas que bajo la inspiración de Aristóteles y de San Agustín hacían coro a los grandes oráculos de la época: San Buenaventura, Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino. Sin embargo, Alberto Magno, gran botánico y filósofo naturalista, se inspiraba en la objetivación del conocimiento: *experimentum solum certificat*.

La Medicina medioeval en la península

EL panorama político de la península ibérica había llegado durante el siglo XIII a una distribución territorial de equilibrio entre los musulmanes y los cristianos que perduró posteriormente hasta la conquista de Granada, baluarte de la poderosa civilización árabe; irradiaba su cultura mientras los monarcas cristianos se dedicaban a la reconstrucción de sus reinos, o a las luchas internas. El siglo XIII vio la victoria cristiana de las Navas de Tolosa (1212), la conquista de Sevilla por San Fernando (1248), la promulgación de la ley de Las Partidas por Alfonso X El Sabio, de Castilla, la muerte de Pedro II de Aragón en Muret (1213), el apogeo de la monarquía catalanoaragonesa con Jaime el Conquistador y la creación de la efímera monarquía mallorquina cuya capital fuera Perpignan y que tanta significación cultural tuvo como cristalización de la cultura provenzal y como nexo de Cataluña con el sur de Francia. El último cuarto del siglo XIII cobijó la expansión catalana por el Mediterráneo hacia los Balcanes. Pero ya desde el comienzo del mismo siglo el espíritu de la Provenza y del Rosellón miraba al Mediterráneo.

Al finalizar el siglo XIII la Provenza y las regiones de Languedoc se habían constituido en baluartes de la herejía. A este propósito dice Will Durant: "Es que allí la civilización medioeval había llegado a su más alto nivel; las grandes religiones se confundían en amable urbanidad, las mujeres eran una irresistible belleza, la moral muy libre, los trovadores alegremente inspirados". La corte de Pedro II de Aragón había sido un emporio de alegría, de amores y de poesía, donde florecieron los trovadores y donde el racionalismo naciente contrastaba con el dominio teológico que imperaba en toda la península. Su hijo Jaime el Conquistador fue el monarca más poderoso de España y uno de los más influyentes de Europa. La civilización catalana, impregnada en los aires del Mediterráneo constituía un clima propicio para el libre pensamiento en filosofía y la independencia política.

La medicina medioeval se hallaba dominada por las supersticiones y por la teología. En medio de esta mezcolanza se asistía a una disociación entre la medicina abstracta y dogmática cada vez más pobre, y el empirismo popular alimentado por herbolarios, charlatanes, barberos, comadronas, monjas y frailes. La vida monástica servía de nexo entre el curanderismo amplia-

mente practicado y la medicina oficial, que practicaban casi exclusivamente los clérigos (hasta el año 1139). La abadesa Hildegarde, en 1150, publicaba libros de medicina práctica (*Subtilitatis: Causae et Curae*) donde alternaban los consejos médicos con las fórmulas místicas y milagrosas. Parece que por el siglo XIII, a medida que la medicina científica iba resurgiendo, la Iglesia prohibía la práctica de la medicina a los clérigos.

Este resurgimiento de la medicina científica en el occidente de Europa se debió principalmente a los médicos árabes y judíos. La escuela de Salerno recogió las enseñanzas de los mejores médicos latinos, árabes, judíos y griegos, que salvaron la tradición hipocrática. La escuela de Salerno era durante el siglo XIII, la más avanzada de la medicina europea, en medio del panorama desolador que la profesión médica ofrecía y del bajísimo nivel de la salubridad pública. Hasta principios del siglo XIII, en que comenzó a mejorar la salubridad general de Europa, era lamentable, a consecuencia de las diversas y persistentes epidemias que azotaron a los pueblos medioevales (peste amarilla, peste negra, plicapolónica, cólera, lepra, escorbuto) y de la impotencia de los médicos para combatirlos. Muchas epidemias eran atribuidas a los insectos, a las influencias astrales, a la cólera de Dios o a los judíos. En Italia, fue Federico II quien ordenó la evacuación de las aguas residuales para sanear las ciudades.

En el siglo XIII coincidiendo con el mejoramiento de la enseñanza de la Medicina, algunos gobiernos establecieron una reglamentación profesional. En 1224, el propio Federico II disponía que para el ejercicio de la profesión era necesario un título otorgado por la Escuela de Salerno. Roger II de Sicilia también exigía a los médicos diplomas otorgados por el Estado. Las autoridades se comenzaron a preocupar por la salud pública. En España las municipalidades contrataban al médico para que se ocupara gratuitamente de atender a la población enferma. El papel social del médico era reconocido a pesar del poco grado de eficacia que la medicina medioeval tenía en este aspecto. También fue en el siglo XIII que al médico se le empezó a llamar doctor.

En el siglo XIII el prestigio de la Escuela de Salerno fue heredado por las Universidades de Nápoles, Lisboa, Cambridge, Bolonia, Padua, Roma, Lyon, Ferrara, París, Montpellier y Oxford. Asistimos, pues, al nacimiento de los grandes centros de

la enseñanza médica, que en el devenir tenían que dar tantos frutos para la ciencia europea. Era el resurgir de un nuevo espíritu, todavía ahogado por la turbulencia mágica de una nueva era mentalmente caótica. Como dice Will Durant, *era la pequeña barca de la ciencia que flotaba en las aguas del mar del ocultismo*. Era ya un nuevo sentido de objetivismo que hacía escribir a Alexander Neckham, uno de los enciclopedistas representativos de este misterioso siglo, las siguientes palabras: "La ciencia se adquiere con gran esfuerzo en largas horas de vela, mediante una aplicación intensiva y una larga tensión espiritual".

La medicina musulmana era la más floreciente de España al comenzar el siglo XIII. Una tradición de grandes clínicos hacía honor al califato de Córdoba: Albucasis, Avenzoar, Averroes, Maimonides.

V. Robinson describe gráficamente el prestigio medioeval de la medicina árabe: "Mientras Europa se oscurecía a la hora del crepúsculo, en Córdoba brillaba el alumbrado público; Europa era sucia, y en Córdoba se construyeron miles de baños; Europa estaba plagada de parásitos, Córdoba mudaba sus ropas diariamente; Europa era un pantano, Córdoba tenía sus calles pavimentadas; los palacios europeos tenían en el techo un agujero para el humo, los arabescos cordobeses eran exquisitos; la nobleza europea no sabía firmar, los niños de Córdoba iban a la escuela; en Europa los monjes no podían leer un servicio bautismal, en Córdoba los maestros crearon una biblioteca de dimensiones alejandrinas". Es lamentable que esta esplendorosa época sucumbió al fanatismo mahometano, del cual fue víctima Averroes el más grande de los médicos hispanoárabes.

España representó una avanzada del pensamiento europeo durante los últimos siglos de la Edad Media y sirvió de guía a la filosofía y a la medicina de Europa. A ello contribuyeron las circunstancias que caracterizaron al mundo cultural europeo hasta los siglos XIII y XIV. Porque después de la desaparición del Imperio Romano, la unidad europea persistía en el pequeño mundo de los hombres cultivados: todos hablaban y escribían el latín, leían los mismos libros, pasaban de una a otra Universidad y se transmitían ávidamente sus conocimientos. Pero a medida que la cultura europea languidecía por el obscurantismo, los árabes y los judíos españoles conocedores del hebreo conservaron y acrecentaron su saber y sirvieron de transmisores culturales hacia toda Europa. En la misma corte de Alfonso X

el Sabio de Castilla los músicos usaban ropas árabes y el origen de sus cantos era predominantemente árabe.

La importancia relativa de la cultura hispanoárabe se puede colegir por las colecciones de libros y por la distribución de las bibliotecas. El libro era algo precioso y casi inaccesible a la mayoría de los europeos cultos antes del siglo XIII. Muy pocos clérigos podían disponer de algún libro para instruirse. Las Universidades europeas comenzaban a tener bibliotecas en el siglo XII. Las catedrales de Toledo y Barcelona fueron de las primeras en reunir numerosos volúmenes en sus bibliotecas. Enrique de Aragón tuvo una biblioteca famosa que al fin fue quemada en público porque se le acusó de endemoniado. A fines del siglo XII los eruditos ingleses descubrieron la riqueza de España en libros y numerosos sabios iban a Toledo, Córdoba y Sevilla en busca de textos y de enseñanzas. Daniel de Morley se llevó a Inglaterra una "preciosa colección de libros". Las corrientes médicas y filosóficas hacia el norte de los pirineos sembraron una revolución intelectual en Europa.

En 1264 el médico y filósofo Shem Tob de Marsella, traducía al hebreo la obra de Al-Razi, *Kitab al Mansuri*, dando un gran impulso a la medicina hebraica. Los médicos judíos se dedicaron a traducir del árabe al latín y al hebreo las obras cumbres de los sabios musulmanes del Califato. Así en el siglo XI habían sido traducidas al latín las obras árabes de Isaac el Judío, el famoso libro de Al-Razi, *Liber Experimentorum*, por Constantino el Africano. Los más célebres médicos árabes de esta época aplicaban los conocimientos adquiridos en los libros griegos y dieron versiones reconstruidas de las obras de Hipócrates y de Galeno, tales como la de Hunain que también tradujo al latín el propio Constantino el Africano. El Arzobispo de Toledo, Raimundo, creó una escuela de traductores por el año 1130 dirigida por Dominico Gundisalvi y entre quienes figuraba un judío llamado Juan de España ibon Daoud que tradujo las obras de Avicena al latín y al español.

La alquimia y el ocultismo tuvieron también difusión universal gracias a los traductores de obras árabes. El *Secretum Secretorum*, versión latina de un libro aristotélico hecha por Juan de España tuvo una gran difusión a fines del siglo XII y durante el siglo XIII. Gerardo de Cremona, en Toledo, 1165, hizo una vasta obra de difusión con la traducción de numerosas obras de astronomía, matemáticas, física, filosofía y medicina entre ellas once libros de Galeno. En el siglo XIII se tradujo

al latín la Guía de Maimonides. El Papa Clemente V encargó a un médico barcelonés, Blasio, la traducción del *Tratado sobre los venenos*, obra que contenía observaciones de gran valor únicas en su tiempo.

A. Castiglioni, en su *Historia de la Medicina* (edición española) hace notar la contribución de los catalanes al inicial movimiento de progreso médico y cultural durante la belicosa época medioeval en que las luchas feudales entre grandes señores y entre reyes, la poca afición al estudio, dificultaban muchísimo la difusión de la cultura dentro de la península ibérica. En el siglo XIV el "insigne catalán" Raimundo de Sabunde tuvo que emigrar a Tolosa donde enseñó Medicina y Filosofía. Y otro catalán, Juan de Bruguera, funda un colegio preparatorio para españoles por el año 1453 en la escuela médica de Montpellier. Y añade Castiglioni: "Son pues escasos los nombres que sobresalen en la historia cultural de la España de la Reconquista como no sean de religiosos o de judíos. Sólo en Cataluña, la región menos impregnada de arabismo y en comunicación más abierta con el resto de Europa, surgen dos figuras eminentísimas y universales: Arnaldo de Vilanova y su discípulo Raimundo Lulio, filósofos y médicos ambos".

Pero Raimundo Lulio no fue discípulo de Arnaldo de Vilanova. Se afirma que se conocieron en Avignon, cuando Lulio hacía un viaje de estudios y predicaciones por Montpellier, Chipre y Messina; mas sus proyecciones históricas son coincidentes sin saberlo, como simples contemporáneos. Raimundo Lulio (Ramón Lull) ha dejado más huella como filósofo que como médico a pesar de una extensa producción escrita sobre Alquimia. Su obra famosa *Ars magna* plantea un método racional de examen.

Dejemos para otra ocasión el comentario de la obra de Lulio, pues en este ensayo deseo insistir sobre la significación de la labor de Arnaldo de Vilanova.

Arnaldo de Vilanova

ARNALDO de Vilanova es una de las figuras médicas más grandes del siglo XIII igual que Ramón Lull, fue médico y filósofo aunque de mentalidad más concreta y por ello su labor científica fue más fructífera aunque no menos filosófica. La grandeza de su espíritu se revela por algunos rasgos que lo destacan

por su mentalidad de su época. En primer lugar fue el primer médico de la Universidad de Montpellier que no se avino a ser un servil compilador de libros árabes y griegos. Además, fue un adalid de la independencia personal del pensamiento así como del amor al prójimo. Y por último, fue un iluminado alquimista lo cual tiene una peculiar significación en aquellos borrascosos tiempos de resurgimiento científico.

Fue médico del Rey Jaime II, de Aragón, quien lo mandó a París en misión especial cerca de Felipe IV. El Papa Bonifacio VIII le confió el tratamiento de su litiasis biliar desde 1301 hasta 1303 en que falleció. Arnaldo de Vilanova mejoró notablemente las crisis de "mal de piedra" que sufría el Pontífice, y gracias a ello logró escapar temporalmente de las persecuciones de los teólogos de Roma y de París que consideraban peligrosas sus teorías. Una frase de Bonifacio VIII entresacada de los documentos del Archivo de la Corona de Aragón (de Barcelona) ha sido bien destacada por Trueta como reveladora de una de las cualidades de Arnaldo: "Por fin he encontrado a un catalán que hace el bien". Y en efecto, el amor a la humanidad caracteriza el pensamiento y la acción de este gran catalán. Tanto que llegó a afirmar que prefería las obras de misericordia que el sacrificio de la Misa.

Hay discrepancia de fechas acerca del nacimiento de Arnaldo de Vilanova. Champier y Vander Linden la sitúan en el año 1300. Astruc y Trueta admiten que tuvo lugar en el 1235. También se discute cuál fue el lugar de su nacimiento. Cerca de Montpellier había un lugar llamado Villeneuve que según algunos cronistas sería la Vilanova de Arnaldo. (Astruc; Champier, Renacle Fuchs); pero Crevier (en su *Historia de la Universidad de París*), citado por Bayle, lo localiza en la región valenciana. Es un hecho que vivió en Valencia hasta que allí tuvo propiedades. Trueta destaca que en el libro *De spurcitiis pseudo-religiosorum* Arnaldo menciona su pueblo natal que es Ilerdensis de Lérida.

En 1285 parece que se hallaba Arnaldo en Barcelona adonde fue llamado por el Rey Pedro III de Aragón que se hallaba enfermo y que murió en Villafranca en noviembre del mismo año. Después se fue a Montpellier en cuya Universidad desarrolló una labor pedagógica trascendente. En 1289 fue nombrado Rector de la Facultad de Medicina recién constituida gracias a su influencia sobre el Papa Nicolás IV quien decidió dar jerarquía de Facultad a la Escuela de Medicina que tenía

un carácter semiparticular aun dentro de la enseñanza universitaria. En 1308 estuvo en Avignon en la corte del Papa Clemente V quien publicó una bula reglamentando el otorgamiento de la licencia para ejercer la medicina donde constaba que se había asesorado de Arnaldo de Vilanova y de Juan d'Alais. La importancia de la Universidad de Montpellier era ya tan grande que su influencia superaba a la de París. Y Arnaldo de Vilanova contribuyó muchísimo a la brillantez y a la irradiación de la Escuela de Montpellier.

M. Bayle en 1840 (*Encyclopedie des Sciences Medicales*) comentaba estos hechos biográficos con los siguientes párrafos: "Disfrutaba Arnaldo de gran consideración en todas partes; la merecía por su capacidad pues los autores que se han ocupado de su labor concuerdan en afirmar que en su siglo no se vio otro espíritu tan vasto ni tan penetrante y cuyos conocimientos fuesen más universales. Dominaba las lenguas sabias en especial el griego, el hebreo y el árabe. Se destacaba en la filosofía, en la medicina, la química y la alquimia. En una palabra había satisfecho la gran pasión de saber que le llevaba a beber en todas las ciencias. Mas esta pasión lo llevó demasiado lejos y le hizo caer en novedades peligrosas; lo precipitó también en la herejía".

En 1310 estuvo en Nápoles como delegado de Jaime II ante el Rey Robert y Conde de Provenza, a quien Arnaldo le dedicó un libro titulado: *Deconservanda juventute* (?). En 1311 (6 septiembre) falleció de pleuresía en Génova cuando se dirigía a Avignon llamado por la enfermedad del Papa Clemente V.

Tampoco en este punto hay acuerdo. Según Freind y Bayle, Arnaldo falleció en Provenza cuando iba a ver a Clemente V de Avignon por el año 1313. En este mismo año, este Papa mandó una carta circular a todos los obispos y a los rectores de Universidades encomiándoles bajo pena de desobediencia, la búsqueda del libro *De praxi médica* que su autor le había prometido. La muerte de Arnaldo de Vilanova la ecució enseguida, según Freind, el interés por este libro hasta el extremo de fulminar la excomunió a los que lo tuvieran y rehusaran entregarlo al cura Olivier designado al efecto.

Había estado también Arnaldo en Sicilia en la corte del Rey Federico, quien le profesaba gran estima y le confió ciertas negociaciones con el Rey de Nápoles relativas al título de Rey de Jerusalén. Según Bayle, a él le dedicó el libro titulado *De conservanda juventute et retardanta senectute*. He ahí una de las primeras obras de Geriatria.

La sinceridad y la libertad de su pensamiento es una cualidad esencial de Arnaldo de Vilanova. Por eso los comentaristas decían que su pasión intelectual lo llevó demasiado lejos por sendas peligrosas. Esto es lo que dicen siempre los dogmáticos de los hombres de ciencia. Pasando de la ciencia a la filosofía y a las reglas de la conducta (como se pasa insensiblemente) llegó a afirmar que "las bulas papales, los decretos y las constituciones canónicas son obras puramente humanas". Que la "fundación de iglesias, las obras religiosas y las misas no protegen al fundador si no practica la caridad". Es decir, que no se salvarían de la condenación eterna aquellos que den *mal ejemplo*. Estas y otras teorías irritaron a los teólogos de París y de Roma y condenaron algunos de sus libros. La Inquisición no pudo llegar a dictar sentencias contra la persona de Arnaldo de Vilanova gracias a su amistad con los papas y a la protección de los reyes.

Las obras médicas legadas por Arnaldo son importantes. *El Régimen Sanitatis at Inclitum Regem Aragonum* es un tratado de higiene al parecer escrito por iniciativa del Rey Jaime II. En Sicilia escribió el *Régimen Sanitatis Salunitatum*, la más famosa de sus obras y quizá la menos original, por recoger y valorizar la medicina de la Escuela de Salerno. Este libro contribuyó a la difusión de los conocimientos de esta escuela médica hacia el Occidente. Fue traducido a casi todos los idiomas cultos de su época y se hicieron 240 ediciones desde el año 1474 hasta 1846 (Trueta).

La escuela de Salerno fue una de las más célebres escuelas de Medicina en la Edad Media. Y una de las primeras que se fundaron durante la "edad tenebrosa" de Europa pues data del año 1077, la de Bologna del 1156 y la de Oxford del 1167. Según estos datos tomados de Moulton y Schiffus (*Autobiografía de la Ciencia*), la de Salerno sería la más antigua de las escuelas médicas de Europa. Víctor Robinson dice que no ha sido aún determinado el origen de la escuela de Salerno pero afirma que su primer documento oficial corresponde a la época del preclaro Federico (1231). Entre los maestros que se recuerdan posteriores a Arnaldo se citan Gariopontus, Petrus Clericus, Aegidius Carbolenis, Rolando Capellati y Rogerio de Parma. Según Castiglioni la historia de la escuela salerniana se divide en tres períodos, el primero comienza obscuramente por el año 904 y quizá antes pero goza ya de forma en el siglo XI. El segundo

período es el de su esplendor que alcanza los siglos XII y XIII; el tercer período es el de decadencia en los siglos posteriores.

En su período de esplendor, Arnaldo de Vilanova contribuye a prestigiarla y a propagarla mediante el libro *Régimen Sanitatis Salernitarum*. Castiglioni afirma que es a esta obra literaria o poema a la que se debe en verdad la fama de Salerno y a la que califica de *espina dorsal* de toda literatura médica práctica hasta el Renacimiento. Este poema "fue aprendido de memoria por millares de médicos, para quienes cada uno de los versos no era menos digno de respeto que los versículos de los textos sagrados". Aun cuando los historiadores médicos modernos hablan vagamente del autor de esta monumental obra, como si no pudiera atribuirse a Arnaldo el propio Castiglioni en su *Historia de la Medicina*, transcribe algunos versos de dicho "precioso libro" y dice haberlos tomado de la edición de Arnaldo de Vilanova impresa en 1553. Entre ellos hallamos los siguientes:

Balnea, vina, Venus, ventus, piper, allia, fumus, Porri cum
cepis, faba, lens, fletusque, sinapis Sol, coitusque, ignis, labor;
ictus, acumina, pulvis, Ista nocent oculis, sed vigilare magis.

Ch. Daremberg (1870) escribe también que el autor del *Régimen Sanitatis* es desconocido y que no se ha encontrado el texto primitivo. Mas a continuación se apresura a agregar que el texto más antiguo al que podemos referirnos es el de Arnaldo de Vilanova. Es, pues, reconocida la labor de Arnaldo en el apogeo médico salernitano. Queda también comprobado que en este aspecto la obra realizada era más de recopilación y ordenación que de creación.

Otras obras son: *De parte operativa*, de orden quirúrgico; *De Sterilitate*, donde se da cuenta de la existencia de la mola hidatiforme; el *Breviarium practicae*, donde habla ya de la ligadura de los vasos; *De parabolae*, que contiene unos 345 aforismos de gran profundidad filosófica; *De re médica*, obra que según García del Real vendría a ser el más antiguo de los programas de estudios médicos esbozados en forma ordenada. *Contra Calculum*, dedicada al Pontífice Benedicto XI (según Hauréan) que trata de la litiasis renal, y relata haber curado al Papa de esta enfermedad. Otros pequeños trabajos (cartas) son: *Liber de vinis*, dedicado al Rey Roberto de Nápoles, y *De*

considerationibus operis medicinae, dedicado a un médico de Colonia llamado Grosseynus.

Las recopilaciones de las obras de Arnaldo hechas después de su muerte tuvieron una enorme difusión. En 1504, Tomás Murchius prologó una edición que vio la luz en Lyon, de la cual se hizo una segunda en París en 1509. Otra recopilación de sus escritos apareció en Venecia en 1514, y unos años después (1520) S. Champier, de Lyon, publicó una nueva edición con una biografía de Arnaldo. En 1585 un profesor de Bale, Jerónimo Taurellus de Montbelliard, hizo una nueva recopilación con anotaciones originales. Todo ello revela la trascendencia que durante varios siglos tuvo la obra de una personalidad tan vigorosa como fue la de nuestro Arnaldo de Vilanova.

La obra práctica de Arnaldo de Vilanova en la curación de enfermos fue proyectada hacia la química empírica de su tiempo. Era la hora de la Alquimia y no es de extrañar que se apasionara por este camino empírico e intuitivo a la vez que experimental. Arnaldo no fue el primero en utilizar el alcohol en la desinfección de las heridas sino el primero en obtenerlo, mérito que se disputa con el físico árabe Rathes. Descubrió también que el alcohol mezclado con plantas aromáticas deviene más sabroso y más activo pudiéndoselos utilizar para la curación de muchas enfermedades. Con ello inicia el uso de los líquidos espirituosos y de las tinturas.

Sobre la epilepsia desarrolló una interpretación original y una terapéutica dietética en la que prohibía las lentejas, los sesos y el *apio*. Además recomendaba purgantes, cauterizaciones y baños minerales a medianoche. "Creo que la epilepsia—escribía— es una oclusión de los principales ventrículos del cerebro, con pérdida de la sensación y del movimiento; es un espasmo discontinuo de todo el cuerpo. Esta enfermedad procede de diversas causas, tales como alimentos superfluos o bebidas y venenos, picantes, así como del pestilente aire. Cuando los poros están constreñidos y los flúidos son retenidos y el calor natural disminuye se produce seguidamente la replesión excesiva de los ventrículos del cerebro. De ahí las tres principales causas que producen epilepsia" (citado por B. Lee Gordon).

Un tratado de Alquimia bajo el título de *Perfectum Magisterium et gaudium* fue dedicado con una carta al Rey Jaime II por Arnaldo de Vilanova. Pero Laudovico Frati (citado por J. Carreras Artan) descubrió que tal obra existía ya en el si-

glo XII en texto francés y que Arnaldo se limitó a traducirle al latín y a adaptarla. La dedicatoria inédita (estudiada por Haureau) es de gran interés pedagógico e histórico porque en ella Arnaldo expone los principios de la Alquimia. Y explica al monarca cómo se inició en la *ciencia hermética*. Después de veinte años de estudio en los libros de los antiguos filósofos sin llegar a comprenderlos, un buen día se encuentra con un sabio francés (¿Paraclet?) que se hallaba en el mismo estado de incompreensión. Ambos se decidieron a insistir en la búsqueda de la escondida filosofía de los libros clásicos y se aparecieron a sus ojos los grandes secretos por iluminación del Espíritu Santo. Por eso quería enseñar este camino a Jaime II pero no a todo el mundo. Y este concepto es el que tenían los alquimistas de su tiempo. La tenacidad, la paciencia eran virtudes que preparaban al sabio para llegar al conocimiento de las grandes verdades de la química y de la medicina. Pero no todos alcanzaban la clarividencia que traducían por la metáfora de la acción caláltica del Espíritu Santo.

En verdad esta carta-dedicatoria tiene este valor pedagógico: los grandes secretos de la Ciencia no se dan al superficial observador ni al simple lector primerizo. Se dan sólo después de pacientes trabajos y cuando la inteligencia del investigador se halla madura para ello. Principio todavía hoy válido a pesar de la gran profusión de los actuales medios de investigación incomparables con los escasos de que disponían en el siglo XIII.

Un trabajo inédito relacionado con este problema (aunque posteriormente se incluye en fragmentos en diversos tratados de Alquimia) es la carta dirigida a Bonifacio VIII que encabeza así: "Mutatio dextere Dei excelsi" y cuyos manuscritos se encuentran en el Trinity College de Cambridge y en Viena (Carerras Artau). En dicha carta demuestra que todos los males proceden de una misma substancia y sólo se diferencian por trazos accidentales de donde deriva la posibilidad de la *pedra filosofal*, es decir, de la trasmutación de los metales. He ahí una teoría que se adelantó en varios siglos a las realidades de la doctrina atómica moderna, es decir, de la desintegración electrónica de los metales. Sólo le faltaba la técnica pero imaginaba que esta técnica existía. Tal es la piedra filosofal.

Otra obra de trascendencia histórica es una carta dirigida a Jaime de Toledo publicada sólo en algunas de las recopilaciones de los trabajos de Arnaldo: *Epistola de sanguine humano*, que expone la fórmula del *elixir vital* que sería distinto del

elíxir que buscaban los alquimistas y capaz de *rejuvenecer súbitamente a los viejos*. Según Carreras Artau, que ha estudiado documentalmente los manuscritos en esta Epístola, Arnaldo afirma que ha resucitado entre otros al Conde Fausti con su elíxir vital y que puede así dar vida a un moribundo aunque sólo sea durante una hora que es el tiempo suficiente para la confesión y el testamento. Carreras Artau duda de la autenticidad de esta carta basándose en dos argumentos: 1) La no existencia o el desconocimiento histórico del destinatario Jaime de Toledo, el cual podría confundirse con un médico inglés llamado Juan de Toledo, obispo-cardenal de Porto, que murió en 1275, mucho antes de que Arnaldo pudiera escribir dicha carta, y 2) La contradicción que existe entre los principios doctrinales de la Alquimia que refieren la piedra filosofal a los procesos inorgánicos de transformación de metales y este proyecto de obtener el elíxir vital de la sangre de un hombre joven y sano tal como revela Arnaldo en dicho documento. Mas tal contradicción no existe toda vez que es perfectamente compatible que un hombre como Arnaldo conciba la Alquimia inorgánica y al propio tiempo se le ocurra en su intuición de médico y de biólogo utilizar la sangre de joven como elíxir de juventud. El valor genial de Arnaldo de Vilanova reside precisamente en su amplia visión de los hechos prácticos revalorizando el empirismo. No es una mentalidad deductiva sino inductiva. No hay contradicción en esto como la hay en otras muchas nociones que actualmente nos parecen caóticas y absurdas y que sin embargo se mezclan en el confuso fárrago de hechos y de ideas contenidos en los libros de Arnaldo y de Ramón Llull.

En el caso de Arnaldo de Vilanova ha ocurrido un fenómeno distinto de lo que sufrieron la mayoría de revolucionarios de la ciencia: que sus doctrinas fueron más perseguidas después de su muerte que durante su vida. Ya he dicho que ello puede explicarse por la protección y la simpatía personal de los papas. Tres años después de la muerte de Clemente V (1317) el Inquisidor de Tarragona censuró 15 proposiciones escogidas de las obras de Arnaldo; las mismas que los teólogos de París habían condenado en 1309. Posteriormente se le han hecho acusaciones más graves: François Pegna lo ha acusado de *magó* (i) o de charlatán. Pero esto va incluido en el concepto peyorativo de la Alquimia sostenido por algunos espíritus hipercríticos. Se le han atribuido dos libros de nigromancia que segu-

ramente no escribió: uno es *De physicis ligaturis* que se sabe era una traducción de un libro árabe de Lucas Bencosta. El otro se llamaba *De sigillis duodecim signorum*, que no hay ninguna referencia auténtica de su autor. Otras obras consideradas actualmente apócrifas serían: *Epistola super arte solis et lunae*, que trata de astrología y cuyo manuscrito figura en la biblioteca de San Marcos de Venecia (Menéndez Pelayo): la titulada *Epistola ad Ricardum, episcopum cantuariensem*, y titulada también *De quercu ó De laudibus et virtute quercus*. Otro libro que se le atribuyó por sus enemigos es *De tribus impostoribus*. Diversos comentaristas han mencionado estas referencias: Mariana, Guillermo Postel y del Río (citados por Bayle), quienes también recogen las dudas acerca de si efectivamente había ensayado la fecundación humana en un matraz (*courge* o *citromille*). Todavía en 1840 Bayle se escandaliza de que se le pueda injustamente acusar de que fuese capaz de semejantes manobras (¡). Hoy reconoceríamos en ello el extraordinario mérito de haberse adelantado en tantos siglos a la fecundación artificial como doctrina y como técnica.

Muchos escritos de Arnaldo no fueron terminados ni revisados y muchos los publicaba sin su firma. En este aspecto hallamos otro carácter de su personalidad muy de acuerdo con la mentalidad catalana. Le preocupaba más el fondo que la forma: se dirige más al futuro que al presente. Pensaba, sin decirlo, como B. Gracian cuando recordaba que para el sabio "si este siglo no es el suyo, muchos otros lo serán". Las obras de Arnaldo son generalmente muy cortas; más bien tienen el carácter de memorias, *cartas*, consultas que no de acabados tratados dogmáticos. No poseían un estilo correcto en latín puro ni un orden metódico y didáctico. Y aun cuando en el siglo XIII no se escribía de manera tan pulcra, la redacción de las obras de Arnaldo parece no estar a la altura formal de la época. Es curioso este desprecio por la forma y por el mismo lenguaje latino en hombres de mente revolucionaria. Dos siglos más tarde, Paracelso llevaría este desprecio al primer pleno de su técnica pedagógica. Eran hombres de gran sentido práctico y concreto dentro de su amplitud filosófica y enciclopédica.

Puede sospecharse también que los alquimistas del siglo XIV hayan empleado el nombre de Arnaldo de Vilanova para prestigiar libros y escritos de su arte. Entre tales obras apócrifas se cita: *De omni genere simplicium medicamentorum*, recopilación

de frases y conceptos de Avicena, Scrapion, Platerius, Pendectorio e incluso de Arnaldo de Vilanova. Otro libro se titulaba *Breviarium practicae a capite ad plantam pedis*, que se sabe fue escrito por el napolitano Casamida supuesto discípulo de Arnaldo.

Las obras heréticas de nuestro Arnaldo no pueden ser silenciadas. Para nosotros representan el *sumum* de su valor intelectual y moral aun cuando contempladas a la luz de los conocimientos actuales o de nuestra cultura nos parezcan pueriles. Quiso demostrar la fe cristiana con argumentos naturalistas en el libro titulado *Castro Arbulliones* (1892) y trató de explicar el misterio de la Trinidad, por el *Tetragrammaton* hebraico. Trueta dice que en este punto fracasó. ¡Cómo no habría de fracasar si no coincidía con lo que las autoridades intelectuales (la Iglesia) del mundo de su tiempo consideraban indiscutible! La más virulenta de sus obras en este aspecto fue escrita en catalán y quemada por la Inquisición sin dejar rastro. Sólo sabemos que se titulaba *L'Adveniment del Antichrist e la fi del mon*. En catalán han quedado algunos manuscritos sobre *Agriimensura* y un libro llamado *Raonament d'Avignó*.

La investigación de las cartas religiosas de Arnaldo ha sido especialmente llevada a cabo por Rubio y Lluch, Carreras Artau, Fine y Diepgen en la biblioteca del Vaticano y en el Archivo de la Corona de Aragón.

En estos trabajos puede encontrarse el agudo espíritu revolucionario de nuestro Arnaldo en materia teológica así como los esfuerzos que hacía para conseguir el apoyo personal de los papas frente a los enemigos de sus ideas. No buscaba la protección de su persona sino la de sus doctrinas clamando por defender la pureza y la verdad de las mismas. En 1301 publicó el tratado apocalíptico *De cymbalis Ecclesiae* que él mismo dirigió primero al Papa y después a doce personalidades religiosas del mundo con cartas explicativas de la misión que le fue confiada de difundir su obra en toda la cristiandad. Una de estas cartas dirigida al obispo de Burdeos, Bertran de Got (que fue después de Clemente V) tiene especial interés. Transcribo el siguiente párrafo de la síntesis dada por Carreras Artau: "Muestra la conveniencia de que los obispos para dirigir rectamente a los fieles escruten los secretos de la sabiduría divina en especial las señales y los tiempos de los futuros acontecimientos. Con abundancia de textos bíblicos defiende la verdad de las visiones

proféticas que atribuye a inspiración divina. Repite la profecía de la inminente venida del Anticristo de la cual acompaña una extensa justificación basada en citas del Nuevo Testamento y en el estado de corrupción a que ha llegado la comunidad cristiana. *Los signos del próximo fin del mundo son tantos que no ya por profecía sino por razón natural se puede conjeturar'*. El subrayado es nuestro porque resulta esta visión pesimista de la realidad social, tan idéntica en todos los tiempos y capaz de desalentar a los más versados. Es una íntima protesta frente a su mundo, frente a la corrupción de la sociedad cristiana de la época y a la intolerancia de las autoridades teológicas.

Por esto, en otra obra que en 1302 dedicó a Bonifacio VIII le acompañaba una carta en la que le dice nada menos que en nombre de Cristo le conjura a emprender la reforma de la Iglesia y a divulgar su nuevo libro, *Philosophia catholica et divina*. Se lo advierte al Papa por tercera vez en dicha carta, y le dice que si le escucha obtendrá un gran triunfo pero en otro caso Dios lo castigará con la deposición, el exilio, la negación de sepultura y profanación de su cadáver. Y termina pidiéndole un salvoconducto para salvaguardarse de las emboscadas de sus enemigos recordándole de todos modos que ya en su primer llamado desde la Sorbona no buscaba ninguna ventaja material sino el triunfo de la verdad evangélica.

En 1304 fue encarcelado en Perusa y con tal motivo, según Carreras Artau, recibió una carta de pésame de una dama, Bartomeva Montaneri, a quien contestó afirmando que en lugar de angustia sentía alegría por hacerse digno de padecer adversidades por amor a la verdad.

El historiador Will Durant, como otros tantos comentaristas, admite que Arnaldo de Vilanova fue el médico cristiano más famoso de su época. Y en efecto, los médicos árabes y judíos llevaron a toda Europa, concentrándola en España, la medicina galénica y aristotélica; pero Arnaldo de Vilanova se adelantó a su tiempo, dio un impulso a todas las corrientes renovadoras; creó escuelas, y dejó un camino abierto hacia la medicina espiritual. Hizo honor al signo histórico del gran siglo XIII, en el que la intuición científica armonizaba con la magnitud de un esfuerzo filosófico y el esplendor de una literatura de trovadores que los había de conducir a las maravillas del Dante.

Gracias al genio de estos hombres, la Medicina del siglo XIII

dejó de ser el curanderismo de los emplastos, de las hierbas misteriosas, de los talismanes empotrados en una astrología demonológica. Mejor dicho, continuó siendo aún por muchos años todo esto. Pero ahí está su gran secreto. Entre tanto embuste y tanto empirismo, se aplicaron para el bocio las algas marinas, ricas en yodo (Royer de Salerno, 1180); el oro, que "restauraba los miembros dolorosos"; los más variados órganos animales como el cuerno de ciervo, la esperma de rana, la sangre de dragón, la bilis. Y la famosa *Triaca Magna* mezcla de 57 sustancias entre las cuales ocupaba lugar preeminente la carne de serpientes venenosas. Y este fue el luminoso camino que dos siglos más tarde, cuando Colón descubriera las Américas, y Leonardo de Vinci y Erasmo revolucionaron las Europas, había de conducir al comienzo de la moderna medicina científica con las figuras de Vesalio, Ambrosio Paré y Paracelso.

CUAUHTÉMOC

Por *Germán ARCINIEGAS*

Y Motecuhzoma ordenó que nadie los combatiese; que nadie se opusiese como enemigo, que nadie se quisiese como enemigo... Y en esta época aquí en México estuvo todo como muerto: no salía nadie a la calle. Las madres ya no querían dejar salir de la casa (a sus niños); barrida estaba la calle; la calle se hallaba limpia como en las madrugadas; nadie pasaba frente de otro; se retiraban en sus casas dedicados únicamente a su pesar... La gente decía: Dejadlo! Que lo sea maldito! Qué más quereis hacer? Ya moriremos; ya pronto nos aniquilarán, ya pronto veremos la muerte.—SAHAGÚN.

DESPUÉS de una conquista casi blanca, se había instalado Hernán Cortés en Tenochtítlan, capital del imperio azteca. Con ese arte y marrulla de que fue maestro, después de entrevistarse ceremoniosamente con el emperador Motecuhzoma lo hizo su prisionero. Entonces recibió noticia de que Pánfilo de Narváez acababa de desembarcar en la costa para arrebatarle los triunfos a nombre del Gobernador de Cuba. Toda su conquista del grande imperio quedaba amenazada por los propios españoles. Voló a defender sus pretendidos derechos. La fabulosa ciudad de Tenochtítlan, apenas comparable a Venecia, más grande y más hermosa que la mejor de España, que surgía del lago como en una fábula de Amadís—al decir de Bernal Díaz—, la dejó en manos de su segundo, el capitán Pedro de Alvarado, con sólo ochenta o cien hombres. Y recogió los pasos para írselas a entender con Pánfilo.

En Tenochtítlan no quedó sino el miedo. El miedo era el caudillo de todos. Miedo tenía Motecuhzoma, que se miraba en

Alvarado, como en un espejo. Miedo Alvarado, que se miraba en Motecuhzoma como en un espejo. Miedo los españoles. Miedo los mexicanos. No miedo de los hombres; miedo de los dioses. En los discursos, unos y otros, hablaban sólo de sus dioses. Los dioses mexicanos eran terribles. Para saciar su sed insaciable, no daban abasto los sacerdotes preparando víctimas que llevaban al altar de los sacrificios, las ponían de espaldas desnudas sobre la piedra húmeda de sangre, y con cuchillo de obsidiana les abrían el pecho, tomaban los corazones palpitantes, y los daban a Vichilobos. Los dioses de los hombres barbados eran terribles. Sus guerreros cabalgaban en venados gigantescos, tenían perros feroces, espadas de metal helado y bocas de fuego que lanzaban piedras mortales. Ni en tiempo de los griegos se vio entrar tan directamente a los dioses en peleas con los hombres.

El miedo de Alvarado era legítimo. Con su puñado de hombres, metido entre un palacio, en medio de una ciudad la más grande que él había visto en su vida, carcelero de un emperador de verdad, y abandonado a la suerte de Cortés, veía en cada indio que se le acercaba a un enemigo emboscado. Sus espías, y los indios de su servicio, le traían informes alarmantes. Cuando se tiraba en la noche a repararlos, se le agigantaban. No era Alvarado pusilánime. De hechos temerarios estaba empedrada la calle de su vida. Pero todo le hacía sentirse ahora dentro de la ratonera. Ya no le traían los mexicanos comida tan abundante como antes. En las calles le seguían unos ojos negros, silenciosos, cargados de rencor.

ERA el tiempo de la fiesta de Toxcatl. Habían pedido los mexicanos licencia de Cortés para celebrar, como ordenaban sus ritos, a uno de sus dioses más amados: Huitzilopochtli. Tocaba a Alvarado permitir estas ceremonias que levantarían en el ánimo escondido de los indios, Dios sabe qué recónditos pensamientos. Sólo una cosa se le ocurrió: la traición. Autorizó la fiesta imponiendo como condición que nadie llevase armas. Nadie había pensado en llevarlas. Se iba a representar la danza en ondulaciones de serpiente. Eso era todo. Las ceremonias debían ocurrir en el templo mayor, en la casa de los sacerdotes.

Un año hacía que ayunaban las mujeres en el patio del templo, y, acercándose el día sagrado, molían sin tregua ni reposo semillas de Chicalotl para hacer la pasta destinada a mo-

delar la estatua del dios. Esta vez era una pasta en que al jugo natural de las semillas se mezclaban lágrimas. Las mujeres molían en silencio. Molían su propio corazón.

Se hizo una base de ramas, y sobre la base se modeló la estatua. El cuerpo, en un principio, era una representación más o menos grosera, pero luego fue adornándose con primor. De plumas se le hicieron los cabellos. En la cara le pintaron rayas transversales azules y amarillas. Le colgaron zarcillos en forma de serpientes trabajados con mosaicos de turquesas. Como nariguera, una flecha de oro martillado, engastada de piedras, con lámina de oro pendiente decorada con las mismas piedras verdes. Sobre la cabeza, la corona de plumas de colibrí. El manto, trabajado con el pelo de colores más vivos de los pájaros. El adorno del cuello, de plumas de papagayos amarillos.

"Y lo envolvían —contaban a Sahagún los indios—, en su manto de flores de ortiga, teñido de negro, en que estaban fijados en cinco sitios mechones de plumones de águila. Y más abajo adornado de cráneos y de huesos cruzados. Y arriba su precioso ceñidor, pintado con miembros despedazados, porque sobre él estaban pintados cráneos, orejas, corazones, intestinos, hígados, pulmones, manos, pies".

Comenzó la fiesta al amanecer. La aurora, que fue encendiéndose en el alma de cada uno como una lámpara religiosa. Quitaron el velo con que habían cubierto al ídolo. Quemaron incienso. Unos dicen que había seiscientas personas en la fiesta. Otros que mil. Eran todos capitanes, sacerdotes, principales del imperio. Mientras se bailaba la danza en ondulaciones de serpiente, y el canto surgía como las olas del mar —todas estas son imágenes de los indios cuando hicieron su relato a Sahagún— llegaron los españoles, cerraron todas las salidas, rodearon a los danzantes, se metieron entre los músicos, comenzó la matanza. De un tajo, al que tocaba el tambor le bajaron las dos manos. Después, le cortaron la cabeza: "A lo lejos voló la cabeza". He aquí el relato de los indios:

—A muchos atravesaron con su lanza y los mataron con su espada de hierro. A algunos atravesaron por detrás —en las espaldas o en el trasero. Inmediatamente salían sus intestinos. A algunos les desgarraron la cabeza. . . Si alguno se esforzaba en correr, entonces arrastraba sus entrañas. . . La sangre de los caudillos corría como agua; veíase el patio como una llanura resbaladiza, y salía mal olor de la sangre y las entrañas. . . Y los españoles iban a todas partes para buscar en las casas de los

sacerdotes; picaban a todos lados al buscar si acaso alguien se escondía... Y cuando esto se dio a conocer, se levantó un clamor general: ¡Oh caudillos, oh mexicanos! ¡todos deben concurrir! Que se pongan las insignias del rango, el escudo, la flecha; los caudillos fueron matados, están muertos, han sido extinguidos, oh caudillos mexicanos!... En seguida se luchó, les tiraban con flechas dentadas en la punta, con jabalinas, y las jabalinas de pájaros con tres dientes y las flechas con hoja ancha de obsidiana. Como una gran masa amarilla, las flechas de caña cubrían a los españoles.

CUANDO los mexicanos hacían a sus dioses el sacrificio de sus enemigos, tomados en guerra franca, el ritual era solemne: se les cortaba el pecho para sacarles el corazón, con la elegancia que en estos trabajos ponen los graves sacerdotes. Ahora, el sacrificio español, ordenado a traición por Alvarado, produjo en los mexicanos la ira de verse maltratados por unos dioses bárbaros. El miedo no sabe medir, y el de Alvarado le llevó a hacer ése que fue el error fatal de la Conquista. Tuvo hasta miedo del miedoso Motecuhzoma y le puso cadenas de hierro! ¡Al tembloroso Motecuhzoma prisionero!

Motecuhzoma sintió que se le derrumbaba el sistema secular de sus dioses. Mientras afuera recobraban su ser los mexicanos, el emperador, como un idiota, se hundía en las tinieblas de su propio asombro. Ordenaron los españoles al emperador que saliese a la azotea para exigir de los mexicanos que depusieran las armas. Motecuhzoma era incapaz de hablar. Bastaba verle la mirada ausente, la majestad desprendida de este mundo. Sacaron a la azotea a Itzquauhtli. Habló de esta manera:

—Mexicanos, tenochcas, tlatelolcas: os ruega vuestro señor, el rey Motecuhzoma, que lo oigan: no igualamos en fuerza a los españoles. Que se abstengan de la guerra. Que se coloquen en tierra el venablo y el escudo. Que prescindáis de la lucha. Lo han puesto al rey en hierro, y le han puesto a sus pies cadenas de hierro.

No pasó por la mente de los mexicanos sombra de piedad para el rey acobardado. Todo fue furor contra el español. Se levantó un vocerío de protestas. "Mas espuma echaban, y decían: —¿Qué dice ese vil de Motecuhzoma? ¡No somos ya sus vasallos!" Y los españoles —le contaban los indios a Sahagún—

protegeron entonces con sus escudos al pobre Motecuhzoma y a Itzquauhtli.

Los emperadores de México nacían de las hazañas en la guerra. Eran bravos emperadores. Se sostenían en el trono por esa mirada que asombra todavía en las cabezas de piedra del Caballero Águila. Este Motecuhzoma les resultaba ahora vil, pobre. Sus criados, que salían en busca de noticias, a llevar mensajes, tenían que ocultarse, so pena de que los acuchillasen, los arrastrasen por traidores. Durante veintitrés días estuvieron los españoles atrincherados en sus casas. De los pobres criados de Motecuhzoma decían los indios que los encontraban, "por el temor, tan blandos como esponjas".

¿Quién acaudillaba la rebeldía del pueblo mexicano? Un mozo que apenas pasaba de veinte años, con cuerpo de guerrero fino, la piel de canela clara, duro en el combate, ardiente en el discurso. Hacía temblar a los tímidos, exaltaba a los valientes. Era yerno de Motecuhzoma, pero se alzó soberbio contra el suegro envilecido. En la ciudad resuelta a desafiar al español surgió, nuevo caudillo, con la firmeza de un héroe irreductible.

Cuando regresó Cortés de su victoria sobre Pánfilo de Narváez, traía muchos más caballos y pólvora, más soldados que antes. Le seguían, además, millares de indios que veían en él al hijo del sol que les libertaría de los mexicanos. Pero no vino a Tenochtitlan como la primera vez, para ser recibido como un hombre mitad rey, mitad dios. Quien llegaba era el patrón de Alvarado. Entró a la ciudad el día en que los guerreros mexicanos descansaban. Un silencio duro daba a las calles, a la laguna, aire de muerte. La gente se agazapaba para lanzarle miradas, ya no de reproche, sino de odio. Alvarado había provocado a los mexicanos como nunca lo hubiera hecho Cortés. Pero Cortés, a la postre, se solidarizó con él.

—Hanme dicho que os demandaron licencia para hacer el areito y bailes—inquirió Cortés de Alvarado. Luego, siguió este diálogo:

—Así es verdad; pero fue por tomalles descuidados, e porque temiesen y no viniesen a darnos guerra.

—Pues habeis hecho muy mal, y ha sido gran desatino.

La censura de Cortés era sólo una fugaz lección de política. En el fondo, él mismo se encaminaba a humillar a los mexicanos, y nunca perdió el buen concepto en que tuvo a Alvarado.

Cuando Motecuhzoma quiso hablar con Cortés, Cortés sólo tuvo esta respuesta: "vaya para perro; ni de comer nos manda dar". Los indios siguieron haciendo su relato a Sahagún: "Cuando Cortés había entrado al palacio grande, descargaron sus cañones. Después llegaron los mexicanos con intención de luchar. Empezó el grito de guerra, nació la contienda, se luchaba, se batallaba, y las flechas y las piedras caían como granizos sobre los españoles".

Hubo cuatro días de combates en que morían los indios a millares, y perdían terreno los españoles y sus aliados. Decidió Cortés obligar a Motecuhzoma a hablarle a su pueblo. Lo sacó a la azotea. ¿Estaba vivo? Los indios no lo creen. "Hacia cinco horas que estaba muerto". Cuentan los indios que lo habían asesinado, y que lo sostenían por la espalda con unas lanzas. Por él habló Itzquauhtli. De entre la muchedumbre surgió la voz de Cuauhtémoc: "¿Qué es lo que dice ese bellaco de Motecuhzoma, mujer de los españoles, pues con ánimo mujeril se entregó a ellos de puro miedo? Ya no es nuestro rey. ¡Como a tan vil hombre, le hemos de dar castigo y pago!". Y terminó el discurso calzando la flecha y disparándola contra el rey traidor. Había que herir la divinidad del emperador, deshacer su encanto. La audacia de Cuauhtémoc se extendió por contagio. Una lluvia de flechas, una granizada de piedras cayó sobre el emperador y sobre su vocero. Los castellanos dijeron que fue entonces cuando, de una pedrada, murió el emperador. Echaron los muertos al canal. Los recogieron los indios en un lugar llamado Teoyoc, los llevaron a una hoguera y entre llamas les hicieron funeral. "Y el cuerpo de Motecuhzoma olía a carne quemada, al quemarlo olía mal. . . Y mientras que el cuerpo ardía algunos lo censuraban y reían: Este vil a todo el mundo hizo temer. . . Y muchos más solamente murmuraban entre dientes. Sólo murmuraban. Sacudían las cabezas. . ."

AL pobre Motecuhzoma le habían vencido los dioses. Había, para él, una tradición confusa, la única que podía servir para explicar la presencia de los extranjeros que cabalgaban en los venados gigantes. Para afrontar una lucha contra los dioses que llegaban de oriente, desató una ofensiva mágica. Fracásó. Trabajaron sus astrólogos y sacerdotes sin tregua por muchas semanas tratando de detener a Cortés con fórmulas y regalos cabalísticos, con hombres que se les parecieran, acudiendo a su-

tiles artificios que sólo entienden los que saben de estas ciencias. Todo fue inútil. Cortés llegó, reinó, mató, y Motecuhzoma salió derrotado de esta vida víctima del más perturbador conflicto con sus dioses. Cuauhtémoc levantó de esta derrota moral al pueblo, un poco como guerrero juvenil, un poco recogiendo en sus labios ese aire de poesía que le venía de su bisabuelo, el más grande de los poetas de la antigua nación azteca: Netzahualcóyotl.

En esta ocasión perdieron la guerra los españoles. Cortés y todos sus capitanes, unas veces a la luz del día, otras escondidos en la noche, no hacían sino tratar de ganar la salida por cualquiera de las tres calzadas que de Tenochtitlan llevaban a la orilla del lago. Tenían hambre, estaban cansados de pelear, les habían matado a mucha gente, y por si todo esto fuera poco, no sabían cómo salvar, en la huida, el oro que habían tomado de los palacios del emperador. Ganarse la calzada era en cada intento vencer en una gran batalla. La artillería —y cada vez tenían menos pólvora— hacía surcos de muerte en las calles apretadas de indios, en el lago lleno de canoas. Pero eran como los surcos que deja en el mar la nave. Frescas olas de combatientes llenaban la huella fugaz abierta por las balas. Cuando al fin pudo escapar Cortés con lo que se salvó en hombres, caballos y oro, fue para sentarse bajo un árbol a pasar esa noche triste de que se hablará siempre en las historias. Si la derrota marcial fue grande, la moral resultaba insondable.

A veces los infortunios hermanan a los hombres. La poesía de Netzahualcóyotl también nació cuando este príncipe desposeído vagó errante por las selvas, y para no llorar, cantó. Sólo que la romanza de Cortés, en este caso, ha corrido por cuenta de los intérpretes de su vida. Él la dejó sin palabras. Y mientras Cortés se sumía en las tinieblas de su infelicidad, el biznieto de Netzahualcóyotl desataba en Tenochtitlan el himno de las victorias.

NO era aún la hora de reinar el joven Cuauhtémoc. Fugados los españoles, consagraron emperador los mexicanos al hermano de Motecuhzoma, a Cuitláhuac, valiente y activo como Cuauhtémoc. Apenas si se dio tiempo a las ceremonias de la inauguración. Lo esencial era fortificar a Tenochtitlan para la guerra. Los españoles habrían de volver, pero esta vez les recibirían luchando. El nuevo emperador, sin embargo, murió de las virue-

las que trajo al imperio un negro, de los que llegaron con las tropas de Pánfilo de Narváez. Apenas reinó ochenta días. El tiempo necesario para que madurara el prestigio de Cuauhtémoc, y se le aclamara emperador. Para cerrar la historia del imperio azteca no pudieron los dioses hacer una selección más feliz.

La hora era de ira, de fe desesperada, de vida o muerte. A la ciudad maravillosa que nadie osó antes ofender, los extranjeros habían llegado para derrocar a los dioses, asesinar a los sacerdotes y caudillos, encadenar al emperador, embrujarlo, idiotizarlo. Derrotados, echados de la ciudad, su vaho, venido de lejos, había traído las viruelas. Jamás una enfermedad tan sucia y mortífera había echado su capa asquerosa sobre los mexicanos. Y ahora, era una llegada continua de mensajeros que a diario traían noticias alarmantes de los avances de Cortés. No sólo había vencido a Pánfilo de Narváez, sino que traía su ejército multiplicado: más hombres, más caballos, más pólvora, más perros, más indios, más codicia. Cada día daba una nueva batalla y se iba adueñando de todo el territorio en torno a Tenochtitlan. La última jornada fue contra Xochimilco. En la Venecia de los jardines, entre islas de flores, en una batalla que podía ser el proyecto de la que se daría contra Tenochtitlan se peleó tres días y tres noches. Sobre las cenizas de la victoria, los españoles y sus aliados pasaron otros tres días descansando. La elegía de las glorias de Xochimilco quedó en cuatro líneas de Díaz del Castillo: "Toda quemada y asolada, y cierto era mucho para ver, porque tenía muchas casas y torres de sus ídolos, de cal y canto". A Cuauhtémoc le llegaron las noticias con un regalo de cuatro prisioneros españoles. "Mandó cortar pies y brazos y las cabezas —dice el cronista español— a los tristes nuestros compañeros y las enviaron a muchos pueblos de nuestros amigos de los que nos habían venido de paz. Les envía a decir que antes que volvamos a Tetzcuco, piensa no quedará ninguno de nosotros a vida; y con los corazones y sangre ofreció a sus ídolos".

Ahora Cortés en una forma sistemática iba haciendo un vasto círculo de muerte en torno a los mexicanos, destruyendo reinos y ciudades, o incorporando a sus tropas las de las naciones enemigas de México, y luego fue estrechando el sitio hasta llegar a las orillas del lago. Un ejército de carpinteros, de improvisados ingenieros navales, afanosamente construía barcas, bergantines, para atacar a la ciudad por agua y por tierra. Se

cerraron los caminos para que no le llegara a los sitiados comida. Se destruyó el acueducto de Chapultepec. Lo que no hicieran la pólvora y la espada, que lo trabajaran el hambre y la sed. La sombra de los ejércitos enemigos se perdía en las llanuras, llegaban hasta el borde de los montes, y se hacía densa y nutrida en los bordes del lago.

Cuauhtémoc no pretendió llevar a su pueblo al sacrificio sin consultar antes la opinión, no de los dioses, sino de los caudillos, de los capitanes, de los sacerdotes. Se humanizaba la guerra. Reunió su consejo. Ahí pudo ofrecer una pintura exacta de la situación. Ya todos conocían quién era el hombre español, cómo actuaban esos dioses que Cortés les incitaba a vengar, cómo se confederaban contra México las naciones enemigas. A sangre fría se deliberó. Y se votó por la guerra. Gómara dice que Cuauhtémoc tuvo antes algunas conversaciones con el diablo. Dijo Cuauhtémoc: "Pues que así queréis que sea—es la versión que da Díaz del Castillo— guardar mucho el maíz y bastimento que tenemos, y muramos todos peleando; y desde aquí adelante, ninguno sea osado a demandarme paces, si no, yo le mandaré matar". Votar por la guerra era votar por la muerte. Cuauhtémoc dio un consejo a los mexicanos que lo dice todo: que se dejasen crecer las uñas de los dedos de las manos, para que al faltar las armas desgarrasen con ellas las carnes de los enemigos.

Para botar los bergantines había que construir un canal, y para hacerlo en cincuenta días, como se hizo, dice Gómara que ayudaron a los españoles 40,000 hombres del reino de Tetzcuco. No serían tantos, pero el indio Ixtlilxuchitl, en su "relación de la venida de los españoles y principio de la ley evangélica", dice: "Cuando llegaron a la ciudad de Tetzcuco (los de Cortés) hallaron casi toda la zanja acabada de hacer, que tenía de largo más de media legua, y de ancho doce a trece pies, y dos estados o más de profundidad, por las orillas estacado, y su albarrada por ambos lados. Tardaron en hacerla cincuenta días, de más de cuarenta mil hombres de los reinos de Tetzcuco que tenía puestos allí Ixtlilxuchitl, para sólo este efecto. Trabajaron ocho o diez mil cada día".

Cuenta también el Ixtlilxuchitl de cuando hizo alarde de sus fuerzas Cortés: "Eran en todo el ejército 200,000 hombres de guerra, y 50,000 labradores para aderezar puentes y otras cosas necesarias. Cincuenta mil hombres de Chalco, Itzacan, Cuahnahuac, Tepeyacac, y otras partes sujetas al reino de Tetz-

cuco, que caen hacia la parte del mediodía, y otros cincuenta mil hombres de la ciudad y su provincia, sin ocho mil capitanes que eran vecinos y naturales de la ciudad de Tetzcuco; otros cincuenta de las provincias de Otumpa, Tolanzinco, Xilotepec y otras partes que así mismo pertenecen a la ciudad y son aculhuas... etc., etc.”.

En Tenochtitlan tampoco dormía Cuauhtémoc. El mismo indio dice que sus hombres llegaban a trescientos mil. Ahí estarían contados los viejos y los niños, pero les encendía lo mismo la ira contra la barbarie de los españoles, que el despecho por la traición de las naciones indígenas. A las embajadas de Ixtlixuchitl, que aconsejaba a Cuauhtémoc el sometimiento, respondía éste que más querían morir y defender su patria, que ser esclavos de los hijos del sol, gente cruel y codiciosa.

El sitio comenzó "cristianamente". Cortés era ante todo un "cristiano". Clavijero relata: "El día 28 de abril, después de celebrada la misa del Espíritu Santo en que recibieron todos los españoles la sagrada Eucaristía, y de haber bendecido el sacerdote los bergantines, se echaron con felicidad al agua, y desplegando inmediatamente las velas comenzaron a surcar el agua con el disparo de la artillería y de las escopetas, a que se siguió el *Te Deum* entonado por el ejército español al son de los instrumentos militares". Todos los cronistas hacen este mismo relato. Cortés, cada mañana, oía con unción la santa misa, y salía a matar.

Cuauhtémoc miraba a sus pirámides y veía la piedra de los sacrificios como una flor seca, pidiendo sangre nueva para que su corola quedase más roja que los pétalos de la amapola. Ya vendrá para ti el riego que hace fértil la victoria, que le da vida a la piedra y la convierte en el corazón del mundo mexicano!

Le contaban a Sahagún los indios:

—Vinieron dos barcos de Iyauhtenco, exclusivamente españoles. Llegaron al alba. Saltaron a la tierra seca los soldados. Comenzaron a luchar, a tirar balas de fusiles y saetas. . . Los guerreros mexicanos se agazaparon detrás de las murallas. Y el espía, cuyo cargo y tarea es mirar, dónde, a qué hora se debía salir, cuando fue la hora adecuada gritó: Gente de México, ¡adelante! Quince españoles fueron tomados presos. . . Los llevaron a un sitio en medio del agua, y después, al lugar donde ellos habían de morir, llamado Tlacoachcalco (casa de dardos). Los desnudaron. Les quitaron toda su armadura de guerra y su armadura de algodón y todo lo que tenían sobre

su cuerpo; todo les quitaron. Entonces, ya hechos esclavos, sufrieron la pena del sacrificio. Y sus amigos veían desde el agua, cómo los sacrificaban.

Esta guerra, si humanizada por Cuauhtémoc, parece de dos estampas religiosas contrapuestas. Ya está dicho: Era la última —¿será la última?— guerra de los dioses.

Así hablan los mexicanos:

—Los de Tlaxcala se hacían fuertes, sacudían las cabezas, se golpeaban sobre sus pechos y ¡cantaban! Los mexicanos cantaban también; en ambos lados se cantaba. Empezaban una canción cualquiera que recordaban y con esto se ponían fuertes.

Gente de México, ¡adelante!

Nadie que lo oyó olvidará el estruendo. Se tocaban las cornetas grandes de concha, resonaban los tambores. Los espías se tiraban al suelo, se escondían, se agazapaban. Hasta que se oía la orden de levantarse, de sacudirse airados.

Oh, gente de México, ¡adelante!

Hubo una victoria. Y muchas pequeñas victorias. Se tomaron presos a muchos Tlaxcaltecas, acolhuas, chalcas, Xochimilcas... Empujaron a los españoles y a todos los indígenas sus amigos al agua. El camino se puso resbaladizo: agua, sangre. Allá fue capturada la bandera y traída... Llevaron afuera los presos: el uno estaba llorando, el otro cantaba, el otro chillaba, lanzaba el alarido de guerra... Se los colocó en filas ordenadas. Uno tras otro subieron a la pirámide de tierra... Dieron principio con los españoles. Siguiéron con los nativos de las aldeas. Después de haber terminado el sacrificio, pusieron las cabezas de los españoles sobre maderas. Pusieron también las cabezas de los caballos sobre maderas... Las pusieron abajo de las de los españoles. Las cabezas de los españoles que se encontraban arriba estaban clavadas con la cara mirando al sol: al Oriente.

Oh, gente de México: ¡adelante!

Sucedió que una vez cuatro montados a caballo entraron al mercado, y quemaron el templo. La llama, el fuego, ardía y relumbraba. Cuando los mexicanos veían que el templo se quemaba, lloraban y unos a otros se saludaban llorando. Por mucho tiempo se peleó en la gran plaza. Los guerreros mexicanos tomaron posición en las azoteas. Tiraban de allá piedras

y dardos. Nuestros enemigos cegaban los canales, y en cuanto se habían ido sacábanse nuevamente las piedras con que habían tapado los canales. Los dardos con puntas dentadas estaban como lloviendo, las flechas desembocaban en corrientes como una serpiente. Cuando arrojaban sus dardos con el atlatl, semejaban un manto amarillo que se cernía sobre los enemigos.

Oh, gente de México, ¡adelante!

Así contaban las cosas los indios a fray Bernardino de Sahagún.

SETENTA y cinco días duró el sitio de México. Convencido Cortés de que Cuauhtémoc no se rendiría optó por ir tomando la ciudad barrio a barrio, incendiando manzana por manzana. Cortés era hombre de sistema, de plan. Se obraba de acuerdo con el plan. Cuando llegaron los españoles a poner el sitio la laguna era de azogue, de plata gris, de azul al mediodía. Al final era de púrpura, de sangre casi negra, y entre el charco de sangre, flotando las cabezas negras de los muertos. Los sitiados sólo tenían para alimentarse lagartijas, golondrinas, yerba verde de mazorca, yerba ensalitrada, lirios, estuco, cuero de ciervo que asaban, freían, tostaban, quemaban. El agua que bebían estaba llena de salitre. Y, sin embargo, en la pelea, "ninguno parecía débil, ninguno se portaba como mujer".

Armaron los españoles una catapulta. ¡Qué extraña invención era la de una máquina semejante cuyas vigas se movían lentamente para tomar puntería, y luego por un sistema de cuerdas soltaban con la honda las piedras enormes... que no caían donde pensaban los tiradores! Los mexicanos veían con malicioso regocijo a los nuevos artilleros disputar sobre los errores de la catapulta.

Un hombre llamado Chalchiuhtepeua se escondió espiondo la venida de un jinete. Le atravesó el caballo. El jinete cayó al suelo por las ancas. Una vez los mexicanos vieron que sus adversarios estaban cegando un canal. Prepararon una barca. "Entonces se levantaron dos caballeros-águilas y dos caballeros-tigres. El primer águila era Topantemoctzin el primer jaguar Temilotzin. La lancha volaba. Llegó Teteuhtitlan para detenerlos. Y cuando se había ido, otra vez echaron detrás dos hombres: un caballero-águila y un caballero-tigre. Y después de haberse ido ellos, se tocaron los clarines... Y cuando nuestros enemigos los vieron, quisieron huir, pero muchos cayeron

en el agua, se ahogaron. Cuando nuestros enemigos habían muerto, al día siguiente, todo quedó tranquilo”.

Cortés era muy cristiano. Esto hay que decirlo siempre, porque a cada paso lo dice él, lo dicen sus cronistas. Pero a veces parece comandar un ejército de caníbales. Desde luego, su fuerza estaba en buena parte en la masa de aborígenes que le acompañaba, y eran antropófagos. Gómara, el historiador oficial del conquistador, dice: “Era cosa notable lo que nuestros indios hacían y decían aquel día a los de la ciudad: unas veces los desafiaban, otras los convidaban a cena, mostrándoles piernas y brazos y otros pedazos de hombres y decían: Esta carne es de la vuestra, y esta noche la cenaremos y mañana la almorzaremos, y después vendremos por más: por eso no huyáis, que sois valientes, y más os vale morir peleando que de hambre...”

¿QUIÉN mantuvo firmes a los mexicanos en su decisión de morir antes que entregarse? Cuauhtémoc. No era que no diese señales de paz: las daba siempre de guerra. Luchaba con todos los recursos de su palabra, de su voluntad, de su valor. Cuando era posible usar de la magia, de la magia usaba. Llegaron a creer los indios que un cacique adornado con el tecolote de plumas de quetzal, que tomó un aspecto aterrador, y a quien armaron con el arma de Auitzotzin, causaría pavor en los españoles. Había tomado un aspecto espantoso, y cuentan los indios que cuando sus enemigos lo vieron impresionaba como el derumbe de una montaña.

Si la magia no obraba, se trabajaba como hombres, a fuerza de voluntad. Gómara dice hablando de cómo en la noche los mexicanos ganaban lo que en el día habían perdido: “Más por bien que madrugó Cortés, fue tarde, que no se durmieron en la ciudad: sino luego que tuvieron fuera al enemigo tomaron palos y picos y abrieron lo cegado, y con lo que sacaban hacían albarradas; y así se fortificaron como estaban primero. Muchos desmayaban y hartos perecían en la obra, del sueño y hambre que sobre cansados pasaban. Mas no podían otra cosa hacer, porque Cuauhtémoc andaba presente”.

El cerco, sin embargo, se apretaba, se apretaba. Ya de las ocho partes de la ciudad, siete estaban tomadas. Desde lo alto de las pirámides no se veían sino las ruinas, el humo de las quemadas, las calles repletas de cadáveres. Las embajadas que enviaba Cortés de paz eran recibidas a piedra y lanza. A coro

decían: Queremos morir: ¡no queremos paz! A Cuauhtémoc se le escapó una frase: Ah, capitán Cortés: pues eres hijo del Sol, ¿por qué no recabas con él que nos acabe de lástima?

De comovedor amistoso trataba de servir el más traidor de la tierra, Ixtlilxuchitl, que por servir a Cortés había puesto todos los recursos de su ingenio a fin de que más mexicanos murieran, se sometieran los caudillos, las gentes humildes cayeron en las redes de la muerte. Alguna vez delató a los pescadores que en la noche iban a buscar algún alimento para los sitiados, y acabó con ellos. Disculpó mil crueldades de los conquistadores por bienquistarse con ellos. En todo caso, Ixtlilxuchitl propuso, con sus mensajeros, una entrevista de Cortés y Cuauhtémoc. Creía el indio servil que sus parientes convenecerían a Cuauhtémoc. Una y otra vez el caudillo les rechazó, o al menos ellos lo decían, porque es dudoso que se atreviesen a hacerle propuesta alguna. La última razón que trajeron, si no reproducía las palabras del emperador, interpretaba su voluntad: Sería infamia muy grande ir un monarca como él delante de sus enemigos por otra vía que no fuese peleando, y para que le quitasen la vida. Pensó Cortés que invitándole a que se entrevistasen en la plaza acudiría el emperador. No había alcanzado a darse cuenta aún de su carácter. Todo en torno no era para los sitiados sino hambre, heridas, muertes, calles que se encogían, la laguna que se hacía chiquitita, la sed que ardía en la garganta. Envió Cortés a decir: Si no venís a la plaza, a sangre y fuego lo destruiré todo, y no perdonaré a nadie la vida.

Así sea. Cuauhtémoc no llegó a la plaza.

ESTABAN ya acorralados en la punta de una calle. Los bergantines acometían por el agua, los caballos y la muchedumbre de indios enemigos por tierra. En la ceja de calle donde estaba Cuauhtémoc no había campo para pelear. Llamó a los remeros. Quería pelear en el agua. Hizo que las mujeres, que su familia se embarcase, y salió a protegerlos con su escudo de temeridad. Lo descubrieron los de García de Olguín que iban en una buena embarcación con ballestas y escopetas. Cuauhtémoc le gritó a los remeros: ¡Acercadme a ellos! Quería pelear, que le matasen. No lo consintieron los españoles: le hicieron prisionero. García de Olguín llegó con el rey prisionero a donde estaba Cortés. Cuauhtémoc echó mano al puñal que llevaba Cortés, a la cruz del puñal, y le dijo:

—Ah, capitán: yo ya he hecho todo mi poder para defender mi reino, y librarlo de vuestras manos; y pues no ha sido mi fortuna favorable, quitadme la vida, que será muy justo. Y con esto acabaréis el reino mexicano, pues a mi ciudad y vasallos tenéis destruidos y muertos.

MUCHA pena sintió el traidor de la patria, Ixtlilxuchitl de no haber podido ser él quien pusiera la mano sobre Cauhtémoc. No lo hizo porque su canoa no era tan ligera como el bergantín de García de Olguín. Se contentó con hacer prisioneros a un hijo de Motecuhzoma y al heredero del reino de Tlacopan.

Se lanzaron los soldados al saqueo. Los españoles robaban. En cuadernos de cuentas apuntaban con toda fidelidad los indios que iban haciendo suyos. Robaban oro, piedras preciosas, turquesas. La búsqueda era sabrosa porque las mujeres llevaban el oro escondido en el vientre, en las enaguas. Los hombres lo llevaban en el taparrabos y en la boca. Eran valientes en estas operaciones los soldados, pues las hacían cuando el hedor de los muertos les causaba náuseas. Apeataba.

Cogieron a las mujeres bonitas, a las de color claro, y como eran pundonorosas, les envolvían las caderas en sarapes viejos y les ponían un trapo sobre el busto, como camisa. Seleccionaban para esclavos a los hombres fuertes, a los jóvenes robustos. "A algunos se los marcaba inmediatamente con el sello de marcar en la región de la boca".

Llevaron a Cauhtémoc a Acachinango. Las entrevistas siguientes entre el emperador y Cortés no tienen sino un objeto: averiguar por el oro. Todo el que se había recogido parecía poco. No se hallaba el que en la primera entrada de Cortés a Tenochtitlan habían descubierto hurgando en los palacios y hallando la cámara del tesoro. Era el oro que no lograron sacar en la huida de la Noche Triste, que por eso fue doblemente triste.

Cortés recibió a los reyes prisioneros en una azotea, donde se había hecho una especie de tolda con un paño multicolor. En una silla de brazos, el conquistador se veía como un rey. Cauhtémoc se mantuvo en pie. Tenía atado el traje brillante de fibra de maguey, con plumas de colibrí, pero salpicado de lodo. No llevaba joyas. Toda la realeza estaba en su frente levantada, en la dignidad de su silencio.

—¿Qué habéis hecho con el oro que estaba guardado en México?

Fue sacado, contaban los indios, todo el oro de una lancha: las banderas de lámina de oro, los tocados cónicos de lámina de oro, los anillos dorados para los brazos, las cintas de piel de las pantorrillas con cascabeles de oro, los yelmos de oro, los pectorales de oro.

—¿Es todo esto el oro que se guardaba en México? ¡Que vuestros señores lo busquen!

Ahí estaba todo. El resto, se había ido al fondo de las lagunas. Esto no podía convencer a quienes tenían la codicia encendida. Mandó Cortés quemar vivo a un caballero criado de Cuauhtémoc, comenzando el tormento por ponerle los pies en la hoguera. Todo lo que podía decir el criado era que el oro se había arrojado al sumidero de la laguna. El rey Cohuanaoxtzin suplicó a Cortés que le quitase los grillos que le ajustaron desde el día en que lo prendió su hermano, el tal Ixtlilxuchitl, por las llagas que llevaba en las piernas. La respuesta de Cortés fue helada. Hasta que no viniera de España recado del emperador, no podría soltarlo, porque con la flota que llevó el quinto de Su Majestad le envió de todo aviso, y había que esperar lo que dijese el rey.

Pero faltaba el tormento de Cuauhtémoc. Cortés, que nada de esto dijo en sus cartas al emperador, pero que tendría luego que responder en el juicio que se le siguió, se disculpaba diciendo que lo hizo porque así se lo exigían los funcionarios del rey, que eran los mismos que Cortés había nombrado. Ahí estaba el tesorero Aldrete, y ahí estaban todos los que se habían emborrachado celebrando el triunfo—hasta caminar por encima de las mesas—, reclamando más y más oro. Se encendió la hoguera. A Cuauhtémoc y a otro caballero y su privado, untaban aceite en las manos y se las ponían al fuego, untaban aceite en los pies y se los ponían al fuego, y así, una vez, y otra vez, y otra vez. El caballero, "cuando lo quemaban, miraba mucho al rey, para que, habiendo compasión dél, le diese licencia, como dicen, de manifestar lo que sabía, o lo dijese él. Cuauhtémoc lo miró con ira y lo trató vilísimamente, como muelle y de poco, diciendo: —¿Estoy yo en algún deleite o baño?"

El tormento a Cuauhtémoc despertó la indignación de los señores mexicanos. Ya se lo había advertido al conquistador Ixtlilxuchitl. Pero Cortés "con tiempo lo remedió, y fueron presos los más culpados, y fueron muchos de ellos sentenciados

a muerte, unos ahorcados y a otros les echaron los perros, que los despedazaron, entre ellos fue Cohuanacoxtzin de lo cual se enojó mucho Ixtlilxuchitl contra Cortés, y a pesar de los españoles, le mandó quitar de los perros que ya le querían despedazar”.

TRES años y medio, ¡desde la caída del imperio! Ahora Cortés volvía a habérselas con los españoles rebeldes. Cristóbal de Olid, que contaba entre los más fieles de sus capitanes, en Honduras había alzado bandera, seguía la escuela del propio Cortés. Era Olid contra Cortés, lo que Cortés fue contra Velásquez el gobernador de Cuba. Si Honduras estaba tan lejos de México, ¿por qué Olid habría de seguir siendo como un esclavo de Cortés? Y Cortés, dueño ya del gobierno de México, capitán general y gobernador confirmado por la majestad de Carlos V, decidió ir en persona, con mucho aparato, para vencer a Olid. Esto implicaba llevarse en la comitiva a Cauhtémoc. Si lo dejaba en México, ¿no se levantaría otra vez el reino de los mexicanos? Llevarse lo era como cargar con la sombra que en las noches visitaba su conciencia. Dejarlo, morder la base de su imperio.

Ir a Honduras, a las Hibueras, era meterse por los infiernos verdes, por las selvas que se hacen más verdes donde el sol es más bravo, y donde los hondos ríos se derraman borrando las orillas. Sólo los indios pueden vencer estas soledades. Otra vez, Cortés dependía de ellos. Ellos le armaban un puente de bejucos sobre un río caudaloso, y todo el ejército pasaba por el puente. Las vigas del fondo eran tan gruesas como un hombre. En cuatro días arman el puente, decía Cortés, y si el hombre no lo destruye, durará diez años. Pero eran puentes tirados sobre la soledad. Caminaban por laberintos de hambre. Otra vez el miedo sacaba la cara. Otra vez, en las noches desoladas, venían a halagar el oído de los españoles indios demasiado serviciales que inventaban historias de fermentos internos en el ejército. Una palabra golpeaba de continuo, martillaba en el subconsciente de Cortés: Cauhtémoc. Y Cortés ahorcó a Cauhtémoc.

El relato que Cortés hizo al emperador, el alegato del miedo, descansa todo en los informes que dice el conquistador haber recibido de un "ciudadano honrado" de Tenochtitlan, que ya se llamaba Cristóbal. Este indio Cristóbal llegaría una noche a la tienda de Cortés y le diría que Cauhtémoc y los

demás caudillos que Cortés llevaba presos conversaban entre ellos de cómo estaban desposeídos de sus tierras y señorío y de cómo los mandaban los españoles. Dice Cortés que el indio Cristóbal entendía que los pobres prisioneros pensaban darle muerte, alzarse con sus indios y volver a la figura antigua de su imperio. "Informado de su traición, di muchas gracias a Nuestro Señor por habérmela así revelado, y luego en amaneciendo prendí a todos aquellos señores, y los puse apartados el uno del otro, y les fui a preguntar cómo pasaba el negocio, y a los unos decía que los otros me lo habían dicho, porque no sabían unos de otros: así que hubieron de confesar todos que era verdad que Cuauhtémoc y Tetepanquetzal habían movido aquella cosa, y que los otros era verdad que lo habían oído, pero que nunca consentido en ello; y de esta manera fueron ahorcados estos dos y a los otros solté porque no parecía que tenían más culpa que habelles oído, aunque aquélla bastaba para merecer la muerte".

Cortés decía la verdad, aunque no toda la verdad, como es de rigor en estos casos. Al salir Cortés, la ciudad de Tenochtitlan se mostró inquieta. Los naturales se alzaron y llegaron a matar a algunos españoles. Estaban tristes y quejosos al ver "que sus reyes y señores los llevaba Cortés para tan lejas tierras, y casi presos: imaginando ellos que los llevaba para matarlos a traición, como les sucedió sobre esto. Los españoles estaban muy mal con los religiosos, porque volvían por los indios de tal manera que no faltó sino echarlos de México; y una vez hubo, que un cierto religioso estando predicando y reprendiendo sus maldades, se amotinaron de tal suerte contra este sacerdote, que no faltó sino echarlo del púlpito abajo. . ."

TODO esto ocurrió en el mes de febrero. Salió así el alma de Cuauhtémoc por la puerta más angosta de las doce que tiene el año. Era el soldado más bello, el San Sebastián del pueblo mexicano. Era la frente que no se inclina, la patria que se levanta, el reto que defiende como un tigre los jardines flotantes de Xochimilco, la pluma del quetzal, los poemas de Netzahualcóyotl, el aire de la región más transparente del mundo. Frente a Hernán Cortés, el del color de ceniza y de la barba clara, parecía, sencillamente, un dios.

Las últimas palabras, cuando le habían echado la cuerda

al cuello y lo iban a guindar de la ceiba, las últimas palabras de Cuauhtémoc, fueron éstas que le dirigió a Cortés:

"Oh, capitán Malinche: Dios había que yo tenía entendido e había conocido tus falsas palabras, que esta muerte me habías de dar, pues yo no me la di cuando te me entregaron en mi ciudad de México. ¿Por qué me matas sin justicia? ¡Dios te lo demande!"

No quedó vivo sino el miedo. Cortés se alejó de la ceiba en donde quedó bamboleándose en negro la dorada cosecha de sus hazañas. Manos piadosas de los indios rescataron a su señor para que no se lo tragasen los cuervos. Cortés, luego, andaba muy pensativo y descontento, dice Díaz del Castillo: no podía reposar en la noche. Se levantaba, y echaba a andar en la oscuridad en una sala grande donde había muchos ídolos. Tropezaba entre las estatuas. Doce cayeron al suelo. Se rompió la cabeza. Hasta los dioses de México tenían sentido de la justicia.

LA AGONÍA DEL INCA GARCILASO

Por Carlos Manuel COX

EN el proceso de la conquista del Perú, período de lucha entre dos civilizaciones rivales, surge un esclarecido intérprete de la historia: Garcilaso Inca de la Vega. El autor de los *Comentarios Reales* y de la *Historia de la Florida* tiene por estos dos monumentos literarios una significación extraordinaria en la historia cultural de América.

El Inca Garcilaso relata en la *Florida* la hazañosa empresa que iniciara con tan poca fortuna Juan Ponce de León en 1512 y que no culminara tampoco Hernando de Soto, quien con otros célebres capitanes y soldados estuvieron asimismo en la conquista del Perú. Clemente R. Markham —*Los Incas del Perú*— sostiene que "su autor gozó desde entonces de nombradía y fama". Después escribió sus célebres *Comentarios Reales*, que trata del origen de los Incas, Reyes que fueron del Perú, de su idolatría, leyes, y gobierno en paz y en guerra; de sus vidas y conquistas, y de todo lo que fue aquel Imperio y su República, antes que los españoles pasaran a él".

Dos historiadores renombrados de lengua inglesa, William Robertson y William H. Prescott, se refieren elogiosamente a la contribución histórica del Inca Garcilaso. Robertson, expresa que Garcilaso hablaba muy bien la lengua de los Incas y estaba instruido de las tradiciones de sus compatriotas y que su autoridad es de mucho peso y aún preferida a la de todos los demás historiadores. Manifiesta que en los *Comentarios* se hallan algunas tradiciones que le comunicaron sus compatriotas. Su conocimiento de la lengua peruana —añade— le puso en estado de corregir algunos errores de los escritores españoles.

Prescott (*History of the Conquest of Peru*) hace un balance de la aportación de Garcilaso a la historia peruana. Expresa que la primera parte de los *Comentarios*, que trata de la historia antigua del país, "presenta una descripción completa de la civilización incaica que es, hasta ahora, la más perfecta que se

ha dado por cualquier otro escritor". Dirigiéndose —dice— a las personas cultas de Europa quiso ostentarles las antiguas glorias de su pueblo y, en especial, las vinculadas a los Incas, en sus aspectos más imponentes. Este fue, indudablemente, el gran estímulo que tuvo que abordar en su obra literaria. Garcilaso, en consecuencia, escribió —según Prescott— para lograr un objetivo especial. "Quiso presentarse como el defensor de sus desventurados compatriotas, abogando por esa raza sometida ante el tribunal de la posteridad". En nuestros días, el ilustre argentino Ricardo Rojas, en el prólogo a la edición de Emecé, Buenos Aires, al cuidado de Ángel Rosenblat, hace este balance.

"La resonancia de los *Comentarios Reales* excede lo circunscrito de la prehistoria peruana para interesar a economistas y sociólogos, cuando trata de estudiar el caso de una sociedad sin mendigos, ni rateros, ni falsarios, según el cuadro real o soñado con que se nos pinta aquel Tahuantinsuyo comunista y teocrático".

Haya de la Torre ha contribuido recientemente con una nueva interpretación de la obra del Inca Garcilaso de la Vega, a quien califica como el "primer escritor *indoamericano*". Sostiene que es también "el primer filósofo de la historia indoamericana". Después de analizar a Garcilaso, no sólo como "el príncipe de nuestros historiadores, como el *primero de nuestros analistas*, sino como adelantado de los filósofos de la historia indoamericana", añade lo siguiente: "Todos los demás cronistas de la Conquista, relatan, mientras que Garcilaso interpreta".

Haya de la Torre sostiene que Garcilaso en su obra no es *hispanista* ni *indigenista* y recuerda sus afirmaciones: "soy un indio" que escribe "forzado del amor natural de la patria". "Mi patria" (yo llamo así a todo el Imperio que fue de los Incas); de "nuestros Incas acabados y nuestro Imperio perdido". Y se anticipa a defenderse: "dirán que por ser indio hablo apasionadamente". Pero Garcilaso es "incitado del deseo de la conservación de las antigüedades de mi patria, esas pocas que han quedado, porque no se pierdan del todo". Lo hace también para corregir a los historiadores españoles que "escribían lo que los indios no soñaron", porque "los historiadores españoles como extranjeros tuvieron dificultades de lenguaje y eran engañados o inventaban. Garcilaso, cuya lengua era el *runa simi* o quechua, "que mamá en la leche" —y que no olvida—, puntualiza muchas fábulas de los españoles. Y a pesar de que escribe be-

llamente en la lengua de los conquistadores, advierte que no es su lengua propia: "mi lengua materna que es la del Inca, que la ajena es la castellana"¹.

José Carlos Mariátegui, en *7 Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana* (Biblioteca "Amauta", Editorial "Minerva", Lima, 1928), expresa que Garcilaso es una excepción en el panorama de la literatura colonial y que sintió profundamente la naturaleza. "Garcilaso —escribe— es una figura solitaria en la literatura de la Colonia. En Garcilaso se dan la mano dos edades, dos culturas. Pero Garcilaso es más inka que conquistador, más quechua que español. Es, también, un caso de excepción. Y en esto residen precisamente su individualismo y su grandeza" (pág. 175).

Mariátegui no llega, en el enjuiciamiento de Garcilaso, al extremo de atribuirle un indianismo *a outrance*, tal como lo considera otro eminente escritor peruano, el Dr. Luis E. Valcárcel, en su escrito "Garcilaso el Inca" (*Revista del Museo Nacional*, Tomo VIII, N° 1, págs. 3-60, Lima, 1939). El enfocamiento de Mariátegui se acerca más a una valoración cabal de la personalidad del Inca. "Garcilaso —escribe—, nació del primer abrazo, del primer amplexo fecundo de las dos razas, la conquistadora y la indígena. Es, históricamente, el primer 'peruano', si entendemos la 'peruanidad' como una formación social, determinada por la conquista y la colonización españolas. Garcilaso llena con su nombre y su obra una etapa entera de la literatura peruana. Es el primer peruano, sin dejar de ser español. Su obra, bajo su aspecto histórico-estético, pertenece a la épica española. Es inseparable de la máxima epopeya de España: el descubrimiento y conquista de América" (pág. 175). Por eso, Raúl Porras Barrenechea lo considera "el primer peruano espiritual".

En Garcilaso confluyen el individualismo del hidalgo español del siglo XVI y la concepción colectivista, sencilla y agraria, del aborigen peruano. Hereda del capitán Sebastián Garcilaso de la Vega el empuje creador y la admirable hijuela de lo mejor de las letras castellanas, encarnación de los antepasados inmortales: el Marqués de Santillana, hijo de doña Leonor de

¹ Conferencia pronunciada hace pocos años por V.R. Haya de la Torre en el Club Literario de Habla Española de Estocolmo, titulada: *El Inca Garcilaso de la Vega, primer filósofo de la historia indoamericana*.

la Vega, el poeta Garcilaso y su renombrado deudo Jorge Manrique. Por su raíz india, materna, le viene su amor a la tierra y al pueblo, produciéndose una suerte de palingenesia superada de lo americano y europeo. De ahí que la obra de Garcilaso refleje, armoniosamente, lo hispánico y lo indio. Aquél, señero y orgulloso, éste, sosegado y paciente, seguro de la bondad de su estilo de vida, de sus instituciones justas, de su organización social fundada en la equitativa distribución de la riqueza. Si abraza la fe de sus mayores españoles, no deja de comprender mitos, leyendas y teogonías, explicándoselos, diríamos, como el sueño de un pueblo que atisbó la verdad y que eran como los símbolos de la belleza rural de un pueblo laborioso. Así nos lo presenta su magistral relato.

"La historia nos enseña, con múltiples ejemplos, que cuando nace un nuevo pueblo a la vida de la cultura y, por lo tanto, a la vida de la historia, hay una colisión, en los estratos iniciales, de dos o más pueblos, de dos o más culturas, de dos o más espíritus colectivos". Así plantea Antenor Orrego el drama de la cultura dentro del vasto escenario de la historia.²

Este es el drama espiritual de Garcilaso. En su personalidad hay "una agonía del amor y del conocimiento, del conocimiento, que es amor, y del amor, que es conocimiento".³

Acerquémonos ahora a la agonía garcilasiana para precisarla en sus alcances históricos. Valgámonos para ello de Unamuno: "Agonía, definió el maestro de Salamanca, quiere decir lucha. Agoniza el que vive luchando, luchando contra la vida misma. Y contra la muerte".

"Y el fin de la vida es hacerse un alma, un alma inmortal. Un alma que es la propia obra. Porque al morir se deja un esqueleto a la tierra, un alma, una obra a la historia. Esto, cuando se ha vivido, es decir, cuando se ha luchado con la vida que pasa por la vida que se queda".⁴ Tal ocurrió con nuestro Garcilaso, porque si *la vida es lucha y la solidaridad para la vida es lucha y se hace en la lucha*, él luchó en la vida y dentro de su propia alma vivió el conflicto desgarrante de dos mundos, de dos civilizaciones, de dos stirpes. Bregó entre el pasa-

² ANTENOR ORREGO, *Pueblo-Continente. Ensayos para una interpretación de la América Latina*, 2ª Ed., Ediciones Continente, Buenos Aires-Lima, 1957.

³ MIGUEL DE UNAMUNO, *La Agonía del Cristianismo*, Colección Austral, pág. 59. Espasa-Calpe edit., Buenos Aires, 1942.

⁴ *Ibidem*, págs. 16-17.

do, que daba sus jugos nutricios a la nueva planta social, y el presente, que lo laceraba con sus crueldades e injusticias. Por eso sus *Comentarios* son la obra de un agonista que se juega entero dentro del ambiente de los vencedores, loando las ventajas, que creía excelsas, de la sociedad de los vencidos.

Por eso, también, la calidad histórica de su obra no es del tipo agnóstico e incoloro de las narraciones vulgares; tiene ese ingrediente polémico del auténtico creador o intérprete de las causas profundas de los grandes desarrollos.

Garcilaso, primer exponente de la fusión indoeuropea, es, sin hipérbolo, el más grande pensador mestizo. Empero, a diferencia de todos los tipos que provienen del mestizaje, no es un *recesivo*. No es indio —pese a su afirmación de ser "indio antártico"—, ni español. Siente la agonía que sobrecoge a todo mestizo como combate y lucha por el porvenir. Tiene la conciencia de que es irrevocable remontar el curso de la historia y no se abandona al trémolo lamentar de lo perdido. Y aunque el "todo tiempo pasado fue mejor", que cantara su deudo Jorge Manrique, le atenacea el espíritu, su obra, los *Comentarios Reales*, es una síntesis creadora de futuro.

En la hibridación que se produjo a consecuencia del choque de dos mundos polarmente diferentes, tanto en la cultura como en la raza, Garcilaso Inca no fue atraído por las dos razas de que proviene de manera predominante. El constreñimiento de las dos tumbas que limita el espíritu de la mayor parte de los hombres de su época se hace negativo: en los indios, en el sentido del sometimiento y de la rendición; en los españoles, en el de la arrogancia ambiciosa y el desenfreno pasional. Garcilaso, en cambio, trasunta un *elan* constructivo. Su agonía de iluminado es un anuncio porvenirista de extraordinarios alcan- ces históricos. Por primera vez —¡y a qué temprana hora!— apunta en Garcilaso la América del porvenir. Agoniza por su ansia de futuro, no por su nostalgia de pasado. Representa el puente, después de la conquista hispánica de la América del Sur, el puente tendido hacia la nueva América, cuya esplendorosa culminación será Bolívar, que es el primer americano nuevo, el primero que remata y corona el camino del mestizaje y conjuga la calidad del americano integral. Y que, según Antenor Orrego, ya no es mestizo sino americano.⁶

Convenimos con Antenor Orrego en que "el mestizaje ja-

⁶ *Pueblo Continente*.

más ha sido en la historia un estado permanente de los pueblos, sino una etapa meramente temporal y transitoria. El mestizaje es un camino, pero, nunca una meta de vida. . . Las progenies y las culturas sólo se renuevan a condición de sus sangres. En el momento mismo en que los pueblos se han tornado hemofílicos, espiritual y biológicamente, no hay otra salvación para la continuidad de la historia que su abrazo estremecido y trágico con otros pueblos. El choque casi siempre significa una terrible catástrofe para los progenitores de la nueva estirpe, pero, sólo así, el hombre avanza hacia una nueva y más alta expresión del espíritu. . . El porvenir sólo se ha forjado devorando a los abuelos y a los padres que lo acunaron en sus entrañas".⁶

Pienso que se equivocan quienes atribuyen al Inca Garcilaso cierta proclividad hacia el *resentimiento*. Nada está más lejos de su espíritu que esa pasión que don Miguel de Unamuno consideraba peor que la ira o más grave que la soberbia. Si en algún punto discrepo de la interpretación biográfica de Luis Alberto Sánchez en su *Garcilaso Inca de la Vega*, es en lo alusivo al padre, "leal de tres horas", y en la ilegalización del connubio con la madre del Inca, la Palla Isabel. . . como precipitados que tiñen de resentimiento el alma del Inca.

Si aceptamos con Marañón (en su *Tiberio*) que los ingredientes del resentido son los sentimientos de inferioridad y la carencia de generosidad, que convierten al hombre en "un ser de mediocre calidad moral", ninguno de estos precipitados se dan en el alma de Garcilaso. Por eso, la historia que elabora con amplia generosidad de corazón no tiene ni una grieta ni un crujido de incomprensión. Su protesta, si la hay, es la protesta contra los tiranos y sus desmanes, contra los desleales y sus comparsas, contra todo lo que su ser moral rechaza. Le repugnan las carnicerías humanas de Atahualpa contra sus parientes cuzqueños, no por serlo, sino porque eliminaron una estirpe directora que merecía los honores de un puesto preclaro en la historia. Abomina de las orgías de sangre a las cuales se entregaron los conquistadores, porque ellas destruyen en el pueblo quechua el sentimiento creador de nuevas formas de vida con los patrones heredados de los Incas.

Hay una nota personal que nos parece extraordinariamente reveladora, no sólo del orgullo garcilasiano sino de esa segu-

⁶ *Ibidem*.

ridad confiada en la perennidad de su obra, unida a una modestia que acusa grandeza de alma. Nombrado el licenciado Lope García de Castro por Felipe II como Presidente de la Audiencia de Lima y Gobernador del Perú a la muerte del Virrey Diego de Zúñiga, Conde de Nieva, vuelve a España a ocupar su puesto en el Consejo Real y Supremo de las Indias, después de gobernar aquellos reinos "con mucha mansedumbre y blandura. . . dexándolos en toda paz y quietud". "Mis amigos—escribe Garcilaso—, viendo este gran personaje en su silla en el Consejo Supremo de las Indias, me aconsejaban que bolviese a mis pretensiones acerca de los servicios de mi padre y de la restitución patrimonial de mi madre. Dezían que ahora que el Licenciado Castro había visto el Perú, que fue lo que mi padre ayudó a ganar y fue de mis abuelos maternos, me sería muy buen padrino para que me hizieren mercedes, ya que la otra vez me había sido contrario para que me las negaran, como atrás se refirió". "Pero yo, concluye, que tenía enterradas las pretensiones y despedida la esperança dellas, me pareció más seguro y de mayor honra y ganancia no salir de mi rincón, donde con el favor divino he gastado el tiempo en lo que después acá se ha escrito, aunque no sea de honra ni provecho. . .".⁷

Así es como Garcilaso se da la mano con Bolívar a través de un puente de tiempo. Si Garcilaso es el arquetipo de la "agonía", de la lucha—mestizaje superado de la sangre y del espíritu—, Bolívar es la conciencia guiadora que crea y forja. En aquél es presentimiento y anticipación, en éste es realización y conciencia. Todo utopista es un agonista. El utopismo puritano creó los Estados Unidos y el utopismo de Garcilaso, al madurar, ha creado a Bolívar, el hombre representativo de la nueva América.⁸

⁷ *Comentarios Reales*, 2ª Parte.

⁸ ANTENOR ORREGO nos promete en un nuevo libro ("Y se encarnó un hombre" . . . *Bolívar y la Nueva América*) desarrollar estas ideas y paralelismo entre Garcilaso y Bolívar, que me bosquejara en 1952, cuando, en obligado convivio de la prisión intercambiáramos opiniones sobre nuestras obras de elaboración. La mía, una tesis universitaria sobre las ideas económicas y la interpretación del Inca Garcilaso de la Vega.

EN TORNO DE ALGUNOS VENECIANOS

(FRAGMENTO INÉDITO DE UN ESTUDIO EN
PREPARACIÓN)

Por *Jaime TORRES BODET*

LA historia de la pintura veneciana se halla relacionada muy claramente con el viaje de Antonello de Mesina a la capital del Dux.

Antonello es una de las figuras más representativas de aquellos años de transición. Nacido en el primer tercio del siglo xv, visitó los Países Bajos, conoció allí la obra de Van Eyck, se familiarizó con los procedimientos flamencos de la pintura al óleo y, al volver a Italia, ejerció una gran influencia en sus compatriotas. Entre Flandes e Italia, Antonello actuó como lo hacen esos insectos—no elogiados nunca bastante por los naturalistas— que recogen el polen de ciertas flores y lo depositan en otras, a veces extraordinariamente distantes de las primeras. Favorecen, así, misteriosos enlaces inesperados, morganáticos matrimonios; sorpresas de la botánica— que parecen obedecer a una voluntad del arte.

Antonello pintó en Venecia, en 1475, un retablo célebre: el de la iglesia de San Casiano. Algunos de sus fragmentos pueden todavía admirarse en el Museo de Viena. Si otorgamos crédito a las hipótesis de algunos críticos italianos, situaremos la fecha probable del nacimiento de Giovanni Bellini entre 1430 y 1433. Por consiguiente, en 1475 tenía más de cuarenta años. Había realizado—primero, bajo la dirección de su padre, Jacopo Bellini, y después en contacto con su cuñado, Andrea Mantegna— una serie de obras, muchas muy hermosas, como la *Madona* de la casa Trivulzio, la de los Lazzaroni, en cuyo fondo se extiende un panorama límpido de Venecia, las *Exequias de San Jerónimo*, y, sobre todo, la *Piedad* de la Galería Brera. La nobleza despojada de la efusión religiosa, el dramático realismo, la delicadeza del modelado, la palidez exquisita de los colores y

el patetismo del cielo que alumbra a los personajes hacen de ella una obra maestra digna de memoria en cualquier país y en cualquier edad.

Un artista como Bellini, tan bien dotado y de curiosidad tan despierta y múltiple, tenía que advertir sin demora, en 1475, cuántos senderos le abría —más como estímulo y elección que como lección— el retablo de San Casiano.

En Flandes, Antonello había aprendido a respetar minuciosamente, en sus detalles más nimios, los temas propuestos al dibujante y, al propio tiempo, había comprendido cómo el color, necesario a la representación de las personas y de las cosas, es indispensable también para concretar el ambiente de la pintura. Su contribución a la cultura artística del Renacimiento —escribe Julio Carlos Argan— "consistió en demostrar que se podía llegar al *espacio* (valor eminentemente intelectual de la *forma* por excelencia) sin tener que pasar por el racionalismo".

En el fondo, el problema de la pintura veneciana era éste precisamente: dar vida inmediata a un mundo en que el artista participase, no por los cauces intelectuales que habían abierto los toscanos, sino de manera más instintiva y directa, por los sentidos.

Frente al platonismo de Florencia (evidente en Botticelli, pero no menos en Donatello), el sensualismo veneciano buscaba ya, lentamente, sus métodos de expresión. Ese sensualismo, tan peculiar, había tenido que someterse a presiones extrañas e inevitables. Durante la Edad Media, los artistas véneto-bizantinos vacilaron entre la ejemplaridad del modelo griego, que gobernaba el Bósforo, y la necesidad de una producción menos dura, menos abstracta, menos jerárquica, de humanidad más latina, más densa, mejor integrada en la realidad. Basta recorrer la Basílica de San Marcos para advertir qué diferencias existen entre los mosaicos de las cúpulas decoradas conforme a los cánones bizantinos (la del Pantocrator, la del Pentecostés) y las escenas, más occidentales sin duda, del narthex y el baptisterio: la historia del Diluvio, la del Bautista. . .

Por desgracia, en cuanto afloraba la avidez por la vida, volvían a imponerse, en Venecia, las normas clásicas de Bizancio. Esto explica por qué, cronológicamente, las obras "ortodoxas", de subordinación bizantina, alternan con obras "heterodoxas", más venecianas puesto que aspiran a la naturalidad del

relato y postergan, en ocasiones, la dignidad ritual de la invocación.

Al evadirse del mosaico, la pintura veneciana quiso escapar a un peligro más sutil y más hondo que el de la estética bizantina: el de la estética de Florencia. Orgullosa de su tradición oriental y de su riqueza cromática incuestionable, rehuyó cuanto pudo la tentación del racionalismo toscano prevaeciente. Sin menospreciar los Giotto de Padua, los pintores de la ciudad del Dux se inclinaban más a la gracia de Pisanello y, sobre todo, a la orfebrería de los sieneses. Pero ésta, que lisonjeaba la vocación sensual de los venecianos, no lograba ayudarles mucho en su deseo de reconstruir *lo mirado* por medio de *lo sentido*.

Giovanni Bellini, más universal y recóndito que Antonello, seguía aún, por momentos, las enseñanzas de Andrea Mantegna. Influida por él, influía también en él, pues recibía de Mantegna el amor de la forma exacta, de la erudita y estricta caligrafía, pero le daba, en cambio, el amor de la escena vívida, conmovida y conmovedora. El contacto con Antonello reveló a Bellini los secretos flamencos de la pintura al óleo. "Sólo entonces —confiesa Carlos Gamba— pudo Bellini lograr... la fusión de los tonos, el relieve del espacio y de la luz".

Las primeras obras en que suelen los críticos percibir la acción de Antonello sobre Bellini son el *Retrato de un Humanista* (conservado en Milán, en el Castillo de los Sforza), el *Retrato de un Joven* (de la colección Bache, atribuido también a Alvise Vivarini) y la *Madona* de la galería Querini Stampalia, en Venecia. En todas ellas presiento una sorda lucha: la que libraba el pintor, entonces, entre sus cualidades más personales y el deseo de no desaprovechar la experiencia nítida de Antonello. Hay, en el trato de los semblantes, cierta dureza de transición, que no advertiremos ulteriormente en sus producciones y que —dentro de un estilo distinto— no advertimos tampoco en sus telas de juventud. Se adivina el esfuerzo hecho por el artista para adueñarse de las técnicas de Antonello. Incluso, en determinados instantes, creemos descubrir no sé qué rencor: el del hombre, consciente de sus títulos magistrales, constreñido a aceptar la metamorfosis que le exigía ya su talento, como un deber.

Por fortuna, en Bellini, la hora ingrata de la crisálida no duró mucho. Pronto veremos llegar la hora triunfal de la mariposa. Esa hora, que anuncia la *Circuncisión*, de la National

Gallery londinense, la afirman realizaciones de primer orden, como la *Transfiguración*, de la Pinacoteca de Nápoles, la *Resurrección*, del Museo de Berlín, y la *Madona de San Job*, que hace poco aprecié en Venecia. En ésta alcanzó el maestro una tranquila armonía entre su propia originalidad y las influencias, complementarias, de Mantegna y de Antonello. El trono de mármol recuerda aún a Mantegna. Los ángeles músicos, al pie de la Virgen, evocan inevitablemente a Melozzo. Los rostros de San Job, del Bautista y de San Sebastián no serían lo que son si Bellini no hubiese visto (y analizado) los retratos clásicos de Antonello. Pero el conjunto, a la vez grandioso y conmovedor, atestigua su lúcida maestría.

Me encantan, especialmente, tres producciones de Bellini. A mi entender, las tres señalan virtudes excepcionales. Son el tríptico de la iglesia *dei Frari*, la *Madona entre María Magdalena y Santa Catalina de Alejandria* y la *Bacanal* o el *Banquete de los Dioses*.

En el tríptico, Bellini vuelve a emplear ciertos recursos de Mantegna y de Melozzo de Forlì: el basamento del trono, los ángeles músicos que lo encuadran. Pero el tipo de la Madona es personalísimo: una Virgen joven, tierna, serena, de ovalado rostro impregnado de beatitud y de sencillez. De la cúpula áurea que la protege, brota una luz que parece tibia. Con sólo ser y seguir fluyendo—como lo hace desde hace siglos—esa luz bendice al espectador.

En la *Madona entre María Magdalena y Santa Catalina de Alejandria*, el artista—sin salir de sí mismo—se acerca a las soluciones de Leonardo. Bellini elige aquí, como Vinci, un fondo menos sonoro que el de costumbre. Proyecta en las tres mujeres, y sobre el niño, una claridad lateral, venida probablemente de una ventana, invisible para nosotros, abierta al atardecer. Y, merced a una melódica gradación de ecos y de reflejos (los reflejos de Bellini son siempre ecos), modela el perfil severo de Santa Catalina, acaricia el semblante plácido de la Virgen y despierta, en las facciones de María Magdalena, un misterioso recogimiento, resignado y contemplativo.

El *Banquete de los Dioses* resuelve problemas muy diferentes. Aunque inacabada, la obra constituye—según escribe uno de los mejores conocedores de Bellini—“una interpretación admirable del Paganismo. . . digna de la más pura poesía



Giovanni Bellini, fragmento de "Triptico" de Santa Maria dei Frari, Venecia. (Foto Alinari-Viollet).



Giorgione, "La Tempesta", Academia de Venecia. (Foto Anderson-Viollet).



Tiziano, "Venus y la Música", Museo del Prado, Madrid. (Foto Anderson-Viollet).

griega. A su lado ¡qué teóricos resultan los conceptos análogos de Mantegna!".

Con Giovanni Bellini principia a ser el color personaje omnímodo en la cultura oligárquica de Venecia. Mientras los hechos anuncian ya la decrepitud política y comercial de los venecianos, comienza el auge de sus pintores. Verdaderos príncipes de Venecia, durante el siglo XVI, son —junto con los "dogos"— esos grandes maestros del colorido que llamamos Giorgione, el Tiziano, Tintoretto y el Veronés. Todos ellos debieron mucho a la circunstancia que permitió a Bellini recibir de Antonello la llave técnica descubierta por Van Eyck entre las nieblas de Flandes.

Junto a Bellini, la figura de su hermano —Gentile— no deja de interesarnos, y de atraernos, por su honradez de reproductor y por su gracia imaginativa, lúcida y minuciosa. Pero más nos conmueve Carpaccio. Éste, menos sabio y renovador que Giovanni, prefiere a su poesía contemplativa un relato rápido y pintoresco del paisaje urbano que lo circunda. Como Ghirlandajo y Benozzo Gozzoli, es un narrador. Sus cuadros más conocidos (la serie de la *Leyenda de Santa Úrsula*, *Las Cortesanas*, *El Milagro de la Cruz en el Rialto*) son indispensables para una historia gráfica de Italia y contienen, en germen, muchas telas de Longhi, de Guardi y del Canaletto. Valsecchi lo define muy bien cuando dice: "Si su afición por el álgebra y por la complicación en la fuga de los espacios —bajo una luz que, por metálica y límpida, parece haberse reflejado en espejos de plata— los debe a las obras de (Paolo Uccello), el placer con que capta el detalle más escondido en mitad de una muchedumbre, recuerda el ojo metódico de los primitivos flamencos". Buen puente el suyo, entre la minuciosidad de los nórdicos y la geometría esencial de los florentinos.

Pero ese puente no descansaba sobre pilares intelectuales; porque los italianos no hicieron nunca pintura menos "intelectual" que la veneciana. Todo el camino recorrido por los toscanos para llegar a la sensación suponía un obstáculo previo: el rigor de la inteligencia, la desconfianza frente al instinto. Los venecianos, en cambio, se creyeron capaces de llegar a la inteligencia merced a la plenitud de la sensación. Entre esas dos concepciones, Aristóteles y Platón continuaban librando su eterna lucha.

Esta lucha —indiscutible en lo pictórico— ilustra las ma-

nifestaciones más prestigiosas de la rivalidad cultural de las dos ciudades. Nada más alejado del humanismo toscano que el de Venecia. Incluso en lo político, las diferencias son evidentes. Mientras Florencia inventaba al Príncipe, en la teoría de Maquiavelo, Venecia no se inquietaba por definir al Dux: lo había ya consagrado y, en la práctica, lo empleaba. Por eso mismo, tal vez, las dos realizaciones más importantes de la República Serenísima fueron su diplomacia, política del matiz, y su pintura, táctica del color. (A quienes sonrían de esta ecuación —pintura y diplomacia— podríamos recordar, aunque sea de paso, la acción oficial de Rubens, y, sin salir de Venecia, la posición de Tiziano, ecuánime entre los Tezys).

Antes de alcanzar, con Tiziano, su punto máximo de equilibrio, la lección de Bellini encontró en Giorgione un discípulo inimitable. Todo está hecho, en Giorgione, para el color y por el color. Sus telas, sometidas a la penetración de los rayos equis, demuestran hasta qué extremo le interesaban poco el asunto que relataba y los personajes que describía. Según Venturi, en su primer esbozo de *Los Tres Filósofos* (la famosa composición del Museo de Viena) se erguía un Moro. Al lado de éste, había trazado el pintor dos figuras de hombre, con ornamentos que permitirían muy bien evocar a los Reyes Magos. En cuanto a *La Tempestad* (conservada, hoy, en la Academia de Venecia) el propio Venturi asegura que "la primera idea del artista había sido la de representar a una mujer" sobre el ángulo izquierdo, en la parte inferior del cuadro. Mientras pintaba, Giorgione se dedicó por una solución totalmente distinta: la del soldado, de pie, que equilibra ahora, para nosotros, el grupo maternal instalado en un plano más alto, a la derecha de la tela. "El asunto —concluye el comentarista— no es, en Giorgione, sino el fruto de la libre fantasía; nace, en él, de su placer de crear" . . .

Pensemos en la capacidad musical que tenía el instrumento pictórico de Giorgione. Sus obras desenvuelven no sé qué interminable frase melódica. No entendemos, a veces, lo que nos dicen. ¿Qué significa, por ejemplo, "La Tempestad"? ¿Por qué una maternidad tan desnuda bajo esos rayos? Y los filósofos de Viena ¿qué simbolizan? . . . Todas las hipótesis son posibles —y todas serían superfluas; porque el mensaje lírico de Giorgione no está cifrado en términos de razón, sino de emoción. Su metafísica —si hay metafísica en él— es una "metafísica sin conceptos". Más que un émulo de Tiziano, Giorgione se nos

presenta como un precursor del autor de "*Las Estaciones*". Valdi, en muchos sentidos, lo continúa.

Esa música de Giorgione, Tiziano la instrumenta, la anima y la dramatiza. Pero en él, la melodía no se contenta con ser. Trata de describir. Y se deleita en narrar, como en sus octavas mágicas, el Ariosto.

Gracias a Bellini, de quien fue discípulo cuando joven, y a Giorgione, que se anticipó a su madurez en algunos años, Tiziano encontró en Venecia, reunidos por una serie de circunstancias, todos los elementos en que iba a apoyarse para crear. Bellini le había enseñado a modelar con la luz, a fundir los tonos y a dar relieve a las formas con el espacio. Giorgione le demostraba, en sus obras más bellas, qué misterioso teclado es el arco iris y cómo la combinación o el contraste de dos colores (o, en el mismo color, de dos tonos casi gemelos) puede hacer que las luces canten y que escuchemos la música con los ojos. *El ojo escucha* es el título de una obra de Claudel.

Sin embargo, si el ejemplo de Bellini incitaba a Tiziano a la dicha de contemplar, y el de Giorgione a la de soñar (y soñar peligrosamente), ni uno ni otro le habían legado lo que debió de sentir, en sus mocedades, como la responsabilidad de su vocación: modelar con la luz, pero también con el movimiento; amar las formas en su constancia, pero también en su devenir.

El canon de Bellini —aceptado por Giorgione, tan rebelde a Bellini en otros sentidos— era ya, en las primeras décadas del Quinientos, la norma baudelairiana: "Je hais le mouvement qui déplace les lignes. . ." Tiziano, en cambio, quería que las líneas se desplazasen. Así, a la contemplación de Bellini y a las ensañaciones de Giorgione, hubo él de añadir un valor dinámico incontenible. Cada objeto, cada persona, cada detalle de sus realizaciones mejores cumple una acción. Y la cumple sin la vehemencia que, por barroca, llega a importunarnos en ciertos cuadros del Tintoretto. La cumple serenamente, elegantemente, como una función natural, espontánea, justa ordenada por el destino. La *Flora*, del Museo de los Oficios, el *Paulo III*, de Nápoles, el *Hombre del Guante*, visto en el Louvre y el *Carlos V a Caballo* que está en el Prado, son obras donde la perfección emana de un acuerdo absoluto entre la forma y el color, el protagonista y su vida, el contorno y el personaje.

He citado al Ariosto. Tiziano, como el Ariosto, no se resigna jamás a lo que describe. Su poesía (porque Tiziano fue eso, principalmente: un poeta de la pintura, uno de los mayores

poetas de la pintura) no se limita a subrayar la alianza que existe entre las cosas y las personas. Adivina, a través de esa alianza (y la revela siempre que puede) una solidaridad mucho más sutil, más secreta, menos visible. Según se ha dicho en el curso de los últimos años, desde tantas tribunas internacionales, al ideal de la coexistencia hay que sobreponer el ideal de la convivencia. Tiziano lo sobrepone.

Otros habrían aceptado el papel de pintor literario que, en cierto modo, los tiempos le proponían. Pero el humanismo no era, en Tiziano, sino una de las condiciones de la fantasía intrépida del artista. Los dioses van por sus telas (y así ocurre también con los reyes que retrató) no en calidad oficial de dioses, o de monarcas, sino de asuntos humanos, vivos, a la vez plásticos y dramáticos.

Dioses o reyes, sátiros o bacantes no son jamás solamente símbolos en la producción de Tiziano, ni son tampoco simples combinaciones de carne y hueso. De los tres grandes conjuntos en que, por subordinación a los temas, podríamos resumir esa producción (alegorías mitológicas, cuadros religiosos y retratos de personajes contemporáneos), la primera es la que revela, de manera más espontánea y más accesible, esta característica del pintor.

La mitología —trampa siempre dispuesta a engañar a tantos retóricos inexpertos— ofrecía a Tiziano, merced al Renacimiento, una atmósfera muy fecunda. Por una parte, le brindaba un pretexto para cantar, sin impudores ni hipocresías, las proezas de una humanidad venturosa, abundante, sana, gloriosa en su desnudez. Por otra parte, le permitía añadir a la poesía de la contemplación —caso de Bellini— y a la del ensueño —caso de Giorgione— la poesía del movimiento, por la acción de los seres representados. Y, circunstancia muy importante, esa acción no tenía por qué ser imitativa. No se trataba de reproducir a gondoleros y a embajadores, como lo hacía Carpaccio, ni de creer religiosamente en la beatitud de San Job y San Sebastián, como Bellini. Al crear, el artista podía recrearse por fin con lo que creaba, en un punto donde lo objetivo y lo subjetivo coincidían tan libremente que la materia y el símbolo no se mezclan: son, deliciosamente, la misma cosa.

En sus cuadros religiosos, y en sus retratos, Tiziano fue mucho más lejos que en sus alegorías, que él llamaba sus "poesías" —pero tardó también muchos años más en llegar a la última perfección. Ante la aplaudida *Asunción* de la iglesia *dei*

Frari, pensamos, querámoslo o no, en las telas de Rafael. No nos ocurre lo mismo ante el *Cristo Coronado de Espinas*, del Museo del Louvre, y menos todavía frente a esos prodigios de claroscuro que son el *Martirio de San Lorenzo* (Venecia, iglesia de los jesuitas), el *Cristo Coronado de Espinas*, de la Pinacoteca de Munich, y, otra vez en Venecia, la *Piedad* misteriosa de la Academia. Sobre todo, en estas dos confidencias finales, la sensualidad del Tiziano se ha redimido. El color se ha hecho luz, expresiva, nocturna y tremenda luz. A la acción inventada se ha sobrepuesto, definitivamente, la acción sentida: la que atestigua —a la vez— el dolor de los personajes y el del pintor.

De esa hora, Tiziano quiso dejarnos un testimonio más fehaciente y más personal que el de la *Piedad*. Encuentro ese testimonio en el autorretrato patético de Madrid. Al llegar a esta cima, la personalidad de Tiziano escapa indudablemente al perímetro del espacio y a la fracción de la historia que lo admiró. No pertenece a Pieve, a Venecia, a Italia, ni siquiera al Renacimiento. El tiempo, en él, acabó con lo temporal. La materia y el mito lucharon hasta extinguirse. Queda, sólo, el hombre; la soledad resignada y soberbia del hombre frente al destino.

LAS FRONTERAS DE HISPANOAMÉRICA

Por *Silvio ZAVALA*

Los avances en las fronteras hispanoamericanas estuvieron relacionados frecuentemente con la busca de metales preciosos. Hacia mediados del siglo XVI comenzaron a descubrirse las vetas de plata en el norte de México y a establecerse *reales* o poblaciones mineras, que a su vez influyeron sobre las comarcas del contorno. Desde la misma época se explotaron en Chile algunos yacimientos de oro, tanto al norte como al sur de Santiago, entrando los colonos en este último caso en la tierra de guerra y sufriendo los poderosos ataques de los araucanos. La pampa en el Río de la Plata no rindió ninguna riqueza metálica, pero sí ofreció condiciones favorables para la crianza del ganado, que fue, según veremos, otra de las actividades principales en estas fronteras.

La plata se encontró en Nueva España en los alrededores de los primeros centros poblados por los españoles, como es el caso de Taxco, Sultepec y Pachuca, así como más al norte, en las áreas de nomadismo, según ocurrió en Zacatecas, Guanajuato, Parral.

El hallazgo minero hacía surgir centros de población en las tierras de los indios nómadas. Los caminos tendían a unir estos nuevos lugares con los de las regiones pobladas. El metal salía con destino a la metrópoli europea y servía de cambio para obtener los artículos del comercio exterior, entre ellos el mercurio usado para la amalgama del mineral de plata. Las regiones de minas no tenían una economía aislada sino abierta necesariamente al intercambio con otras partes del reino y con España. Las explotaciones agrícolas y ganaderas eran necesarias para sostener los reales de minas; en éstos se utilizaban pieles, sebo y tracción animal. Los montes, las salinas y las aguas quedaban al servicio de las nuevas poblaciones. Y si bien los indios de la región, sujetos a esclavitud o a servicio forzoso, no solían bastar para proveer la mano de obra, ésta era completada

por medio de la atracción de indios de las comarcas anteriormente pobladas y por la adquisición de esclavos negros.

Cuando la riqueza de las vetas era continua, nacía una población permanente, acaso importante, y en último término sobrevénía la ampliación de las regiones colonizadas, de los caminos, del comercio estable y pasajero, de las comodidades de la vida urbana y de los desarrollos artísticos.

Los indios nómadas representaban una amenaza para los reales, sobre todo cuando atacaban las extensas líneas de comunicación que unían a éstos con las provincias del centro del virreinato. Las carretas y las recuas que sacaban la plata o las que conducían mercancías sufrían asaltos; para prevenirlos se establecieron fortines en lugares estratégicos, se fundaron poblaciones a la vera de los caminos y se organizaron escoltas. En un mapa de las villas de San Miguel y San Felipe, que data probablemente de 1580, aparecen las carretas con dos grandes ruedas y una larga vara, tiradas por bueyes, los jinetes alrededor con coraza y arcabuz bajo el brazo, los caballos protegidos de las flechas por amplias gualdrapas. Los indios, a pie, flechan las vacas o asaltan a un jinete; se ve a uno de los indios ahorcado junto a un camino, a otros descabezados, como ejemplos de los castigos que imponen los españoles. A medida que el tráfico, las estancias del campo, las poblaciones y las medidas de protección crecían, se iba alejando la zona de hostilidad y nomadismo. Era, sin embargo, un avance lento, costoso y expuesto a retrocesos y peligros constantes. Las minas situadas al norte impulsaban la expansión, y las operaciones de aseguramiento de las vías eran consecuencia de los hallazgos sucesivos.¹

Las contiendas entre agricultores y ganaderos en las regiones centrales de la Nueva España contribuyeron a provocar el lanzamiento de las estancias de ganado hacia las tierras des pobladas del norte. La penetración de los colonizadores con sus rebaños de ganado mayor y menor en el área de los indios

¹ Sobre la expansión y efectos de la minería cf. F. DE ELHUYAR, *Memoria sobre el influjo de la minería en la industria, población y civilización de la Nueva España*, Madrid, 1825. R.C. WEST, *The Mining Community in Northern New Spain. The Parral Mining District*, Berkeley, California, 1949. El mapa a que me refiero en el texto fue hallado por F. del Paso y Troncoso en España y ha sido reproducido por W. JIMÉNEZ MORENO, "La colonización y evangelización de Guanajuato en el siglo XVI", *Cuadernos Americanos*, Año IV, XIII-1 (enero-febrero, 1944), frente a p. 144.

nómadas era ya considerable en la segunda mitad del siglo xvi. Este elemento de vida aparecía en terrenos hasta entonces poco codiciados, pero favorables por sus pastos. El ganado procedía de la Península Ibérica y de las islas Antillas ya colonizadas.²

Entre los conquistadores españoles había usualmente hombres de a caballo. En el continente, la figura del vaquero aparece en varias regiones: el charro de México, el llanero de las sabanas de Venezuela, el gaucho del Río de la Plata, ya sea hispano o portugués.

Las autoridades concedían licencias para efectuar vaquerías o matanzas del ganado que se había multiplicado salvaje en las sabanas. De esta manera se obtenían cueros para el comercio. Estas prácticas se difundieron lo mismo en Texas que en el Río de la Plata y dieron lugar a excesos que redujeron el número de los rebaños.

Además del ganado cimarrón había el de las estancias; ellas constituían comúnmente posesiones extensas, con algunas construcciones de variable importancia para la habitación del amo y de los sirvientes, que eran, por lo común, criollos, mestizos y a veces mulatos. La vida en el campo, el ejercicio de montar a caballo, el rodeo del ganado, el uso de las armas, los ataques de los indios, contribuían a desarrollar en estos hombres facultades de arrojo y destreza.

Los amos eran celosos de su prestigio señorial. La gran propiedad, el hábito de mando y algunos cargos militares que solían recibir, los convertían en personajes prominentes en el ambiente rudo e inseguro de la frontera. En ocasiones llegaron a adquirir ascendiente político, especialmente durante las guerras civiles del siglo xix.

Las tierras en las que se multiplicaron las vacas de origen europeo fueron en general las mismas que recorrían los indios nómadas.

El indio en la pampa de Sudamérica cazaba el guanaco y hacía uso del arma de la boleadora, que el gaucho adoptó.

En el norte de México, partiendo de Compostela en 1540, los hombres de Vázquez de Coronado hallaron al extremo de su jornada "las vacas de la tierra" o bisontes que eran perseguidos por los indios de las praderas.

² Sobre los antecedentes de la ganadería mayor cf. C.J. BISHKO, "The Peninsular Background of Latin American Cattle Ranching", *The Hispanic American Historical Review*, XXXII, 4 (November, 1952), 491-515.

La introducción del caballo y del ganado de origen europeo modificó considerablemente las costumbres de los nómadas. Adoptaron el uso de comer la carne y de servirse de las pieles de los nuevos animales. Los chichimecas flechaban las vacas como piezas de caza, según se observa en el mapa ya mencionado del siglo xvi. La yegua era manjar apetecido por el nómada rioplatense. Si la presencia de los hombres blancos representaba una amenaza para los indios en las regiones de nomadismo, de otra parte venía acompañada de elementos de vida que contribuían a satisfacer las necesidades de estos hombres primitivos y a incitar sus ataques. Cuando el habitante de las praderas se acostumbró al uso del caballo y desarrolló sus propios hábitos ecuestres, fue un enemigo temible en las fronteras del norte y del sur del continente.

Sabemos que los araucanos criaron la llama antes de la llegada de los españoles, pero en relación con estos mismos indios decía La Perouse, en su famoso *Viaje*, que la introducción de los animales domésticos por los españoles "ha ejercido la influencia más marcada sobre todos los pueblos que habitan desde Santiago hasta el estrecho de Magallanes: no siguen casi ninguno de sus antiguos usos; no se alimentan de los mismos frutos; no tienen los mismos vestidos; afectando hoy mucha más semejanza con los tártaros, o con los habitantes de las orillas del Mar Rojo que con sus antepasados que vivían hace dos siglos".³ Descontada cualquier exageración que pueda hacer en este juicio, no deja de tener un fondo de verdad.

Además de la ganadería caballar y vacuna, tuvo importancia en varias fronteras hispanoamericanas la ganadería menor, de ovejas y cabras. Por ejemplo, contribuye a promover la población, en el norte de México, de las tierras del Nuevo Reino de León y de Nuevo México. La lana había alcanzado notoriedad en la historia de España como artículo de exportación y manufactura. Ya se produce en México a mediados del siglo xvi, con cierta finura; y aunque la industria no alcanza un desarrollo semejante al que asegura la Mesta u organización de la ganadería trashumante en España, a pesar de haberse introducido esta institución en el Nuevo Mundo, sí contribuyó a proveer de materia prima a los obrajes de Nueva España. Los reales de minas eran centros de consumo de tejidos de lana y algodón, de

³ Cit. por J.T. MEDINA, *Los aborígenes de Chile*, Santiago, 1882, p. XIII.

suerte que el comercio interior de estos artículos constituía otro vínculo entre las provincias del norte y las centrales.

La cría de cerdos se extendió a las regiones fronterizas.⁴

La tierra y los agricultores indios de las regiones sedentarias proporcionaron una base a las instituciones de servicio y tributo que implantaron los españoles; pero la expansión en las fronteras hizo necesario el desarrollo de nuevos centros agrícolas junto a los mineros y ganaderos.

Parte del terreno en el norte de México es árido; de ahí que la agricultura se desarrollara, por lo general, cerca de los ríos y manantiales.

Los cultivos comprendían maíz, trigo, frijoles, pimiento, frutas, legumbres, viñas y algodón. El cacao llegaba de tierras distantes del sur, como Tabasco y Soconusco.

⁴ Han prestado atención a los orígenes de la ganadería mexicana, J. MIRANDA, "Notas sobre la Introducción de la Mesta en la Nueva España", *Revista de Historia de América*, 17 (junio, 1944), 1-26 y F. CHEVALIER, *La formation des grands domaines au Mexique, Terre et Société aux XVI-XVIIe siècles*, París, 1952. En cuanto al Río de la Plata, existen presentaciones sintéticas en el vol. IV de la *Historia de la Nación Argentina*, Buenos Aires, 1938, debidas a EMILIO A. CONI y RICARDO LEVENE. El primero es autor de estudios sobre *Las vaquerías del Río de la Plata*, Madrid, 1930; los orígenes del bovino en el Plata, en *Agricultura, Comercio e Industria Coloniales (Siglos XVI-XVIII)*, Buenos Aires, 1941, pp. 58-66; y *El gaucho, Argentina, Brasil, Uruguay*, Buenos Aires 1945. La literatura sobre el carácter y las costumbres de los gauchos es muy extensa. SARMIENTO cita con regocijo la descripción de WALTER SCOTT, *Life of Napoleon Bonaparte*, t. II, cap. 1: "Las vastas llanuras de Buenos Aires no están pobladas sino por cristianos salvajes conocidos bajo el nombre de *gauchos* (por decir *gauchos*), cuyo principal amueblado consiste en cráneos de caballos, cuyo alimento es carne cruda y agua, y cuyo pasatiempo favorito es reventar caballos en carreras forzadas. Desgraciadamente, añade el buen gringo, prefirieron su independencia nacional, a nuestros algodones y muselinas", *El Pensamiento vivo de Sarmiento*, presentado por Ricardo Rojas, Buenos Aires, 1941, p. 96. Véanse en la misma obra, pp. 167-169, las observaciones sobre la que Sarmiento llama "edad del caballo" y las diferencias entre las partes de América que tienen o carecen de "masas populares de a caballo". Entre las descripciones de los viajeros ingleses es detallada la de F.B. HEAD, *Rough Notes taken during some rapid Journeys across the Pampas...*, Londres, 1826, p. 14 y ss. L.V. MANSILLA, *Una excursión a los indios Ranqueles*, México-Buenos Aires, p. 196, compara el modo de vivir de gauchos e indios. Sobre los temas de la pampa véase por extenso E. MARTÍNEZ ESTRADA, *Muerte y Transfiguración de Martín Fierro*, México-Buenos Aires, 1948, II, 249 y 285.

La propiedad se constituía mediante la concesión de mercedes de tierras por las autoridades y las composiciones que celebraban los propietarios con ellas para regularizar los títulos.

Surgieron algunos pueblos de labradores españoles.

Los había también de indios sedentarios traídos del centro del país, como ocurría en Saltillo con los tlaxcaltecas.

Tribus del norte con algunas tradiciones agrícolas, v.g., los tarahumaras, cultivaron labranzas que ayudaron al sostenimiento de los reales de minas.

Las misiones, según veremos, pueden contarse asimismo entre los centros de fomento agrícola.⁵

A medida que los colonizadores se iban extendiendo por las zonas marginales, aparecieron modificaciones de importancia en las instituciones de trabajo.

La reducción de los prisioneros de guerra a esclavitud se prolonga más en las fronteras que en las regiones centrales. Hubo cautiverios en las primeras conquistas. La corona adoptó algunas leyes prohibitivas; sin embargo, en las regiones de indios bárbaros continuó la captura de piezas para destinarlas a la servidumbre.⁶

La encomienda pudo funcionar sin grandes tropiezos entre los pueblos agrícolas mesoamericanos y andinos. Mas cuando los tributarios y servidores comienzan a escasear, asistimos a la degeneración de las relaciones señoriales. Por ejemplo, en el Nuevo Reino de León, el colono reúne a sus indios durante una parte del año, los alimenta y se sirve de ellos; después los deja marchar a sus tareas de recolección. Esta encomienda movediza o "congrega", que carece de la base de pueblos estables,

⁵ Una presentación de aspectos parciales y generales puede verse en R.C. WEST, *op. cit.*, p. 66 y ss. Además conviene ver para la situación de conjunto los informes sobre visitas, como los de ALONSO DE LA MOTA Y ESCOBAR, *Descripción Geográfica de los Reinos de la Nueva Galicia, Nueva Vizcaya y Nuevo León*, México, 1940. JUAN AGUSTÍN MORFI, *Viaje de indios y diario del Nuevo México*, México, 1935. NICOLÁS DE LAFORA, *Relación del viaje... a los Presidios Internos situados en la Frontera de la América Septentrional*, México, 1939. También interesa la Memoria que presentó en las Cortes de Cádiz, en 1811, MIGUEL RAMOS ARIZPE, en *Discursos, Memorias e Informes, Notas de...* VITO ALESSIO ROBLES, México, 1942, p. 23 y ss.

⁶ Cf. S. ZAVALA, "Los esclavos indios en el norte de México, siglo XVI", *El Norte de México y el Sur de los Estados Unidos*. Sociedad Mexicana de Antropología, México, 1944, pp. 83-118.

origina confusiones cuando los colonos vuelven a buscar a los indios; y las ventas de piezas, inclusive menores, dan a este cuadro social un carácter distinto del que tiene la encomienda sobre pueblos formales.

En la Nueva Galicia y en la Nueva Vizcaya se introdujeron repartimientos o tandas de servicio forzoso para faenas agrícolas. La escasez o menor importancia de las comunidades de indios a medida que se avanzaba hacia las fronteras constituyó un obstáculo para el eficaz funcionamiento de esta institución.⁷

Un caso interesante de repetición del patrón sedentario ofrecen los pueblos indios de Nuevo México, rodeados de otros indios nómadas que atacan a este centro de colonización. La agricultura y los ganados menores reaparecen y los españoles tratan de implantar las instituciones de señorío con resultados inseguros pero mantenidos con obstinación.

En Chile, los informes de la segunda mitad del siglo XVII explican que los indios no tenían permanencia en los pueblos y vivían en las estancias de los amos; apenas quedaban en el sur encomiendas "de pueblo y cacique", y las existentes eran habitualmente de yanacónas apresados en la guerra o que, sin tener origen de pueblo, habían procreado en las estancias y haciendas de los españoles. Todas eran encomiendas de servicio por la falta de tributos.

La guerra y la condición inestable de la frontera contribuían a proveer a las propiedades de los colonos de brazos para el trabajo. Los soldados acostumbraron llevar a cabo "malocas" o campeadas en territorio enemigo con el fin de aprehender esclavos. Cogían hombres, mujeres y niños y los vendían, ya fuera en el reino ya para que fueran sacados con destino al Perú y otras partes. Existían límites de edad para autorizar esta esclavitud: en el caso de los varones, diez años y medio; y en el de las hembras, nueve y medio. Los cautivos menores de esas edades servían hasta los veinte años de edad. Las primeras piezas eran llamadas de ley y valían hasta 250 y 300 pesos. Las de la segunda clase eran piezas de servidumbre, y valían hasta 150 y 200 pesos. Hubo entre los religiosos opositores de este

⁷ Cf. M. GONZÁLEZ NAVARRO, *Repartimientos de Indios en Nueva Galicia*, México, 1953. Salvo contados casos encuentra que las haciendas agrícolas favorecidas estaban ubicadas dentro de un radio aproximado de cien kilómetros alrededor de Guadalajara.

tráfico y la legislación real alternó entre concesiones y prohibiciones.⁸

A mediados del siglo XVI había en Nueva España más gente europea o descendiente de ella que en los primeros momentos de la conquista; pero la expansión hacia el norte no parece haber sido un resultado impuesto por el crecimiento de la inmigración o el aumento considerable de los pobladores de las regiones centrales. Más bien ocurre que, estando ocupadas señorialmente las primeras provincias por los conquistadores y pobladores, que sin ser muchos dominaban extensas comarcas indígenas, resultaban atractivas las expediciones a nuevas tierras para los españoles que no hallaron acomodo en la primera distribución de bienes y preeminencias, o que llegaron después de las primeras empresas, o que continuaban sintiendo el afán de ganar honra y provecho en las jornadas.

Por eso la colonización española, aunque no tuviera tras de sí una población considerable en las regiones centrales, tendía a extenderse de acuerdo con los intereses de la corona, de los capitanes y de los pretendientes a los ascensos sociales, dentro del espíritu de aventura y riesgo que dominaba en la sociedad hispanoamericana del siglo XVI.⁹

Esto ayuda a comprender la movilidad y el carácter expansivo de las expediciones españolas, de donde resultó la dilatación geográfica del imperio en Norte y Sudamérica, que estaba poblado antes de concluir esa centuria por unas 160,000 personas de origen europeo o descendientes de ellas.¹⁰

Al formarse fronteras de guerra prolongada, como las que existieron ante chichimecas y araucanos, no fue fácil mantener el entusiasmo de los expedicionarios. Los ofrecimientos de sueldos y premios, los envíos por castigo y el recurso a gente del oficio de armas que solía tener experiencia ganada en las guerras europeas de la monarquía, según ocurre especialmente en

⁸ D. AMUNÁTEGUI SOLAR, *Las encomiendas de indígenas en Chile*, Santiago, 1909, II, 165 y 223.

⁹ El religioso que examinó en Lima el libro de Pedro de Oña decía, conforme a la tradición militar de la expansión de la monarquía, que era "muy aparejado para incitar, mediante su levantado estilo, los ánimos de los caballeros a comprender hechos señalados y heroicos, en defensa de la religión cristiana y de su rey y patria. . ." J.T. MEDINA, *Historia de la literatura colonial de Chile*, Santiago, 1878, I, 145.

¹⁰ J. LÓPEZ DE VELASCO, *Geografía y Descripción Universal de las Indias*, Madrid, 1894.

Chile, permitieron ir llenando las necesidades de esos frentes hostiles.

Tampoco fueron atractivas las fronteras del Río de la Plata, expuestas a peligros y miserias de que hablan los hombres estacionados en los fuertes.

Los indios nómadas demostraron poseer excelentes condiciones de lucha en las varias fronteras hispanoamericanas: gran movilidad, resistencia y sentido de adaptación. Dominaban bien el terreno, se dispersaban al sentirse amenazados y escogían los momentos propicios para atacar.

La ventaja que proporcionaba el caballo en la guerra fue comprendida por ellos y dejó de ser exclusiva de los colonizadores. En la pampa argentina los gauchos reconocían la gran velocidad que los indios sabían imprimir a sus monturas mediante un diestro aprendizaje. Las armas de acero y de fuego mantuvieron generalmente la ventaja en favor de los cristianos hasta el término de las hostilidades; pero cuando europeos de diversas procedencias trataban de influir sobre el mismo grupo de indios, no fue raro que los proveyeran de armas blancas y de pólvora. Los fusiles de repetición, en uso en el último tercio del siglo XIX, tuvieron efectos devastadores que los indios no pudieron resistir.

No siendo posible en la época colonial conquistar a los indios nómadas en batallas campales ni dominarlos bajo instituciones de señorío, la formalización en las fronteras del patrón de la sociedad que existía en las regiones centrales era inalcanzable. La protección se buscó por métodos militares, como el empleo de compañías de caballería, la construcción de fortines o presidios, el exterminio, la esclavitud o la deportación del indio. No era un vasallo sujeto a servicio y tutela como en las provincias sedentarias, sino un enemigo considerado bárbaro, que representaba un peligro por sus ataques a los pasajeros, arrieros, comerciantes, conductas de plata, ranchos y ganados. Sin embargo, hubo momentos de fuerte intervención de los religiosos que aspiraban a implantar una política de paz. La guerra se redujo en ciertos períodos a fines defensivos. Las autoridades pactaron alianzas con los indios y les suministraban artículos necesarios para la vida. Estas paces compradas fueron cortas e inestables por lo general. Las hostilidades resurgían a causa de la codicia de los colonizadores, de los agravios que inferían

a los indios, o bien por nuevos ataques de éstos en momentos de necesidad, agresión o venganza.¹¹

El mestizaje existe en las fronteras más bien como fruto de relaciones esporádicas que como un acoplamiento de sociedades. En el Río de la Plata es apreciable el número de refugiados y cautivos cristianos que viven entre los indios en la segunda mitad del siglo XIX.¹²

Junto al minero, el ganadero, el labrador, el comerciante, el arriero y el soldado, aparece en la frontera hispanoamericana el misionero cristiano.

Toma parte activa en la penetración de las regiones marginales del imperio, emprende marchas penosas, funda asentamientos para la conversión de los bárbaros, sufre a veces el martirio, recibe preparación en los colegios, y su disciplina es templada por las rudas experiencias y peligros de la vida fronteriza.

Los neófitos aprenden en las misiones los rudimentos de la fe y de la vida civil. Las misiones no son exclusivamente religiosas, pues la sociedad y la economía suelen quedar bajo la influencia directora de los misioneros. Los indios practican la agricultura, la ganadería y las artesanías. Los instrumentos de hierro y los animales domésticos entran a formar parte de su vida material, de suerte que la propagación de la fe aparece unida a estas importantes innovaciones prácticas.

Las misiones son protegidas económica y militarmente por la corona española, salvo en el momento de la expulsión de los jesuitas en 1767.

La idea de penetrar en las regiones de indios bárbaros con un mensaje de paz y beneficios civilizadores distingue la acción de los misioneros, aunque de hecho tenían que adaptarse a las rudas circunstancias que prevalecían en los contactos fronterizos. La misión desempeña a veces funciones de baluarte militar.

La misión no incrementa de manera considerable el mestizaje. Y las comunidades de neófitos no siempre perduraron.

¹¹ Los libros que relatan la historia de estas guerras son numerosos. Véanse como presentaciones de índole general: P. POWELL, *Soldiers, Indians and Silver. The Northward Advance of New Spain, 1550-1600*, Berkeley and Los Angeles, University of California Press, 1952. ROBERTO H. MARFANY, *El Indio en la Colonización de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1940. D. AMUNÁTEGUI SOLAR, *Las Encomiendas de Indígenas en Chile*, Santiago, 1909, 2 vols.

¹² L.V. MANSILLA, *Una excursión...*, cit. pp. 131 y 165.

Mas, en las descripciones de las regiones de frontera, se advierte la importancia que adquirieron estos establecimientos junto a los reales y villas españoles, las haciendas de labor y las estancias de ganados.¹³

¹³ Cf. H.E. BOLTON, "The Mission as a Frontier Institution in the Spanish-American Colonies", *American Historical Review*, XXIII (1917), 42-61. Un ejemplo interesante de la doctrina misionera recoge E. FINOT, *Historia de la Conquista del Oriente Boliviano*, Buenos Aires, 1929, p. 334, al transcribir la carta a los indios infieles chiriguano del Arzobispo de la Plata, Fray Joseph Antonio de San Alberto, datada en Tarija a 23 de octubre de 1787: "Si nuestras razones convenciesen a vuestra incredulidad, entonces tendréis la dichosa precisión de deponer el error conocido: y si no os convenciesen, nadie os hará fuerza, porque nuestra Religión a nadie la hace: sus armas no son más que la verdad, la persuasión y la dulzura: ella no conoce el espíritu del partido, ni el de la venganza, ni el de la dominación, y si predica a los infieles, sólo es para hacerlos felices". Naturalmente era una meta difícil de alcanzar en la ruda frontera de los indios hostiles, pero tampoco dejó de estar presente.

ASPECTOS ECONÓMICOS DE LA HISTORIA ARGENTINA

Por *Dardo CUNEO*

EN el futuro territorio argentino que será escenario de los temas principales de este esquema, la crónica abundante suplió, con frecuencia, a la historia insuficiente. Ese escenario era pobre, desesperadamente pobre. Distante de las minas, avaro su suelo, sin recursos al alcance inmediato del indígena mal avecinado y del receloso morador español, Buenos Aires, ciudad de forzado puerto, era un expediente burocrático en el mapa colonial del imperio que se manifestaba no por prisas fundadoras, sino recaudadoras. No trabajaba el indígena, transeúnte sin sociedad, pueblo esfumado en las correrías del país vacío. Ni el español trabaja. El recién llegado a estas tierras desoladas de vida, de sociedad y de historia, no trae consigo ninguna de las dimensiones ausentes aquí, porque él era un retazo de las que se negaban allá. Lo que con él viene es residuo de vacíos españoles: los grandes vacíos cavados por la derrota del árabe y la expulsión del judío, las dos realidades rigurosamente españolas que España se resta. El que llega a la pobre escena rioplatense trae manos inhábiles para labor; son las que anduvieron en guerras y devastaron industrias de creación musulmana y cercenaron relaciones financieras de promoción judía en el supuesto de una honra de holganza y de una religión de intransigente política, con lo cual España, que había anticipado elementos de modernidad, se replegaba con respecto a ellos — como si el apesurar anuncios seguidos de inmediatas negaciones fuera parte de su destino. El que ejerció aceros en nombre de esos supuestos no los resignará en ribera de prometida dominación. Incluso, aquel que allá ha realizado labores se negará a realizarlas aquí. El trabajo es, para su condición, indigno; es servil. "No eran obreros los que emigraban a América", inventarió la crítica alberdiana de la colonización española. "La América

española —advierte— fue guerrera, no industrial, ni comercial, ni agraria”, porque España “a causa de una *guerra santa* de ocho siglos”, “olvidó o aprendió a ignorar el trabajo”.

El trabajo es americano. “El trabajo del indio vencido, no del empresario vencedor”, dice Alberdi. “El emigrado europeo no trabaja, hacía trabajar o trabajaba por las manos del vencido esclavizado”. “El amo no podía hacerse una virtud ni un honor del trabajo, convertido en oficio de su esclavo”.

Mas, esa deducción alberdiana acerca de la filiación americana del trabajo no enrola, en verdad, a estas zonas. Esta desolada América del Río de la Plata no facilita al frustrado empresario ocioso la mano de obra de sus indígenas transeúntes y sin sociedad. La sociedad que éstos no tenían no la inician alrededor de la ciudad trazada por el colonizador. Las correrías que ocupan sus instintos no se detienen junto a los muros barrocos del poblado. Al colonizador le tomarán el caballo para huir de él. Hay un momento en que los pocos indios que encuentra el primer fundador aceptan ser abastecedores de alimentos de los recién llegados. Fue el primer servicio. Pero, a breve tiempo —dos semanas recontó el español en los calendarios de su indigencia—, los serviciales indígenas evidenciaban su natural descontento, desertando de aquella misión. Fue la primera huelga. Saldo de ella: el hambre abatió a los españoles y no quedaron rastros de su primer intento fundador. El segundo fundador burocratiza repartimientos de tierras e indios: crea propiedad y esclavitud; mas, no crea, siempre, propietarios reales que apenas pueden tomar posesión de la tierra que sigue perteneciendo al desierto, y menos crea esclavos porque el indio lugareño no comparece ante sus convocatorias. El indio importado resulta un recurso necesariamente frecuente. La segunda fundación se hace con un lote de indios traídos desde Asunción. En la construcción del fuerte —presidio— se emplea mano de obra indígena traída desde Tucumán.

Desde lo que es nuestro norte actual, se traslada a la vacía ribera de las dos fundaciones la mano de obra indígena que haga posible, como puerta mayor del río, a la ciudad del desierto. En el norte, el colonizador había hallado población, labores, formas de sociedad y desarrollos de historia. Allá acreditaba el país lo que aquí adeudaba. La selva gua-

raní hizo ofrecimiento de dóciles y hábiles indígenas. En ellos, hace pie la colonización del Río de la Plata, empresa que signa Asunción ante la imposibilidad de Buenos Aires. El valle del Noroeste, que registra las huellas del Inca, recibe al colonizador que desciende del altiplano o se filtra a través de la cordillera, proporcionándole tributo abundante de gente laboriosa. Del encuentro de esas corrientes colonizadoras —experta en caminos de América— con las tribus asentadas en el valle y en la selva surge un pacto de sociedad industrial. El colonizador trajo semillas y anticipaciones de técnicas. El indígena consume vida en cuotas abundantes de labor. Y la existencia de mano de obra crea sociedad. El país estaba donde ella estaba.

Desde luego, el país apenas se insinuaba en la ciudadela rioplatense, cuyo cerco de soledad comenzaba a ser penetrado por la ronda salvaje de los ganados. Protagonistas de prehistoria, los ganados deshacían las sementeras minoritarias que el raro trabajador cultiva, con lo que desvalorizaban aún más la tierra como asiento de imposible agricultura para valorizarla tan pronto asciendan esos ganados a la categoría de sorpresivo y decisivo hecho económico. Entonces, la tierra apuntará un valor que no le será conferido como matriz de civilización —es decir, como material fundador de la primera aventura, la agraria, del hombre—, sino como pista de ganadería —es decir, como escena bárbara.

En el Norte, colonización agraria e industrial a favor de la sociedad indígena que encuentra el colonizador.

Aquí, colonización pastora en vacíos de soledad, a favor de la multiplicación natural de los ganados en el desierto.

En el Norte, la existencia de mano de obra indígena traza el mapa de la colonización. Ella es el guión de las rutas colonizadoras. El colonizador avanza por derroteros señalados por ella. Incluso, la desaparición y traslado de ciudades son determinados, ciertamente, por el hecho de que la mano de obra que las rodeaba había sido ya aniquilada. Ella ha hecho posible la Encomienda en plena violación de la ordenanza que la crea. El encomendero resulta, por su deliberada voluntad violatoria, señor de tierras y de hombres. Es esclavizador riguroso, función para la cual la legislación no le consentía poderes. La Encomienda no significaba delegación de propiedad ni sobre tierras, ni sobre pobladores por par-

te de la corona española. La Encomienda era un término provisorio de contratación de pobladores, claro está que en esta contratación no tenían voz quienes eran objeto de ella, advirtiéndose que no era la vida de los indígenas lo que se encomendaba, sino sus tributos; es decir, que no eran confinados a servidumbre personal como esclavos, sino que se tomaba de ellos la fuerza de trabajo, como si se tratara de proletarios. Mas, sin ser jurídicamente propietario, sin estar habilitado de poderes de rigor feudal, el encomendero improvisaba para su beneficio una unanimidad de derechos sobre tierras y hombres, con el agravante excesivamente frecuente de que si del primero hacía uso, del segundo incurría en abuso. De ahí que la mano de obra indígena escasea cuando el abuso la ha destruido con exceso, para aumentar, en cambio, el número de los colonizadores y encomenderos. En el 1600, más de 20,000 indios registran las Encomiendas del Noroeste. El número va reduciéndose al ritmo despoblador—antieconómico—de la colonización: un siglo después—en 1702—, serán 167 los encomenderos y alrededor de 1,500 los encomendados. Veinticinco años antes, hacia 1677, ya devastada abundantemente la mano de obra en el Noroeste, de las Encomiendas que en todo el territorio eran 251, solamente 22 pertenecían a la zona del Río de la Plata. Mientras Tucumán tenía aún 2,000 indios encomendados y Santiago del Estero más de 3,000, Buenos Aires sólo podía contar 354. La mayoría de las Encomiendas rioplatenses tienen 2, 3, 6 y 8 indios. Excepcionalmente, tres de ellas registran más de 20.

La existencia de formas de sociedad y los enunciados de culturas económicas que contenía y desarrolla el Noroeste facilitaron al colonizador la empresa del sojuzgamiento. Cuando el indígena situado dentro de cuadros sociales se rebela, su rebelión no hace sino traducir el vigor de los cuadros sociales que lo retienen y en este caso ellos eran débiles por ser ecos de los del Incario que, a su vez, habían envejecido y soportaban crisis de declinación. Mas, si la sociedad indígena no hubiera presentado ese déficit, no habría conseguido, acaso, oponer una resistencia de constante tensión, porque el hecho de su asentamiento y convivencia con determinado escenario constituye su razón de vida y ésta la conduce, generalmente, a someterse a servidumbre a cambio de una posi

bilidad de conservación. El indígena del Noroeste hizo cuanto pudo para resistir, y consumió obstinación y sangre en guerras y rebeliones, pero gran masa de ellos acató al esclavizador.

La ausencia de formas sociales y de todo enunciado de culturas económicas en la llanura rioplatense desarmó al colonizador dentro del recinto de la pobre ciudadela y no le dio posibilidad alguna de ejercer caudillaje económico sobre el indígena. El indígena rioplatense poco o nada aporta y no se deja someter. Desprovisto de cuadros sociales que lo pudieran encerrar huye a la vista de la ciudadela colonizadora. Su rebelión es la huída. Y el indígena que no se somete, que huye, es el antecedente inicial del mestizo colonial de las fronteras y del paisano alzado del siglo 19, en el que se rigorizó la colonización capitalista, y, en alguna forma, lo sería también del anarquista, instintivo o ideológico, de fines de ese siglo y comienzos del nuestro.

La ciudad desierta de trabajadores necesitó seguir importándolos para los oficios inevitables, oportunidad sin alternativa de la cual el futuro capitalista de los cueros y la cecina aprendió que la mano de obra importada es siempre más cómoda, más barata, más explotable. El negro llegó para desempeñar aquellos oficios que el blanco repudia y que el indio no se ha avenido a tomar. Ha llegado, también, para depreciar la remuneración de aquel que ha tomado oficio. Desde el primer momento se inserta en la sociedad rioplatense como agente económico de primer orden y representa un valor como el indígena no representó. Si la escala racial lo considera por debajo del indio, la estimación económica lo situará por encima de él y reverará, en definitiva, en los hechos, a aquella. En la familia del propietario, el negro es esclavo de numerosas funciones. La reconstrucción de Juan Agustín García reconoce que en ella fue el suyo un primer lugar. Mas, en las labores domésticas del negro y la negra no concluiría su jornada. El mismo esclavo doméstico será artesano urbano o proletario campesino. Advirtió García: "Además es una fuente de renta. De su trabajo viven casi todas las familias. Monopoliza las industrias y oficios, las humildes funciones indispensables en la vida urbana. La casa es un taller o depósito de obreros, que salen todos los días a vender su trabajo por cuenta del dueño. Como negocio era pingüe, una colo-

cación de dinero fácil y de pocos riesgos. Con cien o doscientos pesos se compra un esclavo que reditúa ocho o diez pesos mensuales, cuya manutención cuesta muy poco". El negro, pues, presta servicio y, además, gana salario. Doble es su representación económica, como si en él se enlazaran, confusamente, restos de economía feudal y anticipaciones de economía capitalista. Su poderosa energía, su natural plástico e inteligente, le consienten desempeñarse al mismo tiempo en los dos planos con igual destreza y sacrificio. En el campo será pastor como el mestizo y, también, agricultor de sostenido esfuerzo. En la ciudad será hábil en todos los oficios, pues los adoptó y los desempeñó todos ocupando los lugares desiertos del blanco y del indio.

En Buenos Aires —en el Río de la Plata—, el trabajo —no lo advirtió Alberdi— fue africano.

LA tierra que rodea la ciudad, resguardada del desierto y de su habitante sin pactos, va teniendo propietarios efectivos.

El repartimiento que de ellas se ha hecho había procurado reproducir la escala española de la distinción de clases, desde que la ley se encargaba de recordarle al gobernador que se condujera en la distribución "haciendo distinción entre escuderos y peones, y los que fueran de menos grados y merecimientos", admitiendo que "los aumenten y mejoren atenta a la calidad de sus servicios para que cuiden la labranza y la crianza". La corona española anticipaba elementos de moderna colonización capitalista: al crearle propietarios a la tierra, tendía a apartar al pueblo pobre del derecho a esa propiedad, sin forzarlo al servicio personal, con lo cual tendía a caracterizarlo como tropa de brazos libres, como proletario. Mas, esa tendencia a desarrollar propiedad para alojarla en las manos de los menos, se ha ido desempeñando en el propio núcleo de los primeros propietarios. Si en un comienzo los registros de la propiedad reproducían, en alguna forma, el orden social de España y las jerarquías militares de la carabela, pronto se alteraría ese cuadro de creación burocrática en tierra firme con desventaja para la categoría inferior de los agraciados: el pequeño propietario, incitado por la ley a rendir servicios en labranza y crianza para prometidos merecimientos futuros no alcanzará a entreverlos por mayores

que sean sus afanes y, en cambio, su categoría desaparecerá tan rápidamente como se pronuncia la tendencia a concentrar la propiedad de la tierra en las pocas manos acaparadoras que la mantendrán desiertas e improductivas. El desposeído de la propiedad de la tierra se transforma en colono, y, como tal, queda sometido al propietario en términos de usura capitalista, enfrentando, por un lado, ese sometimiento, y, por el otro, la falta de mano de obra, lo que hace que su producción agraria se reduzca a cuotas que están por debajo de las mínimas necesidades del pobre mercado urbano.

En ningún momento hay camino alguno por el cual pueda el pueblo ascender a la propiedad de la tierra. No hay frontera móvil. Los precios y las costosas tramitaciones legales de su venta, además, seguirán siempre el ritmo necesario para que la propiedad se radique, cada vez más, en menor número de manos, alejándose, definitivamente, de ella al pueblo. Un posible desarrollo de la ciudad se encontraría con un cerco constante de propietarios y el pueblo se veía, mientras tanto, violentamente y sin alternativa, desplazado hacia formas de proletarización.

De esa manera, se impide que eche raíces una clase media agraria, cuya ausencia constituye el gran déficit de la sociedad rioplatense hasta la segunda mitad del siglo 19.

No es hecho secundario, sino en todo decisivo en la economía colonial rioplatense—tal como lo será para su prolongación republicana—que el monopolio de la tierra fuera el instrumento del monopolio ganadero, desde que la tierra ha comenzado a valer como pradera de pastoreo lo que no vale como surco de labor. La propiedad de la tierra ha quedado ya convertido en el primer paso para la fundación de un capitalismo que negocia los productos recolectados en los escenarios de la llanura, gran fábrica natural de cueros y cecinas. Se trata, pues—se seguirá tratando—, de un capitalismo colonial y bárbaro.

Ambos monopolios complementarios, ejercidos por unos mismos pocos actores, diseñan una clasificación social de rigurosas fronteras, situando al propietario frente a la población de mestizos, negros, indios y mulatos que en la ciudad y en las estancias desempeñan los pocos oficios de una economía primitiva en borrosa escala de esclavitud, artesanía y proletariado. Los poderes sociales son exclusivos del

propietario. La propiedad ha asumido carácter de derecho todopoderoso, universal. Ella funda tiranía económica y dominación social. El propietario unifica derechos legales e ilegales. Le basta ser propietario de tierras para actuar como tirano sobre el destino económico de los hombres.

En el deficitario panorama rioplatense, la clase de los propietarios no halló inhibiciones para pretender saldar, en un primer momento, con explotación rigurosa aquella ausencia de riqueza fácil que no llegaba a sus manos tal como lo había augurado la ilusión colonizadora. En un segundo momento, es la prisa de especulación del propietario en iniciales ejercicios capitalistas quien norma el rigor de la opresión. Sobre el hombre de servicio y labor recayeron, primero, los riesgos de la mezquina desesperación del colonizador fallido y después los de la codicia del empresario especulador, no habiendo letra del orden jurídico dictada por la corona española en favor de los naturales y los trabajadores que consiga insertarse con fuerza suficiente en esa sociedad negra. En vano que las Leyes de Indias anticiparan al mundo moderno la jornada de ocho horas para la mano de obra indígena, distribuyendo en cuatro por la mañana y cuatro por la tarde destinada a las fábricas y en acuerdo con criterios que tuvieran en cuenta la condición salud y el factor producción aquella que fuera empleada en edificaciones; que no reconocieran validez al salario pagado en alimentos, disponiendo que los sábados fuera día de pago para lo cual se interrumpirían los trabajos antes del término de la jornada; que el enrolamiento de los negros en las fábricas estuviera supeditado a la salud, las aptitudes y las edades. Si el incumplimiento no fue exclusivo de esta zona, aquí se vio facultado por las circunstancias anotadas, mientras en el territorio donde las Encomiendas reclutaran y aniquilaran a la mano de obra indígena, el visitador Alfaro advertía "el exceder en usar del servicio de los dichos indios, con violencia algunas veces", "sirviéndose de algunas mujeres y muchachos y viejos, demás del servicio de los varones de trabajo, trayéndolos muy lejos de sus naturales a que les hicieran mita, trasladando otros en sus chacras, quitándoles la libertad de los matrimonios". Ante lo cual, el visitador que trae credenciales extendidas por la Audiencia de Charcas, da a conocer, en Santiago del Estero, a comienzos de 1612, los ciento veinte capítulos de sus orde-

nanzas: condenando el servicio personal, obligatorio, gratuito, que se le ha impuesto al indio, legisla el otorgamiento de su libertad para contratar su fuerza de trabajo; prohíbe que ellos conduzcan sillas de mano y que con las suyas muevan molinos; dispone un régimen de salarios: el jornalero albañil recibirá paga en moneda de Castilla y alimento; el que trabaja en estancias será retribuido con importe de tasa más dos pesos; los jornaleros cobrarán semanalmente "en reales y no en especies", y los que trabajan en casas y estancias, cada mes y medio, cada tres o cada seis meses; los enfermos serán cuidados a costa de los empleadores y la mujer no trabajará.

MIENTRAS tanto, el Noroeste ha creado a favor de su comunidad agraria y de su economía industrial un tipo de mestizo que es actor de sociedad y labores, hábil mano de obra en las ocupaciones industriales con que la colonización montañesa ha reclutado las posibilidades de esa zona. Perseguidas las industrias por el veto metropolitano y restados, en forma constante, grandes sectores de población morena en aniquiladoras jornadas, se ha desarrollado, empero, dentro del cerco prohibicionista y con los reflujos de humanidad mestiza, la plantación y la fábrica. El algodón ha llegado a desempeñar función de moneda y ha inaugurado una economía de mercado y exportadora. Con él se visten las gentes de Potosí rico y de Buenos Aires aldeano, bárbaro y capitalista.

Buenos Aires es consumidor tributario de aquella economía industrial del Noroeste. Su improductiva población se abastece en más de un capítulo de sus necesidades con los envíos de aquella zona. Buenos Aires —el Río de la Plata— cuenta con el milagro bárbaro del ganado que ronda su desierto. Su sociedad se enuncia en las mezquinas escalas antisociales de la economía de pastoreo, en donde el desprecio hacia el trabajo se conjuga bien con esa economía que no obliga a rendirse al esfuerzo de labrar la tierra. Están, pues, confirmadas las costumbres y sentimientos del español ocioso, a quien el milagro de los ganados lo ha rehabilitado de su total fracaso de colonizador. La sociedad que recompone el ganado será fragmentaria al par que sórdida y fatua en la medida que su clase directora renunció a la agricultura y

humilló al trabajo. La economía ganadera resolverá sus fracasos; hará riqueza con materiales primitivos. La imposibilidad económica de la ciudad sin industrias, de la campaña de reprimida agricultura, de la sociedad sin mano de obra ha devenido ya en sorpresivo desarrollo fraguado desde esos enunciados desniveles. El puerto le está habilitando un destino propio que supera el primero de ser solamente puerto de salida de los metales del altiplano. De su colonización llanera, surge —testimonio de sus rústicos escenarios y de sus antisociales elementos—, un tipo de mestizo en todo diferente al del Noroeste. Aquél es agricultor; sabe transformar la naturaleza, producir valores y participar en sociedad. En cambio, éste del Río de la Plata es pastor; no es productor, sino recolector; la naturaleza no es para él plan de recreación y el lazo social, incluso el primero, el de la familia, le es generalmente desconocido. Aquél se ha hecho cargo de técnicas y culturas. Éste es deshecho de soledad y barbarie.

Mas, esta caracterización de pastor no es siempre —casi nunca— económica, puesto que es minoritaria la oportunidad en que este mestizo rioplatense, que definimos como tipo humano de pastor, tome oficio de tal. Resistirá al oficio porque no hay, aún, fuerza social suficiente que lo obligue a someter su propia y superior fuerza de rústico sin pactos, en quien actúa la naturaleza en su versión primera, en quien se dan los ejercicios naturales de la libertad y para cuyas elementales necesidades la campaña lo provee con facilidad y abundancia. Caballo para su inestabilidad y carne para su alimentación. Son las cuotas de su vida al margen de sociedad y que supone una modesta y relativa Edad de Oro. En la deserción de los oficios sigue los pasos del indio que huyó a la vista de la ciudad, y la frontera del desierto es la pista de sus correrías, su mundo masculino en el que las manos saben la destreza de los cuchillos y las boleadoras. Ahí, es dueño de sí, de su libertad de resistente y de sus pocas necesidades satisfechas sin labor. Personaje de rebelión, sin criterios de propiedad ni autoridad, tiene una sola noción con respecto al orden social: la de que si se rinde a él equivale a renunciar a sus potencias naturales para ser reducido a pieza de sometimiento y explotación; será, en ese caso, pastor dentro de las jurisdicciones de la estancia colonial, sometido a servidumbre, pagado con simulacro o fraude de salario en

especies, y tan asoleado y tan sin familia como en las pistas sin obligaciones de la frontera, reduciéndosele hasta todos los extremos dictados por el interés del acaparador de tierras y capitalista de ganados, el territorio natural de su vida.

El pastor que se rinde es minoritario; mas, también es minoritaria la mano de obra indispensable en la primitiva estancia.

El mayoritario pastor que mantiene su instintiva rebelión, persistirá como incontrolada presencia antieconómica para los intereses de la insurgente burguesía colonial del cuero y la cecina. Para el rebelde, para el alzado es—desde ya—la caracterización agravante de indolente, de desentendido, de haragán, sancionada por quien no había aportado prueba de diligencia ni labores. El ocio del español, indolente empresario, es delito en el mestizo que se resiste a proletario y se margina del cuadro de las relaciones improvisadas por el interés de aquél, para buscar en los vacíos del desierto los derechos elementales a la libertad y a la abundancia de hombre sin necesidades económicas. Transformarlo en proletario o exterminarlo, terminar con su rústica libertad o terminar con él, hacerle agente de necesidades económicas o negarle el derecho a la vida, será el necesario plan al que se obliga, en el curso de los siglos coloniales y republicanos, la colonización del bárbaro capitalismo bonaerense.

A esta altura del esquema y para poner claridad en próximas anotaciones, urge desmentir el supuesto de que las colonias americanas alojaron en ellas al feudalismo, prolongado así su afectada vigencia española.¹ Desde luego, suponer que un

¹ En un cursillo acerca de los problemas del poblamiento argentino, dictado en el Colegio Libre de Estudios Superiores, en 1947, atrevimos nuestro desacuerdo con el criterio corriente, recordando que la monarquía española no confería al capitán expedicionario la propiedad del mundo indígena de su hallazgo. La concesión al expedicionario—que, por otra parte, era un inversor de capitales— estaba extendida en términos condicionales, limitadores del poder que pudiera asumir en la tierra nueva. El expedicionario inversor estaba, a su vez, cargado de suficientes impacencias como para plegarse a una economía agraria que era la básica en las civilizaciones indígenas y que había sido el centro de la sociedad feudal europea; por el contrario, suyas son todas las prisas del recaudador de metales, a los que lanza en el nuevo mercado del

régimen de propias formas económicas y sociales que se ha dado en determinado escenario con la concurrencia de sus particulares circunstancias, puede transferir intactas esas formas hacia otra zona e insertarlas en el curso de circunstancias diferentes, significa incurrir en la mayor incompreensión acerca de la mecánica y el sentido de la historia. No se dan en ésta las migraciones de regímenes como para que el conjunto de las formas que caracteriza y define a uno de ellos, consiga reproducir su arquitectura fiel al cabo de la travesía. La trama que elabora al hecho histórico está decidida por la concurrencia de tan complejas circunstancias que nunca se ordenan dos veces de una misma manera como para componer reinicidentes versiones iguales, como para reproducir en América líneas completas y definidos procesos ya desarrollados y consumidos en el turno europeo. Lo ahistórico es suponer —vicio de retórica, defecto de idealismo pueril— que la historia de un pueblo puede ser rehecha por otro, que la de una zona puede ser reconstituida en otra zona. A cambio de ese supuesto, negándolo totalmente, la realidad americana se mostró compleja y contradictoria en la frecuente —casi regular— yuxtaposición de formas de producción que fundaba una más variada yuxtaposición de formas en el mapa —enteramente mestizo— de las relaciones sociales. Participaban de ella las condiciones naturales de cada una de las zonas de nuestro continente, sus propias posibilidades o inhibiciones, los elementos de creación y vida económica que en la zona, en su habitante y en su sociedad se dieran o se negaran, a todo lo cual se agregaban los materiales técnicos y jurídicos de la colonización, entre los que reñían los subsistentes del

capitalismo. Las formas sociales que devienen de esas circunstancias no podían reproducir el imposible cuadro feudal.

En ensayo sobre "El Renacimiento en América", publicado en *La Prensa*, 1 de noviembre de 1949, insistimos en nuestra apreciación: "La colonización española radica y desarrolla elementos modernos que no corresponden propiamente a la estructura feudal. Sin duda, no merecen una rigurosa filiación capitalista, pero ya han dejado de pertenecer al cuadro de la feudalidad. Son materiales de transición. El hecho que mejor explica ese sentido de la colonización es que ésta descuenta las existentes culturas agrarias a cambio de una economía recaudadora y minera. Más que de granos, la colonización quiso saber de metales. Por otra parte, el medioevo no se reconstruye sin la fijación de la unidad religiosa, y esto no se consigue por el enérgico fondo pagano del indígena..."

afectado orden feudal y los anticipados del capitalismo insurgente. Esta yuxtaposición, propia de la corriente colonizadora, mal podía definir un orden unificador sobre las escalas, a su vez, diferentes de la escena americana. Lo que originaba —insistimos— era una amplia yuxtaposición, en la que actuaban presencias y reflejos del mundo nativo de variado desarrollo o promesa, de particulares medidas de civilización con los reflejos y presencias del inmigrante mundo europeo en pleito, pleito que no se desenvuelve ya en su propia escena conocida, sino en las sorpresivas, ambiciosas y desesperantes de la aventura colonizadora, lo cual añadía múltiples matices, incluso los precedentes de marcados factores subjetivos—que desdibujan todo empeño retórico de clasificación esquemática. En nuestra realidad mestiza se revelaban —sin calzar en molde alguno— las proposiciones inaugurales, desordenadas por lo tanto, de un capitalismo, cuya avasalladora insurgencia europea se apoya —y cada vez se apoyará más— en la economía americana, y —en duelo con aquéllas— los elementos aislados de feudalidad que no hallaban manera de reconstituir su imposible cuadro.

PROPOSICIONES capitalistas: obligación para el paisano de tomar oficio; salario, ni tributo ni trueque; marcación del ganado y regulación de las vaquerías.

Hernandarias, criollo de Asunción, gobernador con preferente asiento santafesino, acomete la empresa que el historiador unitario López enuncia así: "limpió la provincia de vagos y ladrones", que era, precisamente, lo que había advertido un documento de su época, recogido por Madero en *Historia del Puerto de Buenos Aires*, al referir a su gestión como teniente del gobernador asunceño: "limpió de bagabundos y gente viciosa la ciudad, obligó a los ociosos a que tomasen oficio, castigó a los ladrones y a los que vivían mal. . .", y que coincidía con lo que el Obispo Loyola referiría en descargo de tan abundantes quejas que sobre él llegaban a la metrópoli: "es muy riguroso con los vecinos que son comúnmente amigos de poco trabajo".

Iniciar con marcada energía —tal como Hernandarias lo hacía— las calificaciones de *vagos* y *ladrones* significaba apresurar el reclutamiento de necesaria mano de obra. Quien se

resistía a él era *vago*, era *ladrón*. A esa operación de transformar al habitante libre de la llanura en hombre de necesidades económicas y, por lo tanto, en proletario la enunció el mismo Hernandarias en estos términos, en carta de 1617 al Rey: "He puesto orden en las vaquerías, de la que vivía mucha gente perdida que tenían librado su sustento en el campo", por lo cual "atenderán por el hambre y necesidad de hacer chacras y servir poniéndose a oficio"; es decir, ha procurado secuestrarlos de la libertad antieconómica para someterlos a proletarización. Enérgico plan: poner los hombres a oficio. También a las mujeres. En Santa Fe, procedió a reclutación forzosa de una veintena, obligándolas —con resistencia de sus familias y de la precaria sociedad— a compartir día y noche las disciplinas de un claustro-taller, donde se las instruía en hilar, carmenar lana, tejer algodón. Sólo medio año duró el ensayo. Su activo sentido económico llega a proscribir el mate, porque "hace a los hombres viciosos, haraganes y abominables" y castiga a los que se embriagan y se los "hallan tendidos por calles y caminos reales, sin sentido ninguno".

Al mismo tiempo que acosaba al habitante pobre, forzándolo a enrolarse en el trabajo y a depender de él, o lo perseguía en cuanto se rebelaba a esa suerte, Hernandarias, que asumía, de esa manera, las funciones de intérprete capitalista apurando la creación de proletariado, completaba tales funciones creando propietarios para el ganado y oponiéndose a los elementos de feudalidad que perduraban a través de las Encomiendas. A su favor militaban las Ordenanzas de Alfaro, que eran, para él, decisivo instrumento de colonización capitalista en cuanto prohibían el servicio personal y reconocían al indígena como trabajador libre, disponían la concentración de éstos bajo leyes comunes a la de los españoles, imponían el salario y descartaban el trueque.

Era Hernandarias un enunciado de capitalismo primario que se manifestaba dentro del cerco del monopolio español, del que aparentó ser respetuoso; era un enunciado de capitalismo propio, posible al desarrollo de una economía propia de esta zona. Su lucha contra el contrabando se recubría con las exigencias del monopolio español y protestaba ser leal a él, pero, en verdad, dentro del cerco de ese monopolio jugaban de parte de Hernandarias los intereses de ese capitalismo

nacional y primitivo, más representado por Asunción, industrial y poblada, que por Buenos Aires que era ya puerta abierta al contrabando. A tal punto representaba Hernandarias la posibilidad de un capitalismo propio que se dispone a librar licencias para exportaciones, pero esas licencias son extendidas exclusivamente a nombre de vecinos con la prohibición de negociarlas, lo que implicaba el plan de hacer de los vecinos los protagonistas de una economía progresista y propia. Ese enunciado de capitalismo primario se servía del monopolio español para defenderse del capitalismo europeo que representaba la nave del contrabandista.

Hernandarias mismo componía un tipo histórico en el que abundaban los caracteres del empresario capitalista. Era propietario de astilleros y pulpero monopolista. Por pertenecer más a Asunción que a Buenos Aires —aun cuando luego fallará, en verdad, a favor de Buenos Aires al separar a éste de Asunción—, Hernandarias estará más cerca de Francia y de los López que de los comandantes de la colonización bonaerense. Sin embargo, es justo admitir que él inicia la serie de los colonizadores capitalistas de esta zona. Su nombre es el primero en la serie que integrarán Rivadavia, Rosas y Roca.

JOSÉ JOAQUÍN DE MORA Y LA CONSTITUCIÓN CHILENA DE 1828

Por Ricardo DONOSO

HASTA ahora ha corrido como artículo de fe entre los historiadores y publicistas chilenos la decisiva intervención del gaditano José Joaquín de Mora en la redacción de la Constitución chilena promulgada el 8 de agosto de 1828. A la vida de Mora consagró una prolija biografía el historiador chileno don Miguel Luis Amunátegui, fuente en la que han bebido casi todos los que se han ocupado de su personalidad y de su obra, y la emigración de los liberales españoles en Londres y la influencia que en ellos ejerció la cultura británica ha sido recientemente evocada en un admirable trabajo, publicado por el Colegio de México, debido a la bien cortada pluma de don Vicente Llorens Castillo.

Mora vino a la América Meridional obedeciendo a un llamado del ilustre hombre público argentino don Bernardino Rivadavia, al cual aludía en el *Correo Literario y Político de Londres* de 1º de octubre de 1826, con estas palabras:

El llamamiento honroso de un eminente hombre público lo separa de Europa y lo lleva a las orillas del Río de la Plata. Se ve, pues, en la necesidad de suspender la redacción del *Correo*, aunque no renuncia a la esperanza de continuar escribiendo para los pueblos que tan favorablemente han acogido sus producciones. El objeto de sus más ardientes deseos es la felicidad de aquellas naciones, la perpetuidad de su independencia, el triunfo de los principios republicanos contra la tiranía, el fanatismo, la traición y la ignorancia.

En las palabras anteriores hay, no sólo una profesión de fe política e ideológica, sino todo un plan de acción cívica, al cual se entregó Mora con ardor desde que pisó las tierras americanas. Hombre de su siglo, creyente de la eficacia de la ilus-

tracción como herramienta de redención de las masas de la desidia y la inactividad, veía en el fomento de la enseñanza pública y en el cultivo de la inteligencia los medios más adecuados para sacar a todas las clases de la sociedad hispanoamericana de la espantosa ignorancia en que habían vivido.

Llegado a Buenos Aires casi simultáneamente con el napolitano Pedro de Angelis, desde la primera hora abordaron sus tareas con entusiasmo, echando las bases de un periódico oficial, la *Crónica Política y Literaria de Buenos Aires*, y de un colegio de señoritas, que fue regentado por sus esposas.

Aludiendo las dotes de periodista que demostró Mora en las orillas del Plata, escribía su biógrafo Amunátegui estas palabras:

Los escritos de Mora que ya dejo copiados pueden dar idea cabal de las cualidades ordinarias de su estilo. Tenía facilidad, ligereza, gracia. Se aprovechaba con talento de sus variadas y numerosas lecturas para hacer frecuentes y oportunas alusiones a los sucesos de la historia civil o literaria. Este método era una gran novedad para los hispanoamericanos que estaban habituados a leer, por lo general, sólo pesadas disertaciones jurídicas o teológicas atestadas de citas en latín macarrónico.

En su admirable trabajo, Llorens Castillo ha puntualizado, con acierto y agudeza, la impresión que el cuadro de las instituciones políticas y de la prosperidad económica causó en el alma de los emigrados españoles en Londres, y la influencia que ejerció en su ideología.

Aquellos liberales estaban viviendo un momento de optimismo, escribe, en que la burguesía del mundo occidental, provista de la máquina de vapor y de la libertad política, se disponía a hacer feliz al género humano.

El ajeteo de la ciudad, su animación nocturna, el esplendor del nuevo alumbrado de gas, causaron en ellos impresiones profundas, así como no dejó de sorprenderlos observar los cementerios enclavados en el recinto urbano de la inmensa ciudad.

Lo que más tenía que complacer a los refugiados liberales, apunta el escritor peninsular, eran naturalmente las libertades inglesas. Libertad de prensa, libertad religiosa, libertades indi-

viduales, todo cuanto hacía de Inglaterra el país libre por excelencia frente a una Europa continental oprimida. No se trataba simplemente de las instituciones, como el Parlamento o los jurados, ni de sus principios o funcionamiento, que los emigrados acogían con no pocas reservas, sino más bien de la atmósfera de libertad que envolvía todos los aspectos de la vida social. Los más pequeños e insignificantes revelaban por igual que a Inglaterra no había llegado el Estado policíaco.

No dejó de llamar la atención de los emigrados la desproporcionada riqueza de las clases superiores, que ofrecía violento contraste con la miseria en que vivían las nuevas masas industriales. Recogiendo las observaciones que se encuentran las páginas de los *Ocios de los españoles emigrados* y en *El Emigrado Observador*, Llorens destaca cómo, entre esas impresiones, fueron de las más intensas las relativas a la tolerancia religiosa y el sagrado del hogar, transcribiendo esta preciosa cita de una página del último:

De paso advirtiré a Ud. que un objeto, al parecer de poca monta, detuvo mi imaginación en los primeros días. ¿Y qué dirá Ud. que ha sido? El ver los nombres de los habitantes inscritos en tarjetas en las puertas de las casas. ¿Qué tal? ¿Harían otro tanto en España? ¡En un país de espionaje e inquisición, sería muy bueno para atrapar víctimas a mansalva! Al observarlo. . . 'Esto solo —me dije— me anuncia que vivo entre hombres libres. Aquí nadie se recela de publicar el lugar de su habitación, porque la casa es un lugar sagrado, y las leyes protegen los lares domésticos'. Esto dije, esto sintió mis mejillas, al comparar el contraste que ésta, que algunos llamarán pequeñez, me ofrecía con la situación lamentable de mi patria.

Cuantos historiadores se han ocupado del período de la organización política de los nuevos Estados americanos han puesto de relieve la influencia que ejerció en el ánimo de los españoles e hispanoamericanos, que tuvieron ocasión de estudiar las instituciones políticas inglesas, el cuadro de la vida londinense. Esa confraternidad ideológica que surgió entre los emigrados españoles y los hispanoamericanos a quienes los azares de la vida arrastraron hasta orillas del Támesis, tuvo las más trascendentales consecuencias, como con clara visión lo han apuntado Pedro Grases y Llorens Castillo. Por lo que se refiere

a esta parte de la América Meridional, no fueron extraños a esa influencia Pinto, Irisarri, Sarratea, Rivadavia y Egaña, entre los diplomáticos y políticos, pero entre los que aparece en forma más acusada, para no citar otros, es en Bello y Mora, por cuanto estos dos últimos fueron los que ejercieron la más profunda influencia en las instituciones políticas de Chile. Ya en 1826, Bello se daba a sí mismo el título de "un honrado y fiel servidor de la causa de América".

En ninguno de esos escritores su pensamiento político se destaca con más meridiana claridad que en Mora. Deseaba abatir en la sociedad hispanoamericana la influencia del fanatismo religioso, que se había ejercido a lo largo de tres siglos; inclinar a la juventud al culto de la inteligencia, y en el terreno político, establecer la tolerancia religiosa, quebrantar la presión de la Iglesia en la vida civil, y echar las bases de los poderes públicos sobre el cimiento del respeto a las garantías individuales y la libertad de prensa.

EN el número 43 de la *Revista de Historia de América*, que publica la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, correspondiente al mes de junio de 1957, ha publicado el escritor chileno señor Raúl Silva Castro un breve comentario que lleva por título "José Joaquín de Mora y la Constitución de 1828", en el que se pone en duda la fundamental participación del escritor gaditano en la redacción de ese código, basándose para sus conclusiones en las referencias contenidas en cinco cartas de Mora a don Florencio Varela, escritas desde Santiago a Buenos Aires el 15 de febrero, el 26 de abril, el 11 y el 28 de mayo, y el 15 de julio de 1828.

Comienza el señor Silva Castro por decir que la base primaria e inicial de la participación que se concede a Mora en la redacción de la Constitución de 1828, parece encontrarse en los fragmentos de la biografía de aquel escritor que redactó don Miguel Luis Amunátegui, y que se publicó el mismo año de su muerte: 1888.

Observemos ante todo que algunos capítulos de esa biografía aparecieron en el tomo primero de la *Revista de Santiago* durante el año 1873, y que la intervención de Mora había sido ya reconocida por don Ramón Briseño, autor de una *Memoria histórico crítica del derecho público chileno desde 1810 hasta*

nuestros días, publicada en 1849, quien en la *Estadística bibliográfica de la literatura chilena*, Santiago, 1862, I, págs. 277-370, al aludir al proyecto de Constitución Política que presenta al Congreso Nacional de Chile la comisión al efecto nombrada, consigna: "Es obra de don José J. de Mora".

Desde aquella fecha todos los historiadores de la realidad constitucional de Chile han seguido repitiendo la misma especie, escribe el señor Silva Castro, esto es, que la Constitución Política de 1828 fue redactada por don José Joaquín de Mora y que, de consiguiente, es ella reflejo de las ideas que sobre derecho público sostenía su redactor.

Las conclusiones del autor están sintetizadas en cuatro puntos, en la forma siguiente:

1. La intervención de Mora en la Constitución de 1828 fue afirmada en forma explícita por Miguel Luis Amunátegui en su biografía del ilustre escritor gaditano.

Afirmación de Pero Grullo, que no aporta nada al debate. Como hemos apuntado anteriormente había hecho la misma afirmación el señor Briseño.

2. Sobre la base de esta autoridad, ha sido repetida la especie por todos los tratadistas de historia constitucional de Chile, salvo acaso excepciones que no haría al caso señalar, y particularmente por Luis Galdames, cuya obra, por el título mismo que ostenta, es la que más podía darle audiencia entre quienes procuran estudiar la realidad constitucional chilena.

Conclusión de pie de banco.

3. Sin embargo, las cartas de Mora a Varela, su amigo argentino, dejan en claro que, si bien tuvo intervención en el proyecto, llegó el momento en que se le apartó de su tramitación y que finalmente la Constitución recibió sus toques finales en Valparaíso, sede del Congreso, sin que Mora pudiera moverse de Santiago, en donde le detenían, por lo demás, los trajines que le llevaron a la formación del Liceo de Chile.

Toda esta conclusión es absurda, por cuanto Mora no formó parte del Congreso Constituyente que discutió el código, ni

ningún historiador ha pretendido darle intervención en él, ni en la discusión de aquél, y sólo en su redacción y en los principios políticos que ella consagró.

4. La verdad de la participación que cupo a Mora en la redacción de la Constitución Política de Chile de 1828 no puede obtenerse sólo de las aseveraciones de Amunátegui, repetidas por otros historiadores, sino de una severa inspección contrastada de los términos que empleó ese historiador chileno y de los que usa el propio Mora en los fragmentos que hemos transcrito.

Esa verdad se encuentra, no en la severa inspección de las afirmaciones de Amunátegui, sino que en el estudio de las ideas de Mora en materia de derecho público, en las que siempre sostuvo en sus periódicos y trabajos literarios, que exhiben con abrumadora elocuencia la responsabilidad de su participación en la redacción de ese código político.

Vamos a examinar esas ideas en tres puntos fundamentales, que ahorran por completo todo examen más prolijo de las disposiciones del proyecto de Constitución, cuales son las que dicen relación con la tolerancia religiosa, la libertad de imprenta y la cuestión de los mayorazgos.

El informe de la comisión está fechado en Santiago el 20 de mayo de 1828, y ocho días más tarde Mora escribía a Varela la carta, uno de cuyos fragmentos el señor Silva Castro reproduce, en la que le decía:

El proyecto fraguado por la comisión es menos malo de lo que se temía. El primer proyecto impreso es detestable. El gobierno obtuvo de la comisión que adoptase otro, y a toda prisa se me mandó fraguarlo. Hícelo y extendí un informe algo menos malo que el proyecto mismo. Se están imprimiendo e irán por el próximo correo. La comisión ha adoptado el proyecto, con algunas modificaciones, y el informe íntegro.

¿No es suficientemente elocuente este párrafo para reconocer la paternidad de Mora en el proyecto de Constitución y la paternidad íntegra del mensaje o proyecto que lo acompaña?

En este mensaje el estilo de Mora está patente con una elocuencia abrumadora. Oigamos sus palabras:

La Comisión ha tenido presente, decía, no sólo las doctrinas de los escritores más ilustres y las instituciones de los pueblos más célebres, sino estas circunstancias particulares de nuestro país y de nuestro tiempo, circunstancias que han influido muy particularmente en sus opiniones, convencida de que las leyes más sabias llegan a ser las más funestas, cuando no se acomodan a las ideas y a las costumbres de los hombres que han de practicarlas.

Aludiendo a la cuestión religiosa decía lo siguiente:

Los pueblos chilenos quieren la religión de sus padres que es la Católica, Apostólica, Romana, y no quieren otra; pero no propenden a una intolerancia feroz, como la que señaló los días del yugo colonial. El proyecto de Constitución ofrece suficiente garantía a los extranjeros de otras creencias, prohibiendo toda especie de persecución por opiniones privadas.

El artículo 3º del proyecto decía:

Su religión es la católica, apostólica, romana, con exclusión del ejercicio público de cualquiera otra.

Como han observado los publicistas la forma de la redacción del artículo, al no prohibir el culto privado, consagraba de hecho la tolerancia religiosa, pero, para acentuar el concepto, el artículo 4º rezaba:

Nadie será perseguido ni molestado por sus opiniones privadas.

Esas disposiciones fueron el resultado de una larga lucha, que hemos recordado en las páginas de *Las ideas políticas en Chile*, y el redactor de *El Constituyente*, que comenzó a publicarse en Santiago ese mismo año, fuera Mora o Manuel José Gandarillas, como el señor Silva Castro quiere, las comentaba con estas sensatas palabras:

¿Estamos en el caso de conceder la publicidad del culto a los disidentes? ¿Lo permiten nuestras circunstancias actuales? No lo creemos así, y vemos dos grandes obstáculos que se oponen y se opondrán por mucho tiempo a esta concesión: el proselitismo y el temor de turbar el reposo de que gozamos.

Si las autoridades han de proceder conforme al espíritu y a la letra de la Constitución, agregaba; si se abstienen de entromet-

terse en las casas para averiguar lo que se hace en ellas, el artículo 4º confiere a los extranjeros todo lo que pueden desear. Proclamar la tolerancia del culto público, cuando seguramente se pasarían siglos antes de que nadie se aprovechase de esta oferta, sería una fanfarronada inútil, un lujo filosófico.

En materia de legislación de imprenta las ideas del ilustre escritor gaditano aparecen con una claridad meridiana.

Los derechos individuales forman la más noble propiedad del hombre libre, decía el mensaje. La Comisión, en el capítulo que les ha dedicado, cree haberles puesto a cubierto de todo ataque y usurpación. El complemento de toda esta parte de sus trabajos será la ley futura sobre los abusos de la libertad de imprenta, asunto que por su natural delicadeza y eminente popularidad ha parecido el más oportuno a la introducción del juicio por jurados.

De aquí que el artículo décimo del proyecto de Carta constitucional, consignara:

La nación asegura a todo hombre, como derechos imprescriptibles e inviolables, la libertad, la seguridad, la propiedad, el derecho de petición y la facultad de publicar sus opiniones.

El proyecto de ley de imprenta, hemos recordado en *Las ideas políticas en Chile*, confeccionado por la docta pluma del gaditano Mora, ostentaba el sello personalísimo de su mentalidad y de las doctrinas que sostuvo con valor y entereza. El 1º de setiembre, en la primera sesión que celebró con el carácter de Cámara Legislativa, el Senado dio a la comisión de legislación el encargo de preparar el proyecto correspondiente, que ésta presentó un mes más tarde. La comisión reconocía la imposibilidad de poner los juicios de imprenta en manos de la justicia ordinaria, sin exponerse a desnaturalizar una institución que rodaba entre los dos grandes móviles de la publicidad y de la popularidad, y expresaba el deseo que los chilenos se acostumbraran poco a poco a una innovación que habría de poner el último sello a la libertad nacional, "sin la cual nunca podrá arraigarse en toda su extensión y con todas sus consecuencias un régimen republicano".

Mientras se discutía ese proyecto en el Congreso, Mora se esforzó por crearle un ambiente favorable ante la opinión pú-

blica y lo apoyó calurosamente en las páginas de su periódico *El Mercurio Chileno*. A sus perseverantes esfuerzos y a su ilustrada cooperación se debió la sanción de ese proyecto, promulgado como ley el 11 de diciembre de 1828, y que constituye altísima honra del derecho público chileno.

Esa ley estableció el jurado, que constituía una novedad en la legislación española y que Mora y sus continuadores habían admitido como una de las más admirables instituciones políticas inglesas. La Carta política de 1833 incorporó el jurado en las disposiciones constitucionales.

Todo el mensaje con que fue enviado el proyecto de Constitución bosqueja con tan deslumbradora claridad el pensamiento político de Mora, primer catedrático de derecho político de nuestras aulas, que basta evocar sus conceptos fundamentales para puntualizar la nitidez de sus ideas, la profundidad de su pensamiento y poner de relieve su fe profunda en la necesidad de renovar los fundamentos de la sociedad de acuerdo con las mutaciones que había traído la nueva época.

Aludiendo a la conveniencia de organizar el poder legislativo en dos Cámaras, recordaba que debía evitarse tomaran parte en la formación de las leyes la preocupación, el interés y la ignorancia; reconocía las dificultades que ofrecía la organización del poder judicial y dejaba constancia de los clamores de los pueblos por tener códigos, civil, criminal y de procedimiento, que habrían de desterrar la injusticia, el dolo y la corrupción. Recomendaba la prohibición de reelegir al Primer Magistrado para el período inmediatamente siguiente y la sanción de una parte de la representación nacional para el nombramiento de los encargados de representar a la nación ante los gabinetes extranjeros y la de los militares que por su alta graduación tuvieran a su disposición la fuerza pública.

Pero hay más. La prueba concluyente de la responsabilidad y participación de Mora en la redacción del código político de 1828 está en la supresión de los mayorazgos, por la cual venían luchando todos los hombres de ideas renovadoras, desde los días del gobierno de don Bernardo O'Higgins.

Pero fue el decreto de 5 de junio de 1818, que declaró abolidos los mayorazgos, el que suscitó las mayores dificultades, escribíamos en *Las ideas políticas en Chile*, y terminó por arrojar a la aristocracia santiaguina contra el Director Supremo.

Ese decreto suscitó la mayor resistencia, agregábamos, y nunca

pudo ser aplicado, y aún su texto mismo ha permanecido desconocido hasta ahora.

Un feliz hallazgo nos permite dar el texto de ese documento, que decía así:

Santiago, junio 3 de 1818.

Mientras llega el caso de que instalado el soberano Congreso Nacional dicta la Constitución y leyes que deben regir en el Estado chileno, es justo ir cortando los abusos establecidos por el gobierno feudal. Uno de los que más pugnan con el sistema liberal, es el de la fundación de mayorazgos, pues por la predilección de un solo individuo se causa la ruina de toda su familia, aumentando el número de los miserables que se entregan regularmente a toda clase de excesos. Al mismo tiempo, priva a los poseedores del derecho de disponer de los bienes vinculados durante su vida, y de distribuirlos entre sus herederos, y embaraza su división y subdivisión con perjuicio de los demás ciudadanos que podrían adquirirlos por vía de compras.

Por estas justas consideraciones, declaro por abolidos los mayorazgos anteriormente fundados, y prohíbo su fundación para lo sucesivo, concediendo por consecuencia a los actuales poseedores de los bienes vinculados a ellos su libre uso y dominio, para que durante su vida puedan disponer de ellos como si no hubiesen estado afectos a tales pensiones, y del mismo modo que han podido y pueden disponer de sus demás bienes, tanto por contratos entre vivos como por disposiciones testamentarias.

Para la puntual observancia de esta resolución publíquese e imprímase. Circúlese.

Bernardo O'Higgins. Antonio José de Irisarri.

Es copia de que certifico, Juan de Dios Romero, escribano mayor de Gobierno y de la Guerra.

El artículo 121 del proyecto de Constitución decía:

Todo chileno es igual delante de la ley; puede, en consecuencia, ser llamado a los empleos. Todos contribuyen a las cargas del Estado en proporción de sus haberes. No hay clase privilegiada. Quedan abolidos para siempre los mayorazgos, y toda clase de vinculaciones. Sus actuales poseedores dispondrán de ellos libremente, excepto la tercera parte de su valor que se reserva a los inmediatos sucesores, quienes dispondrán también de ella con la misma libertad.

Durante la discusión este artículo fue dividido en tres que pasaron a ser los artículos 125, 126 y 127 del texto definitivo de la Carta.

Planteada la reforma, los mayorazgos, que habían resistido tenazmente toda innovación, recabaron la opinión del jurista don Juan Egaña, generalmente acatada por sus contemporáneos, quien dio a los moldes una *Memoria sobre los mayorazgos de Chile*, fechada en Santiago el 2 de junio de 1828, y que se decía publicada por "algunos sucesores inmediatos", y en la que su autor se pronunciaba por la incompetencia del Congreso para resolver la cuestión.

A ella contestó Mora en un precioso escrito, que lleva por título *Respuesta a la memoria sobre los mayorazgos de Chile publicada en Santiago el 2 de junio de 1828*. En su *Bibliografía de don Juan Egaña, 1768-1836*, Santiago, 1949, el señor Silva Castro formula algunos reparos sobre la paternidad de Mora de este folleto. "Que se supone escrito por don José Joaquín de Mora", dice, y al reproducir su portada agrega "que se ha presumido por tradición" que debe serle atribuido.

¿Quién otro que Mora podía escribir con esa claridad de pensamiento, en el Santiago de esa época, con ese coraje cívico, con esa corrección irreprochable, que no fuera él? Si no hubiera tenido parte en la redacción de la carta constitucional, si no estaban de por medio sus anhelos reformistas y hasta su amor propio, ¿qué lo movía a polemizar con Egaña?

Recordemos primeramente que esa paternidad ya le había sido reconocida por Amunátegui en las páginas de la *Revista de ciencias y letras*, en 1857, pero basta echar la mirada sobre su texto para reconocer sin esfuerzo las galas de su pluma, su argumentación vigorosa y casi su entonación lírica. Un resumen de su contenido hemos hecho en las páginas 132 a 134 de *Las ideas políticas en Chile*, lo que nos ahorra una cita más extensa. Allí reproducimos una página vibrante digna de recogerse en las antologías.

Promulgada el 9 de agosto de 1828 con una hermosa proclama del Presidente de la República, don Francisco Antonio Pinto, reveladora de la confianza que se tenía en la influencia de las nuevas instituciones que surgían "después que rompimos el yugo colonial que nos afrentaba", abrió el horizonte de las más halagadoras ilusiones para reformar las instituciones políticas. En opinión de Mora, y de cuantos apoyaban el nuevo

orden de cosas surgido con la Independencia, nada había dificultado más la organización política de la República que la falta de cumplimiento de las leyes y las frecuentes reformas que se habían introducido en las más fundamentales.

Comentando su promulgación, el ilustre gaditano escribía esta hermosa página, bajo el título de Espíritu de la Constitución, en el número de setiembre de su periódico *El Mercurio Chileno*:

El Congreso ha sancionado una ley constitucional contra la cual sólo podrá elevarse la voz de la rebelión, o la de un pedantismo descontentadizo y neciamente orgulloso. Todo lo que los individuos pueden desear para asegurar el goce de las ventajas que la sociedad les proporciona, está ampliado en la nueva Constitución hasta donde lo permite la conservación del orden. Ella al mismo tiempo reviste a la autoridad de todo el vigor que necesita para conservar el orden sin comprometer las garantías individuales.

El principio popular es el que domina en el código regulador de nuestros destinos: todo emana del pueblo, y todo se dirige a su bien. Se le ha conferido el precioso derecho de nombrar por sí mismo los intérpretes y los ejecutores de su voluntad, y de este modo se le ha puesto en las manos el instrumento que puede salvarlo o perderlo, porque esas mismas leyes, cuyo sincero elogio nos ha sido inspirado por un convencimiento íntimo de la sensatez que las caracteriza, esas mismas pueden servir para sepultar a la nación en un abismo de males, si se confía su ejecución a hombres cuyos principios no estén en armonía con el de las instituciones que han de manejar.

La masa preponderante en número es siempre proletaria, y por consiguiente depende de alguna otra masa menor en número y superior en fuerza moral.

Pero cuando las leyes proclaman la abolición de los privilegios, y la más perfecta igualdad legal, la preponderancia de que hablamos es una especie de magistratura protectora y benéfica, que arranca al poder constituido todo instrumento de exceso y destrucción.

Pero, considerando insuficiente la difusión de los principios en que descansaba el nuevo derecho político consagrado por la Carta, pulsó las cuerdas de su lira y cantó el día nacional de la patria chilena en estas estrofas:

Rayó dos veces la brillante aurora
de este día feliz, y abrió dos veces
torrente de ventura al pueblo insigne.
Dos veces sus reflejos ilustraron
de la patria querida el noble triunfo:
ora el bélico lauro y los trofeos
ora de sabia ley el libro augusto.

¡Hijas del cielo! ¡Leyes venturosas!
Reinad incommovibles; a raudales
verted dicha, reposo y opulencia
sobre el pueblo sumiso. ¡Que a la sombra
de vuestra égida, rompa el duro arado
nuevas llanuras, y su faz adornen
ótimos frutos y dichosas gentes!

Cubra el mar de Occidente, flameante
la tricolor bandera, y con los frutos
del suelo patrio a la región opuesta
que Chile es grande y poderoso anuncie.

La ciencia triunfe del error, y ensanche
la existencia mental, y purifique
nuestra mansión espléndida, y transforme
su voz potente en plácidos canales
la vertiente espumosa, los desiertos
en vastos focos de labor activa,
y el patrio hogar en templo de virtudes.

Así regenerada, magestuosa,
Chile, apoyada por sus hijos fieles,
recorrerá la senda que en los siglos
la Providencia amiga le ha trazado.

Hay una perfecta coherencia ideológica en el pensamiento político de Mora, expresado en el proyecto de Constitución, en sus trabajos literarios y en sus escritos polémicos. Estudiada bajo la deslumbradora luz de sus ideas, la Constitución de 1828 es su obra, y no anduvieron en manera alguna descaminados los historiadores chilenos del siglo pasado al atribuirle la paternidad de su redacción y concepción.

¿Mereció Mora alguna expresión de gratitud por la redac-

ción del código político? Nada menos que la más alta que podía discernírsele, la ciudadanía chilena por ley especial del Congreso. El 30 de enero de 1829 el Presidente del Senado decía al Ejecutivo:

El Congreso General, a moción de uno de sus miembros, ha concedido a don José Joaquín de la Mora la gracia de ciudadano de Chile.

El Presidente del Senado, donde ha tenido su origen, tiene la honra de comunicarlo al Excmo. señor Vicepresidente de la República y reiterarle las consideraciones de su aprecio.

¿Estarían ignorantes de la decisiva participación de Mora en la redacción del código político recién promulgado los congresales que sancionaron esa altísima distinción, la más alta que podía otorgar la República?

Dimensión Imaginaria

UN SAJÓN

Por *Jorge Luis BORGES*

YA se había hundido la encorvada luna;
Lento en el alba el hombre rubio y rudo
Pisó con receloso pie desnudo
La arena minuciosa de la duna.

Mas allá de la pálida bahía,
Blancas tierras miró y negros alcores,
En esa hora elemental del día
En que Dios no ha creado los colores.

Era tenaz. Obraron su fortuna
Remos, redes, arado, espada, escudo;
La dura mano que guerreaba pudo
Grabar con hierro una porfiada runa.

De una tierra de ciénagas venía
A esta que roen los pesados mares;
Sobre él se abovedaba como el día
El Destino, y también sobre sus lares.

Woden o Thunor, que con torpe mano
Engalanó de trapos y de clavos
Y en cuyo altar sacrificó inhumano
Caballos, perros, pájaros y esclavos.

Para cantar memorias o alabanzas
Amonedaba laboriosos nombres;
La guerra era el encuentro de los hombres
Y también el encuentro de las lanzas.

Su mundo era de magias en los mares,
De reyes y de lobos y del Hado
Que no perdona y del horror sagrado
Que hay en el corazón de los pinares.

Traía las palabras esenciales
De una lengua que el tiempo exaltaría
A música de Shakespeare: noche, día,
Agua, fuego, colores y metales,

Hambre, sed, amargura, sueño, guerra,
Muerte y los otros hábitos humanos;
En arduos montes y en abiertos llanos,
Sus hijos engrendaron a Inglaterra.

DOS SONETOS DE ROBERTO IBÁÑEZ

EL PRISIONERO

"Que por mayo era, por mayo. . ."

YA oigo la voz del río y su conjuro,
ya la rosa levísima presiento,
ya al ave escucho de lejano acento,
y con mis manos ensangriento el muro.

¡Recobrar, recobrar el reino puro!
¿No me reclama el río, claro y lento?
¿No me nombra la rosa desde el viento?
¿No me responde el pájaro en lo oscuro?

Pájaro que no sé si me responde,
si canta en mí o a incógnita distancia.
Íntima rosa que no sé si esconde

en la fronda o el sueño su fragancia.
Río que llega ya no sé de dónde,
si de su sierra azul o de mi infancia.

YA

YA en el vacío que mi mano funda
un tacto de jazmines desespera.
Ya sin mis ojos, en absorta esfera,
degrada el cielo su coral profunda.

Ya una lejana sed de ala iracunda,
la nunca proferida, la extranjera,
designa en mí su pálida frontera
y con ávidas bocas me circunda.

Ya mis huesos intactos acongoja
la vocación terrestre del rocío.
Ya el mar se apaga. Ya la luz aherroja

su secreto radiante. Ya es el frío.
Todo el otoño cabe en una hoja.
Toda la muerte en este cuerpo mío.

PAISAJE

Por *Victoria OCAMPO*

PAISAJE: porción de terreno considerado en su aspecto artístico.

Esta es la definición escueta que de la palabra da el Diccionario de la Academia. Menos escuetamente, del vocablo libro dice: "Reunión de muchas hojas de papel, ordinariamente impresas, que se han cosido o encuadernado juntas con cubierta de papel, cartón, pergamino u otra piel". Desde luego, un libro es eso. Sin embargo, poco sabríamos de los libros si nos contentáramos con esa definición. Si buscamos Río de la Plata, nos encontraremos en las mismas. Especifican que tiene 230 kilómetros a la entrada de su estuario. Dato exacto que no nos conmueve. Pero si la tocamos diariamente con la mirada, esa anchura acaba por significar algo, por representar algo que no podríamos traducir en cifras.

La belleza de nuestro río no es fácil de demostrar, de explicar a quienes viniendo del extranjero topan con él por primera vez. El novelista inglés D.H. Lawrence, al describir lo que llama la invisible belleza de Australia dice: "Se siente que no se puede ver. . . Como si nuestros ojos no tuvieran el poder de visión que correspondería al paisaje exterior. Pues el paisaje es tan poco impresionante como un rostro sin rasgos salientes, un rostro oscuro. ¡Es tan aborigen, queda tan fuera de alcance, tan en la lejanía!" Esto se podría aplicar a la pampa y al río de la Plata. No son bellezas que los guías de turismo pueden calificar de pintorescas.

El extranjero que las ve por primera vez no las percibe, y queda desconcertado por su monotonía de Malambo. Si no logra vencer esta impresión, nunca se conmoverá ante una extensión de tierra o de agua de tipo "unimpressive", como escribe Lawrence.

Harriet, el personaje de *Kangaroo*, la novela que acabo

de citar, dice, refiriéndose a Australia: "No podría decir cómo me conmueve. Y además tengo la impresión de que nadie la ha amado todavía. Inglaterra, Italia, Egipto, la India... todas esas tierras han sido amadas apasionadamente. Pero Australia... siento que ningún hombre ha estado nunca enamorado de ella, que no ha hecho nunca de ella su novia". Harriet imagina con razón que sucede a los países lo que a las mujeres: cuando un gran amor las envuelve, su belleza parece salir de la sombra, y su esplendor no corresponde ya a perfecciones físicas. Bienaventurados los países que tuvieron, en un momento de su historia, rostro de mujer amada. Me lo he repetido a menudo meditando sobre estas tierras nuevas que están bajo el mismo signo: la cruz del sur. Cruz, en efecto, exclamó Lawrence.

Solíamos hablar de estos temas con Ricardo Güiraldes. Para Ricardo, la belleza máxima era la de su pampa, y aunque yo también sentía como él la atracción de esa pampa que Ortega unió a la palabra "promesas", trataba vanamente de hacerle reconocer a Ricardo que la pampa de agua que tantas veces mirábamos juntos desde las barrancas de San Isidro tenía una grandeza similar. Ricardo tenía la parcialidad de los apasionados.

No ha habido extranjero amigo que yo no haya intentado convertir a la pampa de tierra y de agua... con distintos grados de éxito o de fracaso. Ansermet, por ejemplo, puso tres años para *ver* el Río. Quiero decir que sólo durante su tercera estadía en Buenos Aires el director suizo me dijo que por primera vez había sentido algo, frente a esta cosa tan poco suiza. Tres años no es tanto. Mucha gente nace, vive y muere sobre estas orillas sin prestarles atención. Nuestra gran ciudad le da la espalda al Plata. ¿Qué mayor señal de insensibilidad?

Pero no basta ser argentino para descubrir de sopetón nuestras recónditas bellezas (las hay claras y evidentes, hasta para el más ciego: el Iguazú, Nahuel Huapi): la recóndita belleza de la pampa que Hudson se llevó en pedacitos a Inglaterra y reconstruyó con minuciosa ternura; la del Plata donde bañaron las miradas y los pies descalzos de mi niñez, en los veranos sanisidrenses. Yo, como cualquier hijo de vecino, empecé por no ser sensible al paisaje que me rodeaba, o más bien dicho al conjunto de ese paisaje, sino a detalles.

Los niños son aficionados a los detalles. Empiezan por aquello que está al alcance de su boca. Para la banda de chicas que veraneaban en una quinta junto al río, San Isidro era el higo entreabierto entre las hojas ásperas, y el durazno tibio de sol; los coquitos que la palmera inaccesible dejaba caer; el barro de la ribera, cuando nos permitían chapalear con los pies desnudos en el agua color dulce de leche. El río era la esperanza de poder ir a pescarle un bagre con una caña de bambú verde; era meter la mano en la tierra negra, allí donde la azada del jardinero sacaba de su escondite alguna lombriz buena para el anzuelo; era ocultar entre las hortensias una caja de jabón, cofre donde guardábamos nuestras piedras preciosas: piedritas recogidas en los caminos del jardín. El paisaje no iba más allá de esas cosas, en aquella época.

Así como los pintores paisajistas suelen introducir personajes en sus telas, la memoria involuntaria introduce en el San Isidro a que me refiero objetos, animales y seres humanos que parecían brotar de su suelo y pertenecerle: los caballos del *break*, que espantaban las moscas con sus largas colas; el pavo que se congestionaba de indignación cuando imitábamos con maestría sus gritos; el ejército amarillo de pollitos redondos; el carrito del panadero que traía tortas con azúcar quemada encima. Todo eso se llamaba San Isidro.

Sobre el fondo rosa anaranjado de nuestra casa solía sentarse en un banco una figura vestida de negro. La pollera larga había recogido el polvo de los caminos. El pañuelo negro atado a la cabeza enmarcaba muchas arrugas y una nariz que, por falta de dientes, se aproximaba más de lo normal a la boca. Los labios se movían con precaución, como para impedir que las palabras salieran a borbotones. Una mano nudosa levantaba la punta de un lienzo limpito que cubría una canasta y una voz anunciaba: "Traigo unos huevitos frescos para la señora Morena". Los huevos, unos blancos, otros de un ocre rosado como los polvos que solemos usar, aparecían: "Mamá —gritaban varias voces infantiles— aquí está Celedonia". Y rodeábamos, turbulentas, a Celedonia que no levantaba de su canasta un brazo protector. Nuestros delantales claros y almidonados contrastaban sin duda con el color que una viudez inmemorial le había impuesto desde siempre a esa fiel servidora y amiga de la familia. Cada vez que se nos presentaba la oportunidad, le pedíamos que nos dijera

cómo rezaba, qué rezaba, pues tenía un repertorio muy vasto de oraciones. Sospecho que algunas eran de fabricación casera. Recuerdo una frase que nos fascinaba: "De los hombres amables y terribles, de los demonios admirables, líbranos Señor". Que los hombres amables pudieran ser terribles y los demonios admirables era una novedad. Celedonia, al articular con dificultad y unción estas palabras, nos miraba de reojo, sin mover la cabeza, temerosa probablemente de que algún manotón aplastara algún huevo, y esto aumentaba su aire hierático y el misterio de su plegaria. "Chicas, dejen en paz a Celedonia y vayan a jugar", ordenaba una mujer joven, sonriente y linda, asomada a una ventana; llevaba un batón blanco o lila en esas horas mañaneras, pues en nuestra familia numerosa y apegada a las tradiciones, los lutos frecuentes repercutían hasta en los batones. Aquella mujer, la señora Morena para Celedonia, era para nosotras el centro de la vida. Era también San Isidro. Lo que ella contaba de San Isidro. Las plantas, las flores, los pastos, que sabía llamar por sus nombres, hasta cuando por su insignificancia parecían no llevar nombre alguno.

Mi hermana Silvina, en *Los Sonetos del Jardín*, evoca ese mundo creado por la Morena en sus chicas cuando, sin tener conciencia de ello, respirábamos su presencia mezclada con aquel paisaje. Pues la época de Celedonia era también la de los palotes. El "Dejen en paz a Celedonia" bastaba para que levantáramos lentamente el vuelo, como una bandada de pájaros remolones y fuéramos a posarnos a otro lugar del jardín.

Todo esto, que no era nada y que en el desarrollo de nuestras vidas no parecía poder contar, ni ser siquiera un instante memorable, lleva sin embargo, ignoramos por qué, un sello de eternidad. Todo esto, que no era nada, pasaba sobre las barrancas de un gran río, entre los troncos elefantinos de los ombúes y el olor de los jazmines, la madreselva y las magnolias. Así llegó la adolescencia. Los *breaks* se transformaron en automóviles y los abecedarios en libros. Poemas, novelas, dramas escritos en otros idiomas, bajo otras estrellas, músicas compuestas en otros climas también sufrieron su transmutación en nosotras. También formaron parte de San Isidro, como Celedonia:

Habré escuchado para siempre un piano,
Chopin, Ravel y Schumann en verano...

El piano del poema de Silvina era el de San Isidro y las manos adolescentes que lo tocaban eran las de sus hermanas mayores. Música y libros se cargaron del aire húmedo de las barrancas, del ruido marino del viento en las casuarinas, del canto de algún recordado zorzal. San Isidro era el árbol de Navidad que llevaba, colgados de sus ramas, los tesoros del mundo.

Pero este nombre de un lugar, nombre que como un espejo dócil reflejaba multitud de cosas, ¿qué fue cuando empezó a ser? ¿Cuál era su origen?

A fines del siglo XVII, se le ocurrió a un soldado español hacer construir, a 18 kilómetros de la capital, una iglesia dedicada al patrono de la villa de Madrid en que había nacido. Como se acostumbraba en la Edad Media, el nombre del patrono, San Isidro Labrador, pasó a ser el del pueblito que creció alrededor de la iglesia. Pero ¿por qué eligió ese paraje Miguel de Acassuso? ¿Por agradecimiento a un espinillo bajo el cual, dicen, descansó? Lo ignoramos. Sin embargo, no cabe duda de que debió de mirar nuestro río y nuestras barrancas, antes suyas que nuestras, con atención, primer grado del amor. De otra manera no se hubiera detenido. Y se detuvo. Miró. Miró y al mirar algo le impidió seguir de largo. Se paró. Construyó. Acabó seguramente por amar. Venía de un país de suelo pedregoso en que los ríos no tienen aspecto de mar, de mar dulce. ¿Qué vería aquel desconocido? ¿De qué nostalgias sufriría? ¿Qué pensaría al detenerse y resolver: "Aquí"? Un paisaje ¿puede acaso limitarse a ser una porción de terreno considerado en su aspecto artístico, como dice el diccionario? Yo creo que es eso y mucho más. Es mucho más porque es mucho menos.

No sé lo que habrá sentido al contemplarlo aquel soldado español, pero algo de lo que hemos sentido nosotros me hace repetir con las palabras de Silvina, bien común a nuestra hermandad:

Quintas de San Isidro, alucinada,
Mirando el cielo como una emigrada,
Os conocí con el triciclo, el llanto,
La tos ferina y el tejido manto,
Con ríos lilas y lombrices lisas
Y el Sarandí con Zanjías imprecisas...

Con variaciones y sombreros viejos
Colgados en las perchas entre espejos.

¿Cómo pueden entrar en un paisaje la tos ferina y el llanto? Ya es difícil que entren lombrices y sombreros viejos colgados en las perchas. Esto es mucho menos de lo que prometía el diccionario. Pero es, lo repito, mucho más. Estamos hablando de un paisaje no sólo exterior sino interior.

Para el enamorado, como para el niño, los detalles tienen una importancia inaudita. Recordemos el pañuelo de Desdémona.

Sí. Esta afluencia de detalles, insignificantes en apariencia, prueba que estamos hablando ya de algo más que de un paisaje: se trata de una tierra novia de quien alguien está enamorado.

GABRIELA MISTRAL, SANTA A LA JINETA

Por *Andrés IDUARTE*

A Octavio Rivera Soto, fraternalmente.

DESDE que leí aquí en Nueva York, hace poco más de un año, la *Santa Gabriela Mistral* de Benjamín Carrión, me puse a darle vueltas al noble y amoroso título. Así la encontré, angélica por la generosidad y arcangélica por el ímpetu, cuando en 1929 fui a vivir a su casa de Bédarrides. En su pseudónimo vi, desde entonces, a San Gabriel, y la furia del viento. También la sentí, y siempre la seguí sintiendo, esfinge, sibila, pitonisa y euménide, por lo que en ella había de misterio, de trágico augurio y de ardimiento. De su palabra emanaba fuerte ternura, y "pasión y alarido" de sus ojos. Al leer, años más tarde, que Unamuno llamaba "padraza" a la santa de Ávila y "madrecito" a San Juan de la Cruz, yo llamé de igual manera a la chilena y a José Martí, dos de mis más permanentes devociones. Fundadora incansable lo fue también Gabriela —su descanso era el pelear—, de escuela en escuela y de empresa en empresa por sobre riscos y mares, con pobre y rápida ropa para el largo y humilde peregrinaje. Juan Larrea vio un día a Santiago montado en el caballo de crines rubias que llevó a Martí a la buena muerte en la llanura de Dos Ríos, y cabalgando hacia los mismos fines vi yo, siempre, a quien nunca dejó de ser y saberse su seguidora. Amó a los niños, curó a los enfermos, amparó a los desvalidos y defendió a quienes sufrían persecución de la justicia y de la injusticia. Así la oí, de cerca y de lejos, en Temuco, en México, en Avignon, en Madrid, en Lisboa, en Oporto, en horas aciagas y en horas andantes de nuestra época. La supe, como Sancho a Don Quijote, quinta o sexta nieta de rey ¡y de qué reyes! Vivió entre garfios, conoció la tragedia y la calumnia, y en las heridas de Cristo halló su consuelo. Cuando recordé que Rodó llamó

"Cristo a la jineta" al hombre de Cervantes, inevitablemente llamé "Santa a la jineta" a la mujer de América.

Ese es el camino que me condujo a titular así estas páginas.

Proviene de la correspondencia que sostuve desde París, Bédarrides, Marsella y Montpellier, de 1928 a 1930, con mi fraternal amigo Octavio Rivera Soto, compañero de estudios y de ideales políticos en la Escuela Nacional Preparatoria y en la de Jurisprudencia de México, hoy brillante abogado y hombre de pro en Mazatlán, quien en 1947, a mi paso por el lindo puerto, me reveló que había tenido la cordial ocurrencia de conservar mis cartas; así como del diario que escribí en la *Villa Saint-Louis* de Bédarrides, en donde viví del 18 de abril al 8 de agosto de 1929. De la correspondencia no he publicado nada antes de ahora; y, en cuanto al diario, leí parte de éstos y de otros fragmentos en San Germán de Puerto Rico, el 31 de agosto de 1957, ante el Octavo Congreso Internacional de Literatura Iberoamericana, y aparecerán en su *Memoria*. Cubren, pues, un corto espacio de la vida de Gabriela, y dan sólo un aspecto limitado e incompleto de lo que he escrito sobre ella. Mejor situados quedarían si estuvieran acompañados, cuando menos, de mi "En torno a Gabriela Mistral", publicado en *Cuadernos Americanos* de México en marzo-abril de 1946, y reproducido en mis *Pláticas hispanoamericanas*, México, Fondo de Cultura Económica, Tezontle, 1951, y de los artículos que con el título de "La quinta de Gabriela Mistral" reunió Jorge Carrera Andrade en su libro *Rostros y climas*, París, Maison de l'Amérique Latine, 1948, a los que ya he calificado, por simple justicia, de preciosos. Y mucho agregaría para el conocimiento de esta etapa, la correspondencia que entonces llevó Gabriela con Benjamín Carrión, de la que sólo conocemos el mínimo que él incorporó en su *Santa Gabriela Mistral*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1956, y la que, sin duda, conserva Palma Guillén de Nicolau d'Olwer, la hermana mexicana de Gabriela, nuestra admirada maestra de la Preparatoria y noble amiga de siempre. En cuanto a los temas tocados aquí, tienen también proyección biográfica importante en las cartas que con la poetisa me crucé después de haber dejado su casa y tras de nuestro encuentro de 1933 en Madrid, que se publicarán algún día.

En ocasiones anteriores he contado cómo se hizo nuestra amistad, y hoy cabe reproducir lo indispensable. Estudiante activo en la lucha contra la reelección del general Álvaro Obregón

para la presidencia de la República, salí de México rumbo a Francia, vía Inglaterra, en abril de 1928. Meses después llegó a París el poeta Carlos Pellicer, tabasqueño como yo, hijo de familia tradicionalmente unida a la mía, a quien leía desde mi adolescencia, y nos hicimos amigos. Vivía yo en el Barrio Latino, de una modesta mensualidad que me pasaba mi madre, en compañía de mis inolvidables compatriotas Elpidio y Aurelio Montes de Oca, leyendo mucho, trasnochando algo, mal comiendo en los baratos restorancitos de la Rue Victor Cousin, en mayor virtud de la que contábamos, con el espíritu y el cuerpo dañados por una hiperestesia deliberadamente romántica, de la que los ejes eran la patria ausente y convulsionada y amores ardientes y contrariados. El clima de París, funesto para todos los hijos del sol de América, se sumaba para hacernos soñar con el del Mediodía. En eso estuvo Gabriela, de visita, en París, y Pellicer, a quien ella mucho admiraba y quería, me llevó a conocerla. Selló nuestra amistad un ejemplar, recién impreso, del *Romancero gitano* de García Lorca, que le dediqué. A sugerencia de mi coterráneo, me invitó a pasar una temporada en su casa de Bédarrides, entre Avignon y Orange, e insistió por carta ya cuando nuestro amigo andaba en otro de sus viajes por el Cercano Oriente. Me costó no poco trabajo vencer mi timidez de muchacho crecido en un ambiente recoleto, y mi independencia de hijo único de viuda y hermano menor de dos hermanas, pero me decidieron la ansiosa búsqueda de cariño y reposo familiares y, como al Marqués de Bradomín y a todos los muchachos de la edad, la urgencia de librarme de un amor, literalmente desgraciado, por una pastelerita del Boulevard Saint-Michel. El expreso nocturno de Avignon y el diurno de Bédarrides cambiaron el panorama, pero no, naturalmente, los conflictos que son la razón y la sal de esos años.

En la *Villa Saint-Louis* recibí de Gabriela —como aquí se verá— una hospitalidad tan caudalosa que me hizo el segundo dueño de su casa. Tanta largueza se explica por el sentido misionero de Gabriela, en plena acción al querer salvar del mundo a un muchacho expuesto a los *parises*, y por su agradecimiento a México, país con el que creía tener una deuda que se empeñó en pagar hasta su muerte, y de la que entonces me tocó a mí ser el afortunado beneficiario. También a su condición de mujer sola, confidencial y desdichada, deseosa de rodearse de afectos que casi siempre le produjeron más problemas que satisfaccio-

nes. Jamás me aceptó la menor contribución para los gastos de la casa, y sólo aprovechando su distracción pude corresponder en mínima escala tanta nobleza. Pero su bondad no paró en abrirme de par en par las puertas de su hogar, sino que me pidió que a él llevara a los amigos míos que pasaban por angustias ciertas, me orientó diariamente en mis lecturas hispanoamericanas, se consagró a apartarme de lo que llamaba "el mesianismo" sugiriéndome y empujándome a soluciones sensatas de mi mañana inmediato, y aun apoyando mis más fantásticos proyectos.

Por allí, por su bondad ejecutiva y directora, tenían que empezar nuestras dificultades. Mujer soltera de cuarenta años, maestra de escuela, y yo joven rebelde y voluntarioso de veintidós, vanidoso hasta la soberbia, empezamos pronto a divergir, luego a discutir y por fin a pelear. El *casus belli* fueron mis amores, más inocentes de lo que ella creía, con una niña de la localidad, en los que previó riesgos, entre otros el del matrimonio inconveniente, y de los que me salvaron su vigilancia y su severidad maternas.

Si todo esto me hubiera ocurrido con persona común, no tendría para qué publicarse. No me hombreo aquí, pues, con la ilustre mujer de quien, por azar, llegué a ser amigo. Este capítulo no puede llamarse, en consecuencia, "Gabriela Mistral y yo", lo que sería un desacato, sino que la presenta a contraluz de la casual intimidad que con ella tuve. Es indudable que entonces no me di entera cuenta de las proporciones, pero también lo es que ya las barruntaba yo. La prueba está en que tan pronto releí el *Diario de Bucaramanga* de Perú de Lacroix, comprado en París y llevado a Bédarrides en mis baúles de libros, decidí hacer el mío: si él dejó su testimonio sobre Bolívar —me dije—, yo debía dejar el mío sobre Gabriela Mistral. Aun en los momentos más crudos de la discusión íntima, alguno de los cuales doy aquí, destaca mi admiración por ella. El diario comienza en el momento en que supimos la muerte de la madre de Gabriela, porque en tan doloroso trance sentí más su grandeza, y coincide con la llegada de Carrera Andrade, quien con César Arroyo nos llevó la trágica noticia. Dos escritores pueden llevarse bien —he comentado en otra parte—, y aun muchos, pero no tres. Se formó así un triángulo isóceles, en el que Gabriela era la arista mayor, la de resistencia, y nosotros —Carrera Andrade nacido cuatro años antes que yo, y ya en los comienzos de su gran prestigio literario— las dos más pequeñas, casi iguales,

aliadas en las cuentas alegres de la juventud. Quiero también subrayar aquí que la correspondencia con Rivera Soto estuvo casi totalmente dedicada a Gabriela desde el día de mi llegada a su casa, y muestra, como el diario, tanto mi admiración por los grandes valores de Gabriela como mi incompreensión por cuanto en ella me parecía extraño y peregrino. Para mi tranquilidad de conciencia, en suma, tengo la seguridad de que no escribí sobre ella por simple profesionalismo literario, ni menos por puro propósito polémico.

Su influencia es tan evidente que desde la primera carta ya usaba yo, a menudo, sus palabras. "Nada de mieles estorbosas", "yo me creo", "en plena baba romántica", "cual un poste", algunas veces con comillas y otras abusivamente sin ellas, se cuentan entre las que repetía el joven que la miraba con tanto espíritu crítico como embeleso. Su obsesión de la lucha americana de razas, su exagerada mitología de la tierra y de la sangre, tan insistentes en su plática y en su obra, se acoplaron muy fácilmente con las parecidas preocupaciones, muy de época, que llevaba yo de México. Sobre mi "vasquismo" también he contado ya que ella fue quien la desencadenó, porque yo nunca le oí decir a mi padre de dónde vino mi tatarabuelo, sino que fue mi pintoresco y brillante profesor de Derecho Romano de la Universidad de México, don Francisco de Paula Herrasti, quien por primera vez dio en el clavo de esos orígenes. Gabriela, empeñada en darme el mismo suyo, me contestaba a otras leyendas o historias que yo le decía: "Déjese de leseras, muchacho. Era vasco". En la dolorosa y desmesurada desazón política que yo llevaba de mi patria engarzó, también muy rápidamente, la desilusión que, en ese momento, ella sufría en cuanto a toda América. Antes de conocerla yo no había escrito más que ataques contra los Estados Unidos, y es evidente que el interés por visitarlos que allí me apareció se debe a ella, aparte de la *Historia* de H. G. Wells que en París despertó mi curiosidad por nuestros vecinos y por China, y que aumentó la que *Los tiempos nuevos* de José Ingenieros me produjeron, desde México, por Rusia. Su hispanismo de esas semanas se mezcló, haciendo crecer el denominador español, con el de mi nacido en la adolescencia a través del hispanoamericanismo de Vasconcelos, de cerca, y de Alfonso Reyes, Rufino Blanco-Fombona y otros escritores, de lejos, bien enlazado con el mejor indigenismo que recogimos en la Revolución Mexicana quienes somos su hijos. El tratamiento

familiar que le doy a don José Vasconcelos es también obra de Gabriela: lo mencionaba a todas horas para ensalzarlo o combatirlo, en el mismo momento en que yo vivía en un diálogo directo de afirmaciones y negaciones con mis más íntimos amigos de México, que militaban, en inmensa mayoría, en sus filas o en las también rebeldes de Gilberto Valenzuela. Hasta la tesis del tono otoñal de nuestra altiplanicie, de la que hablo a Rivera Soto, la aprendí de Gabriela, leyendo juntos a don Pedro Henríquez Ureña. Se la oye en cuanto digo sobre la literatura hispanoamericana y aun sobre la mexicana: comentábamos con entusiasmo a don Mariano Azuela —a quien yo había leído y aun había tratado de seguir en México—, a Martín Luis Guzmán —que estaba en España y a quien Gabriela había escogido, como a Blanco-Fombona, para que me respaldara con un prólogo— y a José Eustasio Rivera, que es el único que aparece citado en estos trozos. No mencionamos a Rómulo Gallegos porque precisamente en la fecha de nuestras pláticas publicó su *gran Doña Bárbara*: a mí me tocó reanudar en Madrid, años después, la amistad de la chilena y el venezolano, y ella y yo aprendimos entonces, juntos, a quererlo y estimarlo. No cabe duda de que en aquel ambiente provenzal sazonado por los amores de los jóvenes, que a veces recuerda a un Daudet tierno y en otras a un Raimu cómico, se la siente a toda hora, de bulto o por contragolpe, cuando nosotros nos solazábamos con cuanto ella abominaba. Su huella en mí fue inmensa y definitiva.

Quedan a la vista, claro está, algunas divergencias fundamentales, en primer término la religiosa. Educada en la fe católica, muy dentro de ella aunque no sin batallas; nieto yo de mexicanos liberales e hijo de profesor de filosofía positivista; y Carrera Andrade ya en postura más avanzada, no había atadizo posible entre nosotros. No sabía Gabriela cómo vencer esa distancia en lo que era la esencia de su personalidad. En cuanto a mí, barajaba yo las palabras catolicismo, misticismo, iluminismo judaico sin saber lo que significaban. Mi ignorancia dolerá a quien la vea; y lo admirable es que, sufriendola ella todos los días, nunca abandonó su propósito de redención. Sobre sus previsiones y advertencias hay algo, que me importa mucho, en versos que escribió tiempo después.

Un grave error, o más bien una arteria, será tomar estas páginas como una denuncia de sus contradicciones. No las hay, si bien se mira. Ella lo que defendía era el bien, en todas sus



Gabriela Mistral en 1929.



Jorge Carrera Andrade y Andrés Iduarte en la casa de Gabriela en Bédarrides, Francia.



Iduarte con el hijo adoptivo de Gabriela.

formas, y su enemigo era la injusticia, bajo cualquiera de sus envolturas. Usó indistintamente la flecha para los españoles despreciadores del indio y sus culturas, y el arcabuz para quienes allá o aquí negaban cuanto de vital y creador hay en España. Era, como Sarmiento, porteña en las provincias y provinciana en Buenos Aires y, como Rubén Darío, española en América y americana en España; pero no con propósito confesado de suma y armonía, sino en línea de batalla. La integración la llevaba por dentro, aunque se calificara de "batido difícil de entender". Por fuera, de inmediato, lo que quería era descabezar al mal adversario que mutilaba el espíritu del bien y nuestra cultura común. A veces atribuía diabólicas intenciones a quienes no las tenían, creía ver a Caín donde estaba Abel, sólo para poder guerrear. Lo permanente en ella es la defensa del débil, del vencido, del más desgraciado, y eso explica su indigenismo militante, recrudescido en España años después; pero cuando el español era la víctima —como en el caso de los niños desamparados y de los profesores exiliados en 1939— presta estaba su mano para proteger y su puño para pegar. A veces la arremetida la llevaba demasiado lejos, tomando los molinos de viento por gigantes. Esto es lo que no pueden entender los que viven agazapados en trincheras enanas, incapaces de sentir el bien y la justicia tan arrolladora y magnánimamente como ella los sentía.

Aquí se encontrarán, pues, como en otros papeles suyos, frases desproporcionadas por su agresividad, de efecto a menudo contraproducente. Tómenselas como lo que son, como fruto de emociones ardientes e invencibles. Más que expresión de su pensamiento, de su doctrina, son una imagen de su carácter. Hablaba contra Bolívar, porque yo era bolivarista —lo que sigo siendo, de otro modo—; contra el indigenismo, porque Carrera Andrade lo sostenía; contra la URSS, porque uno de nuestros huéspedes creía a pie juntillas en ella; y contra Francia porque entre franceses vivía, como después contra España, Portugal, los Estados Unidos y el Brasil, y aun contra México, Cuba, Puerto Rico y su propia tierra chilena, que fueron el amor de sus amores; contra quienes más la querían, contra los que más amaba, porque le dolían sus fallas; y siempre contra sí misma, lo que la hizo vivir en interna guerra civil, despedazándose y renaciendo, en superación agónica y sin reposo.

A pesar de todo lo adelantado, me ha costado no poco esfuerzo llegar a publicar estas páginas. No encierran todo el

entendimiento —salta a la vista— que después tuve por Gabriela, y contienen palabras de juventud que luego no hubiera dicho, o que hubieran sido más contenidas y juiciosas. Aun habida cuenta de los años que tenía yo entonces, me desagradan también numerosos amaneramientos y, entre ellos, tantos innecesarios galicismos. La cursilería apostólica, la simulación de una experiencia mundana que no tenía en absoluto, opiniones lapidarias sobre lo que apenas superficialmente conocía —entre otras, las que se refieren a Chile, país al que quiero y admiro y del que sólo sabía yo lo que Gabriela me enseñaba y lo que había leído en los libros de don Carlos Pereyra—, un nietzscheanismo sin Nietzsche, los ojos cerrados ante el maravilloso paisaje provenzal y el genial pueblo francés que no aprendí a estimar hasta visitas posteriores, la orgullosa y empecinada desobediencia a la dueña de la casa, y otras calamidades propias de la edad, pero no por eso perdonables, me molestan más a cada nueva lectura. Me hago una pregunta, en busca de consuelo, y no lo encuentro: "¿soy yo aquél?" Ojalá pudiera contestar que no, o que muy poco. Pero la respuesta es otra: "Bastante, quizá mucho, casi del todo". Genio y figura, hasta la sepultura. Me excusa solamente decir que con profundo disgusto mío y, acaso, que así, en la comparación desnuda, queda ante los ojos la superioridad humana y extrahumana de quien tan graciosamente nos cobijaba en ella.

A manera de ritornelo, imperioso y obligatorio, repito aquí palabras ya escritas. . . Poderosamente pensaba y hablaba Gabriela, alzada la espada arcangélica sobre la cabeza del pujante corcel de fuego de sus sentimientos y de sus emociones. Combatía contra esto y aquello, contra cuanto creía anticristiano y demoníaco, le saliera al frente, o por la izquierda o por la derecha, o tuviera que revolverse y desandar sus más largas y firmes embestidas. Repaso nostálgicamente, con la madurez, con la perspectiva de treinta años, cuanto me decía; vuelvo a leer cuanto escribió, a oír cuanto dijo, a tocar cuanto hizo; y entiendo, mejor que entonces, que cumplía enérgica y valientemente su fe de misionera. Quería mi bien, el de quienes la rodeábamos, el de los que estaban lejos, el de nuestra América en primer término, el de todos, y hacia él nos empujaba con voz de mando.

Es la voz que le seguimos oyendo quienes tuvimos el privilegio de tenerla cerca.

París, a 9 de abril de 1929.

Muy querido hermano:

Supongo que mi familia te habrá dicho que me voy a pasar una temporada en la casa de la Mistral, en Avignon. Carlos Pellicer me presentó con ella, hicimos buena amistad y me invitó a ir *chez elle*. Lo necesito. Hoy cumpla un año de estar en París y, si no me equivoco, estoy físicamente peor. París agota y enerva. No me he ido porque estoy esperando la consulta del médico. Sería imprudente hacerlo. Esto del intestino ya me trae loco. No me han repetido aquellos cólicos pavorosos de los años pasados, pero no se me quita la molestia, esta molestia indefinible. O es apendicitis crónica, o es una enfermedad hepática, o es úlcera en el estómago. Lo que sí sé es que necesito ponerme en cura. Consolidarme físicamente. Me parece que es tiempo de aconsejarte a ti lo mismo. Somos pujantes espiritualmente, no somos ni seremos abogados a secas y menos literatueros, y nos estamos olvidando de que sin base corporal fracasaremos de todo a todo. Desde hoy empiezo mi restablecimiento físico. Creo que la Provenza me hará mucho bien. Haré gimnasia. Vuelva a París o no vuelva, recibiré —me empeñaré en ello— menos impresiones intelectuales y no volveré a amar a ninguna. Todo esto no sirve sino para *gaspillar* las energías e ir hacia la fatiga prematura. Por mí, esto lleva camino. Cuando menos las intenciones son sanas. Uno de mis anhelos es empezar a comer sanamente en casa de Gabriela: esta comida de restorán es positivamente pavorosa. He soportado el veneno francés durante un año.

En Bédarrides, a 27 de abril de 1929.

Hace diez, quince días —no puedo precisar— que no te pongo una letra. Culpable de ello fue mi viaje a esta tierra luminosa del Mediodía, que me quitó mucho tiempo y mucha tranquilidad cuando en París me puse a prepararlo, al grado de que me enmarañó mis últimos días lutecianos; y que me ha proporcionado ahora una calma tan grande, tan acariciadora, que se me pasan los días sin cumplir con mis deberes, y lo que es más significativo, sin cumplir con mis gustos, como es el de escribirte. Escucha, pues, la historia de este *movimiento* y date cuenta de lo que significa en mi vida.

París ya era insoportable para mí. Ya no me aguantaba en él. Mil cosas me molestaban, alguna cosa me enfurecía: la del Boulevard St. Michel. No podía pasar sin toparme con la vieja miserable Mlle. R., o sin ver a la que idealicé. No podía ir a la librería Picart, por no ver la pastelería; ni a la zapatería, por lo mismo; ni a mil partes más. Todos me hablaban de eso, todos me preguntaban por eso. A Lucienne no la quise nunca, lo garantizo: todo fue pura pasión. Pero la herida apenas cicatrizada se abría a cada tallón. Todo eso me obligó a dejar de pasar por el Boulevard.

Cansado de París, en todos sentidos, tomé este rumbo. De mi vida en estos lugares te contaré en la próxima. Estoy muy contento. Estoy curándome: como sabrás, el médico me diagnosticó una colitis: felizmente, no es úlcera, ni hepatismo, ni apendicitis. Si Dios quiere, saldré de aquí gordo y sabio, pues estoy leyendo mucho y muy ordenadamente.

No digas a nadie el nombre de este pueblo. Gabriela no quiere que se sepa donde vive. La asedian los periodistas y eso lastima su sencillez. Si cuentas a alguien, diles que estoy en Avignon.

Bédarrides, a 13 de mayo de 1929

En mi pasada carta, que te envié hace quince días, cuando mucho, te contaba por qué había decidido venir a *repastarme* a la Provenza, consignando como primera razón la necesidad de descanso de urbe. También te dije lo que hice y pasé en mis últimos días parisienses. Y en eso me quedé: a esta carta le toca llevar una reseña de cómo me las arreglo en esta pequeña aldea francesa.

Dentro de la casa todo marcha bien. La *Villa Saint-Louis* es una quinta bastante bonita. Tiene un enorme jardín con el encanto supremo de no estar cultivado con excesivo esmero, lleno de herbazales en donde tenderse. El edificio, esto es, la casa propiamente dicha, está bastante buena. Hay de todo lo que el más exigente pueda pedir. Hay *confort*. La gente es agradable. La gente está integrada por la dueña, Gabriela Mistral; por su sobrina, una chilena que lleva el nombre de Pradera, románticamente: como ves, ahora me persigue hasta en nombre de mujer lo campestre, lo bucólico; por un chiquillo de cuatro años, hijo de una amiga de Gabriela que lo ha encargado a ella porque está

enferma del pecho y curándose en Suiza, que ha logrado despertar mis escondidos instintos paternos; la criada, una vieja francesa con quien no me meto casi en absoluto; y mi huesosa humanidad.

Gabriela vale indudablemente. Temí, antes de venir, que la intimidad matara la admiración y la simpatía, porque como es viejo, los héroes no son héroes para los que los ven a un metro de distancia durante varios meses. Gabriela sí vale. Es en lo personal, además, franquísima, y no tiene nada de mieles estorbosas. Llama a las cosas por su nombre. No se anda con remilgos para exponerle a uno sus ideas opuestas. Todo lo cual se explica porque nació en uno de los países menos enfermos del continente, porque su tradición cultural —de ella personalmente— es la española, y porque es descendiente de vascos, raza neta y clara a la que probablemente pertenezco también, como Unamuno, Maeztu, Baroja y San Ignacio de Loyola. No podrá decirse que me mal acompaño: mira qué chorro de nombres al lado del mío! Y falta uno: Don Quijote Bolívar! Claro que hay puntos en que Gabriela y yo estamos a mil leguas, y a pesar de la distancia que hay entre su edad y la mía y, sobre todo, entre su preparación y la de este tu servidor humilde, hemos chocado hasta sacar chispas algunas veces. Por ejemplo, no concibe la violencia y prueba la idea nietzscheana con que concibo el bien. Fue educada en la religión católica y aún se la puede oír noche a noche rezar con unción. Anda también en error cuando cree en el misticismo, que no acepto, a pesar de que no soy modesto. Yo me creo, como todas o casi todas las escritoras de peso, ella es una mística. Fíjate en lo que escribe y advertirás allí mucho de la prosa de Santa Teresa. Esos retorcimientos de estilo son de místico, inevitablemente; retorcimientos de llama aspirante a lamer los pies de Dios. Yo, que cerebralmente quiero ser perfectamente terrenal, me separo de ella en ese punto. Por lo demás, nos ligan el criterio sobre las cosas de nuestra pobre América: nos damos cuenta del abismo en que están aquellas tierras y no creemos en la *raza cósmica* de la que tan ingenuamente hablaba Vasconcelos.

Paso con ella ratos agradabilísimos charlando de lo humano y de lo divino. En lo humano, tiene sus estrecheces de criterio, cosa naturalísima en quien no casó: imposible raspar esos prejuicios. En lo divino se excede, como que es mística, y cree aún en los milagros y las inspiraciones: en esto no ha podido dejar

de ser americana. Su sobrina no corre peligro de que yo me enamore de ella. Es muy callada y como se ha dado cuenta de que no me subleva, se ha puesto conmigo excesivamente seria. Mejor, mejor, porque Gabriela me advirtió de antemano que yo fuera con ella "cual un poste" en virtud de que la chica está "en plena baba romántica". Yo me he portado, siguiendo sus indicaciones, mejor que cualquier pedazo de palo.

El Llinllin, como se apoda el chiquillo, es el centro de la casa: vive jugando con todo el mundo y está muy consentido: es buena raza: catalán. Y por ello inteligente y vivísimo. Me ha hecho diabluras enormes: estuvo a punto de destrozarme el retrato de mi mamá, que tomó de mi mesa de trabajo. Sólo rompió el marco. No hemos tenido otras dificultades. Hablamos en francés pues él pasó en París sus primeros años y apenas si entiende el español. No sé por qué complejo sentimental la he dado en sentirme su papá. De veras: no es chanza. De modo que no estoy mal acompañado.

Cada semana voy a Avignon. La ciudad ex-papal, después de que yo la pasee sistemáticamente, se va a merecer un diseño epistolar que te enviaré. Hasta ahora sólo puedo decirte que su aire es simpático. Las mujeres, como las de toda *La Isla de los Pingüinos*, guapas, tentadoras y agradabilísimas. Sin embargo, no tienen la elegancia de las parisienses, ni siquiera de las obre-ritas de París. Eso de la línea es clásico de "la villa divina e infernal". Creo que en ninguna otra parte me hallaré con esa esbeltez y que habré de vivir añorándola. Las perspectivas del Ródano, maravillosas. El viejo puente Saint-Benezet, semidestruído por los años, guarda la belleza escondida en sus arrugas, pues data del xiv. Contemplado desde la otra orilla del Ródano, y encajándola en la grandiosa reciedumbre del Palacio Papal, tienes un conjunto estupendo de líneas.

Y hablemos del pueblo: de Bédarrides. No tiene arriba de mil quinientos habitantes. Lo que quiere decir que como pueblo no tiene nada de particular. De modo que casi no salgo: permanezco encerrado, leyendo o jugando en el jardín. Leyendo en estos días, nada más, porque aunque hay muy buen sol sopla ferozmente el mistral, viento huracanado que sacude la casa con espanto mío y de la dueña de su nombre. Las niñas de Bédarrides se han perfilado para curarme del lucianismo. La hija del jefe de la Estación tuvo y tiene conmigo sus chicoleos. Te advierto que mi llegada al pueblo causó sensación en ocho leguas

a la redonda: tengo el prestigio y la atracción de lo exótico. Saben que soy ¡pavor! nada menos que *mexicain!* Aquí sólo tienen noticia de otro hombre venido de ese mundo de espanto y misterio: *Armilitá Shicó*, como ellos dicen por el torero que próximamente iré a conocer y a abrazar a Nimes, en donde lidiará tres torazos españoles. ¡Mira qué amigos me estoy haciendo! Pues sí: las niñas de la localidad han venido a espiarme diariamente, me hacen mil monerías y si no fuera porque Gabriela me hospeda en su casa y esto traería indudablemente complicaciones... Sigo con la chica de la *Gare*: la muchacha se fue a Avignon dos veces conmigo y ya estaba a punto de proponerle que un día en vez de ir al Conservatorio donde estudia música celestial me acompañara al cine, cuando su señor padre se enteró del caso y me hizo saber, textualmente, que "no estaba yo en París". Ha habido urgencia de dejar las cosas a medias, porque tengo horror de las complicaciones, sobre todo porque ellas perjudicarían a Gabriela. Hoy me topé a la chica cuando menos se lo esperaba. Iba —cosa de égloga— a buscar agua a la fuente, con su cántaro *sur la tête*. No portaba medias y la ropa la llevaba *más arriba de la mitad del muslo!* (Lo de andar con las piernas al aire no era campesino, pero se lo perdoné y se lo agradecí estéticamente). Por poco me caigo cuando la vi: recibí en pleno seso un golpe de sangre. No pienso casi en el pecado: por eso mismo éste cayó de súbito y con honda fuerza sobre mí. Le cargué el cántaro y la acompañé hasta su casa. Y allí le dije adiós. Me desagradó que su encanto campesino lo echaba a perder una bufanda de seda, encargada a París, que se anudaba al cuello. Se lo dije y se la quitó. A la chica le gusto y mi misma indiferencia —que sabe que no es por frialdad, pues ella ha visto en las llamaradas de mis ojos toda la selva tropical tabasqueña— la acicatea. Pero he tomado horror a los líos... Hay otra chica, amiga de la casa, con un par de ojos estupendos, olorosa a campo, que ayuda a coser a la costurera del pueblo. Juega pelota conmigo, casi todas las tardes. Ya empezaron las miradas. ¿Por qué demonio no podrá uno vivir tranquilo? Dejo al tiempo que decida, único sabio en amores.

Estoy estudiando mucho. Ya hacía falta. En París no flojeaba yo, pero la sola ciudad, ruidosa y mundana, bastaba para robarme un poco de atención y un mucho de calma. Aquí me sobrarían ambas si no tuviera yo, en virtud de mis cosas personales, la música por dentro. De cualquier modo me estoy emparejando.

Bédarrides, a 19 de mayo de 1929.

... Encargo: me interesaría tener *La Vida Literaria en México*, de Urbina. Envíamelo a París. Y envíame la *Historia de la Literatura Mexicana* que acaba de publicar González Peña... Porque como es probable que vaya a Vichy acompañando a Gabriela, he decidido que las cosas ya no vengan aquí, sino otra vez allá. Vichy está más cerca de París que este polblacho.

Lo conveniente, para la realización de ulteriores planes, es que yo me quede aquí hasta después de febrero. Antes de regresar, quisiera visitar España, centro de mi cultura de mañana. Y pasar por los Estados Unidos a mi retorno, experiencia humana sin precedente. Necesito, pues, dinero para cuatro meses de 1930, para mi viaje a España y para mi regreso. Si no, no iré a España y regresaré a México *a nado* o ya veremos cómo. Dios dirá. Tengo también la probabilidad de ahorrar dinero, pues como sabes Gabriela no me acepta un centavo. A pesar de todo lo que la estimo, se me hace difícil seguir así. En fin, a eso sólo accedería buscando arreglo. De modo que lo que yo deseo es continuar diez o doce meses más en Europa...

Bédarrides, a 18 de junio de 1929.

Gabriela me tiene bastante afecto y se preocupa hondamente por mi problema. En general, por el de todos los mexicanos, país el nuestro al que quiere sobremanera. Es de las que están de acuerdo en que yo me haga marino. Opina que esa profesión internacional se compagina con mi individualismo. Entrar a la escuela naval francesa, ha quedado descartado, porque se exige la pérdida de la nacionalidad de origen. Ahora se ha dirigido a sus amigos influyentes de España pidiendo detalles de la manera de hacerse allá oficial de marina siendo mexicano. Es probable que con la influencia de Ramiro de Maeztu se me logre. Si se logra, creo que me decidiré. Tú comprendes que esto es para mí bastante doloroso, porque me condena a vivir lejos de mi familia y de mis amigos. Pero es carrera que no me cortará las alas, sino que me las agrandará, pues es para varones, y que me permitirá pintarle un violín a los tigres de dientes de sable, hoy desde el Índico, mañana desde el Mediterráneo, pasado desde el Antártico. Y estar allí listo para saltar, absolutamente limpio y perfectamente erguido,

a mi país, si él me necesita y si yo puedo ayudarlo fecundamente. Depende la cosa, por hoy, de lo que contesten de España y, después, de lo que diga mi familia. ¿Tú qué opinas?... Yo sé que así no podría yo darle a los míos la comodidad que ansío para ellos y sobre todo para la ancianidad de mi madre, tan buena y tan abnegada que debería llevarse, siquiera, el recuerdo de diez años de ventura y amplitud, ella que siempre ha vivido en estrechez y dificultad. Pero, hermano, si yo regreso a México lo probable es que me corten la cabeza o que me hagan la política de máquina neumática que allá tanto se acostumbra: el vacío. Y nada se solucionará con esto.

Decídetes a estudiar marina: te garantizo que los tiburones nos tratarán mejor que muchos politiqueros, y que trabajando científica y literariamente en el ambiente puro de los mares haremos más bien a México que pronunciando discursos en Donceles y el Factor. Claro que esto no es renuncia: es licencia. Nos salimos y nos independizamos, pero entendido que no viviremos jamás sin escribir a diario sobre México, y que iremos nuevamente cuando se pueda.

Bédarrides, a 3 de julio de 1929.

En mi poder tus cartas del 3 y del 13 de junio muerto. Voy a referirme a ellas. Hace —me parece— cerca de dos semanas que no te escribo. Perdón. He tenido ocupaciones, y emociones, y cavilaciones... Con motivo del arribo del joven poeta ecuatoriano Jorge Carrera Andrade a esta casa —y con otros motivos— se iniciaron, por vía de distracción, algunas actividades femeninas.

Doña Blanca de los Ríos de Lampérez, de la aristocracia española, escritora conocida, amiga de Gabriela, ha tomado de su cuenta mi pretensión a ingresar a la marina mercante española. Probablemente no podré aceptar las facilidades que se me dan. El Mediterráneo me entusiasmó y me dio la idea, pero el proyecto tiene sus *peros*. Viviría yo pobre, pues lo que se gana no es mucho, a menos que se consiguiera la ayuda de algún figurón español, cosa fácil pero que determina lo mismo que detesto: dependencia. En carta que acaba de escribir esta señora, dice que cree que llegaré a ser un Loti o un Conrad, al servicio "de Dios y de España" (!). Parece cosa de novela, y te juro que no tengo la intención de hacer cosa novelesca de mi vida.

No te rías ni digas: "¡éste sí que está más loco que yo!..." Nada de loco: cuerdísimo. De todos modos, esa puerta se me abre ya. Si todo se pone feo, ya tengo en España en donde vivir, en donde comer y en donde buscarme una salida de la incertidumbre. A lo mejor dentro de veinte años te conduzco en viaje de paseo al Japón, partiendo de Guaymas, cuando tú te llames el Presidente de la República, don Octavio Rivera Soto, y yo el almirante Andrés Iduarte. Gabriela dice que ya se me pasó el entusiasmo por la marina; y no es eso: es que no voy a abandonar así como así mi país; es que no me voy a resignar sonriente a no ver más que de tarde a mi madre; es que no me voy a lanzar contentísimo a la soledad del mar, al convento y al cuartel que es un barco. Pero —eso sí— antes de comulgar con ruedas de molino me pongo a desafiar huracanes y tifones.

Gabriela tiene otro proyecto: quiere presentarme con un gran amigo suyo de Puerto Rico, comerciante adinerado, para que, en caso dado, pueda voltear el rumbo hacia esas costas. No está de más. Pondré lo que esté de mi parte por abrirme esta otra salida. Por supuesto que mis salidas serían siempre salidas para ti. Proposición que te hago con la conciencia de que las tuyas son más aceptables: pero en alguna forma se ha de responder, ¡joven amigo!...

Las niñas de la Gare me siguen gustando que es una maldición. Con la venida de Carrera Andrade —buen poeta— se recrudecieron ciertas miradas. Él conoció a una chica, Regina. . . Pues Carrera, para buscar compañero, le dijo a la Regina que a mí me gustaba Germaine, y Regina contestó que estaba magnífico concertar la amistad. A la Pradera le dijo que yo me equivocaba, pues quien tenía simpatía por mí era la más hermosa, esto es, Paulette. Y que a ésa era a la que miraba yo. El demonio sepa qué pasa. Yo creo que confundo los nombres: pero, de meterme, me meto con cualquiera de ellas. Son muy presumidas y tienen razón. Son pequeñitas de cuerpo —no en exceso: mediano— con un desenfado ciudadano que me enloquece. Nunca van a la iglesia, sólo a los *dancings*, juegan tennis, y como aventura capital de su vida figura el hecho de que hace dos meses un *Monsieur*, tratante en caballos, más atolondrado que yo *à cause* de la contemplación de tan lindos cuerpecitos, violó la morada y se subió, a medianoche, hasta el cuarto de las dos prendas. Ellas gritaron, el papá —un viejo con bigotes tremendos— salió en calzoncillos y con un espantable bastón

golpeó al tratante en caballos. No aprovechó el lío para casarlo porque el tratante era y es casado. Lo acusaron y le sacaron una indemnización. Las dos niñas pasan la noche por esta *Villa*, cantando y deslizándose como ninfas por el césped del prado. Espero que alguien me vuelva a ayudar para meterme con ellas: yo no las abordo, porque tengo miedo a un desdén. Vale más ir sobre seguro. Si se realizan los amores, no sé qué sucederá...

Bédarrides, a 9 de julio de 1929.

...Ya tengo —¿te has fijado?— cerca de tres meses de habitar en esta hospitalaria casa de Gabriela. Llegué el 18 de abril a las dos de la tarde. Y aún no tengo fijado el día de mi partida. Todo lo cual indica que he pasado una bella temporada, que mi anfitriona está llena de méritos y que yo soy un hombre con la suficiente educación y "politesse" para dejar contentas a las gentes que me abren tan noblemente las puertas de su hogar. Puedo, pues, formular ya un juicio sobre la egregia poetisa, juicio que tiene que interesarte doblemente porque ella por sí sola interesa y porque a mi flaca persona tú la honras con tu estimación. Estas páginas serán, pues, el resumen de dos meses y medio de observación directa; y serán íntimas, porque van de un hermano a otro. Llevarán la verdad, pero la verdad sólo debe ser conocida por ti, pues la hospitalidad de Gabriela me veda de darla al público y ni siquiera a un círculo grande de amigos. Esta carta, pues, debes echarla bajo siete llaves y enseñarla, por partes, a mi familia y solamente a mi familia. No diré nada calumnioso ni indebido; pero lo que voy a decir lo digo sin tener en cuenta escrúpulos de gratitud o deber varonil que me impiden hablar del asunto, con esta franqueza, a otras gentes que también están dentro de mi corazón.

Me une con Gabriela una enorme confianza. Hablamos de lo humano y de lo divino. Conozco los amores de su juventud y el desarrollo de su gloriosa vida. Y ella sabe mis pecados amoratorios y mis excesos de pasión política. Todo, todo, todo... No le he ocultado mis defectos ni ella a mí los suyos, y nos los toleramos, aunque nos asestemos recíprocas palizas, porque ella cree que los míos son peores que los de ella, y viceversa. Por tanto, se deduce que nos conocemos hasta el tuétano. Es de raza vasca —su nombre es Lucila Godoy Alcayaga: apellidos euskaros: el "Gabriela Mistral" es un pseudónimo— lo que quiere

decir que es abierta y leal, y me parece que hasta brutal en su franqueza; y yo soy lo mismo, aunque sin brutalidad con las gentes a quienes quiero.

Los defectos que ella me señala —dejémosle la palabra— son la indisciplina y la presunción. Dice que soy un levantisco, que mi carácter no se explica sólo por la altivez sino que tengo un espíritu de proesta hecho carne y hecho manía. Dice que eso es muy personal mío, pero que México tiene algo de culpa en ello: no se te olvide que es chilena, del país militarizado y germanizado de América. También opina que mi altivez excesiva, como ella dice, obedece a la preocupación nietzscheana —con la que estoy muy contento, pues es la única que puede levantarnos en la virtud y en la fuerza e impedirnos ser laxos y derrotados— que, según ella, me ha hecho mucho mal. Ella dice que está en desacuerdo con eso pues desprecia enormemente al mundo, dice que ella y todos valemos *mugre* y que sólo el otro mundo puede salvarnos. Tristes efectos de su catolicismo cerrado. Catolicismo "sui géneris", pero cerrado. Y dice que soy presumido porque me gusta arreglarme. En París perdí un poco mi digno hábito de andar bien vestido y bien planchado. Pero aquí, que gasto menos y que vivo ordenadamente, he venido a recobrar la línea. Tú sabes que a mí se me conservan los trajes muy limpios y muy tiesos. Y a esto le llama Gabriela ser presumido. . . ¿Por qué? Por su misticismo, que le lleva a creer en el santo descuido de los religiosos y otras cosas celestiales de esta especie.

Y ahora sus defectos, que ya habrás empezado a adivinar con la exposición que ella hace de los míos. No sé si te parecerá duro. Lo que sí te garantizo es que seré justo, justísimo, y que en esta carta irá la imagen de Gabriela Mistral mejor que en la de cualquier biografía sobada y aliñada.

Pocas personas conozco yo tan coléricas como Gabriela. Ella —te lo anticipo— cree en el demonio. Cree que es una ráfaga de mal que sopla por el mundo y que al más bueno le llega intempestivamente. Así es como se sienten malos deseos sin motivo. Yo le he contestado que jamás he sentido ganas de hacer mal sin razón; que cuando me llega la rabia, es porque algo o alguien meneó mi entraña con fuego. Ella dice que miento: que sí lo he sentido, pero que no lo confieso. Repito que soy inocente de estas genialidades que sólo se le ocurren a ella y a su hermano Vasconcelos. Pues sí: dice que así siente al demonio, de repente. . . Ella cree que todos tenemos un

semejante lejano entre los animales: dice que mi figura —no mi alma— se parece a la del zorro, o a la del coyote, o a la de un animal de esa especie; y que la suya se parece a la de la lechuga. ¡Gran acierto!... ¿Qué conclusión saco de esto?... Que su misticismo la ha llevado al desprecio de todo lo terreno, a la incomprensión y a la intolerancia, a una especie de extra-humanidad, y ésta la hace grande como poetisa, pero muy difícil en lo personal.

Su germanofilia, muy chilena, la lleva a justificar el atentado incalificable contra Bélgica y enfurecerse porque la pobre Francia, muerta de hambre y amenazada de muerte, se niega a pagar la deuda enorme contraída con los yanquis. Yo le digo que legalmente tiene razón. Pero que si mi madre estuviera grave o amenazada de gravedad yo no le pagaría a mi deudor, temeroso de que ese dinero lo requiriera la dolencia de mi madre. Y ese es el caso de Francia. No debe pagar, puesto que no puede; y si puede, es su entrega a Alemania, pues ésta le caerá encima antes de cinco años.

(Cosas de la vida: en este momento llegan César Arroyo y Jorge Carrera a avisarle a Gabriela que su mamá murió ayer en Chile. La esperamos para darle la fatal noticia: está en Avignon haciendo compras, son las seis de la tarde y llegará a las nueve. En estas tres horas prepararemos la forma de decirle la fatal cosa. Yo, horrorizado y egoísta, he pensado en la mía! Y ante la desgracia horrible, he querido romper esta carta y no enviártela. Pero no he cometido ningún pecado y no tengo de qué arrepentirme. Gabriela en este momento va a sufrir un golpe terrible: sentimentalmente eso me hizo pensar en no mandar estas letras. Pero intelectualmente reacciono: en lo que vengo diciendo ¿tiene alguna importancia el triste acontecimiento?... No, ninguno. Si Gabriela muriera sería lo mismo. Yo pensaría la verdad y al pensarla la diría a mi noble hermano).

Ya no puedo seguir ordenadamente. Arroyo y Carrera me esperan: no sé cómo vamos a salir del aprieto. Pero debo terminar: Gabriela es una ilustre escritora, un espíritu selecto. Políticamente predica la abstención del intelectual: no es certera en su creencia social. Y sólo debe ser aceptada como poetisa y como escritora. Fuera de eso, no. De Vasconcelos señala los defectos y lo adora a un tiempo mismo. Dice que en méritos y en defectos ella y él se parecen mucho. Según Pellicer, es así. Y yo lo creo.

Y termino. Voy a hablar con Arroyo y con Carrera y

a ordenar que les den un bocado. Salieron de Marsella hace cuatro o cinco horas y han de tener hambre. Y a preparar cómo hemos de proceder. ¡Horrible cosa!... Me tiene esto nerviosísimo y casi no puedo ya ni pensar en otras cuestiones.

Del *Diario de Bédarrides*.

Jueves 11 de julio de 1929.

Hoy bajó Gabriela pasado el mediodía, como es de costumbre. Venía en traje negro, llevado con el descuido de siempre. En la cara la misma adustez, en la sonrisa la misma amargura. Nos sentamos a la mesa tres personas: ella, Carrera y yo. Y la Pradera y el Llinlli, aditamentos. Se comió como de costumbre y no dimos entrada al luto. Se habló de naderías y pequeñeces, hasta que el chico tomó un cuchillo con aire trágico y alarzó a los comensales. Yo dije que había sido un gesto el suyo netamente mexicano, y no catalán, y eso que el mocoso es de Barcelona. Corrigió Gabriela: "mexicano no, sino chileno": "ustedes, dijo, con la pistola; los de Chile con el cuchillo ¡y qué cuchillos!..." Insistí. ¿Cómo había yo de dejar a mi México tan solo, tan pobremente con la pistola?... La pistola, sí, pero el cuchillo, también. Gabriela opinó que *eso no es más que demonismo*. Se siguió hablando del Ecuador y de sus indios, y Carrera contó que se ha declarado el español idioma oficial en un país en que cincuenta mil hombres —y no más— son los que lo hablan, en tanto que la población india conserva su idioma natío. Hablé de la tris-teza del indio, y Gabriela corrigió:

—No, nada de triste el mexicano. Sombrío sí, pero triste no. Triste el quechuaimará y el quechua en especial. Los de ustedes, enigmáticos.

Yo seguí bordando el tema. Ella, como casi siempre en desacuerdo con lo que se dice, volvió a corregir.

Yo no sé cómo se habló de las poesías indias del Perú. Recuerdo ya: es que *Monde* trae unas traducciones de Gamaliel Churata y no sé qué otros señores. Gabriela nombró, como típico cultivador del paisaje de América, a Ventura García Calderón. Lo criticó Carrera; forzó Gabriela su buena opinión, cargándola.

A la hora del té hablamos de las lecturas de la adolescencia americana. Nos reímos de Carolina Invernizzo y de Carlota Braemé, y Gabriela azotó a Vargas Vila. ¡No hay novela en América!... Reconocimos la desgracia. Se citó a Barrios, el chileno, como excepción. Carrera elogió vigorosamente *La Vorágine* del colombiano Rivera. Con gusto recordamos la ñoñez de *María*, de Jorge Isaacs.

Deploré que en México no tuviéramos novela. Riendo recordó Carrera... [aquí un título y un nombre]...

—Eso se llama un cerebro reblandecido— juzgó, a palos, Gabriela.

Me defendí diciendo que estaba bien como bibliografía. Pero no me lo perdonó.

—¡El pobre...!

¿Por qué no se habrá dedicado a chofer? Hay tantos modos de disimular...

—¡Y no haber novela en México, a pesar de la Revolución! ¡Qué más tema que ése! Hay que cultivarlo, Andrés...

En la cena Gabriela calificó de decadentes a los indios que encontraron los conquistadores, y los ametalló. Carrera no defendió a los de México, pero aseguró que Atahualpa era más grande que todos los monarcas occidentales del tiempo.

Es la lucha de razas.

No sé por qué se habló de Bolívar. Yo lo ponderé y lo evoqué. Gabriela sigue creyendo—dijo— que a América más le convendría que sus jóvenes quisieran sembrar patatas y frijoles en vez de ansiar ser Bolívares. Ganas de contradecir y contrariar, porque no todos nacieron para la siembra y no todos los que tienen ambición de justicia política pecan teniéndola.

Después subió a acostarse. Nosotros hablamos en charla pecadora de juventud. Y en charla roja de mi país sangrante.

12 de julio. Viernes.

Ella sigue tan compacta como su estatua pétrea de mi capital: sin una grieta. Ha enseñado al chiquillo el nombre de la madre muerta y así se la recuerda entre cada fina gracia—catalanismo puro—del muchachillo diáfano. ¡Santa evocación!... Está escribiendo una semblanza de la anciana muerta.

No la he visto. En la mesa nos dijo hoy que es una semblanza sin melena romántica, muy diferente de la que hubiera escrito hace diez años —época de romanticismo condenado como puerta peligrosa e inútil.

Seguramente oyó en la mañana, desde su cuarto, en el que siempre pasa de las 8 a las 12 trabajando y jugando con la criatura, que yo hablaba de Bolívar, porque en la comida me preguntó si aún seguía la charla bolivariana con Carrera. Le dije que sí, y que con la lectura del *Diario de Bucaramanga* que acabo de hacer, mi bolivarismo ha crecido. "Lo considero —le dije— superior a Napoleón en todos aspectos, y el único americano indiscutiblemente genial". Lo censuró de romántico y aseguró que la América debió independizarse un siglo más tarde. Acepté, pero justifiqué a Bolívar libertador. Su papel, las circunstancias dadas, no era aislarse y huir, sino desempeñar el papel a que lo empujaba su genio. Y aseguré que no sólo fue un romántico, como ella cree: la visión profética de la carta de Jamaica, el conocimiento del propio suelo sentado en la Constitución de Bolivia, la convicción de la desdicha americana a la hora póstuma de Santa Marta.

—Sí era romántico. Si San Martín se queda, no pasa lo mismo.

Una frase tan parcial no es sino martinismo chileno, marca de país, surianismo cerrado. Se lo dije e insistí sobre la grandeza bolivariana.

Aceptó que hay muchas cosas del Libertador que ignora. Pero se irritó al hablar de su postrer frase: "Jesucristo, Don Quijote y yo hemos sido tres grandes majaderos". Yo cité que Fombona dice que "majaderos dijo para no decir redentores". Me dijo que es insolencia que Bolívar, con su gloria "de mugrecita de uña", pretenda hermanarse "con nuestro Señor". . . Yo opiné que la frase no tiene esa irreverencia. Insistió, con Carrera de su parte, y transigí en que la frase de Bolívar no debió haber tocado al Galileo. Pero lo justifiqué como agónico grito. Se rió de mi testarudez y yo me reí de la suya.

Con motivo de Bolívar volvió a criticarme el mesianismo. Yo le dije que ya era demasiado materialismo —caer en el otro extremo— el querer que todos sembráramos papas o guiáramos automóviles. Dice que no pide tanto: que lo que quiere es que todos los jóvenes de América tengan su oficio



Don Teodoro Aguilar, un acudalado portorriqueño; su esposa y una amiga; Gabriela Mistral de negro, en el centro y Andrés Iduarte, en Vichy, Francia, julio, 1929.



Carlos Pellicer y Andrés Iduarte en el Panthéon, París, 1929.

independiente y yo le dije que coincidíamos: prueba, mi probable ingreso a la marina española que ella me está gestionando. . . . Confesó que está pasando una crisis de reacción contra su vida romántica y su concepto místico, que no se podrá quitar.

La dirección de las ideas de Gabriela es admirable y pertenece al nuevo movimiento crítico y cuerdo de América; pero dada su amargura les pone un acíbar que cae, injusto, sobre todo lo que tiene ligero tinte de opuesto. Si esta mujer hubiera sido hombre, habría puesto en movimiento al mundo que habitara. No conozco actitud más combativa.

En la tarde se fue a Avignon a comprar sus ropas de luto. En la noche estuvo contenta y habló de Francia, lo que hace todos los días. Por eso, tales ideas se consignarán más tarde, en cualquier fecha. No hay minuto en que no raje y truene contra Voltaire, su enemigo.

13 de julio. Sábado.

En la comida se habló largamente del problema americano. Carrera atacó a España. Dijo que si aún seguíamos hundidos es porque continuamos en manejo y procedimiento hispano en manos del criollaje.

Yo le aseguré que no. Que en México figuran indistintamente indios y mestizos.

Me dijo que no conocía el caso mexicano. . . . Pero que la salvación de América estriba en los indios, ya que el criollaje y el mestizaje han fracasado.

Gabriela dijo:

—De la América, lo menos malo es el elemento blanco. Si se quitan eso ¿con qué se quedan? Las virtudes españolas que a veces encontré en México y en otros países son las únicas que hacen tener alguna esperanza. . . . Si no conservamos lo hispano y si no llevamos más sangre blanca, la América se hunde. Lo cual —ya lo sé— no es cura: pues la inmigración nórdica, de la Europa nórdica, que es la que quiero, es para que la América de hoy deje de serlo y pase a ser otra América.

Carrera insistió.

Gabriela dijo que ella

sí sabe las consecuencias del mestizaje, que a eso debe sus problemas interiores, sus titubeos. . .

Se acostó desde la tarde. Sigue haciendo la semblanza de la madre. Pero en el día no se habló de la señora porque yo me encargo de alejar esas charlas.

14 de julio. Domingo.

A las diez de la mañana se fue Gabriela a misa. Yo —herético— me quedé en la cama hasta esas horas.

En la comida, que hicimos bajo la sombra de un castaño, se habló de cosas ya tocadas aquí.

Hizo el elogio del topo. Hay una cantidad de topitos en el jardín, que tienen excavado todo el terreno, con perjuicio de los árboles y sobre todo de los rosales. Pero a Gabriela le gustan, le simpatizan, porque tienen una fina piel.

No sé de qué hablamos a la hora del té. El calor me tenía borracho. En la noche hubo una charla animada pero anárquica: *a cachirules*.

Recuerdo que en la mesa estuve leyendo el discurso de Bolívar al Congreso de Angostura, publicado por García Monge en *el Convivio*. Me lo tomó de la mano y me dijo que yo me encargaba de darle bolivarazos. No sabía que Bolívar era vasco: lo supo y le brillaron los ojos. Pensé y dije que tenía yo esperanzas de que siquiera por ese puente —ella es de ascendencia vasca— empezara a quererlo y admirarlo. Dice que no lo leerá, que cuando menos no tiene ningún deseo de enterarse, pero que un día puede antojársele; y yo reafirmé su idea diciendo que espero una inspiración de lo alto, pues ella es así como acierta y da en el blanco, con precisión maravillosa, y también así como desacierta en otras.

Como se ve, Gabriela tiene el hábito de atacar y de contradecir a las gentes. Me critica mi "espíritu de guerrilla", funesta consecuencia de México, según ella; y ella misma es la culpable de que éste se esté desarrollando. Con su temperamento agresivo, eso tiene que sobrevenir.

Por la noche nos llegó un nuevo visitante.

15 de julio. Lunes.

Conté algunos cuadritos. Nuestro visitante dijo que eso no pasa en la Dictadura del Proletariado.

—Pero ¡qué ingenuidad!

Así le contestó Gabriela, y se puso a injuriar a los bolcheviques. Aseguró que se mata todos los días, sin descanso, y que la sangre que Rusia ha derramado no se había derramado nunca en país alguno. Citó a la Cheka.

Insistió el visitante:

—Pero la Cheka dejó de existir en 1922. Y la G.P.U., aunque digan mil cosas, no es como la Cheka. Se expulsa a Siberia, pero no se asesina a diario. El fusilamiento de tres reos, ocurrido hace un mes en Moscú, ha conmovido a la sociedad y ha sido comunicado a todo el mundo. Prueba de que no es el pan de cada día.

Yo, ante la insistencia de Gabriela, pregunté:

—Pero ¿se mata de verdad tanto como antes?

—¡Cómo no! Lo que pasa es que ustedes no leen—, y citó a Averchenko y a todos los enemigos de la Rusia actual.

El nuevo huésped, comunista, aunque independiente de Rusia, afirmó sus ideas. Gabriela, por su parte, dijo horrores de las Repúblicas Soviéticas. Dijo que detesta el marxismo porque quiere que el hombre sea visto como cifra, y como estómago, y como brazo, y que viva sin el temor de lo sobrenatural. Que sin éste no hay moral posible y que los que así andan por el mundo tienen "moral de cerdos y bestias" . . .

Después se habló de todo, en desorden. Inconsignable charlar sin hilación . . . Mañana se reanudarán nuestras disputas, digo, nuestras charlas.

Bédarrides, a 15 de julio de 1929.

Hablemos de esta casa. La carta que te escribí la semana pasada me costó un gran esfuerzo enviártela. La tristeza de Gabriela ante la muerte de la madre, cuando Carrera y Arroyo le participaron esa noche la noticia, sus lágrimas, su abatimiento, me impelían a abrir el sobre y, siquiera, a dulcificar las palabras que sobre su carácter escribí. Pero no lo hice y se fue intacta, como había salido, porque lo que dije es verdad y por-

que era debilidad y pobreza espiritual el modificar un serio juicio por un simple accidente humano.

Gabriela sigue como siempre. Sintió a la madre, pero dada su rigidez y su concepto místico, no se ha agrietado. Lo acontecido la separa del mundo, "en el cual sólo Palma Guillén la quiere y sólo a Palma Guillén quiere ella"; y la hace más incomprendida. Tiene la fe de que su madre se salvará con sus oraciones y envía dinero a sus familiares, esto es, a su hermana Emelina, que está en Chile y atendió a la madre.

Carrera Andrade se ha quedado aquí nuevamente. Es indudablemente un compañero para mí. Charlamos de mujer y de pecado y vemos con ojos de hombre los problemas humanos. Somos terrenales. Cuando Gabriela habla de lo divino, esto es, cuando se pone admirable, la admiramos; cuando aborda lo humano, la atacamos. . . y olvidamos, adrede, que es Gabriela Mistral.

Que esto no te haga pensar que mis relaciones con ella se han hecho tirantes. Nada de eso: el otro día me dedicó un libro, *Las Flores del Mal*, así: "A Andrés Iduarte, en recuerdo del hallazgo de su hermosa alma". . . Quisiera que yo terminara cuanto antes las novelillas mexicanas para mandárselas a Blanco-Fómbona, que es su amigo, pidiéndole "un buen prólogo, como usted se lo merece". Vivimos, sí, en pelea, porque yo no transijo con su misticismo aplicado a la vida cotidiana, ni ella con mi sentido común ni con "mi mesianismo". Prescribe la inacción y sienta ideas absolutamente erróneas, que no puedo dejar pasar. Eso está dentro de mi temperamento.

Por ejemplo ayer, viniendo de misa, encontró a una chiquilla de este pueblo, Marie-Thérese, que jugaba conmigo pelota en mis primeros tiempos bédarridenses. Esta chica se perfilaba como novia mía, pero dejé el asunto. La niña de la *Gare* es alegre y un poco o un mucho citadina. Pues Gabriela me soltó esto: "¡Qué diferencia, Andrés! ¡Marie-Thérese todo campo, todo salud, al lado de las otras que son unas *poules*! Esas niñas de la *Gare* son un asco". "¿Sí? Pues me gustan a pesar de todo porque están muy lindas—le respondí. Marie-Thérese, guapa, pero huele a cabra". (Mentira: yo contestaba la metralla). Entonces ella respondió: "No, Andrés, es que a usted le gusta la liebre podrida. Como a todos los hispanoamericanos. . ." Esto es algo temperamental primariamente, sus pesares de la juventud, su potente cerebro que ha dedicado a desmenuzar

la amargura y a tasajearse despiadadamente el propio espíritu, y mil detalles de su existencia.

Al lado de eso, tiene gestos de clásica nobleza. A X, que sigue en París en unos líos que causan espanto, y a quien no conoce Gabriela, le he puesto ya esta casa a su disposición, por orden de ella.

De cualquier modo yo ya tengo deseos de irme... La semana entrante, según parece, acompañaré a Gabriela a Vichy.

Del Diario de Bédarrides:

16 de julio. Martes.

Muy de mañana me fui a Avignon. Regresé tarde y comí bajo la sombra del castaño, oyendo a Gabriela leer el prólogo que ha hecho para un libro de poesías de Carrera Andrade. Reconoce los innegables méritos de este muchacho y traza con elegancia y vigor un retrato del poeta ecuatoriano, como poeta y como hombre pues, como siempre, en ese prólogo Gabriela da mucha importancia a lo personal y a lo anecdótico.

17 de julio. Miércoles.

Después de comer, Carrera Andrade leyó en voz alta el mensaje que Gonzalo Zaldumbide envió desde Washington al pueblo de Cuenca, en ocasión de una de esas "Fiestas de la Lira" que se celebran en la América romántica. Abarca Zaldumbide todos los problemas, no sólo del Ecuador sino de toda América, y habla con atrevida franqueza de ellas; atrevida, porque a nada conducen sus conceptos. Dice que el indio sólo es interesante en su silencio, como tema de estudio para los eruditos. Y sienta, con un antiquísimo prejuicio racial, que "el blanco es la sal de esta raza". Además de ser esto una falsedad, es impolítica su actitud porque atiza la hoguera que ya se empieza a levantar en América al grito de la lucha de razas.

Yo quizá soy blanco y acaso no tengo una gota indígena. Con todo, no soy ni francés ni español, sino mexicano. Tengo el amor sentimental de mi suelo y el deseo de servirlo.

sin distingos raciales. La base de mi país es el indio: doce millonazos. Yo no creo que la tintura de su piel indique que tienen perdida el alma. Si México no puede formarse por sí solo, se fomentará la inmigración y la nuestra se perderá en otra sangre. Esto lo pienso porque no aspiro a conservar al indio puro, dado mi ideal universal; pero tampoco como único y forzoso camino.

Durante la discusión Gabriela tuvo sus acostumbrados relampagueos en los ojos. . . Yo hablé de la urgencia de colaborar sin establecer esta división que va a sumir en un mar de odio y sangre a toda América. Carrera sostuvo la necesidad de incorporar al indio y hacerle saber que él es América y que en él está la médula diferencial de nuestro Continente; y hacer así que América sea América de verdad. Gabriela sostuvo que la única forma de hacer que sane, es el aporte blanco, esto es, que América deje de serlo para sumar su sangre a Occidente. Son los dos extremos. . .

Yo que creo, sin ser comunista, en el enlace del mundo futuro, en la fusión de las razas, no excluyo ni una ni otra cosa. Que se eduque y se levante al indio para que dé su aporte propio a la humanidad, pero sin la proscripción del blanco. Y que en América la raza se disuelva con el tiempo, como va disolviéndose y como se disolverá en el mundo. "Con todos se ha de lograr, para el bienestar de todos", escribió Martí.

Así se lo dije a Gabriela. Yo no tengo ni odio ni rencor. No vivo injuriando al indio, ni injuriando al español. Mi sola vida es un aprendizaje: mi mejor amigo, mi hermano, es un mestizo. ¿Por qué, si se dan esos frutos, voy a odiar a una de las razas que lo produjeron, o al compuesto mismo? De 1492, en que se descubrió América, y del nacimiento del primer mestizo —acaso Martín Cortés— a la fecha, no es tiempo suficiente para lanzar un fallo en contra de nuestras razas. Pero sí creo que nosotros seremos las víctimas: los dos bandos se levantan con bandera de pasión. Uno de esos gritos es el que acabo de escuchar: el de Gonzalo Zaldumbide.

Bédarrides, a 18 de julio de 1929.

Mañana, o a más tardar pasado mañana, salimos Gabriela y yo para Vichy. Allí nos está esperando un matrimonio por-

torriqueño, señor y señora amigos de Gabriela, quienes la han invitado haciendo extensiva la invitación a la persona que la acompañe, que soy yo. Allí estaremos diez o doce días.

El viajecillo tiene sus ventajas y sus inconvenientes. Como ventajas, la primera: el simple conocer nuevos panoramas, otra región de Francia. . . Otra ventaja: que me aleja de esta casa, la cual ya me está cansando. Quiero descansar del Llinlli. Es simpatiquísimo y muy inteligente; pero yo tengo unos nervios impropios para soportar el ruido y las travesuras constantes de un mocoso. Además, lo tienen muy abandonado porque Gabriela tiene menos aficiones domésticas que tú y que yo, y por eso vivo en sobresalto temiendo que rompa mis libros o mis papeles. Hay otra cosa: las niñas de la *Gare* me estuvieron coqueteando la semana pasada en una forma franca y descarada. Como *Cri-Cri* (su sobrenombre) está muy linda, decidí entrar, pase lo que pase. Antenoche, con un calor sabroso y bajo una suave luz de luna, estuvimos paseándonos por el pueblo. Han estado en París—se ve a leguas: son las más elegantes y las más desenvueltas de todo *el distrito*—, saben de literatura, fuman. . . Fumamos unos buenos cigarrillos ingleses—Craven—que nunca me abandonan (no se lo digas a mi mamá: ya sabes que no me quiere fumador; pero ya lo soy), y recorrimos las partes más oscuras del pueblo. La linda niña me veía con ojos aterciopelados. La otra—mi posible cuñada—charlaba inteligentemente de Montparnasse y del Quartier Latin. Las dejé a las diez y media. Anoche no pasaron a buscarme o no las vi. Me he puesto un poco bravo. Esto no puede deberse más que a dos cosas: a que el papá supo que fumaron antenoche conmigo—lo cual ya lo sabe todo Bédarrides y ha sido un escándalo en que mi nombre y el de las niñas anda revuelto con injurias provenzales—y les prohibió la salida; o ellas tuvieron miedo de mí porque cometí la necesidad de decirles, para darme taco de hombre interesante, que yo estaba expulsado de México. Mi cálculo fue malo pues, aunque estas chicas aman la aventura y aunque me ven una cara santa y tranquilizadora—aquí en Francia me estoy haciendo más niño: todos me echan 17 años: calcula—, pueden haber tomado miedo.

Una razón en contra del viaje a Vichy es que no tengo dinero. He gastado en ropa y en el viaje a Orange, y en cosas que originó el torbellino que en esta casa sobrevino a la muerte de la mamá de Gabriela. Tendré que emprender el viaje sin

un centavo propio: tengo cincuenta francos, que no es nada. Gabriela me dice que no me preocupe, pero eso no basta.

(Ya comí. Sigo). Gabriela me ha dicho que me dará dinero en préstamo para que yo haga los gastos que quiera. Ella quería que saliéramos de aquí mañana en la tarde. La convencí de que es mejor que salgamos el sábado en la mañana. Esto es un éxito, porque a Gabriela nadie la convence nunca y ella hace lo que su primer impulso le dice. Lo peor es que se jacta de esto, y asegura que eso lo debe a su sangre vasca. Como yo también la tengo, aquí sí que nos damos "piedra con cocoyol". Nada más que yo soy humano, plenamente humano, y no estoy enfermo, como ella, de iluminismo judaico, de ese iluminismo que tanto mal hace al mundo. Para vivir con ella, sin pelearse, no hay más que tener su estimación, y yo la tengo, y ser cortés para lubricar las relaciones que con ella se llevan, conservando su personalidad: mi caso. Física y espiritualmente da la idea de estar modelada a golpes de hacha. En México podemos tener personalidad recia los que nos debemos a regiones bravas y toscas: a Tabasco, a Sonora. Los de la altiplanicie son más finos, indudablemente: su literatura es una literatura de media luz, pero menos *personalizados*. Pero nuestra personalidad supera la personalidad de la gente de otros países, porque la misma meseta nos ha dado cierto tacto y cierto tino, que pulen la natural tosquedad. Me voy perdiendo la fe en lo mental. Pero sí tengo la firmeza de llevar sangre en las venas y no tinta, y de querer hacer de mi vida una cosa alta y levantada.

Todo esto ha sido dicho al margen de Gabriela. Como ves, lo que he querido contarte es que conservo mi independencia y que no cedo un ápice ante nadie. . .

Creo que pronto podré enviarles unos retratillos. Los tomamos el otro día, pero muy tarde, y temo que la luz no haya sido suficiente. Conocerás por foto a Carrera Andrade, al Llinlli y a la Pradera. . .

Del *Diario de Bédarrides*:

18 de julio. Jueves.

Casi no se charló en la comida. A la hora del té no se charló. Yo he estado silencioso y Carrera Andrade

también. En la mesa ha flotado una preocupación ignorada. ¿Sería presentimiento?

En la tarde recibí yo una carta de mi madre, cariñosa y dulcísima. Cada carta me pone a pensar en mi país, en mi desgracia, en mi retorno a morir o en mi voluntario y doloroso destierro: dos caminos que a veces creo únicos. Ese dolor me ensombreció más.

A la hora de ir a cenar, Gabriela me preguntó que "si se podía saber la causa del humor negro que ayer y hoy he tenido".

—He estado triste, no colérico. Yo nunca estoy colérico. Mi humor no ha sido negro. Estoy triste, es todo.

Insinuó que se debería a las niñas de la *Gare*.

—No, no se debe a eso. Anoche no vinieron a buscarme, pero antenoche sí.

—Y entonces ¿a qué se debe?

—A lo de siempre, al problema personal, a que no puedo resignarme a abandonar mi país, a que me importan mi madre y mis ideas, a que tengo cariño a mi tierra. . . . A todo ese dolor incesante. . . .

—Déjese de eso. ¡Ay, el mesianismo! Es lo que a ustedes les hunde. ¡Y como si fuera a lograr algo! ¡Qué ingenuidad! . . .

—Algo haría yo por México si luchara.

—Nada. Todo eso no es sino soberbia pura. No han hecho, no han podido hacer ni gentes con mayor fuerza que la suya.

—El tiempo dirá si tuvieron más fuerza que yo. No puede usted ponerse a sopesar fuerzas que desconoce. Porque desconoce la mía de hoy y mucho más la que llegaré a tener mañana.

—Hablando de fuerza usted, Andrés, un muchacho con talle de caña! . . .

Lo dijo con tal desdén, que yo corté:

—Le ruego que no me ridiculice.

—Pero sí es la verdad: a usted le matan de un resuello.

—La vida le va a demostrar a usted que me dedique yo a la política, o a las letras, o a las leyes, o a lo que sea, nadie va a matarme de un resuello.

—Yo lo que le aseguro a usted es que no hará nada en

América, porque América no tiene remedio. Aunque me pegue le aseguro que usted se emporcará como todos, o se morirá como algunos.

Me concreté a finalizar:

—No se preocupe. Tranquilícese.

Después callé y adrede desatendí su plática. Carrera y ella hablaron de los "mesías", como ella burlescamente dice de los de América. Los puso de asco a todos.

Se levantó y fue al jardín. Yo entré a la casa.

Cosas puramente personales; pero que completan la imagen que ese diario va dando de Gabriela Mistral, y éste es el objeto del presente diario, justamente.

19 de julio. Viernes.

Antes de desayunar y de arreglarme subí a saludarla.

Caballerosamente empecé por suplicarle que me dispensara si le dije algo duro anoche. Pero que le hacía notar que me había dicho cosas muy dolorosas. Me contestó que todas eran verdades. Le dije que probablemente tenía razón, pero que por verdades sin remedio y lacerantes es que debían ser calladas y no dichas. . . Que todo incidente me hace mucho mal porque mucho me desanima.

—Lo que le dije no tiene qué ver con lo intelectual. Usted puede ser en ese sentido, si se deja de la política, grande cosa en América. Y en política haría usted mucho, si hubiera usted nacido en el Uruguay. . . Pero en México no hará usted nada porque ni hombres con mayor fuerza que usted han podido hacerlo. Ni Vasconcelos. Vasconcelos dispone de más fuerza que de la que usted dispondrá, por dos razones: su fortaleza física, que usted no tiene; y su inspiración religiosa, que será mala para un gobernante, pero que le da aureola al apóstol. Como yo no quiero que usted fracase, por eso le digo estas cosas. Si soy dura, dispénsame. Yo con usted no puedo ser cruel, en manera alguna. Dése cuenta de ello y nunca interprete mal.

A la hora de la comida me dijo que yo no era nada heroico, anticipándome que no debía molestarme por eso. Me dijo que yo amo la buena ropa, la mujer bella; que tengo

una mirada de rico sobre el mundo, siendo pobre; y que lo probable es que yo sufra aún muchísimo.

Le concedí cierta razón. Pero que yo no creía que la vida me venciera. Que en caso dado también sabré vender fonógrafos en Lima. Que comprendo que es una desgracia no tener un oficio manual, pero que, como ella sabe, ando en la agencia del mismo. Y que si la vida un día me aprieta, me romperé el cráneo.

—Esa es su desgracia.

Sólo con la humildad puede resistirse el dolor. Usted es un cerebral nietzscheano y no creo que jamás cambie. Usted va a sufrir mucho, si persiste en su pureza, y creo que persistirá.

Cuando Gabriela me habla con calma y sin cólera, acepto todo; pero cuando suelta su demonio sobre mí, pasa lo que pasó ayer.

21 de julio. Domingo.

Ayer a las siete y media de la mañana salimos Gabriela y yo de Bédarrides. En Avignon, hasta las once y treinta y cinco, en que subimos a un wagon del tren para Lyon. Cuatro horas de calor asfixiante y de admiración a Inglaterra —en nuestro compartimento iban dos ingleses y dos canadienses: metropolitanos y coloniales, tanto los primeros como los otros, unos tipazos rubios, sanos, correctos. En la Gare de Lyon, el mejor francés de Francia, y sidra entreverada de cerveza que me indicó cómo se mata la melancolía. De allí a St. Germain de Forrés, paisaje coqueto, verde, dividido y ultraaprovechado, como el de toda Francia. Don Teodoro Aguilar, el portorriqueño que invitó a Gabriela y en calidad de secretario de ella a mí, con su esposa y una amiga, esperándonos, con castellana amabilidad: rudeza y dos brazos abiertos.

Cansancio, ayer y hoy. El hotel, demasiado elegante, me molesta. Gabriela dice que a ella no: suspendida como se halla, no repara en nada. Come en la mesa del elegante restorán de este *Hotel du Louvre* con la misma campechanería que en la intimidad bedarridense. El público de ricos portugueses, españoles, sudamericanos, "le importa nada". A mí sí me molesta. Al margen de eso, yo le di-

je a Gabriela que admito que nací para rico, pero para rico solitario, no para vivir entre los imbéciles que poseen la riqueza, y casi todos los que la poseen lo son. Detesto este estiramiento.

Gabriela se preocupa... Ya piensa en Puerto Rico como punto para "salvarme" de la política mexicana, que le horroriza. Ya piensa en interesar a este hombre rico y poderoso en favor mío. Ella lo piensa. Yo no. Veremos. Esta intención de Gabriela es nobilísima.

Hoy en la noche paseamos bajo los árboles, después de la lluvia. Vichy es lindo. Es quieto. Es dulce. Y dulce con tristeza —la mejor dulzura— por los rostros apagados y las ojeras que rubrican los ojos de los enfermos. Pero antipatiza el rastacuerismo ¡hay tanto iberoamericano millonario aquí, podridos en vanidad y leontina de oro! Son, fuera de toda pasión, un asco.

Bédarrides, a 1º de agosto de 1929

No te escribí de Vichy porque no estaba de vena. Aun no lo estoy, pero no quiero que se prolongue más mi silencio. Vichy me hizo mal. Fui sin ningunas ganas, por todo lo que te conté en mi anterior. Gabriela me prestó doscientos francos, pero eso no es nada para un lugar de afluencia internacional como Vichy. Además, ella siempre anda en el cielo, sin fijarse en cuánto tiene, excediéndose en las compras de libros. Afortunadamente, por lo que te he dicho, el que soportaba los reparos era yo. Me vi obligado a pedir dinero a París.

Sí tuve satisfacciones: vi el teatro *des Piccoli*, los títeres maravillosos; oí *Rigoletto*, con los mejores cantantes de Francia; asistí a una conferencia de George Bernanos, de *l'Action Française*, una de las más grandes figuras del vigoroso movimiento monarquista y uno de los novelistas más apasionantes de la nueva literatura mundial. Visitó a Gabriela, y allí conversamos los tres, y luego yo recorrí con él las calles de Vichy, hablando de México, Hispanoamérica y España, que mucho le interesan.

Sin embargo, el hecho de estar soportando el ambiente del Hotel, de *rastás* imbéciles y niñas cursis, me puso triste primero y acabó por exasperarme hasta el punto de que salí de Vichy, encantado: el haber vivido en centro tan elegante me ha aden-

trado más la repugnancia por la injusticia social organizada, que un día se vendrá inevitablemente a tierra.

Llegados anoche a esta calma bedarridense. Parece que Gabriela está más en calma. Contribuyen las recomendaciones que le hice, en el sentido de que procure enojarse y regañar menos. Como ves, en lo personal le soy algo útil, y ella lo es, muchísimo, para mí. Por la Gabriela Mistral escritora sigo teniendo una profunda admiración. Sin ninguna duda es la mujer más grande de América.

EN TORNO A CREACIÓN Y TRADICIÓN*

Por Antonio ALATORRE

LA obra literaria perfecta, dice John Middleton Murry, es "aquella que combina el máximo de personalidad con el máximo de impersonalidad". El gran crítico inglés ha expresado en esta frase una verdad llena de meollo. Máximo de personalidad y máximo de impersonalidad: lo universal y lo individual, lo general y lo particular. Murry alude a la fuerza máxima de conmoción en el espíritu del poeta, garantía y condición de la capacidad máxima de conmoción en el espíritu de sus lectores, pero también alude a la relación entre la tradición y la creación, entre la herencia común, dato pasivo, y el hecho único, sin repetición, el gesto activo y original del creador literario.

Se trata más o menos de la misma distinción que, en el terreno de la lingüística, hace Ferdinand de Saussure entre *langue* y *parole*: *langue*, el lenguaje como entidad general, como fondo común, a la vez realización colectiva y potencia para múltiples actos, y *parole*, el lenguaje como selección individual, como manifestación de un querer personal, actualización concreta y viva de lo que era potencia indiscriminada.

Así como toda habla individual depende del idioma, de la lengua en cuanto fondo colectivo, así toda gran obra literaria tiene, en una o en otra forma, lazos con lo general, con lo ya sabido, lo ya vivido; necesita tocar fibras ya existentes, para agitarlas dulcemente o ferozmente, para herirlas o para acariciarlas. Aquí está su universalidad, su impersonalidad, su tradicionalidad. Pero también, toda gran obra literaria es una expresión nueva, nunca antes forjada, un producto nunca antes elaborado, fruto de una visión poderosa y única, de una sensibilidad sin paralelo. Y aquí está su personalidad, su individualidad. Tanto mayor será la validez y la vigencia de

* Fragmentos de una conferencia.

un poema —entendiendo por poema toda obra de arte literaria— cuanto mejor sepa excitar y conmover "lo eterno en el hombre"; pero sólo logrará excitar y conmover lo eterno en el hombre si el poema es fruto de la experiencia única, no repetida, no copiada, resultado de una convicción íntima, personal y nueva, producto de una verdadera creación. Es esta una de las leyes y uno de los secretos constantes de la literatura.

Y constituye también una de las tensiones que el poeta debe resolver en armonía si quiere expresarse y comunicarse con sus lectores. Recordemos el apólogo de la paloma y el aire. La paloma, sintiendo que el aire de la atmósfera presenta una resistencia, pide a los dioses que se la quiten, para poder volar con una libertad sin límites; los dioses escuchan su ruego, le suprimen el aire — y la paloma cae en tierra. La inercia del aire es la condición del vuelo. Para el poeta, para el artista, esta inercia es la tradición. Hay que superarla, hay que elaborarla, pero la inercia existe. Debe existir.

¿Qué otra cosa es el lenguaje con que se encuentra cada poeta sino una materia inerte, un peso muerto que debe sobrepujar? Las palabras son objetos ya fabricados, y cada una de ellas significa una cosa, está consagrada a denotar algo fijo y determinado, casi fatalmente ligada a un objeto consabido.

El idioma, pues, no es tanto un aliado cuanto un enemigo del poeta. La victoria que significa cada acto creador es ante todo una victoria *contra* el lenguaje, ese hecho general, tradicional, ya petrificado en un molde. El poeta tiene que tornararlo incandescente, tiene que hacerlo vibrar como si fuera un instrumento nunca antes pulsado. "Originalidad" tiene relación con *origen*. En cada gran poeta, el lenguaje tiene un nuevo origen, un nacimiento nuevo, un resplandor como de primer día de la creación. Esta lucha por la expresión original —"voluntad de estilo", combate contra el lenguaje configurado que ofrece resistencia a la expresión fresca y nueva— ha movido a Octavio Paz a escribir el impresionante poema intitulado precisamente "Las palabras":

Dales la vuelta,
cógelas del rabo (chillen, putas),
azótalas,
dales azúcar en la boca a las rejegas,

ínflalas, globos, pínchalas,
 sórbeles sangre y tuétanos,
 sécalas,
 cápalas,
 písalas, gallo galante,
 tuérceles el gaznate, cocinero,
 desnúdalas,
 destrípalas, toro,
 buey, arrástralas,
 hazlas, poeta,
 haz que se traguen todas sus palabras.

En muchos otros escritores toma también forma dramática esta lucha contra las palabras hechas, contra el lugar común, contra la lengua prostituida, contra la tradición que es forzoso vencer y superar. Pensemos en el Flaubert de *Bouvard et Pécuchet* y del *Diccionario de las ideas recibidas*. O en el Quevedo del *Cuento de cuentos*. O en las apasionadas diatribas lanzadas por Unamuno y por Borges contra la pereza lingüística. O en la necesidad, patente de Fernando de Herrera y en Góngora, de ennoblecer radicalmente la lengua española con voces cultas. O en el enriquecimiento paralelo de la lengua inglesa con palabras latinas, por obra de Milton, y con palabras teutónicas, por obra de Hopkins. O bien —caso extremo y terrible— en la violenta ansia de renovación que, para no perder un ápice de su impulso, llevó a James Joyce a crear todo un lenguaje nuevo para su *Finnegans Wake*.

Sin embargo, no todos los poetas son revolucionarios del lenguaje en esta forma radical e intransigente, y se podría decir que hay grandes creadores literarios—Racine, por ejemplo—que no han remoldeado en forma apreciable el lenguaje. Admito, desde luego, que la distinción puede pecar de arbitraria: en el fondo, no es posible separar el aspecto literario y el aspecto lingüístico de una tradición determinada —como tampoco de la revolución o ímpetu de originalidad que viene a protestar contra esa tradición. La generación de 1898, en España significó un empuje rebelde y renovador se enderezaba contra *todo* el conjunto de convenciones existentes, contra el modo de pensar y de sentir, contra la concepción del mundo, contra los ideales estéticos, políticos que prevalecían antes de 1898, expresado todo ello en un lenguaje, una retórica y un vocabulario determinados.

Al enfrentarse aquí creación y tradición, el choque no fue, pues, de índole puramente ideológica, estética y literaria, sino también de índole lingüística, pues el lenguaje es siempre la expresión orgánica de un modo de sentir, y es tan imposible separarlo de los demás aspectos como separar de un hombre, sin matarlo, su sangre o sus nervios.

De ahí que el estudio estilístico, la investigación del "máximo de personalidad", pueda ser —como dice Juan Marichal— una fecunda vía de acceso para el conocimiento de toda una época, para la comprensión del "máximo de impersonalidad". "El historiador de la literatura —escribe el joven ensayista español— debe centrar su atención primordial en la singularidad expresiva del escritor estudiado y debe dejar de lado la determinación de la validez más o menos objetiva de la imagen de la realidad humana presentada por el creador estético. Por el contrario, el historiador de la cultura . . . se interesa fundamentalmente en los textos, sean literarios o no, que puedan considerarse como testimonios fieles de una época, y se previene lógicamente contra todo testigo cuyo ángulo visual sea muy marcado. Mas un estilo literario —por haber preservado para siempre la singularísima y consistente ecuación visual de su autor— representa un elemento que el historiador debería esforzarse siempre por apresar: el de una conciencia ligada a su tiempo y en la cual son audibles los demás hombres coetáneos".

QUISIERA asomarme al inmenso campo de la literatura por unas cuantas ventanas, para ver algunos aspectos de la polaridad enunciada: por una parte, la tradición, el conjunto de obras del pasado, tesoro acumulado de experiencias estéticas, con sus normas, sus temas, sus convenciones; por otra parte, la creación, el acto original que produce una obra fresca y nueva.

Pensemos, primero, en la existencia de los llamados "géneros literarios", hecho eminentemente social y tradicional: la poesía lírica, la época, la novela, la tragedia, la comedia. Los géneros literarios son sistemas de convenciones que cada escritor recibe y acepta. Esas normas legadas y legalizadas por la tradición son su punto de partida. Aquí, como en todo, la tradición representa la fuerza de inercia cuya existencia es necesaria y cuya superación es la condición misma del acto creador. En Shakespeare, en Lope de Vega, en Corneille, en

Schiller, en O'Neill distinguimos una serie de características en que reconocemos lo genérico, algo que nos descubre, en última instancia, su parentesco con la tragedia de Sófocles. Y sin embargo, ¡qué enorme distancia hay de Sófocles a O'Neill! No es sólo la distancia histórica, o geográfica, o cultural: es que la tradición teatral clásica, la tradición emanada de Sófocles, al llegar a O'Neill ha sido ya remodelada y renovada innumerables veces, de tal manera que Shakespeare y Lope de Vega y todos los dramaturgos que vemos ahora, desde nuestro punto de vista, colocados en la línea intermedia de la tradición, han podido ser libres en su actividad creadora. Cada nuevo gran drama, a lo largo de los siglos, ha podido ser un acto estrictamente original, y la tradición, al llegar a O'Neill, a García Lorca, a Bertold Brecht y a quienes vengan después de ellos, no significa un peso muerto sobre las alas, un lastre, sino un trampolín para saltos sorprendentes y audaces.

Los "temas" literarios nos ofrecen otra muestra clarísima de lo que es esa labor lenta y acumulativa de la tradición. Un ejemplo elemental nos pondrá de manifiesto, aquí también, la tensión entre los dos polos. No hay literatura que no posea poemas sobre la muerte, y podemos estar seguros de que siempre los habrá. ¿Y qué dice este lugar común, esta secular tradición literaria? Dice algo perfectamente obvio, algo sabido y sobado: todos tenemos que morir, la vida pasa de prisa. Sin embargo, ¡cómo en cada gran poeta el viejo tema se transfigura y se pone a resonar como si jamás hubiera resonado! Cada uno de ellos descubre, sí, descubre por vez primera una verdad majestuosa y abrumadora, y expresa, literalmente, algo que jamás se había expresado. Es el viejo Homero con su imagen de las hojas de que cada año se cubren y se desnudan los árboles; es el Libro de Job con sus palabras sobre el destino del hombre, nacido de mujer; es el estoico Séneca, con su sereno meditar sobre cómo cada día nos acercamos a nuestro fin, cada día morimos un poco (*quotidie morimur*); es el grito entrañable de Quevedo: "¡Cómo de entre mis manos te resbalas, / oh, cómo te deslizas, edad mía!", el clamor angustiado y estremecido de los sermones de John Donne, la intensa visión que tiene Rilke de esa muerte que llevamos como una dulce semilla que debe germinar y florecer. . . El "tema" se agota, se exprime hasta la última

gota en cada uno de ellos, y sin embargo, una y otra vez se repite el milagro.

PERO abramos otras ventanas. Contemplemos otras reacciones de la originalidad frente a la tradición. "Tradición y originalidad" es justamente el subtítulo que Pedro Salinas puso a su magnífico libro sobre Jorge Manrique. En la época de Manrique hay una tradición poética perfectamente configurada, y tan completa en sus elementos que le podemos aplicar, sin titubeos, un término de connotaciones peyorativas: retórica. Los cancioneros del siglo XV contienen centenares de composiciones de distintos autores que parecen escritas por la misma mano: moldes idénticos, conceptos idénticos, idénticos juegos de palabras. No hay apenas intuiciones personales: sólo tópicos (con ligeras variaciones, si acaso), esquemas compartidos en amistosa promiscuidad por todos los contemporáneos. Si se trata de un poema de amor, todos juegan con las mismas ideas: es mejor ser cautivo del amor que libres de él, más vale ser esclavo que señor. Si el amor no es correspondido, el poeta está enfermo y prefiere su mal a la salud; está muerto, pero prefiere esa muerte a la vida. He aquí una muestra, elegida al azar:

Esta tal vida, señora,
 en tenella
 más se pierde que en perdella.
 Porque yo, vuestro cativo,
 tal dolor sufro queriendo,
 que muriendo estoy más vivo
 que no tal vida viviendo;
 porque hallo que tal vida
 en perdella
 gano, y piérdome en tenella

Es un villancico de Soria; pero podría llevar la firma de cualquier otro poeta (y los había por docenas), pues nadie se picaba de originalidad: el ideal era hacer lo que todos, seguir la línea dominante.

En este aspecto, Jorge Manrique no se distingue de sus contemporáneos. Hace exactamente lo mismo. Su obra maestra, esas *Coplas a la muerte de su padre* "que deberían gra-

barse con letras de oro", abundan en tópicos. "Nuestras vidas son los ríos. . .", "¿Qué se hizo aquel trovar. . .?", los versos más memorables, más sentidos, más *suynos*, son tan tradicionales como los versos de tantos poetas de entonces, tienen tras ellos la misma larga retahíla de lugares retóricos. ¿Qué ha pasado? Aquí, en este caso, una prodigiosa revivificación operada por el genio personal de Manrique y por la intensidad vital de su experiencia. Las *Coplas* nos conmueven porque el poeta estaba conmovido (mientras que Soria, evidentemente, no lo estaba). La emoción del poeta concentró y catalizó la retórica tradicional. Y en virtud de esa concentración misteriosa, el sentir personal se ha universalizado. "Las melancólicas y entrecortadas cadencias de Jorge Manrique —ha dicho hace poco Américo Castro— tocan, en efecto, a 'nuestras vidas', a lo que fue, es o podrá ser en ellas y de ellas. Y como cada quien echa de menos algo en su vivir —esperanzas fallidas— y cuenta con su morir —esperanza sin falla—, las *Coplas* sobre lo inmortal en lo mortal ahí estarán siempre golpeándonos el alma con su compás alternado de abandonos y refranes".

Lo que sucede con la tradición cancioneril en el siglo xv sucede, en otras épocas, con otros productos literarios convertidos asimismo en tradición. Lope de Vega llevó a cabo una revolución en el teatro español, como Góngora en la poesía lírica. La primera de estas revoluciones fue gradual y pacífica; la segunda, explosiva y casi sangrienta. Pero una y otra no tardaron en convertirse en "instituciones". Pues no hay hallazgo, por sorprendente que sea, que no tienda a hacerse bien común y aún receta cómoda y barata; no hay metáfora, por novedosa y audaz que sea, que no se lexicalice, que no acabe por pasar al "diccionario de las ideas recibidas". Los secuaces de Lope y los de Góngora operan así dentro de una comunidad de actitudes, dentro de una tradición. Tirso de Molina y Ruiz de Alarcón, por una parte, y Jáuregui y Villamediana, por otra, dependen de las chispas más o menos brillantes de su genio para levantarse a mayor o menor altura sobre la meseta que la tradición respectiva se ha ido encargando de aplanar y nivelar minuciosamente.

AHORA bien, si en el caso de Jorge Manrique el elemento que pasa aparentemente a la sombra es el personal y creativo,

en el de Garcilaso de la Vega, en cambio, es el elemento impersonal y tradicional el que puede estar en peligro de olvidarse. Por eso, así como Pedro Salinas, y ante de él Antonio Machado, se preocupan por señalar la originalidad de las *Coplas*, así Rafael Lapesa, en su magistral estudio sobre Garcilaso, consagra un capítulo a subrayar lo que el poeta del Renacimiento debe a la tradición anterior, a la poesía cancioneril que lo precedió. De todos modos, es evidente que Garcilaso de la Vega se nos presenta principalmente como revolucionario — y él sabía que lo era. Él injertó en la poesía castellana una tradición ajena, una serie de temas, de moldes, de imágenes y metros y tipos de versificación que habían tenido su evolución, no en España, sino en Italia. Pero todo ello por una elección libre, espontánea, de tal manera que el trasvasamiento del poetizar renacentista italiano al poetizar español significó antes un proceso de osmosis en el espíritu del propio Garcilaso, una fusión íntima de la materia revolucionaria con toda la suma de su experiencia personal y creadora.

Los contemporáneos de Garcilaso, acostumbrados a la tradición anterior, con los oídos físicos y los oídos del espíritu mal preparados para percibir otros estímulos, no notaban, a menudo, sino lo extraño y ajeno que traía la nueva poesía. Ellos sentían que el verso sólo podía ser tal si tenía ocho sílabas (arte menor), o bien doce (arte mayor), como el que había empleado Juan de Mena: "Al muy prepotente don Juan el segundo. . ."; y algunos fueron tan radicales en su oposición a las novedades, que le negaron a Garcilaso hasta la capacidad de hacer versos. El hendecasilabo era una criatura exótica, y a sus oídos sonaba como prosa. Recordemos la resistencia anti-italiana de los castellanistas tozudos, aferrados a la tradición indígena, como Cristóbal de Castillejo y Sebastián de Horozco. Sin embargo, Garcilaso triunfó, como triunfan, tarde o temprano, todos los poetas auténticos.

También Rubén Darío llevó a cabo una revolución. También él se rebeló contra la tradición tan firmemente asentada antes de él en la poesía escrita en lengua española. Y también él suscitó un escándalo. Cuentan que alguien —no sé quién: he oído atribuir la frase a más de uno, entre otros a García Lorca— dijo del verso del *Responso a Verlaine*, "Que púberes canéforas te ofrenden el acanto", que lo único

que entendía era la primera palabrita: *que*. . . El hecho es que Rubén Darío inyectó en la poesía de lengua española raudales de savia fresca, sobre todo de origen francés. Un nuevo y rudo choque con la tradición. Sin embargo, también en el caso de Darío ha tenido que señalarse el gran número de puntos en que se toca con esa tradición, los rasgos que lo emparentan con un Bécquer, con un Zorrilla, con un Campoamor, con un Menéndez Pelayo (el Menéndez Pelayo "poeta") y con los poetas hispanoamericanos que escribían hacia 1880. ¡Pero qué distinto de todo lo anterior suena ese producto raro y exquisito que se llama Rubén Darío! Él, como Garcilaso, realizó por necesidades íntimas, por un afán nacido orgánicamente de su intuición poética, un injerto de una tradición extraña.

Un caso aparte es el de la tradición clásica. La herencia de Grecia y Roma, la obra de Homero y Eurípides, de Virgilio y Cicerón, es al mismo tiempo una tradición y una posibilidad revolucionaria. Todo depende de la actitud y de la personalidad del poeta que acuda a ese antiguo y siempre nuevo tesoro. Para unos, la literatura clásica es un adormilado *Home, sweet home*, una melodía trillada e inexpressiva. Para otros, una Marsellesa vibrante y provocadora. Lo primero no nos interesa. Las evocaciones muertas de lo clásico no tienen ninguna significación. Pero las evocaciones recreadoras saben convertir esas obras, viejas de siglos, en materia reluciente y tan válida como la experiencia más íntima y profunda. T.S. Eliot ha reivindicado en este sentido la vitalidad permanente de los clásicos. Alguien dijo: "Los escritores muertos están alejados de nosotros porque nosotros *sabemos* mucho más que ellos". Y Eliot replica: "Justamente; y *ellos* son lo que nosotros sabemos". De ahí que una y otra vez, en la Edad Media, en el Renacimiento, en el Barroco, en el Prerromanticismo y en el Romanticismo, en el siglo XIX y en nuestro propio siglo, el regreso a esa tradición haya podido significar el mismo despertar deslumbrante de que habla Keats en su célebre soneto escrito después de leer a Homero en la traducción de Chapman. De múltiples maneras, el redescubrimiento de los clásicos ha sido en todo los tiempos fecundos, y para todos los poetas verdaderamente grandes, un excitante y un estímulo, un desafío para las facultades creadoras individuales.

¿Y la rebelión explícita contra la tradición, la rebelión

como norma y como programa? Yo diría que no es sino un episodio, a la vez transitorio y necesario, del continuo flujo y reflujo de lo tradicional en lo original, o de la excitación de la "voluntad de estilo" por el fondo general y universal de la tradición. Lo importante es que esa rebelión sea fruto de una necesidad íntima de expresión personal. Esta necesidad profunda es lo que suele faltar en los llamados "estridentistas". El movimiento estridentista hacía profesión de antitradicionalismo a toda costa, antitradicionalismo por encima de todo. Era, pues, una actitud exclusivamente destructora, negativa, sin nada que tuviera que ver con la creación auténtica. Con llamar "ombligo de la noche" a la luna, y "orquesta de jazz" a las estrellas, los estridentistas se sentían ya muy orondos. Daban una sonora bofetada a la tradición, y no iban más allá; se deshacían con un puntapié en los moldes convencionales, pero no ponían nada en los pedestales vacíos.

Pero un Walt Whitman, un Pablo Neruda en *Residencia en la tierra*, no buscan la rebeldía por la rebeldía: si son rebeldes, es porque para ellos la tradición ha llegado a un extremo tal, que es preciso apartarla para dejar libre el paso a la creación. Y sin embargo, el rebelde Whitman, enemigo casi personal de las Musas griegas, recorría Broadway en un coche de caballos, según lo recuerda su amigo Thoreau, con la barba y la cabellera al aire, y recitando a voz en cuello al viejo Homero. Y el rebelde Neruda no puede impedir, en sus versos libres, la intromisión del alejandrino, el verso de Darío y de Lugones, el verso tradicional del modernismo; y uno de sus símbolos poéticos es la paloma, el ave amorosa, la misma paloma —dice Amado Alonso— asociada con Venus por la mitología griega, el mismo símbolo erótico del Cantar de los Cantares.

HE aquí una última ventana. Dentro del problema general de la tradición y la originalidad hay un aspecto extraordinariamente interesante: el de la poesía popular o folklórica. El tema tiene especial importancia en la literatura de lengua española. Muchos de sus historiadores, y a la cabeza de ellos don Ramón Menéndez Pidal, han hecho notar que una de las características más tenaces, una de las "constantes" de las letras hispánicas es su apego a la poesía del pueblo. Una y

otra vez, a lo largo de los siglos, esa poesía folklórica ha salido de la oscuridad y del anonimato colectivo para inyectar nueva savia en las creaciones de los grandes poetas.

La poesía folklórica es radicalmente *tradicional*, apegada a la tradición. La originalidad no puede tener en ella la parte que tiene en la poesía culta. La cosa es clara: para que un nuevo cantar pueda llegar a "pertener" realmente al pueblo, necesita ajustarse a un molde ya conocido por el pueblo, debe emplear los mismos temas, las mismas formas métricas, el mismo tipo de metáforas y símbolos, las mismas fórmulas estilísticas que caracterizan cierto género de poesía folklórica existente. En el siglo pasado, el poeta Ruiz Aguilera escribió este cantar:

En tu escalera mañana
he de poner un letrero,
con seis palabras que digan:
"Por aquí se sube al cielo".

Poco después, el cantar no sólo andaba en boca del pueblo, sino que éste lo había sentido tan suyo, que sustituyó algunas palabras:

En la puerta de tu casa
he de poner un letrero,
con letras de oro que digan:
"Por aquí se sube al cielo".

La razón es que el cantar de Ruiz Aguilera era en esencia idéntico a miles de coplas que cantaba la gente; empleaba un metro, un tema, un estilo ya de sobra divulgados. ¿Podemos, en cambio, concebir que un poema verdaderamente original se generalice en esa forma?

En la literatura llamada "culto", en la literatura "de arte", como dicen los italianos, no puede existir verdadera creación sin un alto grado de originalidad. En esto radica su principal diferencia con respecto a la popular. Poesía "de arte menor" llama Benedetto Croce a la del pueblo, y, dando una interpretación personal de esa definición, diré que es poesía de arte menor porque en ella la originalidad queda reducida a un grado mínimo.

¿Quiere esto decir que la tradición folklórica es siempre la

misma, que los poetas populares del siglo XI componían igual que los del siglo XX? No. La historia nos muestra que dentro de la tradición folklórica van ocurriendo, al pasar de los siglos, cambios fundamentales. Ciertos elementos perduran con una tenacidad pasmosa. La invocación a la madre, por ejemplo, aparece en las cancioncillas mozárabes del siglo XI ("¿Qué faré, mama? / *Meu al-habib est' ad yana*" —es decir, "mi amigo está a la puerta"); reaparece en las cantigas d'amigo gallego-portuguesas ("Madre, namorada me leixou"); constituye una de las características de los villancicos castellanos recogidos e imitados en el Renacimiento ("Las mis penas, madre, / d'amo. res son"); y sigue marcando con su sello los cantares de los pueblos hispánicos de hoy ("Un marinerito, madre, / me tiene robada el alma")... Y como este elemento hay muchos otros. No nos extrañará, pues, ver que si en el siglo XIII una muchacha enamorada interroga a las olas:

Ondas do mar de Vigo,
se vistes meu amigo?,

en el siglo XX ocurra exactamente lo mismo:

Todas las mañanas voy
a la orillita del mar,
y le pregunto a las olas
si han visto a mi amor pasar.

Pero al lado de esta asombrosa permanencia, el cambio. Frente al apasionado énfasis de la interrogación directa: "Ondas do mar de Vigo...", el ritmo lento, el tono racional, objetivo y, a la verdad, un tanto prosaico del estilo indirecto en la copla actual: "y le pregunto a las olas..."

Un poeta o un grupo de poetas a la vez imbuidos del espíritu de la poesía folklórica y dotados de genio creador pueden lanzar, por así decir, un nuevo tipo de poesía, que combine las viejas formas y los viejos temas con otros nuevos, capaces de impresionar la imaginación del pueblo. Las "letrillas para cantar" compuestas por los grandes ingenios del Siglo de Oro y por sus imitadores a base de la lírica folklórica de su tiempo dejaron honda huella en la lírica folklórica posterior. Una frase que gustaba mucho a Lope de Vega, y que no encontramos antes de él, "retumba el agua", sobrevive en la famosa

canción asturiana "Tres hojitas madre, tiene el arbolé". Y sabemos que el pueblo español canta ya ahora, como anónimas, ciertas composiciones hechas por García Lorca sobre modelos populares.

García Lorca, Lope de Vega: genios de la poesía que no pueden tocar nada sin hacerlo reverdecer y florecer. Cuando vuelven los ojos hacia la poesía del pueblo, saben encontrar en su tradición lo más hermoso y saben renovarlo, dentro del mismo espíritu, con primores insospechados. Así, el estudio de la tradición poética folklórica no sólo es importante en sí mismo —por cuanto nos revela un aspecto esencial de la dicotomía tradición-renovación—, sino que ilumina a su vez el proceso creador de los grandes poetas que, inspirándose en esa tradición folklórica y superándola de manera personalísima, la elevaron a las cumbres del arte.

Se ha podido decir que García Lorca encuentra en el folklore literario de su país el módulo y la razón de su estilo propio. Y Daniel Devoto ha consagrado un minucioso estudio a su aprovechamiento de esa fuente. En muchísimas imágenes, en versos, en poemas enteros, García Lorca parte de canciones tradicionales; pero éstas le sirven de materia prima para dar expresión a su propia visión de las cosas. La cita puede ser textual, y entonces el contexto es el que le confiere un nuevo sentido. Otras veces el cantar se alude o insinúa de manera directa o velada, o bien se confunde y esfuma con los elementos surgidos directamente de la fantasía del poeta. Y también crea García Lorca nuevos cantares "populares", de una hermosura extraña y misteriosa:

Herido de amor huído,
herido,
muerto de amor...

Aun los poemas más directamente inspirados en motivos populares llevan grabada la marca lorquiana. Cuando elabora el conocido tema "cuando me muera, entiérrenme en . . .", proyecta su pasión, su ironía, su angustia profunda, su mundo interior poblado de árboles floridos y hierbas olorosas:

Cuando yo me muera
enterradme con mi guitarra
bajo la arena.

Cuando yo me muera
entre los naranjos
y la hierbabuena.
Cuando yo me muera,
enterradme si queréis
en una veleta.
Cuando yo me muera...

El paralelismo (elemento tradicional) cumple aquí una función muy especial: función análoga a la que desempeña aquel famoso "eran las cinco en punto de la tarde"; la repetición insistente es como un martillazo obsesivo.

La obra de García Lorca es un campo fecundo para la exploración de este fenómeno que he venido examinando: la elaboración original que el poeta hace de una tradición dada, en este caso la tradición folklórica. Mirándolo bien, es algo muy parecido a lo que ocurre en Garcilaso. García Lorca hace uso de la poesía popular *porque quiere*, quizá porque la necesita, pero en todo caso por elección libérrima y espontánea. La elección de una tradición dada, aunque suene a paradoja, constituye ya una forma de originalidad.

EN cada momento de la historia literaria y en cada autor hay, de hecho, un gran número de elementos tradicionales casi forzosos: es el "máximo de impersonalidad" de que habla John Middleton Murry; pero al lado de esos elementos que la tradición impone al escritor y que él debe superar con su genio, están los temas, las formas, los procedimientos tradicionales libre y gozosamente adoptados por el poeta, elementos tan suyos y tan originales como el fondo imprevisible e insondable de su propia experiencia, el "máximo de personalidad" que nosotros, con amor y veneración, llamamos genio. Y en los grandes poetas, su personalidad misma es el secreto de su impersonalidad. Como ha dicho Amado Alonso a propósito de Neruda: "Los individuos más originales, si se les mira bien, resultan los más representativos de la vida circundante; no en lo consiguiente, sino en lo esencial. No hay estilo individual que no incluya en su constitución misma el hablar común de sus prójimos en el idioma, el curso de las ideas reinantes, la condición histórico-cultural de su pueblo y de su tiempo".

SOBRE LAS DÉCIMAS DE JORGE GUILLÉN

(APUNTES Y ANTOLOGIA)

Por Raimundo LIDA

NO cábala, sino arquitectura estable: geométricas proporciones conscientemente cultivadas. En siete partes dividía Jorge Guillén su primer *Cántico*, el de la *Revista de Occidente*. En el segundo, el de *Cruz y Raya*, las refunde en cinco, cada una con su título propio: "Al aire de tu vuelo", "Las horas situadas", "El pájaro en la mano", "Aquí mismo" y "Pleno ser". Son las que, ampliadas, aunque conservando sus nombres, aparecen también en el tercer *Cántico*, el de México, y en el cuarto —"primera edición completa"—, de Buenos Aires. En el mexicano, "El pájaro en el aire" comprende a su vez cinco partes; en el argentino, dos, la primera de las cuales reúne todas las décimas del libro (y cada décima es un breve poema autónomo). Son ahora cuarenta y cuatro en total, frente a las treinta y seis de 1945, a las treinta de 1936 y a las sólo diecisiete de 1928. Hablo aquí, para empezar, de décimas en sentido escrito, de décimas octosilábicas y aconsonantadas; no de meros conjuntos de diez versos.

De una edición a otra, pues, las décimas han crecido en número; y han recibido además tal o cual retoque, y han cambiado de colocación. Pero, leídas atentamente, nos revelan el firme y oculto pitagorismo con que el poeta ha combinado dos distintos moldes de estrofa. En todas las ediciones ha agrupado en el centro las que obedecen al esquema de rimas de la tradicional espinela (abba:ac:cddc). Así ésta, "A lápiz", publicada por primera vez en el *Cántico* de Buenos Aires:

¿El mundo será tan fino?
¿Le veo por nuevas lentes?
Hay rayas. Inteligentes,

Circunscriben un destino,
 Sereno así. Yo adivino
 Por los ojos, por la mano
 Lo que se revuelve arcano
 Bajo calidad tan lisa.
 Toda un alma se precisa,
 Vale. Tras ella me afano.

(En una página en blanco de mi ejemplar de 1945, el poeta ha copiado a mano esa décima, cuando aún no había llegado de la Argentina a México la nueva edición, y le ha añadido esta nota: "Por ejemplo: Ingres, algunos Picassos".) Y, antes y después de ese núcleo de décimas castizas, coloca las otras, las que suenan a modernas y discrepantes, y dejan en el oído una impresión como de sonetillo abreviado: un solo cuarteto, de rima alterna o cruzada (abab), y luego los dos tercetos (ccd:eed). Ejemplo ilustre, "La rosa", cuyo texto se ha mantenido intacto desde 1928, aunque en 1950 ha perdido ¡ay! su dedicatoria:

Yo vi la rosa: clausura
 Primera de la armonía,
 Tranquilamente futura.
 Su perfección sin porfía
 Serenaba al ruiseñor,
 Cruel en el esplendor
 Espiral del gorgorito.
 Y al aire ciñó el espacio
 Con plenitud de palacio,
 Y fue ya imposible el grito.

Claro que es, ante todo, ese final en tercetos lo que hace pensar en el sonetillo, o en el *dizain* de Hugo y Lamartine, de Musset y el Mallarmé adolescente de "La prière d'une mère" (1859): "Au premier jour, votre ombre immense — Daigna, Jéhova, trois fois saint, — Parmi les foudres de vengeance — D'astres et d'éclairs le front ceint, — Ouvrir le ciel au premier ange — Étonné de voir, rêve étrange, — Lui, si petit, et vous, si grand! — Les astres naissants se voilèrent, — Les flots troublés se retirèrent. . . — L'immortel s'envola tremblant!"

Contando, en fin, el número de poemas que entran en cada grupo, se comprobará cómo la fórmula perdura en los cuatro *Cánticos*. En el de la *Revista de Occidente*, 5 décimas cruzadas,

7 espinelas y otras 5 cruzadas; en el de *Cruz y Raya*, 7, 16 y 7, respectivamente; en el de México, 10, 16, 10; en el de Buenos Aires, 10, 24, 10: en cada caso, dos grupos iguales de décimas cruzadas, como un par de alas simétricas a uno y otro lado de las décimas tradicionales.

No nos despieste la tradición. Esas espinelas no son de Vicente Espinel, y en manos del gran poeta de hoy los moldes clásicos se remozan tan inevitablemente como los viejos temas o la vieja sintaxis. La décima se ha puesto aquí en movimiento. Bajo su limpia superficie metálica fluye, a veces casi con la soltura y sencillez de la conversación, a menudo en una continua sorpresa de rupturas y encabalgamientos, el canto originalísimo de Jorge Guillén. Décimas, sí, pero con qué cambio de signo. Ya no se reconoce el latido del metrónomo calderoniano. Ya no hay pausa obligada al final del cuarto verso, que puede ahora enlazarse fuertemente con el quinto ("La lentitud invasora — De la siesta . . .", ". . . manso — Discurrir de una armonía", ". . . ¿El celo — Guarda esbelta esa figura . . .?") borrando así el contorno de la redondilla inicial. Ya resultan normales los versos que terminan en palabra inacentuada, en artículos y preposiciones sobre cuyas rimas pasa el sentido volando — y la lectura debe salvar entonces, con exacto ritmo y entonación, la individualidad de cada octosílabo —:

Luego de escondida por
El tacto . . .

Gracias se deslizan por
El puro nivel del hielo . . .

Hasta convertirse en . . . el
Más allá . . .

Que muda todo sol en
Luz serena . . .

Es lo que ocurre en muchos otros poemas de *Cántico*, de metro alerta, experimental e innovador. Véase, para muestra, cómo el último alejandrino de "Siempre aguarda mi sangre", si ha de

leerse en dos hemistiquios, nos hace transportar del segundo al primero la palabra *en*: "La cumbre de la cumbre en — silencio: mi estupor". Más atrevido aún, entre los hendecasilabos de "Sol en la boda", este cuarteto: "Tanta existencia es fe: serán. Felices — Serán de ser: se aman. ¡Oh delicia — Desde la voluntad a las raíces — Últimas! El sol las acaricia". Para la rima, *raíces* pertenece al tercer verso de la estrofa; para el metro, cede su sílaba final al verso siguiente.

Por otra parte, el claro patrón de la décima se complica con lujos de rima interior. Así en "Profunda velocidad": "La longitud del camino — Por el camino. ¡Qué fino!" Así en ese "Paraíso regado" (no ya espinela, sino décima cruzada) que Ruth Whittredge, con mucho acierto, ha escogido como ejemplo de evocadora y penetrante acumulación de notas sensoriales:

Sacude el agua a la hoja
 Con un chorro de rumor,
 Alumbra el verde y le moja
 Dentro de un fulgor. ¡Qué olor
 A brusca tierra inmediata! . . .

Y a cada instante, juegos de desdoblamiento e intercalación. En "Bella adrede", cielo y aurora, móviles y coloridos, se oponen desde los paréntesis a la impasible figura central de Galatea; en "Verde hacia un río", la descripción —en tercera persona— de ese descenso lento y feliz a través de una masa de follaje y gorjeos, se combina con la primera persona, la del poeta, y con la segunda, la de un "tú" a quien él exhorta y dirige.

Guillén se complace en recordar, a propósito de los modernos retoques a los metros tradicionales, el ritmo inquieto que el romance cobra ya en manos de Rubén Darío, el Rubén de los *Cantos de vida y esperanza* ("Por el influjo de la Primavera"). Bien vemos que, en la compleja fisonomía de las décimas de Guillén, esa arritmia no es sino un rasgo entre otros. Por añadidura, los rigurosos lindes de la décima multiplican la acción de todos ellos. El pensamiento se concentra, corre, salta. Hay mucho que decir en sólo diez versos, y el espacio no alcanza para entrar en explicaciones. "Brevedad: yo me he jugado la vida a esta carta", suele comentar Jorge Guillén, con una sonrisa. Todo vibra en cada estrofa; todo trabaja. A cada incitación de los esquemas clásicos, una respuesta nueva: no forzada, pero inesperada. Es, en suma, el mismo Guillén que, frente a las

naturalezas muertas, llamará epigramáticamente a la suya "Naturaleza viva". Es el mismo que dedicará a Dámaso Alonso —el de la *Oscura noticia*— su propia "Clara noticia".

Por lo demás, un largo ejercicio de afinamiento y variación, antes y después de Rubén Darío, ha preparado el terreno. Los estudios de Dorothy Clotelle Clarke, y ahora la sabia *Métrica española* de Tomás Navarro, permiten recorrer cómodamente las sucesivas etapas: la emancipación de la redondilla, el predominio de la abrazada (abba) sobre la cruzada (abab), su auge y su ocaso en la comedia del siglo de oro. De pronto, antes de 1600, aparición y rápido triunfo de la espinela: dos redondillas abrazadas y dos versos de enlace entre una y otra. La comedia consagra también ese triunfo. Lope da más de una vez, y en verso y en prosa, testimonio de su favor creciente en las tablas. Al dedicar *El caballero de Illescas* a Vicente Espinel (*Parte catorce de las Comedias de Lope de Vega Carpio*. Madrid, 1620), alaba al poeta de Ronda por haber inventado, no sólo "las cinco cuerdas del instrumento que antes era tan bárbaro con cuatro", sino esa décima de nueva forma, "composición suave, elegante y difícil, y que ahora en las comedias luce notablemente, con tal dulzura y gravedad, que no reconoce ventaja a las canciones extranjeras". El *Laurel de Apolo* celebra también las "dulces, sonoras espinelas". En la citada dedicatoria al poeta andaluz, Lope, lector voraz, añade que unas décimas parecidas ha hallado él mismo en francés, "escritas por el señor de Malherbe" (parecidas, nada más: Lope señala la diferencia, en la rima del quinto verso, y, en efecto, no veo que el minucioso catálogo de estrofas francesas de Ph. Martinon incluya, entre los *dizains* de Malherbe, ninguno que se ajuste del todo a las rimas de la espinela). La preceptiva lopesca da un paso más allá, e intenta definir el papel que conviene a las décimas, frente a los demás metros, en la economía sentimental de la comedia española. "... Son buenas para *quejas*", dice el *Arte nuevo*. Pero los críticos se han quedado perplejos ante esa palabra. ¿Monólogo quejumbroso? ¿Diálogo entre amantes que se quejan o recriminan? Para lo uno y lo otro sirve la décima en el teatro del propio Lope, y, como era de esperarse, Morley y Bruerton han contrastado estadísticamente los dos oficios.

No sólo en el teatro es donde se afirman victoriosas las

espinelas, aunque tan natural resulte hoy asociarlas con escenas culminantes de *La Estrella de Sevilla* y, sobre todo, de *La vida es sueño*. Navarro muestra cómo Góngora y Quevedo cultivan la nueva estrofa para sus epigramas, contra las dobles redondillas que para los suyos prefieren un Lope, un Trillo y Figueroa, un Antonio de Solís, y cómo seguirán utilizándola los humoristas del siglo XVIII, mientras que la poesía neoclásica más ambiciosa le cierra, en España, las puertas. También apunta Navarro, para entonces, el "mayor arraigo de la décima clásica entre los poetas de América". ¿Y no es en la poesía popular americana donde sigue justamente floreciendo? Abramos los cancioneros de los distintos países hispánicos, y ahí se nos aparecerán: desde el atildado *pastiche* de Calderón hasta la estrofa tan incierta y desfigurada que es preciso quitarle laboriosamente las incrustaciones—redondillas sueltas, versos de romance—que se les han ido agregando con el tiempo. La décima atravesará, con irregular impulso, la época romántica. Irrumpirá en la poesía gauchesca, incluida la pulcramente académica de Rafael Obligado. Declamará en "Almafuerte". Fluirá sin estorbo en los momentos blancos o zorrillescos del premodernismo (también en los versos juveniles de Darío).

Y no interrumpe su canto en la poesía popular de toda América. El patriota ingenuo de cada país tendrá así ocasión de exaltarse ante ese común legado, y de deleitarse buscándole—y hallándole infaliblemente—su nota nacional y diferenciadora: la "suya", la exclusiva. Los argentinos Julio y Julio Carlos Díaz Usandivaras dedican, en su *Folklore y tradición*, largos párrafos de alabanza a "esa estrofa de nuestra literatura, gloria del parnaso, que es la décima criolla". Y no se diga por despreciar a nadie.

Lo que tiene la décima española de excelencia retórica. . . lo tiene la nuestra en musicalidad, en colorido, en descripción rítmica y sonora. Los argentinos, en sus décimas, han volcado una emoción fresca, intensa y vibrante, de un sabor especial. . . Nuestra décima es sinónimo de bazarra, de belleza, de altivez. Pero es a la vez dulce y melancólica.

A cada uno lo suyo, pues; pero a lo nuestro, a la incomparable décima criolla, el elogio máximo: el de la divina coincidencia de los opuestos. El discurso prosigue, vertiginoso:

Y siendo la décima baluarte de las letras autóctonas, vuelvo a sugerir se la declare escudo de nuestra literatura, es decir, *estrofa nacional*. De tal suerte, tendría su personalidad definida, y habríamos sentado un testimonio que nos acreditaría identidad, en el concierto de las letras universales.

Metro tan popular no se atrae el favor de los modernistas, aunque sí lo cultiva Lugones, y, con más novedad, Herrera y Reissig. Pues Herrera introduce en él una curiosa hejería: el hacer rimar, en el primer verso de la estrofa y en el cuarto, una palabra consigo misma; véase este cuarteto de "Tertulia lunática", cuyo léxico suena ya a pesadilla de Palés Matos: "Canta la noche salvaje - sus ventriloquias de Congo, - en un gangoso diptongo - de guturación salvaje". El mismo artificio de rimas utilizan las décimas de su "Desolación absurda", en *Los maitines de la noche*: "Es la divina hora azul - en que cruza el meteoro, - como metáfora de oro - por un gran cerebro azul". Nótese cómo vuelve, en cambio, a la rima tradicional esta "Versión inefable" de Juan José Domenchina (en *El tacto fervoroso*, 1930), que es por lo demás una tardía y flagrante imitación del poeta uruguayo: "¡Cuánta angustia soterrada! - Perennízase el coloquio - vital en un circunloquio - que no quiere decir nada. - De la huesa agusanada - el hipérbaton latino - surge, ecoico: desatino - que gongoriza verdad - y postula eternidad - de ceniza al ser divino".

Hacia los tiempos mismos de Guillén —desde los de España, *Índice, Verso y Prosa, Revista de Occidente*...— la décima revive en los nuevos poetas, con paso más tradicional en un Fernando Villalón o un Gerardo Diego, más finas y nerviosas en Cernuda. La América postmodernista venía prodigándolas también; bastará recordar las tan felices de Fernández Moreno, cuya fácil vena reaparece hoy en el Francisco Luis Bernárdez de las "Canciones marginales a Antonio Machado". Graves y concentradas, en cambio, las de Villaurrutia: dos de sus "Nocturnos", las diez "Décimas de nuestro amor" y las otras diez de la llamada precisamente "Décima muerte" (creo que con ese Villaurrutia se enlazan hoy genealógicamente las décimas de Guadalupe Amor). Del andaluz Antonio Aparicio —el de la *Fábula del pez y la estrella*— una "Violeta" de antología, precisamente la bella antología de José Luis Cano.

Si en las últimas décadas del siglo XVIII, y en las primeras del XIX, variados experimentos métricos habían ya hecho mella en la vieja estrofa, las transformaciones han continuado en el XX. Ya no nos sorprende que tal o cual par de versos remate en palabras esdrújulas, como esas *clámides* y *pirámides* en uno de los largos poemas en décimas del cubano Andrés de Piedra-Buena (*Lápida heroica*, 1927); y llenos de originalidad y gracia resultan, en los *Epigramas americanos* de Enrique Díez-Canedo, los dos esdrújulos que rizan burlescamente el perfil de "Plaza Matriz": "Has de estar calenturienta, - porque un rascacielos cínico, - como un termómetro clínico, - la fiebre te mide y cuenta". Ni apenas percibimos, entre las muchas décimas ortodoxas con que Alfonso Reyes traduce y amplía en su *Panal rumoroso* la fábula de Bernard de Mandeville, este cuarteto final de rimas alternas: "alzan fábricas de ciencia, - torre, barco, muro y puente, - o al menos su equivalencia aunque en orden diferente".

A toda clase de retoques, en fin, se ha sometido moderadamente la décima en cuanto a la medida del verso: de siete sílabas en el cubano Pichardo Moya, de once en *El Arca* y *Las estrellas* de Bernárdez (y claro está que, en este segundo caso, los cinco versos iniciales de la ancha décima se perciben, exactamente, como un arranque de soneto). Más nos importan, por lo que se refiere a Jorge Guillén, las décimas en versos de nueve sílabas. Abundan en las *Odas* del boliviano Franz Tamayo (1898), donde imitan con crudeza el tono más ampuloso del romanticismo francés, con raros pormenores de puntuación —igualmente afrancesada, sin duda— y con violentas diéresis y sinéresis que hacen aún más tambaleante la marcha del eneasílabo: "Ese gran fuego, esa densa agua - Que brotan y caen a la vez; - Ese Niágara hecho fragua, - Que apenas es humo tal vez; - La sombra, la fosforescencia. . . - Oh! es una celeste demencia! - Semeja un cráneo colosal - Del cielo el gran techo redondo, - En cuyo tenebroso fondo - Delira un cerebro infernal!" También por sus rimas se atienen estas décimas estrictamente al modelo francés.

EN el tercer grupo de poemas del reciente *Maremágnum* (libro que forma, a su vez, la primera parte del nuevo y grande *Clamor* de Guillén), siete décimas en eneasílabos acompa-

ñan puntualmente a otras tantas en octosílabos. Si el lector afina el análisis, comprobará cómo el poeta distribuye, con plan muy exacto, las dos familias de décimas, equilibrando además las rimas alternas con las cruzadas. Oigamos una de esas nuevas, *clamorosas* décimas de enneasílabos, "Vía nocturna", con rima abab en el cuarteto:

El despertar, una estación,
 Y mi cuello, casi torcido,
 Niebla, puntos rojos, carbón.
 Vaga el vivir en un olvido
 Con sorda paz indiferente:
 Yo no soy yo para esta gente.
 ¡Amables murmullos espesos
 De tanto vagón por la vía
 Que se sume en noche no mía
 Mientras me enrosco entre mis huesos!

Del mismo modo que en las décimas octosilábicas de *Cántico* y *Maremagnum*, así también en las enneasilábicas el cuarteto de rima alternada anuncia siempre un final en dos tercetos. Esa "ley", a que Guillén se atiene con todo rigor, no vale, desde luego, para otros poetas. El sevillano Juan Sierra combina el cuarteto cruzado con un final de espínela. Su poemilla de "La pastora" se abre, en efecto, con rimas alternas ("Dobla junio su aire triste - con un silencio de amores, - cuando tu amor se reviste - de verde, almendra y rubores"); los dos versos que siguen ("¡Ay, qué añejos resplandores - los de esa luz precursora...") ya forman el característico puente—el de la décima española usual—hacia el nuevo cuarteto, y éste, a diferencia del anterior, será de rimas abrazadas ("...de la noche! Allí, Pastora, hueco de afán, sólo quiero - la niñez de tu sombrero, - el romance de tu flora"). Esquema opuesto, el de una décima de Adriano del Valle ("Te adoran orbes enteros, - paralelos, meridianos...") que empieza con cuarteto abrazado y termina con dos tercetos; pero aquí ocurre, además, que la rima final de los tercetos—*balleneros*, *guerreiros*— los enlaza con el cuarteto, dando al conjunto una como vaga unidad de espínela. También Emilio Prados, en una "Canción" ("Límpida el agua, se olvida...") de su *Mínima muerte*, hace repercutir la primera rima del cuarteto en tres versos de la sextilla, que se aparta

tanto del final de espinela como del final en tercetos. Prados ha ido ciertamente más allá en sus retoques. En una décima que acaba en tercetos, ha reemplazado con una quintilla el cuarteto inicial, de donde resulta una estrofa de once versos: la *undécima* o *pradina*, como proponía llamarla Gerardo Diego. Más regulares son las décimas de cuarteto cruzado en Domenchina (comp. "Perfecto, para la muerte", en la breve antología que Enrique Díez-Canedo pone como "Epílogo" a la voluminosa del propio Domenchina) y en Ramón de Basterra, de versificación y sintaxis que rozan a veces las de Guillén, como en el brioso comienzo de sus "Mocedades": "Y fue el mundo la sorpresa - pueril, que en los ojos brilla - y que gusta al labio y pesa - la mano. Gran maravilla. - Las ventanas, los senderos, - conocieron sus primeros - transportes... ", etc. Pero el escritor formado en lecturas anteriores debe sentir como sospechosa la mera presencia del cuarteto alterno. No creo sea casualidad que el madrileño Jorge Santayana, puesto a traducir al inglés la "Estatua ecuestre" de Guillén, transforme su rima cruzada en abrazada, como volviendo por los fueros de la tradición: "Motion stays suspended here - Twixt its starting and my hand, - Tightly braced the paces stand - Well planned for a far career..." (con esa *career*, tan extraña aquí, calcada sin duda sobre *carrera*).

Guillén se complace en juegos aún más atrevidos. Encabeza su "Rosa olida" con un cuarteto de rimas abrazadas, compuesto de octosílabos y pie quebrado (el habitual, el de cuatro sílabas; en otro poema, "Un Montealegre", introducirá un bisílabo):

Te inclinaste hacia una rosa,
 Tu avidez
 Gozó el olor, fue la tez
 Más hermosa.

Y viene luego una sextilla cuyo metro evoca las coplas de Manrique aunque las rimas se apartan de ese modelo, como se han apartado a menudo en la poesía española de los dos últimos siglos:

Y te erguiste con más brío,
 Más ceñida de tu estío
 Personal,

Para mí —sin más ayuda
 Que una flor— casi desnuda:
 Tú, fatal.

En una misma página del *Cántico* de 1950, los diez versos de "Fe" mezclan, con la mayor libertad en las rimas, el octosílabo y el pie quebrado, y los diez de "Ciudad en la luz", también con pie quebrado, forman una curiosa décima invertida. En efecto, la sextilla —por lo demás, sin el usual ccd:eed— ha pasado aquí a primer término: transposición que recuerda la conocida travesura de Verlaine contra la forma consagrada del soneto.

CON ese brinco funambulesco a lo alto de la estrofa, la sextilla alcanza su máximo de autonomía. Ya la insinuaba hasta cierto punto, en la espinela clásica, la pausa del cuarto verso. Y una estrofa como la llamada hernandina —la de José Hernández, la de Antonio Lussich, la del *epigrama americano* que Díez-Canedo dedica a Valery Larbaud "pensando en Ricardo Güiraldes"— ¿no parece, con su primer verso sin rima, arrancada de una décima? En Guillén, un inequívoco aire de familia enlaza asimismo las sextillas finales de décima cruzada y las sextillas independientes. También éstas tienden al eneasílabo. La estrofa había ya atraído al cubano Federico de Ibarzábal ("Prólogo", "Pax" y "Deslumbramiento", en *Una ciudad del trópico*, 1919) y al primer Pablo Neruda, al del *Crepusculario*: "En esta hora en que las lilas sacuden sus hojas tranquilas...", etc. Pero no se nos vienen a la memoria estos versos melancólicos cuando pensamos en la poesía más lograda de Neruda, en tanto que sí incluimos en la zona más brillante de la obra de Guillén eneasílabos como los de "La Florida", de *Cántico*, en sextillas agrupadas por parejas al comienzo y al final, con un núcleo de tres en el centro. Cuesta no citar el poema íntegro, sino sólo la sextilla fulgurante en que culmina y concluye:

¿Pero hay tiempo? Sólo una vida.
 ¿Cabrá en magnitud tan medida
 Lo perennemente absoluto?

Yo necesito los tamaños
Astrales: presencias sin años,
Montes de eternidad en bruto.

Muy otras, en cambio, las sextillas de "Estación del Norte", también en *Cántico*, y ya tan afines, por sus imágenes y su ritmo, a "Vía nocturna". Afines; sólo que en "Vía nocturna" un cúmulo de dislocadas sensaciones se comprimen, instantáneas, en la estrofa única, mientras que en "Estación del Norte", a lo largo de siete sextillas, el péndulo de la lírica meditación ha podido oscilar holgadamente entre polos opuestos, entre "El mundo se inclina a su muerte" y "No, no, no. Vencerá la Tierra . . . - Ya al magno equilibrio nos suma". De todas maneras, es este poema de Guillén, fuerte y abrupto (con su golpe de sorpresa en el primer verso, en la primera palabra: "Pero la brutal baraúnda . . ."), uno de los varios que, desde la "fe de vida" de *Cántico*, preludian ya dramáticamente el turbio "tiempo de historia" de *Clamor*.

EL SECRETO DE MELIBEA

Por Segundo SERRANO PONCELA

"No hizo Dédalo, en su oficio y saber alguna más fina entretalladura..."

Dédalo y su laberinto

UNA particular condición de Fernando de Rojas le hizo ser amigo de enredos y envolturas; de aquí el que la obra más famosa de la literatura española después del *Quijote*, la singular *Celestina*, adviniese al mundo, como el minotauro, protegida por celoso laberinto. En recorrer su geométrico trazado han puesto gran afán los más sagaces críticos, y aún nos quedan por descubrir diversos pasillos que quizá no conduzcan a lugar alguno. Tan grato entretenimiento forma parte del placer que produce el análisis de una obra literaria y quejarse de ello no es más que una forma sutil de hipocresía que yo no voy a practicar. Por el contrario, me dispongo a adentrarme por uno de estos corredores sin otro hilo como guía que el buen sentido, "la chose du monde la mieux partagée", como dice *mâitre* Descartes.

Subrayo una particular condición y hablo de enredos y envolturas. Me refiero en el primer caso al hecho de que Fernando de Rojas fuera un judío converso escribiendo desde un ámbito cristiano para lectores —y sobre todo, para censores, cristianos. En el segundo, a las precauciones que hubo de adoptar a fin de proteger sus escrituras de cualquier prevención hostil derivada de su condición. En este juego dúplice y excitante diéronse elementos eficaces para elaborar una prodigiosa obra de arte entre cuyos prodigios no deja de ser máximo éste no saber por dónde andamos. Porque lo cierto es que *La Celestina*, como esos juegos de espejos labrados en forma de rombo, refleja ante el atento lector múltiples y contradictorias

perspectivas. Tales espejos forman parte, como es natural, del confuso laberinto.

Cualquier historia de la literatura puesta al día nos permite adentrarnos por los primeros planos de la construcción y descubrir el punto de partida de este sagaz Dédalo-arquitecto. Pido perdón al redundar en lo ya sabido, pero quizá no esté de más su repaso por si evita algún rodeo a la memoria. La primera edición de *La Celestina* es la del año 1499 (se admite la existencia de otra anterior), entonces titulada *Comedia de Calisto y Melibea*, y en ella permanece oculto el nombre del autor. Una segunda, la de 1501, trae consigo el añadido de ciertos acrósticos cuya lectura por medio de las iniciales de cada verso declara a un Fernando de Rojas, nacido en la Puebla de Montalbán toledana, como autor de libro tan extraordinario. Ambas ediciones constan de dieciséis capítulos o 'autos' que aumentan hasta veintiuno en una tercera edición aparecida el año siguiente, 1502, a la vez que se encubre de nuevo la adjudicación del tema y parte del argumento a dos posibles y venerables escritores ya difuntos: Juan de Mena, el atravesado y hermético autor de *Las Trescientas* (otro literal laberinto), muerto en 1456 de furioso dolor de costado —dicen sus biógrafos, y Rodrigo Cota 'el viejo', mediano poeta satírico y algo más feliz dramaturgo. Las indicaciones se encuentran en una carta "del auctor a un su amigo" por demás curiosa y semiapócrifa, ya que ahora sabemos, con respecto a tales indicaciones que no existían ni en carta ni en coplas de la primitiva e inmediatamente anterior edición. La aparición de un editor y corrector valenciano y bachiller: Alonso de Proaza, pone nueva salsa al enredo por no estar muy claro si éste fue corrector, simple corresponsal o testafarro del autor; si copió o refaccionó interpolando, a más de los añadidos de la carta, los autos que, en número de seis, proliferan en medio del décimocuarto como cuerpo de anélido partido en dos. Es de suponer que, ya por entonces, el lector tendría sus quebraderos de cabeza dada la confusión de ediciones, tanto más acentuados si se tiene en cuenta que nuestro fantasmal autor desaparece de escena como esos demonios calderonianos de los que se dice en las márgenes del manuscrito de las comedias: "ábrase un escotillón y échenle al diablo adentro". Porque Fernando de Rojas, como es bien sa-

bido, no volvió a escribir más ni dejó saber a nadie más de su persona.

Fue después cuando se vino a averiguar el resto, dando con ello al laberinto una mayor patente de autenticidad. Súpose que Fernando de Rojas pertenecía a una familia de judíos conversos —o cristianos nuevos; que estuvo emparentado con otra, la de su mujer, sometida a proceso inquisitorial; que fue bachiller en leyes y alcalde de Talavera de la Reina; que aún vivía en 1538, cuarenta años después de escrita la obra; que recusaron su intervención en el proceso familiar por considerarla sospechosa. Este magro pero suficiente saber, más por lo que supone que por lo que dice, es casi contemporáneo a nosotros: Serrano y Sanz, Foulché-Delbosc y Menéndez Pelayo tuvieron a su cargo el papel de esforzados Teseos en esta nueva representación literaria del excitante y milenarismo mito cretense, y una clara relación entre la condición particular judía del autor y los enredos y envolturas que protegen la obra se ha puesto de manifiesto sólo con iluminar a escritor y escritura con la luz que proyectan los últimos años de historia española del siglo xv; crisis de las tensas relaciones entre judíos, cristianos nuevos y cristianos viejos; expulsión de las comunidades hebreas; montura del aparato inquisitorial; galvanización de ciertos aspectos, amodorrados por habituales, de la creencia católica, etc. El último tesaida de la serie, Américo Castro, al establecer el sistema de profundas correlaciones vitales correspondiente a judíos y cristianos españoles entre los siglos x y xvi, nos ha adentrado aún más en el laberinto y, con ello, excitado el afán de atrapar alguna vez el cabo del hilo; es decir, saber —si de estas profundas intimidades se puede llegar a saber algo— cuál fue la razón existencial que llevó a Fernando de Rojas a escribir *La Celestina*.

Algo extraño y sutil; una atmósfera insidiosa. . .

CONFIEGO, como dije al principio, que no me interesa recorrer la totalidad del complejo artefacto literario constitutivo del rompecabezas de *La Celestina*. Sólo me interesa adentrarme por alguno de sus corredores sin otro instrumento que el *bon sens* proporcionado por una serie de atentas lecturas. En la historia de estos desventurados amantes y su tercera en amores

yacen copiosos problemas propicios a la exégesis teológica, histórica y estilística, como sucede con toda obra literaria representativa de la estructura de vida de un pueblo, y sería vana pretensión enfrentarse con ellos. Lo que pretendo es más sencillo y su carácter de pretensión proviene de una duda; mejor dicho, de un mal entendimiento en el que hemos incurrido numerosos lectores. En cierto sentido se trata de la original situación que supongo llevó a Azorín, con el ánimo en suspenso, a dibujar ese precioso aguatinta literario titulado *Las Nubes* cuyo motivo de composición es la siguiente frase: "Calisto y Melibea —como sabrá el lector— se casaron a pocos días de ser descubiertas las rebozadas entrevistas que tenían en el jardín".

No se trata de dar estado civil a las atropelladas relaciones de ambos amantes ya que una obra literaria nada tiene que ver con una agencia de matrimonio. La libre opción para recurrir a una situación ficticia en que el amor se acrezca conforme roce las fronteras del peligro permite cosechar incalculables encantos estéticos. Todo es inverosímil en una obra de arte —con perdón de Aristóteles y Horacio— ya que la esencia del fenómeno estético comienza a perfilarse conforme trasciende la realidad. De modo que esa relación erótica voluntariamente llevada de tapadillo, en la que el vencimiento de cada riesgo inicia el desarrollo de otro mayor, me parece un valioso recurso literario aunque sorprenda a las almas cándidas. Calisto se enamora de Melibea; ésta le rechaza; Calisto vence su resistencia por medio de una sutil tercera; Melibea se entrega y opta por la clandestinidad desdiciendo el consenso paterno. En suma, ambos enamorados jóvenes, de 'noble linaje' y 'alta y serenísima sangre'; libres y ricos; exentos de compromiso, colócanse voluntariamente en una clara situación de desafío antisocial que, a tropicónes con toda clase de dificultades, termina con la muerte. Desde el punto de vista del 'bourgeois gentilhomme' esto puede ser una mentecatez. Artísticamente es un encanto y no hay duda de que Fernando de Rojas, al optar por la solución difícil, puso a prueba todas sus dotes creadoras. Se me ocurre que Lope y Calderón, grandes facedores de enredos amorosos, al llegar al auto onceno hubieran introducido lo que el lector sencillo echa de menos: la negativa airada de Pleberio a permitir relaciones de matrimonio entre Calisto y su hija, desencadenando de este modo la fatalidad. Pero Rojas no lo

hizo y es posible que sus motivos tuviera para ello, como más adelante se verá. De este modo pudo el drama convertirse en tragedia y dar libre paso a los juegos de artificio de una oscura fatalidad.

Porque no hay duda de que, desde el principio de la obra, el lector atisba la presencia de algo extraño, sutil, engañoso y oscuro —un algo de doble sentido— cuya atmósfera de insidia viene a dar naturaleza a esta enamorada situación. Los amantes se desconocen y a la vez se reconocen en su primer encuentro en el jardín; Calisto, buen cristiano, acepta la pérdida de su alma con fatalismo irremediable; Melibea disimula su amor. Después sobreviene todo el atropello de situaciones ya mencionado: Celestina, el tapadillo, el escape del cuadro social, la blasfemia religiosa que implica el suicidio, etc. Yo formularía, desde ahora mismo, una grave pregunta y es ésta: ¿cómo interpretaría el lector contemporáneo de Fernando de Rojas, el cristiano lector español de principios del siglo XVI, semejante despliegue de provocaciones a la lógica, a la moral y al buen sentido efectuadas con el aparente propósito de resolver un arduo problema estético? Leer e interpretar desde los niveles estragados de nuestros tiempos no nos autoriza a olvidar el sistema de valores que regía para el lector español en tiempo de los Reyes Católicos, y no hay duda de que si algo faltaba a aquellos varones píos era ese refinado paladar con que hoy separamos la dulce almendra del arte de su áspera y poco sabrosa cáscara de realidad. Para tales conciencias muy poco estetizadas, *La Celestina* hubiera sido grave piedra de escándalo y sin embargo no lo fue. En 1502 se produjeron tres ediciones casi simultáneas del libro y el autor asomó un poco más la cabeza: todo estaba en sosiego. No hay duda, entonces, de que tales lectores leían con la conciencia tranquila allí donde nosotros encontramos irregulares fenómenos de vida que sólo el arte dignifica; es decir, encontraban moral y hasta necesario lo que nosotros consideramos puro capricho gratuito del autor.

Se propone una clave

HAY pues, en el libro, una clave; un supuesto olvidado y perdido que minimiza el escándalo o cuando menos lo transfiere en otra dirección. Yo diría que es una clave tan his-

tóricamente obvia como para escaparse de nuestra vista desde la perspectiva contemporánea, mas por lo mismo entendida no racional, sino existencialmente, por el lector de entonces. Debo añadir que una vez aceptada como posible, recomiendo una nueva lectura del libro con la esperanza de que contribuya a esclarecer zonas oscuras; mas, como dije al principio, también es probable que no conduzca a parte alguna y sólo contribuya a hacer entretenido el sujeto de esta operación crítica elaborada sin otro instrumento que el *bon sens*.

Héla aquí propuesta de modo abrupto dejando para más tarde su posible y gradual demostración: Lo que Fernando de Rojas nos cuenta, partiendo del contexto vital en que se halla y escribiendo para la sociedad española de fines del siglo xv y principios del xvi, es la historia de los difíciles amores entre *un cristiano viejo* de "noble linaje, claro ingenio, gentil disposición y linda crianza" llamado Calisto y una *judía perversa* de nombre Melibea, "mujer moza, muy generosa, de alta y serenísima sangre, sublimada en próspero estado y una sola heredera" del rico hebreo Pleberio, también converso. Es decir, Fernando de Rojas, judío converso él, transfiere al terreno del arte un profundo conflicto social que por encontrarse entre los que denominaría Ortega "los usos del tiempo" no necesitó, por entonces, de otros supuestos previos de razonamiento que el buen sentido del lector—"la chose du monde le mieux partagée"—. Y tanto más dentro de los usos contemporáneos como para no necesitar explícitas ayudas de entendimiento. Lo que allí sucedía era natural desde la situación; quedaba cercado el lector por ella desde el primer instante; la historia de amor se entretrejea con una circunstancia concreta que llevaban los españoles de entonces en los huesos y en la sangre. ¿Para qué otra redundancia? Fernando de Rojas hacía obra de arte, no adoctrinaba; una obra de arte atrevida, por supuesto, cuyo atrevimiento no estaba en la situación—rutinaria y normal—sino en ser *él*, desde su propia persona de judío converso, quien la escribiera: de aquí sus ocultaciones y enredos. Pasado el tiempo, modificada esta situación, establecidos nuevos supuestos de comprensión para el lector, lo implícito se convierte en oscuro; lo obvio en no dicho; el contexto social dado, en atmósfera lejana y evanescente. Queda la eterna pasión de amor, que no se altera ni cambia por ser modo expresivo de la

condición humana; y alrededor suyo una atmósfera de misterio producida por la lejanía y esa imposible ubicuidad en que nos encontramos para vivir simultáneamente en lo temporal y lo intemporal. Las gentes de tan añejo tiempo estarían bien lejos de suponer, si alguna vez pensaron en un remoto futuro, la aparición de este problema, y Fernando de Rojas también.

Primera confusión: los linajes

Lo que llama la atención, de inmediato, al cándido lector actual de *La Celestina*—y yo creo poseer esta buena cualidad, tan útil para provocar placer en la lectura—es la existencia de algo que denominaría 'confusión de linajes'. Extraña y sorprende porque estamos habituados a entender, sobre todo después de copiosas lecturas de literatura clásica, que la igualdad de linaje más aproxima que separa a los sujetos amorosos. Es un tema sociológico cuyo tratamiento literario opera con patrones rutinarios: la igualdad de linajes facilita el amor y son necesarias otras intrigas subsidiarias para tornarle problemático—adulterio, promesa previa de matrimonio, deshonor del nombre o de la persona, etc. Pero en este caso, el autor pareciera complacerse en subrayar, con su constante alusión a la nobleza de ambos enamorados, la existencia de una gratuita y oculta dificultad superior. En el 'argumento' se nos hace saber del "noble linaje" de Calisto; caballero de fortuna y bienes: "Los bienes que tienes dentro con los de fuera resplandecen" (Sempronio.Aut.I). "Bien tendrás, señora, noticia en esta ciudad, de un caballero gentil-hombre de *clara sangre* que llaman Calisto" (Celestina a Melibea). La misma Celestina (auto IV) enumera cualidades del mancebo que comprueban su importante rango social, su *paideia* nobiliaria: hombre de armas, buen jinete y justador, limpia sangre, adecuada disposición corporal, equilibrado en dones—algo así como el retrato que Fernando de Herrera nos ofrece de Garcilaso en sus "Acotaciones". El respeto que por su condición siente la vieja tercera le lleva a preferir la 'ofensa' a Pleberio al 'enojo' de Calisto. En la primera entrevista entre ambos amantes, Melibea reconoce 'las extremadas gracias; el alto nacimiento' de su galán. Después de su trágica muerte, la desesperada criatura femenina subraya ante el

atónito padre estas mismas características: "*un caballero que se llamaba Calisto, el cual tú bien conociste. Conociste asimismo sus padres y claro linaje; sus virtudes y bondad a todos eran manifiestas... el más acabado hombre que en gracia nació... dechado de gentileza, de invenciones galanas, de atavíos, bordaduras, hablar, andar y cortesía... perteneció a la ciudadana caballería*"; con su muerte dejó "muchos sirvientes descubiertos de señor" y perdieron "muchas limosnas y raciones, pobres y envergonzantes".

El linaje de Melibea no le va en zaga; es más, notamos desde el principio algo así como un sutil subrayado de superioridad, tanto que nos llevaría a sospechar que corre por las venas de Pleberio sangre de infanzón castellano si su propio nombre—sin duda no escogido por azar—y sus ocupaciones: comercio, negocios, "edificar torres", "plantar árboles", "fabricar navíos", no lo imposibilitaran. Melibea es "mujer moza, muy generosa (elevada), de alta y serenísima sangre. —"Mira la nobleza y antigüedad de su linaje", dice Calisto a Sempronio (Aut. I). Y en la primera entrevista entre ambos enamorados, Calisto asegura a Melibea: "Soy cierto de tu limpieza de sangre y hechos". Cuando Pleberio examina las cualidades de su hija, tratando de encontrarle próximo marido, subraya su alto origen y parientes a lo que hace eco Alisa, la madre, refiriéndose a la "noble sangre" que alimenta sus virtudes. En todo momento este "altísimo estado" trasciende de cada acto de Melibea, preocupada hasta la desesperación por evitar que su amor oscurezca públicamente su honra. Cuando autoriza a Celestina a comunicar el resultado de su favorable embajada al pungido galán, le advierte por tres veces "que mi honra no dañes con tales palabras".

Esta contienda de linajes que funcionan en líneas paralelas sin encontrarse, más bien contraponiendo cualidades que sólo una atenta lectura descubre: (*noble linaje—alta y serenísima sangre*), se hace clara si entendemos la importancia que el judío español concedió desde siempre a la aristocracia de su condición. Ya Mosé Arragel de Guadalajara se lo hizo saber al Maestre de Calatrava don Luis de Guzmán cuando recibió el encargo de traducir la Biblia (a. 1420): "esta preeminencia ovieron los reyes e los señores de Castilla, que los sus judíos súbditos memorando la magnificencia de los sus

señores, fueron los más sabios, los más honrados (ilustres) judíos de cuantos fueron en todos los regnos de la su transmigración, en cuatro preheminiencias: en linaje, en riquezas, en bondades, en sciencia". El obispo de Burgos, don Pablo de Santa María, quien antes de su conversión fue Rabí Salomón Halevi, compuso un discurso sobre el *Origen y nobleza de su linaje*; y otro converso, Juan de Lucena, en su *Libro de vida beata* defiende la antigüedad en condición hidalga de los judíos haciendo decir a don Alonso de Cartagena: "No pienses correrme por llamar los hebreos a mis padres. Sónlo por cierto, y quíerolo; ca si antigüedad es nobleza, ¿quién tan lexos?". No tiene, pues, nada que reprochar Calisto el linaje de Melibea ni ésta al de su galán porque la conversión del judío a la creencia cristiana, según las propias autoridades conversas, no reduce las características nobiliarias: "Si los convertidos a nuestra fe (la cristiana) que según su ley o seta eran nobles—dice, respondiendo a consulta Mosén Diego de Valera—retienen la nobleza de su linaje después de cristianos, a esto respondo, que no solamente los tales retienen la nobleza o fidalguía después de convertidos, antes digo que la acresciantan" (B.A.E.XVI. 206-212).

Lo que sucede es que estas noblezas de sangre corren por distintos arcaduces y hay un punto de honor en mantenerlas separadas que, contra toda suposición de superficie, defienden tesoneramente los judíos conversos. Américo Castro, en su extraordinario libro *La realidad histórica de España* donde lleva a cabo una total inversión del hecho existencial hispánico, y sin cuya ayuda, debo reconocerlo ahora, esta expedición del *bon sens* crítico por los predios de *La Celestina* no tendría lugar, lo manifiesta claramente con abundancia de datos: "Quienes realmente sentían el escrúpulo de la limpieza de sangre eran los judíos. Gracias a las traducciones de A.A. Neumann conocemos las opiniones legales ('respuesta') de los tribunales rabínicos que revelan cosas insospechadas. Aparece ahí una inquietud puntillosa por la pureza familiar y el qué dirán, por los 'cuidados del honor' tan característicos del teatro del siglo XVII. El judío minoritario había vivido siempre a la defensiva frente al cristiano dominador, pero las persecuciones del siglo XV agudizaron todavía más su conciencia de exclusivo particularismo. Ese sentimiento persistió, y a veces se exacerbó, al convertirse al cristia-

nismo; para protegerse contra la sospecha y la persecución de los cristianos viejos, el cristiano nuevo fomentó también defensivamente su conciencia de casta como una protección contra su propia ascendencia judaica, y como una justificación, frente a la sociedad y para consigo mismo, de la total sinceridad de su cristianismo". Desde punto de vista tan iluminativo, sin duda presente en la exquisita conciencia de Fernando de Rojas, no se necesitaba subrayar con explicaciones un conflicto entre dos castas cuyo lenguaje similar: sangre limpia, antigüedad de blasón, punto de honra, etc., ocultaba una profunda disimilitud de existencia. Tampoco para sus lectores, a quienes, posiblemente, se les hiciera visible la aporía ya desde sus primeras líneas discurriendo por la totalidad del contexto literario, y observando la presencia de otros sobreentendidos, sobre los cuales también quisiera decir algo.

Segunda confusión: la blasfemia

POR ejemplo, ¿en qué lector no ha producido resonante trastorno esa escena III del primer auto cuando Calisto enajenado de amor manifiesta los caracteres del mismo? Digo, la pasión que arrastra al mancebo, entre tártagos y sobresaltos, a recluirse en su cámara con todas las señales del sufrimiento más verdadero (un poco a despropósito, debemos reconocerlo, si obedecieran tan sólo al rechazo verbal sufrido durante la escena del huerto); sufrimiento agudísimo, sin retórica, que ya no se calmará nunca, ni aun siquiera en los instantes posteriores a la sabrosa entrega (reléase el monólogo de Calisto al abandonar a Melibea después del primer encuentro en el jardín). La pasión de Calisto presenta, de inmediato, graves formas de herejía insólitas en un cristiano viejo, con tradición católica y en sus cabales. Obsedido por el amor de Melibea, el frío y grave rechazo de ésta permítele ver la profundidad del riesgo en que su alma se ha metido, y sin vacilación visible pero comprensible para quien juzgue la escena como una disputa de poderes sobrenaturales, entrega al diablo su alma con un acto de apostasía sin ejemplo en la literatura española. Los primeros síntomas de que la operación va a tener lugar —es decir, de que va a producirse

la terrible, sobrecogedora *blasfemia*— se aperciben al curso del breve diálogo con su criado Sempronio:

Calisto: —¡Ve con el diablo!

Sempronio: —No creo, según pienso, ir conmigo *el que contigo queda*.

Calisto sabe que su amor es un amor prohibido por razones muy profundas y secretas que nada tienen que ver con la condición social de ambos amantes o los usos eróticos. Lo sabe y, no obstante, insiste. Aquí, el genio creador y original de Fernando de Rojas se atreve con un tema nuevo en nuestra literatura —aunque la situación originaria no lo sea— y provoca el escándalo estético. Calisto siente su esencial desarmonía; está *consigo discorde*; tiene dentro del pecho "agujones, paz, guerra, tregua, amor, enemistad, injurias, *pecados*". No; no es sólo amor-pasión; fuerza irracional del Eros. Es algo más grave a cuya luz adquiere sentido la ya clásica *blasfemia* que le hunde, para siempre, en estado de pecado mortal:

Calisto: —¿Yo? *Melibeo* so, y a *Melibea* adoro y en *Melibea* creo y a *Melibea* amo...

y:

Mandaste al hombre por la mujer dejar al padre y a la madre; agora no sólo aquello, *mas a ti y a tu ley desampan*.

y:

Por Dios la creo, por Dios la confieso y no creo que hay otro soberano en el cielo.

Es tal un momento-eje de la obra cuya comprensión permite entender, en lo sucesivo, la en apariencia perturbadora y funambulesca actitud de Calisto para quien 'las menores', como diría un escolástico, están subsumidas y resumidas por 'la mayor'. Quiero referirme a su falta de seso encerrándose a oscuras, tañendo vihuela, tributando desacordados elogios a Celestina, practicando voluntaria huelga del hambre, etc. Riesgos y quebrantos y hasta majaderías que el sólo amor-pasión no explica, resultan explicados por la trascendencia del paso que acaba de dar, cuya rúbrica, por si el lector no lo tiene patente, se encuentra en la escena I del auto XI:

—Melibea es mi señora, Melibea es *mi Dios*, Melibea es mi vida; yo *su cautivo*, yo *su siervo*.

Obsérvese con atención el contrario estado de ánimo de Melibea en semejante trance de apostasía religiosa. No se inmuta y otros cuidados son los que perturban su tranquilidad. Y no cabe aludir que la desconoce, ya que aparte de no ignorar los antecedentes de su enamorado ("era rico y *piadoso* —dice a la hora de su muerte—; quitó muchas raciones y limosnas a pobres y envergonzantes") asiste en la inicial escena del huerto a una clara prueba de lo que va a suceder.

Calisto: —...sin duda, incomparablemente es mayor tal galardón (poder manifestarle, en persona, su amor) que el *servicio*, *sacrificio*, *devoción* y *obras pías* que por este lugar alcanzar tengo yo a Dios ofrecido... Por cierto, *los gloriosos santos que se deleitan en la visión divina* no gozan más que yo ahora en el acatamiento tuyo...

Melibea: —¿Por tan gran premio tienes esto, Calisto?

Calisto: —Téngolo por tanto, en verdad, que *si Dios me diese en el cielo la silla sobre sus santos, no lo tendría por tanta felicidad*.

A Melibea, supuesta buena cristiana, no le perturban estos desafueros expresivos, no obstante ser doncella tan rigurosa y formalista, que lleva sobre sí cordones benditos y reliquias. Del cordón de Melibea *es fama* —dice Celestina— *que ha tocado todas las reliquias que hay en Roma y Jerusalén*. ¡Desconcertante en verdad! Digo, si tratamos de continuar viendo a esta bella criatura de ojos verdes, pestañas luengas, labios colorados y pequeñas tetas redondas, como una especie de medieval sierva de María en vez de su posible realidad: una conversa tanto más formalista y practicante en su apariencia como fría en el arca de la intimidad. Es tan imposible penetrar la mina de los sentimientos melibeos como suponer la trasferencia que hiciera de los suyos Fernando de Rojas al constituir, en el mundo ideal de las criaturas literarias, a Circe tan ambigua. La prueba se consigue más por elusión que por alusión y tan sólo la dramática prueba del suicidio dota de carácter las recónditas cárcavas melibeas. Obsérvese la total ausencia de moral cristiana que contiene el episodio: la voluntaria muerte sin confesión y en pecado mortal; la arrogancia

del desafío a Dios desde lo alto de la torre. ¿Cómo hubieran reaccionado las conciencias *católicas viejas* ante tal exabrupto literario de no darse en ellas, a la vez, el sobreentendido de que se trataba de alguien fuera de los planos de la verdadera creencia o cuando menos advenedizo a ella? Claro está que desde la intimidad melibea todo aquello estaba bien así; no había apostasía ni blasfemia como en Calisto. El cristiano viejo podía frotarse las manos, a su lectura, y musitar bajo capa: "bien empleado". Para el judío converso, fiel en secreto a su antigua fe, esta decidida heroína del amor podría recordarle, en planos más reducidos, aquellas valerosas doncellas hebreas que no dudaban un momento en su decisión de entrega con tal de pervertir al infiel con el elixir embriagante de sus brazos; Herodías o Judith, por ejemplo. Hoy, nosotros, ante tan peligrosa e inteligente duplicidad, sólo sentimos el pasmo que produce toda audacia sospechando, una vez más, el porqué del complicado laberinto que Fernando de Rojas se vio obligado a construir para encierro de tan prodigiosa criatura.

Tercera confusión: el secreto

LA luz proyectada sobre las dos confusiones anteriores ilumina, a mi entender, una tercera: la aparente, innecesaria atmósfera de secreto que rodea, desde el primer instante, la peripecia amorosa. Consiste el primer equívoco en el desconocimiento y falta de trato entre ambos amantes y la subsidiaria producción del flechazo, del 'coup de foudre'. Pero la pareja se conoce de antemano y, sin duda, se valora desde sus respectivos compartimentos religiosos y sociales. Supongo que Fernando de Rojas dio por válido en el lector de su época el convencionalismo necesario para entender, sin explicaciones, la diferencia entre conocimiento sin relación íntima—desde cada orilla del río—y el conocimiento íntimo y afectivo. La primera frase que pronuncia cada uno de ellos choca por su familiaridad:

—En esto veo, *Melibea*, la grandeza de Dios.

—¿En qué, *Calisto*?

Se apelan por sus nombres propios; no hay presentación;

Calisto entra por vez primera en el huerto sabiéndole de antemano retiro de la doncella y su sorpresa depende, sobre todo, de encontrársela allí. Tampoco Pleberio ignoraba quién era el galán puesto que su hija, cuando alude a las altas prendas del infortunado, subraya el sobreentendido.

—Un *caballero* que se llamaba Calisto, el cual *tú bien conociste*.
Conociste, asimismo, *sus padres* y claro linaje; sus virtudes y bondad a todos eran manifiestas. . .

Así, los amantes ya se conocen y Rojas da por aceptada la existencia de cierta familiaridad antecedente a su amor. Supongo que lo mismo harían los lectores entonces. A mi juicio, lo que comienza a partir del primer encuentro a solas y subsiguiente declaración amorosa, es el *secreto*. Así como Calisto soporta el peso de su decisión examinada desde el tribunal de la conciencia, no ignora tampoco su análoga gravedad juzgada por el tribunal de la sociedad. Por tal razón, a lo largo de la creciente tragedia, es la palabra *secreto* aquella que provoca más resonancia afectiva en todos sus protagonistas. La enfermedad amorosa de Calisto es secreta y cuando habla con Celestina tratando de propiciar su intervención subraya el hecho de no poder mostrar 'la tercia parte desta mi secreta enfermedad'. Constantemente se manifiesta el temor al castigo, implacable, riguroso, que acompañará a los cómplices de esta ilícita relación.

Sempronio (a Celestina): —Al primer desconcierto que vea en este negocio no como más su pan (de Calisto). Más vale perder lo servido que la vida por cobrarlo.

La prueba de que 'ambos para en uno son' si no existiera el impedimento secreto, dála Sempronio por medio de este juicio tajante:

"Calisto el caballero, Melibea hijadalgo; así, que los nacidos por linaje escogido, búscanse unos a otros"

lo que no impide al mismo, al enjuiciar este amor desde la perspectiva del impedimento inenunciable, frenar los elogios exaltados de Calisto con un frío menosprecio que recuerda 'el odio antiguo de la plebe contra los judíos cobradores y logreros'.

Sempronio: —Podrá ser alcanzándola y viéndola con otros ojos, libres del engaño en que agora estás . . . que la aborrezcas cuanto agora la amas.

Calisto: —¿Con qué ojos?

Sempronio: Con ojos claros.

Calisto: —¿Y agora con qué la veo?

Sempronio: —Con ojos de alinde con que lo poco parece mucho y lo pequeño, grande.

Melibea consideraba tan grave el pecado de su relación amorosa que 'encobría a su querida madre' el secreto. Cuando se descubre la muerte de Celestina, lo que preocupa a Calisto, principalmente, es la *pérdida de honra* que conllevará el descubrimiento de sus amores; actitud incomprensible en un galán joven para quien la publicidad de estas relaciones, de tener lugar entre iguales, dentro de una sociedad de iguales —nobles, hidalgos, gente de condición y tradición cristiana— proyectaría distintas preocupaciones: el temor a la venganza de Pleberio, por ejemplo, al conocer éste el bochorno que recae sobre su apellido. Pero el asesinato de Celestina deshonra, sobre todo, por su función de tercera que ha propiciado y encubierto un tipo de relación prohibida por el consenso social. Y Calisto no huye, sino que se esconde, en actitud inicial de conciencia semejante a la que, de modo espontáneo, manifiesta después de su primer encuentro con Melibea en el huerto. En ambos casos necesita *la oscuridad*. Es interesante examinar los dos monólogos: cuando el mozo, satisfecho por la descarga erótica, reflexiona sobre el tipo de contacto profundo que ha iniciado con Melibea —suya en cuerpo y espíritu—, y, después, al conocer el escándalo con que la ciudad acoge la publicidad de los móviles que produjeron la muerte de su colaboradora. Parece natural que una riña entre lacayos y cobertera no pasaría de ser vulgar episodio picaresco; acción tabernaria y plebeya que no llegase a los altos estamentos sociales. Pero la ciudad se alarma e irrita; el juez se obliga a intervenir acelerada y silenciosamente en la causa; los culpables del asesinato —Pármeno y Sempronio— son descabezados en juicio sumario y sin prueba. Todo esto hubiera sorprendido al lector, entonces, de no tener presente para mejor entenderlo la clave generadora de la obra. Es un lugar común, en la literatura novelesca y dramática, el tema de la huída para escapar de la venganza de un padre

airado, como también la réplica del caballero que se considera ofendido por arbitraria o excesivamente expedita justicia —pública o privada— en la persona de sus servidores. Nada de esto sucede. —“¡Oh mi triste *nombre y fama* cómo andas al tablero de boca en boca” —se autorreprocha Calisto mientras corre a esconderse— “¡oh *mis secretos más secretos* . . . No osaré salir ante las gentes”.

Y entonces, gozado el primer gran arrebato sensual, el mismo que lleva a exclamar a Melibea: “Tus deshonestas manos me fatigan cuando pasan de la razón”, Calisto ve su mengua, su deshonra, su cobardía, su falta de decisión para para arrostrar en público tan grave escándalo:

Calisto: —Agora que está helada la sangre que ayer hervía; agora que veo *la mengua de mi casa, la falta de mi servicio, la infamia* que tiene mi persona de la muerte de mis criados, ¿qué hice?, ¿en qué me detuve?, ¿cómo me puedo sufrir *que no me mostré luego presente* como hombre injuriado, vengador soberbio y acelerado de la manifiesta *injusticia* que me fue hecha?

Se reprocha con dureza por estar corrompiendo con su cobardía la fama de su apellido; no sabe de quién tomar consejo y a quién descubrirse; cela hablar del caso a parientes y amigos. Y actitud aún más reveladora: después de censurar con acritud al juez que ha decidido justicia tan expeditiva como la degollación de Sempronio y Pármeno reconoce cuánta virtud acompañó a tan secreta y discreta justicia. Porque el juez, se nos informa, es un cercano amigo de familia deudor de ciertos favores, y su rápida decisión resulta de alabar examinada en frío ya que evitó con ella mayores males:

—Y él, por no hacer bullicio, por *no me difamar*, por no esperar a que la gente se levantara y oyese el pregón, del cual *gran infamia* se me seguía, los mandó justiciar tan de mañana . . . Lo cual todo, así como creo es hecho, antes le quedo deudor y obligado para cuanto viva . . .

Finalmente, cuando el propio desventurado —y a la vez feliz Calisto— muere al pie de las tapias del jardín por traidor asalto de su mala fortuna, esparcidos los sesos por el suelo; sin dolor ni confesión; en grave pecado mortal, sus criados

se preocupan sobre todo de que no le hallen muerto en el sitio porque quedaría deshonrado. Así, llévenselo sigilosamente:

Tristán: — ...Sin confesión pereció... Llevemos el cuerpo de nuestro querido amo donde no padezca su honra detrimento, *aunque sea muerto en este lugar.*

Curiosa inversión, sin duda, ya que en circunstancias normales la deshonra recaería tanto sobre la liviana doncella como sobre la casa paterna manchada por el escalamiento nocturno. El *este lugar* de Tristán desprende cierto tufo a Judería que, en otra ocasión, me gustaría examinar despaciosamente tomando en consideración dispersas observaciones anotadas al curso de la lectura del texto.

Pleberio y su máscara

EN la causa inquisitorial seguida contra el suegro de Fernando de Rojas, uno de tantos procesos contra judaizantes habituales en aquellos años, encontramos curiosos datos para el entendimiento del drama orgullosamente vivido por los conversos durante los primeros tiempos del establecimiento del Santo Oficio. Y a la vez, un conjunto de actitudes defensivas que al pasar por el tamiz sensible e hipercrítico de una personalidad como la de Rojas, configurarían esa cautelosa e inédita estela biográfica de la que sólo queda—evasión y justificación a la vez— el laberinto de *La Celestina*. La familia había dado un regular contingente a la curia inquisitorial: los padres de Álvaro de Montalbán, el procesado fueron desenterrados y quemados en su día, y éste, ya de setenta años, compareció ante el promotor fiscal, que le acusaba de hereje y apóstata, manifestando haberse *reconciliado* (es decir, sometido voluntariamente al brazo eclesiástico por actos contra la fe) cuarenta años antes. Un Iñigo de Monzón, vecino de Madrid, que había tratado al tal Álvaro, "preguntado en qué posesión es avido e tenido el dicho en esta dicha villa e en los lugares donde dél se tiene noticia, dixo que en vezes ha estado en esta dicha villa, en la parrochia de San Ginés, en casa del dicho su yerno (Pedro de Montalbán), más de dos años... e que en el dicho tiempo que aquí estovo nunca le veyá

en misa los domingos ni fiestas, sino en alguna vez que yba con su hija, y que *en entrando en la Yglesia se sentava en un poyo cabizbaxo, y que así se estava sin sentarse de rodillas ni quitarse el bonete. . .*" La promesa, por parte del reo, de vivir en adelante como buen cristiano, así como su avanzada edad, mitigaron la condena ya que el tribunal falló asignarle su casa por cárcel y la obligación de llevar un sambenito sobre las vestiduras. Fue en tal proceso donde Fernando de Rojas, al ofrecerse como abogado del converso Montalbán, resultó recusado como *persona con sospecha*.

Estos pocos datos adquieren mayor relieve si se proyectan sobre la creación literaria del cauteloso converso, sólo por una vez escritor, y esto con múltiples precauciones. Porque detrás del rígido aparato leguleyo y las parcas expresiones escritas se adivina un profundo drama de conciencia donde el orgullo y el temor, de consuno, producirían retorcidas actitudes: provocación y retraimiento; mínimo formalismo exterior y acendrada fe íntima en la vieja creencia; rigurosidad moral y capacidad para sufrir el vejamen. Ser converso debió resultar negocio bien difícil sobre todo cuando se tratase de poner en paz la conciencia. Se adivina un juego de actitudes hacia fuera y hacia dentro capaces de crear sujetos de recia textura espiritual muy aptos para sublimarse en creaciones artísticas si hubiese sido posible hacerlo. Muertas antes de nacer tales criaturas o cuando menos en el limbo de lo increado, sólo podemos aproximarnos a ellas por deducción. Este es el caso de la figura más recatada de la tragicomedia celestinesca; aquella en que menos se han fijado los críticos, a mi juicio, y la que posee guardada, bajo formas muy medidas y prudentes, la clave mayor del drama. Me refiero a Pleberio, el padre de Melibea.

No me cabe duda de que Pleberio es un judío converso; el único ejemplar arquetípico de la literatura española, y a la vez, contrafaz del propio Rojas, donde éste puso, junto a cualidades y virtudes interiores, el ejercicio de esa actitud de espíritu que, con lenguaje eclesiástico llevado a la más amplia horma de la conducta social, llamamos *cautelos*. No son muchas sus apariciones directas al curso de la peripecia pero sí esenciales. Por otra parte, la ausencia del grave varón impregna—como sombra vigilante—todas las actitudes de ambos enamorados; les coacta y les impulsa, a la vez, desde

ese primer auto en que el desapoderado Calisto profetizando el final catastrófico de su aventura amorosa reclama del 'plebérico corazón ser inspirado piadosamente para que evite el desastrado final de Píramo y Tisbe'; tórnales suspicaces y a la par decididos; pone ante ellos por su rectitud, su vigilancia por medio de criados y costumbres, y su sentenciosidad (véase el auto XVI) un espejo de conducta y de formas que refleja el drama latente: la forzosa abstinencia de amor.

Pleberio es sentencioso y grave. Recuerda, por su acento, la antigua voz de los patriarcas; el don profético de los grandes señores hebreos:

—“Corren los días como agua del río. No hay cosa tan ligera para huir como la vida. La muerte nos sigue y nos rodea, de la cual somos vecinos y hacia su bandera nos acostamos según Natura. Esto vemos muy claro si miramos nuestros iguales, nuestros hermanos, parientes en derredor. Todos los come ya la tierra, todos están en sus perpetuas moradas. . .”

Tiene su voz nobleza y dignidad; más nobleza milenaria y un sonido de sangre antigua—esa *virtut e noble sangre* a que alude la callada madre Alisa cuando acude en alabanza de la decisión del esposo, dispuesto a casar a Melibea con alguien de *alto origen* capaz de honrar a los parientes. Pero no una nobleza combativa, guerrera, espectacular y proclamada por las voces de la fama, sino otro tipo de tradición nobiliaria conseguida por el trabajo, la riqueza lograda con esfuerzo y las buenas obras; esa orgullosamente subrayada por Rabí Arragel de Guadalajara al hablar de las cuatro preeminencias hebreas: “linaje, riqueza, bondades y sciencia” que debió de pasmar, por su audacia expresiva al orgulloso Maestre de Calatrava, don Luis de Guzmán.

Es obvio que tal lenguaje no se corresponde con los valores del caballero cristiano viejo—ni gran señor ni simple hidalgo—y creo que Fernando de Rojas tuvo muy presente la necesidad de subrayar con él, por si alguna duda cabía a tales alturas del libro (nos hallamos en el auto último, ya desencadenada la catástrofe: muertos Calisto y Melibea, digno y solitario el grave anciano ante el muro de la torre, entonando su planto y su llanto ante aquella perdida Sión de sus afectos paternos), el hecho de que la *Tragicomedia* era ejemplo discreto y acusador del gran drama que dividía a

los españoles. Ya en semejante ocasión no se necesitaba de tantas cautelas; por el contrario, convenía ser explícito por si alguna conciencia sencilla no había logrado comprender. Han subrayado algunos críticos la extensión del monólogo plebérico con que concluye el libro censurándole como enfadoso e inoportuno; retórico y demasiado escolar. Permítome opinar lo contrario y considerarle arco de bóveda que sostiene toda la arquitectura del libro. Si en algún instante Fernando de Rojas abandona su clandestinidad es ahí. Pleberio es su espiritual sosías; la justificación del drama, la excusa de su atrevimiento, la patente de su buena fe y la defensa de cualquier peligroso equívoco. Sin Pleberio no hubieran sido posibles los ulteriores atrevimientos del apócrifo y tendríamos ante nosotros, hoy, un laberinto mucho más impenetrable.

Reléase con atención el largo parlamento del que voy a permitirme subrayar algunas partes. No hay duda; el converso está ahí, con toda su tradición judaica viva: orgullo de linaje; amor a las riquezas adquiridas por el trabajo cotidiano; resignación ante el sufrimiento; desdén por lo mundano; apoyo en la cálida confortación de los Patriarcas, y ausencia de ternura, de lágrimas, de misericordia cristiana. Una comparación de *estilo interior*—de temple, diríamos para entendernos más fácilmente— con las *Coplas* de Jorge Manrique resultará, al efecto, bastante instructiva. Melibea ha muerto; ¿de qué sirven tantos esfuerzos en pro del linaje? Pleberio se lamenta de ello:

¿Para quién edifiqué torres? ¿Para quién adquiri honras?
¿Para quién planté árboles? ¿Para quién fabriqué navíos?

Oficios privativos de judíos todos ellos más tarde practicados por los conversos ya que la conversión no significaba cambio alguno en el estamento social. Ocupaciones imposibles para un caballero cristiano:

(...mas hizo guerra a los moros,
ganando sus fortalezas
y sus villas;
y en las lides que venció
cuántos moros y caballos
se perdieron;

*y en este oficio ganó
las rentas y los vasallos
que le dieron...*

Elegía.29)

Dios pudo optar por llevarse el patrimonio laboriosamente conseguido y permitir, a cambio, la vida de la hija:

"¿Por qué no destruiste *mi patrimonio*? ¿Por qué no quemaste *mi morada*? ¿Por qué no asolaste *mis grandes heredamientos*?"

La vida del Maestre Manrique no se compra ni se gana:

(... con estados mundanales
ni con vida delectable
donde moran los pecados
capitales...)

Elegía.36)

Sobreviene la típica lamentación hebreaica:

"¡Oh vida de congojas llena, de miserias acompañada; ¡oh mundo, mundo! Lo contaré como a quien *las ventas y compras de tu engañosa feria* no prósperamente sucedieron. Como aquel que mucho hasta ahora ha callado tus *falsas* propiedades por no encender con odio tu ira... Me pareces un laberinto de errores, un desierto espantable, una morada de fieras, laguna llena de cieno, región llena de espinas, prado de serpientes, huerto sin fruto, fuente de cuidados, río de lágrimas, mar de miserias, trabajo sin provecho, dulce ponzoña, vana esperanza, falsa alegría, verdadero dolor..."

A este paralelismo de contrarios responde el Maestre guerrero, caballero, viejo cristiano:

(No tengamos tiempo ya
en esta vida mezquina
por tal modo,
*que mi voluntad está
conforme con la divina
para todo;*

y consiento en mi morir
 con voluntad placentera
 clara y pura,
 que querer hombre vivir
 cuando Dios quiere que muera
 es locura.

Elegía.38)

Ni siquiera los ejemplos antiguos sirven de conformidad para el dolor:

"Que si el profeta y rey David al hijo que enfermo lloraba, muerto no quiso llorar diciendo que era cuasi locura llorar lo irreparable, quedábanle otros muchos con que soldase su llaga".

Manrique cierra su *Elegía* con un acento tranquilo de conformidad ante la desgracia y lo irreparable:

(... dió el alma a quien se la dio
 (el cual la dio en el cielo
 en su gloria),
 que aunque la vida perdió,
*dejónos harto consuelo
 su memoria.*)

Reléanse, repito, ambos textos en una operación comparativa de templos o estilos interiores. La diferencia de tiempo entre la elaboración de uno y otro es bien pequeña: alrededor de veinte años; una generación. Pero aún quiero subrayar, a la ligera, otros acentos del planto plebérico. Uno, bastante grave y revelador; algo así como un voluntario escape de la contenida prudencia con que obran Pleberio y Fernando de Rojas simultáneamente:

"No pensé que tornabas en los hijos *la venganza de los padres*"
 (imprecación al Amor).

Un espíritu superficial dejándose llevar por la cautela deliberada del autor entenderá la queja como referencia a un ignoto conjunto de eróticas aventuras, mas como se trata de grave y virtuoso varón, ejemplar en su conducta, la alusión

a un pasado frívolo es difícil de aceptar. No, no hay pasado pecador puesto que, de otro modo, la astuta trapacera hubiéralo utilizado como fisura por dónde entrar en la fortaleza plebérica. La ley de herencia no se cumple en este caso pero sí otra ley más exigente de remuneración: *la ley de la apostasía*. El hijo de Abraham, de Isaac, de Jacob, de Moisés, renegó, una sola e irredimible vez, de sus padres; fue liviano, se convirtió. He aquí ahora pagando liviandad con liviandad, muerte con muerte.

¿Qué más? La ausencia de lágrimas cristianas; la seca y dura resignación del espíritu hebraico confortado por referencias a varones sufridores: patriarcas, reyes, profetas, siervos de Elohin: —“Hasta David y Salomón no quisiste dejar sin pena. Por tu amistad Sansón pagó lo que mereció...”. Olvido revelador y voluntario del sufrimiento de Cristo en la cruz, paradigma de todo cristiano verdadero en situaciones límites; ignorancia de apelaciones al dios de misericordia. Vuélvase al planto; reléase. La figura de este Pleberio que se yergue, solitario, imprecativo y trágico sobre las ruinas ejemplares y sangrientas de un amor que transcurrió con muchas penas y poca gloria, ilumina con un haz de reveladora claridad el pasadizo central del celestinesco laberinto y todas las demás figuras se benefician de ello. Ilumina, digo, y acaso resulte pretencioso afirmarlo así porque yo no he hecho más que seguir un hilo de buen sentido y, si acaso, de avisado lector que obedece las recomendaciones del enigmático Dédalo hispánico “aplicando la obra al propósito por que la acabó”

Por ende, si vieres turbada mi mano
turbias con claras mezclando razones,
deja las burlas, que es paja y granzones,
sacando muy limpio dentre ellas el grano.

UNA ESCRITORA ESPAÑOLA: ELENA SORIANO

Por *Maria ALFARO*

ELENA Soriano es una de las pocas escritoras españolas que recorre los caminos de la literatura con una preparación auténtica, no demasiado frecuente en el mundo novelístico de hoy. En alguna ocasión me he referido a esa ciencia infusa que creen poseer aquellos que cuentan en su haber literario mucha más ignorancia que sabiduría. El ejercicio de las letras es, acaso, la profesión en donde el intrusismo florece con mayor osadía que en otras actividades. A nadie, de no ser ingeniero, se le permite dirigir la construcción de un puente, ni puede amputar un brazo o una pierna un hombre que no sea cirujano. Pero en el mundo literario abundan los desaprensivos que se lanzan a engendrar tales galimatías, que el lector se asombra, no de que estos engendros ofrezcan como legítima una paternidad dudosa, sino de que encuentren un editor propicio y, lo que resulta más extraordinario todavía, un cierto número de admiradores que siguen con interés estas producciones.

Elena Soriano, escritora con vocación, empezó a publicar cuando tenía catorce años. Si a partir de entonces hubiera continuado, quizá sería célebre desde hace tiempo, aunque cabe en lo posible el que hubiese corrido la suerte habitual de los niños prodigio: la frustración sin granar. Intuyendo y temiendo esto, prescindió de toda impaciencia pueril y, en absoluto silencio, dedicó toda su voluntad a crearse la otra base imprescindible para toda ambición literaria, que es el estudio y la lectura. Elena Soriano lee a los demás escritores y siempre espera aprender algo de ellos. Por otra parte, la guerra civil española y sus consecuencias retardaron un poco su definitiva incorporación al mundo de las letras (al mundo público, se entiende). De todos modos, esta incorporación fue hecha en plena juventud con la novela *Caza menor*, aparecida en 1951 y que es, a mi juicio, una

de las mejores que se han escrito durante estos últimos años en lengua castellana. Novela clarísima, que sigue la trayectoria de los grandes maestros de la literatura universal, y que tiene ciertas afinidades con los *Hermanos Karamasov*, de Dostoievski, en su acción entran todos los elementos necesarios para subyugar e interesar desde el principio hasta el fin. De un realismo puro y sin crudezas, la autora mueve a sus personajes en una atmósfera rural y tristemente pueblerina, huyendo de la prosa cotidiana para presentarlos en su integridad humana, con todas sus virtudes, torpezas y vacilaciones. Porque, en realidad, lo humano no consiste en dejar suelto el impulso biológico, ni tampoco en desatar la personalidad de sus vinculaciones anteriores. En lo humano entra, no solamente la vida espiritual del hombre y de la mujer, sino también el contacto permanente de uno y otro con la tierra.

Un escritor español contemporáneo, Ramón Pérez de Ayala, asegura que "lo nuevo es una modalidad del carácter femenino". Luego añade que "ni en arte ni en ciencia podemos prescindir de la edad ya cumplida, de la experiencia lograda por los antecesores". Si traigo estas citas a cuento es porque *Caza Menor* no pretende implantar técnica alguna que no sea la usual en el género. No pueden darse reglas fijas para el arte de escribir una novela. Pero lo que sí puede asegurarse es que para que ésta cumpla su principal objetivo, que es el de deleitar, entretener y conmover a un tiempo los sentimientos del lector, la novela ha de tener un ritmo armonioso y un orden lógico en el desarrollo de sus diversas peripecias. *Caza Menor* reúne estas cualidades de lógica, de armonía y de perfecta claridad. Una familia vive en estrecha comunidad unida, no por lazos de afecto, sino por intereses que no pueden romper, por cadenas que aprisionan desde que se formó el clan primitivo y los hombres se uncieron al yugo doméstico. La novela desarrolla su acción en Castilla, en un pueblo cercano a Madrid. Pero su ruralismo adquiere categoría de universalidad, porque universal es el vivir humano, acaezca en una aldea castellana, en las grandes urbes del mundo o en las estepas desoladas.

Los personajes de *Caza Menor* llegan hasta el final con la implacable lógica de su destino. En nada se asemejan estos tres hermanos. Rústicos por fuera y endiabladamente complicados por dentro, sufren la obsesiva apetencia de hombres confinados en la estrechez de la vieja casa campesina. Los tres giran en

torno de Ana, la esposa de Emilio, presa oscuramente codiciada por Pascual y por Andrés. Ana es joven, asustadiza y primitiva. Su defensa es la huida, impulso natural en la hembra. De ahí su *gacelismo* (término exacto inventado por la novelista), su terror de animalejo selvático ante la presencia amenazadora del cazador. Porque cazador de bestezuelas de monte es Andrés, que tal vez sin proponérselo, roza el corazón indefenso de la muchacha. Pascual representa el dominio espiritual, la presión sobre la voluntad femenina por el efecto mágico del que sabe más. Ana, predestinada a la tragedia, se precipita en la muerte a impulsos de su locura irreflexiva. Emilio, el marido, es la nulidad pasiva del deficiente y del alcohólico, y la madre de los tres hermanos, el prototipo de la mujer inútil que llega a la vejez sin haber salido nunca de la infancia.

Caza Menor contiene una gran riqueza y precisión de léxico. La naturaleza, los campos cercanos a Madrid, el cazador solitario, están tratados en una forma original y peculiar a Castilla. Pero ya es sabido que lo consuetudinario, individual y exclusivo, puede estar incorporado a la humanidad en general y ser vaso viviente de lo universal.

En 1955 publicó Elena Soriano *La playa de los locos, Espejismos y Medea 55*, que constituyen una trilogía de novelas a la que su autora da el título genérico de *Mujer y Hombre*. Trataré de dar aquí un resumen de lo que significan, como tema de penetración psicológica, estas tres novelas.

La heroína sin nombre de *La playa de los locos*, que escribe al amado fugaz misteriosamente desaparecido al salir del agua, es la mujer hincada sin remisión en el recuerdo, obsesa y fluctuante, arrepentida de no haber vivido el amor a su debido tiempo. Una duplicidad inmanente muy femenina la llevó al doble juego de dar y de negar con que muchas mujeres, inconscientes de la fatalidad que esto implica, labran su destino. "Desde entonces —dice la innominada protagonista— soy una estatua de sal vuelta hacia el pasado. Los hechos y las personas han sido sombras a mi alrededor y aun los más allegados han ido desapareciendo todos sin dolerme".

Caída mortal supone para la mujer la pérdida de un amor expuesto siempre en la ruleta del estira y afloja femenino. El amor, bien sea único o múltiple, quebranta muchas posibilidades y destruye en la mujer una raíz vital que el hombre sabe aprovechar con creces. Y como una pasión corre el riesgo de ser

efímera y es preciso luego sustituirla por otros intereses y preocupaciones, la mujer que sólo vive para este sentimiento acaba secándose como un tronco viejo que sobrevive solitario. Esta mujer envejecida que nada espera, busca a su amor perdido con la casi certeza de que no ha de encontrarlo nunca. Pero le escribe una larga carta que constituye todo el relato y esta conmovedora epístola le sirve de consuelo, porque es muy femenino explayar los sentimientos sin dar la cara, sumida la víctima en la autocompasión, lenitivo que sirve para compensar la derrota. Parte integrante del relato es el paisaje que circunda al recuerdo del amor frustrado y ya lejano. Veinte años después, marchita su juventud, vuelve la mujer al mismo lugar y allí, ante el océano gris que sirvió de fondo a los enamorados, escribe la epístola a un fantasma cuyo insistente recuerdo se proyecta borrando otros infortunios de los malos años de la guerra.

No existen personajes femeninos que contengan una dosis suficiente de realidad en las novelas escritas por los hombres. Solamente una mujer, mirándose a sí misma, es capaz de comprender las contradicciones y falsedades con apariencia de verdad que hay en el carácter femenino. La mujer tiende a erigirse en apóstol del instinto y suele mostrarse refractaria al análisis. La protagonista de *Espejismos* vive, como casi todas las mujeres, pendiente de su cuerpo, materia que le resulta molesta por su floración efímera y la extensión de sus raíces dolorosas. Presente siempre en su envoltura física, cree que todo acaba en ella cuando su corteza se resquebraja. ¡Cómo espía la gradual opacidad de su mirada, el encogimiento de su piel y la progresiva desfiguración de su contorno! De soledad espiritual está compuesto el libro. Soliloquio interior del hombre; monólogo también interno de la mujer. Cada uno de los dos enfoca su postura moral en el momento en que la esposa se prepara a sufrir una grave intervención quirúrgica. Horas trascendentales y angustiosas: ella, ante la posibilidad de la muerte, recuerda una vez más la vida que teme perder. Es el eterno lamento femenino: nostalgia de la juventud, de la belleza marchitada; rencor hacia el marido que, en opinión de la mujer, sólo tiene esto en estima. ¿Qué piensa el hombre mientras tanto? A su memoria acude, como disculpa para su frialdad, la eterna jeremiada de ella. Con gran acierto, la novelista ha puesto el dedo en la llaga: la

incompatibilidad que existe entre los sexos diferentes. El espejismo masculino se produce, en este caso, por su relación amorosa con otra mujer nueva. La esposa, en cambio, con su femenino afán de eternidad en el amor, deshace precozmente lo que aun siendo perecedero, puede durar lo que duran las flores y los frutos: una época breve, plena y ópima dentro de su misma fugacidad.

Quiero ahora señalar la curiosa coincidencia de tema que existe entre *Espejismos* y *La Modification* de Michel Butor, último premio Renaudot. La novela de Michel Butor ha sido publicada dos años después que la de Elena Soriano. El relato de esta última es mucho más breve, más esquemático y está casi exclusivamente concentrado en el conflicto básico, lo que le presta mayor intensidad dramática y más eficacia emocional sobre el lector, aunque tenga menos aparato y brillo formal que la novela del escritor francés. Siendo, pues, el problema psicológico y sentimental idéntico, está planteado argumentalmente de dos maneras muy distintas: a la *española* y a la *francesa*, lo cual demuestra el agotador esfuerzo que hacen los novelistas españoles por tratar problemas de valor universal y el mérito que tienen al conseguirlo, pese a todos los obstáculos expresivos.

SIN duda alguna, *Medea 55* es el más dramático de los tres relatos de Elena Soriano. Medea no ha sido creada sólo por Eurípides, pues existe desde los tiempos más remotos como representación del voraz deseo femenino de fijar para siempre el instante. Daniela, Medea rediviva, ha adquirido un cierto renombre como actriz de cine y como bailarina. Es atractiva, joven y bella todavía y, al igual que Adela, la enferma de *Espejismos*, vive obsesa con la idea de la eternidad amorosa. Para lograr esta eternidad, sacrifica primero al hijo que aún no ha nacido y luego a la muchacha inocente con quien se va a casar Miguel y que ignora por completo las anteriores aventuras de éste. Así, pues, Daniela cumple su trágico destino destruyéndose a sí misma y sembrando la destrucción en torno suyo. Tragedia de la mujer que no se resigna porque se niega a aceptar, como un hecho natural, la veleidad del varón. La escritora ha sabido captar este desasosiego de alma en pena que invade a la hembra cuando cree que ha perdido el amor del hombre.

Elena Soriano ha realizado un estudio muy profundo sobre la lucha (sin más tregua que la de determinados y transitorios momentos) que libran los sexos opuestos. Como novelas-ensayos o, mejor aún, como prototipo de novela psicológica puede considerarse esta trilogía.

LA lucidez interior ayuda al escritor a vivir de acuerdo con las leyes de la libertad. La idea se transforma en entusiasmo: el esfuerzo lleva a la lucha contra el automatismo del pensamiento. Elena Soriano va al análisis directo, preciso y adecuado para el conocimiento del hombre. Los matices más sutiles, tanto del mundo moral como de la materia sensible, los ve con una agudeza que atrae la atención del lector. Elena Soriano propugna la culminación de la inteligencia y el pensamiento claro en el escritor. La claridad suele ser don difícil y raro y exige un orden positivo y una disciplina severa de las ideas. Si la novela, cualquiera que sea su fórmula o contenido, tiene por objeto el estudio de los caracteres humanos, el ensayo requiere un sentido crítico de percepción rápida y justa que sepa discernir entre lo que hay de verdadero o de falso en el mundo del pensamiento. El sistema del ensayista ha de ser coherente aun dentro de opuestas creencias. Estas creencias pueden ser formuladas concretamente, o simplemente sugeridas siguiendo el sistema de la duda cartesiana.

Elena Soriano ha dedicado un importante ensayo al escritor francés Jean Anouilh. Este ensayo se titula *Anouilh y el melodrama*. (*Índice*, abril-mayo 1954 y febrero 1955). La escritora analiza minuciosamente la obra teatral de Anouilh y hace un detenido estudio de ese género tan difícilmente catalogable que es el melodrama. Elena Soriano dice que "el melodrama tiene más relación y semejanza con la tragedia que el puro drama, por sus factores externos, objetivos, gratuitos y esotéricos, por la evidencia de los sucesos y su supremacía sobre el carácter de sus personajes". Según la escritora, la *Antígona* de Anouilh es obra de ambición trágica, aunque a su modo de ver es tan sólo drama. Luego asegura que "toda tragedia es un melodrama sublime y que todo melodrama es una tragedia frustrada".

En otro ensayo publicado por la revista universitaria *Alcalá* (julio, 1952), Elena Soriano se refiere a la culpabilidad

de André Gide. La autora se plantea la duda de si el escritor francés "era perverso, demoníaco, versátil, avaro y artificioso" o si, por el contrario, fue "exageradamente sensible y tierno, candoroso como un niño, triturado por el sentimiento religioso, modesto y tímido en extremo, sincero hasta la humillación y dotado de una inteligencia portentosa". La escritora insiste en que "si cualquier hombre vulgar encierra en sí todos los gérmenes del bien y del mal, los ejemplares extraordinarios de la humanidad son como encarnaciones hiperbólicas y sublimadas de la contradictoria condición humana". De todo cuanto se ha dicho sobre André Gide, el ensayo de la escritora española es, sin duda, uno de los más ecuánimes.

Asimismo, Elena Soriano ha comentado la coincidencia entre nuestros escritores del 98 cuando se refieren al paisaje ibérico con el poeta belga Emilio Verhaerem al recorrer el multiforme y cambiante campo patrio en donde predomina muchas veces, al igual que en las llanuras castellanas, una trágica, desolada y conmovedora belleza (*Índice*, junio, 1955).

La angustia es el mal de nuestro siglo. Elena Soriano, en su ensayo titulado *La angustia en la novela moderna*, refleja todo el desconcierto, la incertidumbre y el miedo al futuro que caracteriza a los escritores de hoy. "Todo ocurre a partir de la angustia" dice Heidegger. Simultáneamente, Kierkegaard en la filosofía y Dostoievski en la novela introducen la angustia, que es signo de perfeccionamiento humano. La escritora española opina que "hay que llegar al romanticismo para encontrar ya la hermana y precursora directa de la angustia: la melancolía". Cita a Camus cuando éste dice que la desgracia y tortura del hombre es su constante nostalgia de dicha, su sentimiento de extranjería en un mundo absurdo, incomprensible, que no parece hecho a su medida. . . (*Índice*, noviembre, 1951).

Sobre el tan discutido escritor francés Jean-Paul Sartre, Elena Soriano ha realizado un minucioso estudio crítico (*Índice*, noviembre, 1951). En opinión de la ensayista, Sartre posee una maestría excepcional para el manejo del instrumento persuasivo más poderoso en el teatro: la emoción. "Por eso —dice E.S.— los dramas sartreanos de mayor éxito popular son los de más fuerza sentimental, aunque la expresión parezca rara, referida a un teatro tan duro". Elena Soriano recorre todo el teatro de Sartre y observa, al final, que "el moderno teatro francés se empeña en rehusar el realismo y en buscar los mitos

y los complejos simbólicos psicológicos y el público—que al fin y al cabo es quien quita y pone reyes—prefiere aún lo substantivo e inteligible, lo que impresiona de un modo directo su sensibilidad normal”.

Entre los diversos cuentos escritos por Elena Soriano destaca *El pipero*, cuyo tema pertenece a la picaresca consubstancial, no sólo con la literatura hispánica, sino también con la vida española.

LO que predomina en la literatura de Elena Soriano es la claridad y el acento vigoroso. Como no intenta penetrar en lo desconocido, tiene por esto mismo, una cierta semejanza con Aldous Huxley, de quien se ha dicho que pueda llegar a ser maestro de la fe moderna. Los tiempos no han permitido a Elena Soriano escribir demasiado. Esperemos que el futuro sea más favorable que el presente para el pensamiento español.

UN MENSAJE PLÁSTICO SUDAMERICANO

Por *Romualdo BRUGHETTI*

"Quisiera dar el mensaje total de América del Sur como Diego Rivera dio el de México.—G. CH.

I

VIVO en su mundo primordial, el sueño crece desde la sangre y el alma y se conecta, en el camino del espíritu, con la belleza y la expresión que definen el carácter antagónico de América. La expresión y la belleza provienen de una exacta concepción estética y, ante todo, de una religión o filosofía de la vida. El americano autóctono cree en sus dioses, en sus mitos, en sus ancestrales tradiciones, y cuando intenta dar expresión de sí y de ese mundo vuelve a sus ídolos hieráticos, atiende el llamado de la tierra, y su estructura se ordena en función de un alma que late en lo profundo de su ser, y que al objetivarse, encuentra la horizontal de un teotihuacano, el perfil de un ídolo tiahuanacuense, la línea ondulada de un maya y otras formas que elevan el arte americano antiguo a su condición mágico-religiosa. Los países americanos, aquellos que se han formado modernamente del aluvión europeo, de hombres procedentes del Mediterráneo y de la linajuda cultura latina, admiran la belleza en la armonía de las formas y de las líneas, en la euritmia maravillosa de estructuras, proporciones, contornos y espacios que saben de una realidad ideal que busca su salud en lo humano sublimado y su exteriorización en la vivencia metafísica.

No es de extrañar que, Gertrudis Chale,¹ al enfrentarse

¹ Nacida en Austria en 1898, perdió la vida en un accidente de aviación en abril de 1954, en la sierra de Vilgo, La Rioja, Argentina.

con el hombre y el paisaje de América eligiera un paisaje y un hombre auténticos en su elementalidad y en su complejidad, a espaldas de Europa. Gertrudis se atuvo a las fuerzas del alma y de la sangre (tan alabadas por H. Keyserling), que generan la pasión y el sentimiento de la delicadeza. Coincidente con ese estado del alma americana, el expresionismo contemporáneo, de origen austríaco y alemán, viviente en las conexiones abruptas de la materia, otorgan a Gertrudis Chale la potencia de sus densos tonos, la figuración que inquiere por el rostro del misterio, no sólo por las constantes de una realidad existente. Ella recoge la experiencia de los expresionistas germánicos, tan cerca éstos del hombre primitivo y acaso del bárbaro, pero su cultura, que ha pasado por el ascetismo suizo y la rigurosa escuela francesa del cubismo, no ignora que la abstracción, creadora de belleza en el plano intelectual, es no menos energía valiosa en el doble manantial de su inspiración pictórica. Aquí las fuerzas del alma y de la sangre, y las legítimas de la mente y de la inteligencia, buscan afirmarse para constituir un *nuevo estilo*, estilo que ha de calificar aportes netamente americanos. Gertrudis Chale, en su infinito diario íntimo, en las apasionantes páginas que son sus cartas a través de su viaje pampeano, patagónico, nortehño, habría de sostener coincidentemente: "No hay síntesis, ni abstracción como en nuestros paisajes argentinos y en el altiplano boliviano. . . Aquí el Altiplano nos agarra con una fuerza y una belleza abrumadoras".

II

BAJO el influjo de esa realidad y su misterio, Gertrudis Chale construye el itinerario plástico de sus veinte años de *residencia en la tierra* de América. En 1934 llega Buenos Aires, se instala en un suburbio de Quilmes, en una zona baja y anegadiza que se abre en dirección al campo y al Río de la Plata, en donde los objetos aparecen con sus recónditas aristas bajo la luz. Allí, en contacto con familias humildes criollas, mujeres que acudían a ella esperanzadas en obtener soluciones favorables

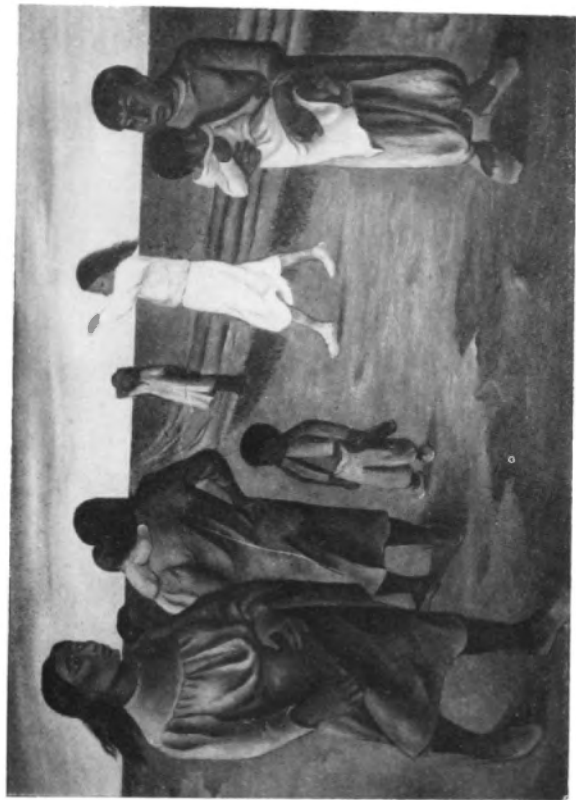
Véanse nuestros trabajos en *Cuadernos Americanos*: "Origen, desarrollo y destino de la pintura argentina", Núm. 6, 1944, y "Consideraciones sobre la pintura argentina actual", Núm. 1, 1948.



Gertrudis Chale.



"Últimas casas" (1942).



"La espera" (Santiago del Estero), 1944.



"Mercado" (Ecuador), 1948.



"Domingo en la Pampa" (1948).



"Tejedoras" (1953).

para sus hijos, hermanos, o maridos, ya sin trabajo o cesantes de sus tareas manuales, siente que la angustia le golpea el pecho y le despierta un hondo sentimiento de comprensión por esos seres desamparados. En ese orbe adverso, de inverosímil humanidad, surgen hombres y mujeres frente a sus modestas viviendas y a ranchos en construcción, figuras erguidas y solitarias, y el abierto camino de tierra abarca la obsesiva línea horizontal de la llanura. Las casas semiderruidas, o recién levantadas, de ladrillo y adobe y chapas coloreadas, acogen en sus inmediaciones, a la hora del crepúsculo, inquietantes caballos de sensitivo oído que la pintora llevaría al lienzo; y ese ámbito está poblado de presencias sin rostro, a un tiempo reales e irreales.

En ese mundo mágico, de rara sugestión, invadido al atardecer por las notas de la música de tango que se escapan de ventanas y puertas de las casas del *bañado* quimeño, el paisaje y su alma forman una castigada realidad, tan diferente de aquella otra que Gertrudis había vivido en ciudades y villas de Europa: cercana ésta de un mundo civilizado y ultrarrefinado, como la nuestra de un caótico "tercer día de la creación". Emociones, sentimientos y legítimas inspiraciones se suceden en el vaivén de los días de Gertrudis Chale. En esos parajes palpó la inestabilidad de la condición humana, pues lo aparentemente absurdo e insólito se funda en deficiencias sociales. Mas lo fundamental en ese período de su existencia, ha sido la presencia plástica de un tipo humano más natural y menos disfrazado que el de las grandes urbes, nómade afincado transitoriamente en la elementalidad de esa tierra. En ese clima pinta la artista "Primeras casas" y "Últimas casas", no importándole lo *feo*, adentrándose en las gentes, las cosas, las bestias, el cielo, el horizonte, el espacio. Busca imágenes que definen esa gravidez redescubierta en pausadas observaciones, en angustiosas esperas. Una luz unánime, la inmensidad de los cielos, las viviendas, los habitantes criollos y las muchachas que lucen un poncho o un chal raídos, discretos en su reserva y dignidad y cuyas facciones se confunden con el mutismo de la tierra, penetran en sus cuadros con el realismo de los detalles y la correlativa síntesis plástica, particularizando su modo de *ver* y *sentir* el paisaje argentino. En "El monopatín" un niño ubicado en el extremo del asfalto otea el campo y la huella desde donde inicia la llanura su viaje monótono de leguas, y ese óleo concita la delgada efigie de un

cielo liso y reluciente, de claros atenuados; la mítica pampa entreabre la cicatriz de su herida por la que mana el silencio y la soledad estremecedora de antaño. "El Pampero" es una prueba de cómo nuestro paisaje, con sus gentes y cosas, engendra una visión superrealista sin acudir a lo falaz y arbitrario de la utilería de esa escuela.

Gertrudis Chale vive la realidad múltiple que el país le ofrece: va a Córdoba y alcanza las sierras, se detiene a los pies de la Cordillera de los Andes, baja a los lagos del Sur y su ojo está atento a una Patagonia que no ve el turista, una Patagonia dramática en el anticipado amor de la pintora por las esquivas y sufrientes criaturas que pueblan ese páramo, como en "Pampa patagónica", o en igual extensión desoladora, sus paisajes y composiciones de Alta Córdoba; en óleos y temples en los que el instrumento pictórico ceñido al dibujo y al volumen acoge esas caras de barro cocido, oscuras y enigmáticas, en el duro embate de la cotidiana y ríspida existencia. En "La espera", en el árido paisaje santiagueño, los vestidos, el plástico guardapolvo de una de las mujeres, y la presencia hierática de los integrantes de la composición, en especial el personaje de la izquierda del cuadro y la mujer central, concitan el acento significativo impregnado de la fatalidad que espanta en la tragedia antigua. Pero el sentido cabal del espacio encuentra su justa correspondencia cuando, al dejar atrás la Quebrada de Humahuaca, Gertrudis Chale se interna en Bolivia, y allí, en consonancia con la obra que la precede, la exactitud del dibujo se apodera de la candente expresividad de la forma, un dibujo que evoca las estampas japonesas por la seguridad de la línea y el sobrio arabesco. "Calle remota" busca, así, su semejanza gráfica en "Indios de Sucre". Una limpia claridad, el aire enrarecido que depura los objetos y los vuelve plenos en las proporciones simétricas del espacio, vibra en las mujeres y los niños que lleva a la tela, en esa luminosidad y la acabada línea de tierra que toca la línea del cielo. Su firme resolución dibujística la lleva al conocimiento de un estilo, sintético y substancial, libre de accesorios, según se ve en "Indios de Otavalo", ya en altitudes ecuatorianas, en las que el hombre prima a diferencia de Bolivia y Perú, sobre el paisaje; con una abstracción plástica potente y el ordenamiento compositivo que desafía, en "Mercado", la perspectiva óptica, para rescatar la no perecible visión artística lograda en profundidad de expresión en la superficie plana.

III

CON esos convergentes propósitos, Gertrudis Chale parte de la visualidad del dibujo, investiga las estructuras, ejecuta estudios y croquis, le cautiva lo real y lo corpóreo e indaga lo espiritual del sujeto de su América. Porque si primero fue el dibujo, que establece el alcance de su idea dominante, la naturaleza le permite fragmentar y a la vez completar su imagen, y lo sensible defiende sus fueros y se eleva a forma severa y rígida. Por esta razón la vemos ubicarse en un espacio clarificador y en un tiempo sin medida, intemporal; espacio y medida que la naturaleza le devuelve en el estatismo de sus personajes: línea baja del horizonte, cielo inalcanzable, figuras de piedra erguidas como estatuas milenarias, dispersión de la luminosidad ambiente que obliga a la captación del volumen y el color que cubre el objeto en la exactitud de los planos, dentro de una bidimensionalidad que busca ardientemente la tercera dimensión o que hace caso omiso de ese recurso renacentista. Sus colores se reducen a cinco tonos esenciales en su comunicación plástica. Simultáneamente, la plenitud de la forma en la simplicidad y en la abstracción se le ofrece nítida en el Altiplano, en mesetas, punas, arenales, geologías de desnudas venas y contrastes de superficie de rugosidad lunar, mas por estar ese paisaje ubicado en el trópico promueve vaporosas atmósferas, irisaciones y matices de inverosímil variedad y delicadeza, sutilezas que la pintora no desdeña, si bien, por encima de todo mero impresionismo o pintoresquismo sensualista. Esos conjugados elementos, en su objetividad y subjetividad, le hacen comprender en qué grado América es apta para engendrar un arte auténticamente moderno, de inspiración autóctona y de valores universales. ¿Quién no sabe que la segunda eclosión del cubismo se produjo y desarrolló en Europa cuando se publicaron las primeras fotografías de Macchu-Picchu? ¿Quién ignora que las coordinadas plásticas, de arbitrariedad y de creación de ese movimiento, llevan a pensar en las estilizaciones de los tejidos y bordados de la costa del Perú, de Paracas y Nazca? Allí los cuerpos son figuras geométricas, en las proporciones y las audacias interpretativas de la forma y del color; los tonos y los ritmos unen línea y volumen en el plano, y se afinan, en los motivos escalonados y simbólicos, los ornamentos geométricos y las guardas estilizadas de las mantas de fina lana de vicuña; o encuen-

tran una feliz solución plástica en los vasos policromos y esmaltados de bellos tonos y tintas, en las figuraciones antropomórficas, o ligadas a la fauna y a la flora. Picasso, en sus esgrimidas libertades, ajeno a convencionalismos académicos, y Matisse, en su concepción lírica de la línea y la sonoridad del arabesco, recuerdan al arte aborigen precolombino americano, tan rico de grafismos visuales, funcionales y sensibles. En contacto con tales estilizaciones y concreciones abstractas, con tan valioso acervo plástico, se adentra en paisajes sorprendentes, asiste a ceremonias y fiestas indígenas desbordantes en la música y en la danza, de formas congruentes y de tonos esplendorosos. Arrebatada por ese espectáculo y ante tanta riqueza, materialmente colmada de imágenes, Gertrudis apunta en su *diario*: "Siento vivir y brotar y derramarse mi América por todas mis venas. Estoy en ella y me siento en su elemento como si fuera su hija más fervorosa y más íntima". Pero también le acosan terribles dudas, sufre físicamente, se queja de su salud, del calor tropical diurno, del frío glacial nocturno; en su viaje, debe pasar noches "acostada sobre latas viejas entre indios y negros, gallos de riña, criaturas orinando entre sus trapos. Parando en hosterías de último grado"; o evadiéndose de esa hosca realidad pobre y mugrienta, al llegar a las ciudades, buscando el confort de la civilizada convivencia, el medio al que se siente impelida por su educación, su modalidad y su innata elegancia.

En esas búsquedas ardentísimas su espíritu independiente, su predisposición al aislamiento y a la soledad le han permitido encontrar belleza y emoción en donde otros no han visto más que miseria y dolor; y ha sabido usar la calidad del color de ciertos materiales que ha observado en lentas exploraciones, y la fuerte expresión plástica en el tamaño y valor de las figuras, adentrada en una naturaleza desnuda hasta la abstracción, como si la artista hubiera sentido la tierra elemental en la pureza de antes y después de la aparición del hombre, expresando lo efímero y sin embargo, sólido de la precaria existencia humana. Esa posición de avanzada se explica por una estricta aptitud existencial, pues su arte nace de una profunda profesión de fe y de amor hacia parajes un tanto olvidados y quizá hasta despreciados de la realidad sudamericana. Por esto mismo, evitó lo superficial y lo decorativo, y empleó sus tonos combinados con tierras y ocre, sin que

faltasen los delicados grises, o los azules transparentes por el uso de las lacas, en una frontalidad paradigmática.

IV

EN los últimos años del dramatismo de sus telas, temples y dibujos estalla. Es un estremecimiento que traspasa el organismo plástico; es como un viento que la agitate por dentro y la impulsase a obrar; el color ya es la forma y el contenido, y la forma es la substancia. En la tierra erosionada de Bolivia, en el vasto y diáfano Altiplano, en las montañas, valles y costas del Perú, en Quito, especie de Roma de la América del Sur por sus tesoros artísticos, el contacto con sus oscuros habitantes y la psicología india insondable, los monumentos preincaicos, las cabezas, los vasos y vasijas mochicas o chimus, las arquitecturas coloniales, los cerros y arenas sin fin, de contrastes y espejismos infinitos, le permiten captar la unidad en la diversidad y ensayar nuevas búsquedas: la pintura al óleo sobre papel engomado reluciente, en la que obtiene las calidades del fresco, una materia de consistencia preciosa y de acentuada expresividad anímica. Su trayectoria que se ha enriquecido en "Figuras del Altiplano", en "El pan" y otros óleos, temples y dibujos a la tinta china y punta de pincel, convincentes en su temática, ángulos de visión y no desdeñable técnica y arte, después de controladas elaboraciones (posteriores) se concreta —sirva el ejemplo de "Mujeres de América"— en el uso del procedimiento antedicho. Y su calidad pictórica se asienta, de regreso al ámbito pampeano y fiel a un paisaje con caminos como ríos interiores, en la lírica escena de "Domingo en la Pampa"; y en telas de su permanencia en el Chuy, en la costa oriental del Uruguay, en la frontera con el Brasil, un paisaje de médanos, arenas soleadas, palmeras, pescadores, viviendas humildes. Sus figuras han cedido parte de la solidez figurativa, están pintadas con no menos rigor estructural, pero la substancia cromática y el ardor emocional se fusionan, y nos entrega figuras costeñas, pescadores en su medio, ganada la pintora por "la vida sencilla y la calma de las aldeas humildes en las arenas, con mucho recuerdo de Figari en las caras oscuras, tristes y sufrientes", según ella, siempre en estado de maravillarse y de compadecerse de sus modelos, anota. Sus viajes a la playa atlántica, y al evocar relatos

de la selva brasileña y de las costumbres raciales de sus pobladores, la concitan a pintar "El conjuro". De idéntica manera que sintió, en una hora propicia de su trabajo, a Brueghel el Viejo, a Gauguin, a las estampas persas y japonesas, así como la expresión superrealista de Dalí, el cautivante espacio metafísico de Giorgio de Chirico, las punzantes abstracciones de Yves Tanguy, las deformaciones de los expresionistas nórdicos, y, singularmente, la pintura mural mexicana al punto de afirmar que ella "quisiera dar el mensaje total de América del Sur como Diego Rivera dio el de México", Figari, Portinari y aun Picasso, la inclinan, en distinto grado, a un arte sintético por lo expresivo de la materia, arte de tenso equilibrios formales y de contenido humano y fantástico. Ascendiendo entonces a "El muro" y "Tejedoras", en el rigor de la masa que crea la forma y fiel a la sensación del alma secreta de un continente abisal de rasgos enérgicos y de construcción austera, como lo prueba el modelado de los "huacos", las estatuas cúbicas de Teotihuacán, los ídolos de Tiahuanaco y de San Agustín, las máscaras aztecas, las estelas mayas de suntuoso barroquismo. Lo visual y lo poético alcanzan, en los últimos cuadros de Gertrudis Chale, el misterio de una grave función mágica o religiosa; su paleta se ensombrece, y los grises, los castaños, los ocres, fijan una atmósfera de penumbra y le hacen acometer un salto en la noche —acaso su última noche trágica—, lejos de la luz vertical de la llanura argentina y de la quietud expectante de sus cielos.

A comienzos de 1954, después de dos décadas de ricas y diferenciadas experiencias, Gertrudis Chale está segura de sí misma, y el muralismo le brinda una tentadora faceta a su intrepidez artística (nos lo recuerda el techo pintado de la Galería Santa Fe de Buenos Aires, aunque, de momento, invadido por un peligroso folklorismo), centrada en su mundo propio e intransferible, tan antiguo y tan cercano de su corazón en el amor y en la esperanza de su *mensaje*. Pero en la preocupación agudísima que se posesionaba por entero de su espíritu, su pasión y su fe sinceras la habían llevado ya a darnos, en su representativo lenguaje, los insólitos testimonios de su América. Sus virtudes de pintora y de observadora la ubican en la línea de los insignes pintores viajeros que se remontan al siglo diecinueve, quienes como Monvoisin, Rugendas, Pallière y tantos otros ilustraron la realidad americana y la

sujetaron en documentos vivos. A través de sus cuadros, se puede trazar un cabal itinerario de fatigas y hallazgos afortunados; se asiste a sus luchas por obtener la forma adecuada a su intuición y el color que controla su cuidado, ya en sus indagaciones técnicas, ya en sus planteos artísticos; se siente y palpa su disconformismo y se experimenta el alivio de un cielo redescubierto, de una fisonomía, de una actitud, de un detalle, en fin, logrado con ahinco. Sus formas, evidentemente han nacido de una necesidad de adaptación y de creación de su instrumento comunicativo, no de un mero juego de azar; tienen raíz en la vida y en el arte. Descontada cierta dosis de inevitable fracaso implícita en toda búsqueda contemporánea y en particular en este continente, no existe duda alguna; en su legítima indagación de oscuras raíces conectadas a las nuevas disciplinas plásticas, Gertrudis Chale incorporó —mujer y artista de este tiempo de padecimientos, de victorias a lo Pirro y de pasiones verdaderas también— su anhelo estilístico de originales enfoques humanos y su densa formación estética moderna, en obras que nos aproximan, sin decrepitud ni decreciente fervor, con sufrido gozo poético y vigilante pureza, al amoroso conocimiento del rostro de *nuestra* América.

KINKAJÚ

Por Miguel Angel ASTURIAS

¡OH, valientes que escuchais las historias de Kinkajú, oíd la primera!)

Desaparecí del mundo, no porque haya muerto, hubiera sido mejor, sino porque ni me ven, ni me oyen, ni me sienten, como ven, oyen y sienten a los que hachan, aserran, cocinan, construyen, hornean, muelen, cargan, siembran, podan, curan, tejen, escriben, miden, pintan, pesan, esculpen, cantan y trabajan la pluma. A mí, sólo cuando desaparece alguien de la familia me llaman y aparezco en las casas con espanto, como si se apareciera la imagen de la desaparición, y ni por eso me ven, por contemplar al otro desaparecido, al que yo vengo a llevarme, y si les hablo me oyen sin oirme, por escuchar los lamentos o las perdidas palabras, en los caminos del oído, del que me trajo en mala hora a casa, y si alguna vez les abrazo, los brazos dan consuelo, no me sienten, igual que si los abrazara un funcionario...

Así se lamentaba Kinkajú, así decía, así hablaba, el pensamiento fijo en la palabra tambaleante, los dedos inquietos en las manos inmóviles porque a esa hora de la tarde, después de cumplir con las libaciones rituales, no tenían la cabeza cabal.

Luego se dijo, paladeándose la lengua de estropajo, gruesa, hormigosa, dulce de la miel de abejas nativas con que se daba sabor de rosicler a la bebida del rito de la desaparición, hecha con miel, corteza de árbol y agua no vista por mujer; se dijo, habló, movió su palabra:

—¡Ah, si pudiera entrar al servicio de la Diosa de las Palomas de la Ausencia, la sagrada Ixmucané, dejaría este encaminar y encaminar desaparecidos hasta la encrucijada de los cuatro caminos, donde los dejo, después de señalarles el buen camino, el camino por donde no han de perderse, y de advertirles que no están muertos, que sólo han desaparecido del mundo de los vivos! ¡Ah, si pudiera entrar al servicio de la

Diosa de las Palomas de la Ausencia, la sagrada Ixmucané, si pudiera desandar todo lo caminado encaminando desaparecidos, que es la distancia que me separa de la Puerta de los Calendarios.

Y mientras hablaba, las cavidades naranjas de sus ojos se llenaban de agua, rotas las alcantarillas de sus lagrimales.

—¡Ah, si me fuera dable llegar a la Puerta de los Calendarios me deslizaría, despegado del gran párpado sin peso de mi sombra, de la sombra que nos acompaña escondida en el cuerpo, recordándonos siempre que nosotros también somos sombras que aparecemos y desaparecemos, párpado que a la hora de la desaparición, es la desaparición misma que se nos echa encima y nos cubre por completo! ¡Me deslizaría más allá de los Calendarios a lo largo de la estera amarilla, tejida con cueros de serpientes de luz, y como todos los que andan por ella, desandan eternidades, desandaría en pocos pasos todo lo caminado encaminando desaparecidos y no volvería jamás a Panpetac.

Se contempló las manos pintadas de azul, sus dientes también asomaban azules entre sus labios carnosos, saboreando, mientras anochecía, como el más sutil vino de la desaparición, la posibilidad de entrar al servicio de la divina Ixmucané, y no volver más a Panpetac.

De madrugada, los ayudantes llamaron a su casa, sin conseguir que abriera la puerta. Primero tocaron suavemente, con el endurecido migajón de sus nudillos. Después a golpes. Acababa de desaparecer el que más había hecho por las construcciones con cal en Panpetac, antes toda vegetal, casas de troncos, techos de hojas de palmera y ahora mineralizada, petrificada, un tal Tugunún, y era necesario estar junto a su cuerpo de hombre vacío, antes que saliera el sol. Asistirlo, pronunciar sobre su cuerpo las palabras que evitan que los huesos del que se vacía y se va, se llenen de silencio, y el canto que hace que se llenen de música los huesos.

Cansados de golpearle la puerta, sin obtener respuesta, los ayudantes entraron por el gallinero, entre el escándalo amodorrado de las gallinas y los gallos, y le llamaron a voces:

—¡Kinkajúúúú! . . . ¡Kinkajúúúú! . . .

El eco se oía redondo en la tiniebla. Nadie contestó. En la cocina hallaron fuego enterrado bajo un volcancito de ceniza. Sacaron algunas brazas, las vivaron a soplidos, y encendieron

una astilla de ocote que primero chirrió resinosa con el dolor del perfume que se acerca al fuego, y después soltó la llama.

El lecho de Kinkajú todo revuelto. A juzgar por los movimientos que quedaron perdidos en las ropas de cama, vueltas y más vueltas, manotazos, estirones, despernancamientos, rodillas al pecho, pies a distancia, y por el desorden en que se encontraba la habitación, vajilla rota, muebles, maltrechos, la batalla había sido horrorosa, pero no se inquietaron los ayudantes, contentándose con sonreír con sus dientes azules, porque sabían que esto pasaba cada vez que Kinkajú luchaba con la serpiente de su borrachera ritual.

—¡Kinkajúúúú. . . ¡Kinkajúúúú. . . —siguieron dando voces y como no contestara, el eco en la tiniebla se oía redondo, se marcharon a cumplir con el desaparecido Tugunún, el de las construcciones con cal, el de las construcciones minerales, antes que el sol que los gallos anunciaban pintara de colores la tierra, y por falta de asistencia mágica, se le llenaran los huesos de silencio y no de música, aunque se lo merecía por haber dado nacimiento a las ciudades de piedra y echado a las afueras, a los barrancos, las casas vegetales de Panpetac, casas de troncos que retoñaban mientras dormía el hombre, retoñaban y echaban raíces, de paredes de caña que de día tenían el color de la luna, y techos piramidales.

Nadie volvió a saber de Kinkajú. Desaparecido por desaparecido, prefirió desaparecer de Panpetac, sin acompañamiento de plañideras, sin música de flautas, sin sus ayudantes que entonces le hubieran servido de principales guíadores.

Un pastor de cabras con las pupilas como granizos negros, contó que asomado el día se le había pintado y despintado de los ojos, un hombre que le preguntó por dónde quedaba la Puerta de los Calendarios. . .

Kinkajú pensaron los que lo oyeron, Kinkajú dijeron los que le vieron mover su palabra, mover sus labios, mover su lengua, mover sus pupilas de granizo negro, de ese granizo que llovió al comienzo del mundo para que todos tuvieran ojos en Panpetac.

¡Desapareció el desaparecedor! . . . ¡Desapareció el desaparecedor Kinkajú! . . . lloraban los ayudantes, arremolinados en su tristeza alegre de ser uno de ellos el que lo sustituiría, pero aunque toda la ciudad le lloraba recordando sus virtudes y el defecto de su afición a las bebidas rituales, Kinkajú, estaba con-

tento de haber desaparecido de Panpetac, donde, antes de su desaparición, era ya un honorable desaparecido, por su función de acompañar a los que desaparecían y por su edad, pues los muy viejos, todos los que superan su tiempo, van siendo como desaparecidos entre los vivos.

Nadie tuvo duda. Kinkajú fue el que preguntó al cabrero por dónde quedaba la Puerta de los Calendarios, Kinkajú, como le llamaban por haber nacido en una región famosa por sus osos mieleros, los más grandes y feroces borrachos, porque se embriagan con miel y matan con sus garras empapadas en dulzura, y también famosa por sus templos y juegos de pelota.

—¡Ah, si la divina Ixmucané, Diosa de las Palomas de la Ausencia, me permitiera quedar a sus servicios—se iba repitiendo Kinkajú— pero para eso me tengo que despintar las uñas y los dientes azules!

Todo lo hizo. No parecía despintarse, sino irse pintando de blanco, a medida que raspaba con la piedra pómez el color de duelo de sus uñas y sus dientes. ¡No más arañes azules de Kinkajú! ¡No más risas azules de Kinkajú!

Quedó tan satisfecho de su trabajo que no se conocía con las uñas y los dientes blancos, como las uñas y los dientes del maíz blanco. Pero también debía cortar sus cabellos de hilos gruesos pestilentes a llanto seco. No tenía con qué cortarlos. Se contentó con recogerlos sobre sus orejas. ¡Ah, sentir las orejas destapadas! Era otro. Era un hombre nuevo. Oír oír sin la cortina ritual de sus viejas mechas sobre los pabellones de sus orejas jamás expuestas al sol.

Más adelante comió cañas dulces, en un valle profundo, al pie de las Montañas de Águilas Blancas, por sus picachos desnudos con apariencia de águilas, y bebió agua de coco y durmió al lado de su cuchillo de obsidiana, temeroso de los jaguares y los pumas que empezaban a rondar su olor. El miedo a los dientes y a las garras de las fieras, le trituraba los huesos, cuando se desplomaba de cansancio, y lo hacía correr pavorido, trepar a los árboles, otear horizontes infinitos, saltar regatos, cuando recobraba las fuerzas y husmeaba, presentía, oía en el viento la proximidad de los jaguares y los pumas.

No alcanzó a huir esa noche. Un tigre lo sitió en una cueva. Se dio cuenta que estaba andando bajo tierra, porque sobre su cabeza todo se veía oscuro, sin estrellas. Una caída de agua retumbaba adentro. Y allí había un grillo, un grillo que le vió entrar con sus ojitos de canela caliente.

—Pero que sea pronto. . . —se abalanzó el tigre contra el grillo de ojitos de canela caliente, sin lograr amedrentarlo, romper el ritmo de sus ángulos en movimiento—, porque ya me tarda la gana de comerme a mi presa! . . .

El chirrido del grillo se oyó apartarse de la cueva. Riii. . . Riii. . . Riii. . . se iba yendo, poco a poco.

Se detuvo antes de salir:

—Mira que si me voy ya estoy para salir, se desploma la cueva que mi canto sostiene. . .

El felino por única respuesta se golpeó los flancos con la cola. Dos latigazos que el eco de la sombría oquedad repitió multiplicados.

—¡Riii. . . ! ¡Riii! . . . —sostenía el grillo la cueva con su canto. Pero se apartó, se salió, y el pavor de Kinkajú fue tan espantoso, que él que ya estaba incrustado de espaldas contra el muro del fondo, al darse cuenta que lo buscaba el tigre, se apoyó con todas sus fuerzas, desesperadamente, y no sólo cedió el murallón, sino se derrumbó la cueva.

Silencio. El último rugido de la fiera en medio de un gran terremoto. Y ahora, sólo el canto del grillo:

—¡Riii! . . . ¡Riii! . . .

No veía nada. Unos grandes párpados de lodo endurecido. No oía nada. Unos grandes tapones de lodo endurecido. Y sobre su piel el peso de su vestimenta de lodo que lo iba oprimiendo, ahogándolo, reduciéndolo a piedra.

No era un muerto. Era un desaparecido. Esto lo consoló. Aunque no llegara a la Puerta de los Calendarios. Pero debía asistirse o bien desaparecer él mismo, para que sus huesos no se llenaran de silencio, sino de música, para que sus huesos fueran cortados y convertidos en flautas, para que su cráneo fuera aprovechado de panza de tamborcitos.

(¡Oh, valientes que escuchais las historias de Kinkajú! ¡Ésta es la primera y son cientos! . . .).

—¿Quién me golpea? —preguntó Kinkajú, metido en su coraza de lodo vuelto piedra.

—¡Cómo quién te golpea! . . . —y en la voz creyó reconocer al tigre, pero el tigre había muerto aplastado por la cueva que sostenía el canto del grillo.

—Sí, no sé quién me golpea.

—¡Pues debías saberlo! —y al oír por segunda vez el bramido más dorado que el del tigre, se dio cuenta que era un puma.

—Esperaré a que llueva para que se deshaga esa caparazón que tienes encima.

—¿Y cómo está el cielo? —le tembló la voz a Kinkajú. Morir. Morir. No, era horroroso, saber que iba a morir. ¿Por qué no lo dejaban así como estaba, y enterrado, desaparecido a medias, pero en vías de desaparecer por completo?

Empezó a llorar, pero pronto se dio cuenta que con sus lágrimas iba a humedecer la cáscara de su caparazón, y que por allí podía empezar a banquetearse el puma.

—¡No, no debo llorar! — se decía, pero lloraba, nada ni nadie corta el llanto del que va a morir.

—¿Cómo está el cielo? —remontó su esperanza, no me has contestado. Toda su esperanza la fijaba en que fuera un día sin una nube.

—Se está nublando . . . —le contestó el puma, tajante, mentiroso.

—Ah, maldito grillo, mi benefactor en la cueva, maldito porque mejor hubieras dejado que me manducara el tigre, bien que uno no tiene preferencia por león o tigre para que se lo coman, pero al menos no me hubieras dado la esperanza de que las gotitas de agua, más numerosas que las estrellas del cielo, eran tus aliadas y me ayudarían a salvarme. Por el contrario, lejos de protegerme como tú decías, ahora disolverán mi caparazón de lodo, y el puma me comerá en seguida.

Pero, el puma impaciente empezó a arrancarse los bigotes con las garras. El pompón de su cola llegaba hasta sus fauces y lo masticaba, embadurnado de saliva . . . sin encajarle mucho los dientes presa de la desesperación de no poderse mandar al estómago, con el hambre que tenía, aquella vianda tan apetecible. Sus pupilas, brillantes como almendrones, paseaban por el cielo lavado. Ni una nube.

Su desasosegamiento lo hizo dar unos manotones sobre la caparazón de lodo pétreo que guardaba a Kinkajú, y un rugido de felicidad partió el silencio. A manotazos podía romper el barro y de aquella como olla en pedazos saldría el hombre cocido en su sudor, como quien dice en su jugo.

—¿Quién me salvará? —se preguntaba Kinkajú, sintiendo que se le destrozaba el cráneo, la cabeza, los huesos todos, a cada manotazo del puma, sobre el envoltorio.

No lo pudo evitar. Uno de sus manotazos precipitó la mole de barro con su presa adentro, por una ladera que daba a

un río de veloz corriente y cauce profundo. Saltó, elástico y dorado, con la velocidad del relámpago, pero no pudo atajarlo, trueno fue su bramido y cayó de lomo, con las piernas abiertas, juguete por unos momentos del caudal del agua que se llevó, se tragó a Kinkajú, en lo que ya era algo así como su costra funeraria. Allá está el puma en la orilla, lamiéndose con la lengua cosquillosa la pelambre mojada, sin dejar de ver al río, y más lejos, entre peñascales, el espectro de un hombre con los huesos molidos, molida la carne, que no parecía salir del fondo de las aguas, sino haber rodado por un despeñadero.

Alboreó el día y pasó. Alboreó otro día y pasó. Alborearon y pasaron muchos días con sus noches de enjambres dorados y furiosos.

Por fin pudo Kinkajú escupir una baba de hiel, contrayendo las costillas casi quebradas, con la boca como embudo de él mismo hacia afuera; vómito amargo, ácido, de fuego muerto que verdeó entre los cangrejos charolados, caprichosos, combativos, y las tortugas de carne ceniza encerradas en el lujo de sus careyes.

Agotado, sin memoria, vacío, tuvo la sensación de volver a ser Kinkajú por la gratitud que se prendió a su pecho como una enredadera a su respiración. A alguien tenía que agradecer el no haber muerto, el poder desaparecer, así, por consunción. A alguien. . . y a la vista del cielo, el gran varioloso de oro, las miriadas de estrellas fulgurantes le recordaron que había salvado de perecer ahogado en el fondo del río, por la premura con que las gotitas de agua deshicieron la caparazón de lodo que lo encerraba, y que antes había escapado de terminar triturado entre las mandíbulas del puma, porque esas mismas gotitas no habían acudido a los llamados de la fiera que rugía con un rugido vertebrado y profundo, para que las nubes creyeran que era el trueno y corrieran a poner al rayo las sábanas calientes de la lluvia.

El grillo se lo anunció. Millares de gotitas de agua, tantas como estrellas hay en el cielo, te salvarán. Y se había cumplido. No vinieron en forma de lluvia. Se unieron hasta convertirse en láminas para ocultarlo en el fondo de un río. Y ahora, lo liberaban de la cueva ambulante que envolvía su cuerpo. Cada uno de aquellos mundos redonditos, invisibles, embebía una partícula de tierra dura, la ablandaba, la humedecía, se le llevaba. Y así fue como su cuerpo quedó libre y flotando tan en

la orilla que el vaivén de la corriente lo arrastró a los pedregales.

¡¡Tiuh!... ¡Tiuh!... pasó un gavilán no muy grande. Kinkajú pudo mover la cabeza para seguir su vuelo, contemplarlo en medio de la comba azul, inmóvil, detenido, y caer como una sonda, preciso, carnicero, hacia la serpiente mojada del río, pero se desvió y al levantarse de nuevo, llevaba una perdiz herida en sus pequeñas garras.

—¡Gavilán! ¡Gavilancillo!...

—¡Tiuh!... ¡Tiuh!...

—¡Gavilán, Gavilancillo, no es una perdiz la que llevas en tus garras sino mi corazón! Gota a gota pierdo mi miel de rubíes y no llegaré al país a donde iba. Extravié el camino y ahora el humo se amontona en mis ojos. ¡Oriéntame! ¡Déjame que me dispare de todos los puntos falsos del arco de los flecheros cadenciosos a los cuatro costados del cielo! No seré yo el primero en llegar a donde el sol levanta sus estandartes, que es hacia donde voy, si no me engaño, si Panpetac, espalda de tierra mojada, sigue entre los cardos, sobre los cardos, al Poniente.

—¡Tiuh!... ¡Tiuh!...

—¡Tiuh!... ¡Tiuh!, dame las cuatro memorias del sueño del hombre despierto. Necesito seguir adelante, pero no puedo, sin antes colocar las lluvias en sus estruendos de plata, en su silencio a los árboles secos y en su congoja a los animales en brama. Los dioses, los seres, las cosas, no pueden quedar así, sin que yo las ordene, les dé su cabida en la luz, en el misterio, en la sombra, en la palabra devoradora. En medio de mi pecho, se detendrá mi corazón, como te detienes tú en medio del cielo. ¿Veré sin corazón el país de la Diosa de las Palomas de la Ausencia?...

(¡Oh, valientes, no le mireis, oidlo! ¡No le mireis la cara pantanosa, oidlo!)

Los pies entre las piedras no echan raíces. Entre las piedras y la cal y las arenas. Por eso pude escapar de Panpetac. Nadie puede irse de las ciudades vegetales. Y por eso me voy de aquí con sólo sacudir mis tobillos sucios de arena húmeda, ahora que los cangrejos y las arañas, empiezan a considerar mis dedos, parte de su anatomía. Tengo el cuerpo de fuera. El río me amontonó todo el cuerpo afuera. Nada me dejó dentro. Y allí pudo caber la muerte que ya empezaba a traer sus colchas de sueño. ¡Luceros! ¡Luceros lanares con titilar de balido! ¡Voy contra viento y luceros!...

LA BRAZA EN EL PICO DEL CUERVO¹

Por Rómulo GALLEGOS

Día de raya

A Ignacio Orozco —Don Nacho, se le decía— no le sentaban bien los aires de *El Encinar*. No porque fuesen insalubres los que soplaban sobre aquella buena porción de la tierra michoacana, sino porque él no entendía que siendo dueño de hacienda extensa y señor de peonada numerosa pudiese estar sino montado en cólera, diariamente, por cuantas fuesen o pudiesen ser holgazanería o negligencia de sus servidores.

No era *El Encinar* de los Orozcos el gran latifundio que en otras regiones de México les había permitido a sus dueños darse el soberano gusto de fatigar caballos de buena andadura sin llegar a recorrerlos en toda su extensión y cuyas Casas Grandes —habitadas por temporadas de placer más que por necesidad de dirección personal de la finca, pues para eso estaban administradores y mayordomos de cuya lealtad sería incómodo dudar— fueron como ciudadelas de gruesos muros coronados de almenas y garitas indicadoras de buen apercebimiento para la defensa armada; pero desde la terraza de la suya bien podía Don Nacho pasear miradas señoras por muy vasto espacio.

Y solía hacerlo a la tierna hora del atardecer, cuando era más dulce la clara hermosura del paisaje michoacano. Suavemente medidas por soplos del fresco monte sobre el caldeado valle la serena elegancia de los pinos, la fronda apretada de los fresnos y las flexibles ramas de delgadas hojas con que los ahuehuetes se enternecían la centenaria corpulencia en la cortina de bosque que rodeaba la Casa Grande,alzada con elegancia de buen gusto arquitectónico sobre una pequeña colina dominadora de vasto campo. Abajo las milpas compactas, tier-

¹ Fragmentos de la novela mexicana del gran novelista venezolano. Aclaramos que se trata de una primera versión. Gallegos es descontentadizo y rehace o corrige lo que escribe una y varias veces.

namente verdes o del pardo color de la severa dedicación de toda la savia a la robustez de la mazorca; o la alfombra de hermosa verdura de los trigales en los entretiempos del maíz y que ya sería de oro cuando estuviese la espiga dispuesta al sacrificio de la era bajo los cascos del caballo trillador; o los paños de gratuito jardín con que, por octubre, especialmente, los girasoles y las santamarías adornaban el descanso de las tierras de donde ya se había retirado la cosecha. Allá el lomerío característico del paisaje michoacano, anunciador del empinamiento de la sierra en cuyas laderas, entre oscuros encinos rojos madroños retorcián sus brazos y arriba, hasta el filo de las cumbres, la majestuosa hermosura del pinar.

No podía negársele a Don Nacho amor campesino que en contemplación de hermosura campestre se le complaciera, pues en aquella hacienda había nacido y crecido y desde cuando, por herencia de su padre, pasó a sus manos la propiedad de la finca en términos prácticamente equivalentes a derechos de mayorazgo —deudas suyas los de sus dos hermanas, así establecido en la estipulación testamentaria en resguardo de la unidad de *El Encinar*— nunca se le vio ausentarse de allí sino para diligencias de su administración; pero cuando se le veía de pie sobre aquella terraza almenada, los brazos en jarras y al viento la barba entrecana, aunque no se alcanzase a distinguirle fruncimiento de ceño ni mirada colérica, había que atribuírselos al advertirse que ni siquiera inclinaba ligeramente la cabeza para corresponder al saludo de sombrero quitado del peón acasillado que por delante de allí pasase, tardo el paso de regreso de jornada fatigante al abrigo de zahurda del jacal.

Aún no habían llegado hasta allí los efectos de la Revolución Mexicana aplicables a la propiedad de la tierra; pero *El Encinar* estaba afectado por la Ley Agraria a causa de su extensión muy superior a la que en ella se fijaba como límite de propiedad individual y de un momento a otro podían caer por allí los funcionarios ejecutivos de aquella disposición legal, a practicar la expropiación y parcelamiento del excedente de hectáreas de la finca adjudicables a las familias campesinas asentadas en ella, pues ya el gobierno de la República estaba en manos bien dispuestas a poner por obra aquella fundamental promesa revolucionaria, y como dentro de los límites de *El Encinar* había zonas de mal país, cubiertas de lava petrificada y allá lejos se alzaban montículos cónicos que tal vez fueron

antiguos cráteres de volcanes, en aquellos vestigios de iras tremendas prefería ahora Don Nacho posar sus miradas contemplativas, mientras murmuraba:

—Fuego y lavas arrasadoras corran sobre toda esta tierra antes de que ella deje de ser mía, toda entera.

Ya no existían en las haciendas las "tiendas de raya", prohibidas por las leyes de la Revolución, a causa de que con ellas se había establecido un modo de servidumbre de la gleba derivado de las deudas contraídas por los peones—a quienes nunca les alcanzaba el salario de hambre para lo de comer y vestir que allí se les vendía a excesivos precios—deudas acumuladas de semana en semana y que pasaban de padres a hijos. Don Nacho cerró la de *El Encinar*, pero continuó practicando, con dinero efectivo, una forma dadivosa de su cólera que le producía los mismos resultados sojuzgadores.

Día de raya. En la mesa ante la cual está sentado Don Nacho, ya no hay tarjetas valederas por jornales como antes, sino dinero efectivo, alguno en monedas de plata o de níquel, pero muchas pilas de pesos en centavos de cobre. Ya está saturada la atmósfera de la oficina del olor grasiento de peón sudoroso y es un rebaño de humildad secular lo que está agrupado por delante del señor de *El Encinar*.

—Toma. Eso ganaste, eso te pago.

Monedas en la palma de la encallecida mano derecha, en otra el sombrero de los respetos rendidos y sobre las monedas la mirada que contempla y ve que no alcanza.

—Se me hace, señor, que voy a tener que pedirle un empriéstamo de algún tantito más, porque . . .

Pero Don Nacho no lo deja concluir:

—¿Se te hace, hijo de la tiznada, y ya me lo has pedido; aunque bien endrogado estás?

—Unos dos pesitos no más, patroncito.

Don Nacho da una manotada rabiosa a los cobres apilados en la mesa, mientras replica:

—¿Dos pesitos? Ahí van tres, grandísimo holgazán.

Pero no se los pone en la mano al peón, sino que se los arroja al suelo, para que de ahí tenga que recogerlos la necesidad que no permite orgullos.

Don Nacho sabe que aquel peón es ya un siervo de *El Encinar*. Y la humildad se agacha a recoger, sonriendo y murmurando entre dientes:

—¡Este Don Nacho! Paga para que lo hagan rabiar. Y hay que complacerlo.

Porque, en realidad, Ignacio Orozco, por darse el gusto de pagar poco a cambio del trabajo que se le rindiera de sol a sol —cosas de patrón— siempre que se le diese ocasión de ofender y humillar, daría más de lo que se le pidiera. Lujos de señorío.

Transcurren días y llega por fin la noticia de que la Comisión Agraria ha ordenado que se proceda a la expropiación y parcelamiento inmediato de *El Encinar* y aunque todavía no ha concluido la semana, la campana de la oficina llama a paga de jornales.

—¿Día de raya hoy? —se preguntan los peones.

Pero los caporales ordenan:

—A cobrar. a cobrar.

—¿Menos cobres en la mesa, entonces?

Exactamente el dinero necesario para la paga de la semana completa, pero ni un cobre más para los arrebatos de la cólera dadivosa, pues ahora el señorío no los aconsejaba. Y cuando ya sobre la mesa no había dinero apilado, Don Nacho se recargó contra el alto respaldo de su asiento y dijo:

—Bien. Quizás sea ésta la última vez que yo les pague a ustedes los jornales debidos. La Comisión Nacional Agraria —guarda de coyotes la llamo yo— ha dispuesto arrebatar me la propiedad de *El Encinar*, para parcelar sus tierras y repartirlas entre quienes sean osados a adueñarse de ellas. Llega, pues, para ustedes, la oportunidad de invertir sus ahorros en el cuidado y cultivo de sus respectivas propiedades: barbechar, arar, sembrar y esperar a que las milpas y las espigas sean cosechables.

—¿Nuestros ahorros, señor? —murmuró uno interrogativamente.

—Por supuesto —repúsole Don Nacho, sonriendo, como nunca se le había visto y ya levantándose de su asiento: Terrateniente supone tener dinero para poseer tierras que sean riqueza.

Y retirándose ya, agregó:

—Lo demás se los dirá el Capellán, que allá en la capilla está esperándolos para darle comienzo a los ejercicios del retiro espiritual que tanta falta les hace a ustedes siempre para la limpieza de la conciencia. Si es que realmente de eso tienen.

Y los peones de *El Encinar* —ya solamente ellos en la oficina— que aún tenían en las manos los cobres de la paga, se

miraron en silencio entre sí, pero sin saber qué estarían preguntándose mutuamente.

Toda la vieja humildad mantenedora del sometimiento se les había convertido de pronto en perplejidad. Casi en angustia.

Mientras Don Nacho se dirigía a su casa, murmurando:

—Ahora, que venga El Agrarista.

Meregelda

DECLINABA la tarde, en el zacate que a trechos alimentaba el árido lomerío los rayos tendidos del sol adornaban marchitez con fina calidad de oro viejo y en el silencio de la calma vespereal comenzaban a oírse los silbos melancólicos de las huilotas.

Ya Prisciliano había despachado mensajeros a los pinares de la sierra, a fin de que los hombres de la comunidad que por allí andaban resinando o labrando tejamanil regresaran cuanto antes a enterarse del buen anuncio traído por Emiliano y en la cocina de la casa del *burendi* las dos hijas de él, ayudadas por otras mujeres del vecindario charlaban alegremente, en lengua, mientras atizaban el oloroso fuego de ocote bajo las ollas donde se cocían el pozole y las corundas y bajo los comales tostadores de garnachas y gorditas para la merienda con que allí se obsequiaría a Chano Gracián y se festejaría el venturoso acontecimiento de la recuperación de las tierras de la comunidad. Otra vez el sustento fundamental del maíz que para todos diesen las milpas de todos, sembradas y cultivadas por todos los brazos laboriosos en faenas colectivas y el vínculo mantenedor de la unidad de las familias, como en los pasados tiempos, sin granero repleto en una de ellas y el de la vecina casa vacío.

Aún no había llegado Chano Gracián con la confirmación de la noticia adelantada por Emiliano, pero confiando en las palabras de éste —de las cuales *salía hombre*, como había dicho el viejo *burendi*— ni él, ni nadie ya en la comunidad, podía poner en duda que aquello no fuese ya vieja esperanza realizada.

Un hermoso fresno se alzaba en el centro del patio de la casa de Prisciliano, con trinos de jilgueros entre sus ramas y al cobijo de ellas platicaba con el nieto el abuelo complacido de oírle palabras de hombre.

—Conque la vista puesta en Chapingo para enseñarte gromonías? ¡Bueno, bueno! Pero óyeme este consejo, Miliano: enséñate a hacer calzones para que luego hagas chaquetas.

—¿Qué quiere decirme con eso, abuelo?

—Pos mira no más. Que como sin oficio no hay beneficio y tu padre no es rico, alguna mano tuya debes arrimarle a las desigencias del cuerpo mientras estudias las gronomías. De lo que me produzcan mis botijones con algo te ayudaré, para lo del bien vestir, no sea que con todo tenga que cargar El Agarrista. ¡Jé, jé, jé! Que nada agarra, ya lo sé, sino que su chamba no le alcanza para todo lo que le cuestan sus viajes de aquí para allá al servicio del movimiento agrario.

—Es cierto, abuelo. Chano Gracián es un misionero a quien sólo le falta el hábito de monje franciscano para parecerse al Tata Vasco.

—Has dicho bien, Miliano. Y a propósito de Tata Vasco y volviendo a lo que platicamos esta mañana, muy por encima no más. ¿Cómo andan tus creencias religiosas?

—Pues ya no tanto como para llevarme a santo, como cuando las ganas místicas de aquellos amanecimientos, entre los de mitotero; pero conservo mis creencias y practico lo que ellas me imponen.

—Sin que te lo impida tu padre, ¿verdad?

—Ya lo he dicho que entre él y yo no hay nunca diferencias, ni casi necesidad de que nos hagamos preguntas para esculcarnos las intenciones. Así, por ejemplo, él sabe que yo no creo que he venido al mundo sólo para crecer y morir luego. Él ha hecho lo suyo, que no es cualquier cosa; pero en alguna parte tiene que haber algo reservado para que lo haga Emiliano Gracián Equihua.

No pudo el anciano *hurendi* expresar la impresión que tales palabras le habían causado y guardó silencio mirando al suelo, mientras en su intimidad resonaba:

—¡Emiliano Gracián Equihua!

Vino al fresno un jilguero, cantó un poco y luego voló a otro árbol. En el lomerío continuaban las huilotas aplicándole la melancolía de sus silbos quejumbrosos al sereno atardecer y con la regularidad de los acontecimientos desprovistos de intenciones comenzaron a verse en el cielo las viejas estrellas.

Pero en esto entró en el patio Chano Gracián, preguntando:

—¿Qué pasó, viejo? ¿Se lo contaron ya?

—Sí, home, sí. Y déjame que te abrace. Mientras Miliano va y trae otro equipal más para que platiquemos los tres.

—Vengo contento, viejo. Mucho muy contento. Por lo que ya usted sabe y porque cumpliendo un deber cumplí dos.

Y volviéndose hacia el hijo:

—No te lo dije, Emiliano? Nacho Orozco accede a desprenderse voluntariamente de las tierras de esta comunidad, de las cuales se habían apropiado su abuelo y su padre, en ejercicio hereditario de voracidad latifundista. Ya el asunto está en manos del escribano público de la jurisdicción para la debida forma legal de venta a mí. Que en mis manos no se quedarán esas tierras, por supuesto, sino que desde luego pasarán a las de toda la comunidad.

—Algún trabajo te costó, Agarrista —dijole Prisciliano, abrazándolo de nuevo.

—El que siempre me ha costado no estar de acuerdo con Nacho Orozco para que él pueda hacer lo que yo quiera que haga. Ya le platicaré detalles de esa faena, déjeme ir a saludar a las cuñadas, que ya las oigo en la cocina.

Entró en ella y enseguida la vieja Meragelda, lanzando alaridos.

Desgreñaga, astrosa, todo jirones lo que habría sido vestido y rebozo, escombros humanos donde ardía el fuego fatuo de una antigua manía visionaria. Llegó ahogándose en la sofocación de la carrera que aún le permitiera su vejez y plantándose por delante de Prisciliano, a gritos:

—¿No te lo anuncié, Prisciliano? ¿No te lo dije varias veces que allá en la joya de la Roncosa donde tengo yo mi cueva entre las peñas, hace noches viene escuchándose el canto del tecolote, en el mero filo de la medianoche?

—¿Y eso qué, Meragelda? —repúsole Prisciliano sonriendo.

—Que cuando el tecolote canta, el indio muere.

Y Prisciliano, completando el dicho popular:

—Eso no es cierto, pero sucede.

—¿Pos que no? Ya verás que sí. Esculca el cielo, allá detrás del lomerío. ¿No catas de ver la tolvanera de la apocalisi que viene corriendo hacia acá?

Por no contradecirla, Prisciliano sonrió y repuso:

—Ya mi vista no me permite mirar hasta allá, Meragelda. Además de que ya la nohecita no deja distinguir nada por encima del lomerío.

Y haciéndole a Emiliano guiñada de ojo:

—A ver tú, Miliano, que tienes vista moza. ¿Qué alcanzas a ver por allá?

Se encaró con el joven la Meregelda visionaria, exclamando:

—¡Miliano! ¿Qué éste es Miliano Zapata otra vez creciendo, pa que vuelvan a matarlo en Chinameca?

—No. Meregelda. Es mi nieto, el de Chano Gracián y mi difunta hija Atzimba. Que en paz descanse.

Y Emiliano, sonriendo:

—Que no estoy creciendo para morir solamente, Meregelda.

—Pos salte de aquí, corriendo, mijito. Que ya vienen por ahí los arcángele de la apocalisi. ¿No escuchas el tronío del galope de sus caballos? Ponle el oído mozo a la lejura del lomerío y escucharás cómo viene temblando la tierra por ese rumbo. Son muy muchísimos, Prisciliano, los arcángele de Coalcomán y de Cotija que vienen pa'cá.

Prisciliano frunció el ceño —pues ya las palabras de Meregelda se referían a los cristeros de quienes corrían rumores que estuvieran preparándose para otro levantamiento en armas—; pero dirigiéndose a Emiliano dijo:

—No le hagas caso. Meregelda sufre visiones y hasta oye voces.

Y ella, alzando más todavía la destemplada suya y girándole ya el pensamiento en los torbellinos del delirio incoherente, repuso:

—¿Visiones dijiste, Prisciliano? Meregelda se ha casao ya varias veces con el caballero prencipal que ha venido a pedirle su mano para hacerla su esposa. Porque ella tiene sus ojos güenos y sanos y ve las claridades del día en la oscuridad de la noche, y ha mirado ya las marcas que puso el preguntador de esta mañana en las paredes de las casas de tu comunidad. No digas después, Prisciliano, que Meregelda perdió el anillo de compromiso contigo.

Se disponía ya a marcharse, a todo el correr que le permitían sus piernas, cuando vio que de la cocina salía Chano Gracián. Se detuvo bruscamente, mirándolo con expresión de terror, mientras murmuraba temblorosamente:

—¡Chano Gracián! ¿Tú aquí? Ahora me lo desplico todo.

—¿Qué te pasa, Meregelda? —repúsole él, sonriendo y disponiéndose a darle algún dinero, como siempre lo había hecho al encontrársela, y mientras ella proseguía:

—Por ti esculcaba el preguntador de esta mañana. Por ti vienen los arcángeles de la apocalisi. No digas después, Chano Gracián, que yo no te cumplí mi palabra de matrimonio.

Y abandonó el patio a todo correr.

Se levantó de su equipal Prisciliano y disimulando su preocupación dijo:

—Meregelda siempre con sus ilusiones de matrimonio con señores de lo principal.

Pero Emiliano, que también había abandonado su asiento bajo el ramaje del fresno, sin perder su aplomo repuso:

—Pero hoy quizás no sean puras visiones las tuyas. Eso del preguntador, por lo menos. Recuerde, abuelo, que esta mañana le hablaron a usted de un forastero desconocido en la comunidad que había estado haciendo preguntas sobre cuántos federales habría por aquí de guarnición, diz que para venderles qué sé yo qué cosas de soldados.

Chano Gracián había contraído el ceño mientras su hijo hablaba y luego le dijo:

—Ándate enseguida a Pátzcuaro con el aviso de lo que sospechas.

—¿Que sean los cristeros de la sierra los arcángeles del apocalipsis, a que se ha referido Meregelda? —intervino Prisciliano.

Mientras Chano continuaba dirigiéndose al hijo:

—Para que venga de allí un pelotón de federales a rechazar el ataque, porque ya sé que los hombres que estamos aquí somos muy pocos y sin armas con qué defendernos. Y te quedas allá hasta que. . .

Pero Emiliano no lo dejó continuar:

—No, Chano Gracián. Yo estaré aquí también cuando eso suceda

—Anda, corre. Que no hay tiempo que perder. Mientras tanto yo procuraré organizar la posible resistencia de que aquí dispongamos.

Emiliano partió en carrera a hacer lo que se le encomendaba y cuando ya Chano se disponía a recorrer la población para lo que se había propuesto, el viejo *burendi*, prestando atención a ruido que había comenzado a producirse hacia el lomerío, díjole, reteniéndolo:

—Ya es tarde, Chano Gracián. Escucha. El tronido del galope de caballos de que habló Meregelda. Déjanos solos, que por ti vienen y no deben encontrarte aquí.

Tierra bajo los pies

CORONARON el lomerío por donde los traía el camino y un grito de guerra, atizador de iras religiosas, quebró la tierna quietud del anochecer campesino:

—¡Viva Cristo Rey!

Una brusca contención del aliento apretó momentáneo silencio en toda la comunidad. Y enseguida:

—¡Los cristeros! —exclamó toda ella, precipitándose a cerrar y atrancar las puertas de las casas.

Y en la cocina de la casa del *burendi*, sus hijas y las vecinas que con ellas compartían el quehacer y el charlar gozosos, enmudecieron y empalidecieron.

—Bueno —dijo Prisciliano entrando en la cocina, con la serenidad de una raza secularmente acostumbrada a sufrir. No estuvo de Dios que esta noche fuera de alegrías para nosotros. Váyase cada cual a su casa y ustedes, mis hijas, junto con sus chamacos, al cuarto de rezar y esperar, que tiene puerta que puede cerrarse y atrancarse. Allí está el Tata Vasco que no desampara.

Una imagen de Vasco de Quiroga, devoción profunda de la gente purépecha, heredera de aquélla entre la cual vivió el misionero santo compadeciendo, ayudando y enseñando. Por delante de ella se arrodillaron en el suelo las hijas de Prisciliano, con sus tiernos hijos en los brazos, todavía dormidos y en la lengua tarasca, entre singultos de angustia, comenzó la demanda de auxilio.

Afuera, en toda la población, reinaba ahora un silencio impresionante, mientras por el lomerío, cuesta abajo, avanzaba la guerrilla cristera, nuevo brote de un movimiento dominado hacia años.

Entró en el pequeño pueblo el tropel de caballos y sobre el fragor del galope volvió a alzarse el grito de la ira desatada:

—¡Viva Cristo Rey!

Pero agregando:

—¿Dónde están los hijos de la... tiznada, reclamadores de tierras de este cochino pueblo?

Eran treinta, campesinos de la Sierra casi todos con fiebre de fanatismo en los ojos y avidez de olor de sangre en las narices dilatadas. Pistola en mano, carrillera de balas terciada al pecho, estampa de la Virgen de Guadalupe cosida al sombrero de

petate y pasaporte en el bolsillo para entrada franca al cielo si en la refriega caían como mártires, dirigido al "Señor San Pedro", de puño y letra del Cura de la aldea serrana donde se organizó y se armó la guerrilla, quien además la capitaneaba. Un hombrachón cejudo, cara de glotonería de apetitos carnales, que profanaba el paliacate con que se ceñía la cabeza a la manera del Libertador Morelos.

Y ya estaban por delante de la casa de Prisciliano Equihua, a la cual había regresado Chano Gracián cuando se convenció de que realmente era tarde para organizar resistencia. Paredón de adobes sin revestimiento y sin puertas ni ventanas que pusiesen al alcance de la calle la intimidad del recinto familiar, sólo accesible por un portillo abierto en el valladar de nopales que cerraba el patio de la casa y al cual daban las puertas de las viviendas mediante un corredor de techo muy bajo.

Las hijas de Prisciliano se habían empeñado angustiosamente en que él y Chano Gracián se refugiaran junto con ellas en el pequeño oratorio de la casa y ellos, por complacerlas, allí estaban presenciando la angustiosa imploración de celestial auxilio, ante el rostro afilado de santidad y dulcemente sonriente del Tata Vasco, que en la imagen venerada acariciaba las cabezas de dos niños indígenas, arrodillados por delante de él.

Mientras afuera, en la angosta calle, gritaba el capitán de la guerrilla:

—Por ti venimos, Prisciliano hereje y por tu yerno, el agarrista, que ya sabemos que en tu casa está, escondido junto contigo bajo los fustanes de las mujeres. Hijos de... tal por cual, ustedes dos, reclamadores de tierras ajenas.

Y Prisciliano, como reconociese aquella voz estentórea que tanto había hecho resonar el ámbito de la pequeña iglesia de la comunidad, desde el púlpito de ella, en pláticas recomendarías de mansedumbre y resignación cristianas, sonrió y murmuró:

—El Padre Garabato, como lo mientan por su nariz ganchuda, los que nunca han podido convencerse de que él sea, realmente, un sacerdote de Cristo. Quizá sólo viene a cobrar me lo de que yo lo hubiera hecho salir de la comunidad, para que no se gozara con la guarecita en quien había puesto sus malos ojos, y por consiguiente, quédate tú aquí, Chano Gracián, que más falta que yo haces sobre esta tierra, tan y mientras voy a aplacarle sus iras.

Y como la voz rugiente agregó:

—Evítennos la molestia de arrancarlos a viva fuerza de ahí dentro y entréguense al brazo de la justicia del Señor de los Cielos y la Tierra, Cristo Rey, que por mi boca habla.

—¿Qué te parece, Chano Gracián? —murmuró Prisciliano—. El mismo Dios del Tata Vasco.

¿Quién sabría de cuál profundidad del corazón de Prisciliano Equihua, morada quizá todavía de los antiguos dioses de su raza, habían surgido aquellas palabras? Divinidades implacables y ávidas siempre de sangre de sacrificios humanos habían sido las de sus antepasados remotos a quienes el Tata Vasco adoctrinó en dulzura cristiana. ¿Cómo podía entender él, en aquel momento tremendo, que el dios del misionero santo fuese el mismo que ahora gritaba por boca del Padre Garabato?

Pero antigua gente aborigen había subido con serenidad las gradas del templo, los días de sacrificio recaídos en ella para que con su sangre se alimentase el fuego mantenedor de la vida en el mundo y allí junto con él estaba —además de sus pobres hijas y sus tiernos nietos a quienes tal vez libraría de muerte o de atropello infamante, si él salía a atender el estentóreo llamamiento— un hombre en quien su pueblo tenía puestas sus esperanzas, mucho más necesario que él sobre su tierra. Y se dispuso a abrir la puerta para ir a entregarse a la ya inevitable suerte.

Pero lo rodearon sus hijas, llorando y clamando:

—¡No, tata, no!

Y Chano Gracián, diciéndole:

—Quédese quieto, viejo. En la calle o aquí dentro, ya estamos dispuestos usted y yo a morir como hombres, a manos de esos fanatizados que contra nosotros vienen; pero bien puede ser que llegue a tiempo el auxilio de gente armada que fue a buscar Emiliano.

No fue necesario que Prisciliano abriera la puerta. La echaron abajo los cristeros que habían invadido la casa.

Se apoderaron de ellos, se los llevaron a las afueras del pueblo, donde entre algunos encinos se alzaba un madroño y de sus robustos brazos los colgaron.

Llenáronles de tierra los respectivos sombreros, previamente sacados de la casa y colocándolos en el suelo debajo de los pies de cada uno, sacudidos por las convulsiones de la agónía, entre obscenidades y risotadas:

—Ahí tienen ya la tierra que reclamaban —dijeron. Rié-
guenla con el sudor de la muerte.

Y como ya habían logrado lo que se proponían, partieron
gritando, a una voz los treinta:

—¡Viva Cristo Rey!

MEMO TEL

Por Max AUB

A José Alvarado

MI coronel Serafín Gómez está apoyado en el mostrador de la cantina de Severiano a las once de la mañana del 12 de julio de 1915. Toma su cuarto mezcal, que todavía no le sabe.

—Y ésto, ¿qué es?

Un cuadro, colgado entre botellas semivacias de etiquetas ajadas. Generalmente, allí hay un espejo. ¿Cómo ha venido a parar a Ojo del Río ese cromó donde Guillermo Tell se dispone a disparar la flecha de su ballesta contra una manzana colocada en la cabeza de su hijo? En el centro, el mástil con el sombrero del gobernador; al fondo, hermosas montañas de picos nevados y laderas verdes y azuladas. Severiano se alza de hombros.

—Quién sabe. . . Aquí estaba, aquí sigue. Lo colgó mi tío, supongo. El señor cura dice que es la historia de un tal Guillermo no sé cuántos, de las Suizas o algo así. Fue cosa sonada, en tiempo de los bárbaros. Aquí el licenciado sabrá.

Rufino Colmenares había oído repicar.

—Sí: fue un hecho muy famoso: el gobernador del lugar mandó poner su sombrero en un palo.

—Éste, mero.

—Y lo saludaran, destocándose, en señal de respeto.

—Como si fuera santo.

—Talmente, mi coronel.

—¿Y ése del arcabuz?

—No es arcabuz, mi coronel.

—¿Qué es entonces, señor licenciado?

—Ballesta.

—Y yo le digo que es arcabuz.

—Está bueno, mi coronel. Tratándose de armas, usted debe saber.

No se le oculta la ironía al militar.

—Lo sé, abogado, lo sé. Y si usted se empeña, se lo demuestro. Aunque tengo entendido que usted no es afecto a entrarle a los chingadazos.

—No es mi oficio.

—Claro: es cosa de hombres.

Nadie se explica cómo Rufino Colmenares aguanta las tarascadas de Serafín Gómez. Los dos son personas de confianza del general Villa. Por eso, además, se le atraganta el leguleyo al militar.

—Un día me lo trueno—va diciendo por ahí. Pero no se atreve. Se desfoga a la buena de Dios, buscándole pendencia, pero el abogado es agusado. También se la tiene jurada. Pero el coronel no es tan bruto como parece, conoce el terreno que pisa "lo mismo en la tierra que en el cielo", suele decir, con sorna, razón de sus éxitos militares. En cuanto a la enemistad está perfectamente justificada: se desprecian cordialmente, lo que da lugar a espectaculares reconciliaciones.

—¿Y qué pasó?

—Pues que este prominente, de nombre Guillermo Tell, se negó a obedecer la orden del tirano. Lo detuvieron, en unión de su hijo, que lo acompañaba en ese momento.

—Bien está lo que está: se manda para cumplir.

—Pero da la casualidad, en este caso preciso, que el interfecto defendía la libertad de su patria.

—Este es otro "punto de vixta".

El "punto de vixta", que el coronel Gómez recalca, colgándole la X muy a la vista del oído, fue tranquilo de la conversación del abogado. Lo abandonó al darse cuenta de la burla. El otro conserva la presea como pendón arrebatado en combate.

—Y tómese un tequilita, abogado.

—Ya sabe que me hace daño, mi coronel.

—Otras cosas le sentarán peor, y las hace. Tómese una copa. Yo convido. Sírvale, Severiano, y doble.

—No diga que es desprecio.

—No lo diré, licenciado, pero lo pensaré.

—Hará mal.

—Yo no hago nada que esté mal, abogado. ¿Se la toma o no se la toma?

Colmenares piensa que más le vale un ardor de estómago que no un disgusto gordo estando el general Francisco Villa a más de diez leguas. Prefiere guardársela al militar, tentando el bolsillo interior del saco, asegurándose que no olvidó la cajita del carbonato en casa de Rosaura, donde pasó bien la noche.

—A su salud, mi coronel; que no a la mía. Pero, ya que usted se empeña. . .

—No hable tanto y acabe con el cuento del cuadrito ese, que ya me gustó.

—El gobernador, que tenía lo suyo, ordenó que Guillermo, en castigo a su irreverencia, pusiera una manzana en la cabeza de su hijo. Me olvidaba decir que el tal Guillermo Tell tenía fama por su puntería. Si le daba. . .

—¿A cuántos pasos?

—Eso sí que no lo sé.

El coronel mira el cromo, echa sus cálculos.

—Habrá sus buenos treinta metros o más.

—Usted sabrá.

—Claro que lo sé: basta con tener ojo y cierta experiencia. Echa otra, Severiano. No, para el licenciado, no, que tiene débil el estómago. ¿No es así, licenciado Colmenares?

—Usted acierta siempre, mi coronel.

—Y que lo diga. ¿Sabe que no está mal eso de la manzanita? ¿Y qué pasó?

—El hombre se negó. Pero su hijo, que tenía fe en la puntería del papá, insistió. . .

—Todavía hay hijos que merecen serlo. No como otros que yo me conozco. También esto está bueno. ¿Y qué pasó?

—El hombre apuntó con cuidado.

—Le estoy preguntando que qué pasó, compañero.

—Le dio de lleno a la frutita.

—Para que vea que. . .

—Lo malo es que el gobernador vio que el tal Guillermo cargaba otra flecha y le preguntó que para qué la quería. Guillermo Tell, que era un bragado, le contestó que si por casualidad hubiera matado a su hijo, al fallarle la puntería, le

hubiera encajado la otra, la flecha, en su mera frente, en la del gobernador, a huevo.

—Correcto, licenciado, correcto.

—Esa es su opinión y la de la historia, mi coronel, pero no fue la del sátrapa que faltando a su palabra lo metió al bote.

—Usted sabrá lo que es eso tan raro que dijo, pero estaba en lo suyo. No hay nada que decir. La autoridad es la autoridad. ¿Y qué pasó?

—La verdad, mi coronel, ahí me falla la memoria; no me acuerdo.

—Pues se me entera, por favor. Y, en cuanto llegemos a Aguascalientes, me lo platica.

Se quedó mirando el cromo sucio, plagado de puntos negros de moscas, rayado en muchas partes, el marco desconchado.

—Severiano, no me agradan las copas vacías. Lo que más me gusta es eso del sombrerito; cualquier día, en cualquier chingado pueblo de hijos de tales por cuales, cuelgo el mío: a ver si sale un *Memotel* de esos. Pero ¡quía! eso sólo pasa en los cuadritos. Aquí, no hay más huevos que los míos, mejorando los de mi general Villa. ¿No es cierto, abogado?

—Si usted lo dice. . .

—¡A ver! Deja aquí esa botella. Tenemos que platicar tú y yo.

Tiene que hablar con Severiano, de lo de su compadre Rosalío. No esperaba encontrar al licenciado Colmenares tan pronto en la cantina. No hay quien le quite de la cabeza que no luce en ella el aguilita por culpa del leguleyo. ¡Esa conversación del otro día, más larga que un día sin copas, en Fresnillo, los dos solos, el general y el achichinche, paseando frente al palacio municipal, y esa risa del jefe mirándole!

—No, si de usted no hablábamos, coronel Gómez.

¿Quién lo cree? Matar ese gusano que le roe el estómago. No sabe por qué, pero lo nota, lo siente. ¿En qué inflexiones de voz? Le sería imposible decirlo. ¿En qué palabra? No da con ella. Pero lo cierto es que el general ha cambiado un tanto para con él. ¿Por qué? ¿Por lo de Santa María? No puede ser. No: es el licenciado. Ese desgraciado de bigotillo y cuello duro. . . Pero, eso sí, no: por las buenas, no; por las malas, menos. ¿Entonces? ¡Qué

complicada es a veces la vida! ¡Pero que se la paga, se la paga! Y ahora, a lo de la Inés. No es tan fácil como creyó. A veces, se hace uno ilusiones creyendo que no hay más que decir las cosas, y ya. Pero ¡quía! ¡Qué complicada es a veces la vida, sobre todo cuando hay que explicar lo que no tiene explicación! Pero se lo prometió a su compadre Rosalío, y lo prometido, prometido. Y Rosalío no tiene razón. Pero. . .

—Echa otra, Severiano, y hazte cargo.

II

LA cantina de Ojo del Río es igual a las demás, lo único que la distingue es que está en Ojo del Río, un pueblo de Zacatecas, ya casi en Aguascalientes. Tierra llana y seca. Mucho polvo y bastantes moscas; no demasiadas porque es tierra fría. El nombre del pueblo es un misterio porque no hay gota de agua en muchas leguas a la redonda. Dicen que cuando acaben la presa del Refugio. . . Ahí está el ingeniero, acabando de almorzar. Pero con la bola, cualquiera sabe. Y cuando la terminen habrá que ver con qué la llenan. Mientras tanto, la tierra es de temporal, y no llueve.

Las casas y los jacales se fueron agrupando a la buena de Dios alrededor de su casa: una de tantas iglesias que dejan asombrado al viajero. ¿De dónde trajeron la piedra? ¿Quiénes la labraron? Lo cierto es que está ahí, con su nave grande, sus altares, sus santos de pastaflora, menos un Cristo, entrando, a la derecha, terrible, huesudo, sangriento, con una túnica de terciopelo morado, una cabellera lisa y larga que añade dramatismo a los ojos de cristal, fijos en los indios que suelen postrársele de hinojos, los brazos abiertos, horas y horas. Las mujeres, rebozadas, prefieren a San Antonio y a San José, guapos y sonrosados.

Severiano, López de apellido, es gachupín, pero poco; que llegó muy niño. Poco en todo: estatura, ganas de trabajar, de comer, de beber, no digamos de enterarse o rasurarse: bastante sucio, sí. Es dueño del *Bazar de Aguascalientes*, donde se encuentra de todo; colindante con la cantina, que también es suya. No le quieren mal. Hace más de cuarenta años que están acostumbrados a él. Llegó poco después de lo de Querétaro. Lo trajo el señor Tomás, su tío, asturiano,

de Cangas de Onís, que se quedó en Ojo del Río por casualidad: arriero, se rompió allí una pierna, una mala noche oscura. Quedó cojo, puso su tendajón, hizo traer de la Madre Patria —¡Bueno está aquello!— a su sobrino y a su hermana mayor; con ella se casó el *Rengo*, que así le llamaron. No tuvo suerte, la mujer desapareció, al año de matrimoniarse. No se supo quién se la llevó y, si se supo, no se dijo. El año de 6 faltó el señor Tomás, Severiano siguió al frente del negocio, casado con una de Jerez, que no era ninguna hermosura, pero trabajadora y de formas abundantes como la que más: la Inés, que lo hace todo, menos asomarse por la cantina.

A algunas leguas de Ojo del Río hubo una hacienda grande, Loma Vieja, con buen ganado y muchos peones. Tenían poco que ver con el pueblo porque a don Manuel Gándara todo se lo surtían de Aguascalientes. El que mandaba era un tal don Andrés, administrador. Desde fines de 1913 no se volvió a hablar del dueño, ni de su hombre de confianza, pero sí y mucho, de Serafín Gómez, cuarenta años, buen peso y tamaños bigotes. Por aquel entonces la peonada de Loma Vieja, con pocas excepciones, andaba con él, a las órdenes de Villa. No había quejas: no era atrabancado como su compadre Manuel Ramírez, que tanto dio que hablar cuando se metió por Jalisco. Con Serafín Gómez andaba su compadre Rosalío Topete, de Ojo del Río, aunque le decían *El Poblano*. Serafín tenía debilidad por él, quién sabe por qué. Era un hombrecillo magro, bien picado de viruelas y más amigo de las mujeres que de otras cosas; había corrido mucho, conocía la capital, Oaxaca y el Istmo. Sombrerudo y con carrilleras que le atravesaban en cruz, se sentía muy seguro de sí. Capitán de primera, eficiente en el combate, gran jinete y de pocas pulgas. Se le metió entre ceja y ceja (es un decir, que las tenía muy despobladas) la Inés. A la buena no pudo ser. La anduvo rondando, la acosó, pero se le mostró contraria. Se picó, intentó conseguirla a la brava. Esa noche, tampoco pudo porque le amenazó, en el momento bueno, con cruzarle la cara con una navaja de afeitar que traía muy escondida, la cual no era difícil entre tanta carne y refajos.

Rosalío siempre fue de mucho hablar y por aquello de "platica poblano, mientras yo te gano" vino el apodo. La

verdad es que estuvo allí dos años y de tanta lengua sacó alguna plata, así la perdiera en pocas semanas, a manos de una cualquiera y de los albures, en Veracruz. Le tenían por gente poco seria, hasta que se juntó con su compadre Serafín Gómez y con Domingo González, que había estado en Cananea y a quien nadie le contaba nada, ni él a nadie, más callado que una piedra. Cuando empezaron los alzamientos contra el general Huerta, *El Poblano* sacó a relucir su amistad con los Serdán. Pero, vaya usted a saber. Rosalío no era inteligente, sí listo, las cazaba al vuelo; le gustaba la política no más por mandar y hacer lo que le viniera en gana. Y, ahora, la tal por cual. . . Claro que podía echarse a Severiano, aunque se conocían desde muchachos. A su compadre Serafín no le parecería. . . Con las copas hablaban interminablemente de todo, menos de lo que les tenía a pecho.

Aquella mañana, con las primeras luces y los reniegos, Serafín se dio cuenta de que algo había sucedido, no muy del gusto de su compadre.

—¿Cómo amaneció?

—Ya me ve, compadre.

—Si no lo toma a mal, ¿qué tal si le doy una manita? Se hizo el sordo:

—¿Mande?

Entró Domingo González, el callado.

—¿Qué pasó, compadrito?

El Poblano se había vanagloriado con anticipación.

—Oí —dice Domingo González— que a su Inés se la. . . —un gesto grosero, claro, con los puños hacia el vientre— el ingeniero.

—¿Cuál ingeniero?

—El de la presa. No lo digo por ofender.

—¿Mande?

—Serán chismes —suavizó Serafín.

Rosalío traga veneno.

—Por lo visto a ésa sólo le gustan los gachupines.

—Severiano es de los buenos —comenta su compadre.

—¿A poco los hay?

—Le doy una manita, palabra.

Rosalío salió a sus necesidades. Domingo González se rascó el cogote, seña clara de disgusto.

En la cantina, tras el cuento del héroe suizo, ya en su estado normal, trasegada la séptima, Serafín Gómez habla con Severiano.

—Si yo colgara ahí mi sombrero, ¿me lo saludarías?

—Otras cosas peores he hecho.

—O mejor te cuelgo a ti.

—¿Para darle gusto a tu compadre Rosalío? Mira, Serafín: nos conocemos desde así. Juntos nos tomamos la primera botella de tequila, que le distraje a mi tío. Pobre éramos, pobres somos. Ahora eres coronel y prefieres a ese Rosalío, que no sé cómo te cae bien.

—Dile capitán. Y échame otra copa.

—Tú sabrás lo que te ha dado.

—Es mi amigo.

—Está bueno. Pero que deje a la Inés en paz.

—No eres tú poco *atingente*. (Palabra que se le había pegado de Colmenares).

La verdad, a él ¡qué le importaba la Inés! Allá se las arreglara con su compadre como pudiera. Pero lo había prometido. . . ¿Qué había prometido? Notó que le estaban mirando. Se volvió sin prisas.

Norberto López Caamaño, no había acabado la carrera de ingeniero de caminos, canales y puertos, en Madrid, por líos familiares: enamorado de una prima suya, muy rica, que le correspondió a pesar de la oposición de sus padres, que acabaron metiéndola en un convento e hicieron la vida imposible al entonces muchacho. Norberto vino a México, donde tenía un tío abarrotero. Se convirtió en ingeniero hecho y derecho de la noche a la mañana. La compañía que construía la cortina de la presa del Refugio le envió a Ojo del Río, el pueblo más cercano. Al gallego no le arredraba la revolución, pensando que unos u otros tendrían que acabar la obra; lo demás le tenía sin cuidado. Solía comer en la cantina, porque era cómodo, barato y no dejaba de gustarle la Inés, sin haber pasado a mayores. Le molestó el giro de la conversación, miró fijo al coronel.

—¿Qué me ve?

Hacía tiempo que López Caamaño sabía que lo que más podía molestar a un mexicano era mirarle con insistencia. Las palabras importaban menos; lo escrito, nada.

—Nada.

- Entonces, ¿por qué no mira al licenciado?
—El señor es libre —apuntó el abogado.
—Usted es el mentado ingeniero, ¿no?
—Lo de mentado, no sé.
—Pues hasta me gusta para muertito.
—A todos nos tiene que llegar la hora. ¿No se toma una copa?
Le cayó bien al militar.
—Para que no se diga.
Se sentó.
—¡Gachupín, sirve!
—¿Qué culpa tiene el español de serlo?
—Tampoco los hijos de la chingada... y sin embargo lo son.
—Tenía entendido que peleaban por un mundo más decente.
—¿Quién le da vela en este entierro, ingeniero?
—No me meto, no más digo.
—Pues mejor se calla. Salud. ¿Cuándo vuelve para su tierra?
—Ya me gustó ésta para criar gusanos.
—¿Le gusta?
—Pues sí.
Acabó sus frijoles y el chamaco que le servía le trajo una naranja.
—¿Usted gusta?
Se dispuso a pelarla.
—Pues sí, ingeniero: gusto.
Se la tendió, la cogió el coronel, la tentarrujó dándole vueltas de una manaza a otra, la tiró al aire, la recogió.
—¿Oyó lo que contó el abogado acerca del cuadrito ese?
—No. No suelo oír lo que no me importa.
—Usted, que es ilustrado, sabrá la historia del Memo ese del cromo.
Lo señaló con la cabeza.
—Más o menos. Más bien menos que más.
—Usted me cae bien, ingeniero.
—¡Qué bueno!
—Pues ya lo sabe usted. Y tengo tan buena puntería como ése del arcabuz.
—Enhorabuena.

—¿Quiere que se lo pruebe?

—¿Para qué? No lo dudo.

—Pero nunca se sabe, mejor se lo demuestro. ¿Por qué no se me pone en aquella esquina, con la naranjita en la cabeza? Le doy, de todas, todas.

—Tírela al aire, será más difícil.

—Pero de menos emoción. O, ¿a poco me va a decir que tiene miedo?

—Pues, francamente, sí.

—Gachupín tenía que ser.

Intervino el licenciado.

—Mi coronel. . . , el señor no es de aquí.

—¿Qué se le ha roto, mi abogado? ¿Por qué se mete? ¿Usted tampoco le entra, claro?

—Me parece muy puesto en razón lo que dice el señor. Si quiere, salimos a la calle. . .

—¿Con usted? Mire no más. . .

—Echamos la naranjita al aire, usted le da las veces que quiera.

—No, licenciado. Aquí se trata de jugar parejo con el *Memotel* ese. Que no digan que un mexicano es menos que ese francés o lo que sea.

—Pero. . .

—Lo que pasa es que usted, abogado, no siente la nacionalidad bien caracterizada.

—Déjese de tonterías.

Rufino Colmenares se arrepintió enseguida.

—¿Qué dijo?

—Ya lo oyó. (No tenía escapatoria.)

—Repita, licenciado, repita. A mí me gusta enterarme.

—Dije que no tenía importancia, que hay que ver las cosas como son, de veras.

—Se me hace, licenciado, que se me está rajando.

—Mire, coronel, mejor lo dejamos. Al fin y al cabo usted no está ahora como para apuntar con cuidado y una desgracia siempre es de lamentar.

—¿Con que ahora resulta que estoy tomado y que me tiembla el pulso? ¿No es eso lo que dice, abogado? Usted es muy sabio, pero en lo mío. . . ¿Ve esta mano? No tiembla por una copa de más o de menos. Y a veinte pasos que hay de aquí allá, le atravieso una peseta. ¿O no se lo cree?

Del mostrador y de otra mesa, varios hombres seguían atentos la conversación. El coronel se volvió hacia ellos.

—Y ustedes, ¿qué chingado se les ha perdido en este asunto? ¿Se creen que el licenciado tiene tanto miedo como el ingeniero aquí presente? Ni hablar, ahora lo van a ver. Lic, póngaseme en aquella esquina con la naranjita en esa hermosa cabezota que la Virgencita y sus papás le han dado.

—Usted lo ha dicho, mi coronel: ni hablar.

—Pues ahora no se me raja.

—Ni me rajo, ni me dejo de rajar. Nada dije y nada digo.

—Pero digo yo. Y no se me alebreste, si no quiere que me lo truene ahí mismo. Está bien que ande *soncavando* a mi general contra mí. Pero los calzones son los calzones y no va a ser menos que el hijo del *Memotel* ese. Para que le demos al ingeniero cómo somos los de esta tierra: póngaseme la naranjita por montera.

Sacó su pistola de hermosas cachas de nácar, que ganó en Zacatecas.

—¿Sí o sí, mi abogado?

Intervino el ingeniero, le calló a la primera sílaba:

—Usted es muy macho, ¿no? Pues primero uno y luego otro, así son las cosas: de que hay, hay; de que no hay, no hay.

Los demás habían salido, sólo quedaba Severiano, ocupado en lo más bajo del mostrador, con tal de pasar desapercibido.

—¿Oyó o no oyó, mi lic? Si oyó, ya se me está parando allí; y si no oyó, ya me oye.

—No le va a gustar nada este jueguito a mi general.

—Eso se cree usted, licenciado. Se reirá las tripas cuando se entere del susto que le entró. ¿Susto o pánico, abogado?

De todos modos, hizo marcha atrás.

—¿Otra copa, licenciado? La del estribo. ¿Hace?

—Ni hace, ni deja de hacer. Truéneme aquí si se atreve. Verá lo que le dura.

Se dio cuenta de que, de pronto, pisaba terreno firme.

—Mire no más. . . Era broma, abogado. Mire no más cómo se me puso.

El hombre de leyes estaba blanco.

—Por lo visto aquí no se puede uno divertir con los amigos.

—Se divertirá usted. . .

—¿Con quién?

—Con quien usted quiera —dijo Colmenares, dando media vuelta y buscando salida.

Fue hacia la puerta, sudando, las piernas flojas, la boca seca. Con la duda de que tal vez, a medio camino, aquel bárbaro le disparara por la espalda. . . En la calle, le apuñaló el sol y tuvo que apoyarse en la pared. "Que me las paga, me las paga".

—Usted no es de la pasta del amigo —decía el coronel al ingeniero.

—Todos somos, más o menos, de la misma pasta. ¿Otra copa?

—Viene. Usted no es de los que se rajan.

—Según y cómo.

—¿No me diga?

—Sí, le digo. Salud.

—Usted me cae bien, ingeniero.

—Ya me lo dijo antes.

—Es que a mí me gusta repetir las cosas.

—Ya lo veo.

—Ándele, póngaseme en la esquinita, no le niegue el gusto a un amigo.

—Mejor, no.

—Ni mejor ni peor. Ándele y no me replique, que ya me anda. . .

—Otra copa.

—Está bueno. Pero si cree que con eso va a ganar algo, se equivoca, mi amigo. El coronel Gómez es muy aguantador. Ahora se me bebe cinco tequilitas al hilo con un servidor, o coñac, si prefiere, que al fin y al cabo me cuestan lo mismo. ¡Severiano, cinco coñaques para el ingeniero y cinco tequilas para tu coronel, a la salud de tu señora!

Severiano trajo lo pedido como de rayo.

—Ándele. ¿Qué espera? Una y una y otra, seguiditas, para que no digan, ni de usted, ni de mí.

Con el alcohol, al gallego se le subió la hombría a la cabeza.

—Yo tampoco soy manco, coronel.

—No lo dudo.

—Me pongo, pero luego se coloca usted en el mismo sitio y a lo mismo.

—Cuando yo digo que usted me cae bien... Y me equivoco pocas veces. Trato hecho, y el que se raje... Anda, ¿qué espera?

Se asomaron tres, en la puerta.

—Pásenle, hijos de la guayaba, para que vean que todavía hay hombres, aquí y donde sea.

Se puso el gallego donde quiso el coronel.

—Y no vaya a creer que voy a perder el tiempo apuntando. A la de tres.

Le dio en la frente.

—¡Jijos!, con lo bien que me caía... No se estén quietos, ¿o es que nunca han visto un cochino cadáver? ¡Sáquenmelo! Total, un gachupo más o menos, ¿qué le importa al mundo?

III

No fue la opinión del señor general Francisco Villa, horas más tarde, al entrar el grueso de la columna en Ojo del Río. Colmenares le fue con el cuento, bien adornado de posibles complicaciones internacionales, aduciendo que la compañía que empleaba al español era gringa. Hizo que Serafín Gómez se presentara en el Palacio Municipal.

—¿Qué pasó, señor coronel Gómez?

—Ya ve, mi general. El gachupín quiso hacerse más alto de lo que era y le volé la sesera. Pero no fue a la mala.

—Esto nos va a traer complicaciones de esas que llaman internacionales, señor coronel Gómez.

—No lo crea. Serán cosas del licenciado Colmenares, que ve...

—Por de pronto se me presenta arrestado en el cuartel.

Rosalío presenciaba la escena, apesadumbrado. Villa le hizo un gesto para que se acercara.

—Me lo truena, capitán.

—Mande. ¿Qué mi general?

—¿Está sordo, amiguito?

El capitán pensó que el general lo había designado para probarle. Pero era casualidad. Tenía la noche por delante,

con la seguridad de que su compadre le había dado chicharrón al ingeniero por lo de la Inés. ¿Qué hacer?

—¿Cómo amaneció, coronel?

—De la chingada, compadre. ¿Qué anda sin nada? ¿No traje una botellita? ¿Qué jijos hago yo aquí? ¿Qué pasó?

—¿Ya no se acuerda de cómo se echó al pico al ingeniero?

—Y el general está reenojado, ¿no?

—De lo más.

Cayó una pausa.

—El licenciado Colmenares se habrá dado gusto. ¿Cómo la ve?

—Mal, Serafín; de la patada.

—Tú, ¿qué harías?

—Gastar las suelas de los huaraches, y cuanto antes, mejor.

—Si no hubiera ido a hablar con Severiano... Aunque, de verdad, la culpa la tiene el *Memotel* ese.

—¿Quién está ahí fuera?

—Buena gente. Ándele.

—Mire, compadre, ya me voy. Pero siga mi consejo, al fin y al cabo la Inés no vale ni quinto, mejor la deja en paz.

A veinte pasos le clavó los seis tiros, por la espalda. Serafín, muerto, todavía le estaba mirando.

El general estaba en la cantina de Severiano cuando se presentó Rosalío a darle parte de la misión cumplida. Volteó hacia Colmenares:

—Luego haremos el consejo, de esos que les dicen de guerra. Tal como usted quiere, amiguito; usted ve cómo le hace, no nos vuelva a suceder lo de aquel desgraciado. Y me lo redacta bonito. ¿Este es el mentado cuadrado? Ya me contaron la historia. ¿Con que este es el país que le dicen Suiza? No está mal. ¿Usted no tiene hijos, licenciado?

—Quién sabe...

Villa le mira sonriendo. Se retoca una de las guías del bigote con la mano contraria. Ríe, todos ríen. Sobre el mostrador, al final, todavía está la naranja, olvidada.

—Con que ¿no le dio? Muy tomado debía de estar el coronel Gómez. Era bueno con la pistola. Ande, muchachito, póngaseme en la esquina, con la mera naranjita en la cabeza, verá cómo el general Francisco Villa no falla...

No falló, pero el licenciado Colmenares enfermó del corazón hasta el día que le falló del todo, que fue mucho tiempo después.

La naranja dio un salto, cayó reventada. Rosalío acabó de despachurrarla con su bota blancuzca de polvo. El jugo por el piso. La sangre de Serafín.

Caída la noche, volvió con cuatro de los suyos. La cantina estaba cerrada; Severiano había ido a acompañar a Inés a Fresnillo, para que pasara una temporada con su familia. Forzaron la puerta. *El Poblano* descargó su mala leche y la cuarenta y cinco de su compadre, que había heredado, en el famoso cuadrito, haciéndole polvo. Vaciaron las botellas que les cupieron en el estómago. La Inés se le quedó marcada, en medio del pecho, hasta que por allí le entró un tiro, poco después, en Celaya. No vino de la tropa de Obregón; dicen que se lo pegó aquel Domingo González, más callado que una piedra, que había estado en Cananea y a quien nadie le contaba nada.

NIEBLA AL AMANECER

Por *Alfredo S. DUQUE*

PRONTO supe que yo no era un niño como todos. No veía bien. Mi madre, mis abuelos, mis hermanos me lo decían diariamente y yo me sentía un poco triste. Con el ojo izquierdo veía un poco; con el derecho, casi nada. Esto, por supuesto, lo oía contar: lo oía contar muchas veces, muchas veces. . . Las visitas se ponían serias y se dejaba de conversar.

A veces mi madre, colocándose a uno o dos metros de distancia —no lo recuerdo, no lo puedo recordar exactamente— me preguntaba: ¿Cuántos dedos son éstos? Yo trataba de adivinar: dos, tres, cinco. . . nada. . .

Alguien decía: todavía no ve. Y mi madre, mi buena madre lloraba silenciosamente. Ella me contó que a los tres días de nacido los ojos se me llenaron de pus; que el médico me los quemaba con nitrato de plata y yo gritaba por el dolor.

Lo que estoy escribiendo son recuerdos de los cuatro a los nueve años. •

Me decían que tenía nubes en los ojos. Yo pensaba vagamente que algún pedacito de las nubes del cielo se me había metido en las pupilas. No había tales nubes. Mi enfermedad, lo supe mucho más tarde, fue simplemente una oftalmía purulenta.

Recuerdo algo más: me trataban en esos primeros años como si hubiera sido un frágil objeto de porcelana. Cuando salía al patio de la casa con mis hermanos mayores —yo era el menor— o a la calle con mi nana Pancha, siempre escuchaba la recomendación: cuidado con el niño, cuidado con el niño; no se les olvide que no ve bien. Mi nana Pancha murió hace mucho tiempo; mis hermanos, desde entonces, me hablan ceremoniosamente de usted.

Pero a mí no me gustaban tantos cuidados. Sentía que algo extraño me oprimía el pecho; se me hacía nudo la garganta y me daban ganas de llorar. Quería ser como todos los

niños de mi edad; ir y venir, correr y saltar sin que me cuidaran. En ocasiones lograba escapar. Todavía tengo huellas de una que otra caída. Era cierto: yo no veía bien.

Me llevaban al circo, el famoso circo Órrin. Me gustaban los chistes del payaso Bell y oír cantar "La Paloma" a una de sus hijas. Me preguntaban: ¿Ves al cirquero en el alambre? ¿Ves al del trapecio? Contestaba que sí; pero no era verdad. Pienso que mentía para no confesar mi inferioridad. En cuanto aplaudían los demás niños y la demás gente, yo aplaudía también.

A mi padre lo veía muy poco. Mi nana Pancha me dijo que él tomaba. Mi madre también nos lo dijo una tarde a mis hermanos y a mí; nos lo dijo con su voz dulce, en aquella ocasión levemente temblorosa. Cuando se casaron él no bebía; pero los amigos... y el consentimiento de los abuelos... Ahora bebía casi constantemente, días y días seguidos. De tarde en tarde se enmendaba. Cuando está en su juicio —agregaba mi madre— es decente y bueno; mas según los recuerdos de mis primeros nueve años, sólo de tarde en tarde lo vi en su juicio. Su imagen se me presenta borrosa: alto y rubio; agresivo y autoritario con mi madre y también con mi hermano y conmigo. A mi hermana la trataba con cierta suavidad. A mí solía llamarme en tono de burla "ojos de tranquete". Eso no me gustaba. Más tarde comprendí que así me llamaba porque como veía más con un ojo que con el otro, no podía ver derecho. Parece que olvidaba que él había sido el principal responsable de mi tremenda limitación.

Una Noche Buena —hacía poco que yo había cumplido cuatro años— recibimos regalos de la abuela materna que vivía en los Estados Unidos. A mí me tocó, entre otros juguetes, un riflecito para tirar al blanco con pequeños dardos. Me gustó tanto que aquella noche me dormí con él. Me despertó un golpe en la espalda. Mi padre me había pegado con el rifle y quería seguir pegándome. Mi madre se interpuso y lo empujó sobre una cama que estaba muy cerca de la mía. El hombre ya no se levantó. Segundos después, antes de que yo volviera a dormirme oí sus ronquidos estentóreos y descompasados.

Vivíamos en la casa de los abuelos. Mi padre nunca

trabajaba y ellos nos daban casa, vestido y sustento, como entonces solía decirse. El abuelo era muy bueno con nosotros y lo queríamos mucho. La abuela también era buena, aun cuando un tanto seca y tacaña. Lo de tacaña lo oía decir a las criadas.

Un día supe que íbamos a vivir en otra ciudad. Me dijeron: se llama Morelia y está muy lejos; hay que caminar muchas horas en ferrocarril. Así fue. Nos marchamos a Morelia los abuelos, un hijo adoptivo de ellos que se llamaba Salvador, mis padres y sus tres hijos. El clima de Morelia no le probó al abuelo y dos meses después regresó a la ciudad natal en compañía de la abuela y de Salvador. Nos quedamos solos, llenos a la vez de temor y esperanza. Mi padre había dejado de beber durante varias semanas y había prometido corregirse. Todo inútil. Pocos días después de quedarnos solos volvió a las andadas y abandonó el trabajo. Entonces fuimos conociendo la pobreza y algunas veces supimos lo que es tener hambre. Mi padre se pasaba semanas enteras bebiendo, acostado en la cama. A mi hermano que ya tenía nueve años, lo obligaba a traerle cerveza, tequila o mezcal de la tienda de la esquina. Yo apenas había cumplido seis.

Un día como a las once de la mañana me llamó mi padre a su cuarto. Estaba borracho en la cama. Mi hermano acababa de traerle una botella. Mi padre ordenó que bebiéramos. No sé si era tequila o mezcal: era una bebida incolora. Yo bebí; di varios tragos y no me gustó. Al poco rato sentí que ya no podía estar de pie, me iba de un lado a otro. En aquel momento haciendo un esfuerzo para mantenerme derecho, grité: ¡A ver quién puede más, el vino o yo! Después no supe de mí sino hasta la mañana siguiente.

Me despertó un beso de mi madre y los rayos de un sol brillante que penetraba por la ventana. Me sentí débil, enfermo, sin ganas de levantarme. Mi madre, días más tarde, me contó que oyó mi grito y corrió a la recámara de mi padre. La puerta estaba cerrada con llave. Por la cerradura ella vio que yo estaba tendido en el suelo, sin conocimiento. Mi padre reía a carcajadas. Mi madre y una vecina, tras de repetidas súplicas, lograron que el hombre abriera la puerta. Mi madre —así me lo dijo— se precipitó en la habitación como leona herida y me sacó en brazos. Después, los servicios de un boti-

cario: vomitivos, fricciones y todo lo que se le ocurrió a aquel buen hombre.

Mi hermano se burló de mí, diciendo que yo era un tonto; que a él no le había pasado nada porque escupía el aguardiente con disimulo sin que el padre lo advirtiera. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que cuando recuerdo aquella mañana distante, muy distante, todavía siento que algo me duele en lo más recóndito de mi ser.

EN Morelia, mis hermanos y yo hicimos la primera comunión. Mi hermano, ya lo dije, tenía nueve años; mi hermana, cerca de ocho, y yo, un poco más de seis. Había que complacer a los abuelos, católicos fervientes. Nos preparó un padre de la Iglesia de la Compañía. Aprendimos el "Yo Pecador", el "Señor Mío Jesucristo", lo que es un pecado mortal y uno venial. Además se nos instruyó sobre la vida en el infierno, el limbo, el purgatorio y el cielo. El padre aquel sabía mucho de eso...

La tarde en que nos fuimos a confesar me sentía un poco humillado porque por más que pensaba y pensaba no tenía sino cuatro pecados. Se los dije al padre: desobedecía a mi mamá; peleaba con mis hermanos; hacía corajes, y a veces —esto era lo más grave— decía insolencias. Me las habían enseñado mi hermano y sus amigos. El padre después de oírme, me preguntó si hacía cosas deshonestas. Yo no sabía lo que era eso; pero él me dio una amplia explicación; no me dejó ninguna duda. La segunda vez que me confesé, al mes siguiente, ya no me sentí humillado porque había cometido un nuevo pecado... Gracias al confesor supe lo que era un placer solitario.

POR supuesto que también tuve horas y días buenos en los primeros nueve años. Tuve, sobre todo, el amor y la ternura de mi madre, tan abnegada, tan alegre a pesar de sus penas. Tuve el cariño de los abuelos, de mis hermanos, de mi nana Pancha y de la tía Clarita, hermana de mi abuelo. Ella me quería mucho y me llamaba San Luis Gonzaga; porque decía que yo era muy bueno; y yo, vanidosillo, lo creía y me gus-

taba. La tía Clarita vivió los años necesarios para rectificar su opinión.

Tuve desde entonces buenos amigos; niños de mi edad con quienes pasaba de vez en vez ratos agradables. Procuraba hacer todo lo que ellos hacían; quería ser como todos a pesar de que no veía bien. Frecuentemente tenía éxito; mas en ocasiones fracasaba y entonces enrojecía de ira.

Hicimos un viaje a los Estados Unidos mis padres, mis hermanos y yo. Fuimos a visitar a la abuela materna que vivía en un pueblecito texano, donde ejercía con éxito la profesión de médico. Era una mujer enérgica, de mal carácter y buen corazón. Trató de enseñarnos alemán en unas cuantas semanas a mis hermanos y a mí, y por supuesto fracasó. Creo que estuvimos dos o tres meses y la pasamos muy bien. Mi padre, en ese lapso, no probó una gota de vino. Por otra parte, holgura económica y el cariño de todos. Recuerdo aquellos meses como los mejores de esos años.

Al regresar a México, ya en las inmediaciones de la ciudad natal: San Luis Potosí, mi hermano me dijo: mira, y me señaló algo muy cerca de la vía. Yo vi un bulto blanco que me era familiar. Imaginé lo demás y grité entusiasmado: ¡Que vivan los peladitos de mi tierra! Mi grito fue después celebrado por todos los parientes.

Todos los parientes estaban seguros de que nunca podría ir a la escuela a causa de mi pobreza visual. Mi madre me lo decía con un dejo de amargura. Mi padrino el médico, que me curaba desde recién nacido, había opinado que no podría fijar la vista y que era necesario esperar. De manera que cumplí los ocho años sin conocer las letras ni los números. Mis amigos de la misma edad ya sabían leer y escribir y a veces me trataban con aire de superioridad. Cuando algún niño se burlaba de mí porque no veía bien, yo reaccionaba violentamente y me arrojaba sobre él a puñetazos. Así, bien pronto, no obstante mi poca vista, me hice respetar. Yo era un muchacho fuerte y tal vez por eso todos los compañeros de juego llegaron a ser mis amigos.

Un día mi madre me regaló unos cubitos de madera que tenían dos caras con letras y las restantes con figuras de animales. Comencé preguntando a quien podía de los habitantes

de la casa qué letra era ésta o aquélla. Dibujaba las letras sobre un papel y lo hice durante no sé cuánto tiempo hasta que aprendí el alfabeto. Pero los cubitos no tenían números y me dijeron que también era importante conocerlos. Entonces se me ocurrió preguntar la fecha del día. Al decírmela corría a ver un calendario de hojas sueltas que estaba colgado en una de las paredes del comedor de la casa, subiéndome a una silla. Después copiaba el número; y de este modo, en ocasiones con la ayuda de mi madre, de la abuela o de mis hermanos, conocí los números y supe contar hasta cien. También con alguna ayuda me enseñé a formar palabras sencillas con los cubitos y un buen día se enteró la familia que ya sabía leer y escribir un poco. Esta fue mi primera victoria. Mi éxito tuvo luego serias consecuencias: se resolvió por fin enviarme a la escuela.

LA escuela era de niñas y niños; una escuela en donde —me lo dijeron— sólo se admitían niños de familias decentes. Yo ya sabía distinguir muy bien a las personas decentes de los pelados: dependía del vestido. Bueno, eso fue lo que me enseñaron. Cuando alguna vez trataba de jugar con niños mal vestidos, se me reprendía diciéndome que aquellos muchachos no eran iguales a mí; que yo era un niño decente. Si el que llamaba a la puerta era una persona más o menos elegante había que decir: allí está un señor, o una señora, según el caso; pero si se trataba de gente vestida pobremente, entonces era menester decir: allí está un hombre, o allí está una mujer. Mi familia pertenecía a la clase media acomodada de la ciudad. El abuelo tenía un modesto capital y administraba la empresa de tranvías.

En la escuela me pusieron en primer año y creo que no hice mal papel. Mi madre le había dicho a la profesora que no me exigiera nada; que lo que buenamente pudiera aprender. Muy pronto la profesora se olvidó de la recomendación y me trató lo mismo que a los otros alumnos. Eso me gustó mucho y fue para mí un estímulo. Desde entonces tuve una gran curiosidad intelectual que no ha cesado nunca. Yo leía y escribía con el libro o el papel muy cerca del ojo izquierdo, de tal manera que con frecuencia me manchaba la nariz. Yo iba siempre a la escuela con alegría. Estudiaba mucho y ponía

atención a las explicaciones de la profesora, aun cuando en ocasiones sin éxito porque no podía ver lo escrito en el pizarrón. Sin embargo, con esfuerzo y constancia pasé bien los exámenes.

En ese año de estudios, debo confesarlo, sentí por vez primera la inquietud por la mujer. Yo iba a cumplir nueve años y ella tenía siete. Se llamaba María de la Luz. La recuerdo blanca, de pelo negro, de grandes ojos. Me sentía levemente emocionado cuando me tocaba estar con ella en el mismo pupitre, y a menudo la soñaba. Por supuesto que nunca le dije nada. No hubiera sabido qué decirle. Una mañana le regalé un precioso lápiz tornasol. Para comprarlo tuve que ahorrar durante tres días privándome de comprar golosinas. Ella tomó el lápiz; sonrió apenas; me vio de reojo, y se quedó sin decir una sola palabra.

Al concluir aquel primer año escolar, los abuelos resolvieron que fuéramos a vivir a la pequeña población de Río-verde. Allí se radicaría toda la familia: ellos, el hijo adoptivo, mis padres, mis hermanos y yo. Salimos rumbo a Río-verde por ferrocarril una mañana del mes de enero. Otra aventura dolorosa nos esperaba. Se iba a repetir en parte la historia de Morelia. Me sentí muy triste al dejar San Luis Potosí; y mientras el tren corría o se paraba en las estaciones, yo, sin hablar, acurrucado en el asiento junto a la abuela, pensaba en María de la Luz.

LLEGAMOS a Rioverde a las dos de la tarde. En la estación nos esperaba la familia Gómez, parientes por la línea paterna. La familia Gómez, se componía del tío Juan, el mejor médico del pueblo; de la tía María, una de las mujeres más buenas que he conocido a lo largo de mi vida, y nueve hijos desde un niño de dos años hasta una muchacha de dieciséis. Tres de los primos eran aproximadamente de mi edad: Jesús, Antonio y Juan. De manera que desde luego me hice amigo de sus amigos y tuve con quien jugar y pasar el tiempo agradablemente. Jesús murió muy joven, peleando del lado de los revolucionarios en contra de Huerta; a Juan lo arrancó del mundo hace pocos años un cáncer; y Antonio y yo estamos todavía en pie. Él es buen médico y buen poeta. Además, le gusta la política y en los momentos que esto escribo —julio

de 1952— es Senador de la República. Somos amigos desde medio siglo y seguramente lo seremos por el resto de la vida.

En la pequeña población había dos escuelas para niños: una del gobierno y otra del cura. A mi hermano y a mí nos pusieron en la del cura por aquello de la religión y porque a ella concurrían muchachos de familias decentes. El profesor, había uno solamente, era un hombre de unos cuarenta años, alto, flaco, moreno, de mal carácter y tal vez de poca instrucción. Recuerdo su nombre: se llamaba Alberto Mata. Ninguno lo queríamos. No dejaba una regla con la cual pegaba frecuentemente por cualquier motivo. Yo me di cuenta de que a los que más pegaba era a los muchachos mal vestidos, a quienes se admitía sin paga alguna por caridad cristiana. A los niños ricos pocas veces los castigaba. En los cuatro meses que estuve en esa escuela fue muy poco lo que aprendí. Dos veces tuve que pelearme. La primera con José Torres y la segunda con Tranquilino Martínez: a Torres le gané la pelea, indiscutiblemente; a Martínez, no sé, tengo mis dudas. Los muchachos mayores dijeron que salimos tablas, pero tal vez fueron parciales a mi favor. Desde entonces adquirí fama de muchacho valiente y tuve que soportar esa fama durante algunos años. Yo no veía bien, mas me arrojaba sobre mis adversarios con furia incontenible, movía las manos con rapidez y pegaba muy fuerte.

A fines de febrero sucedió lo mismo que en Morelia. Los abuelos y el hijo adoptivo regresaron a San Luis Potosí. Al abuelo no le gustó Ríoverde y andaba mal de salud. Ya dije que el hijo adoptivo se llamaba Salvador. Tenía entonces diecisiete años. Nos contaron en más de una ocasión que cuando tenía cinco había sido recogido por los abuelos del Asilo Infantil, institución benéfica sostenida con fondos de la Iglesia. Años más tarde oí referir que Salvador era hijo de una dama aristocrática de la ciudad y del señor Obispo. Por supuesto que jamás hubo prueba alguna de tal historia. Salvador era un muchacho de baja estatura, blanco, de ojos más bien claros y pelo negro. Mi madre solía decir que tenía cara de gente decente. No era malo y nosotros, mis hermanos y yo, no le teníamos mala voluntad. Los abuelos lo querían y lo trataban como a un verdadero hijo.

Nos quedamos solos. Mi padre, que se había acreditado como buen profesor de inglés, comenzó a beber y otra vez ya

nadie pudo detenerlo. Fue dejando sus numerosas clases. Otra vez el problema del diario sustento. No llegamos a tener hambre como en Morelia gracias a que mi madre daba una que otra clase de inglés y de alemán y a la ayuda generosa de la tía María, ella durante toda su vida jamás se fatigó de hacer el bien.

TENÍAMOS desde hacía varios años un perro pequeño, blanco y lanudo al que llamábamos "Dash". Mi madre y yo lo queríamos mucho porque era inteligente y cariñoso; mi hermana y mi hermano también lo querían. A mi memoria viene una escena espantosa. Estoy evocando en estos momentos todo lo que entonces vi, y sintiendo, atenuado, lo que entonces sentí; pero todavía el recuerdo lacerante me oprime el pecho y se me desborda la indignación y la amargura.

Fines del mes de abril. La luz de un atardecer lluvioso penetra por la ventana de la sala. Mi madre teje, sentada en un sillón; el "Dash" está dormitando echado a sus pies; yo, tendido sobre el tapete, boca abajo, recorto figuras de papel. Mi padre llega de la calle. Está ebrio y con dificultad se mantiene derecho. En tono áspero, con necedad de borracho, repite algo una y otra vez, algo que yo no entiendo bien. Ella permanece quieta, sin pronunciar una sola palabra. Yo, asustado y temblando suspendo el juego. De pronto el borracho monta en cólera; coge por las patas traseras al perrito lanudo y blanco; lo levanta y lo azota con fuerza sobre el piso. Se abre en enorme rajadura el vientre del pobre animal, por donde le salen los intestinos o no sé qué; aullando, arrastrándose sale de la habitación el infortunado "Dash". Mi madre llora inconsolable y yo lloro también. El hombre, dando traspiés se echa de nuevo a la calle. Una hora más tarde el "Dash" había muerto. A la mañana siguiente lo enterramos en el patio de la casa. Los tres hermanos lloramos al enterrarlo. Mi madre no quiso presenciar la escena.

Tres días después mi padre salió de cacería con algunos amigos y ya no regresó a Ríoverde. Carta a los abuelos. Dinero a vuelta de correo y otra vez a San Luis Potosí.

CARTA DE PARÍS

Por *Marcel SAPORTA*

LA ofensiva de los "menores de treinta años" ha cristalizado este invierno en un ballet. Y no se puede decir que hayan ganado la batalla. Pero por lo menos han conseguido hacer mucho ruido y es, en parte, lo que deseaban.

Para realizar "Le rendez-vous manqué" se han unido cuatro de los jóvenes más famosos del momento (es decir, tres jóvenes famosos y uno que no lo es tanto): el pintor Bernard Buffet, el cineasta Vadim, la novelista Françoise Sagan y un compositor de menos importancia Michel Magne.

No es la primera vez que los artistas y los literatos colaboran para resumir un movimiento intelectual en un ballet. Después de la Primera Guerra Mundial Cocteau, Picasso y demás lograron modificar la estética anticuada de la antigüedad mediante su aportación a los ballets rusos y su alianza con Diaghilev. Así se forjó una tradición que llegó hasta los Estados Unidos con la tentativa de Gertrude Stein "Cuatro Santos en tres actos" —que tuvo en realidad poca resonancia— y la expectación era grande para ver lo que nuestros nuevos revolucionarios iban a realizar este año.

La desilusión fue grande cuando se hizo el balance de la aventura. La coreografía es pobre, el argumento convencional, la música insignificante. Sólo los decorados recogieron un aplauso unánime y consagraron definitivamente el éxito mundano y —aparentemente por lo menos— artístico de Bernard Buffet.

La única novedad de la obra consiste en mezclar una música de jazz y una coreografía del estilo de Nueva Orleans, con una partitura de imitación clásica acompañada por figuras de ballet tradicionales.

Por lo demás, no se puede considerar como una innovación el erotismo de algunas partes del espectáculo, ya que, al fin y al cabo, no sobrepasa el carácter atrevido de ciertas

comedias americanas de Arthur Miller o de Tennessee Williams que se han presentado en París desde hace algunos años.

Tampoco se puede decir que la apelación "ballet-teatro" signifique nada en este caso: el famoso ballet de Cocteau, "Le jeune homme et la Mort" en el que se inspira parcialmente el argumento, era exactamente un "ballet-teatro" aunque no llevase esta etiqueta.

Analizemos, pues, esta manifestación.

De Françoise Sagan hablamos ya muchas veces y es inútil volver sobre su personalidad. Es autora del argumento: un joven se ha enamorado de una mujer casada. En el momento en que se levanta el telón aparecen unos grandes carteles que nos explican que esta mujer debe, esta misma noche, ir a reunirse con su marido en Nueva York. Ha decidido tomar el avión de las dos de la madrugada. El joven, sin embargo, espera que su amada cambiará de opinión y vendrá a vivir con él. La está esperando. Pero son las nueve aun y nada está decidido.

Toda esta primera parte, con una música clásica nos permite ver la impaciencia del enamorado. Enciende la luz en la chimenea y asistimos al ballet de las llamas, coloca rosas en un jarro y este es un motivo para un ballet de flores. Nada de esto es muy original.

Luego empieza la segunda parte. Música negra. Unos amigos del protagonista han decidido organizar una "surprise party" en su piso. A pesar de la insuficiencia de la coreografía y de la música, el carácter humorístico de la "party" que se convierte poco a poco en una orgía erótica da cierto interés a la obra. Durante la velada, el joven se encuentra cada vez más impaciente pero una de sus lindas amigas procura castigarle un poco; una escena un poco atrevida tiene lugar en el cuarto de baño de la casa donde el héroe y la *vamp* se han refugiado mientras los demás siguen bebiendo y divirtiéndose; pero el reloj da las dos. El muchacho recuerda todo. Se da cuenta de que su amada ya no vendrá y echa a todo el mundo a la calle.

Tercera parte. Desesperado, el joven siente la tentación de morir. La muerte le ofrece un frasco de veneno, y él lo bebe. En este momento llega la mujer. Por fin, no ha tomado el avión. No se da cuenta de nada, de momento, y cuando

su amante cae en el sofá, ella lo cree dormido. Abre las ventanas. Entra el sol de la mañana. Dentro de un momento noticiará que su amigo ha muerto, cuando cae el telón.

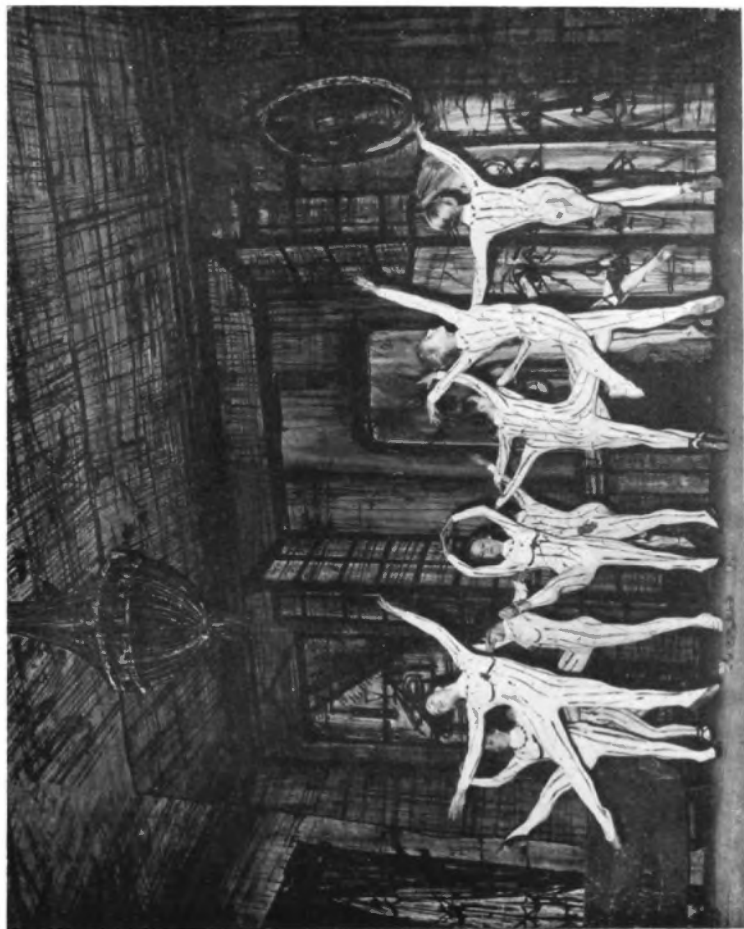
Este final demasiado convencional no era el que Françoise Sagan había imaginado. Al contrario, en la primera versión de la obra, la mujer no llegaba y el joven, después de haberse sentido desesperado toda la noche abría él mismo sus ventanas, y se daba cuenta de que merecía la pena vivir. Esta conclusión se encontraba mucho más en armonía con la filosofía de la novelista, y de toda su generación.

Tal como ha sido presentado, el ballet no ofrece ningún contenido revolucionario, en cuanto al argumento por lo menos.

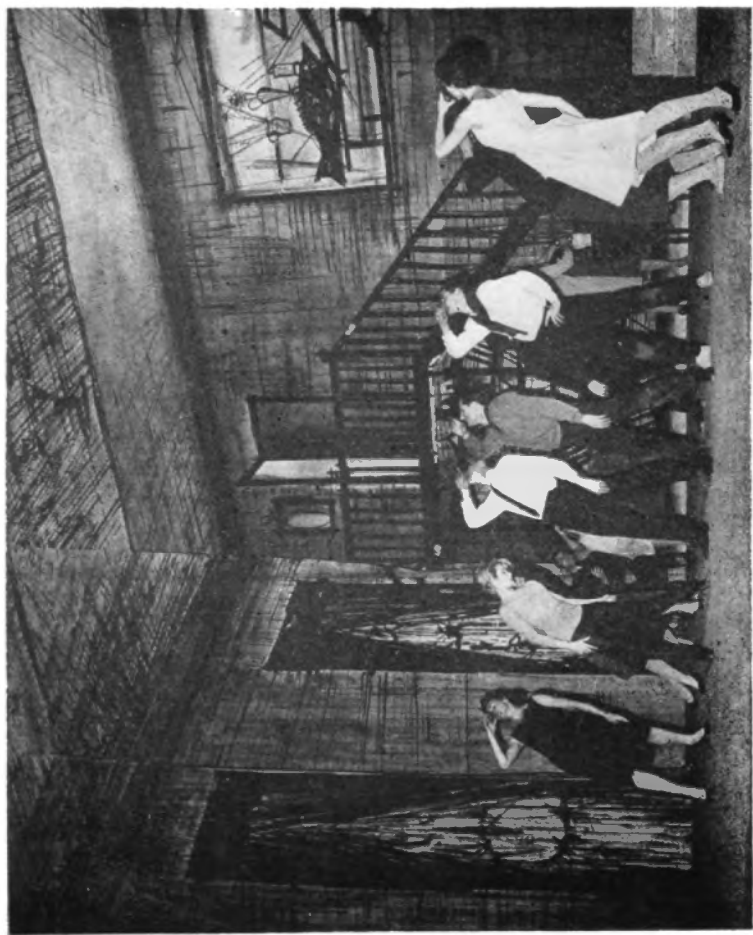
No pasa lo mismo con los decorados. Bernard Buffet ha logrado en diez años alcanzar una situación excepcional entre los pintores franceses. Sus cuadros que se vendían unos a veinte mil francos en 1948, al tiempo en que sólo le conocían pocos aficionados, valen ahora millones. Su estilo desesperado empieza a destronar la influencia de los abstractos entre los jóvenes artistas aunque no se puede decir que tenga seguidores sino plagiarios. Acaba de organizar en la más famosa galería de París, la galería Charpentier, una "retrospectiva", como se hace generalmente para los más grandes artistas poco antes de su muerte o después de su muerte. Pero Buffet sólo tiene ahora treinta años. Hay mucho de esnobismo y de publicidad en este éxito pero es cierto que el talento no le falta y que ha conseguido poner en sus cuadros toda la ansiedad de nuestra época. Sus figuras esqueléticas, sombrías, en las que jamás asoma una sonrisa, están trazadas con una gran sobriedad de dibujo y su paleta se limita al gris y a unos pocos colores complementarios, que sólo escapan de la uniformidad por el mensaje de desesperación particular que cada una nos trae. Ha pintado todas las facetas de la angustia.

Sus decorados, para el ballet, se inspiraban en este mismo estilo, despojado de toda concesión a la alegría de la vida y resultaban muy impresionantes.

En cuanto a Vadim, director de películas tan discutidas por sus concesiones al erotismo, como "Dieu créa la femme" había dirigido la realización, en la cual, según parece, había incluido proyecciones cinematográficas. Esto fue cambiado



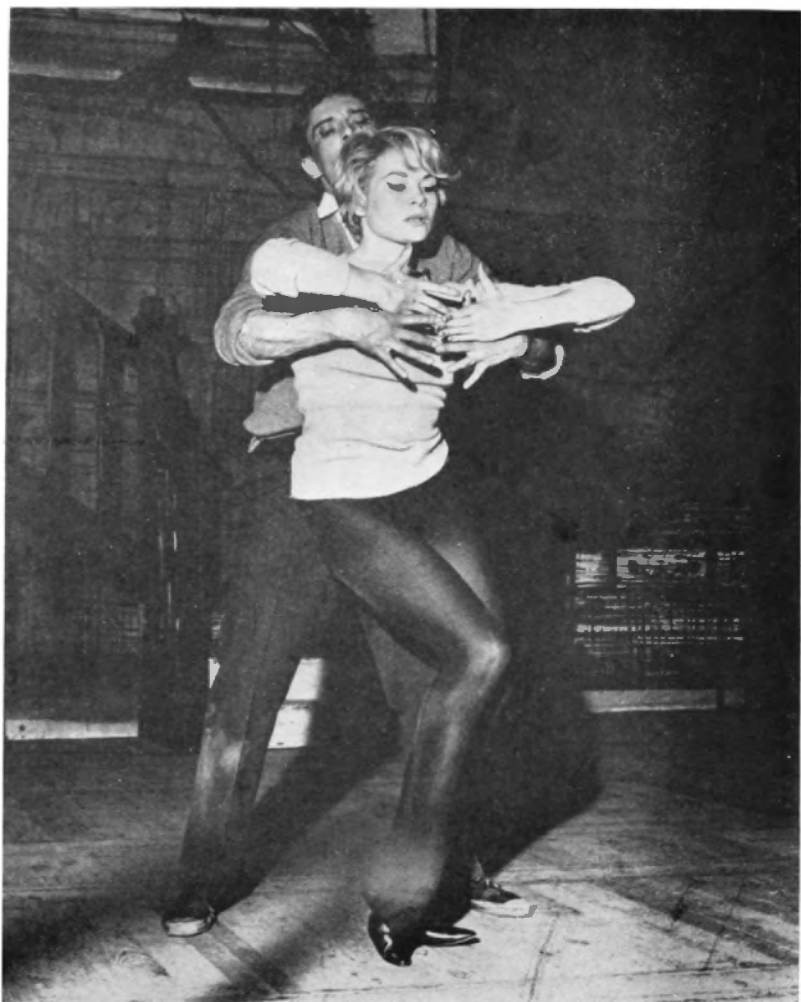
Parte I. Ballet de las Llamas.



Parte II. Surprise Party.



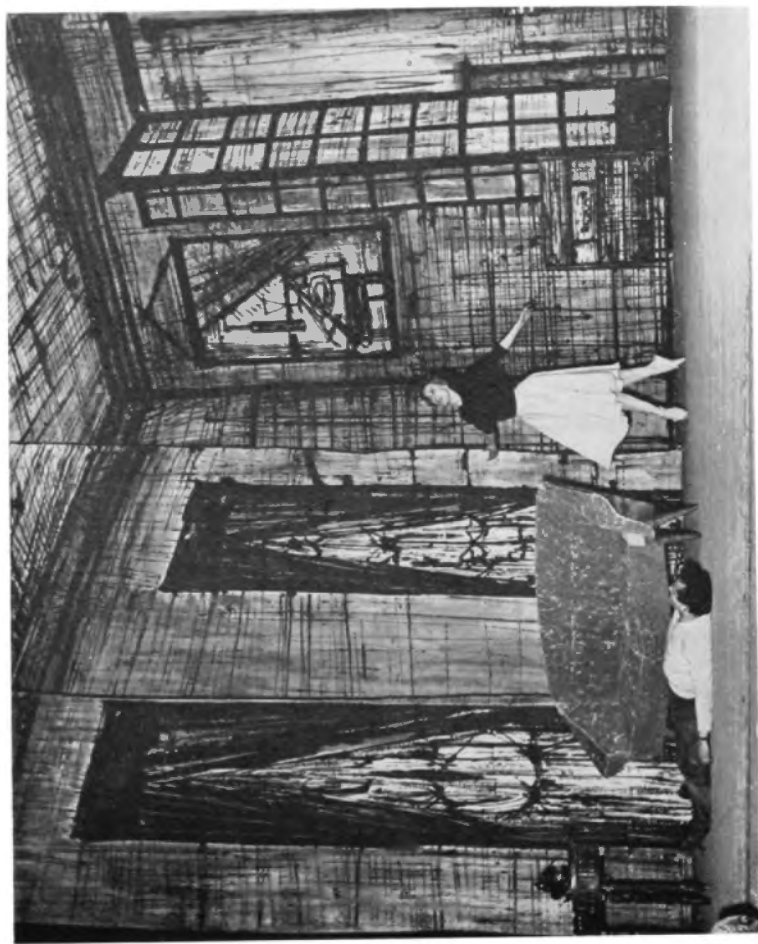
Parte II. Surprise Party.



Parte II. Ballet de la Seducción.



Parte III. Ballet de las Sombras.



Parte III. La Madrugada.

en el último momento y en la pantalla sólo se desarrolla un ballet de sombras que las bailarinas danzan detrás del escenario. A pesar de algunos aciertos, especialmente en los movimientos de grupos durante la segunda parte (la del jazz), no se puede decir que haya innovado mucho. Realizó una mezcla de expresionismo y de ballet clásico que, en sí, es interesante, pero cuyos componentes no son de ninguna manera nuevos.

Por último, la música de Michel Magne es tan insignificante que no se la oye, y a nadie le importa.

¿Por qué entonces tantas discusiones acerca de este ballet? Es que, a pesar de todo, subsiste el "je-ne-sais-quoi" que distingue a todas las producciones de la nueva generación. Nada comparable con el surrealismo y la revolución estética de los años 20 sino una dulzura amarga que hizo el éxito de "Bonjour, Tristesse" y que parece ser el nuevo "mal du siècle". Pero, con excepción del factor sensual cuya violencia crece continuamente, este sentimiento es el de la juventud en todas las épocas y mucho se parece a un deje de romanticismo.

Cada generación expresa su romanticismo a su manera y quizá esto sea todo. Los existencialistas —no hablo de los filósofos sino de las bandas de muchachos despeinados que andaban por Saint-Germain-des-Près hace pocos años— no habían conseguido expresarlo, porque vivían esta vida de bohemia que produce pocos frutos auténticos. Ahora ha llegado el momento en que —una vez desaparecida la bohemia— unos jóvenes millonarios como Sagan o Buffet pueden expresar lo que sus pobres antecesores espirituales no consiguieron decir hace diez años. . . y sobre todo pueden hacerse escuchar ahora, una vez que el público se encuentra preparado, tras esta larga maduración, para entender lo que se le dice en este aspecto.

Y como todo, en este momento, desemboca en la política, no faltan periódicos de derecha para echar la culpa a esta juventud y a sus representantes, de todo lo que ha sufrido Francia desde la guerra.

Esta orientación política ha sido acentuada por una serie de explicaciones que los autores del ballet han publicado para contestar estas críticas. En el semanario comunista "Lettres Françaises" Vadim contraatacaba al decir que los

juicios severos de la prensa contra este ballet venían de que los protagonistas se rebelaban contra la moral burguesa. Y concluía que esta moral burguesa e hipócrita era la única responsable de las desgracias de Francia, y en especial de la guerra de Argelia.

Naturalmente, la prensa burguesa sacó argumento de este artículo para tachar a Vadim y a sus amigos de derrotistas.

La discusión llegó hasta extremos muy amargos, ya que Buffet condenó la tesis de su amigo y coautor Vadim, mientras Françoise Sagan trataba de quitarse de encima toda responsabilidad al decir que todo el asunto le parecía absurdo y que uno podía oponerse a la guerra en África sin por eso ser considerado como antifrancés. Por fin, Buffet, tras una larga controversia en la que los argumentos más sórdidos fueron lanzados por la crítica (se hizo suprimir una subvención gubernamental que había conseguido obtener el empresario del ballet) puso fin al incidente al citar una excelente frase de Jean Giono: "El hombre pacífico se encuentra frente a los fusiles. Sólo le queda una fracción infinitesimal de segundo. Está solo. Pero está en contra".

Todo esto demuestra la confusión que reina en los medios intelectuales franceses respecto a la política. Desde que Jean Paul Sartre se desolidarizó de los comunistas después de la Revolución húngara, coincidiendo con la intensificación de la guerra en Argel, y la expedición de Suez, el malestar ha ido creciendo. Y más aún ya que, como el "hombre pacífico" de Giono, los escritores y artistas que nunca en ningún país han tenido mucho espíritu práctico, se sienten solos y rodeados de fusiles; sólo pueden expresar que están "en contra", pero esta posición no se puede, ni mucho menos, llamarse constructiva.

Libros

LIBROS

CARLOS FUENTES, *La región más transparente*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 460 págs., México, 1958, Colec. Letras Mexicanas, Núm. 38.

Desde octubre de 1956, cuando apareció *Casi el paraíso* de Luis Spota, ninguna otra novela había inquietado el ambiente intelectual mexicano como ésta del joven y ya maduro novelista Carlos Fuentes, quien—sin olvidarnos de los nombres de Arreola, Rulfo, Valadés, García Cantú, Prieto, Sara García Iglesias y Rosario Castellano—viene a convertirse en el relatista de enfoque más amplio y de trazos murales más vigorosos y definidos en la literatura mexicana de los últimos días.

Los críticos de mayor autoridad—el ecuatoriano Benjamín Carrión y el guatemalteco Luis Cardoza y Aragón, para sólo citar dos—y otras voces menores, han vertido sus opiniones sobre el valor de la novela. Del resultado de las posiciones encontradas, se concluye que la crítica benefició al autor y derrotó a sus opositores.

En ocasiones, se llegó al juicio tajante que pretendió ser lapidario, afirmándose, por ejemplo, que *La región más transparente* no era una novela; juicio que, afortunadamente, se eliminaba con otros como los contenidos en la "Carta abierta a Carlos Fuentes a propósito de su primera novela", escrita por Emma Susana Speratti en la revista *Universidad de México*, carta que inicia diciendo: "Sólo me ocuparé de la novela como tal y del modo estructural y expresivo que has utilizado. Creo que, en general, la obra está bien trabajada, que los personajes 'funcionan' por sí". Concluyendo más adelante: "tu novela me parece buena. Siquiera es una novela, no un guión cinematográfico. Y sobrepasará cómodamente las fronteras de México para ocupar un sitio destacado en todos los países de habla española".

En contra de la temática del relato se dijo que en ella podían identificarse teorías y especulaciones de tipo filosófico, lo que, unido a la variedad de técnicas usadas por Fuentes, rechazaba la obra como género novelístico. Tales argumentos, se desvanecen si pensamos, primero, que la combinación de varias técnicas abona en favor del autor lo siguiente: conocimiento y dominio de las mismas y talento para efectuar la combinación; así vemos que, con éxito indiscutible, junto a la expresión en acertado monólogo interior aparece el contrapunto entregándonos los relieves opuestos de la realidad mexicana; y segundo, que en lo concerniente a las teorías identificables en la novela, Fuentes sólo podría ser responsable de la aplicación e interpretación deformadas que hubiese hecho de ellas, y nunca de la falta de originalidad en su concepción.

Algo más: si bien es cierto que aceptamos como deficiencia el que las complejidades de la técnica o el empleo de la conjunción de varias técnicas dificultan la comunicación directa del autor con el lector, no estamos de acuerdo en que la

capacidad asimilativa del lector determine la calidad expresiva y la significación negativa o positiva de la novela.

La región más transparente es una novela esencialmente realista, por ende Ixca Cienfuegos y Teófila Moctezuma son dos personajes que no encajan en la amalgama total de los elementos del relato; este es un punto en el que discrepamos con Carlos Fuentes, porque Ixca y Teófila están desambientados, sus contexturas mágicas o míticas atentan contra el realismo desarrollado en la obra. Ahora bien, si recordamos que Fuentes es autor de *Los días enmascarados*, libro de cuentos con el que manifestó sus dotes excepcionales para cultivar la literatura de invención, descubriremos que Ixca y Teófila vienen a refrendar aquella riqueza imaginativa, a la vez que son utilizados como hábil recurso para ponernos en contacto con los demás personajes; entonces, sin dejarnos convencer y sólo por mero convencionalismo, entendemos desde un principio los papeles simbólicos que han sido otorgados a los dos únicos personajes *transparentes* del relato.

La novela de Fuentes, históricamente, arranca del pasado, medita los acontecimientos en el presente y plantea interrogantes para el futuro de México. Personajes y ambientes señalan las diferencias económicas, sociales y políticas del momento. La Revolución Mexicana es enjuiciada con severidad. Los revolucionarios están divididos en tres grupos: los que pelearon en el movimiento armado y lo disfrutaron, los que fueron olvidados y los que sin haber participado lo explotan más que los primeros.

Hay quienes condenan la novela porque, según ellos, convierte a México de *la región más transparente* en la más oscura; no admiten que los individuos de las distintas clases sociales sean mostrados por el lado de sus vicios y debilidades. Es cierto que la realidad no sólo participa del error, pero también es cierto que el señalar con mayor interés este aspecto contribuye a que reparemos más detenidamente en nuestros lastres y observemos que, hasta ahora, estábamos viviendo engañados por la visión turística, halagadora, que de nuestra realidad se nos venía dando. Por esto, no molesta el cinismo, la frivolidad, la incultura, la deslealtad, la miseria y los demás signos deprimentes que hacen suyos los distintos personajes.

Federico Robles representa al revolucionario enriquecido, colocado en un puesto clave de las finanzas del país. Robles piensa, igual que los porfiristas contra quienes se hizo la Revolución, que sin él, sin su grupo, México no podrá continuar su línea de progreso. "Nosotros —dice— tenemos todos los secretos. Sabemos lo que necesita el país, conocemos sus problemas. No hay más remedio que tolerarnos, o caer de vuelta en la anarquía... No crea usted; hace falta hacer tanto, y éste es un país de holgazanes. Aquí un puñado de hombres tiene que hacer el trabajo de treinta millones de zánganos".

La situación de los porfiristas aristocratizantes, después de la Revolución, es analizada por Fuentes; distintas reacciones experimentan los desplazados a fin de sobrevivir: "Muchos, entre los viejos amigos, seguían en Europa. Otros, los que aún tenían dinero, empezaban a regresar a México y a traicionar a su clase: a asociarse con los bandidos, a jugar bridge con las esposas de los políticos, y a cerrar las puertas de los empobrecidos. ¡Hasta hubo quien emparentara con un comecuras!"

También nos dice algo acerca de la clase media. El personaje Norma Larragoiti es una mujer que se define sola, que se descubre en sus ambiciones y su falsa relación con el medio que la rodea: "¿Usted sabe lo que es estar con-

denada por quién sabe qué reglas a ser mediocre, modesta, mal vestida, avergonzada de una misma, triste, tristísimamente casta hasta cuando se pierde la virginidad? Yo me crié en ese ambiente, y de haberme dejado, hoy vendería lociones en un almacén y viviría ilusionada por ir a un cine los sábados. Llámelo snobismo, o talento, o afán de vivir, pero aquí estoy yo y allá abajo quedaron ellos".

Fuentes posee una gran capacidad de observación. Sabe captar el pensamiento frívolo del joven acomodado así como el del bracero miserable y necesitado. Oigamos al primero conversando con una amiga: "Oye tú, Pimpis, que dizque la Ciudad Luz. ¿Dónde, digo yo? Ya quisieran tener la iluminación de Insurgentes para un día de fiesta. Eso está bueno para ir como yo, una vez al año, pero para vivir, México... ¿A poco allá tienen zonas residenciales como Las Lomas o El Pedregal? No, allá puro vivir de museos y Napoleón". Y oigamos al segundo recordarle a su compañero el trato que el yanqui acostumbra dar al trabajador mexicano: "Caray, Beto, a l' hora que te echan ese argüende para matar pulgas encima y te encueran y a veces hasta te rapan, te entran ganas de... Un montón de pelados metidos en un cuarto para reses, Beto, todos encuerados... Y un gringote de dos metros gritándote griser y esculcándote todo... ¿Qué más diera uno que trabajar bien y ganar lana en México!"

Novela de intención plenamente realizada la de este autor mexicano; ha logrado abarcar todos los ángulos que se propuso; ambientes, personas, situaciones, técnicas, todo ha sido sincronizado, unificado en un solo movimiento y proyectado como conjunto. Pero, terminemos citando algunos pasajes en los que Fuentes se refiere a la inconsistencia de las actividades del intelectual: "El intelectual burócrata, titular de toda la retención y buen sentido del mundo; los jóvenes poéticosocialistas que en Marx han encontrado su Dadá; los chambistas, los redentores de Sanborn's, los mecenas de cocktail, y el que con sus breves notas dominicales crea y derrumba reputaciones... Una mesa redonda sobre la literatura mexicana. Que si se debe hablar sobre los sarapes de Saltillo, que si Franz Kafka dependía del presupuesto de Wall Street, que si la literatura social no es más que el eterno triángulo entre dos stajanovistas y un tractor, que si por más mexicanos más universales, que si debemos escribir como budistas o como marcianos. Mucha receta, y cero libros... Dentro de diez años éste será un país dominado por los plutócratas, tú verás. Y los intelectuales, que podrían representar un contrapunto moral a esa fuerza que nos avasalla, pues ya ves, más muertos del miedo que una virgen raptada".

JOSÉ BLANCO AMOR, *Antes que el tiempo muera*, Edit. Losada, S. A., 268 págs., Buenos Aires, Argentina, 1957.

Autor de tres títulos anteriores: *Reportaje a Nueva York*, que es, precisamente, un reportaje; *La vida que nos dan* y *Todos los muros eran grises*, constituyen dos novelas; la primera laureada con el Premio Valle-Inclán en 1953, y la segunda comentada muy favorablemente por la crítica continental.

Con este recorrido llega José Blanco Amor a su tercera novela: *Antes que el tiempo muera*, cuyo desarrollo dramático encierra al lector en una atmósfera estrujante, despiadada, aun cuando el ritmo del relato avanza en forma que se vuelve casi imperceptible prometiendo una pasividad absoluta.

Blanco Amor presenta su historia, la de Adela, dividiendo las páginas del libro en un Prólogo, Tres partes y un Epílogo. El prólogo, instante en que

muere un hombre, nos familiariza con los personajes que sostendrán el hilo emotivo de la narración (Marina, Adela, Santiago, *el muerto o el viejo*, Mauricio) y está expuesto en tercera persona. Las tres partes que siguen narran el pasado mediante la evocación de Adela. Aquí sabemos que *el muerto o el viejo* es el padre parálitico que en su tiempo de buena salud no supo comprender los anhelos lógicos de su hija única, ni ser comprendido por ésta en sus mandatos despóticos y autoritarios que le hicieron perder el afecto filial.

Adela, recuerda su vida en constante pugna contra el padre que yace tendido entre crespones negros. Este es el hombre que ha muerto en el breve transcurso del prólogo. Todo se va relacionando: las ambiciones políticas del padre, la vida en la provincia, las elecciones fraudulentas, el primer baile de Adela, su amor libre con el hombre que no agradó a su padre, pero, principalmente, el odio incontenible de la muchacha hacia el viejo y el rechazo decidido de la tradición familiar. Ella estaba contra la santa y enfermiza veneración que su padre rendía a sus antepasados; por eso, al encontrarse en una sala rodeada de los retratos de aquéllos, confiesa: "En el fondo de mi alma los aborrecía a todos. ¿Qué tenían que hacer allí aquellos personajes? ¿Qué había en común entre ellos y yo? No había nada en común, es verdad; mas ellos eran los culpables de que me tuviera encerrada. Si ellos no hubieran existido tú habrías sido un hombre como los demás, sin mayores compromisos con el pasado. Pero por haber existido ellos, tú pretendías ser su continuación y querías aherrojarme con las mismas cadenas que ellos te aherrojaron a ti... Era un sueño en el que tú no tomabas parte más que como fariseo. ¡Qué lástima! No tenías sentido del heroísmo. Descendías de aquella galería de momias pero no los imitabas en sus hazañas. Es demigrante responder a una raza de hombres intrépidos con el conservador sentido común del burgués. Tú no eras nada. No tenías la más remota relación con aquellos bárbaros blancos que civilizaron a los bárbaros de piel cobriza".

Con esa tónica, Adela, rememora los últimos veinte años de su vida que son justamente la edad que tiene Mauricio, el hijo nacido del amor libre al que ella se entregó sin reparar en el honor que le habían legado sus antepasados.

La evocación termina al concluir la tercera parte de la novela. Con el epílogo se pone de nuevo en movimiento el tiempo presente que había quedado suspendido al finalizar el prólogo. No hay remordimiento ante el cadáver del padre. Adela apenas se alcanza a dar cuenta, *antes que el tiempo muera*, que con la derrota del *muerto o el viejo* se ha derrotado ella misma. De la lucha de épocas distintas, de modos de pensar distintos que ellos representan, el único victorioso es el tiempo: todo lo demás sucumbe: la herencia, el seudo honor de la familia, las relaciones sociales, los prejuicios, el amor, la felicidad, la comprensión, el hijo de Adela y la esperanza final de rehacer la vida. José Blanco Amor asienta en su novela que el tiempo es lo importante, lo que debe ser observado, lo único que permanece de todos los conceptos que aprisionan al hombre.

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ, *El ensayo mexicano moderno*, Dos tomos, Edit. Fondo de Cultura Económica, 912 págs., México, 1958, Colec. Letras Mexicanas, Núms. 39 y 40.

José Luis Martínez ha distribuido en dos tomos el copioso material que integra *El ensayo mexicano moderno*, Los autores incluidos alcanzan el número

de cincuenta y seis y abarcan desde Justo Sierra y el Modernismo hasta los ensayistas que en nuestros días han sido considerados como sobresalientes.

Mediante una *introducción* que deja entrever el dominio erudito del tema, el autor estudia los orígenes y la definición del ensayo o "literatura de ideas", enumerando las modalidades y formas afines del género, como son: *El artículo, el estudio crítico, la monografía, la crítica y el tratado*. En seguida, José Luis Martínez clasifica las modalidades ensayísticas siguientes: *Ensayo como género de creación literaria; Ensayo breve, poemático; Ensayo de fantasía, ingenio o divagación; Ensayo-discurso u oración (doctrinario); Ensayo interpretativo; Ensayo teórico; Ensayo de crítica literaria; Ensayo expositivo; Ensayo-crónica o memorias; y Ensayo breve, periodístico*. Cada clase de ensayo incluye la explicación concerniente e ilustra al lector con ejemplos de títulos de obras y sus autores correspondientes.

Hecha la exposición anterior, José Luis Martínez busca los *antecedentes del ensayo mexicano*, señalando, en los siglos XVI y XVIII, a humanistas ilustres como Bartolomé de las Casas, Francisco Xavier Clavijero, Andrés Cavo y Pedro José Márquez. Luego, a principio del siglo XIX, recuerda a Fernández de Lizardi, a José María Luis Mora, a Lorenzo de Zavala, a Fray Servando Teresa de Mier, a José María Gutiérrez de Estrada, a Mariano Otero y a Lucas Alamán; arribando a las postrimerías del siglo pasado, cuando destacan los nombres de Luis Gonzaga Cuevas, Francisco Zarco, Ignacio Ramírez, Ignacio L. Vallarta, Vicente Riva Palacio, Ignacio M. Altamirano, Francisco Bulnes, Carlos Pereyra, José Fernando Ramírez, Bernardo Couto, Manuel Orozco y Berra, Joaquín García Icazbalceta, Victoriano Agüeros, Francisco Pimentel, José María Vigil y Luis González Obregón.

El antologista hace notar que el tema invariable que preocupa a los ensayistas mexicanos, es México: "México en su totalidad o algunos de los asuntos que interesan a la formación del país: su historia, su cultura, sus problemas económicos y sociales, sus creaciones literarias y artísticas, su pasado y su presente... Esta peculiaridad —propia— de nuestros ensayos, por otra parte, no es exclusiva de México sino propia de todo el pensamiento hispanoamericano, propia de países que se encuentran aún en proceso de formación, con más esperanzas que pasado y menos ricos en realizaciones y conquistas que en proyectos y esfuerzos".

Finalmente, después de hablarnos del estilo en el ensayo y de las *etapas del pensamiento ensayístico mexicano moderno*, Martínez indica que "en los ensayos reunidos en esta antología se encuentran algunas de las páginas más brillantes de la literatura y del pensamiento mexicano modernos"; apuntando además, que para la selección de los antologados ha procedido "tanto por motivos de afinidad personal con su criterio, como, principalmente, por razones de calidad intelectual y porque sus textos sí llenan las condiciones del ensayo. Esta es una antología de ensayos formada necesariamente en función de un criterio estético y de un criterio intelectual".

Sin desconocer la trascendencia de los tomos que nos ocupan, anotamos ligeramente algunas de las imperfecciones de la obra. Martínez, no obstante prometer una antología del ensayo en general, se parcializa y en sus selecciones se inclina más hacia el ensayo literario. Por otra parte, ¿en esta antología no faltan nombres como los de Luis Cabrera, Vicente Lombardo Toledano, Narciso Basols, José Alvarado, Salvador Reyes Nevares y Daniel Moreno?

El trabajo de José Luis Martínez constituye una aportación valiosa no sólo

para los estudiosos del pensamiento mexicano moderno, sino también para los intelectuales hispanoamericanos preocupados por conocer el desarrollo cultural de uno de los países más representativos de América Latina.

CARMEN DA SILVA, *Setiembre*, Edit. Goyanarte, 125 págs., Buenos Aires, Argentina, 1957.

En la línea cualitativa de Estela Canto y Pamela Moore aparece este título de la novelista brasileña Carmen da Silva. El relato, por su extensión, es una novela corta; por su intención, una novela ambiciosa que se olvida con éxito de dicha extensión; desde el principio de la obra la autora muestra su prodigalidad para construir personajes, montar ambientes y redondear las situaciones que a ratos se antojan incoherentes.

Un mes, *setiembre* de 1955, señala el tiempo en que transcurre la acción de la novela; acción que se escinde entre la rebeldía del pueblo argentino que derroca al *peronismo* y la multitud de pasiones de los individuos alojados en dos hoteles cuyas categorías extremas representan el lujo y la pobreza; Carmen da Silva intensifica con idéntica habilidad los hilos que mueven ambos aspectos; abordando el primero, y el clima de terror vivido por la gente durante los días que precedieron a la caída de Perón, escribe: "Florida, Santa Fe, Avenida de Mayo. Gente. Aquí no ha pasado nada, no señores. Y basta que se desinfla el neumático de una bicicleta para que estalle el horror siniestro y convulsivo que uno lleva dentro... Después la gente se entremira con una sonrisa temblona y vergonzosa... Parece que todo marcha bien, pero por las dudas uno sigue cuchicheando, mirando alrededor antes de hablar".

A la vez, cuidando del segundo aspecto, destaca las actuaciones individuales de los hospedados en el "Estrella" y en el "Alvear": las mujeres de la vida galante, el homosexual, el profesor retirado, la sirvienta acomplejada, el nuevo rico, el obrero inconforme, el amante abandonado, los adolescentes enfermos, el psicólogo, el pintor, el sastre, el extranjero, el conde de Gerö, etc. Pero, lo más importante en la novela es la técnica del monólogo que Carmen da Silva emplea para complementar cierto juego de ideas tendientes a reunir las acciones en dos campos opuestos: lo positivo y lo negativo, lo blanco y lo negro o lo bueno y lo malo, y que, la autora, simboliza en *la fiera y el ángel*. "La fiera grita yo soy el más fuerte y tengo todo en la mano, la policía está conmigo, la justicia está conmigo, las cárceles son mías. La fiera se queda con la mujer del otro y hace ja ja ja... La fiera dice yo soy decente... les hace hijos a las sirvientitas de dieciséis años... La fiera echa de su casa a la sirvientita..." En cambio, el ángel "es tímido como una adolescente paliducha recién salida del colegio de monjas".

En la faceta política de la novela, Perón viene a ser la fiera, mientras la revolución triunfante de los argentinos deja adivinar en ella al ángel, cuyo monólogo, un tanto derrotista, expresa: "Soy testigo de lo que les cuesta. Los he visto luchar y desangrarse... Los he visto aturcidos, encadenados, zarandeados, paralizados a veces. Y me buscan... Tienen tal hambre de mí que se vuelven ingenuos. Mírelos: chillan, cantan, se abrazan. Todo va a ser mejor, piensan. Todos vamos a ser más decentes. Que descuiden la billetera en el *micro* y van a ver".

En resumen, una excelente novela que beneficia por igual a las literaturas de dos países hermanos: Argentina y Brasil.

DAVID RICARDO, *Notas a los Principios de Economía Política de Malthus*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 331 págs., México, 1958, Colec. Las Obras Maestras de la Economía.

El plan de edición de las Obras y Correspondencia de David Ricardo, comprende diez tomos. *Principios de Economía Política y Tributación* fue el primero. El que nos ocupa ahora, *Notas a los Principios Económicos de Malthus*, es el segundo y su traducción se debe a Florentino M. Torner. En Europa la obra completa fue publicada por Cambridge University Press de Londres, y en América, dirigida la edición por Piero Sraffa, se edita con la ayuda monetaria del Banco Nacional de Comercio Exterior, S. A., de México.

Para Malthus, la Economía Política guardaba más relación con las ciencias que se ocupaban de la moral y de la política que con las matemáticas. Uno de los principales objetos de sus exposiciones era el que se pugnara por la superación constante del economista y se llegara a una cooperación estrecha entre el estadista práctico y el estudioso de la teoría.

La obra *Principios de Economía Política*, a la que David Ricardo escribió un total de trescientas quince anotaciones a lo largo de su texto, pretendía adecuar la teoría a la aplicación práctica. El libro de Malthus—como éste lo declara—no fue publicado con la intención de iniciar polémicas, aun cuando en parte diera pie a que se pensase lo contrario, ya que en algunos puntos se refería a la obra de Ricardo (la contenida en el tomo I de esta colección). La seguridad manifestada por el anotador discrepante al emitir sus juicios, llevó a Malthus a opinar, respecto a David Ricardo, en la siguiente forma: "algunas veces me he sentido cohibido por su autoridad y, al mismo tiempo, no quedé convencido por sus razonamientos".

En la *introducción* a este segundo tomo se traza una reseña histórica de la obra de Ricardo, así como también se relatan las dificultades vencidas a fin de que el presente volumen apareciera: durante casi un siglo, los originales permanecieron extraviados. Con todo, la edición mexicana ha respetado la idea original del propio Ricardo: el texto de Malthus viene en la parte superior de la página y las notas en la parte inferior; a cada página corresponden dos numeraciones, la empleada por Malthus en 1820 y colocada en el margen derecho, y la normal utilizada en 1958 por el Fondo de Cultura Económica.

ISIDRO FABELA, *Las doctrinas Monroe y Drago*, Edit. Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales, U. N. A. M., 266 págs., México, 1957.

Aquel Presidente norteamericano no pudo prever las interpretaciones falsas a las que más tarde sería sometida su doctrina; conciudadanos suyos la desvirtuaron a fin de proteger sus intereses personales desbordados por ambiciones excesivas. Fabela recuerda que desde 1823 han transcurrido más de cien años, que las instituciones jurídicas han evolucionado y derogado medidas que hoy no tienen razón de ser, pero que, a pesar de ello, la Doctrina Monroe, nunca bien explicada y menos aún aceptada, sigue en vigor.

Isidro Fabela hace historia del origen de la famosa norma internacional surgida del mensaje anual que el Presidente James Monroe leyó ante el Congreso de la Unión. La doctrina fue difundida, Europa rechazó la intromisión de los Estados Unidos y el espíritu del siglo XIX que reinaba en Latinoamérica, aplaudió agradeciendo la declaración "protectora" sin presentir que, en el futuro, sería el arma de dos filos dispuesta a herirle en su dignidad y en su orgullo. En México, refiriéndose a la Doctrina Monroe, Venustiano Carranza declaró: "constituye un protectorado arbitrario, impuesto sobre pueblos que no lo han solicitado ni tampoco lo necesitan. La Doctrina de Monroe no es recíproca y por lo tanto es injusta".

En una segunda parte del libro, como ya nos lo ha anunciado el título, Fabela aborda el tema de Derecho Internacional que le facilita la Doctrina Drago, nacida en 1902 cuando Inglaterra, Italia y Alemania intervinieron en Venezuela debido a que, el gobierno de este país, no pudo satisfacer las reclamaciones pecuniarias hechas por los ciudadanos de aquellas naciones. Luis María Drago, a la sazón ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina, sentó las bases jurídicas de la importante doctrina al dirigir, a su representante diplomático en Washington, la nota en la cual sostenía, entre otros argumentos no menos importantes que: "El desprestigio y el descrédito de los Estados que dejan de satisfacer los derechos de sus legítimos acreedores trae consigo dificultades de tal magnitud que no hay necesidad de que la intervención extranjera agrave con la opresión las calamidades transitorias de la insolvencia". Además, manifestaba que "la deuda pública de los Estados no sirva de motivo para una agresión militar de estos países".

RISIERI FRONDISI, *¿Qué son los valores?*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 138 págs., México, 1958, Colec. Breviarios, Núm. 135.

La bibliografía presentada al final de cada capítulo asevera que este filósofo argentino ha recurrido a las fuentes más directas para enriquecer sus elucubraciones sobre la problemática filosófica concerniente a los valores. Frondizi, evita situarse como antiobjetivista o como subjetivista a fin de no influir en el lector a la hora de decidir su posición en éste o aquel campo filosófico; en verdad, evita situarse para dejar el campo abierto al individuo en sus determinaciones y no —como podría creerse— para adoptar terceras posiciones poco serias por indefinidas.

La seriedad del pensamiento de Frondizi se aquilata en todas las páginas de este Breviario, pero más en los párrafos donde su amplitud de criterio queda al desnudo, así cuando afirma en forma crítica que es anticultural apreciar que la verdad sólo puede existir en las aportaciones culturales o intelectuales más recientes y que, por ende, lo anterior debe descartarse.

¿Qué es el valor en tanto valor?, y con motivo de esa interrogación nos lleva al descubrimiento humano de lo que le rodea, de su esencia, de sí mismo, circunstancia que obliga a calificar a las cosas como bienes, dándoles nosotros mismos un valor cuando hemos logrado la "ruptura de la indiferencia" hacia algo.

Sintetizando su parte crítica entendemos que para valorar un objeto se debe tomar en cuenta, antes que nada, su dependencia de la "situación" compuesta por

lo individual, social y cultural, de tal manera que el valor exista de un modo u otro y *el valorar* tenga un sentido funcional.

Risieri Frondizi indica algunos hechos sobresalientes que complementan el tema, por ejemplo, la histórica polémica de Meinong quien sostenía: "es necesario partir de la valoración como hecho psíquico", o las palabras de Ehrenfels asegurando que el fundamento de los valores "hay que buscarlo en el apetito, en el deseo".

GUILLERMO BLANCO, *Sólo un hombre y el mar*, Edit. del Pacífico, S. A., 112 págs., Santiago de Chile, 1957, Colec. Plenitud.

Uno de los cuentos incluidos es el que da título al libro, por cierto, no es el cuento más afortunado o importante; desde este punto de vista nosotros habríamos denominado el tomo con otros de mayor fuerza emotiva, como *La espera*, o de grave lentitud afectiva, como *Llegada al puerto*.

Los editores hacen ver el talento del autor mediante la relación de premios obtenidos en concursos literarios nacionales e internacionales con varios de los cuentos recogidos en *Sólo un hombre y el mar*. "Tales recompensas —aseguran— ahorran mayores comentarios acerca de la calidad de las obras de esta antología. Guillermo Blanco a pesar de haberse iniciado no hace mucho en la carrera literaria, promete ser uno de los primeros cuentistas de su generación".

De la lectura de los cuentos de Blanco lo que más atrae es la certeza con que construye los ambientes y el cuidado con que —en vez de presentar— provoca las situaciones. Blanco se interesa por el lector y piensa en él a través de los campos afectivos en que se introduce; con igual sentido humano trabaja el personaje pasional y violento que el indiferente y pasivo.

Este cuentista tiende a desenvolver sus temas dentro de la mayor originalidad; cualquiera puede constatar dicha tendencia en relatos como *Pesadilla*, donde un niño enfermizo se enfrenta a la abuela que no comprende sus problemas infantiles, y en *Un cuento*, el cual presenta al autor en un aprieto porque no sabe cómo escribir el cuento que se ha propuesto y que, entre divagaciones y conjeturas, va eslabonando hasta entregarnos el tema de la amada muerta, solucionándolo con maestría.

GUSTAV BALLY, *El juego como expresión de libertad*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 130 págs., México, 1958, Colec. Biblioteca de Psicología y Psicoanálisis.

Una de las corrientes psicológicas de más actualidad es la que estudia la *psicología del campo*, o sea, la situación donde el hombre realiza, o se ve impulsado a realizar, sus experiencias psíquicas aun cuando no se interese en los antecedentes o precedentes del hecho en el que estriba la *psicología del campo*. En esta teoría se basan los experimentos narrados para asentar conclusiones que redondean el tema del libro y que son, entre otras: el hombre y el animal traen en su ser el instinto del juego, el cual constituye una satisfacción dado que por medio suyo se emite una manifestación de su libertad. Para darnos una idea de la situación de los animales, el autor cita numerosos experimentos en los que han intervenido, principalmente, simios y pájaros. Esta relación se prolonga de tal manera que cansa al observador, logrando, ¡eso sí!, la finalidad del libro,

es decir, obtiene "una imagen del hombre mediante la comparación de la conducta del animal con la del ser humano", no sin antes señalar las diferencias profundas que a nuestro soma le son peculiares así como a nuestra vida psíquica, ya que el hombre vive para "conducir" en la vida, y los animales casi siempre son dirigidos al enfrentarse a las tres formas para dominar el ambiente: nutrición, enemigo y sexo.

Concretándose al hombre, Gustav Bally nos habla de las *formas deficientes del ser hombre* y lo atribuye a la mecanización de la vida actual; "abandonando la conducta juguetona se opone a sí mismo... la alegría se hace sospechosa, la seriedad sombría tiene el poder de marcar el juego como algo falto de seriedad... la vida degenera en placer; el mundo se hace material, donde antes había juego se halla ahora el adelanto técnico". El hallazgo y la voluntad son substituidos por el autómeta; ya no existe el bello límite del juego que hacía progresar al hombre hacia la libertad y el amor.

WILLIAM GOYEN, *La casa del aliento*, Edit. Goyanarte, 123 págs., Buenos Aires, Argentina, 1957.

Mediante la traducción de Patricio Canto, el novelista William Goyen desarrolla su relato contado en primera persona. "En la vetusta casona colonial, en su 'casa del aliento', los personajes se mueven como sombras diseñadas en rasgos precisos, en caracteres de inolvidable permanencia, y sobre aquel telón de fondo de esfumantes relieves, la acción se desarrolla lenta y serenamente, al ritmo apacible de un soñar despierto". El novelista norteamericano se vale de las sensaciones que despiertan en una persona que retorna a un pueblo de los Estados Unidos, para hilvanar su relato. El regreso al pueblo de Charity da pie para que el personaje principal—por cuyos labios fluyen las historias vividas por los otros individuos—reconstruya las reminiscencias de su infancia y del resto de su vida pasada.

Los personajes se expresan por medio de monólogos; entre ellos rara vez fluye el diálogo caudaloso, por lo regular es un diálogo corto, como integrado por mínimas gotas; los monólogos juegan un papel decisivo para la ubicación de las voces evocativas de los personajes, quienes, vale indicarlo, viven con los ojos viendo hacia los actos pretéritos.

La narración, muy importante para el clima lento y en claroscuro de la novela, está dominada por los efectos de un lirismo extremado y de nebulosidad onírica donde los personajes tienen relaciones irreales con los objetos; tal es el caso del individuo que al recordar su adolescencia en las aguas del río, concibe a éste como su amante: "Te has lavado en mis aguas—escucha que le dice el río—, te has acostado, has llorado y has dormido junto a mí. Desde entonces fuiste consciente de la *sensación* que el agua era capaz de hacer nacer en ti. Oh, fuimos amantes... me dejabas algo que yo mezclaba a mi sustancioso lodo, a mis espumas... yo arrojaba tu esperma mezclado con mi espuma sobre las tierras de los alrededores".

Los individuos, como tomados de la mano, dan la impresión de presentarse los unos a los otros; el principal—quien valiéndose del mecanismo del recuerdo estructura el ambiente y los hombres a todo lo largo del relato—alcanza una solidez subjetiva que hace vibrar poéticamente a los demás elementos que lo rodean.

WILLIAM ASHWORTH, *Breve historia de la economía internacional, 1850-1950*. Edit. Fondo de Cultura Económica, 273 págs., México, 1958, Sección de Obras de Economía.

El año de 1957, el Dr. Manuel Sánchez Sarto dirigió un curso de traducción en el Seminario para Economistas y Sociólogos del Fondo de Cultura Económica. Las veintidós personas que asistieron al curso tradujeron varias obras entre las que figuró la *Breve historia de la economía internacional, 1850-1950*, misma que dada su importancia, como lo indican los años comprendidos en el título, ha sido publicada en el presente año.

El siglo que abarca el libro de William Ashworth da fe del nacimiento, desarrollo y predominio de la Industria, así como de las dos guerras más desastrosas que han abatido a la humanidad. Uno de los objetivos que la obra persigue es el de orientar, eliminando exceso de detalles, cifras, nombres, etc., a los alumnos del segundo año y siguientes de la Escuela de Economía, e ilustrar, a quien se interese particularmente sobre su asunto, procurando no cansarlo con textos excesivos.

Ashworth tiende a "explicar a la vez que describir" la historia puramente económica relacionada con la de los otros hechos humanos en sus aspectos sociales y culturales. Los ocho capítulos que integran el volumen estudian "también algunos de los más importantes problemas de política y organización que, en el transcurso de estos cambios, pasaron a formar parte de la experiencia cotidiana de muchas naciones; destaca las semejanzas y diferencias en las soluciones alcanzadas en diversas épocas y lugares, prestando, además, atención particular al incremento de las actividades gubernamentales y de los organismos internacionales".

HUGO RODRÍGUEZ-ALCALÁ, *Korn, Romero, Güiraldes, Unamuno, Ortega...*, Ediciones de Andrea, 235 págs., México, 1958, Colec. Studium, Núm. 19.

El crítico suramericano Arturo Torres-Ríoeseo prologa los trece trabajos del escritor paraguayo Hugo Rodríguez-Alcalá, quien desde hace varios años viene sirviendo como catedrático de cultura hispanoamericana en distintas universidades de los Estados Unidos. Torres-Ríoeseo, con una sinceridad que pocas veces se adivina en los prólogos, asegura que Rodríguez-Alcalá "es dueño de una obra de significado personal y de perspectivas mucho más amplias. Define su personalidad creadora, su juicio justo, su entusiasmo lírico en estas páginas; define también los valores intelectuales de su continente, con conocimiento de causa, con generosidad, con honda simpatía".

El escritor paraguayo, que inició su incursión por las letras escribiendo poesía, ensaya sobre las posiciones filosóficas de personalidades como Alejandro Korn y Francisco Romero, o también manifiesta sus juicios críticos acerca de temas literarios como en los casos de *Don Segundo Sombra*, *La poesía paraguaya en los últimos veinte años*, y *Elvio Romero, poeta del campo*. Los enfoques dirigidos hacia figuras sobresalientes de la cultura (Unamuno, Güiraldes, Ortega, Romero), independientemente de las aportaciones de Rodríguez-Alcalá, interesan menos que los orientados hacia valores jóvenes o menos universales como Elvio Romero y Eliseo Vivas, respectivamente. ¿Por qué? Elvio Romero, por ejemplo, es un poeta paraguayo cuyos méritos reconocidos en Sur América no se imponen

aún en los países centroamericanos y México, por lo tanto, un trabajo bastante amplio sobre su personalidad poética, indicando las calidades literarias que lo han ubicado entre los poetas jóvenes de talento y raíz latinoamericana, es útil por su información e interesa por el rasgo novedoso.

Con todo, este número diecinueve de las Ediciones de Andrea añade un título valioso—en la Colección Studium—a la lista de obras seleccionadas y puestas anteriormente al alcance de los intelectuales americanos.

GUADALUPE DUEÑAS, *Tiene la noche un árbol*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 124 págs., México, 1958, Colec. Letras Mexicanas, Núm. 41.

La autora ha agrupado veinticinco denominaciones en este libro; veinticinco títulos que no siempre corresponden a cuentos en la estricta clasificación del género, aunque sí la mayoría.

Tiene la noche un árbol presenta una apreciable variedad de temas donde se funden los hechos diarios y los apuntes imaginativos más extraños, sin embargo, el dato más constante en la temática es el que se circunscribe al pequeño infierno existente en los anhelos y afectos no realizados del individuo; veamos algunos casos: la niña y sus complejos a causa de creerse ignorada por los demás, en *La tía Carlota*; la esperanza y la ternura, en *El moribundo*; la vanidad y la meditación en la muerte, en *Las ratas*; la melancolía y el recuerdo de la infancia, en *El sapo*; la ironía hija de la impotencia, en *El correo*; la denuncia de algunas costumbres familiares con las cuales ya no coopera la voluntad, en *Conversación de Navidad*; y la desesperación y la angustia, en *Zapatos para toda la vida*.

Guadalupe Dueñas posee un estilo depurado y una inteligencia poco común en las mujeres que cultivan el relato. Su expresión sale airosa lo mismo ante el tema imaginario que ante el proporcionado por la realidad, siendo oportuno anotar que alcanza mayor precisión cuando describe ambientes que cuando traza los caracteres de sus personajes; éstos, con excepciones como en *La timidez de Armando* y *El moribundo*, se estructuran a base de simples menciones o siluetas vagas de lo que deberían ser los individuos.

ANTONIO MACHADO, *Los complementarios*, Edit. Losada, S. A., 244 págs., Buenos Aires, Argentina, 1957, Colec. Biblioteca Contemporánea.

La ordenación del material reunido en este tomo, así como la *nota preliminar*, han obedecido al criterio del escritor español Guillermo de Torre, quien nos explica que dicho material, dado el interés que la obra de Antonio Machado despierta cada día en las nuevas generaciones, comprende los escritos dispersos que han venido apareciendo en distintas publicaciones durante el tiempo que siguió después de las ediciones mexicana y argentina de lo que se consideraba toda su obra.

Las páginas integrantes de este volumen han sido divididas en seis grupos cuyas denominaciones son: Los Complementarios; Fabulaciones; Un discurso; Artículos, conferencias y cartas; Cartas a Unamuno; y Desde el mirador de la guerra. Guillermo de Torre explica por qué eligió *Los complementarios* como título general del presente libro, "no por estimar—apunta—que la parte así rotulada sea la más significativa, sino por que ése es precisamente el mismo

título del libro que Antonio Machado atribuye a su 'poeta apócrifo' Abel Martín, conteniendo primitivas redacciones—desechadas, rehechas u olvidadas—mas con la primera intención de formar efectivamente un volumen".

Machado murió en el pueblo francés de Collioure el 22 de febrero de 1939; fue uno de los poetas españoles que murió increpando contra los trastornos que ocasiona la guerra; cuatro meses antes de fallecer, escribió: "Frente a frente nos encontramos hoy deportistas y trabajadores, trabados en una guerra que han inventado ellos, que nosotros sufrimos y que, por ser más suya que nuestra, tiene mucho más de trágico deporte que de trabajo cruento. . . esa guerra mucho más estúpida que una partida de polo—juego imperial por excelencia—que nadie podría ganarla, porque nadie puede sobrevivir al total exterminio de su especie".

ERNST WAGEMANN, *El número, detective*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 192 págs., México, 1958, Colec. Breviarios, Núm. 136.

Las cifras austeras e incomprensibles para quienes no están familiarizados con los secretos de la Estadística, dejan de serlo ante la claridad que Ernst Wagemann procura imprimir a los números a fin de que se vuelvan accesibles para cualquier individuo de mentalidad normal.

La mayoría de las páginas de este Breviario están basadas en las experiencias que el autor obtuvo durante varios lustros de servicio en los puestos claves de la organización estadística alemana. Wagemann pone especial empeño en explicar todos los *cómo* y *por qué* de lo útil y certero que, en el campo estadístico, resulta el 'método de estimación', mismo que defiende no sólo con datos lógicos, contundentes, sino con hechos que aportan numerosos beneficios a la Estadística en lo referente a soluciones de problemas propios de la materia; problemas como el relacionado con el tiempo, pues en ocasiones, después de que se ha realizado a perfección y en forma matemática un estudio estadístico, sucede que el tiempo ha transcurrido de tal manera que se hace necesario empezar nuevamente el estudio que se consideraba ya terminado.

"Consciente el profesor Wagemann de lo árido y relativamente poco atractivo del tema, ha querido exponerlo de una manera algo humorística, que, sin restarle en lo más mínimo la seriedad científica, hace la lectura más flúida y agradable".

PAUL TREUTLER, *Andanzas de un alemán en Chile, 1851-1863*, Edit. del Pacífico, 570 págs., Santiago de Chile, 1958, Colec. Rostro de Chile.

Carlos Keller R. es el traductor de este libro publicado en idioma alemán el año de 1882; en su prólogo habla del autor, Paul Treutler, y de los motivos que lo decidieron a visitar Chile; Treutler, ingeniero de minas egresado de la Universidad de Berlín, "se muestra como el más apasionado de los mineros, es decir, como un hombre irremediamente iluso, que ha nacido y vive únicamente con la esperanza de encontrar minas riquísimas y tesoros escondidos". En este punto, debe hacerse la salvedad de que el talento y el sentido humano del 'andariego' le hicieron trascender las puras ambiciones, colocándolo sobre un plano observador desde el que pudo anotar las sensaciones que le despertara

el paisaje, las riquezas naturales y las costumbres casi bárbaras del contorno chileno. "Quizá ningún chileno de esa época—dice el traductor—habría podido ver tan bien tantas cosas como este alemán que durante un tiempo increíble conservó esa deliciosa ingenuidad que se suele atribuir a los de su raza".

Las *andanzas* de Treutler se inician el 4 de octubre de 1851, cuando se embarca en Hamburgo rumbo a la América del Sur hasta tocar el puerto de Valparaíso. En adelante, narra hechos y aventuras tan impresionantes que en algunos casos parecen ser producto de su fantasía, pero que, investigados en las fuentes adecuadas, se comprueban ampliamente. Veamos este pasaje: "Como el detenido insistía en su inocencia, se le condujo a un calabozo subterráneo... Tratábase de una celda oscura, húmeda y tan pequeña, que un hombre apenas se podía mantener en pie y moverse; además, pasaban por ella los desagües, que apestaban totalmente el aire, sin contar con que en ese reino subterráneo vivían millares de pericotes... Al segundo día se le llamó para un nuevo interrogatorio, pero, a pesar de los gritos del inspector, no respondió. Éste bajó entonces al calabozo y pudo comprobar que el infeliz había sido casi enteramente devorado por los pericotes... El mismo día en que se descubrieron los restos del infeliz, fue detenido un individuo que confesó haber cometido el hecho por el cual aquél había sido encerrado en el calabozo".

En la última página, después de lamentar la pérdida de sus bienes pecuniarios y el quebranto de su salud, causas que lo hicieron regresar a Europa, concluye el recuento de los doce años de su vida transcurridos en Chile, diciendo: "Ojalá contribuya esta obra a dar a conocer en Europa las ventajas de Chile, a fin de que su territorio y sus pobladores sean apreciados como lo merecen. Estoy convencido de que los que vayan a establecerse en Chile encontrarán allí una segunda patria que los hará felices".

ALVIN H. HANSEN, *Guía de Keynes*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 205 págs., México, 1957. Sección de Obras de Economía.

La importancia dada al estudio de la teoría keynesiana por haber transformado conceptos económicos que habían estado vigentes durante muchas décadas, va desde el punto de vista crítico hasta el pedagógico que, se puede decir, hoy nos ocupa en el presente libro, el cual sirve para guiar al alumno de Economía en la interpretación del pensamiento keynesiano.

Todo maestro produce y re-produce conceptos para utilidad de sus alumnos, dando lugar a que éstos ejecuten el mismo trabajo; Hansen logra tal propósito y, tal vez, por ello se le reconoce justamente como "el más prominente keynesiano de los Estados Unidos". En el transcurso de su *guía* analiza aciertos, errores y deficiencias encontradas por él en la exposición y contenido de la teoría, misma que en no pocas ocasiones ha sido calificada de oscura; Hansen, elaborando una crítica constructiva, señala las causas por las que él cree que se la calificó en esa forma.

La *introducción* de Seymour E. Harris indica las aportaciones personales de Hansen, quien sólo las menciona cuando así lo exigen las circunstancias. Como ninguna obra, y menos de esta naturaleza, puede surgir aislada en cuanto a la sustentación de sus conceptos, Hansen auxilia sus explicaciones citando constantemente a diversos economistas y compara el "escepticismo keynesiano" con la propia teoría de Keynes y sus alcances.

PAULETTE FEVRIER, *Determinismo e indeterminismo*, Edit. Universidad Nacional Autónoma de México, 269 págs., México, 1957, Colec. Problemas Científicos y Filosóficos, Núm. 6.

Raquel Rabiela de Gortari es la traductora de este libro cuya factura acreditó a la doctora en Matemáticas y maestra de Filosofía, Paulette Fevrier, para recibir el Premio Saintour de 1950 al resolver el tema de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, formulado así: ¿Cuál es, en el estado actual de la ciencia, la posición de los problemas del determinismo y del indeterminismo?

La autora sitúa dentro de una perspectiva racional al indeterminismo y al determinismo, relacionado con hechos anteriores, es decir, históricos, la categoría de causalidad.

Inclinándose por el indeterminismo físico apunta que el "determinismo sólo reaparece en el caso límite", no pudiendo anticiparse en ninguna forma cuál fenómeno resultará por la causa de otro; "no se trata ya de un problema de racionalidad sino de racionalización"; la teoría general de las previsiones nació al influjo y presión de los nuevos descubrimientos que hicieron "una especie de integración de la idea de la indeterminación esencial".

Todo se renueva, los conocimientos del hombre avanzan; el "conocimiento progresa por la *doble dialéctica de la medición y de la previsión*... Frente al edificio actual de las ciencias, al problema de la racionalidad de lo real carece casi de sentido, puesto que asistimos precisamente al éxito de las tentativas emprendidas para vencer la pérdida de la antigua racionalidad ligada al determinismo".

Edouard Le Roy al rendir su informe, ante la Academia de Ciencias Morales y Políticas, sobre el libro de Paulette Février, le atribuye "elevadas cualidades metódicas y de presentación... está—dice—profundamente fundado, a veces hasta en los detalles de cálculo"; contiene "un gran número de sabias consideraciones en donde se invocan concepciones y procedimientos que no han ingresado todavía a la circulación general... la autora lanza una mirada rápida sobre las ciencias de la vida: biología, sociología, psicología... esboza una situación nueva en nuestro tiempo".

ENRIQUE BELTRÁN, *El hombre y su ambiente, ensayo sobre el Valle de México*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 258 págs., México, 1958, Colec. Tezontle.

Los veintidós capítulos integrantes de este volumen se orientan hacia la descripción de las etapas fundamentales de nuestra historia: Época Precortesiana, Conquista, Colonia, Reforma, Revolución y época actual. Por la carencia de método en la presentación de los datos Beltrán se acerca más a la crónica que al ensayo histórico.

Dos de los aspectos que enfoca con mayor intensidad son los que se refieren a la pujanza de nuestra raza indígena y al despertar del pueblo mexicano en la etapa de la Revolución. Por otra parte, reclaman atención los pasajes que, basados en datos científicos, revisan la teoría que alude a la posible aparición del hombre en el Continente americano.

Interesa también el estudio geográfico que Beltrán presenta para confirmar el enunciado que encabeza el capítulo primero: *Un valle que no es valle*; así-

mismo, logra el interés del lector cuando aborda la decadencia del Imperio Azteca y juzga que entre sus causas está la de haber abusado de la fertilidad del suelo.

El autor, al concluir su ensayo sobre *El hombre y su ambiente*, estima que "este intento de ofrecer una visión panorámica de hechos, cosas y problemas tan ligados con nuestra vida —y que precisamente por eso solemos olvidar— resulta útil para analizar cuáles han sido las consecuencias de nuestras actividades pasadas, y anticipar las orientaciones que parecen deseables para el futuro".

JOSÉ GAOS, *Confesiones profesionales*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 180 págs., México, 1958, Colec. Tezontle.

Valioso libro escrito por un verdadero maestro: José Gaos, quien espontánea y progresivamente relata sus experiencias filosóficas y humanas, recogidas durante la mayor parte de su vida, la cual ha dedicado a la formación de pensadores. José Gaos ha vivido filosofando en la cátedra y enseñando a filosofar sobre la filosofía, es un auténtico profesional de su disciplina; sin embargo, este libro no sólo nos lo muestra en esa actitud, también nos lo descubre en su primer encuentro con la filosofía encarnado en la *Filosofía elemental* de Balmes, tomo que le fue obsequiado por un sacerdote dominico a la sazón maestro suyo. "Empecé la lectura al volver a casa y la continué a cada vuelta a ella, al mediodía y a la caída de la tarde, interesado, arrastrado, absorbido, como por los libros de buena o mala literatura que más me habían atraído y gustado hasta entonces... Ahora bien, el curso de *Filosofía elemental* de Balmes termina con una '*Historia de la Filosofía*'. Me encontré, pues, con la Filosofía integrada expresamente por su historia. Este hecho fue decisivo como reconocí ya hace tiempo y tengo que ratificar aún hoy mismo".

El lector que se interne en el discurrir de este libro, leerá las *confesiones profesionales* del discípulo predilecto de Ortega y Gasset, porque eso es José Gaos. Dejémosle la palabra al maestro hispano cuando se refiere a Ortega: "Durante años he vivido en convivencia frecuentemente diaria con él. He sido el oyente de palabras y el interlocutor de conversaciones en que se precisaban sus propias ideas en gestación, he leído originales inéditos... La influencia la ejercía con todo: clases, conversaciones, escritos, conducta, miradas, silencio, presencia... ausencia".

ANGÉLICA MENDOZA, *Panorama de las ideas contemporáneas en los Estados Unidos*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 189 págs., México, 1958, Colec. Tierra Firme.

Uno de los méritos que podemos apreciar en esta obra es su posición bastante o casi imparcial al enfocar la evolución y la actualidad de un país cuyas circunstancias históricas lo han colocado como una de las primeras potencias del mundo.

La autora logra en ocasiones conciliar lo humano con el ritmo de vida apresurada predominante en los Estados Unidos. Considera los pro y los contra del mecanicismo y habla del obrero norteamericano desde sus luchas iniciales hasta sus triunfos sindicales de los últimos años. El obrero está a punto de dejar

de ser obrero y de convertirse en productor gracias al maquinismo que, sin duda, planteará un conflicto cuando una mecanización futura más completa prescindiera de los brazos y requiera pocos cerebros técnicos; hipótesis constatada por la paulatina reducción de la clase media (que es la más numerosa "e intolerante en cuestiones raciales, religiosas o de nacionalidad") y la urbana y la rural.

Afirma Angélica Mendoza que, en América Latina nos consideramos una sola raza y que hasta nos envanecemos de nuestra raíz indígena, a diferencia de los ciudadanos de los Estados Unidos, donde la división de razas, credo u origen genera hondos problemas. En cambio, hace una nueva comparación entre nuestros líderes, tan ignorantes como acomodaticios, y los de allá empeñados en una lucha tenaz y extensa que tiende a depurar al máximo los batallones sindicales.

Panorama de las ideas contemporáneas en Estados Unidos es una obra que reúne suficiente material para polemizar o firmar convicciones y conocer realidades de las que sólo habíamos hecho suposiciones.

JORGE GUILLÉN, *Viviendo y otros poemas*, Edit. Seix Barral, S. A., 106 págs., Barcelona, España, 1958. Colec. Biblioteca Breve. Núm. 128.

Jorge Guillén es un poeta de acento bastante personal que vive en América desde 1938. Aun cuando sus poemarios han sido pocos, la búsqueda del poeta para mejorar la expresión y sutilizar el contenido de cada poema, le ha llevado a presentar distintas versiones de títulos y temas ya antes publicados. En este sentido, y tomando en cuenta su mayor producción, nos recuerda a León Felipe, quien vive rehaciendo formas y esencias.

Viviendo y otros poemas recoge poemas de *Cántico*, libro que había agrupado toda la producción del poeta hasta 1928 y que se fue "enriqueciendo en sucesivas ediciones" para publicarse de nuevo en 1950.

Parece que a Guillén le halaga mucho el recuerdo o el título de su primer libro. Ahora nos dice que si tuviera que denominar su obra poética completa la haría escindiéndola en tres libros, de los cuales el primero se titularía *Cántico*, siendo los otros dos *Clamor* y *Homenaje*.

De uno de esos títulos, de *Homenaje*, transcribimos parte del poema "Floración":

Y la entrega otra vez
Al mundo que no miente
Bajo la posesión
Cumplida:
Extrema posesión de la trahada
Verdad
En los trabados cielos
Alrededor de esta amorosa Tierra,
Del eje tiernamente estremecido
Que es esta luz, abrazo
De ansiedad y hermosura
Para que todo siempre sea nuevo.

J. A. C. BROWN, *La psicología social en la industria*, Edit. Fondo de Cultura Económica. 376 págs., México, 1958, Colec. Breviarios, Núm. 137.

¿Qué es la industria? Superficialmente, podríamos decir que es un mecanismo basado en fríos datos cuyos números no tienen humanidad y sólo representan lo que percibe el hombre al vender su trabajo a un empresario, quien a su vez busca la manera de que la operación le haga obtener mayores ganancias, aun cuando se vea precisado a consultar técnicos que le indiquen en qué condiciones y mediante qué monto de inversión le reeditará más el obrero.

J. A. C. Bron habla, a través de la traducción de lengua inglesa que ha hecho el joven economista Alfonso Corona Rentería, de su preocupación científica por el trabajador y de encontrar la fórmula que permita favorecer al empresario y mejorar las condiciones de vida del obrero. Brown cita a Paracelso, el psicólogo del siglo XVI, a Juan Huarte y a muchos otros que posteriormente tratarían de adaptar el hombre a la industria y no ésta a aquél.

En este Breviario se toma al obrero como ser humano, como hombre y no se le da menor importancia que a la producción; se le coloca dentro del marco de responsabilidad que actualmente debe poseer todo individuo hacia su conciencia en función del medio en que se mueve, considerándolo por tanto, elemento indispensable en el progreso universal.

Necesitaríamos varias cuartillas para hacer resaltar la utilidad de este Breviario, el cual debería estar a la mano de todo empresario, quien aun sin entender escuelas ni métodos psicológicos comprendería más exactamente que un trabajador tiene su misma conformación anímica (la del empresario) y, por ende, el mismo derecho a un trato no de favoritismo sino de valoración humana. En cuanto al estudioso de la psicología industrial, le ayudará a descubrir las causas subyacentes que influyen en la conducta del trabajador, valorando y conociendo los intereses de él y de su grupo primario: la familia; sin que esto quiera decir que se llegue al extremo de algunas empresas, las cuales fiscalizan absurdamente cuando indagan mediante cuestionarios inadecuados las minucias de la vida diaria que sólo incumben al individuo investigado.

Dos subtítulos importantes son: la *Organización formal*, referente a las grandes empresas poseedoras de complicadísima maquinaria personal y cuya esencia es lo impersonal; y la *informal*, donde la ausencia de jerarquías en los trabajadores acerca más a los miembros de una factoría pequeña así como también al patrón o director, ayudando a que las soluciones de los problemas sean más prontas y humanas. Se entiende en este subtítulo que los conflictos mediatos o inmediatos no desaparecen totalmente, sobre todo en un país como los Estados Unidos donde el pez grande se come al chico y en cuyo campo de trabajo se basa la mayoría de los hechos mencionados en este libro.

JUAN JOSÉ DOMENCHINA, *El extrañado, 1948-1957*, Edit. Fondo de Cultura Económica. 89 págs., México, 1958, Colec. Tezontle.

El autor de la *Antología de la poesía española contemporánea* que ya ha alcanzado la cuarta edición, recoge la producción poética correspondiente a diez años, haciéndola circular en número de quinientos ejemplares numerados.

El extrañado es un título que contiene toda la nostalgia aprisionada en las páginas del libro. Los poemas revelan ese estado indeciso y desesperado que

encaja tan efectivamente con la evocación. Juan José Domenchina dispone de dos enormes cualidades: la de manejar su sensibilidad a la altura del desplazamiento de su mundo interno, y la de saber volcar toda esa borrasca lírica en el molde depurado que más se adhiere a su expresión. Este poeta español, de tonalidades místicas puras y de elevación espiritual poco común en nuestros días, elige el molde que deberá aprisionar a su poesía; él nos lo dice: "El soneto es mi expresión más efectiva y dilecta. El modernismo —que produjo una trivial sarta de sonetos en serie— pasó por el mío sin afectarle. Para corroborar su esencia, volví siempre, sin intención imitativa, a nuestros siglos de oro, y en especial a Quevedo y Lope".

Ya tenemos, pues, la forma literaria que Domenchina prefiere para entregarnos sus poemas, así como los maestros que le animan en la construcción de sus sonetos. ¿Y su tema? Lo hemos anticipado al principio de esta nota: la nostalgia, y por lo tanto el dolor, la soledad, el llanto. Hombre con las pupilas dirigidas hacia dentro, no ha podido encontrarse espiritual ni culturalmente en estas tierras de América. Domenchina es un hombre pretérito, y si como poeta su contacto con Lope y Quevedo es encomiable, como individuo social su actitud es suicida, si no es que ya alguien se haya preguntado: ¿vive aún Domenchina? Para en seguida conformarse con esta confesión del poeta: "Desde comienzos de 1939 hasta ahora, no he tenido, como ánima apenas vegetante, que se nutre sólo de rememoraciones, otra compañía que mi soledad de España".

Leamos, para cerrar este comentario, un soneto de Domenchina, titulado, *Es el ocaso...*:

Es el ocaso, Juan Ramón. Mi escaso
y claudicante dios, mi deseante
criatura, se me llena de rociante
verdad entre las sombras del ocaso.

Hay que pasar la linde —dar el paso
absoluto del hombre— intimidante.
Y, alma viva, fe viva, ser tajante
decisión y acabar con el ocaso.

Ya se me pone el sol, caduco, laso.
Y, orto sobre la puesta, deslumbrante,
asoma Dios, que es cielo y no Parnaso.

Toda una vida tengo por delante.
toda una clara vida sin ocaso,
porque en la tierra ya morí bastante.

FERNÁN SILVA VALDÉS, *Santos Vega, Barrio Palermo y Por la gracia de Dios*, 189 págs., Edit. Losada, S. A., Buenos Aires, Argentina, 1957, Colec. Biblioteca Contemporánea.

Fernán Silva Valdés es un poeta uruguayo cuyo prestigio nació en el año de 1922 al publicar su libro de poemas *Agua del tiempo*. De este poemario no sólo llamó la atención la riqueza del lenguaje que manifestaba el poeta, sino también la búsqueda del hombre nacido en los parajes rioplatenses, la elevación de los motivos propios hasta la voz poética, y la identificación plena del verso sonora con el espíritu criollista y las costumbres alentadas por nativismo.

Los libros que siguieron a *Agua del tiempo* conservaron la virilidad con

que el poeta había caracterizado su producción desde su primer contacto con sus lectores.

Antes del presente volumen, Editorial Losada publicó una *Antología poética* de Fernán Silva Valdés en su Colección Biblioteca Contemporánea. Con los mismos elementos que distinguieron a su poesía, este escritor decidió probar suerte en el género dramático y, en 1952, la Comedia Nacional de Montevideo le llevó a escena su primera obra: *Santos Vega*. El éxito alcanzado entonces le indujo a persistir en el nuevo género, produciendo dos títulos más.

Santos Vega, *Barrio Palermo* y *Por la gracia de Dios* son las tres obras que ha escrito Silva Valdés hasta hoy, mismas que reunidas en tomo nos hace llegar Losada.

Santos Vega está basada en una leyenda cuyo personaje era un gaucho payador que gozaba de fama por su valentía y sus amores. El vulgo le inventó un enemigo poderoso, el Diablo, asegurándose que fue el único que pudo derrotarlo. Silva Valdés nos explica: "creo este argumento: el Payador está enamorado de la única mujer que no le ha correspondido, La Flor del Pago, y pide al brujo un 'payé' para conquistarla. El brujo, que representa al Diablo, le da un amuleto tornándolo invencible. Santos Vega, así, triunfa en la vida de tal modo, que se convierte en un ser de excepción, a tal punto que el Diablo, encantado con su figura y su perfección, para que no muera de muerte oscura, o en 'cuesta abajo, como cualquier desgraciado', lo hace morir en barranca, o sea de un modo sonado, a fin de que esa muerte no se olvide. . . le opone un contrincante para que lo venza y lo haga morir. . . el propio Diablo no lo puede vencer por intermedio de su representante, Juan Sin Ropa, por lo cual tiene que matarlo él mismo. . . Cuando Santos Vega muere y ambas hermanas se arrojan sobre él para abrazarlo, se encuentran con que en el suelo no hay nada; el cuerpo ha desaparecido, junto con el de Juan Sin Ropa, porque la payada había sido 'entre dos fantasmas' . . . ¿Por qué dos fantasmas? Porque si Juan Sin Ropa era o representaba al Diablo, o Ente del más allá, Santos Vega, al ser un hombre embrujado y agrandado por la imaginación popular, era una leyenda, es decir, algo fuera de lo palpable: un fantasma, una ilusión; algo como cosa del otro mundo; y hacia ese otro mundo lo oyen pasar cantando al final, llenas de horror, sus dos enamoradas".

Sin duda, *Santos Vega* es la obra más vigorosa y más imaginativa de Silva Valdés. *Barrio Palermo* es un drama de costumbres que se mantiene dentro de la línea observadora que ya habíamos descubierto en su poesía; y *Por la gracia de Dios*, una comedia mágica; ambas "muestran otros aspectos del talento dramático de Fernán Silva Valdés y han recibido, asimismo, cálidos elogios de la crítica".

Por *Mauricio DE LA SELVA*

EN LA CUNA DE LA BIBLIOGRAFÍA AMERICANA. El epítome de Pinelo, primera bibliografía del Nuevo Mundo. Estudio preliminar de Agustín Millares Carlo, Unión Panamericana, Washington, D. C., Mcmlviii, XLII pp. de presentación y 92 + 182 + xii Facsímil de la primera edición. In 80.

La bibliografía del Nuevo Mundo se inicia con el *Epítome de la Biblioteca oriental i occidental, náutica i geográfica* de Antonio de León Pinelo. Su primera edición (Madrid, 1629) es de extrema rareza.

Nacido, según parece, en Valladolid, aunque de familia lisboeta y acaso de ascendencia judía, Pinelo fue traído en su infancia a este Nuevo Mundo y consideraba "como segunda patria" (son sus palabras) la ciudad de Lima, lugar de sus estudios. Graduado en ambos Derechos y más tarde profesor de la Universidad de San Marcos, entra en la administración recibiendo de abogado en la Audiencia de Lima (1618) hasta que, cinco años más tarde, se traslada a la Corte, donde termina su carrera y, al cabo de largos años, su vida, como relator del Supremo Consejo de las Indias (1529-1560).

Aficionado a los libros, tuvo la idea enteramente nueva de catalogar en una "Biblioteca" cuantos impresos y manuscritos hallara relativos a las tierras que las grandes navegaciones iniciadas por los portugueses hacia Oriente y luego, por Colón, hacia Occidente, pusieron en contacto con Europa. Ambicioso proyecto de "bibliografía razonada" como hoy diríamos, pues debía contener "los títulos a la letra, en la propia lengua que se escribieron", las vidas y calidades de los autores "deducidas de las suyas i de otras obras, con el estudio que pide la lectura de todas", en fin "la censura" o juicio, tanto del propio Pinelo como de otros. Voluminosa empresa que no quedó en proyecto, ya que, en 1629, Pinelo tenía escritos doscientos pliegos, equivalentes según Guillermo Lohmann Villena a 2.500 páginas impresas in-4o.

Seguramente Pinelo no hallaría Mecenas para tamaña obra, pero accedió a patrocinar un resumen de ella don Ramiro Núñez Felipes de Guzmán, duque de Medina de las Torres y yerno del conde-duque de Olivares, que había delegado en él la gran Cancillería de las Indias. Así creo que debe interpretarse la dedicatoria de Pinelo al duque y su prólogo al *Epítome*. En todo caso, de la "máquina que no es pequeña" de aquella *Biblioteca*, dice el autor, "he sacado esta muestra".

Aparte de los índices que facilitan el manejo del *Epítome*, el cuerpo de la obra está formado, en general, por la mención escueta del autor, del título y de la lengua en que su obra está escrita, la indicación de si es manuscrita o impresa y, en este caso, del año y el formato, a veces también del lugar de impresión. Así alcanza Pinelo a dar noticia, en breve espacio, de las obras de más de mil autores, escritas en cuarenta y cuatro lenguas.

Entre los tres millares de libros poseídos por nuestro autor a la hora de su testamento (1560) se contaban "más de trescientos cuerpos de todas clases i muchos legajos de manuscritos i papeles" referentes a las dos Indias, orientales y occidentales. Mucho menos numerosos serían, indudablemente, los que poseía treinta años antes, cuando compilaba el *Epítome*. Estamos muy lejos, por tanto, del número de obras que logró inventariar. Pinelo amplió sus noticias "fichando" algunas ricas bibliotecas. El mismo cita: la "famosa" de don Juan de Saladierna, la "copiosa" del regente Juan B. de Valenzuela, la "selecta" del conde-duque de Olivares, la del condestable de Castilla "que en número de libros buenos fue i es una de las mejores de España", la "excelente i curiosa" del duque de Sessa, "que en copia de libros singulares, en lo manuscrito i en la disposición i forma, puede competir con las mejores", la de Sancho Flórez, la de Lorenzo Ramírez de Prado, etc. Pero además de todos los libros que, propios o ajenos, pudo manejar, Pinelo habla de otros muchos que le eran conocidos sólo indirectamente, por catálogos y listas bibliográficas. Tales deben ser los que no califica de impresos o manuscritos, así como los impresos a los que no asigna ni fecha ni formato. Esto impide aceptar a ojos cerrados todas las afirmaciones de Pinelo, al mismo tiempo que explica algunos errores. Valgan

dos ejemplos, mexicanos ambos. De Motolinia *ha visto* su bien conocida "Relación de las cosas de la Nueva España", pero también le atribuye un libro "De las Costumbres de los Indios", *en latín*. ¿Sería una traducción de aquella obra? Nada induce a pensarlo. Sospecho que se trata simplemente de una ficha de segunda mano, de un título copiado de una lista u otro documento escrito en lengua latina. Hablando de Sahagún, señala como impresas las "pláticas de los primeros Padres de la Nueva España en la conversión de los Señores de ella". En verdad la obra no se imprimió, pero la censura eclesiástica y el privilegio se le otorgaron en 1583, conjuntamente con los de la "Psalmodia" y en ésta se publicaron. Allí los vería Pinelo, de donde su confusión.

Sólo en pocas excepciones, como recordando el plan de su Biblioteca mayor, Pinelo infringe la regla de brevedad puesta al *Epítome*, informa sobre los autores y hasta discute sus ideas. De nadie habla con tanta extensión como de fray Bartolomé de Las Casas, del cual se presenta adversario resuelto. "La Destrucción de las Indias, dice, es el tratado que más apeten los extranjeros, y por él todos los del autor"; juzga "odiosas para las Indias" (mejor dijera "para los encomenderos") las Nuevas Leyes de 1542, porque se inspiraban en los "remedios" de Las Casas, y se jacta de haber refutado en sus *Confirmaciones Reales* las doctrinas del Obispo de Chiapas sobre las encomiendas. Esta actitud de Pinelo es una expresión del ambiente de la burocracia del Consejo, hostil a Las Casas (que ya aparece como el autor de la leyenda negra: "muy celebrado por los extranjeros") y hace más meritoria la terca insistencia del Obispo y más loable el clarividente apoyo que le daba el Emperador.

Para León Pinelo, que tan vinculado se sentía a las tierras del Nuevo Mundo, escenario de sus años mozos y donde quedaron arraigados sus hermanos (en Lima, en Tucumán, en Puebla) el *Epítome* tenía otro propósito de mayor trascendencia que el puramente bibliográfico: servir de acicate para desvelar el interés por las Indias muy olvidadas. Como él dice: "Los más curiosos sin saber lo que sucede en los modernos siglos i en los reynos más ricos e importantes que posee esta Corona, se desvelan en la investigación de lo que hicieron i fabularon los más antiguos griegos i romanos".

En la segunda edición del *Epítome* puesta al día por Andrés Giménez de Barcia (Madrid, 1737-38), más que la obra de Pinelo encontramos la de su modesto y competentísimo continuador, y la reproducción facsímiles de los bibliófilos argentinos (Buenos Aires, 1919) se halla prácticamente fuera del comercio. Al publicar ahora esta nueva edición, enriquecida con el muy erudito prólogo de Agustín Millares Carlo, la Unión Panamericana facilita sobremedera el trabajo de los investigadores, para quienes la consulta de Pinelo es siempre indispensable.

Por Luis NICOLAU D'OLWER

MANUEL CALVILLO, *Primera Vigilia Terrestre*, Fondo de Cultura Económica, México, 1956.

Este libro de Manuel Calvillo revela a un poeta muy personal que, en estrofas colmadas de agrestes sugerencias, interpreta la vida y el paisaje de la tierra nativa. En *Primera vigilia terrestre* afloran por igual el recuerdo de los orígenes históricos de México—que es mirar el color de la luz y de la tierra—y la cruel

aunque a la postre fecunda obra de los conquistadores. Pero este sentimiento no aparece aquí como nostálgica descripción de motivos folklóricos, y en el lenguaje están ausentes las voces locales, cuyo abuso, en otros poetas casi llega a una expresión bilingüe. Con castizo vocabulario, cuidadosamente seleccionado y dispuesto en metáforas de grata musicalidad, Manuel Calvillo habla de

la misma tierra enjuta que me aguarda
donde vive la rosa tiernamente
su frágil evidencia.

Para el poeta todo está impregnado de este espíritu. De ahí que, al referirse no a la muerte individual sino a la muerte entre las gentes que forman un pueblo, configure una especie de panteísmo poético:

y en tanta muerte, entre nosotros muda,
abonando la tierra
erguida en nuestros árboles
y en el amor llegado de mi pueblo.

No menos feliz es la descripción —inspirada acaso en la *Eclesiastés* de lo que podemos llamar tierra subterránea o secreta:

Seno virgen el tuyo, invulnerable,
terrenal cementerio
de una efímera historia derrumbada
en sus mantos de escombros.

Análoga fortuna tiene la descripción de la tierra que se ofrece a la vista de todos, del territorio mismo, ya no secreto:

Los caminos trepando hacia el silencio
en cuyos hálitos
levantó la meseta amurallada
pirámides vigías.

Se advierte una clara referencia a la leyenda de los soles ("Por tanto, se ahumó el cielo en año dos actl (caña). He aquí que ya somos nosotros, que ya vivimos", *Leyenda de los soles*).

Espacios para el tiempo, aquí
donde creció la caña,
inauguró el maíz sus festivales.

En imágenes que evocan al Pellicer de *Hora de junio*, aunque con diferente sentido en vigilia terrestre—"poesía es fundación por vocablos del ser" como quiere Heidegger—, afirma que las cosas son ordenadas al darles nombre en ese primer año, comienzo del tiempo:

y dieron las palabras y los nombres
la sola permanencia de los árboles:
tule, ceiba, caoba,
el silencio agobiado del mezquite
y los bélios cactus invasores.

También alude a la discordia entre un tiempo telúrico y original y el tiempo de los conquistadores:

sobre el tiempo enemigo y el desastre,
aislado en mis sentidos y en la angustia
de ser en ti, nombrándote retorno
del perdido conjuro a las palabras.

Mención especial debe hacerse del poema elegíaco a la madre, a la que el autor imagina:

tejiendo junco, madurando al hijo
y cuidando del fuego.

Y le pregunta:

¿Qué esperanza mantiene tu dulzura,
para quién hilas algodón?

La imagen del conquistador aparece rotunda y clara en el poema al padre:

venías, como caña enhiesta,
jinete de las aguas y ese día

No falta una referencia a la leyenda de Quetzalcóatl "que reinó muchos años... Y dicen que es vivo y que ha de volver... Y cuando vino Hernando de Cortés pensaron que era él, y por tal lo recibieron..." (Fray Bernardo de Sahagún).

Era un presagio entre mis gentes
.....
Una tarde ciñó sus vestiduras
y se alejó anunciando su regreso.

El conquistador edifica una nueva ciudad, solazándose en el olvido de la historia de la ciudad antigua:

Desde entonces
se olvidó el calendario de mis gentes,
su lengua, sus altares,
y vivimos del sueño que cercaba
los ojos nuestros con los tuyos

Pero el poeta reconoce la raigambre paterna:

Sin afrenta hijo tuyo
he crecido arraigado de mis muertos
los de esta tierra,
y de tu sueño que olvidó sus márgenes
para caer sembrado tras las mías.

Concluye con una invocación al caballo del conquistador, el que, al través del poema, identificándose con el mito del padre, por instantes parece que deja de ser ficción para convertirse, de súbito, en otra realidad:

Violento de hermosura, tremolando
su crin de sombra,
implantando su imperio
.....
Terrestre dios mortal,
tú, patriarca, presérvame,
y preserva el destino de mi sangre...

Se advierte aquí y allí, por algunas expresiones poéticas, el influjo de Gorostiza, influjo que en este caso pone de relieve cierta coincidencia de motivos entre ambos poetas. Pero cabe señalar que mientras para Calvillo, la tierra, en su interminable crearse y recrearse, no se destruye, en la obra de Gorostiza se postula la creación engendrando su propio aniquilamiento. Escribe Calvillo:

la ternura indecible de tu entraña
donde germina el grano
y las vetas de plata enmudecida
ahogan límpidas campanas

Debe subrayarse el original vínculo —no por soterrado menos transparente— entre este poema de Manuel Calvillo y los ya señalados mitos precortesianos. Importa recordar que para Santayana el poeta es esencialmente creador de mitos; y obedece a aquellos tempranos hábitos de pensamiento con que "nuestros antepasados poblaron el mundo de buenos y malos espíritus, tomando como parte de las cosas lo que ellos mismos sentían en su presencia".

En suma, nos hallamos frente a un poeta que une amargas imágenes, remembranzas históricas y sentimientos panteístas, aun cuando sin ningún desarrollo narrativo; limpio de toda huella de afectación, y con refinamiento y aciertos indudables.

Por Manuel MEJIA VALERA

RITOS, SACERDOTES Y ATAVÍOS DE LOS DIOS. Fuentes Indígenas de la Cultura Náhuatl, Textos de los Informantes de Sahagún: I. Introducción, paleografía, versión y notas de Miguel León-Portilla, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Historia: Seminario de Cultura Náhuatl, México, 1958, 173 pp., illus.

Con el libro *Ritos, Sacerdotes y Atavíos de los Dioses*, espléndidamente traducido por Miguel León-Portilla, tenemos el primer volumen de las "Fuentes Indígenas de la Cultura Náhuatl: Textos de los Informantes de Sahagún". Con él se inician las actividades editoriales profundamente humanistas del Seminario de Cultura Náhuatl, afiliado al Instituto de Historia de la Universidad Nacional Autónoma de México, del que actúan como Director y Secretario los Dres. Ángel Ma. Garibay K., y Miguel León-Portilla.

Al escribirse esta reseña bibliográfica, se encuentra en prensa un segundo volumen de la misma serie preparado por el Dr. Garibay K. Se trata de la paleografía, traducción y comentarios de veinte himnos sacros de los nahuas, conservados en los códices de Madrid y Florencia en lengua náhuatl.

Debe señalarse que precisamente gracias a las investigaciones y publicaciones de Garibay y León-Portilla, la obra de Sahagún ha sido comprendida mejor, reconociéndose que es mucho más compleja y rica de lo que generalmente se juzgaba. Con sus varias precisiones, los puntos oscuros de dicha obra han sido clarificados: la obra de Sahagún (o más propiamente de sus informantes) ha recibido su sitio, críticamente fundamentado, dentro de las literaturas aborígenes y se han logrado valoraciones magistrales acerca de formas elevadas de pensamiento entre los aborígenes mexicanos prehispánicos. En este sentido la antropología americana está en deuda con obras tales como *La Filosofía Náhuatl*, y

Ritos, Sacerdotes y Atavíos de los Dioses de León-Portilla, así como con los anteriores estudios de Garibay, publicados en *Tlalocan* y *Abside*, y su *Historia de la Literatura Náhuatl*. En estas investigaciones se manifiesta su profundo conocimiento de la lengua náhuatl, así como de la estructura lingüística y cultural de ese importante grupo prehispánico.

La aparición de obras como ésta, vistas en relación con la fundación del Seminario de Cultura Náhuatl, es un síntoma de una muy interesante y oportuna intensificación en México de las preocupaciones por conocer de manera científica y humanística el aspecto intelectual de las culturas indígenas. Los especialistas en este campo están logrando una posición paralela al lado de los más destacados arqueólogos de México. Allí el elemento prehispánico que sobrevive en la población de origen indígena es todavía fuerte y resulta afortunado que los estudios que se hacen hoy día acerca de ella, puedan contar con una perspectiva histórica, basada en el estudio de documentos que se refieren a los primeros días de la Colonia y que todavía se conservan en gran número.

Con este criterio publica ahora León-Portilla el libro *Ritos, Sacerdotes y Atavíos de los Dioses*. Esta obra reproduce el texto original y ofrece una versión al castellano de los textos conservados en el Códice Matritense del Real Palacio (Folios 254 v.—268 r. y 270 r.—273 r.) que contienen datos que forman una unidad. El contenido de dichos textos se divide en tres secciones: "Ritos y Sacrificios", que incluye una gran variedad de actos rituales, ofrecimientos, libaciones, el sacrificio humano, sangramientos, procesiones, vigiliass y otras más; "Sacerdotes", que ofrece importantes datos acerca de la jerarquía sacerdotal y de las incumbencias de sus varios miembros; y finalmente "Atavíos de los Dioses", que proporciona información acerca de los atributos de algunas divinidades. El autor del libro anota meticulosamente las diferencias que existen entre los textos nahuas del códice de Florencia y de los manuscritos conservados en Madrid. Debe anotarse que el Códice Florentino es una copia tardía, preparada en tiempos de Sahagún, carente de algunas secciones como la referente a los atavíos de los dioses.

Numerosas anotaciones analíticas y comentarios relacionan la traducción con las correspondientes versiones del Códice Florentino editado por la Universidad de Utah y por la School of American Research. Igualmente se ofrecen numerosas referencias a la edición de la *Historia General de las Cosas de Nueva España* (México, 1956), preparada por Garibay y en la que se encuentra el resumen castellano hecho por Sahagún de los textos nahuas publicados en el libro que comentamos. Otras referencias son a la *Historia de las Indias* de Durán, a la *Historia Naturae Maxime Peregrinae* (Antwerp, 1635) de Nieremberg y al manuscrito inédito del Dr. Francisco Hernández (siglo XVI), *De partibus septuaginta octo maximi templi Mexicani* (Ministerio de Hacienda, Madrid), a todo lo cual viene a servir de complemento una selecta bibliografía.

Los textos en náhuatl están traducidos con una agradable combinación de exactitud y precisión, lográndose una expresión capaz de satisfacer las más altas exigencias literarias de la lengua castellana. Debe notarse que la traducción de los títulos en náhuatl de las dos primeras secciones (lo que no siempre se ofrece en el *Códice Florentino*), dan al lector una idea de lo que va a describirse en el texto, y las notas todavía complementan dicha explicación. Y éstas no son todas las ventajas de la presente edición.

En lo que se refiere a la confección material del libro, la perfección y arte en la impresión, en el formato y encuadernación son cualidades ya obvias en la

actualidad en publicaciones como las de la Universidad Nacional de México. En el libro de León-Portilla *Ritos, Sacerdotes y Atavíos de los Dioses*, estas cualidades se enriquecen aún más con varias ilustraciones que reproducen todas las del Códice y que fueron preparadas por Alberto Beltrán, así como con las reproducciones de fotografías en color del *Códice Matritense*, preparadas en los Talleres Gráficos de la Secretaría de Hacienda, gracias a una gentileza del Lic. Raúl Noriega. Son estas muestras de la belleza del manuscrito original y del éxito logrado en la impresión del presente volumen.

En resumen, con la publicación de la serie "Textos de los Informantes de Sahagún", tenemos una extraordinaria presentación, tanto en su introducción como en su apéndice, de la naturaleza de la obra de Sahagún, de sus informantes, de su obra en conjunto y una elegante y precisa traducción del texto con valiosas notas y comentarios. El hecho de que el Seminario de Cultura Náhuatl haya comenzado así sus publicaciones con este libro y con otro de Garibay, asegura una continuidad brillante y significativa dentro de su proyecto editorial de los antiguos textos prehispánicos en idioma náhuatl.

Arthur J. O. ANDERSON

SE TERMINO DE IMPRIMIR ESTA
REVISTA EL DIA 12 DEL MES DE
AGOSTO DE 1958 EN LOS TALLE-
RES DE LA EDITORIAL CVLTVRA.
T. G., S. A., AV. GUATEMALA
NUMERO 96, MEXICO I. D. F

Cuadernos Americanos

ha publicado los siguientes libros:

	PRECIOS	
	Pesos	Dls.
1.—GANARAS LA LUZ, por León Felipe	(agotado)	
2.—JUAN RUIZ DE ALARCON, SU VIDA Y SU OBRA, por Antonio Castro Leal	(agotado)	
3.—RENDICION DE ESPIRITU (I), por Juan Larrea.....	10.00	1.00
4.—RENDICION DE ESPIRITU (II), por Juan Larrea.....	10.00	1.00
5.—ORIGENES DEL HOMBRE AMERICANO, por Paul Risset.....	(agotado)	
6.—VIAJE POR SURAMERICA, por Waldo Frank	(agotado)	
7.—EL HOMBRE DEL BUHO, por Enrique González Martínez..	18.00	1.60
8.—ENSAYOS INTERAMERICANOS, por Eduardo Villaseñor....	(agotado)	
9.—MARTI ESCRITOR, por Andrés Iduarte	(agotado)	
10.—JARDIN CERRADO, por Emilio Prados	8.00	0.80
11.—JUVENTUD DE AMERICA, por Gregorio Bermann	10.00	1.00
12.—CORONA DE SOMBRA, por Rodolfo Usigli (segunda edición)	15.00	1.50
13.—EUROPA-AMERICA, por Mariano Picón Salas	(agotado)	
14.—MEDITACIONES SOBRE MEXICO, ENSAYOS Y NOTAS, por Jesús Silva Herzog	10.00	1.00
15.—DE BOLIVAR A ROOSEVELT, por Pedro de Alba	10.00	1.00
16.—EL LABERINTO DE LA SOLEDAD, por Octavio Paz	18.00	1.60
17.—LA APACIBLE LOCURA, por Enrique González Martínez..	10.00	1.00
18.—LA PRISION, NOVELA, por Gustavo Valscárcel	(agotado)	
19.—ESTUDIOS SOBRE LITERATURAS HISPANOAMERICANAS. GLOSAS Y SEMBLANZAS, por Manuel Pedro González (empastado)	10.00	1.00
20.—SIGNO, por Honorato Ignacio Magaloni	10.00	1.00
21.—LLUVIA Y FUEGO, LEYENDA DE NUESTRO TIEMPO, por Tomás Bledsoe	12.00	1.20
22.—LUCERO SIN ORILLAS, por Germán Pardo García	10.00	1.00
23.—LOS JARDINES AMANTES, por Alfredo Cardona Peña....	10.00	1.00
24.—ENTRE LA LIBERTAD Y EL MIEDO, por Germán Arciniegas	(agotado)	
25.—NAVE DE ROSAS ANTIGUAS, POEMAS, por Miguel Alveares Acosta	12.00	1.20
26.—MURO BLANCO EN ROCA NEGRA, por Miguel Alveares Acosta	15.00	1.50
27.—EL OTRO OLVIDO, por Dora Isella Russell	3.00	0.30
28.—DEMOCRACIA Y PANAMERICANISMO, por Luis Quintanilla	5.00	0.50
29.—DIMENSION IMAGINARIA, por Enrique González Rojo	10.00	1.00
30.—AMERICA COMO CONCIENCIA, por Leopoldo Zea	10.00	1.00
31.—DIMENSION DEL SILENCIO, por Margarita Paz Paredes....	10.00	1.00
32.—ACTO POETICO DE Germán Pardo García	10.00	1.00
33.—NO ES CORDERO... QUE ES CORDERA. Cuento milésimo. Versión castellana de León Felipe	10.00	1.00
34.—SANGRE DE LEJANIA, por José Tiquet	10.00	1.00
35.—CHINA A LA VISTA, por Fernando Benítez	12.00	1.20
36.—U. Z. LLAMA AL ESPACIO, por Germán Pardo García	10.00	1.00
37.—ARETINO, AZOTE DE PRINCIPIES, por Felipe Cosío del Pomar	18.00	1.60
38.—OTRO MUNDO, por Luis Suárez	18.00	1.60
39.—LA BATALLA DE GUATEMALA, por Guillermo Torriello..	20.00	1.80
40.—EL HECHICERO, por Carlos Solórzano	5.00	0.50
41.—POESIA RESISTE, por Lucila Veldsquez	12.00	1.20
42.—AZULEJOS Y CAMPANAS, por Luis Sánchez Pontón	18.00	1.60
43.—LA REVOLUCION GUATEMALTECA, por Luis Cardoza y Aragón	15.00	1.50
44.—RAZÓN DE SER, por Juan Larrea	18.00	1.60
45.—CEMENTERIO DE PAJAROS, por Griselda Alveares	9.00	0.90
46.—EL POETA QUE SE VOLVIO GUSANO, por Fernando Alegria	7.00	0.70
47.—LA ESPADA DE LA PALOMA, por Juan Larrea	35.00	3.50
48.—ETERNIDAD DEL RUISEÑOR, por Germán Pardo García	15.00	1.50
49.—ASCENSION A LA TIERRA, por Vicente Magdaleno	9.00	0.90
50.—INCITACIONES Y VALORACIONES, por Manuel Maples Arce	15.00	1.50

OTRAS PUBLICACIONES

PASTORAL, por Sara de Ibáñez	5.00	0.50
UN METODO PARA RESOLVER LOS PROBLEMAS DE NUESTRO TIEMPO, por José Coas	5.00	0.50
OROZO Y LA IRONIA PLASTICA, por José G. Zuno	6.00	0.60
INDICES "CUADERNOS AMERICANOS" 1942-1952	10.00	1.00

REVISTA: SUSCRIPCION ANUAL PARA 1957 (6 números)

MEXICO	60.00	
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA		6.50
EUROPA Y OTROS CONTINENTES		8.00

PRECIO DEL EJEMPLAR No. 100

MEXICO	24.00	
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA		2.50
EUROPA Y OTROS CONTINENTES		3.00

Ejemplares atrasados, precio convencional

S U M A R I O

N U E S T R O T I E M P O

- Jesús Silva Herzog*.—El número 100.
Manuel Martínez Báez.—La lluvia trágica.
Manuel Sandoval Vallarta.—Ciencia y política.
Julio Álvarez del Vayo.—La conferencia en el ápice.
Pablo González Casanova.—Sobre la situación política de México y el desarrollo económico.
Benjamín Carrión.—Mis bodas de plata con México (1933-1958).
Raúl Roa.—México de mi destierro.
Luis Reissig.—Punto clave en la evolución política argentina.
Juan Rocamora.—España sociedad anónima.
Luis E. Valcárcel.—Indigenismo en el Perú.

A V E N T U R A D E L P E N S A M I E N T O

- Álvaro Fernández Suárez*.—Infierno y Torre de Babel.
Robert S. Hartman.—Aspectos éticos de los satélites.
Alfredo L. Palacios.—Socialismo ético.
Alfonso Reyes.—Génesis de la crítica.
Emilio Sosa López.—Crisis de la literatura.
Ezequiel Martínez Estrada.—Lo real y el realismo.
Sergio Bagú.—Realidad social y síntesis histórica.
Felipe Cossío del Pomar.—Toynbee interpretado por Haya de la Torre.

P R E S E N C I A D E L P A S A D O

- Alfonso Caso*.—El primer embajador conocido en América.
Kiyoshi Mizutani.—El enigma de la ornamentación del México antiguo.
Juan Cuatrecasas.—Arnaldo de Vilanova, precursor del renacimiento.
Germán Arciniegas.—Cuauhtémoc.
Carlos Manuel Cox.—La agonía del Inca Garcilaso.
Jaime Torres Bodet.—En torno de algunos venecianos.
Silvio Zavala.—Las fronteras de hispanoamérica.
Dardo Cúneo.—Aspectos económicos de la historia argentina.
Ricardo Donoso.—José Joaquín de Mora y la Constitución Chilena de 1828.

D I M E N S I Ó N I M A G I N A R I A

- Jorge Luis Borges*.—Un sajón.
Roberto Ibáñez.—Dos sonetos.
Victoria Ocampo.—Paisaje.
Andrés Blyden.—Gabriela Mistral, Santa a la Jineta.
Antonio Alatorre.—En torno a creación y tradición.
Raimundo Lida.—Sobre las décimas de Jorge Guillén.
Segundo Serrano Poncela.—El secreto de Melibe.
María Alfaro.—Una escritora española: Elena Soriano.
Romualdo Bruggetti.—Un mensaje plástico sudamericano.
Miguel Ángel Asturias.—Kinkajú.
Rómulo Gallegos.—La braza en el pico del cuervo.
Max Aub.—Memo Tel.
Alfredo S. Duque.—Niebla al amanecer.
Marcel Sabotta.—Carta de París.

L I B R O S

- Mauricio de la Selva*, *Luis Nicolau D'Olivera*, *Manuel Mejía Valera* y *Arthur J. O. Anderson*.